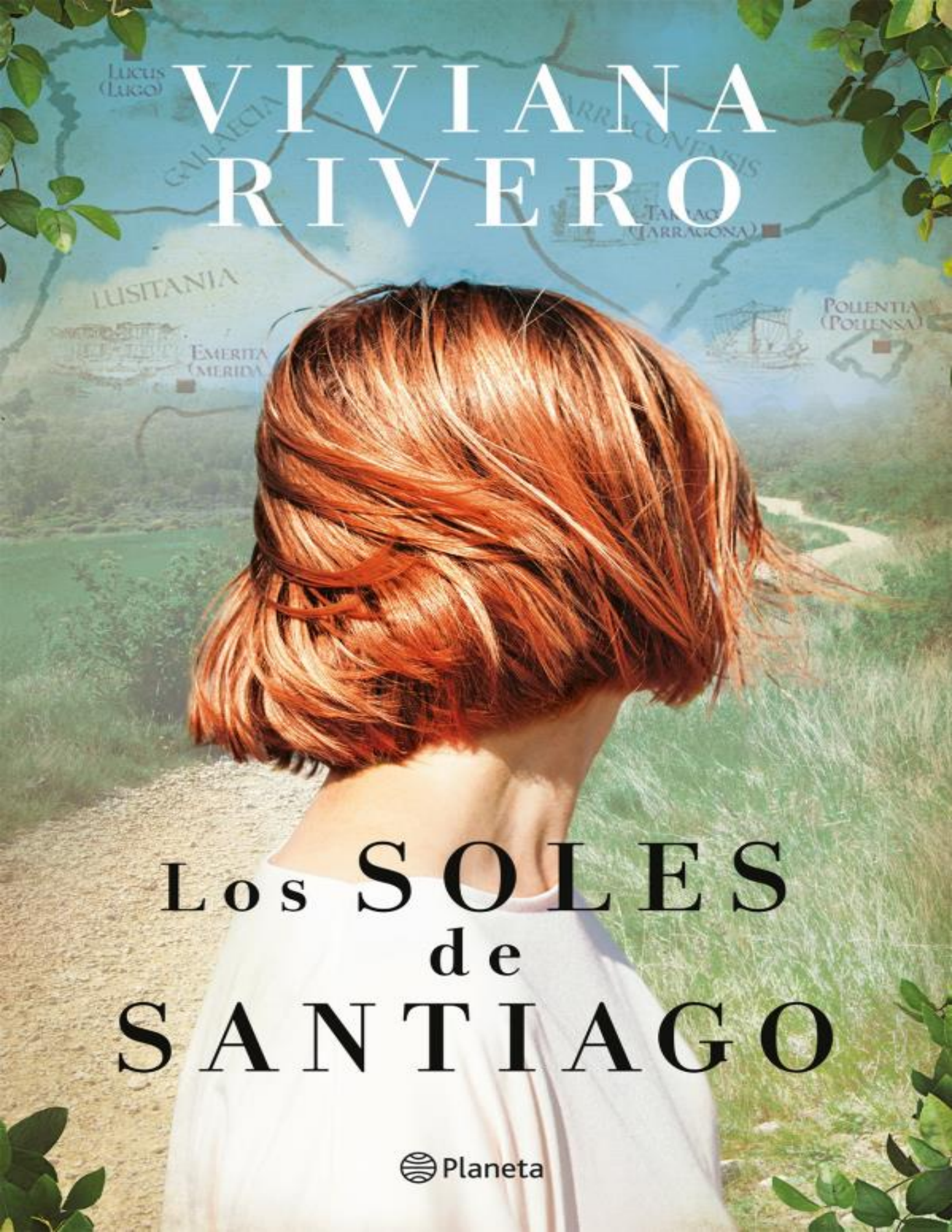
VIVIANA
RIVERO
Los SOLES
de
SANTIAGO
Planeta

Los soles de Santiago

Los soles de Santiago

Viviana Rivero

Índice de contenido

Portadilla

Legales

EL ORO DE LA HISPANIA
1. LA PARTIDA

EL LAUREL
2. EL LAUREL

3. EL ROBLE QUERCUS PYRENAICA

LA HIEDRA
4. LA HIEDRA

5. EL CIPRÉS

EL NOGAL
6. El NOGAL

7. EL AGUA FRESCA

EL ABEDUL
8. EL ABEDUL

9. EL ÁRBOL SAGRADO

EL SERBAL DE CAZADORES
10. EL SERBAL DE CAZADORES

11. PIES DOLORIDOS

LA HIGUERA
12. LA HIGUERA

13. EL PÁJARO AZOR

EL ACEBO

14. EL ACEBO

15. EL HELECHO REAL

EL PRUNUS CERASIFERA
16. EL PRUNUS CERASIFERA

17. EL TRUEQUE BAJO EL ROBLE

EL ALISO
18. EL ALISO

19. EL SOL

EL CASTAÑO
20. EL CASTAÑO

21. LA TIERRA

EL EUCALIPTO
22. EL EUCALIPTO

23. EL AIRE

EL OLIVO
24. EL OLIVO

25. EL HOMBRE BUENO

EL FRESNO
26. EL FRESNO

27. EL HOMBRE MALO

EL MANDARINO
28. EL MANDARINO

29. LA LECHE

EL CEREZO
30. EL CEREZO

31. EL DIENTE DE LEÓN

EL GINKGO BILOBA
32. EL GINKGO BILOBA

33. EL MOVIMIENTO

EL SAUCE
34. EL SAUCE

EL CARPE
35. EL CARPE

Rivero, Viviana
Los soles de Santiago / Viviana Rivero. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2024.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-8878-6

1. Novelas Románticas. I. Título.
CDD A863

Esta es una obra de ficción histórica. Los hechos y los personajes descritos están inmersos en una época y un contexto determinados y, en varios aspectos puntuales, superados. Las situaciones narradas no reflejan el pensamiento de la autora ni de la editorial sobre temas que pueden resultar sensibles para lectores y lectoras actuales.

© 2024, Viviana Rivero
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Todos los derechos reservados

© 2024, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1.ª edición digital: septiembre de 2024
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-8878-6

Para Vicky,
porque sé cuánto amás a la naturaleza.

FRANCIA
Oviedo
Saint Jean Pied de Port
Fisterra
Oliveira
Santiago de Compostela
Palas de Rey
Negreira
Pedrouzo
Arzúa
Puertomarín
Sarria
O Cebreiro
Triacastela
Ponferrada
Villafranca del Bierzo
Las Médulas
Rabanal del Camino
Astorga
León
Hospital de Obrigo
Mansilla de las Mulas
Sahagún
Calzadilla de la Cueza
Frómista
Carrión de los Condes
Castrojeriz
Burgos
Hornillos del Camino
San Juan de Ortega
Santo Domingo de la Calzada
Belorado
Nájera
Logroño
Larrasoaña
Roncesvalles
Pamplona
Puente de la Reina
Los Arcos
Zaragoza
Salamanca
PORTUGAL
ESPAÑA

EL ORO DE LA HISPANIA

La táctica del Imperio romano consistió en extender su dominio anexando las tierras que ganaba con sus batallas; y la Hispania, hoy España, no quedó fuera de este plan.

Entre los años 29 y 19 a. C., Roma llevó adelante las acciones de conquista más importantes de los territorios cántabros y astures —es decir, el norte de la península ibérica—, aunque hacía dos siglos que había iniciado el control de la Hispania.

El emperador Octavio había luchado por el dominio completo de ese territorio para evitar áreas incivilizadas dentro de su imperio, pero también porque había descubierto que la Hispania disponía de preciosos metales; sobre todo, del que más le interesaba: el oro.

Al comienzo, las aldeas astures se pusieron de acuerdo y juntas resistieron al ejército romano, pero la victoria no llegó. Una traición entre los propios pueblos, sumada la supremacía militar de Roma, derribó la idea de continuar siendo independientes. Así, los romanos se instalaron en la zona y comenzaron a llevar adelante la explotación del oro que usarían para acuñar las monedas con el rostro de Octavio, tal como él lo había planeado. Una vez sometidos, los habitantes de la región fueron obligados a trabajar en la explotación del preciado metal, pero no como esclavos. Aunque se les pagaba por sus tareas, era evidente que Roma se aprovechaba de la situación. Los pueblos habían sido dominados y se los había obligado a cambiar de vida. La pacífica existencia agropecuaria y dedicada a las tareas manuales de las aldeas mudó por decisión e

imposición del imperio. Atrás quedarían para siempre las actividades que cada familia realizaba con el fin de obtener frutos y objetos que luego intercambiaban entre sí como modo de subsistencia. A partir de la aparición de Roma, los que cultivaban, los creadores de vasijas, los orfebres, los herreros y demás artesanos debían abocarse a la realización de esas u otras tareas, siempre y cuando fueran necesarias para la economía de los invasores. El trueque de una vasija por un animal o por frutos, o de una joya labrada por un instrumento de hierro útil para la vida diaria comenzaría poco a poco a ser parte del pasado. La era del Imperio romano se abría ante ellos.

Plinio el Viejo, historiador romano que estuvo a cargo de Las Médulas, la explotación de oro ubicada en Asturias —Asturia, para los romanos—, nos dejó la siguiente explicación:

> *El procedimiento supera al trabajo de los gigantes; las montañas son minadas a lo largo de una gran extensión mediante galerías hechas a la luz de las lámparas. Su misma duración sirve para medir los turnos y por muchos meses los que trabajan no ven la luz del día. Este tipo de explotación se denomina* «arrugia»*. Muchas veces, mientras se trabaja, de improviso se producen grietas y estas hacen perecer aplastados a los trabajadores; de tal manera que parece menos arriesgado ir a buscar perlas al fondo del mar; ¡tan peligrosa hemos vuelto a la tierra!*
> *Existe un suelo de cierto tipo de arcilla, mezclada con guijarro, a la que llaman* «gangadia» *y es casi inexpugnable. Se la ataca con cuñas de hierro y con los mazos [de casi cincuenta kilos] y nada es más duro, sino aquello que resiste más que todas las cosas: la avidez del oro.*
> *Acabado el trabajo de preparación, se derriban los apeos de las bóvedas; se anuncia el derrumbe y el vigía colocado en la*

cima de la montaña es el único que se da cuenta de él. En consecuencia, da órdenes con gritos y gestos para poner en aviso a la mano de obra y, a la vez, él mismo baja volando. La montaña, resquebrajada, se derrumba por sí misma, con un estruendo que no puede ser imaginado por la mente humana, así como con un increíble desplazamiento de aire. Allí los mineros victoriosos contemplan el derrumbe de la naturaleza. Pero ni aun así se ha conseguido el oro, ni se sabe todavía si existe una vez realizada la excavación.

Las tierras que en el anterior sistema (el de los pozos o minería convencional) se evacuaban con un gran trabajo para que no se ocupen los pozos, con este procedimiento (el de la ruina montium *o* arrugia*) los minerales son transportados por el agua. El oro obtenido mediante la* arrugia *no se funde, sino que es oro al instante.*

Algunos dicen que se producen veinte mil libras de oro cada año por este sistema más antiguo en Asturia como en Gallaecia y Lusitania; pero la verdad es que la mayoría lo produce Asturia y que en ninguna otra parte se mantiene la fertilidad por tantos siglos.

Como vemos, Plinio el Viejo sabía muy bien que en Las Médulas había oro. Y que durante la explotación se perdían muchas vidas.

CAPÍTULO 1

LA PARTIDA

La Hispania, aldea de la montaña verde, año 31 a. C.

Estoy recostada sobre el camastro de paja en la vivienda de mi padre y escucho el ruido de los insectos de la noche que me llega desde el exterior. Desde donde estoy, veo por la abertura del cuarto la punta de los pinos y me imagino cuánta vida habrá allí.

Me doy cuenta de que a pesar de lo agotada que me siento, no podré conciliar el sueño. Mi cuerpo es joven pero mis pensamientos que lo atormentan lo mantienen tenso. Aprieto fuerte los ojos. «Debo dormir», me digo, y lo intento. Sé que mañana me espera una ardua jornada y que por varios días caminaré de sol a sol, pues planeo detenerme recién cuando las fuerzas me abandonen. Caminaré y caminaré, avanzaré por entre el verde agreste de la naturaleza, en medio de peligros, con hambre y cansancio. Estaré sola, muy sola, pero no me importa, perseveraré hasta llegar al sitio a donde me dirijo. Únicamente la muerte podría detenerme. Me han quitado a mi hijo, me lo han robado y ahora iré yo a hurtárselo a esos malvados. Cruzo las manos sobre mi pecho, busco quitarme este dolor que me quema por dentro, y digo en voz baja: «Como que me llamo Cazue, moradora de la montaña verde, que no me detendré hasta encontrarte, mi niño. Lo prometo por mis dioses». Conforme a las costumbres de mi pueblo, con el dedo índice me toco

el labio tres veces en señal de que cumpliré mi promesa. Pronuncio las palabras y los acelerados latidos de mi corazón se van calmando poco a poco.

«Debo dormir, debo dormir», me repito una y otra vez. Pero… ¿cómo ahuyentar el dolor de saber que mi hijo no está conmigo? Mis pechos adoloridos cargados de leche lo llaman a gritos, al igual que el pequeño me estará llamando a mí. Lo imagino y la idea me corroe por dentro, me llena de dolor el alma. A este ramalazo se le une otro: mi padre, que duerme en la pieza de al lado, no sabe que mañana me marcharé. Ese hombre de la tribu de los astures, morador de la montaña verde, ha mostrado su bondad al dejarme entrar a su casa después de que la abandoné en contra de su voluntad. Porque yo, la hija mayor, que debía dar el ejemplo, hice lo que él no quería, y aun así me aceptó. Me mortifica pensar que además de sacar comida de sus alacenas para soportar el largo viaje, le robaré también algunas piezas de oro que él ha fabricado en su taller y que he dejado, apartadas, junto a algunas pepitas del mismo material. No quisiera hacerlo, pero no veo otra salida, las necesito, me ayudarán a vivir los días que tengo por delante. Sé que en algún escondrijo tiene monedas, pero no hurgaré, sería muy ruin robárselas; con ellas comen mis hermanos. Otra vez cruzo los brazos sobre mi torso y prometo a mis dioses devolver todo lo que sin permiso me llevaré.

La noche avanza y se me mezclan los pensamientos con sueños. Siento que abrazo a mi hijo y me sumerjo en el aroma de su piel de bebé de una manera tan real que por unos instantes soy feliz, pero luego aparecen unos brazos fuertes de hombre que otra vez me lo quitan. La pesadilla que se ha repetido durante las últimas noches me despabila y entonces repaso por dónde empezaré el camino. Abandono la idea —lo sé de memoria, lo he repasado mil veces— y de inmediato me vienen imágenes del campamento donde los romanos explotan el oro. Ese lugar donde empezó todo. Si pienso

cuándo fue que mi vida cambió, tengo la certeza de que fue el día que pisé ese lugar. Y si me pregunto cuándo comenzaron los cambios nefastos en mi aldea, no tengo dudas de la respuesta: desde que llegaron los romanos y se instalaron en nuestras tierras. Ellos vinieron con sus finas ropas, sus ideas sofisticadas, su poderío y una sed de metales estimulada por su ambición. Ellos trajeron los cambios, mudaron nuestras costumbres, transformaron la existencia tranquila y rutinaria de nuestras aldeas en una muy diferente. El ejército del imperio nos doblegó a filo de espada y de castigos y, finalmente, cuando nos rendimos, nos habíamos vuelto tan codiciosos como ellos. Su voracidad por lo material parecía una enfermedad contagiosa, como aquellas que suelen atacar a nuestra aldea y la diezman en gran manera. Otra vez veo a mi niño en sueños, y la pelusa suave que crece en su cabecita es deliciosa al tacto de mi mano. Pero esta vez nadie me lo quita, y así, abrazada a él, al fin logro dormirme en paz.

Un rato después escucho el canto de un pájaro y de inmediato los gorjeos de otros que me permiten intuir que la primera luz del día aparecerá pronto. Me levanto sigilosa y en el más completo silencio; mis hermanos no deben despertarse. Para no pisarlo, tomo mi vestido con las manos y me voy de puntillas.

Camino, y en instantes estoy en el almacén cargando en mi bolsa carne seca, pan, una pequeña navaja y un par de elementos que me ayudarán a prender fuego cuando lo necesite. Me cruzo al taller y también me hago de las piezas de oro. Además de las pepitas, tomo un brazalete y un collar con la figura —ambos— de un sol. Observo a mi alrededor, presiento que pasará mucho tiempo hasta que pueda volver a este lugar; y esto, siempre que mi padre me perdone. Miro sus herramientas y me lleno de recuerdos; me veo a mí misma apenas un tiempo atrás con la vasija que acababa de traer desde el río con las pepitas doradas después de batear y a mi padre trabajando el metal, dándole la forma de un sol, con mi madre a su

lado. ¡Cómo podría ayudarme ella si estuviera viva! Busco recordar los detalles de su rostro, pero los años han hecho mella y comienzo a olvidarlos. ¿Sus ojos eran marrones muy oscuros, como los míos, o no tanto? ¿Su nariz era extraña como la de Leto o recta como la mía? ¿Ella nos habrá querido a nosotros como yo quiero a mi hijo? ¿Mi madre hubiera hecho por mí o por mis hermanos lo mismo que ahora estoy por hacer por mi niño? Estoy casi segura de que sí.

El chillido de una bandada de pájaros que ha madrugado me saca de mis pensamientos, debo abandonar el taller antes de que la aldea despierte, es momento de irme, de empezar el camino…

Me cruzo la bolsa al cuerpo, la ato con un nudo y dejo que se pierda entre las telas de mi rústico vestido. Me acomodo la larga trenza de color castaño hasta darle forma de rodete sobre mi cabeza; así será más fácil llevar el pelo. Deseo que, en el camino, si me ven de lejos, crean que soy un muchacho. Con la confusión, correré menos peligros.

Unos pasos, y me he alejado de la casa de mi padre. Otros tantos, y comienzo a hacerlo también de la aldea; miro el cielo y agradezco que nadie me haya visto. Avanzo a paso firme, y ya me he adentrado en el verde del bosque.

El camino, mis pies y mis pensamientos. Sólo eso tendré por varios días. Sólo eso, todo eso.

Las remembranzas llenan mi mente y me transportan a un tiempo atrás, cuando todavía no era madre y ni siquiera había estado con un hombre. Camino, y las imágenes vienen a mí con claridad. La aldea, el sol, mi casa, mis hermanos…

Un año antes
Recuerdos

El día comenzaba en la aldea de la montaña verde y la mañana se presentaba soleada y cálida. Luego de una temporada primaveral repleta de lluvias, el astro sol hacía su aparición dándole color a las chatas construcciones del caserío astur en el que predominaban los marrones del adobe, la piedra y la madera rústica.

Los pinos del alto se veían más verdes que nunca y el aire corría limpio y energizante. La estación del calor estaba empezando y el clima contra el que siempre debían luchar ahora se auspiciaba agradable. Los próximos días serían sin lluvia y cálidos; sin embargo, desde la madrugada, Cazue se hallaba intranquila. Después de servirles a sus dos hermanos menores sendos tazones de leche de cabra e impartirles instrucciones sobre quién se encargaría de entrar la leña y quién trabajaría en la huerta, se sentó unos instantes en el largo banco de material unido al muro de adobe y piedra. Ese sitio, similar al que tenían todas las moradas de la aldea, solía ser el lugar más cómodo de la casa.

Allí, con la espalda apoyada en la pared y las piernas cruzadas, decidió que iría al campamento romano. Tenía que ir ella. Su existencia de diecisiete vueltas al sol recién cumplidas la convertía en la adulta de la casa; además, según las costumbres de su pueblo, era quien debía afrontar la situación. Estaba preocupada, su padre no regresaba al hogar desde hacía varios días. Si bien por su trabajo solía ausentarse durante varias jornadas, esta vez su falta se había prolongado ostensiblemente y la inquietud iba en aumento. Cuando el ejército romano se asentó en la aldea para explotar el oro, pronto su conocimiento fue requerido porque se corrió la voz de que era uno de los hombres que más sabía acerca de la ubicación del metal. A partir de ese momento, quedó bajo la tutela de los romanos, quienes, además, le exigieron pasar largos períodos en el campamento junto con los soldados. Caleyano alternaba esa tarea con la de orfebre, labor que tanto le gustaba. Antes de la llegada de los romanos esa había sido su principal actividad en la aldea, tal

como la habían ejercido su propio padre y el padre de su padre. Su familia siempre había bateado en el río para conseguir las pepitas que transformaban en brazaletes, collares y pendientes que luego intercambiaban por comida y otros utensilios necesarios para subsistir.

El oro, hasta la llegada del ejército de Roma, les pertenecía a todos en la aldea, lo que significaba que cualquier habitante de la montaña verde podía buscarlo en el río y apropiárselo. Pero pocos sabían ejecutar el trabajo fino de crear un bello collar, como lo hacía su padre. Así como en la aldea algunos se dedicaban al hierro, a la madera, o a la cría de animales, Caleyano realizaba el trabajo de orfebre para luego intercambiar sus productos por otros que necesitaría; además, como todo líder de familia, cultivaba la huerta de la casa. Los habitantes de la montaña siempre habían vivido de esa forma y cada uno tomaba de la naturaleza lo que necesitaba y lo transformaba en algo útil para luego trocarlo con los demás. Sin embargo, el advenimiento de los romanos había alterado la vida apacible y poco a poco la gente de su aldea y de las cercanas también aceptó darles valor a las monedas metálicas que usaban los romanos. ¿Cómo no hacerlo si con ellas les pagaban el trabajo que realizaban en la mina a cielo abierto?

—¿Cuánta leña traigo? —le preguntó el hermano a Cazue.

La voz de Leto comenzaba a dejar de ser la de un niño para empezar a sonar como la de un adulto. Pronto podría hachar los troncos de los árboles.

A pesar de ser sólo un adolescente, él también se daba cuenta de que su padre llevaba ausente mucho tiempo. Además, no era un secreto que en la mina algún hombre moría a diario. Se trataba de un trabajo peligroso, pero los romanos corrían ese riesgo por la quimérica ambición de extraer el oro. Porque muchos de los que perdían la vida eran astures, pero también perecían quienes habían llegado de Roma.

Parte de la extracción se realizaba con grandes explosiones que, en ciertas ocasiones, producto de un pequeño error en los cálculos, ocasionaban la muerte de aquel que estaba cerca. La madre de Cazue representaba el eterno recordatorio del peligro que entrañaban las detonaciones: había muerto accidentalmente a causa de un derrumbe inesperado.

El afán por conseguir oro no sólo se llevaba vidas sino mucho más. Por el metal, los romanos estaban dispuestos a sufrir otras pérdidas, como estar lejos de su amada Roma, o vivir una vida austera sin lujos ni comodidades en esta tierra apartada que los había empujado —entre otras concesiones— a comunicarse en el idioma de sus habitantes. Pues la avaricia lo pedía todo y nadie se atrevía a negarle nada.

—¡Cazue! ¡Dime cuánta leña traigo! —exigió el muchachito en voz alta, que advertía la preocupación de su hermana.

La chica volvió en sí y, mirándolo de frente, respondió con sus pensamientos aún en otra parte.

—Toda la que puedas, la necesitamos para cocinar. —Y avisó—: Ahora me voy, iré al campamento romano.

Leto asintió con la cabeza mientras su hermana comenzó a alistarse para partir. Cazue se puso un calzado resistente, hecho de cuero, que le permitiría sortear las espinas y piedras del camino. Luego, en una bolsa de trapo, cargó un poco de carne de cabra y dos hogazas de pan de bellotas que habían horneado; entregar en mano esa comida sería la excusa para pedir por su padre en el campamento romano. No era común dirigirse allí; ni ella ni sus hermanos querían volver a ese sitio, pues lo consideraban un lugar triste y doloroso desde que su madre había muerto aplastada por unas rocas.

En un abrir y cerrar de ojos Cazue se hallaba caminando entre la exuberante vegetación, pisando la tierra húmeda y negra de los senderos bordeados de altos pinos.

Para cuando llegó al lugar, gotitas de sudor le corrían por la frente. Se las secó con la mano y se echó hacia atrás la trenza que le llegaba a la cintura. Caminó hacia las grandes tiendas que habían montado los romanos cerca del arroyo y, al acercarse, pudo ver que un grupo de hombres trabajaba frente a una mesa enorme ubicada bajo la sombra de unas telas. Al menos eran diez los romanos que deliberaban sobre los papiros y planos extendidos encima de la mesa; discutían y no lograban ponerse de acuerdo. Algunos estaban de pie; otros, sentados en cómodas poltronas de madera. Portaban finas vestimentas, y sólo dos llevaban puesto el uniforme del ejército, pero, como había aprendido a establecer diferencias, supo que no era ropa de soldado raso sino de autoridad.

Cazue ya casi llegaba hasta ellos cuando, a pocos pasos, se distrajo con algo que le había llamado poderosamente la atención. Desde su ubicación podía ver dos construcciones grandes y lujosas. Como el sol le daba en el rostro, apoyó la mano sobre la frente para atenuar la luz y así logró verlas mejor. ¡Cuán diferentes eran esas dos viviendas a todas las que ella conocía! Además de espaciosas, lucían prolijas, con fachadas de terminaciones lisas en color claro y con altos pilares redondos. Pensó que se trataría de las famosas casas romanas con columnas de las que tanto había oído hablar. Imaginó que las personas que vivían allí debían ser importantes. Y no se equivocó en ninguna de sus apreciaciones: esas viviendas habían sido construidas al estilo de las que sus dueños —dos ingenieros aristócratas— poseían en Roma. Ambos hombres habían llegado a estas tierras enviados por el emperador para dirigir los trabajos en la mina y, como se suponía que la labor les demandaría varios años, se les permitió construir estos palacetes para alojar a sus familias. Cazue se quedó mirando las construcciones pensando en los habitantes de esas casas: ¿qué aspectos tendrían?, ¿habría mujeres viviendo allí? Intentó imaginárselas, pero no pudo, como

tampoco podía imaginar aún cuánto marcarían esas personas su joven vida.

—¡Ey, tú, muchacha! ¿Qué buscas?

Cazue, a pesar de oír su lengua, se sobresaltó. Se dio vuelta y se encontró con un soldado romano que venía hacia ella.

—Busco a mi padre, trabaja en la mina. Le traje comida —dijo, dando toda la información en la misma frase.

Los romanos la intimidaban. Sería mejor evitar equívocos y explicarle rápidamente el motivo de su visita. Cuando esos hombres llegaron a esta tierra habían matado a muchos aldeanos. Y si bien ahora vivían en paz, nunca se sabía, pues se trataba de una tranquilidad demasiado precaria cimentada en que los romanos, la parte fuerte, era la que mandaba, mientras que la otra, la sometida por la fuerza —los habitantes de la Hispania—, estaba condenada a obedecer.

El uniformado se sorprendió.

—¿Comida? Pero si los trabajadores ya tienen la que les damos aquí.

—Es que hace mucho que mi padre no regresa a casa y temo que le haya pasado algo malo, entonces pensé…

Uno de los hombres, que se hallaba impartiendo órdenes a los esclavos que trasladaban sacos de cereales, preguntó:

—¿Qué hace tu padre?

Este joven romano de cabello color rojo y voz amable no era soldado, sino un proveedor del campamento. Lo delataba, según observó Cazue, su túnica clara y delicada.

—El nombre de mi padre es Caleyano —le respondió—. Se trata de la persona que les dio la primera ubicación del oro.

Ella lo nombró; sabía que en el lugar era reconocido por su labor.

—Ah, eres la hija de Caleyano. Él se encuentra trabajando arriba, pero está bien —dijo, señalando la montaña. Luego agregó—:

Regresará en cinco lunas. ¿Quieres que le diga algo? —preguntó interesado en el atado que ella llevaba en las manos.

Cazue contestó de inmediato:

—Dígale que mis hermanos y yo estamos bien, y entréguele esto —señaló al tiempo que extendía su mano.

El hombre tomó el paquete y espió el interior de la tela. Enseguida, al descubrir el pan de bellota recién hecho, exclamó:

—¡Por Júpiter! ¿Puedo pedirte una hogaza como esta para mí?

Cazue se sorprendió ante el pedido, pero rápidamente le contestó:

—Tome una, allí hay dos.

—Te la pagaré.

—No es necesario.

—¡Claro que sí! Te daré una moneda porque quiero que mañana me traigas otras.

Los romanos afincados en la aldea extrañaban las costumbres y los lujos de su amada Roma, pero, y por sobre todo, añoraban sus comidas. A costa de esfuerzo buscaban adaptarse a los nuevos ingredientes con que se cocinaba en la Hispania. Una hogaza era un verdadero tesoro, tenía cierta reminiscencia al *panus* que horneaban en Roma.

Ella asintió y el muchacho de cabello rojo le lanzó una moneda romana. Cazue, con un movimiento rápido, la tomó en el aire. El romano sonrió y con ímpetu le dio un mordisco al pan.

—Está delicioso. Te espero mañana con tres de estos, te los pagaré muy bien —dijo, complacido, sin siquiera mirarla.

Él sólo tenía ojos para su hogaza.

Cazue, a punto de retirarse de la presencia del hombre, realizó una leve inclinación tal como le había enseñado su padre que les gustaba a los romanos. Luego dio la media vuelta y desanduvo el camino a su casa. Estaba contenta, regresaría con buenas noticias: su padre se hallaba vivo, volvería pronto y, además, con el pan

ganaría unas monedas iguales a la que ya tenía en la mano. Sólo tendría que recorrer al día siguiente el trecho desde su casa hasta el campamento. Y continuó cavilando: si ese hombre le seguía pidiendo pan, enviaría a Leto, porque si bien el trayecto no era largo, entrevió que ella sería más útil en la casa para ese fin.

Apenas llegó a su hogar, les contó a sus hermanos que su padre se encontraba bien y que pronto estaría con ellos. Luego los puso a amasar; ganarían dinero con los panes. La moneda la guardó en una pequeña vasija de barro que tenían en la casa.

* * *

Habían pasado cinco lunas desde que Cazue fue al campamento romano por primera vez. Si todo salía bien, su padre estaría de regreso al día siguiente, tal como le había anticipado el romano.

Esa mañana, como las anteriores, ella tomó tres hogazas y, colocándolas en la tela, armó el atado diario. Apreció cómo habían crecido las monedas de la vasija y pensó que su padre se pondría contento cuando viera la ganancia que había logrado junto con su hermano. Leto amasaba y ella vendía el pan. En un primer momento había pensado que sería al revés, pero luego, al descubrir que le agradaba ir al campamento por el movimiento del lugar, como también por la breve charla que mantenía con el hombre de los cabellos rojos, prefirió seguir llevando personalmente el pan.

En el segundo encuentro, tras entregarle las hogazas, habían cruzado sólo dos frases acerca de cómo se preparaba el pan de bellotas. Cuando él le preguntó la receta, ella se la dio casi sin mirarlo; luego, haciendo la reverencia, se retiró. En la tercera visita, se apartaron unos pasos del grupo que trabajaba en la mesa, y durante unos instantes se guarecieron del sol al abrigo de un árbol grande; él alcanzó a contarle que le interesaban las comidas y que,

en su condición de proveedor del almacén del campamento, debía velar por el aprovisionamiento y el control de los víveres que mantenían en pie a los hombres de la mina. Su nombre era Publio y su existencia tenía veinticinco vueltas al sol.

La cuarta vez que se vieron, al amparo del árbol grande, también conversaron sobre comidas. Publio le contó detalles acerca de cómo se preparaba el pan de los romanos.

Cazue había registrado muy bien los sucesos vividos en cada uno de esos encuentros. Había algo en ese hombre que le provocaba mariposas en la panza. Al principio, había sido miedo, pero ya no le despertaba ese sentimiento. Publio era un romano inofensivo. Estaba casi segura de que, si alguno de los hombres intentaba hacerle daño, él la defendería.

A ella le agradaba escucharlo hablar en la lengua de su aldea, aun cuando se equivocaba en muchos de los sonidos o la mezclaba con su propio idioma si se quedaba sin palabras. A pesar de los tropiezos, Cazue lo entendía porque, así como los romanos habían aprendido el habla de las aldeas, los habitantes de la montaña verde incorporaban poco a poco, la lengua de su opresor.

En sus conversaciones intercambiaban datos sobre los alimentos que comían los aldeanos y los que ingerían los romanos; a Publio le interesaban las diferencias y similitudes entre ambas costumbres.

Esa mañana, cuando ella llegó, Publio apareció desde una de las tiendas junto a un hombre mayor. Caminaban y hablaban rápido, pero Cazue tuvo la certeza de que el acompañante había colado un chascarrillo sobre ella. Porque la miró, dijo algo en su lengua y los dos hombres sonrieron. Cazue se puso en guardia, pero el romano se fue y Publio, otra vez, conversó con ella de manera amigable.

Cazue le entregó las hogazas y él, como siempre, le dio las monedas, aunque esta vez le dijo:

—¿Sabes…? La señora que vive en la casa romana quiere un pan de los tuyos. Se lo he hecho probar y le ha agradado.

—No sé si podré hacer tantos.

—Pues deberías. Ella tiene casi tu edad, y se la ve muy triste. Extraña las comodidades de Roma y a su familia.

Cazue se quedó pensando cuáles serían «las comodidades», pero no quiso pasar por ignorante. Sabía que los romanos consideraban bárbaros a los aldeanos, y a Publio no le daría el gusto de que pensara eso de ella. Así que sólo preguntó:

—¿Tiene niños la señora?

Ella sabía cuánto trabajo le daban sus hermanos.

—No los tiene, y por eso seguramente también llora.

—Pues le haré pan. Una vez, al menos. Cuando regrese mi padre, será mi hermano Leto quien empiece a traerlos.

Probablemente eso no ocurriría, pero Cazue había deslizado la posibilidad porque quería ver la cara de Publio al escucharla decir que no visitaría más el campamento.

—Como quieras… —dijo él. Y, agachándose, tomó un ramillete de las flores amarillas que crecían en el suelo. Luego las puso en las manos de Cazue—. Para ti.

—¿Para mí? —preguntó sin poder contener el cambio de color de su rostro, que repentinamente se enrojeció.

—El pan recién hecho que me traes cada día se merece eso y más.

El joven cuerpo de Cazue se convulsionó y las mariposas en la panza la atacaron como nunca. Pensó que lo mejor sería marcharse. Agradeció con voz casi inaudible y, con las manos temblando, se tomó el vestido e hizo la reverencia a modo de despedida.

Cazue dio media vuelta y el romano se quedó contemplando cómo se alejaba. Ella pudo sentir su mirada.

Mientras Publio observaba su andar se repitió para sí mismo la frase en latín que le había dicho momentos antes su amigo: «Me parece que tienes una conquista amorosa; aprovéchala, las mujeres no sobran en esta tierra».

Asumió que el hombre tenía razón. La vida era efímera: una explosión en la mina y en un instante todo acabaría. Un cuerpo femenino por estas latitudes siempre venía bien. Les costaba conseguir prostitutas entre las aldeanas, quienes rehuían ese trabajo; además, si lo practicaban, sufrían el destierro. Mujeres romanas sólo las tenían los privilegiados como los dos ingenieros que vivían en las casas nuevas del campamento de la mina.

El emperador les había prometido enviarles romanas de vida fácil, pero pasaba el tiempo, la urgencia apremiaba y, mientras tanto, debían conformarse con lo que había. La hija de Caleyano le agradaba, era como el pan que le traía: tierno, bien hecho y gustoso. Y aunque él, como romano, podía tomarla por la fuerza, ese no era su estilo.

Miró la figura femenina que se alejaba y pudo adivinar las curvas del cuerpo bajo las telas. Se repitió en voz alta:

—Gustoso, muy gustoso.

Así era él, un hombre con una debilidad incorregible por las comidas y las mujeres. Nunca podía decir que no a ninguna; le hubiera gustado ser uno de esos soldados aguerridos llenos de cicatrices que habían conquistado la Hispania, pero él había nacido para la poesía, el enamoramiento y los buenos banquetes. Había aceptado establecerse en esta tierra habitada por bárbaros motivado por la paga —sólo por eso—, y la salida de Roma había resultado más dura de lo que había imaginado, pues a diario extrañaba los placeres de la ciudad. Su trabajo consistía en organizar los alimentos, los utensilios y las cenas de los hombres que vivían en la campaña y, pese a la gran responsabilidad que eso suponía, no le desagradaba; incluso, contaba con ciertas libertades, como relacionarse con la chica del pan, aunque nunca se dejaba de añorar el civilizado mundo romano que incluía seres queridos, comidas típicas, el teatro, las termas de agua caliente y tantas otras comodidades.

Publio recogió de la tierra otras flores amarillas, formó un ramillete y con gracia lo dispuso sobre uno de los panes que acababa de recibir. Se lo llevaría a la muchacha romana que lloraba; por lo menos, eso decían sus sirvientas, mujeres con las que se relacionaba ocasionalmente. Ella también le gustaba, aunque el hecho de que fuera la esposa de un ingeniero romano la volvía casi intocable. «Casi», pensó, y sonrió. Ya vería cuál de las dos abejillas quedaría atrapada antes en la miel. Por suerte, dos zumbaban cerca.

* * *

La luna hizo su aparición en la noche húmeda y veraniega en el norte de la Hispania. Los insectos se hallaban de parabienes, se los escuchaba emitir sus sonidos y sobrevolar complacidos las antorchas ubicadas en las tiendas del campamento romano. Muy cerca de allí, dentro de las dos casas construidas al estilo de Roma, había movimientos. La edad de los moradores marcaba el ritmo interior de ambas. En una de las viviendas, un matrimonio mayor hablaba acerca del deseo de ver a los nietos que residían en la urbe, lo cual —sabían— sería imposible, pues la tarea que los había convocado a esta tierra lejana no se lo permitiría por largo tiempo. En la otra casona, la más grande, el maestro Ovidio Fabio, hombre más joven, sólo parecía tener mente para los cálculos, planos y operaciones que la mina de oro exigía. Había prolongado su actividad hasta un momento atrás, y sólo la había interrumpido porque su esposa le había reclamado que se presentara a cenar.

El ingeniero apareció en la sala y vio cómo los sirvientes luchaban contra los bichos alados que intentaban ingresar por las aberturas de la casa buscando la luz de las lámparas, mientras Junia, su mujer, les impartía órdenes para controlarlos. Él le preguntó:

—¿Está todo listo para comer?

—Sí —le respondió ella.

Junia había esperado todo el día para compartir este momento con su esposo, por lo que, complacida, instruyó a las esclavas para que trajeran de inmediato las bandejas con comida.

Al fin cenarían como correspondía. Esa mañana, provenientes de Roma, les habían llegado varios baúles con muebles, telas y cuadros para la casa; entre los bártulos estaba el esperado juego de triclinio que, de ahora en adelante, les permitiría comer como los romanos civilizados que eran. Esa noche, a punto de estrenarlos, miró satisfecha los elegantes camastros y la mesilla alta donde la sirvienta comenzó a depositar las bandejas con carnes, pescadillos, verduras y frutas; los alimentos se hallaban cortados en trozos pequeños para que pudieran tomarlos con las manos.

Junia lanzó un suspiro de satisfacción al repasar con su vista los muebles y las cortinas recién colocadas. «¡Al fin parece una casa romana!», pensó. Estaba contenta con la fuente de agua y el reloj de sol que habían sido ubicados en el patio, pero los detalles interiores realmente eran su orgullo.

Ella tenía veintidós años, llevaba tres de casada y jamás se había imaginado que terminaría viviendo en estas tierras bárbaras. Pero una situación fue llevando a la otra y ahora, en este lugar tan lejano, disponer en su casa de un simple triclinio, ese conjunto de muebles que tenía todo romano de clase alta y donde de ahora en más se tenderían a comer, le daba una colosal felicidad. Cuando sus padres le eligieron a Ovidio Fabio como marido, ella se puso contenta porque se trataba de un reconocido maestro en matemáticas, un hombre respetado y adinerado de aspecto cuidado y de rostro bello. Pero claro, sus defectos no saltaban a simple vista y recién los descubrió cuando se hubo casado. Porque Ovidio Fabio sólo entraba en el dormitorio para tener sexo una vez al mes. Y Junia sabía que así no engendraría fácilmente un hijo. El médico consultado en Roma le había explicado que los intentos debían ser más repetidos. Si bien

el consejo le sirvió para sacarse la duda, la visita al galeno suscitó un nuevo inconveniente: el problema de su marido había trascendido el ámbito familiar. Evidentemente, la indiscreción del médico traspasó los muros de su residencia y vaya a saber por qué comentario inoportuno la ciudad puso en duda la masculinidad de su esposo. Por eso, cuando a Ovidio Fabio le propusieron encargarse de la explotación del oro, aceptaron de inmediato sin imaginar las consecuencias ni las penurias que les depararía la mudanza.

Junia tenía la esperanza de que, pasado el buen momento que estaban por compartir, pudiera llevar al dormitorio a su marido. La última vez que habían tenido sexo había sido tres semanas atrás.

La noche se presentaba agradable, veraniega. Relajados, dispuestos a cenar, los esposos se tendieron en los camastros y comenzaron a servirse los alimentos delicadamente con las puntas de los dedos.

Junia, entusiasmada con la novedad de los muebles, había dedicado gran parte de la jornada a la decoración de la sala; había logrado, incluso, que colgaran los murales y las cortinas nuevas, faena que le dejó poco tiempo para ocuparse de los alimentos. Los detalles desatendidos se manifestaron apenas su marido probó un bocado: además de mal condimentada, la carne no estaba bien cocida, y la crítica de Ovidio Fabio tronó en la sala:

—Está incomible.

Ella trató de justificarse:

—No consigo los ingredientes adecuados.

—Esto es más que la falta de un condimento, la carne está mal asada. Tienes la cocina en descontrol.

Junia explotó:

—¿Cómo quieres que la lleve adelante con apenas cinco esclavos? ¡Me faltan sirvientes!

—Pues busca más. Nunca te lo he prohibido.

—¿De dónde quieres que las saque, si no hay mujeres? Haz que me traigan algunas de las aldeas.

—No quieren venir —replicó Ovidio Fabio, negando con la cabeza.

—¡Tráelas por la fuerza! —exigió ella.

—Ya te he explicado que el emperador Octavio ordenó que no tratemos a los aldeanos como esclavos. Debemos llevar una vida en cooperación con estas gentes. ¡Y acaba ya de quejarte!

—¡Jamás imaginé que vivir acá sería tan penoso!

—Te hice construir esta casa.

—Me prometiste mucho más.

—Deja de fijarte en lo que no he cumplido yo, y preocúpate por cumplir con lo que a ti te toca.

—¡¿Qué me toca?! —preguntó, enojada, después de haber trabajado como nunca lo haría una romana de su clase para que la casa luciera al menos parecida a una de las residencias ubicadas en el Palatino de Roma.

—Te corresponde engendrar un hijo.

La palabra había puesto el dedo en la llaga, y ella no se quedaría callada, como venía haciéndolo desde aquella consulta al médico indiscreto. Esta vez hablaría.

—Pues ven más seguido a mi dormitorio. Duermes demasiadas noches fuera de la casa —dijo, sin atreverse a repetir lo que su sirviente romana había averiguado cuando ella le pidió que lo siguiera: su esposo pasaba muchas noches en la tienda de Claudio Sexto, uno de los centuriones.

—Que yo sepa, no necesitas muchas visitas en el dormitorio para concebir un hijo. ¡Con una alcanza!

—Tienes razón: ni siquiera se necesita que sea de noche. Puede ser ahora mismo —dijo Junia y, abriéndose la túnica de un tirón y con violencia, dejó sus senos al descubierto. Estaba enojada y también desesperada. Necesitaba engendrar un niño; de lo

contrario, su marido podría pedir el divorcio por infertilidad. Aunque el culpable fuera él, así estaban planteadas las reglas para las mujeres romanas. Además, si su esposo la repudiaba por esa razón, le costaría encontrar a otro hombre de alcurnia que la desposara.

Ovidio Fabio observó el cuerpo desnudo de su mujer y luego miró el entorno: un reducido grupo de sirvientes daba vueltas a su alrededor mientras realizaban sus quehaceres.

—Estas escenas son desagradables —comentó, y abandonó el camastro. Bastante le costaba llevar a cabo el acto sexual cuando estaban solos como para consumarlo delante de otras personas.

Ella, que pareció adivinarle los pensamientos, señaló:

—Entonces, vamos a los aposentos.

—Ve tú, me has hecho enojar —dijo, y salió del triclinio con parsimonia.

Junia escuchó el ruido de la puerta principal y comenzó a llorar; estaba convencida de que su marido nuevamente iría a pasar la noche con el centurión.

Aún con lágrimas en los ojos, tomó con rabia una fruta, la mordió con violencia y tiró el resto por los aires. Enojada, empujó las bandejas, que cayeron al suelo con estruendo. Mirando el desastre que había hecho, descubrió los trozos de pan que esa mañana le había traído el romano encargado de los alimentos. Se trataba de un muchacho agradable, de cabellos rojos y de nombre Publio, que la miraba con deseo. «¡Ojalá mi esposo tuviera esos ojos para mí!», anheló. Pero como ese problema no tenía solución, debía centrarse en lo práctico: engendrar un hijo.

Escribió una nota en un papiro y se la dio a una de las sirvientas para que la llevara ante Publio. Ella sabía en qué zona encontrarlo, pues el muchacho estaba a cargo de las provisiones del campamento. En el escrito le pedía algunos condimentos. Si su petición salía como ella lo esperaba, él se los traería personalmente.

Era el pretexto perfecto para iniciar un acercamiento con él, con el proveedor.

Se encerró con dos de sus esclavas en el cuarto de las mujeres, esa sala donde se acicalaba con esmero a la dueña de casa. Necesitaba más maquillaje, un poco de perfume y un cambio de túnica; quería recibirlo bien arreglada, impecable.

Estaba decidida: si lo que necesitaba no lo lograba de su esposo, lo alcanzaría con otro. Precisaba un hijo. Pero había un problema: el rojo de su cabellera podría delatar al padre. Aunque peor sería seguir sin darle un niño a su marido. No importaba el color de pelo; lo decisivo radicaba en conseguir uno. Y este acercamiento entre ellos dos constituiría el primer paso para lograrlo.

* * *

La enorme luna iluminaba el campamento romano cuando Publio, luego de leer el papiro, preparó no sólo los condimentos que la dama le había pedido, sino que le agregó unas frutas. Si no malinterpretaba el contenido de la nota, Junia requería las provisiones en ese mismo momento. Atendería su pedido y, si la hermosa romana a la que había visto llorar se lo permitía, también le brindaría consuelo. En el campamento, todos sabían qué sucedía entre su marido y el centurión.

—Ten cuidado, Publio, y ve despacio. Su esposo es el enviado del emperador —se dijo a sí mismo en voz alta.

Y luego se respondió para sus adentros: «No tengo apuro».

Perseguir el botín, a veces, era mejor que alcanzarlo. El acecho de la presa resultaba maravilloso.

EL LAUREL

El laurel es un árbol frondoso de hojas fuertes y perfumadas. Su principal uso es como condimento en las comidas.

PROPIEDADES: se dice que el cineol y eugenol, las dos sustancias que posee, son hepatoprotectoras, antiinflamatorias y relajantes.

Simboliza la sabiduría financiera y la capacidad de administrar los recursos de manera efectiva. En el mundo de la espiritualidad, dar una hoja de laurel como regalo significa desear éxito.

CAPÍTULO 2

EL LAUREL

París, año 2055

Eme se bajó del metro y, al recibir una ráfaga de viento frío, se colocó la capucha del abrigo sobre su cabello rojo. Luego comenzó a caminar por la vereda de la calle grande con las manos metidas en los bolsillos de su piloto. Desde su ubicación podía apreciar la torre Eiffel en casi todo su esplendor. A pesar del mal clima, se dejó tentar y, por unos instantes, se quedó mirando la alta y magnífica imagen metálica mientras respiraba el aire con cierto placer; le gustaba lo que veía, pero también la llenaba de esa melancolía que era su eterna compañera. Amaba París, la ciudad donde vivía; allí mismo, treinta y dos años atrás había sido concebida y, también, nacido. Sus padres, conforme a la costumbre de esa época, habían salido desde Argentina decididos a viajar y conocer el mundo con poco dinero en el bolsillo. La joven pareja, después del encierro de la primera de las tres grandes pandemias que sufrió el planeta, había decidido dar rienda a sus ansias de libertad. Pero, cuando concluyeron el viaje por Europa y estaban por empezar el periplo por Asia, se enteraron de que un bebé venía en camino y debieron cambiar sus planes. El pasaporte europeo —obtenido gracias a sus abuelos italianos que habían emigrado a la Argentina— finalmente les había permitido instalarse en Francia, donde trabajaron y vivieron toda la vida. Su

padre ejercía la misma profesión de sus ancestros italianos: la orfebrería de joyas.

Eme recordó las bonitas alhajas que él diseñaba y vendía en la joyería de la plaza Vendôme, en el corazón de la capital francesa, y reflexionó acerca de los cambios que había sufrido el planeta desde aquella época. Y en un suspiro también recordó cuánto extrañaba a sus padres. El último de los nuevos y mortales virus se había llevado tanto la vida de ambos como la de casi todos los mayores. Sólo bastaba observar las calles de las grandes ciudades para corroborar que no abundaba la gente anciana; apenas si quedaban algunos pocos viejos diseminados en las zonas rurales. La sociedad sospechaba que esas muertes habían sido intencionales, provocadas para alivianar las altas erogaciones en salud y pensiones de los gobiernos, pero, contrariamente a lo pronosticado, ni el sistema sanitario ni el jubilatorio habían experimentado mejoras notables. Aunque los abuelos ya no estaban, nada había cambiado.

A Eme le gustaba imaginar cómo habría sido su vida si le hubiera tocado vivir durante el período en que sus padres fueron jóvenes, en esos años de libertad total. Encontraba fascinante que ellos hubieran podido viajar sin más requisito que exhibir sus pasaportes en las fronteras, o gastar su dinero a su entera satisfacción, no con los límites actuales que imponía el Estado, o, incluso, vivir sin miedo a la GM, la Guardia Mundial, la policía que desde su nacimiento había instaurado muchas prohibiciones en todo el planeta. Si bien cada país seguía teniendo sus propios presidentes, todos los ciudadanos eran vigilados por la GM. El organismo había surgido del acuerdo de los gobiernos de la Unión Europea, Norteamérica y Asia con el fin de frenar los cruentos atentados terroristas sufridos en el mundo durante las últimas décadas. Pese a que ciertos grupos se atribuían la autoría de las masacres, nunca se esclarecía por completo quiénes las perpetraban realmente. Las explosiones que dejaron muertos en los metros de París y Madrid y en otras ciudades turísticas, así como

en teatros y bares habían acabado gracias al accionar de la GM, esa fuerza militar que, ahora, aburrida, se dedicaba a controlar todo lo que hacían los seres humanos. De hecho, sus agentes contaban con información detallada de la vida de cada una de las personas del planeta.

En la calle, los habitantes coincidían acerca de que la calidad de vida mermaba día a día mientras la libertad se perdía poco a poco. Pero nada podía hacerse para torcer el rumbo de los acontecimientos y las quejas caían en saco roto. La prioridad radicaba en la seguridad y en su nombre se justificaban muchos actos, como si seguridad y libre albedrío fueran valores incompatibles.

Eme se acercó al puente desde donde podía ver el río Sena y la torre, compró una manzana en una de las máquinas expendedoras de frutas y le dio los primeros mordiscos apoyada en la baranda. Por unos instantes, permaneció allí, en el lugar donde habitualmente se detenía con Bur para darse un beso, una especie de ritual que se perdió cuando la relación empezó a trastabillar. Recordó a su exnovio y se entristeció; si repasaba la última conversación que habían mantenido, aún la atacaban los deseos de llorar. Después de una relación de casi dos años que le permitía imaginar un futuro juntos, un día él se presentó en su departamento para decirle que estaba cansado y aburrido de todo, hasta de estar con ella. «¡Quién no!», pensó, pero no lo dijo. ¿Acaso hubiera servido de algo? Claro que no, tenía el desinterés marcado en la mirada. La siguiente conversación tampoco logró salvar la relación y se sintió tan deprimida que pocos días después terminó visitando una de esas clínicas especializadas en eliminar los recuerdos infelices. Había estado a punto de sacarse de la cabeza a Bur y todo lo relacionado con la fallida relación, pero desistió porque el precio no era barato y el seguro social no lo cubría. Apenas unos años atrás, cuando apareció en el mercado esa posibilidad, también había planeado

borrarse algunos malos recuerdos, pero, por precaución o por lo que fuera, nunca lo había consumado. Tenía muchas amigas que sí, pero se decía que se volvía un verdadero vicio. Se empezaba y no se paraba hasta que no quedaba un momento triste en la cabeza.

Durante su caminata, Eme se dio cuenta de que su vida carecía de placeres y satisfacciones y que muchas veces la atacaba el mismo hastío que a Bur. En la existencia moderna no se daban bien las relaciones, ni las de pareja ni las de amistad, ni siquiera las familiares. Por estos tiempos no había persona que viviera en una gran ciudad y que no sufriera la soledad. Además, a la creciente tendencia a aislarse se le sumaba una pérdida gradual de las emociones. De hecho, quienes las experimentaban sólo lo hacían a través de las pantallas de sus casas, o como consecuencia de lo que veían gracias al chip que cada uno llevaba en la muñeca o detrás de la oreja. La vida tecnológica había venido a hacerse cargo de los sentimientos, pues el compromiso era menor al que se establecía a través de las pantallas; y ni hablar de lo fácil que resultaba hacerlo con seres de inteligencia artificial. Se sufría menos pero también se sentía menos. Eme tenía amigas que elegían como amigos —o algo más— a individuos de la IA. Se trataba de voces e imágenes creadas a gusto de cada uno, seres que estaban siempre disponibles para lo que se quisiese: desde una conversación profunda hasta un encuentro sexual de índole virtual. Aun así, todavía prevalecía la búsqueda de relaciones reales; sin embargo, cuando se las alcanzaba, pocos estaban dispuestos a dar lo que estas requerían. Exactamente eso les había pasado a ella y a Bur.

El entorno parecía complotarse para llevar una vida gris y sin emociones, porque hasta las famosas «ciudades de quince minutos» —por el tiempo que se tardaba en recorrerlas— se habían vuelto una trampa. Al comienzo, estas pequeñas metrópolis habían resultado atractivas porque sus habitantes disponían de escuelas, hospitales y comercios en un radio cercano, pero pronto comenzaron a poner

trabas para salir de su ejido. En primer término, con la contaminación como excusa, las autoridades impidieron la salida de vehículos; luego, estipularon que los residentes sólo podrían abandonar la ciudad una vez al mes, y con una autorización. En realidad, las largas travesías en coche habían acabado en casi todo el mundo, como también la posibilidad de mudarse de ciudad por puro gusto. Los traslados sólo se aceptaban por razones laborales, de salud o por fuerza mayor. En todos los casos, además, el permiso debía tramitarse ante los municipios.

Detrás de estas medidas planeaban dos grandes verdades: si las personas desarrollaban toda su vida en el mismo lugar era probable que pagaran rigurosamente los impuestos y que no cometieran delitos. El turismo había quedado encapsulado y sólo podían visitarse —tras gestionar largos y tediosos trámites burocráticos— algunos pocos lugares del mundo, como templos o sitios declarados patrimonio de la humanidad. No era nada fácil obtener la autorización para viajar.

Las playas habían quedado divididas en privadas —a las que accedían sólo los ricos— y las públicas, en las que nadie estaba autorizado a bañarse a causa de la contaminación. El típico viaje de vacaciones al mar no se usaba desde hacía una década. Estas y otras reglas parecidas ayudaban a manejar con mayor facilidad este mundo superpoblado donde no todos se comportaban como debían. Los movimientos de las personas eran controlados por un chip incorporado al cuerpo, el que se necesitaba para usar la cuenta bancaria, única forma de comprar o vender, porque habían sido prohibidos tanto el uso de dinero en efectivo como los pagos con tarjetas.

Eme comió el último bocado de manzana y luego, en un cesto público, tiró el cabito, que era la única parte que se desperdiciaba porque hacía mucho que no traían semillas. De hecho, eran pocas las frutas «reales» que llegaban a las manos de los parisinos; aun

así, ella se obligaba a ingerir, como mínimo, una a la semana. No podía basar su dieta sólo en galletitas y pizza, aunque amara la bollería industrial.

Siguió caminando mientras pensaba en el último y determinante cambio introducido en la alimentación de la población: una resolución general establecía que todo lo comestible estaría en manos del Estado; es decir, como los gobiernos ejercerían el monopolio, la venta y administración de los alimentos quedaría a cargo de los políticos de turno, algo muy conveniente, sobre todo, para algunos; porque cada país había comenzado a comprarlos a los respectivos fabricantes, un puñado de grandes empresas que, a su vez, dominaban el mercado de insumos farmacológicos.

Eme se detuvo y cerró los ojos para mirar la hora en línea a través del chip que llevaba bajo la piel, detrás de su oreja; los abrió y apuró el paso mientras se despedía de la bella postal de París que veía desde donde avanzaba. Su figura vestida íntegramente de negro se confundió con la del resto de transeúntes. A nadie en las calles de París, ni en ninguna de las otras grandes ciudades del mundo, se le hubiera ocurrido lucir una prenda colorida.

Vestían como lo hacían los robots humanoides, esos que años atrás habían aparecido en las calles para cumplir tareas útiles en la metrópoli, pero que luego se prohibieron debido a los sucesos sangrientos acaecidos en una fábrica y en los quirófanos de algunas clínicas, donde habían actuado en contra de los humanos. A partir de allí, su uso había quedado limitado y sujeto a severos controles.

A diario, las ideas sobre la monotonía y el hastío vital la perseguían. Pero una noticia que leyó en línea días atrás la impulsó a querer salir del sistema y pasar a ser parte de lo que se llamaba «El Movimiento». En resumen, a partir del mes en curso las semillas sólo podrían ser manipuladas por las empresas dedicadas a la alimentación y proveedoras de los Estados. Con la nueva disposición, nadie más podría tener en su casa una planta comestible; además,

quien se atreviera a infringir la norma sería penado con años de cárcel. Si los particulares perdían la posibilidad de cultivar, entonces también se malograba la posibilidad de elegir su alimentación; en consecuencia, todo el mundo quedaba sometido a comer lo que los gobiernos determinaran. A esta situación se había llegado gradualmente: primero, los campos se inundaron o se secaron. Muchos abonaban la teoría de que la culpa la tenían las estelas que lanzaban los aviones con la intención de provocar lluvias indeseadas o frenar las que se necesitaban. Aún se desconocía qué habían hecho exactamente esas aeronaves durante años, pero las tierras fértiles se arruinaron. Y así fue que, tras lustros sin obtener cosechas ni ganancias, muchos productores renunciaron a la ganadería y la agricultura; y los pocos afortunados que lograron atravesar esa gran crisis mundial llevaron adelante importantes movilizaciones que ningún gobierno local escuchó. De ahora en más, las grandes empresas que ya fabricaban alimentos procesados retomarían las tareas agrarias y se ocuparían de criar la carne artificial en grandes tanques repletos de aminoácidos. Y, por supuesto, también de producir animales para aquellos potentados que sí podían pagar el precio de carne real. Lo cierto es que unos pocos decidían qué comía la gente, y qué medicamentos se les suministraban para combatir las enfermedades que esas comidas generaban.

Aunque el futuro parecía funesto, las personas no reaccionaban. Entretenidas en sobrevivir o aturdidas por las redes, utilizando las aplicaciones de moda, no había tiempo para este tipo de pensamientos. Por otro lado, quien tomaba conciencia de la situación, sin dudas, acababa desolado, abatido, resignado, porque poco se podía hacer para promover un cambio.

Eme comenzaba a estar segura de que, si la gente no se unía a ese famoso movimiento que venía gestándose, la dirección del mundo quedaría para siempre en manos de unos pocos que se volvían cada día más ricos mientras las mayorías se transformaban

en sus esclavos, a quienes remuneraban con paupérrimos salarios que sólo alcanzaban para pagar la comida, la hipoteca de una pequeña casa y los gastos corrientes que garantizaban una existencia sin brillo, atontada, carente de emociones y sentimientos, sumergida en la tecnología.

Le gustaba esa rama de la ciencia. Sin embargo, por proximidad, por la dependencia creada a lo largo de los años en distintos aspectos de la vida cotidiana, por la labor que realizaba a diario en su trabajo, tenía plena conciencia de cuán peligrosa podía llegar a ser la tecnología.

El GPS de su chip le comunicó a Eme que se aproximaba a su destino y se colocó el cabello detrás de la oreja como hacía cada vez que se sentía ansiosa. Lo llevaba largo desde que tenía memoria, y era de color rojo intenso. A las personas les costaba creer que ese fuera su tono natural, pero lo había heredado de su madre y esta, a su vez, de la suya, y quién podía saber de que antepasado venía, como la nariz respingada y los ojos marrones. Le gustaba decir que el color de su pelo merecía los ojos verdes que la naturaleza le había negado; los genes eran caprichosos.

Cerró los ojos y miró mentalmente el GPS, el moderno dispositivo le permitía observar lo que iba siendo transmitido en línea. Los datos lineales habían venido a reemplazar lo que antiguamente se llamaba internet. Eran mejores, más claros y más rápidos. Los proporcionaba una voz sensual que se autonombraba Perla y que siempre estaba dispuesta a ayudar en lo que fuera requerida y que hablaba desde la cabeza misma de quien tenía colocado el chip. Porque bastaba cerrar los ojos para entrar en contacto directo con Perla. Las búsquedas con teclado habían acabado, la relación con las máquinas se generaba a través de los pensamientos. Muchos la consideraban la nueva gurú porque era capaz de buscar información, aconsejar y guiar en asuntos de diversa índole, desde lo emocional hasta lo médico y económico, pasando por cualquier tema que necesitara o

se le ocurriera a una persona. Perla lo sabía todo, era confiable, amigable y, desde que se había instaurado el chip del tamaño de un arroz, estaba dentro de la cabeza de las personas y no fuera, en un aparato. De esa manera, establecía una relación estrecha con cada humano. Nadie necesitaba enterarse de las conversaciones que cada individuo del planeta llevaba adelante con Perla por la sencilla razón de que ella respondía directamente a la mente. En ciertas oportunidades, Eme no lograba distinguir claramente entre su propio pensamiento y las sugerencias que le brindaba la nueva gurú de la inteligencia artificial que había llegado hacía unos años y que se quedaría por muchos más porque ya nadie quería ni podía vivir sin ella. Además, había una gran y benigna justificación: Perla hermanaba a la humanidad, pues cada habitante del país civilizado interactuaba con esa voz y se comunicaba con su entorno. Porque bastaba pedirle que marcara el número de un amigo para que ella recordara «No olvides preguntarle cómo va del resfriado» o «Recuerda que la última vez le agradó que lo llamaras por la tarde y no por la mañana» y así sucesivamente. Sin Perla no se podía vivir.

Perla le confirmó que todavía le faltaban tres cuadras para llegar al lugar donde le darían las instrucciones necesarias para ser parte del camino rebelde al que había decidido unirse. Todo había comenzado unas semanas atrás, cuando se reunió con un grupo de amigos ocasionales en unos de los bares de Montmartre. Luego del primer trago, al pedir otra ronda, el cantinero les advirtió sobre la nueva orden que regía sobre cuánto del salario se permitía gastar en alcohol. Nadie del grupo conocía la restricción y esa noche, cuando se enteraron, ni ella ni varios de sus amigos pudieron pedir un nuevo cóctel. Furiosa, Eme se acercó a la barra para quejarse con el camarero. La nueva disposición la había indignado; en especial, después de la contrariedad que le había provocado la restricción establecida al consumo en tiendas virtuales de ropa y de comida. ¡Qué podían saber los gobernantes de la imperiosa necesidad de

tomarse otra copa! Se quejó a viva voz con el encargado y se pronunció abiertamente en contra de las últimas medidas. Al oírla, un muchacho de cabeza rapada y ojos muy claros dejó su asiento en la barra y se le acercó con un nuevo trago en la mano.

—Te invito...

—No es necesario —respondió Eme interponiendo su mano a la copa.

—Tómalo, a mí me sobra crédito para comprar alcohol.

—Es que ya no sé si estoy de humor, creo que se me han quitado las ganas —explicó Eme.

El chico le sonrió y ella, al ver que no se desalentaba, pues seguía con la mano extendida, decidió aceptarle el trago. Asió la copa y bebió un sorbo.

—Noto que estás realmente enojada.

—Más bien estoy harta. Primero fue la prohibición de usar billetes. Ahora sólo gastamos nuestro dinero a través de cuentas en línea, lo que significa que conocen perfectamente en qué lo empleamos y dirigen nuestras elecciones —dijo molesta.

—Me doy cuenta de que no tienes miedo de expresar tus ideas.

—No. Hoy estoy muy enojada. Además, si nos quedamos callados, ellos seguirán limitándonos con más y más restricciones. Nos ganarán y ya no tendremos qué hacer…

—¿A qué te refieres con «ellos»?

—Ellos son ellos… ¿Acaso eres extraterrestre y nunca has oído hablar de La Firma?

Así comenzaban a llamar a ese grupo de personas poderosas que tejían uniones con los gobiernos de turno para seguir manejando el mundo de la manera que les resultara más conveniente según sus intereses. Claro que no todas las personas entendían de qué iba el problema, algunos ni siquiera lo veían y negaban la existencia de La Firma.

El muchacho de los ojos color cielo volvió a sonreír y expresó:

—Veo que estás muy concientizada. Pero te digo algo por tu bien… «Ellos» están más preparados de lo que creemos, tienen un plan. Con sólo quejarte en un bar no ganarás mucho. Al contrario, si alguien de La Firma te escuchara, ten por seguro que te multarían o te harían algo peor.

—¿Y qué se supone que debemos hacer? —preguntó Eme mientras observaba mejor al chico: era lindo y tenía un halo luminoso que se dejaba traslucir en su hablar.

—Trabajar organizadamente como ellos —respondió.

—¿Te refieres a El Movimiento?

—Sí, exactamente —señaló el muchacho.

—He oído algo…

—¿Te gustaría saber más?

—¿Por qué no? ¿Perteneces a la agrupación? —preguntó abiertamente Eme.

—Hum… si te interesa, ve a este lugar. —Se metió la mano en el bolsillo de su pantalón y, tras sacar varios papelitos cuidadosamente doblados, tomó uno y agregó—: Toca el timbre en esa dirección. Cuando te atiendan, muestra esto y entonces te dirán qué hacer.

Era evidente que el chico estaba preparado para entregar sus papeles cuando se topara con personas rebeldes como ella. En ese momento, Eme se preocupó porque temió que fuera un agente encubierto de la GM.

Cuando lo vio sacar un lápiz y trazar, junto a la dirección, la figura del sol con la letra eme, el hecho se le tornó extraño. Daba por descontado a qué se refería la letra, pero el dibujo, por esas raras casualidades, era igual al sol que su padre le había diseñado en la cadenita que llevaba colgada al cuello, debajo de su polera negra.

Al notar su inquietud, el chico se levantó la manga de la camisa; luego, giró el brazo y mostró su piel desnuda.

—Mira —le dijo—, para que te quedes tranquila...

Eme pudo ver un tatuaje con la misma letra. Ella había escuchado acerca de los jóvenes que se la grababan como señal de resistencia a los cambios producidos durante los últimos años.

—*Okay*, entendido, gracias —dijo Eme y tomó el papel.

Luego, él se marchó del bar y ella volvió a su mesa con el trago que había aceptado. Esa noche realmente lo necesitaba. Un par de horas antes había terminado de manera definitiva la relación con Bur. La última y final conversación había sido en el mismo lugar en que se habían conocido: la oficina que compartían en la empresa.

Al principio de la semana, el deseo de no encontrarse con Bur todos los días la había llevado a renunciar a su trabajo; aún sin uno nuevo, esa mañana, al enterarse de la prohibición de tener plantas comestibles, decidió presentarse en la dirección que el chico le había dado en el bar. Caminó apurada, ya no la asediaba el estrés del trabajo, pero seguía acelerada. Ella lo era.

Cuando estuvo frente a la dirección del papel, tocó el timbre en una construcción que en otro tiempo había sido una gran casa, ahora reconvertida en departamentos. Como el domicilio que buscaba se ubicaba en la planta baja, un sonido ruidoso se desparramó por la antigua edificación y llegó a la calle. En instantes, una chica de enterito de jean y un pañuelo floreado atado en la cabeza le abrió. A Eme le llamó la atención el atuendo porque ya nadie usaba esas ropas; hacía años que todo el mundo vestía conjuntos de un solo color, preferentemente oscuro, confeccionados en telas inteligentes, como el negro que lucía ella. La chica, al verla, le dijo:

—¿Sí… qué necesitas?

Eme, sin saber bien qué decir, simplemente actuó como le había indicado el chico de los ojos celestes: sacó el papel del bolsillo del piloto, lo desdobló y se lo entregó abierto.

La chica observó y comentó:

—El sol… —constató el dibujo y, con una seña, le pidió que la siguiera hasta un pequeño *hall*. Luego, a centímetros de Eme, le husmeó la oreja y dijo—: El chip…

—¿Qué sucede?

La chica suspiró largo y señaló:

—Haz que te lo quiten. Regresa cuando estés limpia.

—Pero eso es imposible…

Sacarlo era fácil. Llevaba insertado uno muy moderno, más pequeño que un grano de arroz. Regularmente, cada uno o dos años, las personas solían cambiarlo por un modelo más nuevo, pero Eme no podía renunciar a su asistente porque se sentiría perdida. Ese artilugio que había venido a reemplazar la antigua telefonía celular se había vuelto imprescindible. La chica estaba loca si creía que se lo iba a sacar. Amaba su versatilidad: escuchaba música que sólo sonaba en su cerebro, realizaba búsquedas en línea con su pensamiento y sin necesidad de teclados, en ese chip almacenaba sus contactos y se comunicaba con ellos, además de administrar su cuenta bancaria. Esto, sin contar que ya consideraba a Perla una amiga.

Algunas personas utilizaban el chip para monitorear a sus hijos en la escuela, otras para medir sus valores corporales de salud. Cada cual lo empleaba según sus gustos y conveniencia para diversas tareas. Pero otros, los raros, a quienes todos llamaban «los obsoletos», renegaban de la tecnología y habían desistido de incorporarlo a sus cuerpos. Sin embargo, esa gente tenía un montón de complicaciones extras y entorpecía al resto. Había trascendido que, en poco tiempo más, el uso del chip sería obligatorio; incluso, para comprar comida.

—Sácatelo y vuelve.

—No se puede vivir sin el chip.

—Claro que sí.

—¿Y la cuenta bancaria? —preguntó Eme.

Si bien los bancos, como lugares físicos, habían dejado de existir, aún continuaban captando dinero de la gente desde la línea.

—Nosotros te ayudaremos y podrás disponer de tus fondos. Pero si vas a regresar, vuelve pronto. Estaremos en este lugar sólo unos pocos días más.

—Y si vengo y ya no están, ¿dónde puedo encontrarlos?

—Ay, chica, ni yo lo sé. Nos mudamos constantemente.

Eme se sorprendió y abrió grandes los ojos. La muchacha agregó:

—Si te lo cuento es porque Hache te dio la dirección. Lo sé por el sol, su estilo es inconfundible —dijo, y avanzó un paso en dirección a la puerta con la intención de que Eme la imitara.

Se despidieron con un simple adiós.

En minutos, Eme se sumergió nuevamente en el metro; esta vez, rumbo a su casa. Otra vez iba apurada. ¿De dónde salía ese apuro? El estrés de la ciudad contagiaba a todos por igual, aunque no se trabajara.

En el departamento se hizo un café y calentó el seco *croissant* que le había quedado del día anterior. Con la taza en la mano, salió al pequeñísimo balcón en el que sólo cabían ella, de pie, y una maceta donde una triste dama de noche que nunca había florecido luchaba por no morir. Aun así, Eme se sintió afortunada; vivía en el quinto piso y pocas personas tenían esa vista privilegiada a la ciudad.

Bebió un sorbo dulce y caliente que la llenó de placer mientras se convencía de que no se sentía preparada para quitarse el chip. La línea dentro de su cabeza —o internet, como se le decía antes, cuando estaba fuera de la mente— se le había hecho indispensable, se le había convertido en una necesidad. Lo reconoció... era un vicio. A veces, quería pasar menos horas en las redes, pero allí encontraba su entretenimiento favorito. Egresada de la Sorbona, la tecnología ocupaba un lugar central en su vida: era su carrera, su trabajo, su

hobby. Sabía que no estaba bien, pero todos lo hacían y a todos les parecía normal pasar más tiempo en línea que con personas. En su época de estudiante, incluso, había ganado una beca por una aplicación que había inventado. Y ahora no podía liberarse de los viejos rudimentos que, a veces, en la vida moderna, funcionaban como un consuelo.

Mordió su *croissant* y lo halló delicioso; claro, cómo no, si se daba cuenta de que casi no había comido nada en todo el día y las luces de los edificios de París ya comenzaban a encenderse. La tarde se apagaba y caía la noche. Mientras bebía el café en el balcón, la nostalgia y la soledad se apoderaron de ella. Pensó en Bur y tuvo que espantar los recuerdos. Tal vez iba siendo tiempo de buscar un nuevo trabajo; si bien no lo necesitaba de manera urgente, pues podía vivir de sus ahorros durante unos meses, le parecía que una ocupación la entretendría y le quitaría la angustia de sentirse sola. Cerró los ojos y buscó en línea la aplicación que ofrecía puestos de analista de sistemas en distintas empresas. Descartó cinco, pero uno le interesó; al día siguiente enviaría su postulación.

Ingresó al interior del departamento y se hizo un nuevo café. Estaba segura de que la dosis de cafeína no la dejaría dormir, pero la necesitaba para recuperar el optimismo. Mientras lo tomaba sentada en la cocina, cerró de nuevo los ojos y buscó el número de Uve, una de sus amigas. La llamó. Enseguida escuchó el contestador; la gente ya no mantenía una conversación y casi nadie respondía a los llamados; muchos habían adoptado la costumbre de enviar un audio como respuesta. Y así, frase grabada va, frase grabada viene, las personas se comunicaban. Las largas charlas por teléfono de antaño rara vez se daban, como también habían sido erradicadas por completo las visitas a las viviendas, pues a nadie le gustaba recibir gente en su casa; tampoco a Eme. Lo normal era reunirse de vez en cuando en un bar o en una discoteca. Probó con otra de sus amigas y, de nuevo, pasó al contestador.

Se tiró en el sillón y, a punto de cerrar los ojos para entretenerse mirando redes en línea —a «viciar», como ella le decía—, no lo hizo. La idea de pasar a formar parte de El Movimiento le atraía, la llenaba de adrenalina, porque el mundo, tal como estaba, se iba al carajo. Quería luchar por un cambio, pero le daba miedo abandonar las comodidades que la rodeaban. ¿Y si realmente se animaba a tirar todo por la borda para empezar una nueva vida? Decían que una existencia alejada de los sistemas era más natural y, poco a poco, bajo otra dinámica, se redescubría una humanidad extrema. ¿Sería volverse demasiado elemental y primitivo? Los sociólogos clasificaban a las personas en tres clases: los obsoletos, los negados a incorporar las novedades científicas; los normales, como ella; y, por último, los tecnológicos, los niños que habían recibido el chip para bebé, el dispositivo que los ayudaba a socializar y a aprender más rápido. El mundo se complicaba y ella ya no estaba muy segura de qué estaba bien y qué estaba mal. Lo pensó y lo repensó. Y, otra vez, no se sintió preparada para responderse.

Eran casi las ocho de la noche cuando decidió pedir una pizza. Luego le dieron ganas de salir, de comerla sentada al aire libre. El clima otoñal aún lo permitía, y esa noche no llovía. Se imaginó sentada en Il Angioletto y se vio sola; desistió. Pensó en Bur y en la cantidad de veces que habían ido a esa pizzería. Entonces, cerró fuerte los ojos y, zanjando todas las barreras que se había impuesto a sí misma para no volver a llamarlo, su mente marcó el número. El teléfono llamaba. No tenían temas pendientes por conversar, pero no quería comer pizza sola. Tal vez fuera una simple excusa para verlo. No estaba segura; de todas maneras, no pensaba pedirle nada, sólo compartir la cena. Al fin y al cabo, habían sido pareja hasta no hacía tanto tiempo.

El teléfono llamó hasta que saltó el contestador. Ella insistió, esa había sido una clave entre ellos. Si llamaba por segunda vez significaba que necesitaba hablar con él.

El acuerdo tácito dio resultado.

—Hola… —dijo Bur del otro lado.

—Soy yo…

—Hola, Eme…, ¿estás bien?

Él había entendido el código de las llamadas.

—Sí, sólo que estaba pensando en ir a comer pizza.

—¿Pizza? —preguntó Bur, confundido.

—Al Il Angioletto…, sí. La noche está linda y no quería ir sola.

Eme sabía que a Bur el lugar le gustaba tanto como a ella. Pero del otro lado de la línea se oyó un suspiro masculino que no le dio buena espina; se sintió en la necesidad de aclarar:

—No pretendo nada. Es sólo una invitación a comer.

—Estaba por cenar en casa —se justificó él.

—¡Deja ese sándwich que estás haciendo y acompáñame!

—No puedo… tengo gente.

Bur terminó de decir la última palabra cuando del otro lado de la línea se oyó la voz de una mujer que reclamaba:

—Ey, bebé, ¿vienes o no vienes? La comida se enfría.

Eme sintió que el corazón le latía fuerte. Aunque dolida por saberse rápidamente reemplazada, debía salir de la situación de la manera más honorable posible.

—Oh, claro, perdona, no pensé que estabas con visitas.

Se despidieron con parsimonia.

Eme se volvió a tirar en el sillón y exclamó:

—¡Eres tonta, muy tonta!

Pensó en todos los defectos que tenía Bur y agregó:

—Pues quédatelo, chiquita. Esto se merece que pida la pizza.

Bur la había hecho enojar.

Media hora después, saboreaba la tercera porción de calabresa, su gusto preferido. Sí, el más grasoso y pesado. Aun así, comiendo a rabiar, meditaba y las dudas existenciales la acorralaban: «¿Vale la pena luchar por mis convicciones? ¿Soy capaz de animarme a salir

del sistema?». Necesitaba actuar, hacer algo en lo que creyera de verdad. Era el momento justo. No mantenía una relación que la obligara a conciliar intereses o a mediar ante una decisión de esta naturaleza; tampoco había empezado un nuevo trabajo. Albergaba, sí, más dudas: «¿Qué me demandará El Movimiento? ¿Me asignarán una tarea especial?». Y una más profunda: «¿Mi vida seguirá igual de vacía pero fuera del sistema?».

Sumergida en estos pensamientos, en su mente sonó la alarma de las noticias, configurada para avisarle cualquier novedad relativa a las semillas. Cerró los ojos, entró en línea a través de su chip y escuchó con atención. La sensual voz de la inteligencia artificial le relataba que los gobiernos del mundo acababan de tomar la decisión de retirar del mercado todas las semillas y que las personas que fueran encontradas manipulándolas o intentando cultivar plantas comestibles tendrían una pena de hasta cuatro años de cárcel. Las pocas frutas y verduras orgánicas que aún seguían a la venta serían retiradas del mercado; es decir, ningún producto con semilla sería comercializado. Además, la elaboración y distribución de los alimentos transgénicos quedaría a cargo de ciertas empresas. Se pedía a la población que denunciara a las personas que vendieran los productos prohibidos. La justificación radicaba en el noble propósito de erradicar el hambre mundial. Las raciones de comida —continuaba la noticia— serían enviadas a los países pobres por las empresas designadas.

—¡Raciones de comida insalubres! ¡Eso es lo único que les darán a esos pobres diablos! ¡Y a nosotros, por supuesto! —explotó Eme. Luego agregó—: *Touché!* ¡Mierda, vienen por todo!

Estaba harta, ya era suficiente, no podía dejar pasar esto y hacer como si todo estuviera bien. Lo decidió: el mundo exigía un cambio, su propia vida lo pedía; empezaría por quitarse el chip. Siempre existía la posibilidad de volver a colocárselo.

Averiguó en línea y descubrió un local cercano que atendía hasta las nueve de la noche. Dio por sentado que sería un sitio oscuro, de esos que no pedían mucha información. Mejor, era justo lo que necesitaba; no quería completar fichas, ni dejar rastro de la desconexión.

Miró la hora: las ocho. Tenía tiempo. Se sirvió un poco del jugo de naranja que estaba de moda y que de fruta no tenía nada, pero, como le gustaba, siempre se encargaba de que no le faltara en la heladera. Tomó un sorbo. Llevaba un tiempo sin consumir agua; exactamente, desde que habían trascendido las denuncias sobre la calidad del suministro. Las noticias afirmaban que el agua del grifo estaba contaminada por desinfectantes y químicos nocivos para el organismo. Tampoco la compraba en botellas de plástico porque, después de la pandemia de urticaria que había azotado a la ciudad, los científicos establecieron que se debió a la gran cantidad de plástico que ingerían los parisinos. Ya sea por el polímero presente en las botellas de agua, los vasos y las cucharitas descartables o en las bolsas de nylon utilizadas para recubrir los alimentos, los cuerpos habían reaccionado con brotes de ronchas que picaron durante, al menos, un mes. Por esa razón, Eme no compraba agua en el supermercado ni consumía la envasada en botellas de vidrio porque esas marcas costosas estaban completamente fuera de su presupuesto. Pero ¿quién podía saber realmente qué contenía ese jugo que tomaba, si los ingredientes que figuraban en la etiqueta estaban reducidos a siglas?

Se volvió a calzar los zapatos y salió a la calle. Como siempre a esa hora, París vibraba a través de las luces y de la gente que salía a cenar, pero esa noche Eme tenía una sola idea y, para concretarla, se dirigió al local.

Cuando llegó, confirmó sus sospechas: se trataba de un tugurio pequeño y oscuro atendido por un hombre con los brazos y el cuello repleto de tatuajes al que no parecía importarle el cumplimiento de

los requisitos legales. Eme no quería que le quedara cicatriz ni contagiarse ninguna enfermedad sanguínea, por lo que sólo se fijó en que la máquina de extraer el chip fuera moderna. Observó que tenía el tamaño de un pequeño secador de pelo y, una vez que pasó su control de calidad, se aseguró de que la ficha extractora fuera descartable. Cuando lo constató, sobre el mostrador completó el formulario con una clave identificatoria falsa convencida de que no le traería problemas, pues el hombrecillo no corroboró los datos antes de quitarle el chip. Aun así, no quería dejar pruebas de que no se colocó uno nuevo.

Cinco minutos después, sólo tenía una cinta del tamaño de una uña detrás de la oreja y ya no escuchaba más a Perla. El corte de dos milímetros no le había dolido, pero se sentía rara.

Caminaba hacia a su casa embargada por una extraña combinación de soledad y miedo. Sin GPS, temía desplazarse y perderse; tampoco podría contar con una búsqueda en línea para resolver consultas urgentes. Además, ¿cómo haría para comunicarse con algunos de sus amigos? ¿Cómo hablaría con sus parientes de Argentina? Para tranquilizarse se respondió que, por ahora, no iría a ningún lugar lejano y que consultaría a los humanos si necesitaba resolver una duda. Con su familia de América hablaba esporádicamente, sólo una o dos veces al año, así que no tenía de qué preocuparse. Sus padres aún estaban vivos la última vez que viajó; y conseguir la autorización había resultado tan difícil que, en lo inmediato, prefería no volver a intentarlo. Con sus amigas tampoco tenía tanta intimidad; entonces, se dio cuenta de que ella, como casi todos los habitantes de París, vivía sola; por consiguiente, comunicarse con esas personas no era lo que iba extrañar, sino que el peor vacío vendría por la pérdida de Perla, esa voz que le marcaba los números de teléfono, esa que siempre la ayudaba a resolver pequeños y grandes asuntos de su rutina. Perla se había vuelto su fiel compañía. Lo pensó fríamente y comprendió que esa

dependencia contenía visos de anormalidad. Un dejo de felicidad y rebeldía la empujó a apurar el paso. Estaba satisfecha con su decisión; tal vez, se ilusionó, este cambio le devolvería un poco la alegría o le quitaría el hastío.

Pero la esperanza le duró poco porque, cuando llegó a su departamento y se tiró en el sillón, se sintió sola, sumida en la más absoluta incomunicación, sumergida en el peor de los silencios. Podía visitar a sus amistades; en especial, a las dos amigas que vivían a pocas cuadras de su casa. Pero no se trataba de un sentimiento que podría solucionar de esa forma, con un breve contacto social, porque esa noche se sentía desterrada a un lugar solitario, clausurada, apartada, abandonada, como en un triste estado de orfandad. «¡Dios, qué importante era el chip para mí!», se dijo, y reconoció que nunca había tomado real conciencia de la dependencia que había establecido con ese minúsculo aparato. ¿Cuándo le había pasado semejante cosa? Quiso consultar sus síntomas en línea, pero cuando cerró los ojos, Perla no respondió, ya no estaba en su mente. Desesperada, creyó habitar en el peor de los mundos y, cuando se lamentaba por su equivocación, una idea salvadora vino a su mente: ella había nacido sin chip. Podría acostumbrarse a este nuevo estado, estaba segura. Sus padres habían aceptado colocarse el chip a una edad avanzada y habían vivido muchos años sin el artilugio. Sobreviviría.

Apagó las lámparas y, a oscuras, se quedó tendida en el sillón, observando las luces de los edificios que se colaban por la ventana. Quería una existencia diferente, deseaba un mundo distinto, un lugar donde ella y todos los habitantes del planeta vivieran de manera natural y, por supuesto, mejor, con mayor calidad, en lugar de hacerlo en pésimas condiciones, tristes, enfermos y desdichados. Sin embargo, el lucro de pocos se sostenía en el sufrimiento de muchos. Un puñado de vivos gozaba de su estatus apañado por los gobiernos de turno. Las personas que ejercían el poder político

aceptaban tácitamente esas reglas, simplemente, porque sacaban sus buenas tajadas mientras permanecían en los cargos. «Un asco —pensó—, un verdadero asco.» Pero por primera vez en su existencia sintió que haría algo bueno e importante, no sólo fabricar aplicaciones y sistemas tecnológicos para las corporaciones que la habían empleado. Además, debía analizar muy bien cómo volvería a realizar su trabajo sin un chip en su oreja. Su ruptura con la tecnología era real; por lo menos, por ahora.

Se esperanzó. La aguardaba algo nuevo por vivir. Así sería, aunque ella no imaginaba cuánto.

* * *

Los primeros rayos de sol de la mañana la encontraron acostada en el sofá. La noche anterior no se había quedado hasta tarde en línea revisando redes sociales, como solía hacerlo habitualmente, y eso había ayudado a que tuviera un sueño profundo y reparador; sabía que los chips —sobre todo, los más antiguos— interrumpían el ritmo circadiano del cuerpo, pero nunca había querido detenerse a reflexionar en sus efectos, del mismo modo que las personas no se resignaban a vivir sin tecnología.

Se levantó, se dio una ducha, desayunó un café y algo de bollería dulce que tenía en el frízer. Luego se calzó los pantalones y la remera de tela inteligente color negro; tenía varios de estos conjuntos que habían dejado de ser una moda para convertirse en una necesidad porque la tela con la que estaban confeccionados aumentaba o bajaba la temperatura del cuerpo según lo precisara. Ella ya casi no compraba vestimenta de marcas que no brindaran ese confort extra. Además, las dos prendas sueltas eran cómodas para los kilos de más que ella, como toda persona de su época,

tenía. La obesidad y el sobrepeso se habían convertido en el problema del siglo.

Se peinó dispuesta a salir a la calle. Iría a ver a la muchacha del pañuelo de colores en la cabeza. Pero antes deseaba hacer algo.

Había pensado en cortarse el pelo. «Nada mejor que empezar el cambio interior acompañado de uno exterior», se dijo. Pero como no tenía chip, tampoco disponía de dinero para pagarlo. Se le ocurrió que, tal vez, si explicaba que había tenido un pequeño percance con el chip, le harían el corte que luego pagaría. La conocían de años, siempre se atendía allí, y descontó que le creerían. Claro que esta vez quería un cambio rotundo. Salió a la calle.

En el salón, el *coiffeur* aceptó que le pagara cuando solucionara el problema. Le había impresionado saber que deseaba reemplazar el largo cabello rojo por uno al hombro y con flequillo. Cuando el trabajo estuvo terminado, se miró en el espejo y le gustó. El nuevo *look* resaltaba sus grandes ojos marrones.

Una hora después se presentó en la vieja casona convertida en departamentos y la recibió la misma muchacha de pañuelo. Apenas le abrió la puerta, Eme le señaló la cinta que llevaba detrás de la oreja.

—¡Qué cambio! Por poco no te reconozco —comentó la chica.

Eme asintió.

—Pero qué rápido te has decidido... —agregó al descubrir la cinta que cubría la extracción del chip.

—¿Para qué perder tiempo?

—Opino lo mismo. Es lo mejor que podrías haber hecho.

—Cuéntame cómo sigue esto ahora que estoy *limpia*…

—Te explicaré. Confío plenamente en ti porque te envió Hache. Él tiene buen ojo para reclutar personas. Hasta ahora, al menos, nunca ha fallado.

—¿Reclutar? —preguntó. No le gustó la palabra.

—Sí, ese es el trabajo de Hache. Cada uno tiene su tarea.

—¿Son un grupo?

—Somos muchos grupos intercomunicados. Estamos en todo el mundo. Nos apoyamos, nos pasamos información y juntos planeamos grandes cambios.

—¡Ah…! —exclamó Eme, que estaba ansiosa por saber más—: ¿Y cómo encajaría yo en este engranaje?

—Simplemente te dedicarás a usar tus dones.

Eme sonrió, la frase le sonó mística.

—No sé si tengo dones.

—Todos los tenemos. Así es el universo, nos dio talentos y, cuando los usamos para beneficio de los demás, hacemos de este planeta un lugar mejor.

—¿A qué te refieres con «dones»?

—A ver, dime… ¿Qué sabes hacer? ¿Te gusta la agricultura? ¿Sientes más conexión con el mundo vegetal o el mundo animal?

Eme nunca se había formulado esa pregunta. En el balcón sólo tenía una planta agonizante y mascotas nunca había criado. Ni siquiera había pensado en la disyuntiva entre dos «mundos». Por momentos, la chica parecía hablar en otro idioma. Le respondió:

—¿Agricultura? ¡Oh, no sé nada de eso!

—Quédate tranquila, ya te acostumbrarás a ser cien por ciento humana. Hemos vivido tantos años en ciudades, rodeados de cemento, sin más plantas que las de unas míseras macetas que, ahora, la vida para la que nacimos nos parece irreal e imposible. Fíjate que hasta nos empeñamos en humanizar a nuestras pobres mascotas.

Eme se sintió descubierta respecto a su planta, pero no entendió lo de los animales.

—¿A qué te refieres?

—Encerramos a nuestros animales en los cuartos de dos por dos donde habitamos y no salen nunca al exterior porque nos multan. Les damos comida que tiene forma de marcianitos comprada en el

supermercado y terminan enfermándose y muriendo miserablemente como nosotros. ¿Entiendes?

—Creo que sí.

—Algunas personas están tan mal que ni siquiera pueden imaginar una vida mejor —dijo la muchacha de manera apasionada.

—Tienes razón —aprobó Eme, quien comenzaba a pensar que ella se contaba entre esos pobres ignorantes que aún no podían soñar con claridad una existencia mejor. Sólo sabía que no iba por buen camino, pero aún no acertaba cuál seguir.

—Es un sistema realmente perverso. ¿Por qué crees que hay tanta gente enferma física y emocionalmente? —Al no recibir respuesta, agregó—: Dime… ¿tienes alguna profesión?

Eme pensó que, al fin, le hacía una pregunta fácil de responder y contestó aliviada:

—Soy analista en sistemas.

—¿Con título de la universidad?

—Sí.

La chica lanzó un silbido de admiración y preguntó:

—¿Has trabajado de eso?

—Claro. En varias empresas.

—Pues ya te voy diciendo que podrás ayudar, y mucho.

Eme hubiera querido decirle que, justamente, quería olvidarse de las máquinas, empezar una nueva vida más natural, ayudar a construir un nuevo mundo sin tanta tecnología, que estaba en crisis, y que no sabía si era porque vivía mal o porque extrañaba a Bur; pero ella, que sentía que no encajaba en ninguna parte, se quedó callada. Quería conocer a más gente que perteneciera a estos grupos. Y ahora que había descubierto que eran varios diseminados por el mundo, deseaba observarlos mejor, ver de qué iba realmente este nuevo movimiento de sedición.

Por momentos, se sentía aterrada. Entonces, para contrarrestar esa sensación, recordaba que siempre existía la posibilidad de

ponerse nuevamente un chip y volver a su chata y antigua vida. No había descartado la idea para siempre. Se centró en el problema que debía resolver prontamente.

—Pero ahora que no tengo chip, dime cómo haré con la cuenta bancaria. Dijiste que me ayudarían —enfatizó Eme, que acababa de padecer la principal dificultad de su nueva vida.

Desde la prohibición del uso de los billetes, la tecnología se había vuelto imprescindible. Claro que había un mercado negro para los billetes y algunas personas aún los usaban para realizar ciertas operaciones, pero valían la mitad y, si eran descubiertas, se las penaba con varios años de cárcel.

La chica movió la cabeza afirmativamente.

—No te preocupes —la tranquilizó—. Ven esta noche que tendremos una reunión importante y solucionaremos ese problema.

—Perdona, pero me gustaría hacerte una pregunta… —deslizó Eme tímidamente. Algo no terminaba de cerrarle.

—Sí, dime.

—¿Siempre son tan confiados con los nuevos integrantes que se suman a los grupos? —preguntó. Le parecían pocas las precauciones que la chica había tomado respecto a su inclusión.

—Primero, y como te dije, Hache está de por medio. Segundo, forma parte de los cambios que debemos hacer como especie: necesitamos volver a confiar el uno en el otro, a relacionarnos entre nosotros con buenos sentimientos. Y la confianza es uno de ellos.

—Parece sencillo, pero…

—Mira… ¿Cómo te llamas?

—Eme.

—Escucha, Eme, si me dices que estás en contra del sistema, tengo que creerte, si no ya no sabremos en qué creer o por qué guiarnos. Las palabras y las explicaciones que dan los seres humanos tienen un valor precioso. Debo honrarte creyéndote lo que

dices, si no nada de esto tiene sentido y la especie humana estará perdida para siempre.

—Me parece coherente —dijo Eme con cierto recelo ante las nuevas y elevadas ideas que le exponía la muchacha.

En la calle, la gente se había vuelto cada vez más desconfiada. La palabra de las personas no valía, a la hora de un compromiso sólo tenía valor la clave del chip; porque, si se la entregaba y no se cumplía, se perdían los bienes y hasta la libertad física. Tampoco se valoraban los lazos de familia, ni los de la amistad, y esas relaciones representaban un lastre. Cuidar a una madre enferma o criar a un pequeño era un peso que no cualquiera estaba dispuesto a soportar. Sencillamente, se vivía muy solo. Como consecuencia de que nadie quería tener descendencia, cada año nacían menos niños. Los censos confirmaban las proyecciones y la pronta extinción de la especie se acercaba a pasos agigantados. Era común que los jóvenes, al alcanzar la mayoría de edad, se introdujeran en la sangre una sustancia que inhibía la concepción. Eme aún no había tomado una decisión al respecto.

La muchacha le respondió:

—Pero también nos guiamos por el instinto. Guíate por el tuyo, verás que rara vez falla. Si está allí, en nuestro interior, ten por seguro que hay una buena razón… —pronunció la frase guiñándole el ojo.

Dos palabras más y se despidieron.

Eme se marchó y se pasó ese día divagando entre la alegría de saber que estaba a punto de empezar algo nuevo y el miedo que le provocaba asomarse a lo desconocido. ¿Extrañaba entrar en línea para leer las noticias, añoraba pedirle información a Perla, o por primera vez en años disfrutaba realmente de no ser una esclava de las redes, de las búsquedas y ayudas que Perla le brindaba a diario con su voz sensual? La independencia comenzaba a tener un buen sabor.

* * *

Era de noche cuando volvió al departamento de la planta baja. Ingresó y se dio con una veintena de personas entre las que se encontraba Hache, quien de inmediato se acercó a saludarla. Como notó que todos hablaban bajo, Eme le preguntó por qué.

—No queremos hacer ruido o los vecinos se quejarán de que nuestra querida Equis vive de fiesta —dijo señalando a la chica del pañuelo; luego avisó—: Enseguida empezaremos la charla.

Eme se sentó en la punta del sillón grande de la sala y se dedicó a observar su entorno. Pronto descubrió que los presentes tenían, en su mayoría, entre veinte y cuarenta años y vestían ropas coloridas de algodón, algo propio del año 2000. Las únicas ataviadas con un conjunto oscuro de tela inteligente eran ella y otra muchacha que también parecía ser nueva allí.

Notaba que hablaban entre ellos y nadie cerraba los ojos para escuchar a Perla o su símil. Ninguna de esas personas tenía puesto el chip. Eme recordó qué poco había conversado con sus amigas durante las últimas reuniones; no habían interactuado entre sí, más bien se habían dedicado a compartir cosas en línea mientras mantenían los ojos cerrados, a pesar de estar sentadas frente a frente. Cada vez era más común observar en un bar a dos personas con los ojos cerrados que sonreían y participaban, a la vez, de una actividad en línea.

Una muchacha con una bandeja se le acercó y le ofreció un vaso de agua.

—No, gracias, no bebo agua —dijo segura y reticente al líquido que nadie tomaba después de la epidemia de urticaria que había afectado a París. Le pareció extraño que, justamente, le ofreciera esa bebida.

—Aprovéchala, es pura, sin plásticos, recién llegada de un manantial.

Eme levantó las cejas y, asombrada, decidió creerle, aceptó un vaso y bebió un sorbo. Sabía suave a la boca y a la garganta.

Cuando la chica terminó de distribuir los vasos, volvió a Eme y le preguntó:

—¿Es tu primera vez aquí?

—Sí.

—Oh, ya te acostumbrarás a tantas cosas que ahora te parecen raras. Simplemente se trata de volver a las costumbres que nos hacen bien, las cosas para las que fuimos creados y nos brindan felicidad en las tres áreas: espíritu, alma y cuerpo.

—¿Hace mucho que perteneces al grupo? —se interesó Eme.

—Un año. Y te puedo asegurar que me siento plena.

—Qué bueno, porque yo no puedo decir lo mismo.

—¿Meditas?

—No.

—Pues ya verás cuántos hábitos incorporarás. No se trata sólo de pelear contra La Firma —señaló y, a punto de decir algo más, se contuvo porque vio que Hache ocupaba el sitio para iniciar la charla.

El muchacho saludó, les dio la bienvenida a los nuevos y se dedicó a explicar lo que siempre repetía cuando abría una sesión como esta: que la principal y suprema meta que los motivaba era cambiar el mundo. Luego pasó gran parte del tiempo contando algunas de las tácticas que habían implementado para luchar contra La Firma. Últimamente, se habían concentrado en sabotear los sistemas y ventilar información sensible que la empresa pretendía mantener oculta: documentos, decisiones secretas e identificación de los integrantes de la organización que manejaba la vida de los seres humanos. Les pidió que nunca se olvidaran de que no estaban solos, sino que había muchos más como ellos desparramados por el

planeta luchando por el mismo propósito. En un momento de la apasionada conferencia exclamó:

—¡El cambio es necesario porque así como está nos vamos a la mierda! ¡El sistema es una mierda y sólo provocará más mierda!

El exabrupto generó algunas sonrisas y también aplausos. Relató que se trataba de volver a lo natural en los seres humanos y, por último, enfatizó que la lucha era necesaria porque La Firma no abandonaría fácilmente su lugar de poder, jamás aceptaría los cambios que proponía El Movimiento, pues atacaba sus intereses. Luego nombró una de las últimas batallas que habían ganado recientemente, como fue hacer públicos los análisis de las aguas de París durante la epidemia, algo que el gobierno había querido mantener en secreto. También contó lo bien que estaba funcionando la comunidad orgánica ubicada en las afueras de la ciudad, donde, además, en breve sumarían más familias. Pidió especial apoyo porque, con la ley de las semillas, probablemente el gobierno acometería una verdadera persecución a las huertas con frutas y verduras de verdad. Daba ejemplos, motivaba a los oyentes constantemente, iba y venía relatando pequeños triunfos, casos de victorias resonantes y detallaba razones que justificaban la necesidad de actuar y de sumarse a El Movimiento. Eme pensaba que era un gran líder; después de oírlo, se sentía motivada. Las ideas que acababa de escuchar eran las mismas que ella venía concibiendo lentamente desde hacía un largo tiempo. Hache hablaba con tanta pasión que, tras cada palabra que pronunciaba, ella lo encontraba más guapo; lo notaba vivo y vibrante, muy diferente de los hombres que conocía en París.

Luego de una hora de conferencia, Hache propuso que las personas nuevas le comunicaran si querían incorporarse a alguna de las comunidades que El Movimiento tenía diseminadas en distintas partes de Francia, a semejanza de la que funcionaba en la periferia de París. Entendía, por supuesto, que la gran mayoría de los

presentes vivía en la metrópoli y que en la capital había múltiples tareas por hacer, además de continuar la lucha diaria, pero les pidió que no descartaran la posibilidad de mudarse y que pensaran si estaban preparados para enfrentar desafíos más grandes porque se avecinaban movimientos importantes. Por tal razón, anunció, habría reunión todas las noches. Finalmente, exclamó:

—Hoy tenemos un gran regalo… Cada uno se llevará un paquete con un amplio surtido de semillas.

Los aplausos fueron generales.

Luego agregó:

—Cuídenlas, valórenlas, promuevan la floración porque a partir de esta semana ya no se podrán encontrar fácilmente.

Por último, para los presentes que tuvieran problemas con la utilización de la cuenta bancaria, recomendó, señalando el cuarto contiguo a la sala, que se acercaran a hablar con Equis, que amablemente los atendería en la oficina.

Terminada la charla, Eme se puso de pie y fue tras Equis, pero un muchacho se anticipó. Por lo poco que alcanzó a escuchar, tenía el mismo inconveniente.

—Lo atiendo a él y luego a ti —le dijo la chica antes de ingresar al escritorio.

Eme respondió afirmando con la cabeza.

Mientras esperaba, Hache se le acercó y le comentó:

—Me contaron que eres analista de sistemas. ¿Estoy en lo correcto?

—Pero qué rápido corren las noticias…

—Así es… —reconoció Hache, que de inmediato fue requerido por una mujer que le tocó el hombro. Necesitaba instrucciones. Se apartó unos pasos y, mirando a Eme, le dijo—: Luego seguimos la charla.

Con una sonrisa, ella lo liberó para que atendiera la consulta.

Mientras esperaba su turno, miró a su alrededor. El ambiente era eufórico, alegre. A sus oídos llegaban trozos de conversaciones: unos comentaban su deseo de instalarse en una comunidad orgánica del sur de Francia, otros se daban consejos sobre cómo cultivar una huerta en macetas dentro del departamento, uno explicaba cómo pregonaba las ideas de El Movimiento entre sus amistades. No importaba de qué hablaran, algo le llamaba poderosamente la atención: todos se trataban con mucho cariño. Se tocaban efusivamente mientras charlaban, se abrazaban e, incluso, se despedían como antes, con besos, costumbre que se había perdido luego de las tres pandemias. Entre ellos existía un fuerte y afectuoso contacto físico, propio de la época en que sus padres eran jóvenes. Eme empezaba a sentirse ajena a ese halo de bienaventuranza que parecía rodear a todos menos a ella. No estaba acostumbrada a tanta bondad y acercamiento físico, tampoco sabía cómo ejercitarlo. Y, lo peor: nadie parecía practicarlo con ella. ¿Realmente esa noche las personas la ignoraban o simplemente se trataba de una mera maquinación? No lograba discernirlo, aunque, con fuerza, otra vez la atacaban la nostalgia y la soledad, esas compañeras que siempre estaban listas para aparecer. Esperó a Equis unos minutos más y, como no se desocupaba, decidió marcharse. Caminó sigilosamente, llegó a la puerta y desapareció.

En minutos, París la abrazaba con sus nubes oscuras y sus pasos tristes la llevaban a casa.

* * *

Al día siguiente, cuando se despertó y descubrió que estaba sin chip y sin Perla, creyó volverse loca de soledad. Sentada en el sofá de su departamento, se dio un atracón de porquerías hasta que en sus alacenas no quedó galleta, chocolate, ni espiritita dulce por comer.

Se trataba de los confites de moda porque —se suponía— levantaban el ánimo. «¡Al diablo con los kilos de más!», dijo, y no paró hasta que se terminó varios paquetes multicolores. Luego, con cargo de culpa, decidió salir a caminar; la siesta soleada parecía llamarla al exterior.

Recorrió la ciudad y encontró placer a su paso; se distrajo recorriendo los Campos Elíseos y disfrutando de los jacarandás, de los palos borrachos y de los árboles de laurel. Pero, al caer la tarde y darse cuenta de que no podría comprar nada sin chip, resolvió presentarse en la reunión de la casa de Equis y solucionar de una vez el problema. «¡Si nadie quiere abrazarme, que se lo pierdan!», se consoló. No pensaba prestar atención a su inseguridad y sus traumas. Y se preparó para salir.

* * *

En la casa de Equis, la noche se parecía a la anterior: la gente, la charla motivadora de Hache, la enumeración de los grandes retos que vendrían en los próximos meses y Eme, que otra vez lo encontraba guapo cuando hablaba con pasión. Pero él no parecía registrarla demasiado; en la velada previa ni siquiera le había hecho un comentario acerca del corte de pelo. Una vez terminada la conferencia, sabiendo que necesitaba salir con el problema solucionado, buscó a Equis con la mirada; cuando la vio desocupada y sentada en el otro extremo de la sala, se dirigió hacia ella. Caminaba apurada cuando Hache la interceptó y le dijo:

—Cuando resuelvas el tema de la cuenta, ¿puedo hablar contigo un momento? Tengo una propuesta para hacerte.

—Está bien… ¿Me puedes adelantar algo?

Tal vez, se había equivocado en sus percepciones y se trataba de una invitación personal.

Pero él le aclaró:

—Es importante y tiene que ver con lo que dije hoy acerca de los grandes desafíos.

Se sintió desilusionada, se había equivocado. Además, el tema que quería abordar la inquietaba. Por momentos, sentía que los acontecimientos tomaban un ritmo vertiginoso; tanto que la asustaban. Se lo planteó:

—Soy nueva en esto… comparto tus pensamientos, pero aún ni siquiera entiendo todas las ideas. ¿No te parece que vas demasiado rápido?

Hache le respondió de inmediato y con seguridad.

—¿Quieres que esperemos a que el mundo se vaya definitivamente al carajo y no haya manera de cambiarlo? Todavía hay posibilidades de torcer la inercia. Pero si La Firma toma por completo el poder, ten por seguro que no habrá manera de actuar. Aún tenemos libertad suficiente para llevar a cabo ciertos actos.

Los ojos azules de Hache centellearon.

—Tal vez tengas razón, pero eso no quita que me asuste.

—Quédate tranquila, que conversar conmigo no te compromete a nada. Nos vemos luego y hablamos —dijo Hache uniendo el dedo índice al del medio y, apoyándolos en la sien, los movió al son de un saludo.

Ella le sonrió. Le gustaba, sí, pero Hache parecía un fundamentalista, un dogmático, el prototipo de los que sólo se entregan a una causa sin espacio para enamorarse.

Media hora después, Eme se ajustaba en la muñeca un reloj digital, similar a los de Apple, pero moderno y barato. Equis le explicó que en su interior había un chip con los datos de su cuenta bancaria. El dispositivo le permitiría pagar en los comercios tal como lo hacía con el otro, aunque, claro, no contaba con búsquedas en línea, ni GPS, ni la voz de Perla para guiarla y ayudarla con su rutina.

—Podrás disponer de tu cuenta bancaria. Sólo eso —remarcó la chica.

A Eme ya no le interesaba el resto; lo importante estaba hecho: podría disponer de su dinero.

—Cuando puedas, por favor, transfiere el monto del chip. ¿Sabes? Si bien tenemos algunos que apoyan la causa con dinero, siempre es poco.

—Claro, apenas salga de aquí, lo haré —prometió Eme.

—Otra cosa: te cargué los diez contactos que llevaban por título «Mis elegidos». Pero si necesitas llamarlos, tendrás que conseguir un viejo teléfono.

Eme frunció el ceño.

—Un viejo teléfono celular —aclaró Equis.

Eme sintió que se le erizaba la piel. Estaba prácticamente incomunicada; sólo tendría acceso a diez personas. Pensó en Uve. De todas sus amistades, esa chica morena y de cabello enrulado era la única que podía llevar con dignidad el nombre de amiga. Se tranquilizó; Uve estaba en esa lista. Además, suspiró aliviada al recordar que sabía de memoria la clave personal de su amiga, la única que había logrado retener. Cada persona en París y en el resto del mundo civilizado tenía una clave que servía para todo, desde identificarse, obtener atención médica o cuestiones tan sencillas como recibir llamadas.

—¿Dónde puedo obtener ese aparato?

—Quedan algunos en los mercados de antigüedades —le dijo antes de que apareciera nuevamente Hache.

—¿Todo solucionado?

—Sí.

—¿Ya estás más tranquila?

—Totalmente.

En cierta manera, la pequeña maniobra de la cuenta a través de un chip metido en un reloj le había dado la pauta de cuán serios

trabajaban y de que podía confiar en las personas de El Movimiento.

Pensaba que hablarían con Hache, pero otra vez él fue arrancado de su lado con una consulta urgente. Le pareció lo mejor, quería huir de sus propuestas.

* * *

Durante esa semana, Eme se presentó a dos reuniones más en la casa de Equis. Tímidamente empezaba a sentirse parte del grupo y, la verdad sea dicha: en su casa no tenía qué hacer.

Al final de la última velada, cuando se estaba marchando, escuchó la voz de Hache:

—¿Entonces hoy me aceptarás un café?

—Es tarde —se excusó.

—Qué importa...

—Está bien, acepto —dijo sonriendo. Hache le caía bien.

Un rato después, sentados en la terraza de La Bonne Franquette, uno de los bares de la calle Saint-Rustique, tomaban un café con un par de dulcísimos París-Brest.

Hache se dedicó a indagar sobre la vida de Eme y la atosigó con preguntas: si tenía familia, si había un novio, por qué había tomado la decisión de unirse al grupo, si le gustaba viajar, qué lugares del mundo había llegado a conocer antes de que aumentaran las restricciones, qué idiomas hablaba, si disfrutaba de su profesión y etcétera, etcétera.

Eme intentaba interesarse sobre Hache, pero apenas le respondía con monosílabos y enseguida volvía a indagarla. Cuando le preguntó si alguna vez había tenido problemas legales, ella explotó:

—¡No! ¡Nunca! Pero dime por qué no estamos conversando de manera normal. ¿Qué es esto, un interrogatorio?

—Sí —reconoció Hache sin pudor.

Eme se inclinó hacia atrás y, separándose de la mesa, estalló de nuevo:

—Entonces dime de una vez qué deseas de mí.

—Te dije que quería hacerte una propuesta, y para ello debo saber ciertos detalles de tu vida. Algunos los conocía desde antes.

—¿Y qué pormenores ya conocías? —Eme lo inquirió sorprendida por la confesión y, colocándose el cabello detrás de la oreja, dio muestras de nerviosismo—. ¡Si jamás nos habíamos visto *antes*!

—Que eres bonita y muy seria. Y que si esa noche no te hubieras enojado porque en el bar se negaron a venderte alcohol, el sistema te hubiera terminado atrapando para siempre y serías una esclava de La Firma —respondió Hache alivianando la charla.

Ella levantó las cejas; en cierta manera, él tenía razón.

—Pues esos sólo son detalles superfluos… —porfió.

—También sé que desde que terminaste tu carrera has trabajado en tres grandes empresas tecnológicas… en este orden: Bio Tech, Votre Sécurité y Vie. En todas has realizado tareas en el área creativa. ¡Ah! Y un verdadero detalle: en la primera te despidieron por rebelde.

—¡Me has estado investigando!

—Así es.

—¿Y qué más has averiguado de mí, si se puede saber?

—Que tu último novio se llamaba Bur, que tienes familia en Argentina y que hace un año, cuando te ascendieron en la empresa Vie, te mudaste al departamento en el que vives.

—¿Cómo has logrado saber tanto? —preguntó molesta.

—Tenemos nuestros sabuesos —dijo Hache con una sonrisa y luego agregó—: Mira, Eme, lo conocemos prácticamente todo, como también lo sabe La Firma. Es la única manera de enfrentarlos.

—¿Y para qué me has preguntado tanto entonces?

—Para confirmar si me decías la verdad.

—¡Mierda! Cuéntame de una vez la propuesta.

Era evidente que sabían más de lo que ella había creído.

Hache bebió un sorbo de café e inició su explicación. Con cada palabra, Eme sentía cómo le galopaba el corazón. Jamás había imaginado semejante proposición. Con la mera posibilidad de aceptarla, se llenó de adrenalina y mucho miedo. Decirle que sí implicaría moverse de su comodidad, de la seguridad que habitaba y olvidarse de todo lo conocido hasta el momento.

Impávida y sorprendida. Así estaba, pero a Hache no parecía importarle la expresión de su rostro, sino que seguía explicando detalles del plan. Ella elucubraba sobre qué pasaría si aceptaba la propuesta y un torbellino se apoderaba de su mente. Para colmo de males, como no podía consultar a la sabia Perla, tendría que ser su individual humanidad la que decidiera, sin consejos de nadie, sobre qué hacer con su vida. La situación la aterraba, pero también le gustaba. Sabía que esa proposición podía cambiar drásticamente su existencia.

CAPÍTULO 3

EL ROBLE QUERCUS PYRENAICA

La Hispania, año 31 a. C.

Mis pies avanzan por el camino, pero de tanto que me duelen casi no los siento, están adormecidos. Yo, Cazue, moradora de la montaña verde, voy en busca de mi hijo. El cielo comienza a tornarse oscuro, al igual que la copa de los robles. Pronto caerá la noche y tendré que detenerme para descansar. El dolor de mis pechos duros y repletos de leche me recuerda, una y otra vez, a mi hijo; entonces, su carita se hace presente a cada instante del viaje. Los senderos se oscurecen minuto a minuto, pero no me detengo.

Sólo la necesidad de alimento que grita mi cuerpo me vuelve a este mundo, y pienso en el pan; entonces, mi hambre viene a unirse con la noche, que me impide ver dónde piso, y, finalmente, me detengo.

Miro a la redonda, mis ojos buscan un lugar, debo elegir bien, es allí donde pasaré la noche. Un roble grande con malezas silvestres a su alrededor parece invitarme a ser cobijada bajo su copa. Me siento y el cansancio acumulado parece venir sobre mí. Al punto del desmayo, me gana el deseo de saborear el pan y la carne. Extraigo del trapo una porción pequeña, debo hacer durar mis víveres. Huelo la comida y de inmediato la ingiero con ansias, la disfruto, me sabe a la más maravillosa delicia. Y me olvido de todo, del deseo de

recuperar a mi hijo, del plan que concebí para lograrlo, del cansancio que me agobia, y hasta de mí misma. Sólo quedan el hambre y el pan que la satisface.

Voy terminando mi ración cuando mis oídos escuchan sonidos humanos; me pongo en alerta. ¿Qué es eso? ¿Acaso son voces? Me quedo quieta, expectante, y lo confirmo: sí, son hombres que hablan. Y cada vez están más cerca del árbol que me acoge. El terror me atrapa, me pongo de pie, me cuelgo la bolsa y empiezo a avanzar con apuro y sin rumbo. Me abro paso entre las plantas, está oscuro, no veo y las espinas me lastiman los brazos, pero no siento dolor porque estoy espantada. Me alejo del camino metiéndome entre la densa vegetación, y avanzo hasta cansarme, hasta no dar más otra vez, hasta que, al fin, dejo de oír las voces.

Entonces, extenuada, me tiendo en el primer claro del bosque que encuentro. El suelo está repleto de hojas y moho; aquí no hay un árbol grande que me cobije, pero ya no me interesa elegir el lugar; al menos, no hay peligro. Sé muy bien lo que podría significar encontrarme con un grupo de hombres en medio de la noche y en este sitio. Ellos jamás pensarán que soy honorable, ninguna mujer que lo sea caminaría sola en la oscuridad del bosque a altas horas. Aunque ¿acaso todavía lo soy? No lo creo. Me he escapado de mi casa, he tenido un hijo con el hombre indebido. Irremediablemente, mi honor se perdió en Las Médulas. Como sea, suspiro aliviada, he logrado escaparme de esos hombres que seguramente habrían buscado saciar conmigo sus instintos carnales.

Meto mis manos entre las telas de mi vestido para comprobar que las joyas que le he robado a mi padre estén en su sitio. Son importantes, ellas se encargarán de darme comida cuando se acabe la que tengo. Mis dedos sienten la dureza del oro y tocan el espiral del sol labrado en el brazalete.

—Aquí están —digo en voz muy baja y vuelvo a suspirar.

El suspiro me trae el sueño, cierro los ojos, busco dormirme con el recuerdo del momento en que mi padre hizo ese brazalete en su taller. Ese día fue importante…

Un año antes
Recuerdos

—Debe estar en el taller —dijo Cazue para sí misma en voz alta al no hallar a su padre dentro de la casa esa mañana.

Después de levantarse y de servirles la leche a sus hermanos, se dirigió al sitio contiguo a la casa. Desde que había regresado de la mina, unos días atrás, Caleyano se pasaba gran parte de la jornada encerrado en el taller.

Con las pepitas de oro que sus hijos juntaron bateando en el río había creado un brazalete con la forma de un sol. El objeto no sólo había gustado en la aldea de la montaña verde, también había concitado el interés de los vecinos de la aldea grande, por lo que muchos pobladores se acercaron con el propósito de encargarle uno igual. Se sentía orgulloso de que su trabajo agradara a las personas, verles el rostro colmado de admiración ante sus alhajas le generaba plenitud. La labor que ejercía había permitido que su familia viviera bien; sin embargo, desde la llegada de los romanos se había visto obligado a trabajar en la mina, petición que debía acatar, pues su vida corría peligro si osaba contrariar los designios de los invasores. Y así, Caleyano dividía su tiempo entre la tarea que amaba y el trabajo impuesto, el que implicaba ubicar la veta de la mina para que los ingenieros decidieran dónde cavar las galerías que luego provocarían el derrumbe.

Ensimismado en su labor, no oyó el ingreso de su hija y su voz lo sobresaltó:

—Padre, ¿hace mucho que estás aquí?

Se dio vuelta para mirarla y, sonriendo, le respondió:

—Desde antes de la primera luz.

—¿Quieres que te traiga pan y leche? —preguntó Cazue.

—No es necesario. Iré a la casa a comer algo más sustancioso. Lo necesitaré para soportar la caminata hasta la aldea grande, donde debo entregar el brazalete.

—¿Cómo quedó? —preguntó, curiosa. A ella también le apasionaba el trabajo de orfebre.

—Mira… —dijo Caleyano, y le extendió la pulsera.

—Es hermosa —señaló Cazue al observar los detalles: los rayos del sol eran ondeados y el centro tenía la forma de espiral. Parecía un sol en movimiento.

—Hace mucho que no trabajas conmigo —se quejó el padre.

Era verdad: ella trabajaba el oro porque Caleyano le había enseñado distintas técnicas, como también lo había hecho con Leto, pero su hija tenía el don. La chica sabía transformar el duro metal amarillo en algo bello.

—Padre, ya sabes cuánto me gustaría, pero no puedo. Hornear y vender el pan se lleva todo mi día.

—Lo sé —dijo, resignado.

Hacía un tiempo que sus hijos amasaban pan y Cazue lo vendía entre los romanos, lo que les reportaba una buena ganancia. Desde que el ejército de Roma había llegado a estas tierras, en algunas familias escaseaban las provisiones, pero no en la casa de Caleyano, porque entre las joyas que él hacía y comerciaba, más su trabajo en la mina y los panes que sus hijos elaboraban para la venta, su familia podía considerarse afortunada. Sobre todo, en estos tiempos en que los comestibles y utensilios ya casi no se intercambiaban, sino que se adquirían con las monedas que acuñaban los romanos.

—¿Ya te marchas, hija?

—Sí, es tarde y tengo lista la bolsa. Sabes que los romanos cada vez quieren más panes.

—Leto debería acompañarte.

—Oh, no es necesario —respondió ella de inmediato. Quería seguir realizando sola las entregas; de lo contrario, no lograría pasar tiempo con Publio, como venía haciéndolo desde el día en que, preocupada por la ausencia de su padre, se había presentado en el campamento. Por miedo a despertar sospechas, agregó—: Tal vez más adelante podría acompañarme. Por ahora necesitamos que él se encargue de cortar la leña.

La excusa sonó creíble, por lo que su padre respondió:

—Tienes razón, pero ve con cuidado.

—Lo tendré.

—Y no te demores. Ya sabes que mañana me iré a trabajar a la mina y que estaré ausente un tiempo. Antes de marcharme, Cazue, quiero darte indicaciones.

—Aquí estaré para escucharte.

—Que los dioses te acompañen.

—Gracias, padre. A ti, también —respondió Cazue con una sonrisa, dio la media vuelta y se marchó.

Caleyano se quedó mirándola. Esa mañana algo lo molestaba. Inquieto, se pasó la mano por la cabeza que mostraba las primeras canas entre sus cabellos oscuros. Luego espantó los temores que lo acechaban tras el episodio de su esposa. Tenía que olvidarlos, ahora vivían tiempos diferentes y los accidentes de esa clase ya no pasaban. Al principio, la actividad que se realizaba en la mina había sido caótica y se derrumbaba lo que no debía caerse, quedando en pie lo que no tenía que permanecer. Sin embargo, a medida que conocieron el terreno, los romanos lograron cierta precisión y los siniestros quedaron acotados a la zona de operación. Con los debidos recaudos tomados, resultaba improbable que una explosión causara una muerte accidental como la de su mujer.

* * *

Cazue apuró el paso. Recorrer el camino en menos tiempo le permitiría hablar más con Publio. No entendía muy bien qué le pasaba con él, pero estaba segura de que esas mariposas en la panza no podían ser otra cosa que el «enlace». Así lo habían nombrado las mujeres de la aldea aquel día en que las escuchó hablar mientras intercambiaban los productos.

A pesar de que se había extendido el uso de las monedas romanas para adquirir bienes, cada veinte lunas los pobladores de las aldeas cercanas se reunían para canjear sus productos. A Cazue le gustaban esos encuentros donde conocía gente diferente y su familia intercambiaba, además de los productos de la huerta, las alhajas que hacía su padre. Así, periódicamente, la muchacha obtenía información acerca de cosas que, encerrada en su casa con sus hermanos, jamás se enteraría de que existían. Durante ese día se relacionaba con personas extrañas, apreciaba costumbres diferentes y escuchaba conversaciones interesantes, como ocurrió cuando por primera vez oyó hablar a las aldeanas del inexplicable «enlace» entre un hombre y una mujer, aunque también entre personas del mismo sexo. Una de las matronas había sentenciado ante los ojos asombrados de Cazue: «Al enlace nadie puede hacerle frente, es como un río que busca su cauce, un sentimiento que nadie puede detener». Debía ser eso, sí: ella se había enlazado a Publio porque se sentía como agua empujada al lecho del arroyo por una fuerza que no podía dominar. Durante esa conversación, las mujeres habían mencionado que algunas tenían la suerte de sentir el enlace por sus maridos, pero que las uniones dispuestas por los padres no siempre iban en sintonía con esas emociones; al menos, no entre los moradores de las aldeas.

Cazue desconocía si Publio se había enlazado a ella, aunque poco importaba, porque nunca sería el elegido por su padre. La repentina muerte de su madre había demorado su unión con un aldeano; además, todavía se la necesitaba en la casa para realizar algunas tareas y cuidar de sus hermanos.

Los pasos apurados y el sol hicieron que Cazue llegara al campamento con el rostro sudado y las mejillas rojas. Antes de acercarse a las tiendas de trabajo, se secó la frente con la punta de su vestido y, luego, para perfumarse, tomó unas hierbas del suelo y se frotó suavemente el rostro y el cuello. Dos o tres romanos se le acercaron enseguida y, a cambio de unas monedas, se llevaron dos panes cada uno. Publio, que la había visto llegar, caminó a su encuentro.

—¿Tienes mis hogazas o también las has vendido? —preguntó con la seguridad de que eso no sucedería.

—Aquí están —dijo, mostrando el atado.

Con naturalidad, los dos caminaron rumbo al arroyo conforme a la costumbre que se había instalado en los últimos encuentros. A la par de los días más largos, el calor resultaba ser más agobiante, y junto al agua fresca y bajo los árboles el clima era más agradable.

Al cobijo de la sombra, ella comenzó a quitarse el atado de tela que llevaba cruzado sobre su cuerpo con la mercadería. Quería entregarle a Publio lo suyo. Desde donde estaba aún se escuchaban claramente las voces del campamento, pero no había personas cerca.

—Toma estos; son para la señora de la casa grande. Y estos dos, los mejores, para ti.

—Tienes mi agradecimiento —dijo Publio, haciendo una reverencia ante ella, y luego agregó—: Pero… ¿por qué los mejores son para mí?

Él sabía a dónde quería llegar con esa pregunta; sabía, también, que le sería muy fácil alcanzar sus propósitos con esta joven e

ingenua aldeana.

Las mejillas de Cazue se enrojecieron y el calor le llegó hasta las orejas. La única explicación posible sobre por qué había elegido los mejores para él se encontraba en las mariposas que sentía en la panza. El enlace que tenía por él le provocaba esa sensación. ¡Y no podía admitirlo!

—Yo… —expresó Cazue y se quedó callada deseando desaparecer.

—No tiene explicación, ¿verdad? Yo también te daría a ti los mejores —dijo Publio con voz melodiosa. Era consciente de que sus palabras eran armas; además, estaba acostumbrado a lograr su cometido con insinuaciones.

Su vida en Roma había sido plena de conquistas femeninas; sin embargo, en el campamento no había tantas mujeres, aunque casi todas ya habían probado sus besos, y la joven amasadora de pan no sería la excepción. Le gustaba el juego de la seducción, lo disfrutaba, porque, la verdad sea dicha, si a él se le hubiera ocurrido tomar a la muchacha por la fuerza para desvirgarla, nadie le hubiera dicho nada. Era un romano y estaba claro: en estas tierras mandaban ellos y podían cometer este tipo de actos. Pero ese no era su estilo, aunque sí el de muchos de los soldados a quienes no les gustaba perder el tiempo con sutilezas. Cuando no tenían a mano una prostituta —en la zona no abundaban—, tomaban a la primera aldeana que encontraban en su camino. Al comienzo, durante un tiempo, actos semejantes sucedían a menudo, pero ahora, transcurridos unos años, y viviendo ya en cierta paz con las aldeas, los romanos se cuidaban de cometer este tipo de exabruptos. Sin embargo, como no se habían extinguido por completo, vuelta a vuelta se producía un hecho de esta naturaleza, lo que generaba un litigio con los hombres de la Hispania.

Publio, buscando aumentar el efecto de la frase, la repitió acercándose más a ella:

—También te daría a ti los mejores.

Le habló mientras la miraba a los ojos; luego, aún con los panes en la mano, se le acercó y la besó en la boca con ansias.

El cuerpo de Cazue se estremeció, su interior se desbocó y su mundo se detuvo. Publio aún la besaba cuando puso su manaza sobre el redondo trasero de la joven, que en el acto se perdió irremediablemente entre sus perturbadoras sensaciones. Él la besó largo hasta que, separándose de ella, le dijo:

—Suficiente. Ahora, vete, pequeña amasadora de pan habitante de la montaña verde.

Él sabía muy bien cómo dosificar la miel para no intoxicar.

Cazue notó que él nunca la llamaba por su nombre, pero en ese momento el detalle le importó poco porque se sentía extraviada; tanto que no pudo pronunciar palabra ni tampoco volver a mirarlo. ¿Acaso había sido ella la que empezó el beso? ¿Por eso Publio ahora la despachaba de improviso? No estaba segura acerca de quién lo había iniciado. Avergonzada, dio la media vuelta para marcharse. En la retirada, dejó los panes y hasta se olvidó la tela con que los envolvía. Se hallaba perturbada por lo sucedido, su cuerpo le exigía toques que nunca antes le había pedido, proximidades de piel que ella ni siquiera sabía que existían.

Trepó, dio unos pasos entre la maleza y, cuando estaba dispuesta a subir nuevamente al campamento para continuar hacia su casa, escuchó la voz de Publio:

—Te espero mañana —le gritó—. Después de que repartas las hogazas, ven directamente aquí, al arroyo.

La frase la tranquilizó y respiró aliviada. Significaba que no había estado mal lo que hicieron. Él quería verla de nuevo; ella, también. Necesitaba más de lo que acababa de probar.

* * *

En la casa grande de columnas ubicada en el campamento, junto a la mina, esa mañana Junia y Ovidio Fabio discutían otra vez.

Ella se hallaba frente a su mesa de tocador, en la sala de los arreglos, ese lugar donde cada mañana la maquillaban, peinaban y vestían sus esclavas. En Roma, las viviendas de clase alta disponían de un cuarto destinado especialmente para acicalar a la dueña; y ella, para sentirse mejor, se había encargado de replicar uno en su casa de la Hispania. En ese espacio no entraban hombres, pero en esta ocasión, y como excepción, su marido no acató la regla. Debía hablar con ella, darle una noticia. Lanzó la primera frase y ella, con un movimiento intempestivo de manos, logró que las dos esclavas desalojaran el cuarto.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —explotó.

—No lo sabía. La orden de partir a ver una nueva mina acaba de llegar desde Roma.

¿Le mentía? No estaba segura.

—¿Y por cuánto tiempo te marcharás?

Los hombres afectados a la actividad minera podían ausentarse durante más de un año; los soldados, lustros enteros.

—Estimo que no será mucho. Sólo iremos a reconocer el lugar para evaluar si vale la pena la explotación.

Junia entendió que hablaba de meses.

—¿Cuántos hombres van?

Ovidio Fabio se sorprendió con la pregunta de su esposa. Ni a Junia, ni a ninguna mujer, le interesaban estos detalles. Ni él mismo sabía con certeza cuántos hombres integrarían la avanzada; aun así, decidió responderle con cortesía, pues sabía que el viaje la ponía de mal humor y no quería aumentarlo.

—No estoy seguro, pero el grupo estará compuesto por unas treinta personas. Los trabajadores entendidos en metales seremos escoltados por soldados.

—¿Va tu amigo, el centurión? —Junia se animó a poner en palabras lo que le quemaba el alma. Fue irrefrenable y lo hubiera dicho, aunque no quisiera.

Ovidio Fabio la miró con los ojos centelleantes. Su mujer acababa de pasar el límite entre lo permitido y lo vedado. Él era hombre, un ciudadano romano, por lo tanto, quien mandaba, mientras que ella no tenía facultad para inquirir absolutamente nada. Las romanas no gozaban de derechos para realizar actos jurídicos, las leyes sancionadas por los hombres se habían ocupado de relegarlas a la condición de eternas niñas y a requerir, para efectuar cualquier procedimiento legal, del padre, su marido o de un tutor masculino. Ovidio Fabio, consciente de su posición privilegiada, e indignado por la osadía de su esposa, se lo hizo notar con altanería:

—Quien te dirige a ti soy yo; y no tú a mí. No ingreses con tus palabras a territorios peligrosos. Puedes perder mucho, no olvides que hasta tengo poder sobre tu propia vida.

Junia respiró profundo y buscó calmarse. Se había dejado llevar por el enojo. A su marido lo asistía la razón. Las mujeres debían arreglar este tipo de entuertos de otra forma: venenos, brujas, embarazos inventados, engaños y demás artilugios; estos eran los únicos caminos que los hombres les dejaban cuando se necesitaba solucionar un problema como el que los aquejaba. Pero en esas tierras bárbaras, estaba lejos de Roma y de este tipo de artimañas. Con sagacidad, comprendió que otra pregunta la alejaría del enojo de su esposo.

—¿Y cuándo partes?

—En poco rato, por eso tuve el atrevimiento de ingresar aquí, quería avisarte.

—Está bien, te lo agradezco.

Ovidio Fabio se acercó a su mujer, quien aún seguía sentada, y le dio un beso en la frente.

A pesar del problema que los afectaba, todavía se hallaban unidos en varios aspectos. Aunque la unión corporal se había extinguido, aún persistían otros lazos. Si bien al principio de su casamiento el enfriamiento físico no era tan marcado, ahora se había acrecentado. Habían llegado a la Hispania juntos, dispuestos a enfrentar los obstáculos y a empezar de nuevo, pero se les fue complicando, sobre todo, por la aparición del centurión, que incrementó el abismo entre ellos dos. Pese a todo, tenían claro que lo más conveniente para ambos sería engendrar un hijo. Si concebían al menos un vástago, luego podían quedarse juntos la vida entera al abrigo de la institución del matrimonio, pero viviendo cada uno su propia existencia de la forma que quisiera, lo que incluía que los dos tuvieran otros amantes. Porque, con un heredero, el honor de ambos estaría a salvo, al igual que el nombre de la familia, ya que no se extinguiría con un descendiente.

Cuando Ovidio Fabio se irguió tras darle el beso en la frente, ella le tomó con fuerza el brazo y lo miró a los ojos. Él le devolvió la mirada y, por unos instantes, la meta conjunta que los unía se hizo fuerte. Junia apoyó su mano en la entrepierna masculina, e hizo lo que debía. Él también lo intentó. Lo intentaron. Y de nuevo probaron. Un movimiento, dos, tres y finalmente la ropa quitada con apuro cayó en una maniobra desesperada. Dos toques suaves, uno brusco. Pero no. No y no.

Junia le vio el rostro masculino descorazonado, casi avergonzado, y sintió pena por él. Le otorgó una salida honorable.

—Vete, esposo, ya tendremos momentos mejores.

—Tienes razón, debo preparar la partida.

Él se marchó y ella se quedó pensando en cómo solucionar el problema. Ya no seguiría esperando lo que —sabía— no lograría. Mandaría llamar a Publio con el pretexto de pedirle algunas provisiones traídas de Roma, indispensables para su cocina, como hizo la última vez, y que él, tan amable y rápidamente, le había

procurado en persona. Claro que en esta oportunidad, cuando el romano llegara, ya no se quedarían en simples flirteos y galanteos, sino que iría al grano. Entendía que, dada la posición de ambos, ella debería tomar la iniciativa. Esta vez no enviaría un papiro, sino que utilizaría como emisario a uno de sus sirvientes; no quería dejar pruebas de que lo esperaba a la caída del sol. Debía asegurarse de que llegara cuando su marido ya hubiera iniciado el viaje al noroeste de la Hispania en busca de una nueva mina. No pensaba perder ni un minuto más.

* * *

Esa tarde, en la casa de Junia, hubo órdenes específicas. Por disposición de su ama, los sirvientes prendieron las antorchas pequeñas, pero antes debieron untarlas con aceites perfumados. Al cargarlas, a las lámparas también les agregaron aromas dulces y ahora, cuando ya casi anochecía, la casa olía a sándalo y mirra. Las habitaciones debían permanecer a oscuras, salvo su aposento y la sala donde Junia hizo armar el triclinio con los mismos detalles que usaban en Roma cuando se trataba de una cena importante. Por último, los esclavos tenían la consigna de servir la comida tras la llegada del invitado y marcharse inmediatamente para desaparecer por el resto de la noche.

Su esposo había partido cuando todavía había sol; esa tarde, mientras seguía con atención cómo ultimaba detalles del viaje, lo había descubierto feliz y entusiasmado. Espiando de lejos, vio al grupo que partía y, enseguida, por el uniforme, identificó al famoso centurión. Jamás se habían cruzado y nunca había tenido la oportunidad de estar cerca, pero se preguntaba qué rostro tendría, cómo sonaría su voz y de qué hablaría con su esposo cuando estaban juntos. Imaginar esos instantes de intimidad la lastimaban,

pero más la dañaba la felicidad de Ovidio Fabio, esa que a ella se le negaba desde hacía mucho tiempo. La alegría y plenitud que había visto en el rostro de su marido le bastaba para no sentir culpa por lo que había decidido hacer esa noche; y se justificaba pensando que lo que estaba por acontecer redundaría en el bien de ambos.

Sentada en el cuarto de los arreglos, Junia ordenó a sus esclavas que la vistieran con la túnica de color escarlata, esa que iluminaba su piel como ninguna. Luego, cuando estuvo maquillada y perfumada, se presentó en la sala; en breve llegaría el hombre de los cabellos rojos. Publio le agradaba, tenía lindas facciones, voz agradable, cuerpo fuerte y varonil. Estaba segura de que no representaría un sacrificio llevar adelante lo que planeaba esa noche, sumado a que su marido llevaba muchas pero muchas lunas sin ingresar a su cama, lo que convertía en apuesto a cualquier hombre que se le acercara.

Escuchó que sus esclavos abrían la puerta principal y supo que su invitado había llegado. Publio, de impecable túnica beige, hizo su aparición con una vasija repleta de condimentos y coronada con varios ramilletes de flores amarillas, tal como acostumbraba hacerlo cada vez que atendía sus requerimientos.

Se saludaron con unas pocas palabras y, aunque Junia le agradeció las especias, Publio se sorprendió de que no mencionara las flores, una treta que usaba seguido y no fallaba. Había imaginado que, gracias a esos ramilletes, ella le permitiría quedarse conversando un buen rato; tal vez, incluso, hasta podría robarle un beso. Comenzaba a percibir que Junia era distinta. La conversación se lo terminó de confirmar.

Ella comentó:

—He hecho preparar una cena para nosotros dos. ¿Estás de acuerdo en comer conmigo?

A Publio la propuesta lo sorprendió gratamente.

—Será un honor compartir la mesa con tan distinguida y bella dama romana —le respondió con una reverencia.

—Bien, luego pasaremos a mis aposentos —dijo Junia, y lo miró esperando alguna reacción que le confirmara que había entendido cabalmente su propuesta.

La frase lo tomó desprevenido; que lo invitara a comer le llamaba la atención, pero su osadía lo había dejado pasmado. Él alcanzó a articular:

—Dices que iremos a tu…

No se atrevió a decir la palabra que faltaba.

—Sí, a mi lecho. Quiero que tengamos sexo. ¿Entiendes?

La transparencia y la falta de preámbulo en las palabras de la mujer lo impactaron.

—Quería que lo supieras de antemano. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —dijo, titubeando.

A Publio le gustaba persuadir a las mujeres para que se acostaran con él, pero este ofrecimiento que requería su consentimiento adquiría los ribetes propios de un contrato de los que solía celebrar con el notario cuando el gobierno de Roma compraba alimentos al mayoreo para el campamento.

Ella creyó adivinarle los pensamientos, y dijo:

—Quiero que sepas que no me estás conquistando, sino que yo te estoy eligiendo.

—¿Eligiendo para qué?

Publio empezaba a dudar y a preocuparse sobre la verdadera propuesta que estaba recibiendo.

—Para que te acuestes conmigo. Y no una sola vez, sino varias, pero por un determinado tiempo.

Junia obvió decirle que ese período caducaría cuando su marido volviera de la expedición que lo había alejado o cuando ella quedara embarazada.

Publio se sintió extraño, ella le indicaba el comienzo y también el final. Había sido clara: durante un período determinado. Él siempre convencía a las mujeres, las cocinaba a fuego lento, tal como hacía con sus banquetes para que quedaran deliciosos. Comparar a las damas con las comidas era algo que le encantaba, pues algunas poseían la gracia y la similitud de ciertos platillos. Pero a Junia no podía identificarla con ninguna.

Se tranquilizó al asumir que la propuesta se relacionaba con la ausencia del marido y que el regreso del ingeniero sellaría el fin de la aventura.

—¿Y…? ¿Qué dices? —arremetió ella ante el silencio de su invitado; lo notaba perdido en el laberinto de las reglas que acababa de establecer.

—Que… sí… estoy de acuerdo —fue lo único que pudo responder.

Las conversaciones tan directas no eran su fuerte; convencer a las mujeres se trataba de otra cosa, pero esta franqueza no pertenecía al mundo del galanteo. Era como ganar la guerra antes de pelear y entonces el soldado se quedaba sin el sabor de la gloria.

Junia se dirigió al triclinio y él la siguió, impactado por el lujo que los rodeaba. Miraba a su alrededor y reconocía que, si bien en Roma había visitado algunas casas parecidas, aquí, en estas tierras lejanas, los detalles romanos resplandecían aún más. Él, que gustaba tanto de los aromas delicados, se sentía pleno de dicha al percibir los que se esparcían esa noche. ¿Tal vez era mirra? ¿O sándalo? Desde el primer día, Publio la había juzgado una mujer bella, pero en este ambiente empezaba a creer que estaba en presencia de una diosa. Lo esclavizaban sus movimientos suaves y lo narcotizaban sus perfumes.

Comieron tendidos en los camastros y hablaron muy poco. Él había intentado explicarle cómo le gustaba cocinar el pescado y otras comidas, pero no logró atraer su atención. Esos temas, en los que a Publio se le iba la vida, a ella no parecieron importarle.

A pesar de que en Roma no estaba bien visto que las mujeres bebieran vino, esa noche Junia no acató la regla y ambos tomaron bastante. Al fin, con la última copa, ella logró la valentía suficiente para pedirle a Publio que hiciera realidad una fantasía con la que había soñado desde que se había casado y que Ovidio Fabio nunca se la había cumplido.

Ella se puso de pie y, bajo la luz titilante de las lámparas, se quitó la túnica. Al quedar completamente desnuda, los ojos de Publio la miraron cargados de deseo. Ella pidió con la fuerza de una orden:

—Quiero que me cargues y me lleves al lecho en tus brazos.

Desesperado por hacerla suya, la tomó en sus brazos y, dejándose guiar por las indicaciones, llegó a la cama, donde la tendió para consumar el pacto celebrado un momento atrás. «¡Cuánto hace que no veo sábanas!», pensó Publio al sentir el lino blanco. Y ese fue su último pensamiento coherente porque, entre los perfumes de la piel de Junia, la suavidad de sus cabellos y los gemidos ardientes, creyó volverse loco. Tuvo miedo de lo que esa romana lograba en él, y necesitó luchar contra la idea de que la esposa del ingeniero lo conduciría a la perdición. Ahuyentó el temor repitiéndose que ella era la mujer perfecta, pero sin percibir que su prolongada ausencia de Roma lo dejaba sensible y en carne viva ante todo lo que fuera romano; y allí, en ese cuarto, todo pertenecía a su añorada ciudad.

Por un instante, le pareció transportarse a Roma, a la casa y a la cama de una muchachita que alguna vez había amado siendo adolescente. Sus recuerdos lo llevaron lejos, pero la boca de Junia lo volvió en sí. Pensó que este momento era mucho mejor, porque ella era hábil en el sexo, hambrienta de piel masculina y de una gran belleza, y le había abierto las puertas de su vivienda, que era el mismo habitáculo de los dioses en la Hispania.

Esa noche acabaron el acto tres veces, hasta que Publio, exhausto, se quedó dormido. Pero su sueño no duró mucho, porque ella le dijo:

—Publio, despierta.

—¿Qué sucede?

—Debes retirarte. No puedes quedarte a pasar la noche.

Él, confundido, se incorporó. Luego se vistió y salió de puntillas del cuarto. Entre ellos no hubo despedidas, salvo el saludo distante y somnoliento que Junia le dio sentada en el lecho. Publio, ya afuera, emprendió el regreso a su tienda. Mientras miraba el cielo estrellado se dio cuenta de que no podía dejar de pensar en lo vivido con ella. Su mente repetía el nombre femenino una y otra vez.

* * *

En ese momento, en la aldea verde, acostada en la oscuridad de su casa, Cazue miraba el techo con la luz de la luna que se colaba por la pequeña abertura de la pared del cuarto que compartía con sus hermanos. No podía dormir; le resultaba imposible dejar de pensar y repetir un nombre: «Publio». En su mente no había lugar para nada más.

LA HIEDRA

La hiedra hedera, comúnmente hiedra, es un género de la familia Araliaceae con quince especies de plantas perennes, leñosas y trepadoras. Existen hiedras venenosas.

PROPIEDADES: se dice que sus hojas son purificantes, antimicrobianas y expectorantes, y que el extracto de hiedra también puede ayudar a limpiar y desinfectar la piel. La industria farmacéutica lo usa en jarabe para la tos.

Simboliza la determinación y el crecimiento espiritual.

CAPÍTULO 4

LA HIEDRA

París, año 2055

Eme y Hache seguían sentados en el bar de la calle Saint-Rustique mientras la noche avanzaba y la ciudad se apagaba poco a poco. Las tazas de café ya estaban vacías y los París-Brest habían sido comidos; él los había devorado de un bocado mientras hablaba de forma verborrágica, ella los había saboreado despacio, escuchándolo.

Hache había hablado durante un largo rato con la pasión que lo caracterizaba cuando, al fin, dando un largo suspiro, le dijo:

—No te pido que me respondas ahora mismo, piénsatelo.

—¿Cuál sería el trabajo que tendría que hacer?

—Si aceptas realizar el viaje, te explicaré más detalles.

—No, Hache, jamás aceptaré si antes no me explicas exactamente de qué tipo de trabajo tecnológico se trata —dijo Eme con firmeza.

—¿Esa es tu condición?

—Sí.

Hache le proponía que viajara a España, a la zona de Galicia, y emprendiera el famoso Camino de Santiago, donde la contactaría gente de El Movimiento. En Compostela, finalmente, cumpliría su misión, el trabajo de tecnología —ese que Hache no acababa de

explicarle— bajo la apariencia de un simple viaje peregrino a la ciudad del apóstol, uno de los pocos destinos para los que aún, con cuentagotas, se otorgaban permisos. La Iglesia católica había presionado hasta conseguir que las autoridades lo incluyeran en la categoría «viaje espiritual». La cotidiana actividad cosmopolita había sido la razón de peso por la que El Movimiento se había inclinado por Compostela. Pero Eme apenas sabía del Camino de Santiago lo que alguna vez relataban sus padres, quienes lo habían realizado en su juventud, durante la primera incursión por Europa, antes de que ella naciera.

—Está bien, Eme, si así lo quieres, te contaré lo que sé… En Santiago de Compostela tendrá lugar el sabotaje a La Firma. Elegimos esa ciudad porque cualquiera puede llegar sin llamar la atención con el pretexto de la peregrinación.

—Lo imaginé. Pero lo que quiero saber es… ¿Qué se desbaratará con ese trabajo tecnológico?

—Algo importante. Pero, te digo la verdad, ni yo mismo lo conozco con exactitud. Sí puedo adelantarte que ese acto cambiará la opinión de mucha gente porque exhibiremos a varios miembros de La Firma actuando en contra de la humanidad. En Compostela tenemos un grupo encubierto y contamos con acceso a potentes computadoras.

—Mierda… —dijo Eme y permaneció pensativa.

Un largo silencio se produjo entre ambos.

El sabotaje le resultaba extremadamente emocionante, le agradaba la idea. «Al fin haré algo bueno», concluyó, pero una voz de alerta se encendía en su interior. Finalmente preguntó:

—¿Crees que puede ser peligroso?

—Cada acción conlleva un riesgo, pero pienso que no correrás grandes peligros.

—¿Qué problemas podrían presentarse?

—Para empezar, que la GM descubra que no se trata de un simple viaje.

—¿Y qué sucedería en ese caso?

—Cuatro años de cárcel. Hasta ahora esa es la pena máxima que han impuesto por el cargo de sedición.

—*Touché!* ¡Estás loco! ¿Tú crees que aceptaré correr semejante riesgo?

—Pero esas condenas sólo se aplicaron a quienes realizaron actos vandálicos para atentar contra el régimen establecido.

—Planean un acto así en Santiago de Compostela y tú quieres que participe…

—Que te encuentren en pleno acto podría llevarte a prisión —reconoció—, pero esa actividad, en concreto, durará unas pocas horas. Y si se enteran de que eres parte de El Movimiento y te identifican durante el camino no habrá pena.

—Pero en la reunión, sí…

—No tienen cómo saberlo. Llegarías a Santiago de Compostela como simple peregrina.

—Hum…, Hache, no lo sé. Por más pequeña que sea siempre hay una probabilidad de que algo salga mal.

—Mira, Eme, no te lo pediría si no estuviera seguro de que esto redundará en un gran beneficio para muchos. Por algo nos conocimos en el bar, tenía que ser así.

Eme experimentó un rapto de lucidez, consecuencia de que Perla ya no estaba metida en su mente, y preguntó:

—Dime la verdad, Hache: ¿esa noche estabas de casualidad en el bar o me buscaste a propósito?

Él se tomó un instante para responder y, mientras la miraba a los ojos, le respondió:

—Podría ocultártelo con una evasiva, pero no lo haré porque en El Movimiento nos manejamos con la verdad: te veníamos siguiendo la pista desde que descubrimos que eras la persona indicada. Pero si

tú esa noche no hubieras hablado en contra de La Firma, yo no te habría contactado. Tampoco estaríamos aquí si no hubieses accedido a sacarte el chip. Ha sido un acercamiento mutuo. Tu mente estaba preparada para el cambio.

La cabeza de Eme iba a explotar.

—Todo esto es una locura…

—Eme, tú eres lo que necesitamos, hablas francés, español e inglés, has viajado a otros países antes de las restricciones y, sobre todo, eres especialista en el área de tecnología.

Su mente evaluaba las opciones: acceder a la petición o desaparecer para siempre y no ver nunca más a Hache. Su interior demandó más información.

—¿Y cómo saldría de Francia? —preguntó. Tenía muy claro cuántas restricciones existían respecto a la movilidad y los traslados de los individuos.

—Nosotros nos ocuparíamos de toda la logística.

—¿Luego podría regresar a París?

—Por supuesto, si es lo que tú deseas. Y te digo más —agregó con algo de suspenso—: después de concretar el trabajo podrás instalarte en el lugar del mundo que elijas. Ese será tu gran premio.

—No quiero vivir en otra ciudad que no sea París.

—Cuando conozcas el vergel del Camino de Santiago, Eme, tal vez quieras quedarte allí el resto de tu vida, o en otro sitio así de natural, y dejar de vivir en una contaminada metrópoli como se nos ha vuelto nuestra amada y bella París. Ya verás… al pasar unos días rodeada de naturaleza, tu mente cambiará para siempre.

Hache se explayó sobre el plan y mencionó que el Camino de Santiago sería uno de los pocos lugares donde la GM no podría establecer fácilmente los límites con las semillas, le llevaría tiempo, la zona estaba repleta de árboles frutales plantados a la vera del camino para que todo caminante pudiera consumirlos. Eran el resultado de una sucesión de actos de buena voluntad realizados por

samaritanos a lo largo de los siglos, desde la época medieval, para beneficio de los peregrinos. Eme, en cuanto lo escuchó, recordó que sus padres le contaban que, además de generar un oasis de frescura, esos árboles les brindaban las castañas, nueces y frutas que comían durante el camino. En la región funcionaban comunidades orgánicas compuestas por personas que, con los años, se habían instalado allí, imaginando lo que se avecinaba. Su colaboración sería clave para llevar adelante el objetivo trazado por El Movimiento.

—La Firma no podrá desforestar la zona; al menos, no al principio. Sus planes quedarían expuestos, serían muy evidentes.

—¿Y cómo sabes que en el Camino de Santiago hay comunidades funcionando?

—Algunas se incorporaron recientemente a El Movimiento, otras son de las primeras que se formaron junto con la que está pegada a París. Estamos en permanente contacto con sus miembros.

—*Touché*, *touché*, *touché!* —repitió asombrada.

—¡Ay, Eme, somos una gran organización! ¡Y lo importante es que estamos del lado del bien! ¿Crees eso? ¿Tú también lo ves así?

Para Hache, más allá de la labor que le proponía, era importante comprobar si ella estaba comprometida con la causa.

—Sí, de lo contrario no estaría aquí escuchando tu propuesta, ni me hubiera sacado el chip del cuerpo.

—Nuestro más ferviente deseo es que todo vaya mejor para los seres humanos. Te aseguro que esa es la única y más importante meta que tenemos. Las personas a las que sólo les interesa el dinero y el poder lo seguirán buscando y estarán del lado de La Firma. Pero nosotros debemos mantenernos con una mentalidad distinta.

—Creo lo mismo, Hache.

—Entiendo que para ti todo ha sido muy rápido, pero considero que estabas preparada de antes. Hay gente a la que le lleva años entender estas ideas. Cada día les restringen sus libertades de

movilidad, de elección, les dicen qué y dónde comer, les lanzan las enfermedades que sólo curarán los fármacos de La Firma… ¡y aun así no se dan cuenta!

—Lo sé, claro que lo sé. Hay gente indiferente y autómata y mucha más que acepta como normal este avasallamiento —señaló ella con tono resignado. Pensaba en sus amigas.

—Exactamente, no es normal. Podemos vivir de forma más natural y llegar todos a los ciento treinta años —aseguró Hache.

—¡Eeeh! ¿Tú crees que se puede llegar a tanta edad?

—Sí, pero para eso hay que tomar agua que no esté contaminada, comer verduras que no sean modificadas genéticamente y estén bañadas por pesticidas. Debemos andar más descalzos por la tierra para absorber electrones que neutralizan los radicales libres, abrazar árboles, no usar chips y…

Hache estaba a punto de emprender uno de sus discursos apasionados, pero Eme lo interrumpió:

—Ya sé todas esas cosas, he venido leyendo al respecto durante mucho tiempo. Pero volvamos a lo mío. Necesito saber todos los detalles para tomar una decisión al respecto.

—¿Qué más deseas saber, Eme?

—¿Cuándo debería salir?

—En una semana.

—¡Falta muy poco! —exclamó exaltada. Había supuesto que contaría con un par de meses para alistarse y organizar su vida.

—Esa es la razón por la que tomé el riesgo de hablar contigo a tan poco de conocerte.

—Tengo que pensarlo —dijo Eme con la mirada puesta en el camarero que comenzaba a revolotearles para cobrar, cerrar el bar y, finalmente, dar por terminada la jornada laboral.

—Hazlo, Eme, tienes dos días para responder. Si te decides, ve a la casa de Equis por la noche y hablaremos. Pero ten en cuenta que salir de París, cuando ya nadie puede, es una gran oportunidad.

—Lo sé —dijo acomodándose el cabello detrás de la oreja. Oír que sólo disponía de dos días la sacaba de quicio.

—Además, permíteme anticiparte que pasearás durante varios días por una ruta preciosa, rodeada de naturaleza, con paisajes imponentes, valles fértiles, bosques y pueblos pintorescos, conocerás a las comunidades que funcionan a la vera del camino y, finalmente, tu conocimiento beneficiará al planeta entero —dijo un Hache apasionado mientras con el dedo índice se dedicaba a juntar en el plato las miguitas que habían quedado de sus París-Brest. Luego, levantando la vista, se las llevó a la boca, y completó su exposición—: Si decides mantenerte al margen, bien, no habrá ningún problema. Y si aceptas, sólo puedo alentarte diciéndote que no correrás peligros, pues ese camino es uno de los pocos lugares seguros donde los turistas pasean libremente. Por esa razón, ni tú ni ninguno de los miembros de nuestra organización que emprenda la caminata rumbo a Santiago de Compostela llamará la atención.

—¿Somos más?

—Sí.

—¿Cuántos iremos?

—Cinco, de distintas nacionalidades. Por seguridad, no se conocerán entre sí, cada uno irá por su lado, aunque existe la posibilidad de que se crucen en la ruta. La idea es que nadie hable sobre El Movimiento durante el peregrinaje.

—¿Los cinco participaremos del sabotaje?

—Sí, pero en Compostela se sumarán otros más. Serán ocho, en total. El grupo es grande, acorde a la importancia del trabajo, y se utilizarán varias máquinas.

Hablaron dos o tres palabras más, Hache pagó y se despidieron con un abrazo. Ella se sintió extraña. Ni con Bur, que había sido su pareja por casi dos años, se abrazaban seguido. Tampoco se trataba de algo que ella practicara, ni siquiera le gustaba.

* * *

Eme llegó a su casa y, contrariamente a lo que había creído, a pesar de la excitante conversación que había mantenido en el bar, durmió toda la noche como un bebé. Desde que se había quitado el chip su sueño había mejorado.

Cuando esa mañana se levantó, lo primero que pensó fue que lo sucedido en los últimos días formaba parte de una fantasía inventada por su cabeza, pero la ausencia de Perla, que habitualmente la saludaba con los buenos días y le informaba acerca de las principales noticias de la jornada, le recordó que era verdad. ¿En qué momento su vida había dado semejante viraje? Su existencia avanzaba a pasos agigantados hacia un extremo desconocido. Recordaba que tenía una decisión pendiente. Su osadía pugnaba por ganar la batalla, pero aún no estaba segura. ¿Qué dirían sus padres ante esta decisión? ¿Qué le hubieran aconsejado? Ellos habían pertenecido a la época en que la tecnología recién empezaba y ambos eran puro sentimiento, emoción y abrazos. Se acordaba de una frase que siempre repetían: «Tienes que seguir a tu corazón, él sabe». Esas palabras le daban vueltas, sólo le faltaba saber qué le pedía.

Luego de desayunar, lo primero que hizo fue bajar a pagarle al *coiffeur*, estaba ansiosa por saber si el chip dentro del reloj funcionaba. El hombre hizo el trámite bajo la mirada expectante de su clienta y, cuando le agradeció, suspiró aliviada. El sistema ideado por el grupo había funcionado. Había algo en la actitud de Hache y en la de los demás que la tranquilizaba, y le permitía sentir que estaba en el camino correcto y menos sola en su necesidad de cambio. Porque ellos… ellos eran iguales que ella. El descubrimiento la puso feliz. La identificación le dio ánimos. Partió contenta al mercado de antigüedades de Montmartre.

Enseguida estaba eligiendo un viejo aparato de telefonía para comunicarse con sus antiguos conocidos. Quería hablar con Uve, su —podía decirse— mejor amiga, por lo que pensaba que, tal vez, podría contarle lo que estaba viviendo.

Cuando tuvo entre sus manos el teléfono, pensó en lo engorroso que debía haber sido andar con ese artilugio para todas partes y el problema que habría significado perderlo o que se rompiera. Lo incómodo de permanecer con la cabeza baja para mirar la pantalla mientras se hacían las marcaciones con los dedos. Pero ahí estaba ella, usándolo; a pesar de los años, servía. Empezó a marcar la clave de Uve y, otra vez, añoró a Perla. Varias veces al día la extrañaba, a veces, como una ayuda; otras, como una persona a la que se quiere. En verdad, se trataba de un raro sentimiento.

No le quedó otra posibilidad que usar los audífonos que le había dado la vendedora; de lo contrario, las frases salían en voz alta ¡y todos las escuchaban! Pensó: «¡Qué antigüedad y qué diferencia tenerlo en la cabeza!». Y otra vez añoró a Perla.

Cuando logró hacer la llamada a su amiga, acordaron juntarse a almorzar. Necesitaba contarle a alguien lo que le pasaba o se volvería loca.

Caminó hasta el restaurantito de la *rue* Coquillière, donde se encontrarían. Había decidido esperarla en el lugar y, hasta que llegara, se dedicaría a cargar en el teléfono los diez únicos contactos de los que disponía.

Sentada, mientras tomaba una copa de uno de los vinos sintéticos, como se llamaba a las nuevas bebidas espirituosas elaboradas a base de uvas criadas en laboratorio, se puso a juguetear con el viejo teléfono. Para su sorpresa, encontró cargada una colección de música. Eligió una canción al azar y descubrió que tenía un repertorio de los tiempos en que se usaban esos aparatos, es decir, la época de sus padres. Algunas canciones le agradaron; unas pocas que, con el tiempo, se habían transformado en clásicos

todavía se oían en las redes. Escuchó completa «Dernière danse» cantada por Indila, una cantante francesa de años atrás y le encantó. Iba por la mitad de «Love story», de la misma intérprete, cuando llegó Uve. Eme guardó rápidamente el teléfono; andar con ese aparato implicaba tener que dar muchas explicaciones y antes quería contarle con tranquilidad lo que estaba viviendo.

Pero su amiga ni se percató de lo que escondió, sino que se sentó y, sin siquiera saludarla, le hizo una seña de que la aguardara un instante y cerró los ojos. Por cómo movió las manos, le había avisado que estaba en línea con algo importante. Era evidente que se hallaba con Perla, porque no hablaba con nadie y escuchaba atentamente. Eme, en otro momento, también se hubiera puesto con alguna red, o con algo para investigar en línea y, así, entretenerse y que el tiempo pasara para ambas. Pero, como ya no tenía línea, sólo le quedó esperar a que Uve terminara. Era notoria cuán grande se volvía la dependencia de las personas hacia el chip. Pasados unos minutos, Uve abrió los ojos y exclamó:

—¡Perdida! ¡Al fin te veo! ¿Por dónde has estado? ¡Te has cortado el pelo! Un poco más y estamos iguales —dijo la chica señalando su cabello pegado a la cabeza; lo llevaba cortísimo. Aun así, se le notaban los pequeños rulos. Uve era de piel muy oscura, nieta de africanos, sus abuelos habían llegado a Francia en la época que aún estaba permitida la movilidad de país a país. Y ella era una francesa con todas las letras y mañas.

Eme bebió un sorbo de vino sintético y le respondió:

—Estuve entretenida viviendo muchos cambios. No sabes lo que… —Estaba a punto de empezar el relato de lo que habían sido sus últimos días, pero Uve la interrumpió.

—Disculpa, veo que tomas vino. ¿Te parece que pidamos una botella de las pequeñas para que bebamos las dos?

—Sí, claro. Pedí sólo una copa porque no sabía si te apetecía beber lo mismo.

Le hicieron seña al camarero y le ordenaron una botella de sintético junto con dos platos de pasta con salsa.

—Dime cómo has estado —preguntó Eme, que había vuelto a sentirse insegura de contar lo suyo y le pareció mejor que empezara su amiga.

—Feliz, imagínate que no tengo que trabajar —respondió Uve.

—¿Cómo va eso de que te paguen sin hacer nada? ¿No te asusta que ya nunca más puedas volver atrás?

Desde que Uve había firmado un convenio con el gobierno, pertenecía a una de las primeras camadas de personas que habían aceptado ser parte de este nuevo sistema en el cual se les pagaba un sueldo mínimo, sin trabajar, bajo la promesa de no reinsertarse en el mundo laboral. Había dado su consentimiento para nunca más presentarse a un empleo. Para el individuo, tenía su parte positiva: le permitía vivir sin trabajar e, igual, cobrar; la negativa: jamás podría abandonar ese programa ni aspirar a progresar o mejorar su calidad de vida. El programa se llamaba SXH, que significaba «salario por humanidad»; es decir, un pago por el mero hecho de ser humano. Algunos disconformes consideraban que promovía la formación de un sistema de castas, porque esas personas, una vez que aceptaban, siempre pertenecerían al mismo estrato social y sus aspiraciones quedarían reducidas por esa módica suma que les permitía comer y pagar un alquiler barato. Los demás, los que aún trabajaban, conservaban la posibilidad de ascender de cargo, mejorar sus sueldos y, con suerte, construirse casas mejores y más confortables; también, de vez en cuando, recibir la correspondiente autorización para realizar un paseo turístico. Y si la persona realmente pertenecía a la clase más adinerada, hasta podía ingresar a los hoteles de lujo, donde las playas se conservaban libres de contaminación. Por su adhesión al SXH, Uve ya no podría acceder a ninguno de esos beneficios.

Hache, en sus charlas, lo explicaba muy bien: «La Firma desea que la riqueza quede en pocas manos —la de sus integrantes—y que las demás personas, sin posibilidad de progresar al no trabajar, no presionen para ascender económicamente. Y para que eso ocurra —decía Hache—, los gobiernos y las grandes empresas siempre estarán dispuestos a aliarse para afrontar la erogación de esos sueldos que para ellos son pagos mínimos».

Uve respondió despreocupada:

—¿Asustarme por no volver a trabajar? ¡Claro que no! Imagina que duermo hasta el mediodía y paso gran parte de la jornada descansando, mirando las redes y charlando con Perla. ¿Qué más puedo pedir?

Eme escuchó la respuesta y levantó las cejas. Cada vez estaba más segura de que quitarse el chip había sido lo correcto. No obstante, se limitó a comentar:

—Y… si te agrada esa vida…, está bien. Yo también renuncié al trabajo, pero no pienso meterme al SXH.

—¿Por qué no? Sólo tiene un punto malo: es poco dinero. En mi caso, deberé mudarme a un departamento más pequeño porque ya no podré seguir pagando el actual. Me entristece, pero por lo demás estoy muy contenta.

—No es fácil dejar la casa… —dijo Eme, pensando en su propio caso. Sabía que si aceptaba viajar a España, se ausentaría de su hogar y de su ciudad, quizá, por meses. Luego, en un renovado intento por contarle a su amiga lo que estaba viviendo, agregó—: Yo también pienso en hacer cambios, tal vez me vaya a…

—Ya me contarás… —dijo Uve, y atendió al camarero que les traía la botella pedida. Le llenó la copa a cada una y se retiró.

—Por nosotras —dijo Eme, iniciando el brindis.

Su amiga repitió la misma frase y ambas probaron el vino. Uve pasó el índice por la etiqueta de la botella y expresó:

—Miremos qué se sabe de este nuevo sintético, parece bueno.

Enseguida cerró los ojos para entrar en línea e investigar el nombre de la bebida.

Llevaba así un minuto cuando, al pestañear, notó que Eme se hallaba con los ojos abiertos observando a una pareja que pasaba.

—¿Qué sucede? —preguntó Uve, sorprendida.

¿Por qué su amiga no la seguía y entraba en línea con ella? Perla estaba dándole datos interesantes y Eme se los perdía.

—No llevo puesto chip —respondió sincera.

Se sintió conforme. Al fin se lo había contado.

—¿Qué dices?

—Me lo quité.

—¡Estás loca! ¿No tienes síntomas desagradables? Algunos pueden padecer vómitos.

—No siento nada de eso.

—Aseguran que indefectiblemente afecta a la salud mental. Preguntémosle a Perla qué puede sucederte.

Cerró los ojos dispuesta a realizar la consulta y los abrió de inmediato.

—¡Carajo, cierto que tú no puedes! Realmente estás loca. ¿Sabes que pronto su uso será obligatorio? ¡Ya no se puede vivir como antes! Sin chip eres una NN y las autoridades te considerarán una persona peligrosa, porque puedes hacer ilícitos y nadie se enteraría.

—Ay, ya sabes que no me dedicaré a cometer delitos.

Uve lanzó una carcajada.

—Lo sé, pero me preocupa que no tengas colocado uno, no se puede vivir sin chip.

El mozo se acercó con los platos humeantes, los puso frente a ellas y se marchó. Ellas siguieron la charla.

—¿Cómo haces con tu cuenta? ¿De dónde has sacado la idea de vivir sin chip? —preguntó Uve, algo preocupada. Sabía que los adherentes al ridículo movimiento rebelde optaban por quitárselo.

Eme estaba a punto de hablar, pero su amiga señaló:

—Dame un minuto, que tengo una llamada… Es por el departamento al que me mudaré.

Cerró los ojos y comenzó una larga conversación que, por los movimientos de sus ojos, Eme dio por descontado que Uve estaba mirando fotos y decidió comer sus fideos.

Uve abrió los ojos y exclamó:

—¡Mierda, si pudieras entrar en línea, te podría mostrar las fotos del nuevo! Sin chip no me puedes ayudar ni siquiera a elegir.

Cerró los ojos, continuó mirando fotos y, probablemente, conversando sin voz, sólo con los pensamientos. Aunque a muchos les costaba incorporar esa tecnología, su amiga lo lograba perfectamente y hablaba en silencio con mucha fluidez.

Eme se dedicó con ahínco a su plato de pastas.

En minutos, había terminado su comida y su amiga seguía con los ojos cerrados. Pero ahora, por el rostro contrariado y tenso, intuyó que discutía. La comida de Uve se enfriaba y Eme se aburría. Se puso de pie y cruzó la calle. En la vereda de enfrente daba el sol y había una fuente con agua burbujeante sobre la que revoloteaban varios pájaros que piaban como si estuvieran de fiesta. Descubrió que las aves entraban y salían del agua, se bañaban felices. Eme sonrió, la imagen era enternecedora. Y novedosa: nunca antes se había percatado de ese detalle, ni de tantos otros, como que una hiedra tenaz trataba de crecer en el centímetro de polvo que quedaba entre baldosa y baldosa, o que un gato asomaba en un tejado, o que una chica pasaba a su lado, llorando.

Luego de un rato, cruzó y comprobó lo que divisaba de lejos: su amiga seguía en línea.

Para ganar tiempo, entró al local y pagó la cuenta. Salió otra vez, pero, harta de esperar, buscó un bolígrafo y escribió en una servilleta «Nos vemos en la semana, tengo que irme».

No era verdad que tuviera apuro. El comportamiento de las personas con chip implantado empezaba a molestarle, le costaba

relacionarse con ella y, además, quedaba excluida de sus intercomunicaciones. Pero ¿acaso no era mejor permanecer ajena a la esclavitud tecnológica?

Deslizó sobre la mesa el mensaje que había escrito, miró el plato de su amiga con las pastas; lucían heladas. El almuerzo con Uve se había arruinado. Por más que había comido bien. Observó a su amiga: habitaba un mundo que no era el verdadero ni el de ella. La vio lisiada, la encontró patética, fuera de la realidad y, entonces, Uve le dio lástima. Le tocó el hombro y ella, sorprendida, abrió los ojos; evidentemente, no se había percatado del tiempo que llevaba ausente, en otro plano. Ensayó una disculpa:

—Perdona, Eme, es que estoy con un verdadero problema… No coinciden las fechas de entrada y salida de los departamentos. Tengo un bache insalvable. Si no lo arreglo, tendré que dormir cinco días en la calle con todos mis bártulos.

—Entiendo, no te preocupes, nos vemos luego.

—¿Segura?

—Sí, no hay problema, sigue con lo tuyo.

—Nos vemos esta semana aquí mismo —propuso Uve mientras volvía a cerrar los ojos.

Eme alcanzó a asentir con la cabeza, aunque no tuvo certeza de si su amiga había notado su gesto. Estaba decepcionada y en crisis. Se fue caminando lentamente. Había creído que tendría un momento de intimidad con su amiga, como los que disfrutaban las personas que se reunían en la casa de Equis. La comparación surgió, inevitable. Entonces, pensó: «Tengo dos posibilidades: o me coloco de nuevo el chip y vuelvo a ser la persona que era antes, o acepto la propuesta de Hache». No le servía permanecer en el medio, a caballo entre ambos mundos, porque el contraste se acrecentaba y le provocaba sufrimiento. Al analizar las dos alternativas, descubrió que ya nunca volvería estar tranquila si Perla regresaba a su interior.

Avanzó varias cuadras, se alejó de allí. ¿Acaso quería estar sola? No, sabía que en el aislamiento no encontraría la solución, porque la soledad había estado presente durante todo el tiempo que pasó con Uve. Se dedicó a caminar por las calles de la ciudad, que lucían grises y más tristes que nunca. El sol se había escondido y, para variar, parecía que pronto llovería en París. Sin importarle qué pensaran los demás —aunque estaba segura de que nadie la vería—, se colocó los auriculares a la vieja usanza y, entonces, eligió la clásica canción que la emocionaba por la sencilla razón de que, muchos años atrás, su compositora debió sentirse como ella en estos días.

«Dernière danse» sonó en sus oídos y los acordes se le hicieron carne; en la dulce voz de mujer, las palabras inundaron cada centímetro de su ser. Aumentó el volumen al máximo. ¡Al diablo con la pérdida de audición, si el mundo se iba por el retrete! ¿Quién podía saber si ella llegaría a vieja? En ese atardecer, la tristeza de la canción y la que se alojaba en su interior eran una sola. «París, cómo te amo, pero hoy no me consuelas», pensó Eme, al borde de las lágrimas. «París, detente, me haces doler, me lastimas.» Y entonces, suspirando hondo, se sintió tal cual estaba: sumida en la peor de las soledades. Se consideró un ser miserable y sin importancia, tal como cantaba Indila. Lo escuchaba, y más quería llorar. Pero, estúpidamente, se contenía. La ciudad era grande e imponente y parecía ignorarla por completo, le daba vuelta la cara. El alma se le rompía en mil pedazos.

¿Para eso vivía el ser humano? ¿Para terminar ahogado por esa soledad inmensa? Tantos años de chip se pagaban caro.

«Quiero huir y que todo vuelva a empezar», dijo en voz alta haciendo suya la frase de la letra. Era exactamente lo que ella deseaba: quería, por favor, que repartan las cartas otra vez y que comience una nueva partida. Las que le habían tocado no le servían, la mataban en vida. ¿Acaso existía algún lugar donde ser feliz?

¿Había una persona capaz de quitarle la soledad con su cariño? Ya no quería por compañía el aislamiento, el destierro de sus pasos, la clausura de sus pensamientos, la terrible orfandad. Porque el soliloquio de sus palabras y la melancolía de sus actos la agarrotaban. Necesitaba una pizca de amor, de cariño, de atención, y París no se la daba. Caminó, y el asfalto de las calles se le hizo más y más duro; los edificios, a su paso, parecían darle vuelta la cara y matarla de indiferencia. Su París amado hoy no le brindaba amor. Una llovizna suave empeoraba el clima y su estado de ánimo. Bajó al metro y, allí, dolida, abandonada, protegida de la mirada indolente del centenar de viajeros que pasaban a su lado, Eme lloró.

Entre lágrimas, observó a su alrededor, y pudo jurar que la mayoría de los transeúntes se sentían como ella; sin embargo, nadie tenía en cuenta a los demás, tal como si fueran invisibles.

Llevaba largo rato sentada allí abajo, aspirando la humedad del subsuelo, cuando se percató de que en la ciudad caía la noche; el tiempo había pasado y ella no sabía qué hacer ni a dónde huir. Tal vez, si hablaba con Hache, podría conocer algún detalle extra que la inclinara de manera definitiva. Sí, iría a verlo a la casa de Equis, donde él solía terminar la jornada. Por Hache sentía atracción.

Se subió al vagón secándose las lágrimas y, en pocos minutos, pulsó el ruidoso timbre.

Apareció una Equis diferente. Iba sin su inseparable pañuelo colorido en la cabeza y mostraba un cabello corto y muy rubio.

—Hache me dijo que lo encontraría aquí.

—Pasa, por favor…

La chica abrió la puerta de par en par, Eme dio unos pasos y enseguida ingresó a un mundo privado y familiar del cual era evidente que Hache formaba parte. En la mesa cubierta con un mantel a cuadros había dos platos que anticipaban una cena. El aroma a carne asada delataba que sería en breve.

—Perdón, no sabía que estaban por comer… —se disculpó Eme.

—No te preocupes —dijo Equis.

Hache se puso de pie y la saludó.

—Te traeré una silla… —propuso Equis.

—Oh, no es necesario.

Tres movimientos, dos detalles y una mirada furtiva al interior del cuarto que mostraba una cama grande sin tender con ropa sobre las sábanas, y Eme supo en el acto que Equis y Hache eran pareja. Todos los pequeños detalles que había apreciado durante cada una de sus visitas encajaron bajo el formato de esa idea. «¡Cómo no me di cuenta antes! ¡Qué ridícula soy! ¿Para qué carajo vine? ¿Por consejos? ¿Para hablar de nuevo con Hache? ¿Para que me acribille con preguntas? ¿Qué carajo vine a buscar? ¿Qué deseo de la vida? ¿Un hombre? ¿Una pareja? ¿Un cambio trascendental? ¿Encontrarme a mí misma? ¿Un propósito por el cual vivir?»

Bueno, quería todo eso y nada. La crisis se le vino encima y la asfixió. Tenía que hacer algo nuevo, porque, si seguía haciendo lo mismo, nada en su existencia cambiaría. Recordó la frase de Einstein: «Loco es aquel que haciendo lo mismo espera resultados diferentes».

Ella seguía de pie, callada, en estado de *shock*. La pareja la miraba. Hache rompió el silencio.

—Dime, Eme…

Entonces, sintiéndose exhausta y totalmente en crisis, lo decidió. El último gramo de ímpetu que le quedaba la ayudó a tomar una resolución y el arrebato la empujó a decir:

—Mira, Hache, no te demoraré. Acepto.

Ya no había tiempo para un minuto más de esa clase de vida, necesitaba un cambio drástico. ¡Y de inmediato!

—¡Oh, qué alegría me das! —explotó él.

—¡Que *nos* das…! —aclaró Equis, sonriendo.

—¿Segura, entonces? —Hache buscó la confirmación.

—Sí. ¿Cuándo salgo?

Él lanzó una carcajada y respondió:

—Pasado mañana. Ese día te entregaré todo lo que precisarás para viajar. Cargaré lo elemental en tu reloj.

—¿Necesitas que te lo deje? —preguntó Eme completamente entregada.

—Sí, por favor. La organización pondrá dinero en tu cuenta. Y también te haré cargar los pasajes, las autorizaciones y algunos datos de utilidad.

—¿Podré llevar el viejo aparato de telefonía?

Se trataba del último bastión de tecnología que le quedaba. Era antiguo, pero le servía para reemplazar a Perla en algunas de sus funciones.

—No, tendrá que bastarte el chip de tu reloj.

—Pero no podré hablar con nadie.

—¡Justamente! Así será más seguro.

Resignada, suspiró largo. Luego Hache le dio un par de instrucciones más. Al final, cuando parecía que todo había sido explicado, ella preguntó:

—¿Hay algo más que deba hacer yo?

—Sí, preparar una mochila con lo mínimo indispensable. Debe ser pequeña, pues cargarás con ella todo tu recorrido a pie por la montaña. Cuando regreses, te daré un mapa para que te familiarices con la zona.

A Eme, el corazón le dio un brinco y se colocó el pelo detrás de la oreja. ¡Se iría de París!

Hablaron unas pocas palabras más de pie, sin siquiera sentarse, y, en la sala del antiguo departamento, el viaje quedó convenido.

Eme se marchó temblando. Mientras caminaba por la calle, se cuestionaba: «¿Qué hice? ¿Qué me deparará ahora el futuro?». No lo sabía, pero en la noche parisina retumbó un grito de liberación:

—¡Al carajo con todo, incluido tú, Hache!

CAPÍTULO 5

EL CIPRÉS

La Hispania, año 31 a. C.

«Soy Cazue, moradora de la montaña verde», me repito a mí misma para no olvidármelo. Porque a veces, y por algunos momentos, el camino que recorro me torna salvaje, como los animalillos y las plantas que allí viven; entonces me siento apenas algo más de ese mundo verde que me rodea, me percibo como una partecita que, con ellos, se vuelve un todo. Es una sensación liberadora porque no debo dirigir nada, ni siquiera mi propia vida. Pero cuando vuelvo en mí, me asusto porque, mientras sucede, me olvido de quién soy, me olvido de que voy por el camino y hasta de la ausencia de mi hijo. En esos momentos no recuerdo nada, pero una imagen queda fija en mi retina, una que no se va ni aun durante esos soplos de tiempo sin medida, y es la de mi niño. Porque lo demás sólo son trozos de verde, mis pies caminando y mis ansias de avanzar.

Miro el pedazo de cielo que aparece entrecortado entre las puntas de los cipreses; pronto estará oscuro, ya casi no queda luz. «Una noche más que pasaré en el bosque, un día menos para ver, al fin, a mi hijo», me digo a mí misma buscando consuelo mientras me tiendo en el suelo duro para dormir. Es en ese momento en que me doy cuenta de cuánto extraño la cama de paja de mi casa, la voz de mi padre, la risa de mis hermanos, el calor del fogón. Descubro que

deseo un día común en la aldea. Uno de esos días simples como tantos otros. «Como aquel», pienso. Y acurrucada en el suelo junto a un árbol, a punto de dormirme, lo evoco…

Recuerdos

En la aldea de la montaña verde, el canto de los pájaros que sobrevolaban el cielo azul anunciaba que el día comenzaba.

Dentro de la casa de Caleyano, a pesar de que el sol aún no aparecía, él se tendió en el camastro de paja. Acababa de entrar a su hogar después de pasar diez días trabajando en la mina. Apremiado por llegar cuanto antes, había salido del campamento de madrugada, cuando aún no había luz.

Se hallaba extenuado, pero también contento por haber llegado sano y salvo, de estar nuevamente en su casa, de reencontrase con sus hijos. Pensaba que, por suerte, tenía a Cazue y a Leto, que ayudaban a criar a los dos más pequeños, aunque ya casi todos en la familia se iban poniendo mayores. Tanto que, tal vez, iba siendo tiempo de programar la unión de su hija con algún hombre joven de la aldea. No podía atarla a esta casa; ella debía formar su propio clan, así como alguna vez él y su esposa habían formado el suyo. Escuchó ruidos en la cocina y se dirigió hacia allí. Como Cazue era la primera en levantarse, seguramente estaría avivando los leños del fogón para empezar el día.

Caleyano observó a su hija de espaldas y tosió en un intento por darle la sorpresa de que había retornado; al oírlo, ella dio la media vuelta con una gran sonrisa.

—¡Padre, qué alegría! ¡No sabía que estabas en la casa!

—Acabo de llegar. Todavía era de noche cuando salí del campamento.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Cazue, que observaba el rostro de su padre un tanto abatido.

—Sí, aunque cansado.

—¿Quieres que te prepare algo caliente? Así comes antes de que me marche a vender los panes de bellota.

—No hace falta, yo me encargaré —le respondió con agradecimiento.

Cazue era una buena hija; dedicada a la familia, cumplía el rol de madre.

Ella comenzó a preparar las hogazas; eran muchas, cada vez había más romanos interesados en comprar sus panes. Formó un atado enorme y pesado. Le costó cerrarlo y conseguir que la tela que cruzaba su cuerpo soportara la carga. Su padre, que observaba la maniobra, señaló:

—Es demasiado para ti sola.

—Oh, no. Claro que puedo con el atado.

—Que tu hermano Leto vaya contigo.

—No es necesario, padre.

—Que sí.

—Él aún duerme y tardará en prepararse. No puedo perder tiempo esperándolo, es momento de irme.

—Entonces te acompañaré yo mismo.

—¡No! Recién llegas de la mina, estás cansado —señaló Cazue y, de inmediato, tratando de evitar que le pusiera otro obstáculo a su partida, se dirigió hacia la salida de la casucha, desde donde anunció —: Me voy. Te veré cuando el sol esté fuerte porque tardaré en vender todo esto.

—Que los dioses te acompañen —dijo Caleyano. El cansancio le impidió llevarle la contraria a su hija.

Enseguida, camino al campamento, Cazue comprendió que su padre no tardaría en descubrir que los panes se vendían en apenas instantes, porque ella llegaba con su carga y, de inmediato, los

romanos se le acercaban y, tras darle la moneda a cambio, se los llevaban sin rodeos.

Caleyano, por su parte, se quedó ahogado por esa extraña sensación de inquietud que lo invadía cada vez que su hija partía hacia el campamento. Una vez más meditó que iba siendo tiempo de buscarle un marido. Luego se dedicó a despertar al resto de sus hijos y a prepararles huevos para el desayuno.

* * *

Más tarde, en el taller próximo a su casa, Caleyano comenzó a tallar las dos enormes piedras de color gris que los romanos le habían dejado varios días atrás. El ejército, que conocía bien sus habilidades, se las había traído para que tallara, en ambas, el sol característico de sus joyas. Las querían para señalizar la entrada a Las Médulas. Cuando las miró, supo que le darían mucho trabajo, pero se consoló pensando que se las pagarían bien. Debía empezar cuanto antes, sería un trabajo de meses. La cultura de los romanos y la de los astures dejaban su marca una en la otra, y esas piedras formaban parte de la simbiosis que experimentaban ambos pueblos.

Tomó las herramientas y dio la primera cincelada. Mientras lo hacía, lo decidió: le buscaría un compañero a Cazue para que formara su propio clan. No lo postergaría más. Igual que el tallado, daría trabajo, pero debía hacerlo.

Dio otro golpe sobre la piedra y el metal de su herramienta se rompió.

—¡Maldición, qué dura! Es casi imposible tallarla —dijo Caleyano sin imaginar que casar a su hija sería más difícil aún.

* * *

En ese mismo momento, Cazue aguardaba junto al arroyo. En la bolsa llevaba las monedas que había ganado con la venta de sus productos. Pero a ella el dinero le interesaba poco; estaba ansiosa por la llegada de Publio. Se sentía completamente enlazada por el romano. No sabía bien cuándo ni cómo había sucedido, pero estaba enlazada, porque no podía dejar de pensar en él, y en sus besos.

Desde hacía un tiempo, Cazue y Publio venían consumando un ritual de amor. Él llegaba e, inmediatamente, allí instalados, al abrigo de las malezas y de los árboles, en un discreto claro del bosque, ambos unían sus cuerpos de manera inconmensurable y sublime. Ella había aprendido que una parte de él encastraba a la perfección en su interior femenino. Estaba segura, además, de que ese acto delicioso a Publio le gustaba por igual porque, al despedirse, él solía repetirle: «Mañana, cuando termines la venta, te espero en este mismo lugar».

Cazue, gracias a lo que estaba viviendo junto al romano, comenzaba a entender muchas de las conversaciones que había oído entre las mujeres de la aldea. Su madre no había alcanzado a darle lecciones sobre la unión física entre los hombres y las mujeres, pero, a la luz de los acontecimientos, creía que habrían sido innecesarias, porque su sentimiento por Publio bastaba para que lo vivido fuera una experiencia maravillosa. Claro que no todo era perfecto porque, si se preguntaba sobre la posibilidad de un porvenir en que ellos estuvieran juntos, la respuesta, inevitablemente, resultaba dolorosa; y lo peor: no le hallaba solución. Aun así, lo que sentía era tan sublime que le permitía albergar esperanza de que seguirían unidos; y si por momentos creía que no la había, tampoco le importaba. El presente la atrapaba con firmeza.

Cazue alzó la mirada al cielo y, al observar que el sol ingresaba entre las copas de los cipreses, se preocupó: la intensidad de los rayos luminosos le confirmaban que Publio se había demorado más que en otras oportunidades; ella lo esperaba hacía mucho. Se movió

nerviosa. Pronto debería regresar, pues su padre estaba en la casa y no en la mina.

Buscando entretenerse, se quitó las sandalias y mojó los pies en el río. Luego de un rato, sintió ruidos entre las plantas y, al darse la vuelta, se encontró con la imagen del hombre querido. El corazón le latió fuerte y se emocionó al punto de que tuvo deseos de llorar; en verdad, la vida era hermosa, Publio había llegado.

Tras el encuentro, tendidos sobre la hierba, ambos consumaron su liturgia diaria de piel y sentimientos. Aunque estos últimos, sólo la emocionaban a Cazue porque, para él, más bien se trataba de un simple acto corporal, diferencia que ella no alcanzaba a descubrir porque creía que el encastre perfecto de sus cuerpos significaba armonía en todos los demás ensambles.

Cuando el sol nuevamente le mostró que el día había avanzado y que la siesta comenzaba, Cazue se incorporó de inmediato. Necesitaba marcharse cuanto antes. Se había demorado más que en otras oportunidades y su padre estaría preocupado. Hubiera querido quedarse allí, eternamente, con ese hombre de cabellos rojos, pero no podía. Tampoco Publio. Había descubierto que a él no le agradaba permanecer tendido, conversando después del acto, tal como a ella le hubiera gustado. Publio no podía perder tiempo; como romano, tenía obligaciones con su trabajo. Al menos, eso le explicaba cuando se ponía de pie para marcharse de improviso. Cómo no entenderlo, si hasta le había contado que su jornada en la proveeduría comenzaba cuando aún era noche cerrada.

* * *

Cazue hizo el trayecto desde el río hasta su casa a paso vivo; por momentos, en los tramos llanos, corrió; aun así, llegó tardísimo.

Cuando ingresó a la casa, tenía las mejillas arreboladas, estaba cansada y sus dos hermanos pequeños se peleaban con gritos y empujones. Echó una mirada rápida y descubrió a Leto sentado en el largo banco pegado la pared de la cocina; tras pelar las chauchas, quitaba los porotos y los colocaba en una vasija de barro.

La pelea entre los más pequeños subía más y más de tono.

—¡Niños! —gritó ella al ver que se tiraban de los pelos.

Se acercó y los separó ante la mirada imperturbable de Leto. Cazue se enfureció:

—¿Por qué no los cuidas? No deben pelear así, pueden lastimarse.

—No puedo, estoy haciendo tu tarea —dijo señalando las chauchas. Y agregó—: Te vas por largo rato. No entiendo cómo puedes tardar tanto en vender los panes.

Ella se sintió descubierta e intentó defenderse:

—Deja de criticarme, mira todas las monedas que he traído —dijo mostrando la bolsita de tela con su botín.

—Mejor ayúdame con esto —pidió su hermano señalando la vasija—. ¡Ya estoy harto de hacer tareas de mujeres!

—¿Y padre dónde está?

—En el taller, afilando sus herramientas.

—Iré a verlo.

—Te advierto que está enojado, el tallado de las piedras le rompió sus filos —le informó.

Pese a la molestia que le había causado la prolongada ausencia, quiso advertírselo. Leto quería a su hermana. Había sido como su madre desde la repentina muerte.

En una sociedad matriarcal como la astur, la familia se había sentido perdida ante su ausencia, y Cazue había venido a reemplazarla.

Ella asintió en señal de agradecimiento y luego partió raudamente al lugar de trabajo de su padre. Cuando entró, lo

encontró en plena tarea.

Pero al verla, Caleyano suspendió su labor y, con una mirada fulminante, exclamó:

—¡Te has demorado demasiado! ¿Dónde has estado?

—Vendiendo los panes.

—Pues desde ahora en adelante no venderás más. Sólo irá Leto.

—Padre, yo necesito ir porque…

Él prosiguió tal como si no la hubiera escuchado.

—Y te advierto que mañana vendrán a la casa los del clan Ablana.

En la aldea se los conocía así porque esa familia siempre se había encargado de recolectar las avellanas.

—¿Por qué vienen? —preguntó Cazue.

—Traerán a su hijo para que lo conozcamos. El padre del muchacho y yo lo hacemos por cortesía porque la unión de ustedes ya está decidida.

—¿Qué dices? Yo no puedo unirme a ningún aldeano. Aún debo cuidar a mis hermanos pequeños.

—Lo hará Leto.

—Estaban peleando y él ni siquiera los miraba.

—No me importa, aprenderá. Ahora vete y ponte a preparar la cena.

—Traje las monedas —dijo ella en un intento por conciliar con su padre.

—Ya tenemos muchas y me interesa más la tranquilidad que el dinero. Ya perdí a mi mujer y no deseo perder a mi única hija.

Cada vez que Cazue partía al campamento Caleyano sentía que la acechaba el peligro. Ya no quería seguir lidiando con ese mal sentimiento.

Cazue se marchó del taller. De camino a la vivienda, las lágrimas recorrieron sus mejillas. Necesitaba avisarle a Publio. La decisión de su padre traería muchos cambios.

* * *

Publio, que había dejado a Cazue en el arroyo, partió de prisa y, por el camino bordeado de malezas, llegó rapidísimo a la tienda ubicada junto al gran almacén donde se guardaban los víveres del campamento. En ese lugar pasaba gran parte del día haciendo inventarios y controlando las provisiones; también solía ocuparse de entregar sus detallados informes a los uniformados de rango que dirigían el destacamento. Pero su apuro no estaba relacionado con obligaciones pendientes, sino que tenía nombre romano de mujer.

Ingresó ansioso y enseguida se topó con el joven esclavo que lo ayudaba. El muchacho vestía una rústica túnica a rayas de colores, propia de su condición. Publio le preguntó:

—¿Has recibido algún papiro de la dama Junia?

—No, mi señor —respondió el muchachillo mientras continuaba con la tarea de apilar las vasijas grandes que acababan de comprarle a un astur.

—¡Cómo puede ser! ¡¿Acaso los dioses se han enojado conmigo?!

—No diga eso, amo. Mire las especias que nos han llegado, son las que esperábamos hace mucho.

Publio se acercó a un saco de tela lleno de un polvo amarillo, untó dos dedos y, llevándolos a la nariz, los olió. De inmediato, dio el visto bueno con un gesto. En otro momento se hubiera interesado por el contenido de las demás bolsas de productos que habían llegado en el cargamento, pero no ese día.

—Ponlo en un lugar seco, al abrigo de la humedad —dijo pensando que debía calmarse. No podía darse el lujo de realizar mal su trabajo; esas especias eran importantes y al cocinero le durarían meses.

—Sí, amo, estaba por resguardar la mercadería —informó el esclavo, quien llegó a la conclusión de que esa sería la única orden

que recibiría durante el resto de la jornada. Su señor, que llevaba varios días distraído, sólo mostraba interés por un único asunto: recibir los papiros de la dama romana.

Publio se apartó un poco y se sentó en la cómoda poltrona de tela y madera que tenía en la tienda. Sin embargo, no se puso a trabajar con la contabilidad, como solía hacerlo en ese momento del día, sino que permaneció tranquilo y meditativo.

Junia llevaba varias lunas sin mandarlo llamar, y eso lo perturbaba. Había llegado tarde a la cita con la panadera porque se había quedado esperando ese maldito papiro con la invitación que, al final, nunca llegó. Estaba perdiendo el interés por la niña de la trenza. La bella Junia ocupaba toda su mente. Temía que la romana se hubiera enterado de que pasaba parte de las mañanas con una aldeana y, enojada, no quisiera verlo más. Las noches compartidas con la esposa del ingeniero habían sido ardientes. Ella era una mujer muy apetecible y, además, romana. Abrazarla desnuda en la cama lo hacía sentir en casa, esa que se hallaba en la bella ciudad de Roma, cercana al Campo de Marte, y que había dejado para mudarse a la Hispania. Nunca dejaría de añorarla. Nunca.

«¡Por Júpiter! ¡Por qué Junia no me manda llamar!», se lamentaba. Su marido aún no había regresado y, según se comentaba en el campamento, tampoco volvería pronto. Allí, evidentemente, no radicaba el problema, así que no le quedaba otra alternativa que seguir esperando el maldito papiro porque de ninguna manera podía presentarse en la casa sin una invitación; simplemente, no correspondía.

Los encuentros entre Junia y Publio habían comenzado en los idus de mayo, dos meses atrás, aunque, por cómo lo habían marcado, él sentía como si hubiera pasado una vida entera.

* * *

En la aldea de la montaña verde era nuevamente la tarde cuando Caleyano acompañó hasta la puerta a las tres personas que lo habían visitado. Era la primera vez, en años, que recibían visitas; desde la muerte de su mujer, nadie iba a su casa; el dolor que le había causado su fallecimiento, sumado al trabajo que había sido criar solo a sus hijos mientras trabajaba en la mina, le había quitado el gusto por la vida social. Pero había sido necesario reunirse con esas personas. Se trataba del futuro hombre para su hija y de sus padres.

Ya afuera, despidió al clan de los Ablana y luego regresó a la cocina.

Cazue, que seguía sentada en el banco junto a la pared, no se había movido de ese lugar, ni había hablado durante la reunión; claro que el encuentro no había durado mucho. Sólo un par de frases entre los dos jefes de familia y el vínculo había quedado finiquitado.

La decisión había sido tomada: Cazue y el hijo de los Ablana se unirían y formarían su propio clan. Ambas familias los ayudarían a levantar una vivienda en la punta de la aldea, donde aún quedaba lugar para nuevas construcciones. La costumbre dictaminaba que las flamantes parejas debían asentarse en el oeste de la aldea para que el caserío se extendiera hacia el lado de la puesta del sol.

Observó que su hija llevaba la mirada perdida en el piso. La indagó:

—¿Te agradaron?

La pregunta que Caleyano le hizo no distinguía entre el futuro esposo y los padres. Evidentemente, consideraba que los tres componían un bloque inseparable; no le daba lugar para que Cazue respondiera que le había gustado el elegido y no los padres, o viceversa; no funcionaba de esa forma. Pero su hija contestó de manera sincera y sin dudar:

—No.

—Pues a mí, sí. Y no se hable más.

—¿Para qué me preguntas, entonces?

Caleyano la fulminó con la mirada y agregó:

—Antes de que venga la estación del frío fuerte te unirás al hijo de los Ablana para que formes tu propio clan.

—¡Para eso falta muy poco!

—Pasaré dos temporadas en la mina y luego será tu unión. Pronto me iré a la primera, por lo que debemos empezar a organizarnos.

Dos temporadas en la mina eran unas pocas semanas.

Cazue permaneció en silencio, no había mucho que decir. La novedad, si había algo que contar, enojaría a su padre, así que decidió no abrir la boca. Además, hablar no cambiaría nada; ya habían decidido qué acontecería en su vida, y de esa forma se haría. Razón de sobra para callar. Al menos, guardaba la esperanza de vivir con Publio los días que faltaban hasta que empezara el frío fuerte.

Absorta en sus razonamientos, la voz de su padre la sobresaltó.

—Mañana Leto irá contigo para que le enseñes a vender los panes. Luego comenzará a ir solo.

El rostro de Cazue se desdibujó, su interior pareció desmoronarse. El plan de su padre rompería antes la dulce rutina que ella vivía con su querido romano. No, no y no. Ella no iba a soportarlo, debía pensar una salida, ellos no podían dejar de verse así como así.

Un rato después ella preparaba la harina de bellota para amasar junto a Leto. Mientras tanto, pergeñaba cómo haría para ver de nuevo a Publio delante de su hermano y contarle lo que estaba sucediendo. Por un momento, una luz de esperanza vino a su alma dolida y pensó: «¿Y si Publio me pide que me vaya con él? Pero… ¿a dónde iremos? ¿Acaso él querrá mudarse a la aldea?». Eso jamás sucedería. «¿Y si yo me mudo al campamento?» No era imposible, sabía que siempre buscaban sirvientes mujeres. Por último, se le

ocurrió una idea más sublime aún: «¿Y si Publio me quiere como su mujer? ¿Y si acepta unirse conmigo?». En cualquiera de las opciones que había considerado sabía que perdería para siempre la relación con su padre, con sus hermanos y hasta con su pueblo. Aun así, comprendiendo el quebranto que suponían esas pérdidas, creyó estar dispuesta a soportarlo con tal de estar junto a Publio. Necesitaba hablar con él, ver su rostro cuando le contara que, a menos que tomaran una decisión como las que venía meditando, ellos no podrían verse más. ¿Qué diría él? ¿Le dolería? ¿Actuaría valientemente? Porque ella sí estaba dispuesta a comportarse con determinación.

* * *

Esa misma tarde Publio se hallaba trabajando laboriosamente en la tienda ubicada junto al almacén; el prefecto del ejército le había pedido que organizara una comida especial para todos los hombres. Con el festín celebrarían que el último gran cargamento del oro extraído de la mina había partido de manera exitosa rumbo a Roma. Y todos los hombres que habían sido parte de ese logro serían premiados con un gran convite culinario. Un pequeño solaz en medio de los muchos meses de tedioso trabajo; uno de los pocos gustos que podían darse los romanos que vivían allí. Comerían diferentes carnes y varias exquisiteces, y ese día no se trabajaría.

Publio escribía en un papiro la lista de los alimentos que pronto vendrían a buscar el cocinero y sus ayudantes. La tarea le agradaba; aun así, no dejaba ni por un momento de pensar en Junia. Llevaba contados siete días sin tener noticias de la romana y ya comenzaba a creer que, tal vez, no volvería a llamarlo. Absorto en su tarea y en sus disquisiciones interiores, la llegada de la esclava de Junia lo alborotó. La joven de cabellos claros —parte del botín de Roma

durante las incursiones nórdicas— no traía en sus manos ningún papiro, pero, al ver que Publio estaba solo, se acercó y le dijo en voz baja:

—Mi ama lo espera en la casa al caer la noche.

Él respiró profundo y, complacido, le respondió:

—Dile que allí estaré.

«Junia no está enojada», pensó sonriendo.

Cuando la muchacha se fue, Publio concluyó su lista, le dio instrucciones a su esclavo y se marchó. Quería disponer de tiempo para acicalarse. Un encuentro con Junia merecía su máxima pulcritud. Estaba feliz.

* * *

Esa noche, tendidos en los camastros del triclinio, Junia y Publio disfrutaban de la cena compuesta de frutos secos, carnes y verduras. Él se sentía exultante; la mujer le gustaba con locura, la intimidad con ella le resultaba maravillosa y estos momentos culinarios celebrados en un ambiente sofisticado los encontraba sublimes. Comer una buena comida con la compañía de una mujer culta y delicada en un entorno fino y romano no tenía precio.

Sólo hacia el final de la cena, cuando la felicidad que lo invadía se iba disipando junto con la comida, notó que ella estaba más callada que de costumbre.

—¿Estás enojada?

La sombra de que Junia descubriera sus encuentros con la panadera volvía a perseguirlo.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —reprochó desganada.

No eran nada; entre ellos no había relación alguna, salvo esas noches. Si estuviera enojada no lo hubiera citado.

El insistió:

—¿Por qué no enviaste por mí en estos días?

—Tienes que entender que hay cosas que quedan reservadas a la mente de las mujeres —respondió de manera tajante.

Compartir la intimidad física no la obligaba a dar explicaciones. Porque, cómo decirle a este hombre que, días atrás y otra vez, su período le había confirmado que, a pesar de las apasionadas noches que habían pasado juntos, ella no lograba concebir un hijo. Los malestares propios de esos días de mujer, más la tristeza de saber que nuevamente se le negaba la maternidad, la habían hecho aislarse de todo, hasta de él. Pero aquí estaba otra vez, persiguiendo su anhelo de descendencia.

Él no entendió a qué se refería, pero intuía que algo —no acertaba dónde, si en el cuerpo o en la mente— afectaba a Junia; percibía cierta congoja bien disimulada.

—¿Estuviste enferma? —consultó. Él bien podía sugerirle una infusión o recomendarle alguna especia culinaria. Las había, y muy buenas, en la proveeduría.

—Te he dicho que ya no preguntes —dijo con el rostro contraído, casi al borde del llanto.

Invadido por la ternura que le despertó, Publio se puso de pie y fue hasta el otro camastro. A su lado, en silencio, comenzó a acariciarle el cabello.

—No hace falta que me cuentes —la calmó.

Sedada por las caricias, ella bajó la guardia. Luego, incorporándose, lo miró de frente y se sintió preparada para hablar con la verdad.

—Mira, Publio, si estás aquí es porque quiero engendrar un hijo, pero cada veintiocho lunas mi cuerpo me recuerda que eso no ha sucedido.

Él se sorprendió.

—¿Quieres un hijo…?

La confesión lo había dejado helado.

—Sí.

—¿Un hijo mío?

—Sí.

La parte razonable de la mente de Publio recordó a Ovidio Fabio y los comentarios que lo acechaban; enseguida, entonces, encontró la explicación. La sentimental de su cerebro simplemente se sintió feliz de que Junia lo hubiera elegido a él; porque ella podría haber buscado a cualquier otro varón del campamento, pero, entre tantos, la elección había recaído sobre su hombría. Había cierta emoción sublime en saber que esa mujer de la que estaba perdidamente enamorado deseara criar y amar a un hijo que llevara su sangre. Pensó que estaba viviendo una gran aventura romántica, una de esas que les gustaban a los hombres sentimentales como él. Emocionado, le dijo:

—Lo entiendo. Pondremos empeño.

—¿Más aún? —cuestionó levantando las cejas con un rictus amargo en los sensuales labios.

Ella, en cada noche, había puesto todo de su parte y mal no la había pasado, pero no había logrado el resultado que buscaba. Se sentía abatida.

—Sí, más aún —expresó Publio, sonriendo, y agregó—: Ahora vamos a la cama.

Quiso cargarla en brazos, pero esta vez ella se negó. De nuevo Junia se volvía distante y se ponía a la defensiva, sólo había bajado la guardia un instante.

* * *

Publio caminaba rumbo a su tienda. El encuentro de esa noche, como todos los anteriores, había sido apasionado, ardiente y maravilloso. Recordar imágenes de lo vivido unos momentos atrás

volvía a excitarlo, sólo que en esta oportunidad una idea fuerte acompañaba sus pensamientos: «¡Junia quiere un hijo mío!». Al recordarlo mientras caminaba, sonreía.

Ya casi llegaba a la zona del campamento donde dormía cuando una idea vino con fuerza y la hizo suya: no se acostaría con otras mujeres; mientras estuviera en la tarea de engendrar un hijo con Junia, no vería a otras. Ni a la panadera ni a ninguna. De todas maneras, desde que Junia había llegado a su vida, venía perdiendo el interés en todas las demás.

* * *

A varias millas de allí, Ovidio Fabio les daba forma a sus ideas. Comenzaba a pensar que por nada del mundo renunciaría al lazo que lo unía a ese hombre que dormía a su lado. Compartir la vida con el militar romano le resultaba fácil; a ambos les gustaban las mismas cosas, disfrutaban por igual de ciertas actividades y conversaban de lo mucho que tenían en común. Además, los ligaba una fuerte atracción. Razones por las que, si su esposa no le daba un hijo, se divorciaría; tal vez, incluso, hasta buscaría otra mujer sin dejar al centurión. No iba a ser el primero ni el último romano en vivir de esa forma. Despediría de la casa a Junia, la esposa que no lograba darle un vástago. Aunque la intimidad era escasa, algo ellos hacían y el embarazo no llegaba. Como varón romano necesitaba continuar su apellido, pero si eso no se lo proporcionaba Junia, pues entonces se lo suministraría otra romana. ¡Ojalá su esposa le hubiera cumplido! No lo atraía para nada la idea de empezar de nuevo con otra mujer, asumió que podría darle otra oportunidad a este matrimonio. Sin embargo, pronto cambió de parecer: «No, no puedo seguir esperando. Cuando regrese, hablaré con Junia».

* * *

Esa mañana, temprano, en la habitación de dormir, Cazue terminó de trenzar su largo cabello y despertó a su hermano.

—Alístate, ya es momento de que bajemos al campamento a vender.

Según la decisión de su padre, sería la última vez que lo haría.

Luego, cuando apareció en la cocina con su atuendo diario de lienzo y cordel a la cintura, Caleyano ya estaba junto al fogón preparándoles leche y huevos. Ella había supuesto que estaría trabajando en el taller. Era evidente que quería hablar con ambos antes de que se marcharan.

—Leto, observa bien a tu hermana y aprende. Hoy será su última venta. A partir de mañana irás tú solo porque Cazue se quedará aquí.

El chico asintió y a ella se le hizo un nudo en el estómago. Ya no pudo probar bocado y sólo tomó dos tragos de leche de la vasija para que su padre no desconfiara de su sospechoso abatimiento.

Cuando estuvieron listos, los hermanos partieron hacia el campamento con un abultado atado de pan cada uno. Ella caminaba en silencio, nerviosa, planeando cómo se acercaría a Publio. Distraería a Leto con la excusa de la venta y aprovecharía para, en pocas palabras, explicarle que recién podrían volver a verse cuando su padre se marchara a trabajar a la mina. En ese momento podrían hablar y hasta tomar una decisión.

Los hermanos hicieron el último trecho de la bajada al campamento entre cipreses rodeados de arbustos y aparecieron en la zona de las carpas grandes. Quienes reconocieron a Cazue enseguida se acercaron para intercambiar monedas por panes. Pero ella sólo tenía ojos para la tienda ubicada junto al almacén.

La venta del pan iba a buen ritmo, cuando Cazue vio lo que esperaba: el hombre de túnica clara y cabellos rojos. Buscó una excusa para alejarse de su hermano y, con dos panes en las manos, dejó a Leto con el comercio de las últimas hogazas. Avanzaba hacia Publio con la mirada puesta en su figura. Él, que pareció sentir sus ojos, se dio la vuelta y la descubrió. Ambos se miraron, pero sólo por un instante, porque un esclavo distrajo al romano y él lo siguió rumbo al almacén. Cazue continuó caminando hacia Publio en un intento por alcanzarlo, pero, al verlo ingresar a la proveeduría, se detuvo en seco; ella no podía entrar a ese lugar. Hubiera querido gritar su nombre para llamarlo, pero hubiese sido un acto imprudente. Como no podía esperar a que saliera, optó por regresar junto a Leto, que ya la esperaba.

Mientras caminaba intentó despejar su duda: por qué Publio no se había acercado a buscar el pan, si había notado que iba hacia él con las hogazas en la mano. No halló respuesta. Tal vez, supuso, se encontrarían directamente en el arroyo. Tenía que bajar hasta la cascada donde solían encontrarse.

Fijó la vista en Leto; su hermano acababa de terminar las ventas. Al llegar a su lado, lo encontró exultante.

—¡Vendí todo! ¿Y tú?

—Me quedan estas dos —dijo ella intentando sonreír y corresponder el entusiasmo de su hermano. Luego añadió—: Es temprano para regresar, podemos bajar al arroyo para mojarnos los pies. ¿Quieres?

—¡Sí, vamos!

A Leto le encantó la idea.

Cazue aguardaría allí a Publio. Si se presentaba, le diría a su hermano que el romano venía a comprar las hogazas que a ella le habían quedado sin vender y, apartándose de Leto, hablaría con él. Se trataba de un plan complicado, pero no se le ocurría otra

solución. No podía desaparecer así como así y que Publio no supiera lo que estaba sucediendo. Necesitaba avisarle.

Cuando llegaron al arroyo, el muchachillo no sólo se refrescó los pies, también se quitó la túnica y se mojó el cuerpo; luego se dedicó a atrapar renacuajos. A punto de treparse a un árbol en busca de los huevos de un nido, ella notó que el tiempo transcurría y que la espera se volvía infructuosa. Entonces le ordenó:

—¡Basta, Leto, no te subas, debemos marcharnos!

Estaba enojada y sentía deseos de llorar.

Durante el camino de regreso los interrogantes acecharon a Cazue: ¿por qué Publio la había ignorado cuando vio que iba a su encuentro? ¿Por qué no había bajado al arroyo? Asumió que la había evitado porque estaba en compañía del pequeño, y la idea la tranquilizó. Se prometió a sí misma que volvería al campamento; no sabía cómo ni cuándo, pero encontraría la manera. Se tocó tres veces el labio con el dedo índice en señal de su promesa.

EL NOGAL

El nogal puede medir veinticinco metros de altura, es oriundo del Medio Oriente y el cultivo de su fruto es milenario.

PROPIEDADES: hay pruebas de que su fruto, la nuez, contiene ácidos grasos omega 3, que estimulan el funcionamiento del sistema nervioso y son esenciales para las neuronas y mejoran la salud de las arterias.

Simboliza la longevidad. La leyenda dice que quien plante un nogal morirá cuando el tronco sea tan grueso como su cuello; por eso, en la antigüedad, quien lo plantaba, rodeaba el tronco con fajas.

CAPÍTULO 6

El NOGAL

Ponferrada, año 2055

El viaje en tren de París a Madrid a Eme le había servido para dormir. Debido a la algarabía que reinaba en los vagones, al principio había creído que le sería difícil conciliar el sueño, pero el cansancio la venció. Las personas que compartían el vagón se mostraban exultantes, alegres y conversadoras. ¿Cómo no iban a estar felices? Muchos llevaban dos años o más esperando la autorización para concretar la excursión. Ahora, arriba del tren, se sentían privilegiados por poder trasladarse y entregarse a la aventura de conocer nuevas ciudades.

Para cuando Eme llegó a la estación de Madrid con su pequeña mochila a la espalda le llamó la atención el silencio y el letargo. Se decía que antaño había sido una de las más ruidosas, pero el menor caudal de gente le daba un aspecto triste. Había pasado de la bulla del tren al mutismo de la estación.

En uno de los estacionamientos recogió el coche inteligente alquilado de antemano con el que se desplazaría a la ciudad de Ponferrada, donde comenzaría el Camino de Santiago.

El alquiler del vehículo, la primera noche en el hotel, su cuenta bancaria con bastante dinero y todos los permisos necesarios para avanzar ya estaban perfectamente organizados, como todo en este

viaje. Por esa razón, estaba en condiciones de reconocer que, hasta el momento, la planificación venía siendo impecable. El Movimiento era más fuerte de lo que aparentaba.

No veía la hora de dar inicio al recorrido a pie, porque palpitaba que disfrutaría de verdadera libertad, esa por la que tantos bregaban y los obligaba a tramitar con insistencia el bendito permiso para viajar a donde fuera. Claro que eran tan pocos los cupos anuales, que se comentaba que muchos llevaban lustros esperando la autorización. Poco a poco, mientras tomaba conciencia del paso que había dado, se convencía de que esa libertad anhelada la había impulsado hacia el riesgo, a decirle que sí a Hache y embarcarse en este viaje. La paladeaba muy lentamente al saber que caminaría a su antojo durante días, que se hospedaría donde quisiera, que estaría en contacto con la naturaleza. Sólo recordaba haber vivenciado algo así en Argentina, durante la estadía que compartió con sus padres. Claro, en una de las pocas veces que pudo viajar. Se emocionaba al pensar en las próximas dos semanas.

Una vez arriba del coche podría haber vuelto a dormir, porque era autónomo, se conducía solo, guiado por un satélite, pero la emoción de ver tierras nuevas y bellos paisajes jamás se lo hubiese permitido. Por eso, las cuatro horas de marcha suave habían sido de puro disfrute; no había necesitado preocuparse de nada, salvo de observar por la ventanilla. Ni siquiera necesitó cargar su destino en el navegador del vehículo, pues la agencia se lo entregó con el dato ya programado.

Cuando arribó al hotel contratado, el auto la dejó en la puerta y, así como el vehículo llegó conducido por la tecnología, de igual manera se fue. Seguramente se dirigiría a la sede que la empresa de alquiler tenía en Ponferrada o, tal vez, volvería a Madrid; ella no lo sabía, ni había nadie a quién preguntarle. En el hospedaje, tampoco había con quién hablar; fue recibiendo las instrucciones y claves para acceder a su habitación a través de pantallas. Eme miró los

detalles del cuarto de hotel. ¡Cuánto hacía que no dormía en uno! ¡Desde que era una adolescente! Se sintió exaltada.

El lugar estaba lleno. Cada habitación había sido reservada con mucho tiempo de antelación. Los pocos hoteles que aún quedaban en las ciudades funcionaban a pleno y eran regenteados por el gobierno de cada país; ya no había ninguno en manos privadas.

Eme llegó al cuarto, se bañó y, envuelta en la toalla blanca, comió dos sándwiches que sacó de la heladera; los pagó con el chip de su reloj. Tomó una Coca-Cola mientras investigaba un pequeño plano color naranja del Camino de Santiago, cortesía del hotel, que encontró sobre la mesa de luz. De un lado mostraba los senderos y pueblos por los que pasaría; del otro, exhibía la publicidad de los quesos de la zona. Comparado con el que Hache le había dado, este mapa le resultaba más práctico.

Habían transcurrido diez minutos cuando el agotamiento la venció, se calzó su viejo remerón verde de dormir y se acostó. Quería estar descansada para enfrentar la caminata que iniciaría al día siguiente, una travesía de veintiséis kilómetros que la llevaría hasta Villafranca del Bierzo. No sabía cuánto tiempo le demandaría, pero algo tenía claro: estaba completamente fuera de estado.

Apenas se despertó, se vistió, cargó su mochila, metió el plano en el bolsillo del pantalón y salió del hotel cuando aún era de noche. Con las luces de las calles todavía encendidas, pudo verse reflejada en el gran vidrio de la puerta del hotel. La imagen la mostró con cabello corto, los bártulos a la espalda, su holgado pantalón color bordó y la remera blanca bajo el buzo. Estaba lista para la aventura de caminar por las calles españolas. Aunque no se reconocía vestida de esa manera, se sintió conforme y feliz como hacía mucho mucho tiempo que no lo estaba; se sentía viva. «¡Haré el Camino de Santiago!», se dijo a sí misma, y la mente la transportó a la verdadera finalidad de su recorrido: el sabotaje tecnológico que tendría lugar en Compostela. Desechó rápidamente la idea porque le

generaba ansiedad y preocupación, y no quería que nada empañara la aventura. Antes de Compostela la esperaban muchas jornadas emocionantes. Aunque tenía asignada una fecha límite para llegar a la ciudad, estaba más que a tiempo para cumplirla, sabía que le sobrarían días para disfrutar.

Mientras atravesaba la ciudad, vio varios bares abiertos y estuvo tentada de entrar y tomar una taza de café, pero el deseo de avanzar fue más fuerte y desistió; desayunaría una vez que hubiera adelantado una buena cantidad de kilómetros, cuando cruzara uno de los poblados marcados en el mapa.

Media hora de caminata llena de adrenalina y ya había alcanzado los extremos de la ciudad. Una hora y ya bordeaba los campos y las calles de tierra comenzaban a alternar con senderos pequeños. Sol no había, estaba nublado. «Mejor», pensó. En esa zona, el calor podía llegar a ser muy fuerte durante septiembre. Mientras avanzaba, por sus mochilas, reconocía a otros peregrinos; cada uno iba a su ritmo. Un par de personas que pasaron junto a ella le dijeron «Buen camino» y, a partir de allí, entendió que era el saludo de camaradería que se prodigaban los caminantes. Le gustó y comenzó a usarlo.

Avanzaba y sus ojos estaban de fiesta, ante su mirada se desplegaban muchas capas de verdes compuestas por vegetación de diferentes tamaños, sendas bordeadas de piedras blancas y flores multicolores, árboles añosos cuyos troncos tenían el tamaño de tanques de agua, y antiguas casonas de piedra a la vera del camino. El aire sabía purísimo y, por momentos, el cielo se veía enorme cuando se llegaba a un sitio despejado; allí no había rascacielos que ocultaran el firmamento, como en París, sino una gran bóveda celeste grisáceo con nubes que iban en aumento y empezaban a unirse entre sí.

De repente, una molesta llovizna le empañó la visual; no se preocupó demasiado, su ropa de tela inteligente no le permitiría

mojarse. Su cabello quedó a salvo cuando se colocó la capucha de su abrigo, pero se lamentó de que las gotitas le entorpecieran la vista de los bellos paisajes. Y así, oliendo el aroma propio de la lluvia, pisando charquitos, avanzó los siguientes minutos hasta que el agua paró. Y otra vez el bello paisaje se mostró con nitidez.

Llevaba caminando dos horas cuando, luego de una curva sobre el camino grande, se topó con un caserío antiguo y rústico. Entre las viviendas que daban a la calle se destacaba la del cartel blanco con letras negras —«BAR LOLA», indicaba— y las simpáticas mesitas y sillas dispuestas en la vereda, bajo una angosta galería, que estaban ocupadas por peregrinos que habían decidido hacer un alto en el camino. No lo dudó, moría por un desayuno. Dejó su mochila en una de las mesas vacías e ingresó al local para hacer su pedido. En la fila, mientras esperaba, observó las opciones que ofrecían para comer. Le llamó la atención la oferta: raciones de comida auténtica y no sándwiches ni los procesados de moda envueltos en papeles de colores que vendían en las ciudades. El gran pizarrón ubicado detrás del mostrador llevaba escrito a mano desde pinchos de carne, empanadillas, morcillas, hasta alcachofas rellenas y tortilla de papa. Se tentó con la última alternativa. Luego, mientras pedía el café más grande que tuvieran, escuchó una voz de hombre que, a sus espaldas, le habló en español.

—¿Estará rica?

Eme se dio vuelta pero no supo qué responder.

—Me refiero a la tortilla —aclaró el hombre de aspecto deportivo y una gran sonrisa. Su cabello era claro.

—Espero que sí. La de la foto tiene buena pinta —respondió ella señalando la imagen colgada en la pared.

No quería posar la vista en su rostro porque era demasiado atractivo y se sentía intimidada.

Pero él era agradable y le comentó:

—No sé si me animaré a tanto, aunque me la merezco, vengo caminando desde Las Médulas.

—¿Las Médulas es un pueblo? —preguntó ella.

A Eme le interesó, estaba por conocer nuevos lugares.

—No, son ruinas de lo que fue el Imperio romano. Antiguas minas de donde los romanos extraían el oro. Tienes que visitarlas —le recomendó—, realmente son impactantes.

Eme hubiera querido preguntarle más datos acerca del lugar, pero ya no pudo seguir conversando porque una mujer, seguramente Lola, venía hacia ella con su pedido listo. Recibió la bandeja y salió del local. ¡Esa comida alcanzaba al menos para cuatro personas! Y lo peor: la mirada del hombre rubio alternaba entre ella y su plato. Eme, que junto al café cargaba una muy generosa porción de tortilla acompañada por un trozo de queso fresco y un monumental pan casero, se moría de vergüenza.

Pero, hambrienta por la caminata, una vez que se ubicó en la mesa se olvidó de todo y se dedicó a disfrutarla. Iba por la mitad cuando el mismo hombre pasó a su lado con su pedido y le dijo:

—Veo que acertaste y te ha gustado.

—Creo que sí —dijo Eme, que observó la bandeja semivacía de él con apenas un vaso de jugo de naranja y unos cuadrados de comida energética de colores, de esos que estaban de moda.

Él comprendió el significado de esa mirada y comentó:

—Hubiera querido comerla, ya lo creo. Pero me estoy probando a mí mismo en lo deportivo. Se trata de un reto personal.

—En cierta manera, yo también me enfrento a un desafío. Pero como verás —dijo señalando la tortilla— no tiene nada que ver con lo atlético.

Eme terminó la frase y se llamó a silencio; temía que pudiera escapársele algo sobre la verdadera finalidad de su viaje. Prefirió observar su cabello del color del bronce. Lo llevaba muy corto y

prolijo, detalle extraño, pues los hombres lo usaban largo o se rapaban, como Hache.

—Creo que todos los que venimos a hacer este camino buscamos algo que nos falta —señaló él.

—Pienso que algunos sólo buscan un poco de libertad… Este mundo últimamente tiene demasiadas restricciones —dijo, y al instante se arrepintió.

—Es parte de lo mismo: las búsquedas que cada ser humano tiene —sentenció—. Espero que logres la meta que persigues.

—¡Gracias! —respondió Eme y se tranquilizó—. Ojalá que tú también encuentres las respuestas que buscas.

Él mostró otra vez su amplia sonrisa. Y ella lo encontró lindo, muy lindo.

—¡Buen camino…! —saludó, dio unos pasos y agregó—: Perdón, ¿cuál es tu nombre? El mío es Orión.

—Soy Eme. Encantada.

—Entonces, ¡buen camino, Eme!

—¡Buen camino, Orión! —pronunció ella, que reparó en un detalle extraño: ¡nadie usaba su nombre completo! Las personas se habían mimetizado tanto con los datos de identificación integrados al chip, el que incluía números y letras del nombre, que se había extendido la moda de abreviar mencionando sólo una o varias letras del nombre; amén de que los adolescentes y hasta algunos rebeldes se hacían llamar por un número. Eran tiempos en que el nombre valía poco, lo importante era el número identificatorio. Ella, Eme, había nacido como Ema, el nombre elegido por sus padres. Por esa razón, buscando hacer un juego de palabras, había optado por la eme.

—Adiós, Eme —dijo él y, saludándola con la mano, se alejó.

Ella lo observó marcharse. Tenía un físico perfecto propio de quien pasa mucho tiempo moldeándose a base de gimnasia.

Eme volvió la mirada a su plato y decidió que ya no podía comer más, no terminaría la tortilla. Envolvió el trozo que le quedaba en una servilleta de papel y lo metió en su mochila. Satisfecha, hizo lo que todos a su alrededor hacían una vez que comían y recobraban fuerzas: seguir el camino. Antes de partir, miró el elemental plano de color naranja que había tomado del hotel y, tras rastrear con el dedo el caserío donde se encontraba, sacó la cuenta de que aún le quedaban dos horas más de caminata. Si no se le presentaba ningún contratiempo, llegaría a Villafranca del Bierzo con la última claridad de la tarde. Perderse era prácticamente imposible, las indicaciones abundaban por todas partes; en cada bifurcación del camino había una señalización con el dibujo de los famosos rayos amarillos sobre un fondo azul y la consiguiente referencia y flecha.

Se puso de pie y sintió un dolor agudo en sus extremidades. No era para menos, nunca en su vida había caminado tanto. Cargó la mochila en la espalda y empezó a avanzar. Los primeros pasos le costaron, pero enseguida la adrenalina de continuar y de saber que debía llegar al pueblo antes de la noche le dio el empuje que necesitaba.

Marchó y otra vez aparecieron ante sus ojos lugares maravillosos, aunque esta vez su mente iba distraída, sumergida en la pregunta que aparecía cada tanto desde que había salido de su casa: ¿cuál sería el trabajo que tendría que hacer en Santiago de Compostela? A este interrogante se le sumó otro nuevo: ¿Hache y el grupo sabrían por dónde iba ella? Seguro que sí. En un par de oportunidades ya había comprobado que El Movimiento lo sabía todo; además, ella llevaba el chip del reloj y sería fácil rastrear sus gastos, que indicarían dónde se hallaba. Claro que siempre cabía la posibilidad de quitárselo y olvidarse para siempre del asunto. ¿Qué pasaría si ella desaparecía para siempre? ¿Qué sucedería si decidía quedarse allí, sin avisarle al grupo? ¿Y si no iba a Compostela? Demasiados interrogantes para los que no tenía respuestas; al menos, no por

ahora. No valía la pena preocuparse. Santiago de Compostela y el peligroso trabajo de sabotaje de las computadoras estaban allá lejos.

Los días de peregrinaje quería vivirlos a pleno, a pesar de que la envolvía cierto temor de no alcanzar la meta. Caminar más de doscientos kilómetros no era poco; sobre todo para sus pies, acostumbrados a pisar sólo un par de calles de París. El suelo pedregoso del camino era otra cosa. Tenía que ser fuerte y subsistir, pensó, y apretó los dientes.

Llevaba un rato de caminata cuando cruzó otro poblado pequeño, un simple caserío; luego, más tarde, otro; y ya no hubo más civilización, sino sólo árboles, piedras, camino y cielo. La tranquilizaba cruzarse con otras personas que realizaban el mismo peregrinaje. Empezaba a sentir ampollas en sus pies, pero una inercia la empujaba. Seguir, seguir.

Sumida en sus pensamientos, la voz femenina que habló la sacó de su ensimismamiento.

—*Hello!* ¡Hola! *Speak english?*

Eme se dio la vuelta y una chica de contextura delgada dio tres pasos adelante y la alcanzó; codo a codo, conversaron animadamente.

La muchacha era de México, se llamaba Bee, llevaba el pelo recogido en una coleta, y ese era su quinto día de camino. Iba a Compostela, donde se reuniría con amigos de varias nacionalidades.

—Españoles, en su mayoría —le aclaró, y agregó muy feliz—: Nos encontraremos todos allá.

Eme se preguntó cómo era posible que alguien tuviera amistades en un lugar tan lejano. A través de las redes, sin dudas.

No obstante, en la actualidad sólo se las usaba para comunicarse con los amigos cercanos, como ella con Uve, y ni siquiera demasiado. La amistad no estaba de moda y menos con gente que vivía lejos; no había tiempo ni interés para cultivarla. Además, ¿cómo era posible que organizara reuniones para verse con personas

de otros países en tiempos de tantas restricciones para viajar? ¿Cómo hacían los otros para trasladarse? No se atrevió a preguntarle, temía que, si hacía demasiadas preguntas, luego la chica se interesara por conocer los motivos que la llevaban a Compostela.

Finalmente, cuando llegó el momento, Eme habló muy poco y evitó el tema cerrándose en que se trataba de un viaje espiritual. Sonó nostálgica y convincente al mencionar que sus padres lo habían realizado en tiempos de libertad plena. Aunque por momentos temía que se le escapara una palabra inoportuna; sobre todo, cuando comentó acerca de su crisis existencial.

Un rato más de charla y descubrieron que tenían varios puntos en común sobre el trabajo. Bee se desempeñaba en el área tecnológica de una empresa que fabricaba computadoras en Ciudad de México.

La siguiente hora que pasaron juntas fue entretenida para Eme. La mexicana, que habló hasta por los codos, le confesó que tenía una mala relación con su madre, le contó que deseaba cambiar su alimentación a causa de las alergias y le explicó cuánto amaba la naturaleza. Eme de inmediato sospechó: ¿y si se trataba de una de las personas reclutadas por El Movimiento para concretar el sabotaje en Compostela? Bien podría serlo, cualquiera podía, hasta el propio Orión. Hache le había anticipado que harían el camino al mismo tiempo y que existía la posibilidad de que se cruzaran.

La chica continuó hablando de dos novios con los que había terminado la relación porque la habían engañado.

—Un chico primero y después el otro… ¿Se entiende, verdad?

—Sí, claro. Dos malas experiencias —dijo Eme.

—Ambos me engañaron con un avatar de la IA. ¿Tú crees que cuenta como engaño cien por cien?

—No lo sé. No estoy segura —dijo Eme, mareada con tanta charla insólita.

—Me visitaba y luego se iba con la otra. La tenía en una pantalla gigante, en su casa. Era la mujer perfecta. Ya sabes: cuerpo escultural, una boca sexy, muy paciente para escuchar… La había creado a su gusto.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque la vi! Yo lo descubrí. Y hasta charlé con ella. Pasaba más horas con esa que conmigo.

Habían avanzado varios kilómetros mientras Eme escuchaba y la muchacha seguía hablando sin parar cuando los gritos en inglés de varios hombres que discutían de mala manera captaron la atención de ambas. Uno empujaba a otro y los tres restantes intentaban separarlos de una inminente pelea. Continuaron avanzando y, cuando estuvieron muy cerca del grupo, comprendieron que la discordia había nacido por la bebida. A uno de los cinco —británicos, a juzgar por el habla— se le había acabado la botella de whisky y el otro se había demorado en pasarle la llena, lo que acabó en un reclamo airado y llamó la atención de las chicas.

—¿A quién se le ocurriría beber mientras camina? —preguntó Bee más para sí misma que para su acompañante.

—A los ingleses —dijo Eme, mientras seguía los movimientos de los muchachos: uno se había sentado en el suelo y los demás discutían sobre si dejarlo allí o convencerlo de que continúe. Pero, al verlas pasar, lanzaron silbidos e hicieron señas obscenas. El más alto subió la apuesta y, con palabras soeces, las invitó a un encuentro sexual.

Ellas los ignoraron y se marcharon a paso rápido.

—Me alegro de no habérmelos encontrado sola —dijo la mexicana.

—Yo, también —respondió Eme.

Eran las seis de la tarde cuando, extenuadas, llegaron a Villafranca del Bierzo, un bonito pueblo antiguo. Eme, conforme a lo que había decidido, pasaría allí la noche. La muchacha tenía otros

planes, deseaba llegar al siguiente poblado; pero, para alcanzarlo, le quedaban unas horas más de caminata; arribaría justo antes de que cayera la noche cerrada.

—¿Estás segura? —le preguntó Eme, que se hallaba exhausta y la atemorizaba esa posibilidad. Ella era una citadina, criada en París; el campo le gustaba, pero de día.

—Segurísima, si me apuro, llegaré antes de que sea de noche.

Caminaron hasta el casco histórico y, en la zona de los hoteles y albergues, ambas se despidieron con un abrazo.

—¡Buen camino! Y que salgan bien tus reuniones —le dijo Eme con una sonrisa.

—Lo mismo para ti: ¡buen camino y que las tuyas también sean un éxito!

Eme le agradeció, pero mientras miraba cómo se alejaba caminando por las veredas, pensó: «Yo nunca le dije qué haría en Compostela. ¿Por qué me deseó éxito en mis reuniones?». Estaba segura de que no había dicho nada al respecto. Se tranquilizó; probablemente la mexicana sólo se lo comentó por cortesía, a modo de buenos deseos. A veces, le entraba la duda sobre si Hache le había dicho toda la verdad. ¿Y si la estaban haciendo seguir? Lo analizó mejor; no lo creía. Hache, en todo momento, le había parecido sincero. Decidió dejar de perseguirse y centrarse en lo que la urgía. Necesitaba conseguir una habitación para pasar la noche. Entró al albergue, confiada.

Pero la única mujer que atendía en la recepción le explicó que no había lugar y que le sería muy difícil encontrar uno; en los meses de otoño, como en los de primavera, el cupo que otorgaba el gobierno para realizar el camino se duplicaba y muchas personas hacían sus reservas con bastante tiempo de anticipación. Eme, a pesar del cansancio, salió apurada con el propósito de buscar sitio en los albergues cercanos a la plaza mayor. Visitó cuatro sin suerte.

Empezaba a desesperarse porque al problema que tenía se le sumó una molesta llovizna. Como pudo, miró el mapa naranja y decidió hacer lo mismo que la chica mexicana: seguir caminando hasta el pueblo siguiente. Le pareció lo mejor, no quería desperdiciar lo que quedaba de luz natural golpeando las puertas de otros hoteles, que, seguramente, estarían completos. Para cubrir la distancia, tenía dos horas de caminata, debía apurar el paso, así no llegaría tan de noche. Tal vez, se alentó, el camino no fuera complicado. Por primera vez desde que había salido de su casa, de veras añoró tener a Perla en su cerebro; ella le hubiera encontrado un buen lugar para dormir, ella no la hubiera dejado sola, ella… y entonces se dio cuenta de que, justamente, si estaba allí era porque deseaba dejar de depender de Perla y de meterse en línea para solucionar todo lo que se le presentaba.

A paso vivo salió del pueblo. Por suerte, la llovizna había mermado. A punto de atravesar la autopista para adentrarse nuevamente en los campos, divisó, con la última luz, una pequeña construcción que parecía ser un albergue, o una pensión con un bar en la parte de adelante.

Se acercó cruzando los dedos e invocando a quien muchos llamaban Dios. No estaba Perla y necesitaba una ayuda sobrenatural.

Abrió la puerta… de un bar decadente: iluminación mala, sillas de madera barata. Sólo una mesa estaba ocupada por una extraña pareja de ancianos que hablaban escasas palabras en voz baja y bebían vino tinto en copas.

Eme se dirigió hacia la mesa.

—Buenas tardes… ¿Sabe si está el encargado? —preguntó señalando el mostrador que semejaba ser también la recepción.

—Soy yo —dijo el hombre poniéndose de pie no sin antes hacerle una caricia a la mujer que llevaba el pelo blanco peinado al estilo Marilyn Monroe y los labios pintados de rojo.

—¿Tiene habitaciones? Necesito pasar la noche.

—Sí, pero es sin desayuno.

—Está bien. La tomaré como sea.

El hombre le hizo seña para que lo acompañara y ella lo siguió a su ritmo lento.

El hotel tenía tres pisos y muchas habitaciones, aunque, por el silencio, parecía vacío. Como los pasillos estaban a oscuras, el hombre apretaba los interruptores para encender las luces. Subieron al primer piso, de aspecto tan tenebroso como el resto del edificio, y Eme comenzó a sentir miedo. Pero ¿qué hacer? No había otro albergue disponible; aunque fuera muy tétrico, tuvo suerte de encontrarlo. Sin embargo, cuando el hombre le mostró el cuarto, lo halló espacioso y limpísimo: dos camas pequeñas con edredón blanco y enormes toallas del mismo color, baño con espejo grande y luz blanca potente.

Él se quedó esperando una respuesta, Eme suspiró y señaló:

—Lo tomo.

—Bien, me pagas mañana —dijo el viejo—. No bajes por el ascensor, es propenso a trabarse.

—¿Vende usted comida en el bar?

—No, sólo bebidas —dijo, y le extendió la mano para entregarle la llave metálica.

Eme, mientras pensaba en la antigüedad de usar una llave, estiró la suya y la tomó. Cuando lo hizo, vio que el hombre tenía un tatuaje en el reverso del brazo. Curiosa, quiso ver el diseño, y él la descubrió.

—Me lo hice hace mucho —dijo, pero apenas se lo mostró por una milésima de segundo, y se despidió.

Eme no alcanzó a ver con claridad, aunque podría haber jurado que se trataba de la letra eme idéntica a la que tenía tatuada Hache. Pero estaba tan cansada que lo único que le interesaba era encerrarse en ese cuarto que había conseguido sobre la hora.

Ingresó y cerró la puerta con llave. Había llegado al límite del agotamiento, sus pies no le respondían. Ese día, el primero de su travesía, había caminado durante seis horas. Se arrastró como pudo hasta el baño y se duchó. Cuando salió, la noche había caído por completo, afuera llovía copiosamente y con relámpagos.

Estaba muerta de hambre. Se acordó de la tortilla que había guardado. La buscó y la comió tal como si fuera el manjar más delicioso del mundo. Luego se vistió para bajar al bar, quería una bebida fresca y dulce. Salió al pasillo con el cabello húmedo y la ropa de caminar; necesitó tantear las paredes por la falta de luz hasta llegar a la escalera, que bajó con sumo cuidado, palpando rugosidades. En planta baja, encontró el bar y la recepción a oscuras y vacío. El viejo y Marilyn Monroe brillaban por la ausencia.

—Hola… ¿hay alguien?

Lo dijo una vez, dos, tres.

Esperó unos instantes. Como nadie respondió, muerta de miedo, sus manos tocaron el muro hasta dar con las llaves de luz y logró prenderlas; las sillas y mesas se alumbraron con baja intensidad. Ubicó la heladera y, para demostrarse a sí mima que todo era normal, aunque no lo fuera, tomó una Coca-Cola. Y, sin apagar las luces, se fue apurada.

No se escuchaba un solo sonido. Ella parecía ser el único ser humano que habitaba el hotel.

—¡Mierda! ¿Dónde he venido a parar?

Se encerró, le puso llave a su cuarto y colocó una silla contra la puerta. Luego se tomó la Coca-Cola. Se tendió en la cama y, contrariamente a lo que pensó que sucedería, se durmió al instante.

Cuando el despertador de su reloj sonó a las seis aún era de noche y le costó entender dónde estaba, pero con la poca luz que entraba por la ventana vio la silla contra la puerta y se acordó.

Se vistió en pocos minutos. Con la botella de agua cargada y la mochila al hombro, salió al pasillo y se metió en el ascensor. Recién

cuando la puerta se cerró, se acordó de la advertencia del viejo: «No lo uses porque se traba». Mientras descendía, cientos de pensamientos terroríficos vinieron a su cabeza: «Si me quedo encerrada, ¿estará el viejo para sacarme? ¿Y si es una trampa y aquí vive un asesino serial?». Bien podían descuartizarla y nadie se enteraría. «¿Por qué carajos no había huéspedes en el hotel si los del pueblo estaban llenos?», remató.

Por suerte, el ascensor se abrió y ella salió tan agradecida como despavorida. El bar seguía igual, como ella lo había dejado por la noche, con las tenebrosas luces prendidas y sin un alma; no había movimiento de personal ni de pasajeros. Deseaba huir ya mismo de allí. Cuando apoyó la llave sobre el mostrador, recordó que el viejo no le había cobrado ni tomado los datos; si algo le pasaba, nadie sabría que se había hospedado en ese albergue de las afueras de Villafranca del Bierzo. Se le erizó la piel de la espalda y, tras quitar el cerrojo de la puerta principal, huyó.

Aún a oscuras, temblando, atravesó el pequeño parque verde. Sólo cuando cruzó la autopista y encontró las señales de los rayos amarillos sobre el fondo azul que indicaban la senda del Camino de Santiago, se tranquilizó. Se alejaba a paso firme con la cabeza atiborrada de preguntas: «¿Cómo acabé en esa pocilga? No lo sabía. «¿Qué carajo fue esta experiencia? ¿Algo bueno o malo?» Tampoco lo sabía. Pero así era el camino: daba sorpresas. Al menos, ese era el comentario general, y ella empezaba a experimentarlo. El camino regalaba experiencias, objetos y relaciones. «¿Será así también para mí? ¿Serán buenas?» Se abstuvo de seguir indagando si ese hotel estaba o no relacionado con su misión, ni si el viejo y Marilyn formaban parte de El Movimiento o —¿por qué no?— de La Firma. Prefería volver a ilusionarse con lo que le quedaba por vivir.

La primera luz que apareció tardía auspició que el día estaría nublado, pero también le trajo una imagen tranquilizadora: se encontraba en la senda correcta, comenzaba a encontrarse con

peregrinos, porque, cuando tomó el camino verde rodeado de nogales, se cruzó con varias personas cargadas con sus mochilas. Respiró profundo. Le esperaban cerca de veinte kilómetros por hacer a pie.

Un rato de caminata y la extraña experiencia vivida en el hotel se le había olvidado. Casi dos horas y sus piernas avanzaban aceptando el desafío que ella se imponía. Le habían dolido los músculos durante los primeros minutos, pero ya no; hasta las incipientes ampollas se habían aplacado con el descanso de la noche.

A su paso, los hermosos y enormes árboles de manzanas y de nueces plantados a la vera del camino regalaban sus frutos y Eme no podía dejar de maravillarse. Muchos años atrás, alguien se había ocupado de sembrarlos para que a los peregrinos no les faltara alimento. Un acto precioso de humanidad. Pero ¿qué les había pasado a los seres humanos con el transcurso del tiempo? ¿Por qué se habían vuelto ambiciosos y tan malvados que ahora pretendían ejercer el monopolio de las semillas del mundo? Estaba segura de que ese vergel que significaba el Camino de Santiago sería uno de los últimos lugares en ser reducido por las nuevas reglas mundiales. Si bien en este momento sólo existía la Guardia Mundial, ya se hablaba de que pronto se designaría a un gran director, una especie de gobernante supremo, que tendría poder sobre todos los países y sus presidentes, una persona asistida en todo momento por un consejo de inteligencia artificial que cuidaría que los habitantes del planeta, incluidos los gobernantes locales, no cometieran actos que pusieran en peligro el mundo. Eme pensó que, cuando eso sucediera, ya no quedaría nada por salvar. La libertad, tal como se conocía, se habría perdido para siempre.

Se detuvo, deseaba comer unas nueces de las que ofrecía el camino. Las partió dándoles fuertes pisotones con su calzado; la actividad captó por completo su atención. Se abstrajo del mundo.

Había comido al menos diez cuando tomó una manzana de las docenas que estaban caídas bajo los árboles. Eran de color amarillo y de un fuerte aroma dulce. Quiso probarla. Le dio dos mordiscos; sabía muy bien. Continuó comiéndola mientras retomaba la marcha.

Había avanzado unos metros cuando el sol hizo una despampanante aparición, la primera de esa magnitud desde que había salido de su casa. Sintiéndose de fiesta, abrazada por la tibieza, miró con detenimiento los árboles cargados de frutos y, sobre sus verdes copas, el precioso cielo azul iluminado; la belleza de la visión la abrumó. Aspiró profundo el aire puro, fresco, rico y su cuerpo se energizó. Meditó en el buen corazón de las personas que plantaron esos árboles y los cuidaron, y pudo sentir la bondad de esos seres humanos. Entonces estuvo segura de que estaba haciendo lo correcto, de que había tomado la mejor decisión; la vida era más que tener un chip y vivir sumergida en el mundo tecnológico; y debía detenerse esa locura ahora, mientras se podía, o ya no habría vuelta atrás. Se sintió envuelta por algo inexplicable, bello y pacífico; intangible pero real, muy real. Una mezcla de paz, felicidad y agradecimiento. Le gustó tanto ese sentimiento que no quiso volver a vivir sin esa plenitud. Y lo decidió: si el precio para seguir abrigándolo era vivir sin Perla y sin tecnología, lo pagaría gustosa. Sólo recordaba haber experimentado algo así cuando era niña y visitó con sus padres la Patagonia, en Argentina. Se reencontró con esa vieja emoción y la disfrutó hasta quedar extasiada. Lo que el universo —o un ser creador— había puesto allí, era todito para ella. Se sintió abrazada por la naturaleza, podía percibir que la consolaba de las cosas que no habían salido bien en su vida, que la liberaba de los errores que había cometido, y también de extrañares; la sanaba, la completaba, la hacía sentir… amada. Quiso llorar. Estaba teniendo una de las experiencias más hermosas de su vida. Se quitó la mochila, se tendió de espalda en el suelo y, con los brazos pegados al piso, los abrió como si fueran alas

y, mirando el cielo, agradeció. Lágrimas rodaron por sus mejillas y fueron a parar hasta sus sienes, donde se confundieron con sus cabellos rojos. Se sopló con fuerza el flequillo y, durante varios minutos, se quedó allí, tendida en el suelo, con el cuerpo rodeado de manzanas e impregnada del dulce aroma, completamente conmovida.

Llevaba en esa posición un largo rato cuando pensó: «Segundo día de camino y ya he vivido semejante experiencia. ¿Qué me depararán los próximos?». Para saberlo, debía seguir. Decidió que era momento de continuar y, mientras se incorporaba lentamente, escuchó una voz conocida que le preguntó:

—¿Te sientes mal? ¿O sólo se trata de un descansito?

Se dio la vuelta y se topó con la sonrisa perfecta de Orión. Avergonzada, se puso de pie y cargó su mochila.

—¡Oh, no, estoy muy bien!

—¿Segura…?

—Creerás que estoy loca, pero acabo de tener una experiencia hermosa mientras estaba tendida en el suelo, rodeada de manzanas, mirando el cielo.

Él sonrió.

—Pues, me alegro. Cada cual lo pasa bien como quiere —dijo divertido.

—¿Alguna vez te has sentido amado a través de la naturaleza?

—Hum… creo que no. Supongo que se deberá a que soy un espécimen que sólo vive atento al cuerpo. No soy tan profundo como tú.

—Oh, no, yo nunca he sido muy mística. Sucede que por estos tiempos yo… —dijo Eme y se dio cuenta de que sería difícil contarle lo vivido sin revelar el motivo de su caminata a Santiago de Compostela, imposible hacerlo sin develar su secreto. Se calló y sólo agregó—: Es largo de explicar, pero podríamos resumirlo en que son experiencias que nos da el camino. Eso es lo que dicen, ¿verdad?

—Así es —confirmó él mirando las manzanas y agregó—: ¿Las probaste?

—Sí, te las recomiendo.

Él tomó una del suelo y le dio un mordisco.

—Está muy buena. Son de la variedad Golden —aseguró Orión.

—Parece que sabes de frutos.

—Un poco…

—¿De dónde eres? —preguntó Eme.

—De aquí, de España.

—Pero no hablas como un madrileño.

—Cada lugar tiene su acento. Soy de Galicia. Vivo en Santiago de Compostela.

—Ah, de Compostela, no pensé que la gente viviera allí.

Orión se rio.

—Somos muchos los que residimos en la capital de Galicia. ¿Y tú, de dónde eres?

—Vivo en París.

—Jamás lo hubiera imaginado. Creí que eras argentina, hablas como en Buenos Aires.

—Mis padres eran argentinos y ellos me enseñaron el español… Por eso lo hablo así.

Dos o tres frases y, sin planearlo, avanzaron juntos, conversando animadamente.

Él le contó que quería probarse a sí mismo que no necesitaba alimentarse con comidas copiosas para cumplir un reto deportivo de varios días, como el que imponía el camino. Su meta era llegar a Santiago sin comer mucho ni rico, pues tampoco quería ingerir comidas deliciosas. Únicamente se permitía alimentos frugales porque deseaba centrarse en la caminata.

—Pues yo no me he propuesto eso ni nada parecido y, sin embargo, lo único que he comido hasta ahora es ese trozo de tortilla que viste ayer en mi plato.

—Si te parece, en el primer caserío que tenga bar… pararemos y tomaremos el desayuno.

Orión, que tenía su misma edad, le contó que se dedicaba a la natación de manera profesional y que consideraba aceptar el salario por humanidad para dedicarse por completo al cuidado de su cuerpo y, así, acceder a niveles más altos de competición. Le gustaba la naturaleza, pero también la tecnología. La última frase puso en alerta a Eme, que debería ser muy cuidadosa con sus palabras. No quería revelar nada indebido, ni tener que contarle que estaba sin chip. Porque ese tema llevaría a otros y bordeaba lo peligroso.

Eme le contó acerca de la experiencia del hotel fantasma, y él se rio con ganas. Más detalles le contaba al respecto y más se reía. Hasta que finalmente le preguntó:

—¿Por eso no has podido despachar tu mochila?

—¿A qué te refieres con despacharla?

—A que puedes dejarla en la puerta del cuarto donde te hospedes y recibirla en tu próximo destino —le explicó—. Sólo debes rellenar una tarjeta con los datos.

Ante la sorpresa de Eme, abundó en pormenores del servicio que antaño prestaban los pobladores locales a cambio de unas monedas. Pero desde las restricciones impuestas al uso del metálico, lo brindaba gratis el gobierno español.

Eme lo miraba mientras lo escuchaba hablar y lo encontraba muy atractivo. Sus pantalones cortos y la remera pegada al cuerpo le permitían apreciar su físico bien definido y su piel bronceada; sus ojos eran oscuros y penetrantes. Tenía el prototipo de hombre sano, tan difícil de hallar por esos tiempos en que abundaba la comida chatarra y todos pasaban gran parte de su tiempo libre en línea. Ella misma, incluso, hasta hace poco integraba ese colectivo de gente que practicaba un estilo de vida nada saludable. Durante los últimos años, las galletitas, las gaseosas y los caramelos eran su debilidad. Pero así como le resultaba difícil conseguir estos productos durante

el viaje, debía reconocer que tampoco los necesitaba. En realidad, no había tiempo de pensar en nada que no fuera llegar a la meta, a la próxima posta; y respecto a comer, bueno, se consumía lo que se conseguía en el momento que atacaba el hambre.

Después de unas horas de caminata, de haber devorado con avidez unas cuantas manzanas y de coincidir en varias oportunidades acerca de lo hermosa que era esa zona de España, las señales les indicaron que estaban a punto de llegar a Vega de Valcarce. Eme no podía creer que, a pesar de haber pasado por alto el desayuno y su amado café diario, se sentía perfectamente bien, energizada y de buen humor. Ella solía decir: «No funciono sin mi dosis diaria de cafeína», pero en el Camino de Santiago la frase parecía no aplicar. La caminata le había sentado maravillosamente e ir conversando con Orión había sido por demás agradable; él realmente lo era.

—Buscaré albergue aquí, en Vega, para pasar la noche. No quiero arriesgarme y terminar en un hotelito de mala muerte, como ayer —comentó Eme con cierta gracia por su reciente experiencia.

—Me parece bien, pero si no conseguimos habitación, aún estamos a tiempo de llegar al pueblo siguiente.

El Camino de Santiago pasaba por la tranquila calle principal del pequeño poblado. A medida que avanzaban, varias casas se anunciaban como albergues. La mirada de ambos se detuvo al mismo tiempo sobre una fachada de piedra y sonrieron. Les gustó, era la elegida. Golpearon a la puerta de madera y vidrio y enseguida los atendió una mujer mayor.

—Lo lamento, no me queda ninguna habitación doble.

—Oh, no, nosotros necesitamos dos simples.

—¡Ah! Pues, entonces tienen suerte, justo me quedan dos individuales. Aunque son pequeñísimas, les aseguro que estarán muy cómodos.

Eme suspiró aliviada. Había descubierto que el alojamiento podía transformarse en un verdadero problema. Si bien se podía reservar con antelación, nadie quería correr el riesgo, porque nada garantizaba que el peregrino llegara a su destino. A pie, resultaba imposible calcular si se cubriría a tiempo el trayecto. Además, los imponderables del camino y del clima podían demorar hasta al mejor preparado. El sistema de reserva sólo servía para aquellos que realizaban tramos cortos, de dos a tres horas al día, porque, aunque surgiera un contratiempo, igual alcanzarían el albergue antes de que cayera la noche. Pero como Eme no estaba dispuesta a avanzar tan poco cada jornada, eso le impedía reservar y debía detenerse donde la encontrara el atardecer.

La mujer les pidió el pago por adelantado y ambos, acercándose al escáner ubicado en la recepción, saldaron su habitación. Eme no tuvo necesidad de explicar que operaba su cuenta bancaria desde un chip metido en el reloj, que, además, le había funcionado a la perfección. Nadie se percataba dónde lo tenía, lo cual la liberaba de realizar comentarios.

La dueña del albergue los condujo al primer piso y cada uno ingresó al cuarto asignado; ambos estaban enfrentados, pasillo mediante. A punto de cerrar su puerta, Orión giró sobre sus pies y sugirió:

—¿Te parece que nos duchemos y luego bajemos a comer juntos?

—¡Claro! Siempre que no quieras ir muy lejos… Me siento demasiado cansada. Hay un bar aquí cerca, en esta misma calle.

—De acuerdo. Mejor descansar bien y tener fuerza mañana.

Eme, ya dentro de su habitación, pensó que la mujer tenía razón: la habitación era tan pequeña que sólo entraba una cama chica y la mesa de luz; el baño, estrechísimo, pero todo se compensaba con la hermosa y rústica decoración que mostraba detalles primorosos, seguramente, colocados por la mano de su dueña. Dos de las

paredes eran de piedra natural porque los cuartos habían sido construidos contra un borde pedregoso del terreno; el colchón era bueno y el edredón de color lila, muy mullido. El lugar disponía de jabones y champú orgánicos, detalle que le llamó la atención porque en París este tipo de productos salían carísimos. Se miró en el espejo y su corte de pelo la sorprendió, aún no terminaba de acostumbrarse.

Pasó un largo rato debajo del agua caliente y el baño se llenó de un intenso vapor que le permitió disfrutar más de su ducha. Allí mismo lavó la ropa que había llevado puesta ese día y, una vez secada con esmero, se vistió con la única muda que había traído, un conjunto de remera y pantalón. Lista y dispuesta a tocar la puerta de la habitación de Orión, no hizo falta; lo encontró sentado en las escaleras.

—¿Hace mucho que me esperas?

—Un poco...

—Sólo diré en mi favor que las mujeres tenemos una serie de detalles que nos complican…

Orión lanzó una carcajada y señaló:

—Deja ya de justificarte y vamos a comer, que estoy muerto de hambre.

Ella también se rio; le agradaba la sinceridad de Orión.

A pesar de la poca comida que había ingerido durante las últimas jornadas, Eme no estaba hambrienta. Desde que se había entregado al camino, su eterna ansiedad que la llevaba a estar masticando algún bocadillo se había calmado.

Justo enfrente del albergue, con sólo cruzar la calle principal de Vega de Valcarce, dieron con dos barcitos. Después de analizar las sugerencias de ambos, se decidieron por un menú y pronto se encontraron sentados a la mesa degustando un pescado con verduras y bebiendo una jarra con agua del lugar. Al principio, la conversación giró en torno a sus familias. Orión le contó que tenía

un hermano dos años menor al que nunca veía, que su padre había fallecido de amargura a causa de un quebranto económico y que a su madre la había perdido en la última pandemia. Había atravesado tiempos muy duros en los que llegó a padecer ataques de pánico.

—Yo también perdí a los míos en una epidemia respiratoria —dijo ella, meditabunda.

Los sentimientos de la gente respecto a estas mortandades estaban divididos; algunos creían que esas pestes habían sido causadas adrede, mientras otros se resignaban a aceptarlas como resultado de las enfermedades fortuitas. Más allá de la postura personal, se evitaba hablar del origen intencional, pues alentar las sospechas era considerado un acto de sedición, delito penado con prisión.

Ambos comentaron cómo las sucesivas pandemias habían modificado la vida en el planeta y, luego de un silencio, Eme cambió de tema para eludir la tristeza.

—Cuéntame algo sobre Las Médulas. ¿Así se llamaba el lugar que visitaste, verdad?

Orión también se sintió aliviado de cambiar de tema. Sus tristezas eran igual de ondas que las de Eme. El hombre en el que se había convertido era el fruto de estos dolores.

—Oh, es maravilloso —se apasionó—. Llegas al sitio y de inmediato te sientes transportado al Imperio romano. Allí funcionaba la mina a cielo abierto más grande que haya existido en nuestro planeta. Todavía puedes ver las ruinas. Son muy bellas.

—¿Y hay algo más?

—Sí, unas piedras antiguas con ese sol —comentó y su índice señaló, expectante, el espiral que ella llevaba colgado al cuello. Estaba ansioso por conocer su respuesta.

Eme lanzó una carcajada.

—Pues… No creo que tenga relación con mi collar. Este —lo tomó entre sus dedos— es el sol típico que confeccionan los orfebres de

mi familia. Mi padre era joyero y me hizo este colgante.

Eme tocó el sol con cariño, le recordaba a su padre, quien le había contado que ese diseño provenía de sus ancestros, del linaje de artesanos que les había dado vida a los metales preciosos en las joyerías de Roma antes de emigrar a la Argentina y terminar en Francia. Poco tendría que ver con esas piedras.

—Antes de emigrar, mi bisabuelo lo fabricaba en la joyería de Italia… Esta figura identifica a nuestra familia de orfebres… Eso contaba mi papá, pero ya no está para preguntarle —dijo risueña porque descartó de plano la conexión que Orión insinuaba.

—Pensé que era de…

Orión no terminó la frase, sino que se llamó al silencio.

Ella recordó que Hache también lo había dibujado en el papel. ¿Acaso a causa del collar Orión había creído que…? Pero él siguió adelante con la charla sobre Las Médulas.

—En realidad, hay muchas cosas interesantes para conocer en ese lugar. Las vistas son impresionantes, el museo inmersivo resulta muy didáctico, los parques verdes son un oasis y hay varios albergues para pernoctar.

—Me gustaría ir alguna vez —reconoció Eme con la mirada perdida. La mención al sol del collar la había dejado pensativa y, además, desde que él le había nombrado el lugar, ella se sentía atraída por conocerlo.

Orión le brindó datos interesantes que ella escuchó con atención. En realidad, le agradaba oír todo lo que tenía para decirle de ese tema y del que fuera. Mirándolo a los ojos, le preguntó:

—¿A todos los españoles les gusta tanto conversar? Porque he hablado más contigo que lo que he conversado con todos mis amigos durante el último mes. De hecho, antes de venir intenté mantener un verdadero diálogo con mi mejor amiga y fue imposible por culpa de las malditas redes. Me sentí muy frustrada.

—Te preguntaré lo mismo: ¿todas las parisinas son tan abiertas, conversadoras y amigables? Porque a mí me sucede igual. He hablado más contigo que con cualquier otra persona…

—No es fácil comunicarse con la gente. Algo estamos haciendo mal los seres humanos —se atrevió a postular Eme.

—No lo sé. O simplemente todo está cambiando —dijo, pensativo. Luego, a modo de conclusión más para él que para ella, agregó—: En verdad, me había olvidado de lo agradable que era conversar.

—Yo también he disfrutado de la charla contigo —dijo Eme, sincera.

—No te he visto entrar en línea ni una vez. ¿Llevas bien el tema? —preguntó Orión.

Eme se sintió descubierta y salió del paso rápidamente.

—Me he propuesto reducir el uso de la tecnología.

—Bien por ti que puedes hacerlo. No todos lo logramos… —dijo Orión y se quedó callado. Profundizar en el tema podía acarrear problemas. El mundo empezaba a separarse en dos bandos: los que querían los cambios que se avecinaban y los que no. Sirvió agua en las copas y, a modo de disculpa, comentó—: Perdona, pero justamente ahora que hemos terminado de comer hay algo que debo ver.

Orión cerró los ojos para entrar en línea. Por un instante, Eme deseó imitarlo e, incluso, compartir la navegación. Pero él sólo se demoró un minuto.

—Perdona, debía controlar algo importante.

—Tranquilo… —dijo ella. Le hubiera gustado saber qué acababa de mirar en línea.

Ambos se quedaron callados y cada uno volvió a sus propios pensamientos. La compañía agradable compartida a lo largo del día los había hecho olvidar de sus preocupaciones. Ahora, no obstante, la mente de Eme regresaba a las suyas y concluía que, si bien había

hablado mucho con ese hombre, daba por descontado que este peregrino que le había regalado el camino no tenía ni una remota idea de lo que significaba ese viaje para ella, ni de lo que estaba poniendo en juego.

A su lado, sin saberlo, Orión meditaba algo parecido: cuánta intimidad y qué rápido con esta chica que recién conocía, pero a la que no podía revelarle el verdadero *leitmotiv* de su peregrinaje. No era fácil coincidir con una desconocida como lo había hecho con Eme, pero había temas que no podía compartir con nadie. Él, como toda persona —y como ella, por supuesto—, tenía sus secretos.

Pero la vida seguía y el camino los empujaba. En ese trance, él se atrevió a preguntar:

—¿Mañana piensas llegar hasta O Cebreiro? —dijo en alusión al siguiente pueblo importante que atravesaba el camino, un sitio muy bonito donde muchos pasaban la noche.

—Lo intentaré. Aunque sé que desde aquí hasta O Cebreiro el camino es bastante difícil, según me he informado —dijo ella sin especificarle que lo había leído en las notas del elemental plano naranja con la publicidad de queso; tal vez no fuera tan complicado como lo pintaban.

—Así es, tiene una zona con dificultad… ¿Quieres que recorramos el trayecto juntos?

—Sí, claro, ¿por qué no?

Lo que cada uno viviera en lo privado no cambiaba una realidad ineludible: ambos tenían que llegar a Santiago de Compostela, y juntos lo pasaban muy bien.

Las primeras oscuridades de la noche caían sobre el pintoresco caserío de Vega de Valcarce. Cruzaron la calle con pies pesados y, agotados, ingresaron a sus respectivos cuartos. Era temprano para dormir, pero, tendidos en sus mullidas camas, enseguida el sueño los ganó sin llegar a tener tiempo de pensar mucho, ni de preocuparse

de nada. Sus planes, sus secretos y sus angustias seguían a salvo dentro de sus mentes. O, al menos, eso es lo que ellos creían.

CAPÍTULO 7

EL AGUA FRESCA

La Hispania, año 31 a. C.

—¡Cazue! ¡Cazue!

Escucho que me llaman por mi nombre y reconozco la voz de Leto. Pero giro y no veo a nadie. Voy sola por el bosque desde hace días, no puede ser mi hermano, él ha quedado lejos en la aldea de la montaña verde.

Sé que me lo estoy imaginando, es la tercera vez en el último rato que siento voces que me llaman. Tiene que ser la sed, no hay otra razón. El agua se me ha acabado ayer y el arroyo que debía encontrar no está por ninguna parte. Siento deseos incontenibles de beber y no tengo con qué saciarme. Agua, algo tan simple pero tan necesario. La muchacha que crucé en el poblado hace unos días me explicó que en esta zona hay arroyos. ¿Dónde están? ¿Por qué no asoma el agua? ¿Por qué no aparece mi hijo? ¿Lo encontraré? Quiero verlo, quiero agua. Deseo abrazarlo, tengo sed.

Sed, sed, sed.

«¿Qué prefieres: agua o a tu hijo? ¡Elige ya mismo!» Mi mente juega conmigo. Me hace preguntas sin sentido. Yo se las respondo. Si no bebo agua, no podré ver a mi hijo.

Sigo caminando, me siento muy mal. ¿Acaso estaré por enfermarme? Y otra vez mi mente: «¿Prefieres enfermarte o

lastimarte? ¡Elige ya mismo!». Son preguntas tontas como las que hace Leto cuando quiere molestarme. Me parece oírlo: «¿Me quieres más a mí o a mis hermanos? ¿Eliges a papá o a mí?».

Hermano, cuánto te extraño.

—Leto, hazme más preguntas tontas, por favor.

Escucho mi voz y me doy cuenta de que estoy delirando. Me siento en el suelo y, cuando ya creo que voy a desmayarme, alcanzo a escuchar entre los gorjeos de los pájaros un ruido a agua que corre, a una cascada. ¿Será real u otra vez es mi imaginación?

Me pongo de pie, camino despacio, me fallan las fuerzas, me apoyo en un árbol, sigo. Ya casi me arrastro cuando entre las malezas lo veo; es un río y su agua fresca corre, llamándome.

Con esfuerzo, me apuro y, frente al arroyo, me tiendo cuerpo a tierra, boca abajo, meto la cabeza en el agua, bebo y me mojo. Y de nuevo. Me mojo y bebo. ¡Al fin! ¡Agua!

Después, al cabo de un rato, me marcho contenta. Un obstáculo más que he superado, una milla menos que acorta las distancias y me acerca a mi hijo. ¡Cuánto deseo verlo!

Ay, Leto, si estuvieras aquí cómo me ayudarías. Pienso en mi hermano y recuerdo los últimos días que pasé con él…

Recuerdos

Tal como días atrás se lo había prometido a sí misma, esa mañana Cazue bajaba al campamento una vez más; iba acompañando a su hermano Leto. Había pasado un tiempo sin que fueran a vender panes porque, mientras estuvo en la casa, su padre no pareció estar muy interesado en que Leto realizara esa actividad y le había pedido que acopiara leña para afrontar el invierno que se avecinaba. El muchacho había bajado a vender en un par de oportunidades, y solo. A ella no se lo había permitido.

Pero ahora que Caleyano se había marchado nuevamente a trabajar a la mina, Cazue se dedicó a amasar. Cuando a su hermano le mostró la cantidad de hogazas horneadas, él ya no pudo negarse a que fueran juntos; una sola persona no podía llevar todo.

—Padre se enojará —le advirtió Leto.

—No lo hará. Quédate tranquilo.

Ella sabía que no era verdad, pero nada la detendría, debía ver a Publio como fuera. Había descubierto que estaba encinta. Tenía que ser eso, sus telas interiores no se habían manchado de sangre, como siempre le sucedía; y enferma no estaba. Unía la ausencia de sangre a la información recabada en las charlas de mujeres de la aldea donde había oído que, cuando el cuerpo del hombre se unía por completo con el de la mujer, se engendraba un hijo, de la misma forma que sucedía con las cabras y las ovejas. Había visto a los animales acoplarse para procrear y reconoció que no hacían nada muy diferente de lo que ella y Publio habían practicado por meses. La idea de tener un niño de Publio en su interior la emocionaba; tal vez él se alegrara y deseara formar un clan con ella, pero también se asustaba al cuestionarse «¿Y si no me quiere?». Ella no era romana. Además, la rondaban otras preguntas: «¿Qué dirá mi padre cuando lo sepa?», «¿Qué pasará con la unión que planea con Ayan, el hijo de los Ablana?». Estaba segura de que junto con esta nueva posibilidad que se abría, a su vida también vendrían muchos nuevos problemas.

La voz de su hermano la sacó de sus pensamientos.

—¿Cómo sabes que padre no se enojará?

—Porque lo sé.

Claro que se enojaría, y peor; porque ella esperaba un hijo de un romano y eso arruinaría la unión que su padre había acordado con un hombre de la aldea. Decirle que Publio y ella formarían su propio clan lo indignaría; no había dudas. No importaba lo que pasara, su padre asumiría que su futuro se había arruinado. Por un momento, y

por primera vez, pensó en el dolor que le provocaría a Caleyano, y sintió culpa. Pero ¿qué hacer? Lo que había pasado no se podía cambiar. La juventud empujaba a Cazue y las ganas de vivir su amor eran mayores a los miedos o los debidos respetos. Movida por esas fuerzas siguió adelante con planes propios, haciéndose eco de la gran verdad que nunca cambiará: los hijos siguen su camino más allá de los deseos de los padres.

* * *

Cuando los hermanos llegaron al campamento, Cazue tuvo la certeza de que no era un buen día. Todo estaba patas para arriba; durante esa jornada, evidentemente, los soldados y los demás hombres tendrían un importante festín. Las mesas dispuestas junto a las tiendas grandes rebosaban de comida. Muy cerca de allí, al calor de un enorme fogón, clavados en hierros, un grupo de esclavos asaba una treintena de corderos.

Los romanos, entretenidos con múltiples actividades y en vísperas de un gran banquete, mostraban escaso interés por el pan de bellota.

Pero no todo estaba perdido. Poco a poco, algunos se acercaron para comprarle. Además, cuando Cazue divisó a Publio, aprovechó el movimiento y dejó a Leto a cargo de la venta para dirigirse hacia él.

Caminó unos pasos y se colocó a su lado; sin embargo, como Publio se encontraba tan ocupado dando instrucciones sobre el armado de las mesas, no notó su presencia. Los esclavos iban y venían trayendo cosas al compás de las órdenes del proveedor, a quien se le había asignado la responsabilidad de la comilona.

—Mi señor…, ¿va a querer panes? —interrumpió Cazue, convencida de que sería mejor tratarlo de manera formal delante de los demás romanos.

Él, al oír la voz conocida, se dio la vuelta.

—¿Qué haces aquí? —la inquirió con rudeza.

Ella nunca lo buscaba en las tiendas romanas, sino que él iba a su encuentro cuando llegaba con el pan. Verla en su mundo, y sin su permiso, lo perturbó, lo molestó.

Cazue, nerviosa, respondió:

—Lo de siempre: vendo mis hogazas de bellota.

Entendía que, tal vez, a Publio no le gustara que lo tratara con familiaridad delante del resto del campamento, pero ese día era un caso de apuro.

—Llevabas varios días ausente —dijo Publio sin dejar de supervisar las mesas.

—No pude. Mi padre no me lo permite. Además, está planeando mi unión con un aldeano.

Él volvió la mirada hacia ella, no comprendió por qué la chica acababa de brindarle esas noticias. Escuchó ruido de vasijas que caían al suelo y se rompían. Posó nuevamente sus ojos sobre los esclavos que habían causado el estropicio. Enseguida gritó:

—¡Maldición! ¡Limpien todo ya mismo!

Los hombres, compungidos y con la cabeza gacha, acataron la orden. Publio, que volvió a dirigirle la mirada a Cazue, agregó:

—No quiero panes hoy.

—Necesito hablar contigo —le pidió Cazue.

—¿De qué? —preguntó molesto.

Otra vez Publio le hablaba con rudeza; estaba alterado. Pero no era para menos: la chica se había olvidado de que los dos no eran iguales, de que ella estaba frente a un ciudadano romano, uno enviado por el mismísimo emperador con poder sobre esas tierras. Que hubieran tenido sexo en el arroyo durante un tiempo no le daba derecho a importunarlo y entrometerse en su mundo romano justo en medio de una jornada ajetreada; estaba trabajando.

—Mira, muchacha…

El tono que usó le dio a Cazue la certeza de que estaba por despedirla.

—¡Es importante! —insistió al borde de la desesperación.

Publio la observó durante unos instantes y, pensando en lo joven e ingenua que era Cazue, se compadeció. La escucharía, aunque no por mucho tiempo; debía terminar de organizar la gran comida de ese día.

—¿Qué quieres, niña? —repitió mientras caminaba unos pasos para alejarse de los hombres que había alrededor.

Ubicados bajo la sombra del árbol grande, ella se relajó; desde allí se podían apreciar las dos casas romanas construidas en el campamento.

—Tenía deseos de verte… —dijo con ternura. No podía evitar ese sentimiento cuando lo tenía cerca.

Él sonrió, le daba pena. Esta niña no entendía cómo era la vida. ¿Acaso estaba pensando que él y ella…?

Cazue agregó:

—Además, ha pasado algo importante.

Publio desvió la mirada hacia los hombres que acarreaban las frutas y exclamó:

—¡Por Júpiter, qué brutos son! Nunca aciertan. Deben llevarlas a la otra punta.

Cazue supo que era un mal día para hablar, pero no podía perder la oportunidad, pues no sabía cuándo podría regresar al campamento, y su situación la urgía.

Cuando los ojos de Publio volvieron a posarse en ella, arremetió de inmediato y sin preámbulos:

—Creo que estoy esperando un niño.

—¡¿Qué dices?! —exclamó casi divertido.

—Que espero un niño tuyo.

Publio estaba sorprendido, nada tenía sentido. ¿Por qué venía la aldeana a darle esta noticia? ¿Qué quería lograr de él? Sin dejar de

mirarla, levantó las cejas y torció la comisura de los labios.

—¿Qué puedo hacer yo?

La frase sonó tan verdadera y sincera que a Cazue le dio miedo.

—Pensé que tal vez… Es que, como te dije, mi padre planea mi unión con un aldeano.

—Hum…

Publio seguía sin entender qué pretendía la niña; ella se lo dijo:

—Pero no quiero esa unión, te quiero a ti.

Era evidente que la joven panadera le estaba haciendo una proposición. Qué ridícula idea. Como romano, disponía de la institución del matrimonio y en Roma la usaban y respetaban, pero ella era apenas una simple aldeana. ¿Qué pretendía? Emitió un sonido que bordeó la carcajada.

—¿Por qué te ríes?

—Mira, niña, lo mejor que puedes hacer es regresar con los de tu pueblo.

—El hijo es tuyo, no quiero unirme con otro. Tampoco podré hacerlo.

—No sé qué te habías creído, pero yo no puedo darte nada.

Cazue no sabía qué decir. Había anticipado muchas posibles respuestas a su planteo, pero esta era la peor.

Vio que Leto se acercaba a ellos. No sabía qué hacer.

—Viene mi hermano, tendré que irme.

—Ve a tu aldea. Refúgiate en tu clan —dijo Publio. Y, al pronunciar las palabras, se sintió magnánimo. Él estaba en todo su derecho de no haberla atendido y hasta de maltratarla, pero la había oído y hasta le había dado un buen consejo.

Cazue se marchó y él se quedó satisfecho con su proceder.

De camino a su casa, Leto y su hermana no cruzaron palabra. Ella no quería conversar, él casi podía jurar que la había visto llorar.

* * *

Ese atardecer, Junia fue hasta el cuarto de lavado donde sus sirvientas aún fregaban prendas, y las despidió. Quería que ese día la casa se calmara más temprano. Hizo apagar las lámparas de aceite que alumbraban la morada. Sólo dejó encendidas las que iluminaban la pequeña terma, esa sala que habían mandado construir con su marido para poder darse un baño como le correspondía a cualquier romano más allá de su clase social. Para todos los ciudadanos de Roma, sumergirse en el líquido elemento no era sólo cuestión de limpieza, sino de placer y, sobre todo, de salud.

En su vivienda, dispuestos al ras del suelo, el sitio tenía dos piletones de mármol; uno lo llenaban con agua tibia y otro, con fría. Al apreciarlos, su marido Ovidio Fabio vino a su mente, y recordó cómo le gustaba alternar entre las distintas temperaturas para luego recibir un masaje. A ella le agradaba únicamente la de agua tibia, la tranquilizaba sumergirse en esa pileta hasta dormitarse.

Por esa razón había despachado a sus sirvientas. Quería realizar el ritual, necesitaba un momento de sosiego, le hacía bien. Sobre todo, porque por esos días comenzaba a inquietarse al no recibir noticias de su marido. Esa mañana, nuevamente, había llegado un mensajero desde la otra mina con varios papiros enviados por los hombres que participaban de la expedición. En general, pudo saber luego, todos se encontraban bien. Además, se comentaba que el nuevo yacimiento prometía una buena producción de metal. Pero Junia no había recibido nada, ni una nota. Desde la partida de Ovidio Fabio, el mensajero había visitado el campamento dos veces, pero en ninguna ocasión su marido le había escrito. A pesar de su silencio, ella lo extrañaba. Pensó en él, evocó su voz y se le encogió el alma. Qué triste situación la que vivían los dos. Porque ella… ella

aún lo amaba. Reconoció, también, que estaba dispuesta a realizar cualquier sacrificio para seguir adelante con su matrimonio.

Al punto de las lágrimas, se quitó la túnica y caminó entre los pétalos de flores que su esclava había tendido en el suelo para que pisaran sus pies. Luego, con cuidado, bajó los dos escalones que la separaban del agua y, entonces, se zambulló.

La tibieza la abrazó, la reconfortó y se sintió consolada. Al menos, su cuerpo aún le daba placer, porque su espíritu estaba completamente acongojado. Algo así le sucedía en la cama con Publio: su piel de mujer respondía y disfrutaba, pero no amaba —ni amaría— a ese hombre de cabellos rojos. Y si se acostaba con él era, simplemente, porque perseguía una meta. ¡Cuánto hubiera dado para que su relación con Ovidio Fabio estuviera bien! ¡No habría buscado a Publio para concebir un hijo!

Se quedó muy quieta en el agua, bajo la penumbra de la luz titilante de las lámparas de aceite, mientras en su mente se mezclaban sueños irreales con meditaciones coherentes.

Tras un largo rato de relajación, casi en un estado semiinconsciente, un recuerdo volvió a atacarla sin su permiso: su esposo no le había escrito ni una sola carta. El pensamiento la despabiló y la volvió de nuevo a la realidad; otra vez la idea la punzó, le provocó dolor, le quitó la paz. «¿Es que acaso Ovidio Fabio nunca piensa en mí? ¿Es que se ha enamorado de Claudio Sexto?» Según habían averiguado sus sirvientes, ese era el nombre del centurión.

Con rabia, sumergió la cabeza en el agua y se quedó allí, agazapada, al abrigo de la tibieza líquida e intentó no sentir. Quería huir de todo, de las emociones, de la imagen de Ovidio y hasta de la vida misma. Luego de unos instantes de inmersión, la necesidad de oxígeno la empujó de nuevo a la vida y, con una explosión, salió al exterior. Su respiración era ruidosa y desesperada; se pasó la mano por el rostro.

La magia del baño se había acabado. Debía prepararse; en breve llegaría Publio. A pesar de que los meses transcurrían sin alteraciones, ella aún se ilusionaba con engendrar un niño.

Subió los dos escalones, salió de la pileta y, otra vez, pisó los pétalos blancos y perfumados. Tomó dos lienzos de la pila que le habían dejado las esclavas sobre un banquillo y comenzó a secar su piel desnuda. Empezó por la espalda y siguió por los brazos; iba por el vientre cuando sintió que un líquido tibio corría por sus piernas. Se agachó y se las secó. Entonces, pese a la poca luz, pudo descubrir que la tela se había manchado de sangre. Miró con detenimiento la prueba de que otra vez su cuerpo le anunciaba que la maternidad le era negada. Buscó limpiarse y se refregó las extremidades con fuerza, casi con rabia. Otra vez la ilusión se le moría, le mataban el sueño.

Dio un grito fuerte para llamar a sus sirvientes; alguien debía avisarle a Publio que no se presentara. Estaba harta de los intentos infructuosos, cansada de Publio y de su estúpido sentimentalismo ante todas las cosas. La vida era dura, y no le encontraba la gracia a su ridícula mirada romántica, esa que aplicaba tanto a las comidas, como a los paisajes y hasta al amor. Él llevaba varias noches diciéndole que la amaba. Pero qué podía importarle a ella esa simple frase cuando su vida sin Ovidio Fabio y sin un hijo se le hacía añicos. Tal vez, pensó, había llegado el momento de decirle a Publio que no la visitara más, de avisarle que sus encuentros habían llegado a su fin.

Las mujeres la socorrieron y la ayudaron a vestirse. Luego, una partió raudamente para anular la cita con el romano de los cabellos rojos.

Un rato después, ya metida en su cama, Junia arribó a una triste conclusión: se trataba de ella y no de los hombres con los que se había acostado, era su cuerpo el que no podía engendrar hijos. Se acordaba muy bien de que al principio de su matrimonio, y en varias

ocasiones, había hecho la prueba con Ovidio Fabio; también lo había intentado unas semanas antes de que se marchara y ahora de nuevo, con Publio. Pero nada pasó con ninguno. Se acomodó de lado en la cama y, en posición fetal, pensó: «Ovidio no lo debe saber nunca. No puede enterarse de que soy yo la del problema. Siempre debe creer que es él». Era demasiado vergonzoso y, peor, muy peligroso, pues podía traer cambios impensados a su existencia. Ella tenía que asegurarse un lugar en la vida de Ovidio Fabio, un sitio de donde nadie pudiera quitarla. Porque si la sacaban de allí, no sólo perdería a su esposo sino también su posición social y económica, su casa, sus esclavos. Ella no se olvidaba de que estaba allí por su belleza y juventud. Porque su padre tenía apellido, pero no dinero.

* * *

En la aldea verde sus habitantes comenzaban a preparar provisiones y leña para el invierno. La casa de Caleyano no era la excepción. Junto con sus tres hijos varones había dedicado gran parte de la mañana a la recolección y acopio de leña, así como el día anterior había trabajado en la preparación y salado de las carnes que los ayudarían a pasar el frío.

Desde que Caleyano había regresado de la mina, todos estaban dedicados a tareas de supervivencia. Claro que también había destinado algo de tiempo para organizar la unión de su hija con Ayan Ablana. La casa donde vivirían se encontraba en marcha; el futuro esposo y los hombres de ambas familias ayudaban en la construcción. Faltaba poco para que estuviera lista y, cuando así fuera, tras recibir la bendición familiar, Cazue y el muchacho se mudarían a la nueva morada.

Claro que nadie imaginaba lo que sucedía en la mente y en el cuerpo de la futura esposa, pues su panza crecía día a día junto con

el miedo a que descubrieran que albergaba un niño. Calculaba que iba por más de la mitad del tiempo que duraba un embarazo. A principio había ocultado sus náuseas, pero ahora se sentía con tanta vitalidad y hambre que no podía parar de realizar labores, como tampoco de comer. Un hambre voraz se había apoderado de ella como nunca antes.

Ese mediodía, mientras revolvía la comida que preparaba en el caldero, Cazue escuchó que su padre y sus hermanos ingresaban a la vivienda.

—¿Tienes listo el alimento? —preguntó Caleyano.

—Sí, padre.

—Entonces, niños, lávense, que comeremos.

Leto y sus hermanos partieron nuevamente al exterior en medio de una discusión sobre quién sería el primero en lavarse. Para asearse usaban el agua de lluvia que recolectaban en vasijas.

Caleyano, que seguía con atención los movimientos de los niños, le dijo a su hija:

—Quiero ir antes de que se haga la tarde a ayudar en la que será tu casa. No deseo que se siga atrasando la construcción.

Desde el interior se podía oír la voz de los varones, que se divertían con el agua.

—Los niños se están demorando demasiado, espero tener tiempo de comer antes de irme —señaló Caleyano.

—La casa puede esperar. No te inquietes —dijo ella casi sin pensar y destapó lo que tenía en la mente. Deseaba con fervor que esa casa no se terminara nunca.

—Hay que apurarse. Sin vivienda no habrá unión.

—No me interesa tener un marido.

—¡Qué dices…! Serás una buena esposa y madre —comentó Caleyano, quien intuía que la negación expresada por su hija, en esta y en otras ocasiones respecto a la unión pactada, se debía a la inseguridad que sentía, a no poder enfrentar lo que se esperaba de

ella. Aunque había intentado enseñarle las cuestiones elementales para que algún día pudiera formar su propio clan, las madres transmitían otros conocimientos que a él, probablemente, se le habían escapado.

Cazue escuchó la frase de su padre y los ojos se le llenaron de lágrimas. Con voz apenas audible respondió:

—Oh, yo no seré una buena esposa. Ayan Ablana no me querrá.

—Claro que sí, mírate qué hermosa estás. —La observó de cerca y agregó un cumplido—: Tu bonito rostro parece la luna —expresó Caleyano convencido de que cada día veía a su hija más rellena, detalle que se consideraba símbolo de belleza y buena salud, atributos que apreciaría cualquier futuro marido.

—Padre…

Ella rompió en llanto. No podía seguir adelante con el engaño. El ocultamiento se le había transformado en una tortura. Sabía que de una manera u otra la verdad saldría a la luz. Y tal vez allí, en su casa, con su padre enfrente, y no ante el futuro esposo que le habían buscado y su familia, fuera el mejor momento.

—¿Qué sucede? ¿Estás enferma? —indagó. No lo parecía, la notaba rozagante, pero un padre siempre veía fantasmas; más aún para él, que había perdido a su esposa y Cazue era la única mujer que quedaba en su clan.

—Padre, yo…

—¡Habla de una vez!

—Estoy encinta. Espero un hijo.

A Caleyano le costó entender las palabras que oía, como si el significado no fuera el correcto, como si el sonido no se correspondiera con la imagen. Cazue no podía pronunciarlas, estaban fuera de contexto. Aunque su hija le hablaba a él, no acertaba a comprender qué le decía, no. Al fin exclamó:

—¡¿De quién, si aún no tienes marido?! ¿Acaso el hijo de los Ablana se ha atrevido…?

—No, padre...

El mundo se derrumbó para Caleyano.

—¿Cómo ha sucedido?

Su hija debía estar confundida, ella no sabía nada de esas cosas.

Pero Cazue, que sí sabía, emprendió, entre lágrimas, un tímido relato en el que ahorró los detalles vergonzosos. Habló durante un rato y, a partir de ese momento, así como para ella empezó un alivio, para su padre comenzó un suplicio. Porque, con cada palabra de la chica, crecía un abismo bajo sus pies de padre.

Cuando entraron los tres muchachos, padre e hija permanecían envueltos en un rígido mutismo; ya no decían palabra alguna, pero ella lloraba.

—¿Comemos? —preguntó uno de los niños.

Leto, que notó que algo grave había ocurrido mientras estuvieron afuera, le dio un coscorrón a su hermano.

Caleyano, como si recién volviera en sí tras una pesadilla, miró al niño que había preguntado. «¿Comer?», pensó. Claro que no comería ni ese día, ni durante los venideros. Su hija acababa de contarle que había arruinado su vida y que había manchado el nombre de su clan. Porque su obrar —¡y con un romano!— traería la deshonra. Había perdido el honor de su clan, uno de los atributos más valiosos para los hombres de la montaña verde.

Apoyó los codos sobre las rodillas y se tomó la cabeza con las manos. Nada volvería a ser igual para él. Nada.

Cazue, a su lado, hacía el mismo descubrimiento: su vida daría un gran giro. Al observar a su padre enojado y abatido, creyó que la peor desgracia había caído sobre ella. No sabía que aún le faltaban otras peores por enfrentar.

EL ABEDUL

El abedul es un árbol de tronco recto y delgado, y corteza blanca. Su copa es alargada y sus ramas son colgantes. Puede llegar a medir hasta treinta metros de altura.

PROPIEDADES: se dice que tiene efecto diurético, antifúngico, depurativo, astringente, antihemorrágico y analgésico.

Simboliza la purificación y la renovación.

CAPÍTULO 8

EL ABEDUL

Vega de Valcarce, año 2055

Aún no había amanecido cuando Eme y Orión se despertaron en Vega de Valcarce, pero, conforme al plan, salieron del albergue sin siquiera desayunar. Lo importante era partir temprano; el café lo tomarían por el camino. Eme cargó su botella con agua, su compañera inseparable. Después de tantos años de beber sólo jugos y bebidas dulces estaba aprendiendo a disfrutar de ese líquido vital.

Se apuraron; sabían que los esperaba un trecho complicado y que O Cebreiro era un destino muy buscado por los peregrinos para pernoctar, razón por la que querían llegar cuanto antes para asegurarse un alojamiento. Eme lo vio salir con la mochila y lo interpeló con una sonrisa:

—¿Hoy no la despachas para que te la lleven a O Cebreiro? ¿La cargarás tú como hacemos el resto de los mortales?

—No pesa tanto —minimizó—. Además, debo llevarla porque quizá cambie de planes sobre la marcha y me desvíe hacia otros lugares. No deseaba alterar mi viaje, pero…

Eme se sorprendió.

—¿Piensas llegar hasta Compostela o te has arrepentido?

—Claro que sí, sólo que podría demorarme más de lo planeado. Se me ha sumado un compromiso laboral ineludible en Triacastela.

Tal vez deba pasar allí una noche más.

Eme sólo levantó las cejas, no preguntó nada, no le pareció correcto, se trataba de la vida privada de su ocasional compañero de ruta. Bastante íntimas habían sido hasta ese momento sus charlas; no era bueno abusar de la confianza. Además, había una realidad: Orión era español, estaba en su país y, a veces, lo laboral podía complicarse. Claro que, si la seguía pasando bien con Orión, ella también podía quedarse una noche más en ese pintoresco municipio gallego para luego continuar juntos. Pero no dijo nada, apenas habían compartido unos kilómetros y pronto podía acabarse el encanto del descubrimiento.

Tampoco era bueno hacer demasiados planes en el recorrido; a veces, mandaba el camino.

Tras dar inicio al nuevo día, la primera luz comenzó a mostrarles la exuberante belleza verde de los muchos paisajes que disfrutarían durante el peregrinaje. Los senderos serpenteaban unas colinas y, a medida que subían, la altura aumentaba y la visión abierta hacia los valles resultaba sencillamente maravillosa. El recorrido se auspiciaba mágico, aunque también muy exigente, las cuestas eran muy empinadas y largas, al punto de que en algunas oportunidades Eme se quedaba sin aliento y necesitaba detenerse. Orión aprovechaba esas pausas y la esperaba con los ojos cerrados, lo que a ella le daba la pauta de que se metía en línea y consultaba a Perla, o hablaba mentalmente vaya a saber con quién. «¡Tal vez hasta tiene una novia!», supuso.

A diferencia del día anterior, esa mañana casi no hablaban. Cada uno iba en su mundo, observando el paisaje que los rodeaba y sumidos en sus propios pensamientos. Ni siquiera caminaban juntos, sino que, ocasionalmente, avanzaban a la par, uno al lado del otro. No era extraño. Aunque se realizara en pareja o en grupo, el Camino de Santiago permitía que los peregrinos fueran a su aire, dedicándose a reflexionar sobre lo que el alma les pedía, absortos en

su propia existencia. Esa era una de las principales magias del recorrido.

Temprano, al llegar a un poblado, un agente de la GM ubicado en la entrada les pidió sus pases de turismo, por lo que debieron acercarse al escáner, que les aprobó la continuidad del viaje. Durante los segundos que duró el trámite, a Eme le latió fuerte el corazón, pero, al pasar la prueba con éxito, el miedo se disipó. El chip de su reloj funcionaba a la perfección, por lo que no tenía de qué preocuparse si volvían a solicitarle el pase.

A medida que avanzaban, cada vez que entraba en línea, el rostro de Orión mostraba un rictus de preocupación. Entonces Eme logró discernir cuánto mal hacía la tecnología metida en el cerebro. Iban por la mitad del trayecto cuando el bar que esperaban encontrar apareció en uno de los caseríos que cruzaron. Orión, que iba adelante, le hizo una seña de consulta a la que ella respondió sonriendo y afirmando con la cabeza. La elección del sitio para retomar fuerza había resultado sencilla; coincidían con suma facilidad.

Se sentaron al aire libre, en un extremo, alejados de un grupo de peregrinos. Aceptaron de buena gana la única opción que les ofreció un gallego algo mayor y de pocas pulgas: café y pan casero con tomate acompañado de aceite de oliva.

Cuando trajeron el pedido y Eme lo probó, quedó encantada; contrariamente a lo que había creído, el tentempié le había gustado. Empezaba a darse cuenta de que estaba redescubriendo los sabores, atrás quedaban las galletitas, gaseosas y caramelos. Comía menos, consumía alimentos simples, caminaba mucho, respiraba aire puro y sus ojos disfrutaban del paisaje; una existencia nueva se apoderaba de su ser. Además, disfrutaba de la compañía de Orión; qué más podía pedir. Su misión en Compostela la tenía sin cuidado; la experiencia del camino era tan fuerte que no había espacio para pensar en nada más que no fuera estar allí, en ese momento y lugar.

No había sitio para nada que no fuera caminar y caminar. Comenzaba a comprender por qué sus padres alguna vez le dijeron que peregrinar el Camino de Santiago era un descanso al alma. Se podía estar en el año 2025 o en el 2050, que allí todo se mantenía igual.

Mientras comían pan y tomaban el café, el buen humor los embargó. Orión no entró más en línea y la charla nació entre ellos junto con la flor que hizo con la servilleta de papel.

Sus percepciones sobre lo que estaban viviendo se dejaban oír en la mesita del bar gallego. Él: «Cuántas experiencias fuertes da el camino». Ella: «No creía que mis prioridades se acomodarían tan fácilmente. Tampoco pensé que comería esta clase de comidas».

—Deseo llegar a Compostela porque es la meta, pero no quisiera llegar nunca —se sinceró Orión.

—Me pasa igual —coincidió Eme, que ni siquiera se atrevía a pensar sobre qué le depararía el final del camino.

¿Qué le aguardaba? ¿Un acto de sabotaje junto con personas desconocidas? Si lo pensaba fríamente, la respuesta era un sí rotundo. Y suponiendo que todo saliera bien, ¿cómo seguiría luego con su vida? ¿Volvería como si nada a su vieja existencia parisina?

No tenía tantas respuestas y eso la inquietaba, pero, al mismo tiempo, la llenaba de una emoción trepidante. Saber que actuaba conforme a los ideales en los que creía le permitía sentirse viva. Su vida era un torbellino y estaba bien que así fuera. Ya no quería más la insensibilidad y parsimonia vividas durante los últimos años en París, donde había estado doblegada por el sistema e inundada por la tecnología.

La mirada se le perdió en la parte alta de la montaña que se apreciaba desde el bar.

—¿Estás preocupada? —se interesó Orión al notar esa divagación.

—Un poco —respondió con sinceridad.

—Te entiendo, claro. Esta experiencia obliga a replantearse la vida que uno lleva. Pero no te preocupes, todo saldrá bien.

A Eme le agradó la última frase. Su padre solía repetírsela y nadie había vuelto a decírsela.

—Me gusta caminar contigo al lado —comentó ella.

—A mí, también —dijo Orión, y le tomó la mano mientras le buscaba la mirada.

Se buscaron en los ojos. Los oscuros de Orión se posaron sobre los marrones de Eme. Fue una contemplación profunda, íntima, sensual. Fue como quedar desnudos uno frente al otro. Eme recordó que llevaba siglos sin mirarse con alguien de esa forma; las personas habían desterrado esa costumbre porque rozaba lo vergonzoso. La intimidad emocional entre humanos había pasado de moda, tenía mala prensa, era antigua, cavernícola, signo de debilidad. Pero entre ellos fue natural e irrefrenable. Sus miradas quedaron prendadas durante un rato, mientras miles de latidos se encendieron en distintas partes del cuerpo de Eme, que admitió: «¡Qué bien sabe esto! ¡Me había olvidado de cómo era!». Reencontrarse con sensaciones tan humanas la liberaba.

—Me gustas —dijo él.

Otra vez la sinceridad de Orión.

—Y tú, a mí.

Orión se acercó peligrosamente a Eme y ella no se corrió ni un milímetro, sino que se lo facilitó, inclinándose aún más hacia su rostro. En instantes, la boca de la sonrisa linda la besaba y a ella le encantaba.

Cuando se separaron y Eme volvió en sí, se alarmó: «¡Dios, qué estoy haciendo! Vine con un fin serio, para llevar a cabo un acto en el que mi vida corre peligro, ¡y aquí estoy, de romance!».

Perturbada, se alejó. Orión, que pareció adivinarle los pensamientos, exclamó:

—¡Vamos, Eme, debemos seguir! Perdona, tal vez esto no debería haber pasado, lo lamento.

Ella no respondió. Su interior se debatía entre dos extremos: por un lado, no quería ni podía tener un romance durante el camino; por otro, le había molestado la disculpa. ¿Acaso se había arrepentido de besarla? ¿Por qué? ¿Ella no le gustaba? Minutos antes le había dicho que sí.

Se pusieron de pie justo a tiempo para liberar la mesa que buscaban los ingleses que acababan de llegar. Se trataba de los mismos cinco británicos ruidosos, borrachines y maleducados que Eme se había cruzado el primer día. Para variar, gritaban y se empujaban entre sí, muertos de risa. Esta vez, a juzgar por cómo actuaban, parecía que habían consumido alguna sustancia.

Eme y Orión pagaron y se marcharon rápidamente. En el camino, otra vez los atrapó el silencio y casi no hablaron hasta que el sendero se puso difícil y los obligó a comentar acerca de lo angosto, pedregoso y empinado que se iba poniendo. Por momentos, parecía que escalaban, pero los alimentos les habían proporcionado energía, nuevos bríos y avanzaban. En algunas oportunidades, cuando creían que el otro no lo veía, se observaban de reojo. «¡Cómo me gusta la parisina! ¡Pero esto no debe suceder, estoy por otra cosa aquí!», pensaba Orión, sin imaginar que ella meditaba lo mismo.

Hacia la tarde, arribaron al pueblo de O Cebreiro. Eme llegó exhausta; los pies le pesaban toneladas, tenía el cuerpo molido, sólo había bebido agua. La advertencia del mapa naranja se había confirmado: «trayecto con dificultad alta». Pero el esfuerzo valió la pena porque el pueblo los cautivó apenas pisaron sus calles.

Sentada en el escalón del pórtico de una simpática morada, se quitó la mochila, extendió las piernas y no tuvo empacho en pedirle:

—Por favor, encárgate tú de buscar albergue, te juro que no puedo dar ni un paso más.

—Yo me encargo —dijo él y, sonriendo, añadió—: Te falta estado físico. Deberías hacer más gimnasia.

—Es lo que siempre pensé, pero nunca hice.

Orión lanzó una carcajada.

—¡Deja de buscar excusas!

—Ya no me molestes. Al menos estoy aquí, caminando como una condenada.

Orión volvió a reír y, con las dos manos en alto, señaló:

—Tienes razón, me callo.

O Cebreiro, un poblado completamente construido en rústica piedra gris, era precioso. De ese material estaban hechas las calles, las veredas, las viviendas, los restaurantes, el municipio; muchas de las edificaciones pertenecían a otra época y formaban un conjunto arquitectónico monumental y muy pintoresco que remontaba a los visitantes hacia otro siglo. En ese pueblo, el año 2055 sólo asomaba en la modernidad de la cartelería informativa intercomunicada con Perla.

Eme reparó en un detalle que había descubierto durante la marcha y que se repetía en O Cebreiro: las personas que iban y venían por las calles casi no entraban en línea. Hasta el mismo Orión no había vuelto a usar la tecnología. En el camino, la naturaleza mandaba y los peregrinos podían prescindir de la conexión; la mente necesitaba ocuparse de cosas como pensar en dónde dormir, en ubicar las señales para no errar el camino, en encontrar un lugar donde comer, en elegir un menú lo suficientemente liviano para seguir viaje, pero sobradamente sustancioso para reponer las fuerzas que se perdían por la caminata; además de pensar dónde llenar las botellas con agua para hidratarse durante la marcha. Con tantas ocupaciones, no había tiempo para ponerse a conversar con Perla.

Eme se sentía bien sin chip; no extrañaba la voz asistiéndola. Y, lo más importante, tenía claridad en sus pensamientos. En otra

época, cuando todavía vivía con el chip incorporado, se le confundían sus ideas con las de Perla; incluso, creía que los razonamientos y las conclusiones resultantes le pertenecían, pero, en realidad, no eran otra cosa que las sugerencias proporcionadas por ese ser tecnológico que, en forma progresiva y silenciosa, provocaba la pérdida de la individualidad, del raciocinio y de todas las facultades propias del ser humano.

A esa hora, las calles del pueblo se habían convertido en una algarabía. Los peregrinos, cargados con sus mochilas, buscaban dónde alojarse, dónde comer o, simplemente, se dedicaban a pasear y conocer el bonito sitio. El pueblo tenía un movimiento propio que se desarrollaba en un pacífico bullicio que sonaba a fiesta.

Eme se quitó las zapatillas polvorientas y lanzó un suspiro largo de bienestar. Parecía haberse quitado de encima un artefacto de tortura. Luego se sacó las medias, miró sus pies y exclamó:

—¡Estoy llena de ampollas!

Tenía varías pequeñas, pero había dos, una en cada pie, ¡enormes! Las recorrió suavemente con el índice y temió no poder volver a calzarse.

Mientras esperaba el regreso de Orión, estudió los pintorescos barcitos. Una vez instalados, deberían elegir dónde cenar. Las mesas se ocupaban poco a poco y la última luz de la tarde comenzaba a caer. Orión regresó cuando ella intentaba dilucidar qué sugerencia gastronómica le apetecería probar esa noche.

—Fui a tres albergues y no hay lugar —dijo con tranquilidad.

Orión era un hombre sereno que transmitía calma, característica poco presente en Eme, que exclamó:

—¡Carajo! ¿Qué haremos?

—Por la calle lateral hay cuatro hospedajes más, iré a verlos —comentó con la misma calma y le propuso—: ¿Quieres venir?

—No puedo —dijo señalando sus pies.

Apreció la gravedad de las ampollas y, negando con la cabeza, se preocupó.

—Necesitamos un lugar para descansar, mejor voy a ver… —dijo, y se marchó.

Eme intentó calzarse para cruzar la calle y ocupar una de las pocas mesas que quedaban libres en el bar. A punto de ponerse las medias, una chica se le acercó y se sentó a su lado. Tenía el cabello largo y oscuro, lo llevaba suelto.

—Ay, cómo deben doler... —le dijo con la vista clavada en sus pies.

—Un poco —confirmó Eme, sin dejar de observar sus ampollas.

—No te preocupes, sanan rápido. Un día de descanso te vendría bien, pero…

—Sí, creo lo mismo —dijo Eme, que comenzaba a barajar la posibilidad de pasar dos noches en O Cebreiro hasta recuperarse por completo.

—Pero qué pena porque no podrás tomártelo…

Eme levantó la vista y la miró sorprendida.

—¿Por qué dices que no puedo?

—Porque pasado mañana debes estar camino a Samos.

Eme sabía muy bien que no tenía fechas pactadas para recorrer los pueblos. Aunque su presencia en Compostela estaba prefijada, el recorrido podía hacerlo a su antojo. Así le había dicho Hache y así lo habían decidido para que ella realmente pareciera una peregrina. Pero su mente recordó que también le había anunciado que existía la posibilidad de que la contactaran para conocer una comunidad. ¿Sería esta chica una emisaria? No tenía ganas ni interés de desviarse de su recorrido.

Ambas se miraron a los ojos.

—Sí, Eme…

Ella escuchó su nombre y tuvo la certeza de que la muchacha era ese contacto sobre el cual le habían advertido. La oyó agregar:

—Hace dos días que te espero aquí para comunicarte que mañana dormirás en Triacastela y, pasado, de camino a Samos, te buscarán para que conozcas una de las comunidades que funcionan en la zona.

—¿Puedo elegir? ¿Tengo otra opción?

—Claro que podrías decirme que no, pero creo que será bueno para ti conocer ese lugar. Si te agrada, puedes descansar allí un par de noches. Eso sí, debes ir sola. Vi que llegaste acompañada por otro peregrino.

Eme dudó qué responderle. Por un instante, tuvo ganas de escudarse en su rebeldía, negarse a aceptar la invitación, pero luego comprendió que unirse a El Movimiento había sido su propia decisión. Cada día que pasaba sin chip, rodeada de naturaleza, le confirmaba que había acertado en su resolución. Estaba segura de que no se había equivocado, su ánimo había mejorado y se sentía con más energía física que nunca. Además, se había relacionado con personas reales, como Orión, y gente con la que se podía conversar, como la chica mexicana. La reflexión le cambió la actitud y respondió de manera amable.

—Iré a conocer la comunidad —le dijo a la muchacha—. Respecto a mi compañero, él no será un problema.

Orión le había dicho que se demoraría en Triacastela.

—Me alegro. Será una hermosa experiencia para ti. Ahora, mima un poco esos pies. En la farmacia del pueblo venden un ungüento que es mágico. ¡Ah, y de ahora en más, colócate dos pares de medias!

—Sólo necesito descansar en una buena cama.

—O Cebreiro está colmado de peregrinos y quizá no encuentres fácilmente dónde pasar la noche. Si no hay ninguna habitación disponible, vete hasta la punta del pueblo, junto a la carretera; allí hay un albergue público. Es enorme y siempre se consigue un lugarcito.

La chica se puso de pie cuando divisó que Orión se acercaba y le dijo:

—Que disfrutes todo lo que el camino te brinde. No te olvides de que eres una privilegiada al poder estar aquí. Las fronteras se cierran cada vez más y pronto no quedarán lugares naturales para visitar.

—Lo sé. Ese fue uno de los tantos motivos por los que acepté este viaje —dijo obviando mencionar el trabajo que la esperaba en Compostela. Aunque estaba segura de que la chica lo sabía muy bien.

—Buen camino, peregrina.

—¡Buen camino! —respondió Eme.

Pronto Orión estuvo a su lado y preguntó:

—¿Quién era? ¿La conoces?

—No. Era una peregrina hablando del camino y de mis ampollas —minimizó Eme y cambió de tema—. ¿Cómo te fue?

—Mal. Recorrí los diez albergues del pueblo y en ninguno hay lugar para pasar la noche.

—La chica me sugirió que fuéramos a uno público. Es muy grande y suelen tener espacio —dijo frunciendo la cara de dolor al lograr calzarse las zapatillas.

Al verla sufrir, Orión recordó su reciente adquisición y, extendiendo la mano, le entregó un pomo de plástico.

—Toma, es una crema para tus pies, me la recomendaron en la farmacia.

—Gracias… —le sonrió enternecida.

Le había encantado el detalle. En varias oportunidades, Eme había observado en él una actitud considerada hacia ella y eso le había agradado. Porque después de muchos años en que las mujeres habían logrado al fin que sus derechos fueran respetados, algunos hombres se habían posicionado en la comodidad de ignorarlas. No las trataban mal, pero tampoco bien. Se había

luchado tanto para alcanzar la igualdad que, una vez lograda, les había quedado cómodo directamente ignorarlas en el trato. La excusa de esa ley de hielo que muchos hombres aplicaban era evitar discordias en la vida diaria, aunque parecía más un castigo que otra cosa. A veces, la ayuda y la cooperación regían las relaciones entre los hombres, pero no así de ellos hacia las mujeres, excluidas abiertamente en el trato. Era como decir: «¿No quieren nuestra ayuda? Pues entonces no se la daremos, no las molestaremos más, olvídense de nosotros». Los derechos entre los dos sexos se habían equiparado, pero ahora se peleaba para que los hombres trataran a las mujeres como a seres humanos en lo cotidiano. Pues las habían dejado prácticamente fuera de ese parámetro con la excusa de que ellas no deseaban verse débiles. La lucha entre sexos parecía una guerra sin fin; siempre había un nuevo pretexto para enfrentarse, y no todos se adaptaban ni mostraban una actitud conciliadora. Por suerte, Orión le daba señales de tenerla, ella la veía en ese momento.

—Espero que la pomada te ayude. Ahora, vámonos. La noche está por caer y, si no hay camas, sólo nos quedará volvernos hasta el último caserío.

—¿Regresar cinco kilómetros? Es imposible para mis pies. No sé cómo llegaré hasta el hospedaje.

Orión le tendió la mano para que se pusiera de pie. Eme lo tomó del brazo y, así, lentamente, avanzaron hasta el albergue.

El sitio, tal como le había dicho la muchacha, era enorme. Entraban trescientas personas en dos grandes pabellones. Les cobraron apenas unos céntimos por una sábana descartable para cada uno.

—No dan frazadas. Tendremos que taparnos con la bolsa de dormir —dijo Orión.

—Yo no tengo.

—No te preocupes, te daré la mía y yo dormiré vestido.

Ella se negó, pero ya no le quedaban fuerzas para nada, mucho menos para discutir.

Se instalaron rápidamente mientras no dejaban de sorprenderse por la cantidad de peregrinos que iban llegando; a muchos, como a ellos, los había tomado de improviso la falta de alojamiento y allí estaban ingleses, americanos, españoles, chinos y gente de distintas latitudes. Todos dormirían bajo el mismo techo, en el mismo gran salón, camita junto a camita, sin distinción ni siquiera de sexo.

Orión se dio un baño y, mientras ella intentaba hacer lo mismo en una de esas horribles duchas sin puerta donde el pudor no existía, salió a la calle en busca de unos sándwiches, comerían algo rápido. Consideraba que Eme no estaba para dar ni un paso más y que debía guardar sus energías para afrontar el día siguiente.

Cuando Orión regresó y le mostró sus adquisiciones alimenticias, Eme se rio a carcajadas. Había traído para un batallón de hambrientos. Él, que recién se daba cuenta de su exageración, también comenzó a reírse.

Frente a Eme, sobre la mesa de la cocina comunitaria que tenía el albergue, Orión depositó dos porciones de tarta de pulpo, un recipiente lleno de fabada asturiana y dos tremendas porciones de tortilla de papa; todo, acompañado con pan casero. Ellos, que cansados iban a comer algo rápido y frugal, estaban a punto de darse un gran festín.

Mientras buscaba platos y cubiertos, Eme exclamó, divertida:

—¿Sabes…? Yo conocí a una persona que dijo que estaba haciendo el Camino de Santiago bajo el reto de comer poco y muy austeramente…

—¡No juzgues a esa pobre persona! Para toda regla hay excepciones —pidió Orión, seductoramente.

Risueña, Eme negó con la cabeza.

Sentados a la gran mesa de la cocina del albergue, enseguida dieron inicio a su banquete improvisado mientras charlaban con sus

ocasionales vecinos. Un italiano relató que había emprendido el camino porque estaba atravesando una crisis existencial; una madre y una hija argentinas contaron que lo recorrían para pasar tiempo juntas; una de las tres muchachas chinas —que sólo comían semillas — dijo que se habían decidido por el entusiasmo que les generaba conocer los paisajes de España. Todos narraban las experiencias que les iba regalando el camino, mezclaban sus idiomas y producían una extraña forma de comunión que les permitía comprenderse. Pasaban un buen momento, el baño los había relajado y los alimentos les daban nuevas fuerzas después de una caminata intensa y difícil.

Afuera estaba lluvioso. La altura de la montaña y el agua que caía se combinaban para tener una noche fría y desapacible, pero en la cocina se respiraba un ambiente cálido y agradable. El calor humano de los comensales y la humedad que generaba el vapor de las dos ollas humeantes que hervían los fideos de quienes no habían querido gastar dinero comprando comida contribuían al bienestar de todos los peregrinos.

La noche avanzaba entre agradable compañía; la velada era divertida; la comida, deliciosa; y, en medio de esos buenos momentos, la confianza entre Eme y Orión crecía. Ella, calzada sólo con medias, le agradeció el ungüento que ya se había colocado y comenzaba a calmarle el dolor de las ampollas.

Mientras ambos conversaban, él le tomó la mano. Entonces, los dedos femeninos juguetearon con los masculinos. Parecía que esa mano grande y tibia siempre había estado allí, junto a la pequeña, porque ella no la sentía extraña, en absoluto. Eme, que habitaba un mundo loco e incomprensible se había vuelto reticente al contacto físico, tal como les sucedía a todos los seres humanos de su época. Para su sorpresa, sin embargo, no acababa de dimensionar cuánto disfrutaba de la cercanía de Orión. Él, a su lado, sentía lo mismo: jamás había pensado alcanzar tanta intimidad con una perfecta extraña a quien había conocido gracias al Camino de Santiago. Le

agradaba escuchar la risa cantarina de Eme porque significaba que ella estaba bien, que había logrado escaparse de la soledad taciturna que la envolvía. Le gustaba el aroma que ella emanaba, y la piel pecosa de sus brazos, que avivaba su imaginación de hombre sobre cómo sería la del resto del cuerpo.

Los minutos avanzaron y, poco a poco, la cocina se fue desocupando.

Los comensales que habían optado por cenar allí y no en un bar del pueblo se marchaban para descansar. Orión le dijo:

—Nosotros deberíamos hacer lo mismo. Mañana nos espera otro día difícil.

Él había leído acerca del alto grado de dificultad que presentaba el camino hasta Triacastela.

—Tienes razón: lo mejor será que vayamos a descansar.

—¿Crees que mañana estarás bien para continuar el viaje? —preguntó, aún preocupado por las ampollas que la aquejaban.

—Sí, la pomada ha hecho maravillas.

Caminaron hasta el gran salón y, antes de entrar, en los estantes ubicados junto a la puerta de ingreso dejaron las zapatillas de Orión; ella ya había colocado las suyas allí. No estaba permitido ingresar al cuarto con ningún calzado. Evidentemente, era un intento por evitar olores indeseados en el salón dormitorio. Eme aspiró el aire de esa zona y la regla le pareció fantástica, no hubiera sido una buena idea que esos trescientos pares de calzado de personas que habían caminado todo el día durmieran bajo el mismo techo.

Ellos, como todos, se acomodaron en sus camitas de sábanas descartables y de colchón forrado de plástico celeste. Con cada lecho a centímetros del otro, el salón adoptaba el aspecto de una gran tienda de campaña, sólo que reinaba el clima festivo. Eme y Orión habían quedado muy cerca de las argentinas y de un grupo de chinos. Una vez frente a sus camas, se acostaron completamente vestidos en la cucheta; ella, en la cama de arriba; él, en la inferior; y

los dos, con las camperas y los pantalones puestos. Habían decidido abrigarse, pues sin frazada podían llegar a pasar muy mala noche. Orión insistió en darle su bolsa de dormir, pero ella se negó una y otra vez. Él la extendió un par de veces sobre la camita alta y Eme se la devolvió, tirándosela al lecho de abajo. Así estuvieron un rato hasta que Orión se dio por vencido. A ella jamás se le hubiera ocurrido traer una bolsa de dormir porque había planeado pernoctar en albergues privados y nunca en uno público, como le había tocado esa noche, lo cual sería toda una experiencia.

A las diez en punto se apagaron las luces grandes y sólo quedaron encendidas dos muy tenues, de emergencia, que, junto con la luz de la luna que entraba por las ventanas, iluminaban lo justo y necesario. Los ruidos y movimientos fueron mermando y las risas se transformaron en sofocadas risitas, pero un nuevo sonido comenzó a tomar fuerza e inundar el enorme salón: los ronquidos. Los chinos que ellos tenían cerca parecían una locomotora. Eme y Orión cerraron los ojos e intentaron dormir. A su alrededor, algunos lo lograron; pero otros, no, lo que desencadenó bastantes idas y venidas, y la puerta principal de doble hoja que llevaba a la salida se abría y se cerraba constantemente, las bisagras chirreaban, la luz ingresaba. Parecía que alguien necesitaba ir al baño, salir o, simplemente, huir de allí para tomar un té porque un sorpresivo insomnio lo había atacado después de la cansadora caminata diaria. No resultaba nada fácil conciliar el sueño con trescientas personas alrededor y sus manías a la hora de dormir.

Llevaban una hora de duermevela cuando Eme se sentó en la cama. Decididamente, no podía dormir. Los ronquidos del chino que tenía al lado se le habían vuelto insoportables; y un poco más allá, un grupo revoltoso conversaba en voz baja; encima, estaba muerta de frío.

Enojada, lanzó:

—¡Shhh…! ¡Por favor, un poco de silencio!

Los que hablaban se callaron, pero los ronquidos continuaron. ¿Quién podría detener esas atronadoras locomotoras chinas?

—¿Estás bien? —preguntó Orión asomando la cabeza desde abajo.

—Sí, sí… Sólo que hay mucho ruido. Además, cuanto más pienso que debo descansar, más se me quita el sueño.

—Quédate tranquila, ya te dormirás…

La voz calma le transmitió paz y le respondió:

—Eso espero…

—¿Tienes frío?

—Un poco… —respondió Eme, pero sin reconocer que estaba helada.

—Ya sé que no me quieres recibir la bolsa, pero te propongo que bajes y nos tapemos los dos con el saco abierto, como si fuera una frazada.

Iba a negarse; sin embargo, el temor a terminar enfermándose y que se le arruinara el viaje la llevó a decir:

—Está bien, ahora bajo...

Descendió por la escalerilla y se metió en la cama de Orión. Cobijada por la tela térmica de la bolsa de dormir y con la cabeza apoyada en el brazo de Orión, el frío se le fue de inmediato. Uno al lado del otro, miraban el techo de la camita de arriba y escuchaban las respiraciones de los dos.

Eme podía percibir el perfume del desodorante que él usaba, olía a lavandas, la narcotizaba, le producía mariposas en la panza. Sentía que la intimidad entre ambos era agradable y, al mismo tiempo, la avergonzaba. Orión le gustaba, pero estar allí, tan juntos, en una cama, le resultaba extraño. Comenzaba a arrepentirse de haber aceptado acostarse a su lado. Pero él, que pareció presentir sus dudas, le propuso:

—Eme, relájate, y dedícate a pensar en algo bonito, remueve entre tus recuerdos lindos y céntrate en uno. Yo también haré lo

mismo y así vendrá el sueño, ya verás. Por suerte, ya no tienes frío. Estabas helada.

Tenía razón y decidió hacerle caso; él siempre lograba calmarla con sus palabras. Después del frío pasado en la cama de arriba, esta tibieza era agradable. Cerró con vigor los ojos, hizo un esfuerzo y se sumergió en las remembranzas. Logró captar un momento mágico de años atrás, cuando ella y sus padres fueron a conocer la campiña francesa. Eran tiempos en que todavía estaba permitido viajar. Pudo recordar el paseo y sus detalles, las plantas con flores silvestres, la humedad del ambiente, los abrazos de su padre mientras miraban el paisaje, las risas de su madre al tomar las fotografías. Aquel, había sido un día memorable del cual guardaba los más hermosos recuerdos. Los latidos de su corazón fueron mermando y la calma pareció llegar.

Llevaban unos minutos en completo silencio, cada uno sumergido en su mundo imaginario, cuando Orión le preguntó:

—¿Lo lograste?

—Sí, ¿y tú? —preguntó ella.

—También.

—¿Qué pensaste? Si me puedes contar, claro… —tanteó Eme.

A veces, encontraba a Orión demasiado reservado, pero ¿qué hacer? Seguramente, él pensaba lo mismo de ella. Andar por allí demostrando los sentimientos que a uno lo embargaban no era algo bueno, ni bien mirado. Quienes actuaban de esa forma estaban mal catalogados, se los consideraba individuos elementales. Parecía que ser demasiado humano lo era.

La voz de Orión sonó ronca.

—Recordaba el patio de mi casa grande, en Vigo, donde vivíamos antes de que mis padres la perdieran. Es un lugar que amaba, tenía árboles frutales y, al fondo, un estanque con un pato al que llamaba Saturnino. Me encantaba pasar las siestas allí.

—Siempre me llama la atención cómo la naturaleza está presente en muchos de nuestros bellos recuerdos —acotó Eme—. A mí también me pasa lo mismo.

—Pero la naturaleza, si no se cuida con buenas leyes, no sirve de mucho —dijo Orión, que creía que el sistema no había servido para que su padre siguiera siendo el dueño de la casa; y esa desgracia económica lo había llevado a enfermarse hasta que finalmente se cobró su vida. Mucho de lo sucedido en ese tiempo había marcado en gran manera su propia existencia.

Eme lo sintió suspirar con angustia. ¿Cómo carajo era posible que el recuerdo feliz lo hubiera llevado a uno triste? Se suponía que debía elegir un momento agradable para pensar. Logró entrever su rostro con la media luz que entraba por la ventana y sintió pena. Era evidente que sus buenos recuerdos estaban unidos a los malos. Se animó a preguntarle:

—¿Alguna vez te borraste recuerdos en esas horribles clínicas?

—Sí, de la época en que mi padre enfermó sólo me dejé algunos, no quería olvidarme del motivo de su muerte. Pero me hice borrar los de su enfermedad.

A Eme se le partió el corazón.

—La vida no es fácil para nadie. Para mí, tampoco —dijo, y le tomó la mano bajo la cobija. Luego, acercó su cabeza hasta que ambas quedaron pegadas sobre la almohada y le acarició el rostro.

La cercanía de Eme lo regresó al presente y, por un instante, la conciencia de estar juntos en esa camita se hizo real y vibrante. Le agradaba el poder que tenía esa muchacha de hacerlo olvidar viejos dolores y de volverlo al hoy. La atracción mutua arremetió con ímpetu y fue imposible huir de esa correntada que pedía más. Era demasiado fuerte, sus cuerpos exigían la piel del otro. Y, de repente, lo físico se unió con la intimidad emocional vivida un momento atrás. Pero Orión lo llevaba mejor, porque a Eme otra vez la atacaba la vergüenza de saber que los sentimientos de ambos quedaban

expuestos. Ella había aprendido —quién sabe dónde, pero así pensaba todo el mundo en este tiempo— que intimar emocionalmente no era bueno. Los pensamientos se le hicieron un nudo. ¿Era correcto consolar a un extraño? Con Bur, para llegar a este tipo de intimidad, habían tenido que pasar meses; y si bien tuvieron sexo apenas se conocieron, hablar de temas profundos no les había sido fácil y nunca se les había dado bien.

Eme se sentía turbada, torpe, insegura de estar haciendo lo correcto. Lo puso en palabras como pudo:

—No sé si esto fue una buena idea, yo creo que…

No alcanzó a terminar la frase porque Orión, incorporándose unos centímetros, la miró de frente en la penumbra y, acercando su boca, la besó sin contemplaciones. Eme no pudo hacer otra cosa que responder. Algo en su cuerpo pedía a gritos esa boca. Se besaron largo, durante un rato. Fue él quien se detuvo para mirarla lleno de deseo y pedirle permiso para continuar, porque para lo que quería hacer necesitaba su confirmación. Eme, que lo escuchaba respirar entrecortado y lleno de ardor, sintió que la voz de Orión le hablaba al oído y le decía:

—¿Quieres que siga?

—Sí. No pares —dijo Eme.

Entonces, Orión se trepó sobre ella y siguió besándola con ansias, largo, cadencioso. Hasta que, sin aguantar más, los dedos de hombre abrieron el cierre del abrigo rosa con torpeza y derribaron, como pudieron, las barreras de tela hasta llegar al cuello de Eme, a su escote y hasta sus senos. Su boca bebió piel y ella gimió muy despacio, conteniéndose, porque sabía dónde estaban; pero él la oyó y se volvió loco. Ya no podían parar, lo que sucedía se había vuelto irrefrenable, la camita era puro ardor; las manos de ambos buscaban, exploraban y saciaban; pero ya no alcanzaba. Se quitaron con apuro los pantalones y, enredándose en la cobija, no les

importó. Dos o tres movimientos certeros, y Orión se hundía en las humedades de Eme, una y otra vez. Otra vez y una.

La noche en O Cebreiro avanzaba, el chino, muy cerca, ahora roncaba como una locomotora a vapor, pero ellos ya no lo oían. No había nada que pudiera detener sus pieles, que pedían más; nada podía interponerse a ese ritual que por miles de años había llevado a los seres humanos a sentirse unidos como lo estaban ellos, a pesar de no saber mucho acerca del otro.

* * *

Eran las seis de la mañana cuando Eme y Orión, desde la cama, empezaron a sentir movimientos en el gran salón. Los primeros peregrinos se levantaban y, mientras se vestían, acomodaban sus bártulos y se preparaban para continuar la marcha, hacían ruidos. La adrenalina del camino los empujaba.

Pero a Eme le costó abrir los ojos, las horas dormidas no le alcanzaban. Habían tenido sexo dos veces —una seguida a la otra— de manera explosiva; aunque tenía que reconocer que Orión, además de apasionado, era un hombre tierno que, en todo momento, actuaba con delicadeza. Y eso a Eme le había gustado. Luego, cuando terminaron, ya extenuados, recién se durmieron. Había sido un encuentro físico especial, una extraña familiaridad les hacía sentir que estaban juntos desde siempre; atrás había quedado la preocupación de sentirse expuesta. La conexión establecida durante la noche había acabado con esas sensaciones turbadoras.

—Arriba, Orión, debemos seguir a Triacastela. No puedo salir de la cama si no sales tu primero —dijo ella sonriendo. No sabía en qué momento de la noche había quedado del lado de la pared. La velada en la camita había sido ajetreada.

—¡Joder, ya es la mañana! ¡No puede ser! —se quejó, pero se incorporó. Una vez sentado, apoyó los pies descalzos sobre la baldosa fría y agregó—: ¡Carajo, está helado! Y no podré ducharme. —Luego, dándose la vuelta, miró a Eme y expresó—: Perdón por mi mal humor, señorita, es que hubiera necesitado dormir una hora más. Empecemos de nuevo: buen día, bella parisina… —dijo la última palabra mientras le daba un beso en la frente.

A ella, por supuesto, le gustó el gesto.

Enseguida, junto a otro montón de peregrinos, ambos tomaban un café caliente en la cocina. Cada caminante se preparaba su desayuno un poco con lo que tenía, otro poco con lo que iban dejando en la cocina los distintos alojados en el albergue del municipio. Algunos, los últimos en levantarse, se habían agolpado en la puerta, a la espera de que la cocina se desocupara.

Resuelto el desayuno, Eme y Orión retomaron la travesía. El ungüento para las ampollas había ayudado y sus pies, aunque no estaban sanos por completo, avanzaban sin molestias. El aire del camino estaba fresco y, como siempre, el ambiente era muy húmedo, ideal para la proliferación de los helechos que crecían entre las piedras y los mohos que nacían sobre la corteza de los altos y antiguos abedules diseminados a la vera del camino.

Mientras avanzaban, de vez en cuando, Orión le tomaba la mano y, entonces, ambos se miraban y sonreían. Era decirse —el uno al otro— que recordaban lo sucedido durante la noche. En una oportunidad, él la llevó de la mano hasta un abedul añoso y, apoyándola contra el tronco, la besó largo. Y, tras un juego ardiente de caricias, casi acaban haciendo el amor, pero la proximidad de las voces de los peregrinos los obligó a detenerse y, muertos de risa por la osadía, continuaron por el camino.

Eme, que disfrutaba de cada paso que daba por el bosque, sentía que la naturaleza la abrazaba. Tenía la impresión de que algo superior la quería y se lo transmitía vívidamente a través de ese

mundo verde y de piedras, tal como si cada uno de esos elementos hubiera sido puesto allí para demostrar ese amor por ella. Para Eme, la experiencia era sublime. Ese universo natural la conmovía y la hacía sentir amada. Se trataba de una emoción fuerte, nueva e indescriptible que había conocido en esos días mientras marchaba a cielo abierto y entre los árboles. Por momentos, se detenía, inspiraba intensamente y cerraba los ojos tratando de conectar con esa vida que fluía a su alrededor bajo la forma de ramas, hojas, animalillos e insectos. Meditaba que se trataba de una existencia diferente a la humana, pero unida por un férreo lazo y movida por el mismo espíritu que la empujaba a ella —y a todos los seres del mundo— a vivir. Miraba cómo se movían las hormigas en largas filas, llevando trozos de hojitas —enormes para su tamaño— y pensaba: «¿Qué las empuja a hacer eso?». Y ella misma se respondía: «Las mueve lo mismo que a mí». Porque esos bichitos negros tenían la misma fuerza sobrenatural que cada mañana la instaba a levantarse para cumplir con su propósito, con su deber. Esos pequeños descubrimientos le brindaban felicidad y la conectaban con ese universo en donde todo funcionaba a la perfección. Porque, a diferencia de los seres humanos, que corrompían con sus egoísmos todos los sistemas, parecía que en la naturaleza todos sabían muy bien qué hacer para existir de la mejor y más armónica manera. A cada paso que daba, su ADN —muchas veces alterado a causa del estrés y de los miedos— se acomodaba y se volvía a ordenar poniéndose en sintonía con el mundo verde, otorgándole plena felicidad.

Al final de una curva, Eme, que iba detrás de Orión, se detuvo y cerró los ojos tratando de captar la bella energía que percibía en el entorno. Él notó que se había detenido y se dio la vuelta; al verla en esa posición, le preguntó:

—¿Estás en línea?

Eme, saliendo de su estado de paz, le respondió:

—No, Orión…

—Y entonces, ¿qué haces?

—Absorbo lo que el bosque me da.

—Estás loca —dijo él, riendo.

Eme también se rio porque —aunque le hubiera gustado que Orión compartiera su visión— a veces sentía que estaba volviéndose un poco loca. Pero no le importó: esa bendita locura le permitía sentirse mejor, tan bien como nunca antes lo había estado en su vida.

El camino desde O Cebreiro a Triacastela presentaba una pronunciada bajada, la que, al principio, les pareció buena. Pero, al comprobar que el declive se extendía por veinte kilómetros, cambiaron de idea. Sobre todo, porque durante horas los dedos del pie fueron pegados a la punta de las zapatillas y, a la larga, ese roce a Eme, que tenía los pies más delgados, le aflojó las uñas desde su nacimiento y le produjo un dolor intenso.

Llevaban tres horas de marcha cuando el sol salió con fuerza y ella exclamó:

—¡No doy más! Me laten las uñas de los dos pies. ¿A ti, no?

—Un poco, sí, pero mi pie es más ancho, y no choca tanto con la punta.

—¿Cuánto falta? —preguntó ella.

—Dos horas. ¿Quieres que descansemos un rato?

—Sí, por favor —rogó Eme.

Se detuvieron bajo un árbol grande y se sentaron sobre unas piedras. Orión sacó de su mochila dos manzanas de las que había juntado en la zona de los frutales y le convidó una. Entretenidos por las arduas contingencias del camino, no habían comido nada. A esa altura, Eme se sorprendía por la cantidad de tiempo que había transcurrido sin que se le antojara alguna de sus debilidades, como caramelos, galletas y gaseosas.

La comieron en silencio, sentados bajo la sombra del árbol, gozando del descanso. Luego de un rato, tras observar que Eme había tirado el centro de la manzana entre las plantas, hizo lo mismo y le dijo:

—En verdad, Eme, disfruto de hacer el camino contigo.

—Yo, también.

—Estaba pensando que… —Orión se detuvo y, luego de un instante, agregó—: ¿Recuerdas que te comenté que debo quedarme en Triacastela uno o dos días?

—Sí, me dijiste que tienes un compromiso laboral.

—Exacto. Se me ocurre que tú también podrías quedarte en el pueblo. Si me esperas, luego podríamos seguir juntos. ¿Qué opinas?

—No puedo, quiero conocer algunos lugares en donde me esperan amigos —dijo ella en un intento por dar una explicación lógica sobre su visita a Samos.

—¡Ah, te verás con amigos…! Pero ¿y qué sucederá con nosotros? ¿No nos veremos más? —preguntó él.

No se esperaba esa respuesta. Jamás se le había ocurrido que se encontraría con amigos; con tantas restricciones para viajar no era fácil coincidir en un viaje con gente conocida, salvo que se lo planeara en familia y la autorización saliera para todos. Eme, que anticipó su razonamiento, explicó:

—Mis amistades de París me pusieron en contacto con gente de aquí. Son muy amables y se comprometieron a recibirme y mostrarme algunos lugares de interés.

—Entonces, ¿qué te parece si avanzas y luego me esperas más adelante para hacer juntos el resto del trayecto hasta Compostela?

—¿Por qué no? Me agrada la idea —dijo Eme y sacó de su mochila el mapa naranja.

Su mirada recorrió los lugares que, según el plano, tenían por delante, los marcó con el dedo índice y propuso:

—Podríamos vernos en Mercadoiro o en Puertomarín.

—Me gusta Mercadoiro… La localidad tiene un hotel antiguo precioso que fue remodelado y parte de sus instalaciones quedaron bajo tierra. En su parque se ven las mejores puestas de sol. Además, la comida del lugar es excelente.

—¿Cómo sabes tanto? ¿Has estado allí?

—Sí.

Eme se sorprendió. Pero pronto vinieron a su mente algunos comentarios y descripciones sobre lugares y una duda se clavó en su interior.

—¿Has hecho antes el camino?

—Sí, varias veces.

—Así que varias… Realmente eres una caja de sorpresas.

Él se acercó para ver detalles del plano y, pasando el dedo índice por el papel, enumeró:

—Sarria… Paradela… ¿Ves? Mercadoiro está aquí. ¿Te gusta o no la idea de descansar allí dos días? Porque si me dices que sí, haremos una reserva para no quedarnos sin lugar. Mercadoiro es un albergue muy buscado.

—Por mí, hazla. Mi única premisa es llegar a fin de mes a Santiago de Compostela.

—Igual para mí, debo estar en la ciudad para esa fecha.

Él dio vuelta el plano y del otro lado centró su vista en el calendario. Sacó la cuenta mentalmente y señaló:

—Tendríamos que vernos en Mercadoiro… el lunes.

Eme asintió con la cabeza y dijo:

—¡Tienes que contarme cómo es eso de que ya has hecho el Camino de Santiago!

¿Acaso había estado allí con una mujer? ¿Orión tenía un pasado religioso? ¿Quizás así expiaba sus penas? Había tanto que no sabía sobre este hombre.

—No hay mucho por contar, sólo es el camino. Espera un segundo, que haré ya mismo la reserva —dijo Orión y, cerrando los

ojos, entró en línea.

Eme, que lo tenía cerca y con la guardia baja porque acababa de ingresar al mundo tecnológico, aprovechó para mirarlo a sus anchas sin que él se percatara. El pantalón corto blanco que Orión llevaba puesto mostraba sus piernas bien torneadas y su piel bronceada, los vellos de sus extremidades eran del mismo color de su cabello dorado: rubio como el bronce. Se detuvo en el rostro, las cejas pobladas, esa boca de bonita sonrisa que durante la noche la había convencido de entregarse a todo lo que él quiso. Una oleada de excitación la recorrió entera. Las imágenes de lo que había hecho en la camita de O Cebreiro vinieron a su mente y la inundaron, deseó tenerlo de nuevo cerca. Apoyó la mano en el brazo masculino justo cuando él concluía el trámite.

—¡Listo! Tenemos reserva para dos noches con el número 18, memorízalo. Verás qué bien se conserva la arquitectura gallega del Gran Albergue Mercadoiro.

Ella le sonrió con dulzura y él, al observarla de frente, le descubrió el deseo en el rostro; gustoso, se dejó contagiar y la miró profundamente. Los ojos de Eme se metieron en los de Orión y le dijeron todo lo que estaba pensando. Él, colocando su mano sobre la de Eme, se la guio hasta su entrepierna y, sin preámbulos, se besaron con ansias. Había algo en la mirada de esa pelirroja que lo trastornaba. Porque Eme se le metía por los ojos y él moría de deseo por ella.

En minutos, ambos abandonaron el sendero, se ocultaron en el bosque y allí, mientras Eme, de pie, apoyaba las palmas de sus manos en un enorme y añoso castaño, Orión le hacía el amor afirmando su pecho sobre la espalda femenina. Esa piel pecosa comenzaba a transformarse en su debilidad. La olía y quería más, la besaba y no se saciaba.

Eme, perdida en iguales sensaciones, le exigía más a ese hombre que pocos días atrás no conocía y hoy ocupaba todos los espacios,

tanto de su cuerpo como de su mente y de su corazón.

Esa mañana, los gemidos de Eme y el respirar rápido y entrecortado de Orión se confundían con el canto de los pájaros y los sonidos de los insectos. Ellos dos eran parte de ese mundo verde y hacían lo que la naturaleza les pedía.

¿Acaso algo podía salir mal? Sí, claro que sí, había mucha información que no se habían dado y actos futuros que no se podían alterar ni postergar, pero no les importaba, la vida los empujaba y ellos disfrutaban bebiéndosela a borbotones. Había algo en ese lugar que los hacía sentir tranquilos y plenos. Algo que les vaticinaba felicidad. ¿Sería la paz que daban los árboles y todos los seres vivos que allí habitaban? ¿O simplemente comenzaban a sentirse unidos por algo inexplicable?

CAPÍTULO 9

EL ÁRBOL SAGRADO

La Hispania, año 31 a. C.

Estoy cansada, llevo mucho tiempo caminando; a pesar de mi agotamiento, no quiero interrumpir la marcha. Deseo llegar cuanto antes hasta donde está mi hijo. Avanzo, pero cuando veo ante mí un bosque de taxus no puedo evitar detenerme y hacerle una reverencia. Como moradora de la montaña verde sé que son árboles sagrados; ellos ayudan a los humanos a transitar de este mundo al otro del más allá.

Una vez que estoy bajo el amparo de su sombra, el cansancio me vence. Entonces, me decido y me recuesto. Siento que el árbol me ha invitado y que no puedo rechazar el cobijo. Aquí, debajo de su copa, pediré mi deseo. Lo repito en voz alta:

—Yo, Cazue, pido que mi hijo regrese a mis brazos sano y salvo. Si eso se cumple, plantaré un taxus en la punta de la aldea.

Para refrendar la promesa, me toco tres veces el labio con el dedo índice.

Me quedo muy quieta sintiendo el mundo que no se ve, percibo lo sagrado y lo respeto. Levanto mis brazos y, a modo de caricia, rozo las hojas que están cerca de mi cabeza, pero me cuido de no hacer lo mismo con los frutos. Sé que son venenosos. Lo sé muy bien porque años atrás, cuando los romanos llegaron y sitiaron la

aldea, los mayores, que temieron la desgracia de caer en las manos del enemigo, comieron su fruto y se quitaron la vida. Me pregunto por qué los aldeanos no podemos vivir en paz con los romanos, por qué, si la sangre de los dos es roja, siempre quieren matarse. Recuerdo el amor que tuve por Publio y qué poco me importó su origen. Entonces, consigo comprender que ese sentimiento no conoce diferencia de ninguna clase.

Me quedo muy quieta y escucho las respuestas a mis interrogantes en el sonido que produce el viento cuando mece las hojas del taxus que me cobija. Es clara y me dice: «Porque no conocen el amor, sino el odio».

Miro los taxus y pienso en la inmensa cantidad de historias que esconden. Trato de imaginar alguna, pero no puedo, el sueño me vence, me lleva mansamente a los momentos en que el niño estaba en mi interior y se movía. Me sumerjo en otra época…

Recuerdos

Ese atardecer, Ovidio Fabio cabalgaba por el camino serpenteado por árboles añosos. El ingeniero volvía a su casa de Las Médulas acompañado por diez hombres. Los otros veinte que tiempo atrás habían partido con él desde el campamento permanecían en el emplazamiento de la nueva mina, ese lugar que, tras los estudios realizados, contaba con su aprobación para ser explotado y sacarle provecho. Luego de recibir los esperados materiales que envió Roma, el asentamiento romano se organizó en torno a la explotación de la flamante mina de plata.

La Hispania tenía demasiadas riquezas y el Imperio romano quería aprovecharlas al máximo. Su emperador, Octavio, no daba puntada sin hilo y sacaba provecho de cada una de las conquistas.

Roma podía darse el lujo de hacerlo, pues contaba con los hombres, la ciencia, el dinero y el tesón para emprender nuevas expediciones.

Esa tarde, después de los casi nueve meses que había demorado en poner en marcha la mina de plata, Ovidio Fabio se hallaba satisfecho. Regresaba a su hogar con la plenitud de saber que su trabajo había dado fruto. Dar lo mejor de sí a Roma siempre le traía contentamiento. Pero la verdad sea dicha: había disfrutado de una larga temporada apacible y placentera. La bella naturaleza del lugar había contribuido, como así también formar parte de un reducido grupo de hombres y no de un campamento ruidoso repleto de reglas, como el sitio donde tenía su casa. Y claro está: gracias a la agradable compañía de Claudio Sexto, ese centurión que ahora iba adelante, señalando el camino, montado, como él, en un caballo.

Con la mirada posada sobre la espalda uniformada, lo vio alzar la mano y exclamar la orden que todos los hombres, extenuados por la travesía, esperaban desde hacía un rato:

—¡Atención, soldados! Descansaremos entre estos árboles, aquí pasaremos la noche.

Todos detuvieron los caballos.

Ovidio Fabio se bajó del suyo mientras continuaba meditando sobre las decisiones personales que pesaban sobre él. Acababan de completar la parte más larga del camino que lo llevaba de regreso a su casa, pero sabía que, en cuanto arribara, lo recibirían sus problemas. A pesar de ello, influenciado por el buen ánimo que embargaba al grupo, se sintió optimista.

Enseguida se escucharon las instrucciones sobre quién se encargaría de prender el fuego, qué hombres armarían la tienda para dormir y cuál soldado montaría guardia durante la velada. Si bien a fuerza de batallas y castigos el ejército romano mantenía bajo control a los habitantes de la Hispania, la pequeña caravana nunca estaba completamente a salvo de un ataque. Durante la noche, el momento más vulnerable, una cuadrilla rebelde podía sorprenderlos.

Se escucharon dos o tres órdenes en la voz del centurión, los soldados realizaron varios movimientos que involucraron a los caballos y el grupo quedó instalado.

Mientras comían las provisiones, el fuego sumía a los hombres en sus respectivas elucubraciones. Disfrutaban de un momento de paz. Después de una dura jornada, pronto todos caerían rendidos para volver a empezar al día siguiente.

Ovidio Fabio aprovechó el respiro para tomar la decisión que había meditado durante todo el trayecto: aceptaría la propuesta de mudarse a la nueva mina de plata. Allí, si bien al principio no dispondría de una casa tan confortable como la del campamento de Las Médulas, en breve contaría con una más pequeña. Apenas llegara, le pediría el divorcio a Junia; luego, más adelante, tomaría otra esposa, no porque necesitara una mujer, sino porque quería un hijo. No se resignaba a no cumplir su deseo de dejar descendencia, una aspiración común en todo romano. Ovidio Fabio, como cualquier ciudadano, lo consideraba el acto más sublime e importante; más, incluso, que los triunfos militares, más que el amor romántico y más trascendente que el prestigio del que podía gozar por su trabajo; es decir, más que todo, pues cumplir ese mandato social estaba en el pináculo de la honra y el respeto. Así se lo habían inculcado en el mundo romano del cual formaba parte; y por más que en algunos momentos se tentara con otra clase de vida, aspiraba a prolongar su linaje. Continuara o no la relación con el centurión, la necesidad de descendencia no se la cambiaría nadie; estaba arraigada en su esencia romana. Necesitaba engendrar un hijo y si Junia no se lo proporcionaba, sería con otra.

Recordó a su esposa y sintió pena. Era su compañera a pesar de los infortunios. Deseaba verla, aunque sus sentimientos estuvieran en otra parte; más precisamente, en el rostro masculino de nariz recta y espalda ancha que tenía enfrente, bebiendo agua de una

copa metálica, y que, al descubrir sus ojos, le devolvía una mirada profunda bajo la luz del fuego y de la luna. Lo escuchó decir:

—Mitad de camino ya. ¿Estás feliz de regresar? —preguntó con la clara intención de saber si Ovidio Fabio contemplaba un futuro juntos. Nunca lo habían hablado abiertamente.

—Quiero llegar al campamento, pero al mismo tiempo no lo deseo —replicó Ovidio Fabio. En su casa lo esperaban muchos problemas por solucionar.

—No me respondiste.

—Después de comer le escribiré una nota a mi esposa para avisarle que habrá cambios.

La charla parecía un acertijo.

Claudio Sexto aclaró:

—Durante los próximos meses cumpliré funciones en la mina de plata. Tendré que organizar los turnos y la proveeduría, así que allí estaré.

—Si lo que quieres saber es si aceptaré vivir en la mina nueva, te digo que sí.

Con los trozos de información vertidos torpemente en las frases del diálogo construyeron un futuro del que la bella Junia no formaba parte.

Más tarde, Ovidio Fabio plasmó su plan en un papiro. Cuando terminó de escribirlo, lo despachó de manera urgente con el mensajero; quería que llegara a Las Médulas antes que él.

* * *

Junia, de pie en la sala de su casa, tomó el papiro que acababa de entregarle su esclava. Caminó hasta el patio interno y se sentó en el borde de la fuente para leerlo con tranquilidad. El mensajero que había llegado de la mina de plata lo había traído apenas un

momento atrás. Estaba contenta. ¡Al fin, después de meses, Ovidio Fabio le enviaba algo!

Lo leyó una vez, dos, tres para cerciorarse de que entendía bien. Luego, se tomó el rostro con las manos y se largó a llorar. Lo que temía había sobrevenido. Su esposo, que había escrito la misiva durante el viaje, le anticipaba que pronto llegaría a la casa.

En pocas palabras le contaba que había decidido aceptar el trabajo en la mina de plata y que, como imaginaba que a ella no le gustaría el lugar por ser aún más inhóspito que el campamento de Las Médulas, sumado a que el hijo que esperaban no venía, lo mejor sería gestionar el divorcio. Agregó, además, que se lo adelantaba para que previera cómo realizar su partida. Al repasar la misiva sintió la puntada de la frase final: «Supongo que tú también deseas lo mismo». Claro que ella no quería divorciarse. Volver a Roma con el mote de mujer repudiada por infértil no sería nada bueno. Aunque peor era que, en el fondo de su corazón, ella aún albergaba algún sentimiento por su esposo. Si hasta se había alegrado al pensar que al fin lo vería.

El reloj de sol ubicado en el patio le mostró que el tiempo corría; y esta vez, en su contra. No tenía manera de frenar los acontecimientos que se avecinaban.

* * *

Cazue caminó hasta el depósito de leña que tenían en el exterior de la vivienda y trajo, con esfuerzo, la que necesitaba para alimentar el caldero y preparar la comida.

Aún le faltaba un tiempo para que naciera su niño, el cual, a juzgar por la dimensión de su panza, sería de gran tamaño. Claro que en su casa nadie hablaba del asunto; sus dos hermanos más pequeños jamás le preguntaban nada, ya sea porque simplemente

creían que había engordado o porque ni siquiera notaban lo que ella ocultaba bajo sus ropas. Leto, al principio, se había interesado por saber si era verdad que estaba encinta y, una vez que ella se lo confirmó, dio por acabada la conversación. Su padre no sólo no le decía nada acerca de su estado, sino que casi no cruzaba palabra con ella, salvo las mínimas indispensables necesarias por vivir bajo el mismo techo. Para Caleyano había sido un golpe muy duro explicarles la situación a los Ablana. Había decidido hablarles con franqueza porque la gravidez de su hija, tarde o temprano, sería inocultable. La situación lo había tenido sin comer y con vómitos durante días; luego, poco a poco, había vuelto a trabajar en el taller. Aún no se hallaba completamente repuesto cuando lo mandaron a llamar desde la mina; por ese motivo debió avisar que no podría cumplir la tarea habitual a causa de su malestar. Como no se dieron por vencidos, los romanos se presentaron en la casa, y, encontrándolo verdaderamente enfermo, desistieron y dejaron que descansara una temporada.

Pero como a todo le llega su final, después de un tiempo él se encontró en condiciones de reincorporarse. Y Cazue sintió alivio, porque había llegado a pensar que su padre moriría a causa de las amarguras que le había dado.

Ella, sabiéndolo próximo a partir rumbo a la mina y hallándolo sano por primera vez en varias semanas, cocinaría un plato especial. Había metido en la olla toda clase de verduras de la huerta, cereales y dos aves del corral. Casi tenía lista la comida cuando llamó a sus hermanos para que se reunieran en torno a la mesa. Su padre, al ver los preparativos, aunque callado, también se sentó junto a ellos. Los niños, sin saberlo, creaban un clima festivo y ruidoso que contrastaba con el humor de Caleyano.

—¡Por fin en esta casa hay comida rica! ¡Ya estaba harto de las verduras! —se quejó Leto.

Las comidas que últimamente su hermana preparaba a causa de la enfermedad de su padre le parecían desabridas y no comprendía por qué todos debían comer las mismas. El día que Leto se lo reprochó, Cazue le respondió: «No me alcanza el tiempo para preparar platos distintos». Y era verdad, porque la hermana mayor debía correr para cumplir con todas las tareas asignadas.

—Pues aprovecha, y come mucho si te gusta, porque estás muy flaco —le señaló a Leto.

A pesar del embarazo y del silencio de Caleyano, ella seguía adelante con su rol de madre en la casa. Durante el último tiempo, Leto no paraba de crecer. No sólo lo había alcanzado en altura a su padre, sino que lo estaba superando, lo que no era poca cosa, ya que él era de los hombres más altos de la aldea.

Mientras Cazue servía los platos y Caleyano seguía en su mutismo, uno de los más pequeños exclamó en tono de cantito burlesco:

—¡Leeeto estáää flacooo, Leeeto no tieeene fuerzaaa!

—Cállate y come, chiquillo, o te irás a la cama —sentenció ella.

El niño, al ver que su hermana lo retaba entre risas, le respondió usando el mismo tono de cantito jocoso.

—¡Cazue estáää gordaaa, Cazue estáää gordaaa, tieeene una panzotaaa!

Ella se sonrojó y hubo un momento tenso. Cazue, Leto y su padre no nombraban el tema del niño y los más pequeños no lo sabían; nadie se lo había explicado.

Caleyano, con autoridad, al fin tomó la posta en la conversación:

—Tu hermana no está gorda de comida, sino que tiene un bebé en la panza. Y ahora, compórtense en la mesa.

Su padre, por primera vez, había hablado del tema.

—Quiero un bebé para que juguemos juntos —dijo el más pequeño, riendo.

El hermano del medio se puso serio: una criatura resultaba algo importante porque los niños luego se hacían grandes y se transformaban en adultos.

El grupo comenzó a comer en silencio. Cada integrante de la familia permanecía absorto en sus propios pensamientos respecto de lo que significaba un recién nacido. Para el hermano más chico representaba, simplemente, la ilusión de contar con un compañero de juegos, pero para el resto implicaba que otro miembro se uniría al clan. Caleyano, además, lo consideraba una nueva y doble responsabilidad porque su hija no se casaría y seguiría estando a su cargo, igual que el niño. Económica y espiritualmente sería responsable de ambos, además del resto del grupo. Una boca más para alimentar y un alma más para guiar. Lo pensó, y otra vez le vinieron náuseas. La vida progresaba vertiginosamente, el embarazo estaba avanzado. Miró a Cazue y comprendió que se le habían escapado varios detalles; pero el mal ya estaba consumado y debía enfrentarlo. Decidió que era un buen momento para comenzar y le dijo a su hija:

—Cazue, la fecha del nacimiento se acerca. Tendrás que visitar a la comadrona.

—Estoy bien, aún no la necesito —respondió Cazue. Sabía que, al no tener esposo, no podría cumplir con muchos rituales astures relacionados con el nacimiento. La sugerencia de su padre, por otro lado, le parecía innecesaria.

—¡Que la visites he dicho, no me hagas repetirlo! —dijo, y se tocó el estómago con un gesto de dolor en el rostro.

Cazue, que notó el movimiento, de inmediato le respondió:

—Como digas.

Ella había usado un tono sumiso a propósito, no quería que su padre se volviera a enfermar. Además, tal vez tenía razón, a lo sumo le quedaban dos meses para el nacimiento. Se emocionó al pensar que en breve tendría al niño en sus brazos. Recordó a Publio y le

dolió el corazón. Ella, que aún lo amaba, hubiera dado cualquier cosa por criar al niño junto a ese hombre. Quizá, cuando naciera, cambiaría de actitud. La última vez que hablaron, aquel día del banquete, las cosas no habían salido bien; incluso, él se había atrevido a proponerle que se recluyera entre los aldeanos, pero algo en su interior le decía que Publio no podía haberla olvidado tan fácilmente. Los dos habían pasado meses enteros acariciándose en el arroyo, compartiendo recetas. Si ella se había enlazado tan profundamente, en él, al menos, tendría que haber nacido un sentimiento hacia su hijo. No esperaba que quisiera cumplir con las costumbres astures relacionadas con el nacimiento, tal como lo haría cualquier padre de la aldea, pero sí que estuviera cerca.

* * *

En la casa de Junia la comida que las esclavas sirvieron en la mesilla del triclinio permanecía intacta. A pesar de estar cómodamente tendidos en los divanes, ni ella ni Publio probaron bocado. ¿Cómo hacerlo, si Junia lloraba y le contaba una mala noticia tras otra desde que había llegado?

—Entiendo que volverá tu marido y que ya no podré verte en la casa, pero al menos podremos encontrarnos en algún lugar del campamento… —propuso Publio, que anhelaba continuar con los encuentros.

Su boca calló la esperanza que abrigaba desde la partida de Ovidio Fabio: que el ingeniero no regresara. Le daba igual que muriera a manos de un astur rebelde, que se lo comiera una bestia salvaje de la región o que se lo tragara la tierra, pero que no regresara.

—No podremos vernos más en ninguna parte. Tendré que marcharme de aquí, volver a Roma…

Publio se restregó las manos en el rostro. Ella no podía irse; si eso sucedía, el pequeño mundo romano que compartían iba a desaparecer. Esa mujer de la cual estaba perdidamente enamorado no podía partir a Roma así, sin más.

—¿Pero por qué debes irte? —preguntó desesperado.

Ella, inmersa en sus pensamientos, ni lo escuchó, sino que prosiguió adelante sin responderle.

—Además, me cuenta que piensa aceptar el trabajo en la nueva mina y que vivirá allí.

—Pero entonces podrías quedarte —razonó Publio.

—¿Cómo quieres que me quede en este campamento, si ya no seré más la esposa del ingeniero?

Junia obvió decirle que, además, una vez anulado su vínculo con Ovidio Fabio, ya nada la retendría en ese inhóspito lugar.

—¿Estás segura de que él quiere el divorcio?

—Lo dice claramente en su nota, explica que lo quiere en virtud del hijo que no llega.

—Entonces, el verdadero conflicto es ese. Si lo solucionas, seguirías casada con él y te podrías quedar aquí —concluyó Publio con la mirada perdida.

Ellos tenían que seguir encontrándose así fuera en su tienda o en el arroyo.

—Ese problema no tiene solución. He intentado engendrar un hijo durante meses. Mi marido no tenía demasiada intimidad conmigo, pero sí la he tenido contigo y nada ha sucedido.

—Sólo necesitas un niño —continuó Publio.

—¿No me estás oyendo? ¡Me dará una carta de divorcio y tendré que marcharme!

—Un niño, un niño…

—¡Basta ya, Publio! ¡No me tortures más!

—Espera, Junia…, si consiguieras una criatura recién nacida podrías decirle a Ovidio Fabio que le pertenece.

—¿De dónde voy a sacar una?

—Si lo consiguiéramos, podrías quedarte —insistió.

—No sé, no sé… —dudó Junia—. Aunque sepa la verdad, tal vez termine aceptándolo.

Para hacerlo pasar por hijo de ambos debía concebir muy bien las mentiras. Habían tenido sexo, sí, pero el resto sería engorroso. Esta posibilidad nunca antes había estado en sus planes y le costaba imaginar la idea.

—Claro que podrías quedarte —dijo Publio y, al ver que no contestaba, se puso de pie y caminó hasta Junia. Tomándole el rostro con las manos, sin dejar de observarla, le planteó—: Si te consiguiera un niño recién nacido, ¿te quedarías?

Se miraron a los ojos durante unos instantes hasta que ella respondió:

—Sí, me quedaría.

La carta de Ovidio Fabio la había sumido en una espesura, en un abismo sin fin, como si cayera en un pozo ciego. La propuesta de Publio más bien tenía forma de quimera, pero al menos le servía para seguir adelante.

Publio se separó de Junia y caminó por la sala durante unos instantes hasta que señaló:

—Primero conseguiré a la madre que aún lleva a la criatura en su vientre.

—¿Hablas de una mujer encinta? —preguntó ella.

—Sí, tendrías que acogerla en esta casa hasta que nazca el niño —acotó.

—Está bien. ¿Y luego?

—Podrías pedirle el niño o comprárselo. Tú sabrás cómo proceder… —propuso Publio. Con sus últimas palabras dejaba abierta la puerta a las posibilidades más funestas.

«Eso no será tan fácil», pensó Junia, y preguntó:

—¿Es una sirviente romana?

—Se trata de una aldeana.

—Ah… —suspiró. El plan de Publio tenía alguna posibilidad. Con una lugareña sería más sencillo.

Tras un instante de silencio, él preguntó:

—¿Traigo a la mujer?

—Sí, tráela.

Las últimas palabras de Junia pusieron en movimiento los engranajes de la vida de Cazue. Ella todavía no lo sabía, pero los acontecimientos que se avecinaban le exigirían el máximo de su valentía.

EL SERBAL DE CAZADORES

El serbal de cazadores es un pequeño árbol de copa baja y ovoide y de abundantes hojas. Posee pequeñas flores blancas. Sus frutos, las serbas, son bayas de color rojo y forman ramilletes en otoño.

PROPIEDADES: se dice que su fruto es bueno como diurético y depurativo por su alto contenido en ácidos orgánicos y taninos. También es rico en vitamina C.

Simboliza la esencia de la vida. En la antigüedad, se decía que cuando su fructificación era abundante se esperaba un invierno duro. También era conocido como el árbol de los susurros, pues entre sus ramas se escondían secretos de otros mundos que se

revelaban a quienes se cobijaban bajo sus copas.

CAPÍTULO 10

EL SERBAL DE CAZADORES

Triacastela, año 2055

La llegada de Orión y Eme a Triacastela fue difícil. El fuerte sol de la siesta enrojeció la piel de Eme. En el trecho final, la bajada se transformó en un sendero angosto y, por momentos, peligroso; el camino pedregoso estaba roto y presentaba un intenso declive. Para bajar, debieron ayudarse con un palo, a modo de bastón. Los pies de Eme no aguantaban ni un tramo más. Había llegado con el último esfuerzo, llevaba el rostro sudado y no hablaba ni una palabra. A la entrada del pueblo, se dejaron caer en el primer bar que encontraron; lo necesitaban, y las mesitas al aire libre los habían invitado. A las cinco de la tarde aún no habían probado bocado, salvo las manzanas, pero no tenían hambre, el cansancio se la había quitado. Pidieron dos enormes jugos de naranja y recién partieron a buscar un albergue cuando el líquido dulce les repuso las fuerzas.

No indagaron mucho. Cuando hallaron uno que disponía de cama grande, simplemente lo tomaron, sin preguntar ningún otro detalle. El albergue era lujoso, pero ellos, aunque no lo fuera, lo hubieran visto atractivo por dos razones: dormirían sin la compañía de los ronquidos y con frazada. La chica de la recepción los llevó al cuarto y, al abrir la puerta, se encontraron con una grata sorpresa: los esperaban un gran hidromasaje y una cama gigante sobre la que

había dos batas blancas, enormes toallas y pantuflas; todo, del mismo color.

Apenas se quedaron solos, se metieron en la bañera y, luego de un largo baño de burbujas, lavaron los conjuntos de ropa que traían puestos. Una vez seca, sentada en el sofá de la pieza, Eme se dedicó a observar sus pies: las ampollas eran gigantes y tenía cuatro uñas que estaban en pleno proceso de cambio de color… Mientras le latían como si fuera un corazón, se iban poniendo moradas.

—¿Por qué no te quedas en este albergue un día más? Es muy cómodo y bonito. Además, luego podríamos seguir juntos el camino —insistió Orión.

—No, Orión. Quiero seguir —dijo Eme, inflexible.

—Es ridículo, mira lo maltrecha que estás —respondió Orión, enojado. Luego añadió—: Haz como quieras, Eme.

Ella, inconmovible, siguió masajeándose los pies con el ungüento. No tenía esa opción; mucho menos estaba para romances, ni siquiera sabía cómo seguiría su vida. No podía planear nada. Para él, era fácil, estaba en su país, completamente ajeno al compromiso que ella había asumido como forma de vida.

Orión comenzaba a considerar que Eme necesitaba huir de él para seguir con su propio camino. Tal vez se había imaginado que un incipiente romance crecía entre ellos cuando, en realidad, sólo habían tenido sexo.

Se vistió. Saldría a la calle; un poco de aire le vendría bien y, además, aprovecharía para ubicar el bar donde al día siguiente tendría su cita laboral. Salió del cuarto decidido a olvidarse de Eme. Al fin y al cabo, se trataba de una muchacha que recién conocía y no podía preocuparse por esta ridícula relación cuando él debía enfrentarse a las serias complicaciones de su trabajo.

Eme también se encerró en su mundo mientras se colocaba las medias. Si caminaba a Compostela era porque en París había tomado una decisión y ahora debía cumplirla. La aparición de Orión

había sido impensada y no podía tirar por la borda su vida entera por pasar unos días más con él; sabía que estaba en juego su propia seguridad.

Minutos después, cuando regresó a la habitación, encontró a Eme tendida en la cama, sin siquiera taparse, completamente dormida. Le colocó la cobija con suavidad y luego se acostó a su lado. Ambos durmieron profundamente una hora hasta que los ruidos del exterior les avisaron que era el momento de la cena. Muertos de hambre, Eme y Orión olvidaron sus desacuerdos y se unieron a los peregrinos que se dirigían a la calle peatonal antigua y pintoresca donde estaban los principales restaurantes. Ella salió en pantuflas, no podía ponerse otro calzado. El atisbo de vergüenza desapareció al descubrir que muchos peregrinos —rengueando, en puntas de pie o sostenidos por bastones— iban a comer descalzos o en medias. Evidentemente, el camino difícil hacía estragos en los pies de todos los andariegos.

Cenaron verduras asadas con gambas al ajillo acompañadas con un bermejo riojano. El enojo había quedado atrás, la noche era única y feliz. ¿Qué más podían pedir? Tenían comida deliciosa, una gran cama blanca para dormir juntos y podían regresar al albergue tomados de la mano, caminando por las callecitas de Triacastela. Y, en ese momento, compartir con los peregrinos que cenaban en el restaurante el clima alegre de saber que habían avanzado con éxito un tramo más hacia la meta.

Para que saliera el sol nuevamente y ellos se despidieran, todavía faltaban muchas horas; además, seguía vigente el plan de unir sus caminos en Mercadoiro. Aún les quedaban largos trechos para recorrer juntos una vez que se reencontraran.

Finalizada la velada, se marcharon al albergue. Apenas se cerró la puerta del cuarto, se besaron con ardor y se fueron quitando la ropa el uno al otro hasta quedar desnudos; las prendas, que terminaron tiradas en el piso, marcaron un camino hasta la gran

cama blanca donde, otra vez, consumaron su ritual de movimientos, su sinfonía de suspiros. La música que juntos creaban cada vez se les daba mejor. Ya no se trataba de esa fuerza arrolladora de los primeros encuentros, sino que juntos componían una melodía exquisita. Así lo probaban los acordes de gemidos más largos y cadenciosos, las oscilaciones más armónicas y acompasadas, el sublime y perfecto acople de sus pieles y el final explosivo a un mismo tiempo.

Enseguida las respiraciones se acompasaron y el cansancio del día, el vino y las emociones los vencieron y se sumieron en un sueño profundo.

La brillante luna, testigo de su encuentro al regreso del restaurante, todavía asomaba por la ventana cuando Orión, en un pequeño despertar, decidió entrar en línea para ver la hora. Estaba inquieto por la proximidad de la despedida y muy preocupado por la reunión de trabajo. No era común que lo citaran sin programar el encuentro con bastante anterioridad. La voz de Perla en su cabeza le informó que faltaban diez minutos para las cinco de la mañana, lo que significaba que en poco tiempo deberían levantarse. Se movió ansioso en la cama, y giró para un lado y para el otro. Llevaba un rato sin encontrar posición cuando Eme también se despertó. Mientras soñaba, su subconsciente le había recordado que el viaje, tal como lo venía haciendo, se acababa. Ante la nueva etapa que se avecinaba, el brinco en su interior la sobresaltó.

—¿Estás despierto?

—Sí…

—En un rato tendré que preparar mis cosas para marcharme —dijo ella, consternada.

—Lo sé y me apena, porque esto que nos ha pasado no es común. Siento que te conozco desde siempre —trató de poner en palabras sus doloridos sentimientos.

—Me sucede igual… pero a veces pienso que tal vez sea fruto del camino —dijo Eme tratando de encontrar una explicación que los calmara. En este momento de su vida, para ella no era viable una relación amorosa estrecha, y no quería ni podía seguir abrazada a la melancolía.

—No sé si la culpa la tiene el camino, pero de algo estoy seguro: no es fácil coincidir como lo hemos hecho nosotros. —Orión se quedó en silencio y, luego de unos instantes, añadió—: No quiero perderte.

En la semioscuridad era más fácil sincerarse.

Ella giró y se abrazaron.

Permanecieron así hasta que él volvió a hablar:

—Quédate.

—Orión, eso no es posible.

—¿Por qué? Dame una razón valedera.

Eme suspiró fuerte, y dijo:

—Hay muchas cosas que tú no sabes de mí.

—No necesito conocer tanto. Con saber que eres una francesa muy citadina y dada a los dulces, me alcanza. Aunque eso dices tú, porque yo nunca te veo comerlos —dijo tratando de sonreír.

—Te lo digo de veras… No sabes, ni puedo explicarte, acerca de las muchas situaciones importantes que estoy atravesando y que me obligan a continuar la marcha.

—Cuéntamelas… —reclamó en un suspiro—. ¡Por favor!

Eme sopesó sus verdades más profundas y, por primera vez, sintió que, tal vez, valdría la pena contarle lo que ella estaba viviendo; juzgaba que podía hacerlo porque habían alcanzado una intimidad muy profunda. Además, quien le reclamaba una explicación por su inminente partida había dado sobradas muestras de ser una buena persona. Ella se había preparado para esta despedida porque desde un principio sabía que sucedería; tenía claro que no había otra alternativa, pero él, no. Tal vez fuera preferible

decirle la verdad; al fin y al cabo, pertenecer a El Movimiento no la transformaba en una asesina serial.

El silencio se hacía largo mientras ella meditaba qué era lo mejor para ambos.

Llevaban un rato de tensa quietud cuando Eme se decidió y le dijo:

—Orión, debo irme porque debo conocer un lugar y a unas personas.

—¿Debo…? Querrás decir «quiero».

—No, tengo que hacerlo porque es una responsabilidad.

—¿Qué dices?

—Mira, soy parte de El Movimiento y me comprometí a visitar ese lugar.

—¿¡El Movimiento…!?

A la cabeza de Orión le costaba asignarles el significado correcto a las palabras. Sus brazos, inermes, seguían tensos, pero parecían haber perdido sensibilidad. El silencio se hizo eterno.

—Me refiero a los que pelean contra el sistema… ¿Entiendes de qué hablo?

Un instante de estupor y Orión explotó:

—¡Mierda! ¡Claro que entiendo! ¡Joder, Eme! ¡¿Cómo carajo puedes estar metida en eso?!

—Pues lo estoy —dijo segura y orgullosa.

—¡Son unos comecerebros! ¿¡Cómo te has dejado convencer!?

—Me convencí sola, yo misma fui a buscarlos. ¿Y sabes qué? Siento que estoy en lo correcto.

—¿Lo correcto? ¡No me jodas!

—Tengo tranquilidad. Y más aún después de haber pasado tanto tiempo en medio de la naturaleza durante este viaje. Bien harías tú en investigar un poco, así te darías cuenta de que estar tanto tiempo en línea te come más el cerebro que cualquier otra cosa.

—¿Qué dices…?

Él se incorporó y se sentó en el borde de la cama.

Ella arremetió.

—Te aseguro que es así, ni siquiera te das cuenta. ¿Quieres que te explique cómo funciona?

—No, Eme.

—Tal vez te ayudaría a entender cosas que no ves. A observar el mundo de otra manera.

—No, Eme, ¡no!

—¡Eres un cerrado! Así nunca entenderás lo que en verdad está sucediendo en el planeta. Pues entonces… ¡que te pase lo que te tenga que pasar!

Eme también se había enojado. Abandonó la cama, prendió la luz y empezó a vestirse; mientras se calzaba el pantalón, las palabras de Orión la tomaron por sorpresa.

—¿Qué se supone que me va a suceder? —preguntó él, que aún seguía en la cama.

—¡Perderás todas las libertades! ¿Acaso no lo entiendes?

—Comprendo todo, absolutamente todo, y sé a la perfección lo que está sucediendo en el planeta. Me dan clases sobre ello cada semana.

—¿Clases? ¿A qué te refieres?

—Soy de la GM.

—¿Qué carajo…? —dijo, suspendiendo los movimientos de su cuerpo. Se quedó petrificada por unos instantes.

—¿Y qué haces aquí, conmigo? —preguntó perturbada.

Eme temía que el encuentro hubiera sido planeado. ¿Acaso él la había estado siguiendo? Él se percató de su razonamiento y se enojó aún más.

—Nada, Eme, nada. ¿Ahora me quieres acusar de seguirte? ¿Buscas echarme la culpa como hacen siempre ustedes, los de El Movimiento? El camino me juntó con la persona equivocada, con la que nunca debería haberme reunido.

—¡Ojalá nunca nos hubiéramos conocido! —exclamó ella sin imaginar todo lo que el destino tenía preparado para ellos, tanto lo bueno como lo malo.

Eme recogió las pertenencias desperdigadas por el suelo del cuarto y las metió en su mochila. Se trataba de la ropa que la noche anterior había perdido en los brazos de Orión; la miraba y no podía creer lo que estaba sucediendo.

—Supongo que no tiene sentido que te explique las bondades del sistema que estamos tratando de instaurar porque no querrás ni escuchar —dijo Orión.

—¿Me quieres hablar de ideales? Porque siempre pensé que a ustedes sólo los movía el dinero y el poder. Realmente me cuesta creer que seas parte de la GM —señaló ella.

—Mejor, cállate, porque no me conoces. Si soy parte de la GM es porque el sistema, tal como está, ya no sirve. Las reglas viejas que deben ser erradicadas son las mismas que llevaron a la muerte a mi padre. Tengo mis razones para apoyar lo que se viene.

Eme lo miró profundo, empezaba a desentrañar por qué alguien como Orión apoyaba a La Firma. Bajó los decibeles de la pelea.

—Ay, Orión…, tienes que salirte y salvarte.

—Tú eres la perdida… la que tiene que salirse y salvarse. Porque es indudable que están planeando una nueva maldad y doy por seguro que tú vas a ser parte de una acción subversiva.

Eme se sintió descubierta. ¿Acaso él sabía algo?

—Actos malvados son los que realizan ustedes. ¿Qué haces tú en el Camino de Santiago? No creo que estés aquí para disfrutar de la naturaleza.

—Simplemente estoy controlando, soy agente encubierto y trato de evitar males mayores. No queremos que los sediciosos se aprovechen de la libertad que hay en este lugar.

—Ahora entiendo por qué has hecho el camino varias veces.

—¡Sí, y no me avergüenzo! Es mi trabajo y creo en esta tarea. ¡Y yo ahora entiendo por qué usabas el collar del sol! ¡Me mentiste diciendo lo de tu padre!

—Claro que no, me lo hizo él.

—¡Pero qué conveniente que no lo hayas vuelto a usar en el camino!

—¡A veces me lo quito! ¡Yo no te mentí, pero tú, sí! ¡Me dijiste que eras nadador!

—¡Y lo soy, joder!

—¡Ahhh! ¿Y me podrías aclarar, por favor, si tus reuniones de trabajo de hoy son por la natación?

—Será con mi jefe de la GM. No necesito ocultártelo porque lo que yo hago es cuidar a los ciudadanos.

—¡Carajo! Y cuando te reúnas, ¿le contarás de mí?

Él sólo movió la cabeza negando y no dijo nada. Ella, incrédula, insistió:

—¿Acaso me denunciarás?

Eme tuvo miedo. Comenzaba a vivir una pesadilla, había estado durmiendo con el enemigo.

—No lo haré, pero prométeme que no realizarás ningún acto ilegal.

—Nunca hago nada ilícito, mis actos sólo son movidos por mi corazón, que desea lo mejor para los seres humanos —proclamó. Pero, sintiéndose ridícula por dar esas explicaciones, se quedó en silencio durante unos instantes hasta que agregó—: Esta charla no nos lleva a nada.

—Opino lo mismo.

—Lo mejor es que me marche. Y quédate tranquilo, que sólo he venido a pasear por el camino y a conocer algunas personas —mintió, aunque no recordaba si antes había ventilado datos o información que la comprometiera.

Nerviosa, temía por su vida. De repente, Orión se había vuelto un extraño que tenía una existencia con ribetes que ella no conocía en absoluto. Él no dijo ni una palabra, ya no le insistía en que se quedara. El rictus de su rostro había cambiado, se había vuelto uno muy diferente del que tenía al despertar, uno que, hasta el momento, ella no le conocía.

Con la verdad revelada, veía a Eme con otros ojos. En un instante, se había transformado en una persona diferente.

Ella examinó rápidamente el cuarto y, tras comprobar que no se olvidaba nada, abrió la puerta y, desde allí, dijo:

—Siento mucho que haya sucedido esto… lo siento tanto… Adiós, Orión —se despidió.

Pronunció la última palabra a punto de llorar y salió apurada de la habitación mientras oía que él le decía:

—Adiós, Eme.

Caminó por las callecitas de Triacastela hasta llegar al cartel con la señal que marcaba el comienzo del Camino de Santiago. Lo identificó y, perturbada, con lágrimas en los ojos y la vista empañada, dobló para el lado equivocado.

No había previsto que la diferencia de ideas con Orión le causara semejante dolor. Pero su nueva manera de pensar se había arraigado fuerte en ella y la impulsaba a integrarse a ese grupo de personas que deseaban algo mejor para el planeta. Al mismo tiempo, descubría que Orión era más importante en su vida de lo que había creído. Caminaba y estas ideas le tomaron la mente de tal manera que ni siquiera se dio cuenta de que había errado el camino. Recién se percató de su error cuando llevaba una hora de marcha sin haberse cruzado con un solo peregrino, ni cartel con el dibujo de los rayos amarillos. Era obvio que se había equivocado y decidió emprender el regreso.

De nuevo en el punto de partida, empezó de cero su recorrido a Samos. Los kilómetros hasta su próximo destino equivalían a la

mitad de lo que generalmente ella acostumbraba a caminar en cada jornada; por lo tanto, a pesar del retraso, presumió que llegaría de día, aunque los imponderables del camino y el estado de sus pies podían retrasarla. Entre las ampollas y las uñas moradas, el dolor se le hacía insoportable.

El sol mostraba que ya era la siesta cuando llegó al monasterio de San Julián, una construcción enorme, bellísima, muy antigua, de estilo gótico y barroco. Apoyada en la baranda, permaneció admirándolo durante unos minutos. Hubiera querido apreciar sus detalles, pero su ánimo y sus pies le pedían que se sentara en un bar. Se arrastró hasta la calle céntrica más cercana y, cuando divisó el cartel que rezaba «BAR EL GRAN BOCATA», no lo dudó. Quería un bocata ya mismo, como había descubierto que en España llamaban a los sándwiches, y también le urgía un gran café, pues no había ingerido nada desde las gambas al ajillo que había cenado la noche anterior. Necesitaba levantar el ánimo, lo sucedido con Orión la tenía a mal traer.

En el lugar se sentó en una de las mesas al aire libre e hizo su pedido mientras pensaba en todo lo que había pasado en los últimos días y, aunque no quiso, se le escaparon algunas lágrimas. Sin embargo, cuando llegó su enorme bocata de jamón serrano le asestó un mordisco buscando encontrar consuelo. No lo logró. Con el siguiente, tampoco. Terminó el sándwich y se sentía igual de apenada. Para ella, la comida antes solía ser un quitapesares; evidentemente, los alimentos habían pasado a otra esfera. Sólo el café le devolvió un poco de optimismo.

Finalmente, cuando terminó su refrigerio y se dedicó a apreciar la punta del monasterio que se veía desde donde estaba sentada, una de las meseras se le acercó y atrajo su atención.

—Estaba esperando a que terminaras de comer —le dijo—, quería dejarte almorzar tranquila. ¿Tú eres Eme, verdad?

—Sí —confirmó sin asombro. Parecía que en el camino todos sabían quién era. Ya no le sorprendía que la llamaran por su nombre.

—Me lo imaginé… No hay muchos con tu color de pelo. Me dieron las indicaciones de tu aspecto y también la hora a la que calculaban que llegarías aquí. En cuanto te vi, te identifiqué —explicó la muchacha sonriendo dulcemente.

—¿Tienes instrucciones para mí? —preguntó Eme.

—Mi hermana Lhi te acompañará a la comunidad —dijo, y señaló a la muchacha más joven de cabello enrulado con moño rojo a modo de vincha que atendía en la barra del bar.

La chica le hizo una seña y su hermana se acercó. Intercambiaron un par de palabras y, cuando Eme quiso pagar, no se lo permitieron.

—Este refrigerio —le aclaró la mayor— es un regalo de nuestro bar para ti. Nosotras dos somos las dueñas —dijo orgullosa la más joven mientras la otra se marchaba para atender a un cliente que la llamaba de otra mesa.

—Muchas gracias —dijo Eme, sonriendo, ante el gesto.

—¿Estás lista para que nos marchemos? —preguntó la joven a Eme.

—Sí, sólo te pido que vayamos lento. Tengo los pies muy lastimados.

Eme se puso de pie y dio dos pasos con dificultad. La chica, que notó su estado, le propuso:

—Ven, sígueme. Tengo una idea.

Caminaron sólo una cuadra y se detuvieron frente a una zapatería. Entraron. El lugar no era muy grande y parecía ofrecer sólo lo elemental.

—Hola, Jesusa…, necesitamos tu ayuda —dijo Lhi a la señora regordeta y risueña que atendía.

—Pues mande, nomás. ¿Qué precisan? —preguntó la mujer, que parecía la dueña.

Eme le explicó que necesitaba reemplazar sus zapatillas. Los pies se le habían hinchado a causa de las ampollas y de las uñas que se le habían aflojado después de kilómetros en bajada.

En cuanto escuchó la descripción, la mujer captó el problema y supo qué necesitaba. Se lo dijo en dos palabras:

—Típico de los peregrinos con pies delgados. Caminan en bajada, los dedos tocan la punta del calzado y así terminan perdiendo las uñas.

—Ya no soporto el dolor.

—Vale, niña. Para ti, esto es lo mejor —dijo Jesusa, y le extendió unas sandalias deportivas color marrón marca Columbia junto con unas medias gruesas a tono. Luego agregó—: ¡Verás qué santo remedio!

—¿Con esto podré caminar por los campos?

—¡Hasta Santiago de Compostela! ¡Te lo aseguro como que me llamo Jesusa!

Eme se las probó y, con placer, suspiró profundo. Al fin sus uñas y sus ampollas no rozaban con nada.

—Las llevo —dijo, satisfecha.

En minutos, caminaba con sus nuevas adquisiciones en los pies. Lhi, que iba a su lado, le anticipó que tenían por delante media hora de marcha y que también se quedaría unos días en la comunidad. Una o dos veces al año la visitaba para imbuirse de noticias y ayudar a sus miembros. Eme no se atrevió a preguntar nada, no estaba segura de qué información manejaba la chica.

Avanzaron por las calles comerciales, de asfalto, hasta que ingresaron a los caminos anchos de tierra; luego, por senderos estrechos, atravesaron el bosque húmedo y sombrío. La vegetación era densa, de un color verde brillante, muy exuberante, al punto de que a Eme, por momentos, le parecía caminar por un ceñido

pasadizo verde en el que las paredes y el techo estaban formados por ramas y el piso, por hojas caídas de los árboles.

Finalmente, cuando Eme creía que se había perdido y que ese minúsculo camino no las llevaría a ninguna parte, escuchó decir a la chica:

—Es aquí…

Ante sus ojos apareció un predio alambrado y Lhi supo encontrar el lugar por dónde pasar. Unos metros más allá, ingresaron a una extensión de tierra que no tenía árboles, sino sólo pasto. En una de las puntas se unía a una huerta con una amplia variedad de verduras. Al fondo de la propiedad se vislumbraba una línea recta con una importante cantidad de frutales y un cartel con el nombre del lugar, La Arboleda.

Atravesaron por un borde y llegaron a una gran casa de piedra y madera, en cuyos laterales había cinco viviendas más del mismo estilo, pero pequeñas. Por la puerta de la morada principal salió una mujer mayor. Eme, sorprendida ante la presencia de una sobreviviente de las pandemias, calculó que tendría unos setenta y cinco años.

—Bienvenidas, las estábamos esperando —dijo la mujer, que vestía jean y camisola clara e iba descalza.

Se acercó y a cada una le estampó un beso sonoro.

—¿Cómo estás, Lhi? ¡Y tú debes ser Eme, encantada de conocerte! Soy Pepi.

Eme asintió y la saludó amablemente. Luego oyó cómo la muchacha del moño rojo, después de dos o tres comentarios triviales, le brindaba un parte de lo que había visto por el camino: los peregrinos de siempre, dos hombres extraños que hicieron preguntas en el bar, un vehículo de la GM rondando el monasterio de San Julián.

Eme oyó la última frase y el corazón le dio un brinco, pues le resultó inevitable pensar en Orión y recordar el altercado.

Pepi, de pelo blanco y brillante que le llegaba más abajo de los hombros, era esbelta y, a pesar de las arrugas, su piel brillaba. Sus ojos verde oscuro resaltaban en su semblante que emanaba paz. Sus movimientos eran rápidos, como si fueran los de una joven. En su cuello llevaba un collar del cual pendía una piedra de color amarillo.

Eme ingresó a la vivienda grande, antigua y decorada de manera rústica. En la sala había dos enormes sofás amarillos y, en la punta, junto a un imponente ventanal, una mesa de roble con sus doce sillas. Las paredes blancas mostraban algunos cuadros de cierta dimensión y cientos de fotos del lugar que permitían apreciar las distintas épocas. Las alfombras eran de telar, había flores secas en los jarrones y varias macetas con plantas.

—Niña, ven, que te daremos algo para reponer fuerzas —dijo Pepi y, tomándola de la mano, la guio a la cocina.

Eme se sentó y estiró las piernas mientras ella exprimió un jugo de naranjas, lo puso en un vaso y se lo entregó.

—Son de nuestra huerta.

—Gracias —dijo, y se lo tomó desesperada. El bocata de jamón le había dado sed, y el cuerpo le pedía algo dulce.

Pepi, al verla beber con gusto, comenzó a exprimir otras naranjas mientras se dedicó a contarles con lujo de detalles el nacimiento de las berenjenas y las calabazas. En pleno relato, apareció un hombre de ojos azules y cabello blanco recogido en una coleta, vestido de jean y camisa colorida.

—Él es Tomás Orozco, dueño de casa —lo presentó Pepi y, sonriendo pícaramente, añadió—: Y también mi chico.

El hombre la saludó y al tema de las verduras agregó el de los naranjos. Comentó que estaban cargados como nunca.

—¡Por Dios, pobre muchacha! —dijo señalando a Eme y añadió —: ¡Aquí estamos hablando de bueyes perdidos y tú debes querer descansar! Te llevaré a tu cuarto.

—Oh, no, estoy bien —aseguró Eme, aunque en su voz sonó lo contrario.

Pero enseguida estuvo sola en su cuarto, agradecida de que tuviera un baño privado y estuviera en el piso alto, alejada de los movimientos de la casa. Pese a que afuera ya casi caía la noche, en la habitación todo era pura luz. Los últimos rayos de sol del ocaso entraban por la ventana y rebotaban en las paredes, muebles y ropa de cama, cuyos colores claros iban del blanco al amarillo con detalles en dorados. Le agradó la sensación que provocaba, le pareció sanadora. Le gustaba que todos los materiales de la habitación fueran nobles: a su alrededor veía el algodón y la lana de las sábanas y las frazadas, los canastos de paja y la madera del techo y del piso.

Agotada, se dio un baño; luego, se metió en la cama con la intención de descansar un rato antes de bajar para la cena, tal como le había indicado Pepi, pero, una vez que estuvo entre las sábanas, su pensamiento fue directo a Orión y los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Por qué habían salido tan mal las cosas entre ellos? ¿Por qué, si se habían sentido tan unidos, tenían ideas tan distintas? ¿Había solución para ese problema? Se abrazó a la almohada y cerró los ojos. Cansada, e intentando evadir los cuestionamientos, se quedó dormida. Su sueño fue tan profundo que las horas pasaron sin que se diera cuenta y recién abrió los ojos cuando una quietud total inundaba la casa. Evidentemente, todos dormían. El reloj del chip le marcaba las tres de la mañana. Se acomodó mejor y volvió a dormirse.

Se despertó cuando la primera claridad del día entraba por la misma ventana a través de la que había visto esconderse el sol.

* * *

Cuando Eme bajó a la cocina, Pepi ya la esperaba con otro vaso de jugo; esta vez era rojizo, de arándanos. En la mesa, Lhi desayunaba queso, jamón y pan casero; todo, acompañado por una tortilla de papa recién hecha por Tomás.

En cuanto el hombre la vio aparecer con cara de sueño, exclamó:

—*Aupa, neska!*

Así supo que era un vasco divertido al que le gustaba cocinar y dejar la cocina patas para arriba después de ensuciar muchos utensilios. Eme lo comprobó al apreciar el caos que había provocado al preparar una simple tortilla.

La charla entre los cuatro fue amena. Pepi era por demás conversadora y quien dirigía y entretenía la tertulia. Eme se sorprendió al enterarse de que la mujer era hija de italianos, pero nacida y criada en París; de repente, cuando se lo contó, encontraron muchas cosas en común. La principal: ambas eran parisinas con ancestros italianos. Pepi le contaba que en su familia también había integrantes con cabellos del mismo tono rojo que Eme. Ambas sonreían ante las coincidencias.

Eme se preguntaba cuál sería la finalidad por la que Hache había querido que visitara ese lugar. Había pensado en preguntar abiertamente pero finalmente desistió y decidió, entregada a su destino, dejar que su estadía de dos días se lo terminara de mostrar.

Lhi terminó de desayunar y, poniéndose de pie, comunicó que ayudaría en la huerta, donde todas las mañanas trabajaban las familias que vivían en las cinco casas aledañas.

—Yo me ofrezco para hacer el almuerzo, estoy antojado de tallarines al pesto —dijo Tomás.

—Propuesta aceptada —dijo Pepi. Luego, mirando a Eme, le propuso—: Me gustaría mostrarte algo. ¿Me acompañas?

—Sí, claro —respondió Eme. ¿Qué otra respuesta podía dar?

Tras salir de la casa, ya en el parque, Eme divisó al grupo que trabajaba la tierra de la huerta y, como supuso que Pepi quería

enseñársela, caminó en esa dirección.

—A la huerta iremos luego —le dijo tomándola del brazo—. Ahora vamos a ver nuestro gran hórreo —anunció haciendo hincapié en la última palabra.

Eme, que nunca había escuchado antes ese vocablo, se animó a preguntar:

—¿Qué es un hórreo?

—El depósito donde antiguamente los gallegos guardaban el cereal que les permitiría pasar el invierno. Al que vamos no es precisamente uno, pero nos encanta decirle así, pues cumple las funciones de granero, como en épocas pasadas. Sólo que ya no abastecerá a una familia, sino a muchísimas más.

Eme no entendió.

Luego de una caminata de unos doscientos metros —que a Eme le dio certeza acerca de cuán extenso era el predio de La Arboleda —, apareció una construcción elevada, de grandes magnitudes. Pepi corrió el largo cerrojo de la pesada puerta y ambas ingresaron al enorme salón, una especie de galpón con pequeñas ventanas alargadas que casi llegaban hasta el techo. El sitio se hallaba repleto de estanterías atestadas de abultados sacos de tela de arpillera. Para llegar a los más altos se necesitaba escalera.

—Cada vez que vengo —dijo Pepi, embelesada—, me emociono, me maravillo. Esto que ves, Eme, es uno de los graneros del mundo. Lo digo en el más completo sentido de la palabra porque, aunque aquí no tengamos granos, es nuestro reservorio.

—¿Qué tienen las bolsas, entonces? —preguntó Eme con curiosidad.

—Mi pequeña parisina, contienen las semillas que servirán para que esos pocos que hoy quieren apropiárselas no lo logren.

—¡Oh! —exclamó Eme, que acababa de entender.

—Servirán para revertir el invierno que se avecina sobre el mundo… Aquí está la reserva… aquí está latente la posibilidad real

de hacer nacer nuestros propios alimentos cuando a los hombres les nieguen las semillas.

—Entiendo… hablas en sentido figurado… No se trata de un verdadero invierno, sino de un tiempo negro que atravesará el planeta.

—¡Así es! Me refiero a una época que será muy triste para el ser humano.

Eme empezó a caminar entre los estantes. Con su mano rozó los sacos, hundió sus dedos. Pepi iba junto a ella.

—¿Qué clase de semillas guardan en este granero?

—De las más variadas. Venimos recolectándolas desde hace años y estamos a punto de empezar a repartirlas. A causa de las nuevas noticias se ha vuelto peligroso acopiarlas aquí. No será difícil para La Firma imaginar qué guardamos en nuestro hórreo y confiscarlas.

—¿Y a dónde piensan enviarlas? —se interesó Eme.

—Serán entregadas a personas de distintos lugares; sobre todo, a las comunidades que están empezando a cultivar la tierra en los campos.

—¿Hay otros depósitos como este?

—Cada país posee varios. Hace años que nos venimos preparando.

—¿Mucha gente sabe de este proyecto?

—Bastante, la suficiente como para que la noticia llegue a los equipos que trabajan para La Firma y quieran confiscarlas. Por esa razón estamos apurados por distribuirlas.

—¿Cuándo lo harán? Claro, si me puedes contar…

—Empezaremos cerca del día en que tú realices tu trabajo.

Al fin alguien le hablaba de su labor. Decidió aprovechar la ocasión y pedir información.

—¿Sabes en qué consiste mi trabajo?

—Sé que tienes asignada una misión importante, una tarea relacionada con tu especialidad… computadoras… tecnología. Pero lo

mejor para ti es no saber mucho hasta que llegue el momento. Y para mí y los demás, directamente no saberlo.

—Me preocupa tanto misterio… —confesó Eme, que confiaba en Pepi y la percibía cercana desde que la había recibido en su casa.

—No te inquietes, El Movimiento nunca te dejará sola ante una dificultad. Es más: si es necesario, te sacará del problema.

—Me perturba, de todos modos.

—Te diré algo para que te quedes tranquila: somos más poderosos de lo que se piensa. Hay mucha gente importante que pertenece a nuestros grupos, pero no lo hacen público para seguir ayudando sin trabas. Igual que pasa con La Firma y hasta con la GM. Toda organización tiene sus propios topos y enemigos internos…

—Oh, lo sé —dijo Eme, y el estómago se le hizo un nudo. Había recordado a Orión por primera vez en horas. Agregó—: A veces siento que camino en arenas movedizas.

Pepi posó su brazo en uno de los hombros de Eme para consolarla y guiarla hacia la salida.

—Por tu bien, permanece tranquila, con la mente fría. Yo pertenezco a El Movimiento desde hace muchos años y nunca ha fallado.

—Yo casi no los conozco.

—Lo sé, lo sé. Me dijeron que eras muy nueva, por eso quisieron que conocieras La Arboleda. Además, estás a tiempo de echarte atrás. Avisas y quedas libre de realizar el trabajo. Pero debes avisar, por favor. Si no lo haces, muchas personas pueden correr peligro.

Eme asintió y Pepi abrió la puerta para salir. El sol de la mañana les dio de pleno en la cara y les hizo sentir su dulce tibieza. Eme empezaba a tranquilizarse.

En el parque, mientras avanzaban hacia la huerta, Eme ponderó la belleza de la propiedad y Pepi le contó que ella y su marido habían puesto la casa y el predio al servicio de El Movimiento.

—¡Bah, la hemos puesto al servicio de la humanidad! —aclaró sonriendo y luego añadió—: Antes de nosotros fue de mis padres.

—Me imagino cuántas historias y recuerdos tendrás aquí —dijo Eme mirando a su alrededor.

—Muchos, más de los que puedas imaginar, y de toda clase; algunos lindos y otros no tanto. Empecé a ser parte de El Movimiento cuando perdimos a nuestro único hijo, siendo muy jóvenes.

—Lo siento...

—Todo tiene un porqué y lo importante es que Tomás y yo encontramos las respuestas que necesitábamos. En esa época entramos en una gran crisis existencial, matrimonial y hasta de salud. No quiero aburrirte, ni abrumarte…

—Oh, no, por favor, cuéntame. Yo misma me siento en crisis, y escucharte me ayuda.

—El dolor se volvió nuestro compañero y nuestra vida, un caos. Me enfermé, Tomás empezó a andar con mujeres y a tomar whisky. Finalmente, cuando todo, absolutamente todo se derrumbó, empecé a cambiar mi manera de ver la vida. Era eso, o me moría. Entonces sólo por hacer algo, comencé con la huerta. Y la tierra y las plantas me fueron sanando casi sin que me diera cuenta. Al principio, trabajaba el suelo llorando y con las manos, hasta hacerlas sangrar.

—Qué experiencia… —dijo Eme, impresionada, y enseguida se atrevió a preguntar—: ¿Y cuándo se integraron a El Movimiento?

—Fue el primer año después de la muerte de mi hijo. Yo tenía treinta y cuatro años cuando empecé con la resistencia. Luego de mucho tiempo, también lo hizo Tomás.

—¿No se unieron al mismo tiempo?

—No, teníamos ideas muy distintas. Fue una época dura, no estábamos de acuerdo en nada y cada uno hacía su vida.

—¿Y cómo lograron coincidir? —Eme mostraba interés en el tema porque no dejaba de relacionarlo con el gran desacuerdo que habían

mantenido con Orión.

—Las personas procesan sus vivencias de maneras y en tiempos distintos. A veces necesitan pasar por experiencias traumáticas, significativas o reveladoras antes de animarse a hacer cambios. Y aquí otra vez la tierra nos ayudó. Tomás se entusiasmó con la vida verde que nacía en nuestro parque. Pero no creas que pasó así, de la nada. Hubo momentos muy fuertes, llantos largos…

Eme hubiera querido saber más, pero la proximidad a la huerta las obligaba a cambiar de tema. Mientras daba los buenos días con la mano en alto a la gente que las veía llegar, Pepi remató la charla:

—El Movimiento apareció con fuerza por esos años, pero se dice que aquí y en otras partes del mundo ya existía desde mucho tiempo atrás. —Se detuvo y, mirándola a los ojos, agregó—: Y ahora tú eres parte de esto y es un honor que así sea.

—Gracias…

—Gracias a ti. Y ahora, déjate sorprender por el universo, porque te puedo asegurar que la vida te devolverá diez bondades por cada cosa buena que hagas por este mundo.

—¿Realmente así lo crees?

—Es un viejo dicho que vino con El Movimiento y muchas veces lo he visto cumplirse.

Eme la observaba con los ojos llorosos.

—Ojalá así sea. Espero encontrar los actos buenos que debo hacer…

—Cuando en esta vida no sepas hacia dónde dirigirte, sólo relájate y déjate guiar por tu instinto.

—Lo intentaré —alcanzó a decir, porque su vista descubrió que las personas ocupadas en la huerta abandonaban su labor para acercarse a saludarla personalmente, incluida Lhi, que le sonreía.

Cada uno se presentó respetando su turno y le dio un beso o un abrazo.

Tras un largo rato de charla amable, Pepi propuso:

—Dejemos descansar a nuestra invitada, que lo necesita. Yo iré a ver cómo va Tomás con el almuerzo, no me fio del todo cuando cocina —deslizó con pícaro guiño.

—Yo haré un poco de *grounding*, lo necesito —dijo Eme.

—Buena idea, ve a pisar el pasto en la parte tranquila del parque. Esta noche tendrás tiempo de charlar con todos, pues cenaremos juntos —dijo Pepi refiriéndose al grupo que acababa de conocer Eme.

Tres hombres mayores y varias parejas jóvenes —entre ellas, una de italianos que llevaba un tiempo radicada en España— vivían en las casas aledañas a la de Pepi y Tomás. En la comunidad también había niños, pero Eme aún no los había visto porque se encontraban tomando clases con una chica que ejercía como maestra. En esos breves minutos de charla, los padres alcanzaron a explicarle que, en desacuerdo con las políticas educativas del gobierno —consideraban que aleccionaban a los jóvenes para ser serviles al sistema—, no los enviaban a la escuela. Por lo tanto, quienes vivían en La Arboleda no escolarizaban a los pequeños. A Eme le extrañó la idea, pero podía asegurar que esas personas parecían estar conformes con la decisión, pues sus rostros luminosos, los semblantes tranquilos y las voces sinceras transmitían convencimiento pleno. Entonces, podía reconocer que, tal vez, no estuvieran tan equivocados.

En instantes, Pepi se marchó, el grupo siguió trabajando y Eme se fue caminando en busca de un lugar tranquilo.

Encontró uno apartado y se sentó bajo la copa de un frondoso árbol. Y allí, sola otra vez, le vino a la mente la imagen de Orión. ¿Él también la recordaría? ¿Qué estaría haciendo? ¿De qué se tratarían sus reuniones? ¿Realmente no la denunciaría? Estaba segura de que no. Lo extrañó, lo quiso ver, pero tuvo miedo, tal vez, él fuera muy distinto de lo que ella creía. Entonces, quitándose los zapatos, los apoyó en el pasto e hizo contacto con la tierra, aspiró con fuerza el aire puro y sintió cómo los electrones limpios ingresaban a su

cuerpo; nuevamente la inundó la sensación de que la naturaleza la abrazaba y le quitaba los temores. De una u otra manera, todo se acomodaría.

Pasó un rato allí, hasta que se puso de pie y caminó descalza hacia el oeste, algo la empujaba hacia ese extremo. Avanzó unos metros, descendió por un sendero con bastante pendiente y enseguida descubrió un delicioso arroyo. Se alegró ante la pequeña prueba: seguir su instinto había salido bien. La imagen llena de vida con el agua en movimiento la tentó y sumergió los pies en un remanso mientras el sol fuerte del mediodía le daba en la cara, energizándola. Sentía cómo, poco a poco, su cuerpo, su mente y sus emociones se recomponían, se sanaban. Tuvo un breve e intenso momento de felicidad y plenitud. La vida era bonita, mucho más de lo que había creído y sentido mientras vivía encerrada en el departamento de París con un chip puesto en la cabeza. Su existencia, en ese momento y en ese lugar, le sabía a libertad y expansión. Deseó que fuera así siempre. Sólo le faltaba una cosa para que el instante fuera perfecto: la compañía de Orión.

Ella no imaginaba que, alguna vez, en ese mismo río, también se habían bañado sus antepasados y, preocupados por acontecimientos de su vida, habían sido tranquilizados por esas mismas aguas.

* * *

Esa noche, en la casona de Samos, la mesa grande de madera ubicada en la sala reunía más de veinte comensales: a las doce sillas tuvieron que sumar otras tantas de las casas vecinas para que todos saborearan la paella que habían preparado los dueños de casa para los miembros de La Arboleda, cinco vecinos de la zona, más ella y Lhi. Los niños correteaban de aquí para allá haciendo bastante bullicio; Eme, desacostumbrada a compartir el espacio con ellos,

estaba asombrada por la energía que exudaban en sus juegos. En París, no se veían pequeños en la calle; la gente no tenía hijos en las grandes ciudades y los pocos niños que allí vivían pasaban horas encerrados, entretenidos con la tecnología. Para ellos, estaba Perlita, un ser muy similar a Perla, adaptado al lenguaje y temáticas infantiles.

Pero esa noche la algarabía pintaba la sobremesa de una velada feliz. Eme observaba cómo interactuaban los miembros del grupo. A todos los veía plenos, conversadores; nadie entraba en línea y la tecnología no cortaba los diálogos; al contrario, un tema traía otro, las charlas eran largas y muchas veces terminaban en carcajadas. Se preguntaba si le esperaba una vida así en algún lado. Recordaba que Hache le había anticipado lo fuerte que sería la experiencia de estar quince días caminando en medio de la naturaleza. Se animó a vaticinar, incluso, que le gustaría tanto que quizá deseara quedarse allí para siempre. Y, si así lo decidía, él se ocuparía de realizar los arreglos necesarios para que se instalara en la comunidad. «¿Hache se refería a la granja de Tomás y Pepi, que me quede aquí? ¿Podré vivir lejos de mi amado París?» Enternecida por los niños, se preguntó: «¿Alguna vez tendré hijos? Y si los tengo, ¿cómo los criaré?».

—Oye, francesita, qué pensativa estás… ¿Te ha gustado la paella? ¿Quieres otro plato? —preguntó Tomás.

—Me ha encantado, pero no me entra ni un solo bocado más —respondió Eme de regreso a la realidad.

Desde que se había entregado a la travesía, ella comía mucho menos. Las largas caminatas y el alimento sano que ingería habían cambiado su manera de comer, su metabolismo y hasta su cuerpo.

—Pero postre tendrás que aceptar, hay frutas de nuestra huerta con yogur cremoso hecho por Pepi.

—Siempre tengo un lugarcito para lo dulce.

* * *

A algunos kilómetros de la casa de los Orozco, más precisamente en un pequeño restaurante de Triacastela, Orión declinaba el ofrecimiento de comer postre que le hacía su interlocutor, un compañero de trabajo cuyo escalafón estaba un grado más arriba. Iñaki era un hombre bastante elemental, calvo y algo excedido de peso de unos cuarenta años, lo que por esos tiempos se consideraba un españolote —de los pocos que quedaban— que aún insistía en usar a la antigua un nombre vasco. Ambos solían verse esporádicamente en la oficina donde Orión se reportaba cuando le tocaba patrullar de incógnito el camino; cenar juntos no era común y, si en esta oportunidad estaban en un restaurante, simplemente tenía que ver con que había sido enviado por sus superiores para darle instrucciones a Orión sobre la nueva misión que lo aguardaba en Compostela. Durante la cena, Iñaki también se había encargado de advertirle sobre lo que se había descubierto en la zona. Terminada la comida hablaron dos o tres palabras más antes de despedirse.

—Así que tenemos un nuevo cambio de planes —dijo Orión, pensativo.

—Tú lo has dicho.

—Si mal no recuerdo, que viniera aquí ya fue uno —insistió.

—Te necesitan. Precisan a todos los que están en la zona —aseguró su superior.

—Pensaba finalizar el recorrido y disfrutar del franco que me adeudan.

—Sólo se agrega la actividad de Compostela, Orión. Luego puedes tomarte el descanso. Ya sé que te deben varios francos, así que no habrá problema —aseguró e intentó cambiar de tema porque

sabía que estaban en falta—: ¿Y qué tal ha estado el camino esta vez?

—Igual que siempre —mintió Orión. Por su actividad, algunas veces entraba en contacto con los peregrinos, pero nunca había conocido a nadie que le interesara como la francesa.

—Mejor que los senderos estén tranquilos. Pero ten presentes las últimas noticias, ya sabes que estos malditos pendejos sediciosos jamás descansan.

—Tengo la impresión de que cada vez hay más —respondió Orión, meditando nuevamente en Eme.

Desde su partida, no podía sacarla de sus pensamientos; había pasado ese día imaginándola en todas y cada una de las facetas que le había conocido, incluida la de ser una activista de la resistencia. A su mente venía la imagen de Eme sonriendo y disfrutando de la naturaleza, la de ella dulce y desnuda haciéndole el amor; por momentos, la recordaba triste, nerviosa y estresada como buena parisina; y claro, la imaginaba rebelde, sediciosa y enemiga de los ideales que él defendía, tal como se lo había demostrado durante la amarga discusión.

El hombre le dijo lo que pensaba:

—Ya no podrán seguir actuando con total impunidad, les queda poco tiempo… ¿Has escuchado sobre las duras penas legales que se aplicarán a los sediciosos? En cuanto salga la nueva ley, ¡zas!

—Sí, estoy al tanto. El año pasado ya te advertí que se venían penalidades más severas —le recordó Orión.

—Lo que me pregunto, y lo que más me interesa, es saber qué pasará con nosotros. ¿Cómo será nuestro trabajo, será igual, sufrirá cambios? —inquirió Iñaki. Le interesaba la opinión de Orión, a quien consideraba una persona lúcida y apasionada por la causa. Siempre adelantado. No trabajaba por el dinero, sino que creía en su labor.

—Seguro que los habrá —dijo Orión.

—Si es así, espero que nos aumenten los sueldos. Si en esta zona se ha logrado mantener a raya a El Movimiento y descubrir sus planes, no tengo dudas de que ha sido gracias a nosotros… A ti, a mí y a todos los agentes de la Guardia Mundial.

—No seas tan optimista, que paguen más es imposible —señaló Orión, que no era ingenuo.

—¡Siempre lo mismo! —exclamó Iñaki y, amargado, sugirió—: Pidamos otra botella de vino.

—¿Otra? No me queda crédito para alcohol. Este mes ya gasté mi monto permitido.

La regla que alguna vez había llevado a Eme a conocer a Hache se aplicaba a todos, incluidos los trabajadores de la GM. Las cenas con Eme habían hecho desaparecer su saldo.

—Pues, de todos modos, Orión, pediremos otro vino porque esta comida se la haremos pagar el gobierno. Puedo usar la cuenta del trabajo y esa no tiene límite de alcohol. Si no piensan aumentarnos, al menos le sacaremos provecho.

—Pídela, entonces —aceptó Orión.

Evidentemente, las cuentas gubernamentales gozaban de excepción y la aprovechaban quienes podían, como Iñaki.

—¿El mismo o quieres otro vino?

—Me da igual —respondió Orión. Lo único que deseaba era algo que actuara de somnífero para dormir bien esa noche.

Aunque él se había propuesto hacer vida sana en esta travesía, lo vivido con Eme en los últimos días lo tenía alterado. Además, a sus preocupaciones se sumó el trabajo que Iñaki le encomendó hacer en Santiago de Compostela. No era habitual que le solicitaran ese tipo de cosas; tampoco que le notificaran cambios sobre la marcha. Por lo tanto, dedujo que se trataba de algo importante. Estaba seguro de que esa noche le costaría dormir; dos copas más de vino le vendrían bien.

Mientras tomaban, los hombres intercambiaron información acerca del grupo sedicioso que, aparentemente, comandaba una pareja mayor ubicada en una casona de Samos. Nunca se habían tomado medidas respecto a este tipo de personas, aunque se las vigilaba. Sin embargo, eso cambiaría con las leyes nuevas y pronto se les acabaría la libertad porque en las oficinas de la GM se gestionaba la autorización para allanar el predio de La Arboleda.

Una hora después, Orión se dirigió a su albergue. Aletargado por el vino, como los pies le pesaban, creyó que el sueño vendría rápido, pero, cuando llegó al cuarto, la ausencia de Eme se le hizo patente. En esa misma cama había dormido con ella; la extrañaba igual que la noche anterior. Entonces, un tanto ebrio, lo decidió: iría a Mercadoiro y trataría de encontrarse con ella en el albergue.

—¡A la mierda con que sea parte de El Movimiento! No me importa que sea una sediciosa. ¡Quiero verla! —exclamó. Su voz retumbó en el cuarto.

En su interior, algo le decía que no se diera por vencido. Y si deseaba verla, lo mejor sería aceptarlo y planearlo. Sentado en el borde de la cama, iluminado por la luz del velador, cerró los ojos y consultó con Perla los kilómetros que tenía por delante. Si se apuraba, llegaría el día convenido. Ahora sólo faltaba comprobar si se presentaría la francesa.

* * *

En su cuarto, a punto de dormirse, afligida por la misión que la aguardaba en Compostela, Eme también pensó en Mercadoiro. Claro que no iría al hotel. No debería volver a ver a Orión.

CAPÍTULO 11

PIES DOLORIDOS

La Hispania, año 31 a. C.

Camino y me fallan las fuerzas, avanzo y los pies me duelen. Quiero tenderme en el suelo y no levantarme más.

Buscando darme fuerzas me digo a mí misma «Como que soy Cazue, moradora de la montaña verde, que llegaré hasta donde voy». Los ancianos de la aldea aseguran que pronunciar los deseos con convicción y en voz alta ayudan a que se cumplan. Pero los días pasan, ya llevo muchas millas de caminata, y no logro alcanzarlos.

Al comienzo, mis pies se ampollaron; luego, se lastimaron; y hoy han sangrado desde que empecé el recorrido. Mis sandalias se han gastado y ya no me protegen. Pero lo peor es que no conseguiré otras que las reemplacen.

Por seguridad, nunca camino por el empedrado que los romanos han colocado a modo de calle para que transiten sus carros y tropas. Para una mujer sola, el bosque resulta un buen refugio, pero el precio que se paga es la tierra pedregosa. Los senderos ásperos y desiguales han terminado rasgando mi piel.

El dolor de pies me agobia, miro al cielo y pido ayuda a mis dioses. Estoy agotada, no doy más; entonces, busco la sombra de un árbol y me siento. Apoyo mi espalda en el tronco y lo descubro: se trata de un alcornoque de esos que tienen la corteza esponjosa,

firme y suave. Rebusco entre mis ropas la navaja y marco el tronco. Quiero quitar un pedazo de corcho para ponerlo como suela en mis sandalias; así lograré amortiguar los pedruscos que me dañan cuando piso.

Trabajo firmemente con mis manos durante un largo rato, y al fin lo logro. Corto el trozo con la navaja y me ayudo para darle forma con la punta del brazalete de mi padre; su extremo puntiagudo me sirve para marcar por dónde debo cortar. Le doy la forma de mis pies, coloco mi pequeña obra bajo las suelas de las sandalias y me las pruebo. ¡Están bien! Pero me desaliento al comprobar que hoy ya no podré caminar más, necesito que mis heridas cicatricen un poco. «Mañana será otro día», me digo, y decido agradecer al alcornoque que me ha brindado su corteza para continuar cuando salga el sol.

—Gracias, alcornoque —le digo al árbol mientras cruzo los brazos sobre mi pecho en señal del agradecimiento que formulo.

La planta parece responderme porque mece sus hojas con fuerza. Y yo me lleno de remembranzas cuando recuerdo la arboleda de esa misma especie ubicada justo enfrente de la puerta de la casa de mi padre. Puedo verlos, hace frío y allí están…

Recuerdos

El invierno había llegado y la vida en la montaña verde seguía su curso. Desde la casa de Caleyano se podía ver cómo los árboles perdían sus hojas. Sólo los alcornoques se aguantaban el frío y se mantenían en pie sin perder el follaje, como fuertes guerreros que no se dan por vencidos ni aun en la peor de las batallas. Nada crecía en la huerta ni en los alrededores de la casa, sólo parecía florecer la panza de Cazue, que día a día estaba más grande.

Caleyano no había podido eludir más la responsabilidad de regresar a la mina, tanto porque los romanos se lo exigían, como

porque necesitaba el dinero. O retomaba su tarea en ese momento o pronto debería enviar a Leto a la mina, labor para la que aún no estaba preparado; lo veía joven y temía por su vida. Había partido de su casa para cumplir con su temporada de trabajo un tanto resignado y triste. La angustia se había disipado. «Lo peor ya pasó», pensó, equivocado, sin imaginar las sorpresas que la vida podía depararle.

Esa mañana, tal como lo había hecho durante los últimos días, Cazue amasó los panes. Deseaba que Leto los vendiera para juntar la mayor cantidad de monedas, las necesarias para vivir. Se sentía responsable del niño que llevaba adentro. Y así como antes su hermano amasaba y ella vendía, ahora habían invertido las tareas. Porque Leto partía cada mañana al campamento y los romanos le sacaban de las manos los panes de bellota. Cazue, por respeto a su padre, que se había hecho cargo de ella y del pequeño que pronto nacería, no había vuelto a bajar hasta Las Médulas, el campamento que tantos recuerdos le traía. De Publio no sabía absolutamente nada y, aunque a veces deseaba verlo, el amor a Caleyano se lo impedía; tendría que mentirle y no quería cometer otra falta.

Esa mañana, cuando la veintena de hogazas estuvo lista, llamó a Leto y le dijo:

—Aquí están todos los panes. Vete ya a venderlos antes de que se haga tarde. Este es el mejor momento del día porque a los romanos comienzan a silbarles las tripas y se tientan.

—Lo sé. Ya aprendí —respondió el muchacho.

—Me alegra, te haces grande y muy inteligente.

Él le sonrió.

Con el atado bien amarrado, Leto tomó el sendero rodeado de cipreses y caminó rumbo a uno de los pequeños universos romanos emplazados dentro de la Hispania.

Mientras Cazue lo miraba alejarse desde la puerta, un fuerte dolor en el abdomen la obligó a doblarse; se tocó la panza. ¡Qué

fuerte se movía el niño! ¿O acaso los dolores anticipaban lo que vendría? Se preocupó; ella todavía no se había presentado ante la partera. Se prometió a sí misma visitarla al día siguiente.

* * *

Esa mañana, Publio estaba pendiente del camino de los cipreses, como le decían al sendero que comunicaba con la aldea. No es que esperara a la panadera, no, sino a su hermano, quien cada jornada aparecía con el atado. En cuanto lo viera, hablaría con el muchachito. La chica de la trenza no había vuelto al campamento; y si bien al principio había creído que era lo mejor, después de la conversación con Junia estaba ansioso por cruzársela.

Cuando los rayos del sol alumbraron la tienda que cobijaba la mesa con los planos de los matemáticos, Publio dirigió la mirada hacia el sendero y descubrió lo que esperaba. Abandonó el inventario de cereales y fue tras el panadero.

Cuando lo tuvo a pocos pasos, lo llamó:

—Ey, muchacho…

Leto se dio la vuelta y, cuando vio el cabello rojo del hombre, enseguida lo reconoció; recordaba muy bien aquella mañana en que Cazue había terminado llorando después de acercarse al romano. Si bien eso había sucedido meses atrás, Leto tuvo la sensación de que había pasado mucho más tiempo, ya que por ese entonces era sólo un niño y ahora se sentía un hombre. El cambio experimentado por su hermana lo había hecho madurar y le había permitido entender mejor ciertas cosas de la vida.

Se dirigió al hombre con respeto porque, al fin y al cabo, se trataba de un romano.

—¿Qué desea, señor? ¿Una hogaza? ¿Dos?

—Dame una... ¿Y tu hermana? ¿No viene más?

Leto tragó saliva.

—No.

—Pues, cuando la veas, dile que tengo un trabajo para ofrecerle. Es algo bueno, en la casa grande, la del ingeniero Ovidio Fabio, es esa… —dijo y señaló la propiedad de Junia. Siempre impactaba verla.

—¿Un trabajo para ella?

—Sí.

—Pero no puede, tiene que cuidar a mis hermanos.

—Pues, pregúntale, muchacho. El metálico siempre se necesita y le pagarán muy bien.

—Además, está embarazada.

—Eso no será un problema, muchacho. La señora de la casa estará encantada. Dile que Publio, el proveedor, se lo ha conseguido y que, si le interesa, venga a hablar conmigo.

—Se lo diré —contestó Leto por compromiso y porque quería acabar de una buena vez la conversación.

Claro que no le contaría nada, no tenía sentido. Debido a su estado, su hermana casi no podía trabajar en la casa, mucho menos en otro lugar. Además, ese hombre no le caía bien. Sospechaba, a veces, que ese romano era el padre del niño. Como fuera, ya no importaba, lo sucedido con Cazue había tomado un cauce marcado por su padre, como siempre ocurría en su familia.

Publio, en un intento por congraciarse, alabó la masa del pan, pero el muchachito lo ignoró con el pretexto de atender a los otros romanos que se acercaban a comprarle.

* * *

Ese mediodía, en la casa de Ovidio Fabio, Junia se movía con inquietud. Sus planes pendían de un hilo, aún no tenía nada

asegurado para que se cumplieran y el tiempo corría. Si bien Publio le había prometido traer a una aldeana embarazada, aún no aparecía con la chica. Claro que esa conversación la habían mantenido dos días atrás; pero ella estaba apurada y no podía esperar mucho. Tenía que hablar con la muchacha antes de que volviera su marido. Si la chica aceptaba la propuesta, le contaría a Ovidio Fabio que disponían del niño para otorgarle su apellido y criarlo como propio. ¿Acaso Julio César no había nombrado como hijo a su sobrino Octavio? Si lo había adoptado transformándolo en su hijo, entonces ellos bien podían proceder del mismo modo. A cambio del niño, Junia planeaba ofrecerle una suma grande de dinero. Tan grande que no se negaría. Ningún astur ganaría un monto parecido en toda su vida de trabajo. Para esos salvajes, además, un niño no significaba nada. ¡Si se reproducían como conejos! A diferencia de los romanos, esos bárbaros no practicaban ni el más mísero límite de natalidad. Incluso, razonó Junia, después de entregarle el que ahora llevaba en su vientre, la muchacha podría quedarse con todos los niños que engendrara en el futuro.

Tras sus elucubraciones, Junia comprendió que debía concentrarse en obtener el sí de la aldeana antes de que llegara Ovidio Fabio, quien, de no producirse ningún cambio sustancial, no torcería el curso normal de los acontecimientos anunciados en la carta y solicitaría el divorcio. Debía frenar el repudio con la idea de un niño, que, aunque no fuera propio, vendría a suplir ese rol. No sería la primera ni la última, pues en Roma abundaban los casos. De todas maneras, mientras se lamentaba por no haberlo intentado antes, sabía que su plan debía contar con la conformidad de su marido.

Caminaba nerviosa por la casa trazando los detalles acerca de cómo llevar adelante su objetivo, cuando decidió mandar llamar a Publio. Quizás el proveedor contara con una noticia que le refrenara la ansiedad.

Escribió una nota y se la envió con su esclava. Breve y sin rodeos, le pidió que la visitara esa noche. Sabía que se presentaría. «Publio hará lo que sea por mí», pensó. Y deseó que su esposo fuera así.

* * *

En la aldea de la montaña verde la vida de sus moradores seguía su ritmo. Mientras Caleyano continuaba en la mina, los niños cumplían las tareas diarias bajo la tutela de Cazue.

Hacia el mediodía, cuando regresó a su casa, Leto guardó en la vasija de barro las monedas que había ganado. Ese ahorro podía llegar a salvarlos si su padre se enfermaba de nuevo.

—No me quedó ni una hogaza sin vender. ¿Mañana me harás más?

—Sí.

—Entonces, iré más temprano.

—Hoy fuiste a la mejor hora.

—Intentaré ir antes para no ver a ese estúpido romano que me molesta con su charla —dijo, y se arrepintió. Se había propuesto no nombrarlo delante de Cazue.

—¿Quién te molesta? —preguntó preocupada.

—Nadie.

—Dime…

—Uno que siempre está allí, entre los alimentos —trató de ser impreciso.

Cazue se puso en guardia.

—¿Qué te ha dicho?

—Me molesta… ¡Qué frío hace hoy! —dijo en un intento por cambiar de conversación.

—¿Te hace daño? —preguntó muy seria y algo preocupada.

—¡No!

—¿Qué hace? ¿Qué dice? —insistió Cazue de manera tenaz.

Leto explotó:

—¡Ese estúpido hombre de pelo rojo y sus estúpidas propuestas! ¡Quiere que vayas a verlo porque tiene un trabajo para ti! Por supuesto que le dije que no puedes trabajar, que debes cuidar a nuestros hermanos… ¡Mira la barriga que tienes!

Hubo unos instantes de silencio.

—Claro… tienes razón —aceptó Cazue, aunque su corazón latía con violencia.

¡Por los dioses! Publio se había acercado a Leto y le había dicho que quería verla. ¿Y si lo del trabajo era un pretexto? ¿Y si él se había arrepentido? El acercamiento a su hermano significaba algo bueno, estaba segura. Publio había pedido por ella. Tenía que verlo.

* * *

Esa noche, Cazue se quedó despierta hasta tarde. Sus hermanos ya dormían cuando se fue a la cama. Se había demorado con la masa del pan. La había dejado lista porque en la mañana, bien temprano, iría al campamento para hablar con Publio. Algo estaba sucediendo; ojalá fuera lo que ella deseaba. A Leto, por supuesto, no le contaría. Por eso, y para regresar antes de que sus hermanos se levantaran, saldría antes de que despuntara el sol. El recorrido no era largo, tampoco prolongaría la conversación. Se durmió contenta; Publio había pedido verla.

* * *

Aún no había salido la primera luz del alba cuando Cazue inició el trayecto hacia el campamento. La subida empinada le hizo notar, por primera vez, cuán grande estaba la criatura y cuán pesada se sentía ella. A cada paso se agitaba.

Cuando llegó, la claridad del día ya había aparecido y, a pesar del frío de la mañana, llevaba el rostro transpirado y tenía calor. Esperó unos instantes buscando recomponerse y, luego, en un acto de coquetería, se acomodó la trenza hacia adelante y se pellizcó las mejillas para que, al ponerse rojas, lucieran mejor. Caminó directo a la proveeduría.

Una vez en la entrada, espió cómo los esclavos apagaban las antorchas que dejaban prendidas durante la noche. El ajetreo comenzaba. En una de las esquinas, Publio, que acababa de llegar, se disponía a dar órdenes sobre las comidas que servirían ese día.

Cazue tomó coraje y respiró profundo.

—Publio… —Se escuchó decir a la voz femenina en la quietud del almacén. Sonó clara a pesar de que había hablado bajo.

En ese sitio, el silencio propio del momento sabía pacífico. Al oír su nombre, Publio se alejó de los esclavos y fue hacia ella.

—¡Niña! Te esperaba —dijo sonriendo.

Cazue percibió el buen humor del romano y se sintió dichosa. Nunca antes la había recibido de esa forma y menos en ese sitio. Otra vez el corazón le latía con fuerza y notó que el niño pateaba. ¿Cómo no, si estaba frente a su padre? Se desmayaría de la emoción, pero logró mantenerse en pie.

Publio se acercó y le dijo:

—Estás redonda…

Ella se sonrojó. ¿Estaba fea? ¿O —por qué no— rozagante? Pero Cazue no comprendía que el proveedor no la veía fea ni linda, ni siquiera embarazada, porque directamente no la veía. Él sólo tenía ojos para Junia.

—Vine porque mi hermano…

La interrumpió con una sonrisa y decidió ir al grano.

—Quería preguntarte si quieres trabajar en la casa del ingeniero de la mina.

—¿La vivienda de la muchacha que llora?

—Sí, esa. A ella no le importaría tu estado. Le encantará ayudarte cuando nazca tu bebé.

—No creo.

Una cosa era dejar la casa de su padre por Publio, pero otra, muy distinta, marcharse para trabajar con extraños. Ella tenía un hogar y no necesitaba uno distinto.

—Sólo tendrías que acompañarla —insistió él.

—No…

—Es una familia importante. Te tratarán bien, me he asegurado de que así sea.

La frase le sonó bien. Él se preocupaba por ella. Pero no era suficiente. Él también se percató de que lo dicho hasta ese momento no alcanzaría para convencerla. Entonces, fue más allá.

—Si aceptaras, podríamos estar más cerca.

Las últimas palabras fueron decisorias.

—¿Podríamos vernos? ¿Tú y yo?

—Sí, todos los días. Incluso, podría conocer al niño cuando nazca. Y tal vez…

A punto de agregar algo más, se detuvo, no se atrevió a pronunciarlo, no quería ir tan lejos. Por un instante, se sintió mala persona. Aunque él fuera un romano y ella, una aldeana, había situaciones que resultaban claras. Se quedó mudo sin querer avanzar. Ella también permaneció en silencio.

—Debo irme —dijo Cazue.

—Te acompaño —propuso Publio.

Avanzaron un trecho, pero decidió escoltarla unos pasos más, hasta ingresar en el camino rodeado de cipreses.

Publio seguía mudo. Al notar que jadeaba en la subida, sintió pena; ya no le gustaba este juego, quería regresar ya mismo al campamento y, dispuesto a pegar la vuelta, se detuvo en seco en medio del verde. Ella lo imitó. Y con la única compañía de los árboles, Cazue no se contuvo, se le acercó y lo besó; él se dejó besar. Fue un beso corto, pero para ella fue decisorio. Porque, cuando abrió los ojos, dijo:

—Sí, Publio, iré a trabajar a la casa grande. Pero prométeme que te veré.

—Me verás, te lo prometo.

Claro que se verían, si tenía que presentarla ante Junia y ayudarlas a organizar el embrollo. No sería nada fácil que Cazue se desprendiera de su hijo, pero consideraba que no se opondría, lo que, finalmente, permitiría que Junia se quedara en el campamento. Esa mujer romana que amaba, meditó, criaría a su hijo. Pero Publio no se daba cuenta de que, con sus actos, él estaba sembrando una mala semilla y que sólo recogería su fruto. No se sembraban olivos y se esperaban bellotas, no.

LA HIGUERA

La higuera es un árbol de corteza lisa y grisácea, con hojas verdes y ásperas. Posee diminutas flores blancas que luego madurarán dando fruto: el higo. Puede llegar a medir hasta diez metros de altura. Se destaca por su longevidad. Aunque vive entre cincuenta y sesenta años, se registraron ejemplares con más de doscientos años.

PROPIEDADES: se dice que sus frutos y hojas tienen cualidades analgésicas, antiinflamatorias y anticancerígenas, y que ayudan a aliviar problemas cutáneos, digestivos, así como a controlar el azúcar en sangre.

Simboliza lo sagrado. En la India se lo considera un árbol sagrado porque representa la fuerza, la

vida y el conocimiento. Se dice que Buda tuvo su visión bajo una higuera.

CAPÍTULO 12

LA HIGUERA

Samos, año 2055

Esa mañana, en la casa de Pepi y Tomás Orozco aún no eran las ocho y Eme ya había terminado de desayunar. Se había levantado temprano para aprovechar el último día que pasaría allí. Su próxima partida le generaba preocupación; si bien al principio se había resistido a desviarse del camino, ahora se lamentaba de que esas minivacaciones se acabaran en veinticuatro horas. Además, antes de terminar el café, Pepi le había anunciado que debía prepararse porque mantendría una charla importante con alguien de la organización.

Eme llevaba el pelo recogido. El cabello le había crecido y, aunque cortísima, le alcanzaba para hacerse una coleta. Lo había descubierto mientras se cepillaba los dientes frente al espejo del baño de su cuarto. Luego de dar un par de rodeos por la casa, regresó a la cocina para conocer más detalles de la reunión.

De pie, apoyada contra la mesada, se animó a preguntarle a Pepi:

—¿Con quién tendré la charla?

Estaba nerviosa por la súbita reunión. Por el misterio que adivinó en la voz de Pepi, Eme asumió que recibiría instrucciones.

—Con un destacado miembro de la organización. Está programada para las diez.

—¿Aquí, en la casa?

—Sí, pero creo que será mejor que dialoguen bajo la pérgola, allí tendrán privacidad.

—¿Afuera? —dijo, y señaló el sitio a través de la ventana.

—Sí —respondió la mujer.

—Pepi, sólo faltan quince minutos. ¿Estás segura de que la persona vendrá?

—Claro que sí, no fallará. Y relájate: es alguien accesible —dijo con una sonrisa, tratando de quitarle la seriedad al cónclave y de tranquilizar a Eme.

—Me voy… Lo esperaré allí —dijo ella, que necesitaba estar sola.

—Ve, niña, y disfruta del sol y de los jazmines. Esas flores son un verdadero milagro, no conozco ningún otro sitio donde nazcan en esta época.

Eme prometió relajarse, aunque, en ese momento, poco le importaban los jazmines. Su mente estaba concentrada en la charla.

Sentada en uno de los sillones de mimbre, bajo el precioso techo que formaban las perfumadas flores, decidió entretenerse mirando el mapa naranja. Necesitaba estudiarlo, quería repasar los pueblos que tenía por delante y saber cuántos kilómetros le quedaban por recorrer.

En eso estaba cuando oyó pasos detrás de su espalda. Se dio la vuelta y la figura masculina la tomó por sorpresa.

—¡Ay, Tomás, pensé que era la persona que estoy esperando!

—El individuo de la organización a quien aguardas soy yo.

A Eme le tomó unos instantes comprender, hasta que exclamó:

—¡Ah…, tú!

—Supongo que te has sorprendido, pero creamos expectativa para que entendieras la seriedad de esta conversación.

—¿Sucede algo malo? —preguntó alertada Eme.

—No, mi niña, quédate tranquila. Pero era necesario que hablemos formalmente porque, aunque aquí todos la pasamos bien, somos amables y nos queremos, muchas veces los actos que necesitamos realizar pueden poner en peligro el modo de vida que llevamos.

—Lo entiendo.

—Estoy aquí porque necesito conocer una cosa: ¿estás completamente decidida a cumplir tu parte en Compostela?

—Creo que sí…

—¿Crees o estás segura? Necesito saber que no te arrepentirás a último momento. De lo contrario, es mejor saberlo ahora.

—Dudo, simplemente, porque aún no sé cuál será mi función. Pero te advierto que yo no mataré a nadie, ni le haré daño a ninguna persona.

Tomás lanzó una carcajada y, luego, con tranquilidad y seriedad, le expresó:

—Ay, niña. Espero que nunca pase nada semejante. Caso contrario, nuestra lucha no habrá servido de nada. Todo, absolutamente todo lo que hacemos es para que se respete la vida. Todas sus facetas son maravillosas y buscamos honrarla con cada acto, con cada gesto. Por eso, Eme, jamás se nos ocurriría destruirla. Si respetamos una planta, imagínate cuánto más celebramos la existencia de un ser humano.

—Me dejas más tranquila.

—Me alegro y quiero que estés consciente de que tú, únicamente, debes realizar una operación de sabotaje informático. Tu participación está relacionada con la tecnología.

—¿Crees que mi capacidad estará a la altura de la tarea?

—El Sol sabe que estás preparada. Han investigado tu potencial antes de proponerte el viaje.

—¿El Sol?

—Así también llamamos a El Movimiento. Es más: estoy casi seguro de que ese fue su nombre originario, cuando nació cientos de años atrás. Creí que ya lo sabías.

—Oh, no...

—Muchos lo identifican con la figura del sol, igual al dije que llevas colgado al cuello, o con la letra eme, o con ambas juntas.

Eme recordó el dibujo que Hache había realizado aquella primera vez, cuando le entregó el papel con la dirección. Preocupada, preguntó:

—¿Crees que debo quitarme el collar?

Se suponía que su presencia debía pasar desapercibida; nadie podía sospechar que su camino a Compostela tenía otro fin diferente a los que solían motivar a los peregrinos: la veneración del apóstol Santiago, la búsqueda interior o la expiación de sus pecados. Sin embargo, ella andaba mostrándole a todo el mundo el dije que le había regalado su padre. Pero ¿cómo iba a adivinar que —vaya a saber cuándo— El Movimiento había elegido, justamente, el signo que se repetía en las joyas de su familia?

—No es necesario, Eme, mucha gente usa el sol y no pertenece a El Movimiento. Lo llevan porque les resulta esnob o como símbolo de rebeldía —explicó y, tras una pausa, insistió—: Bueno, entonces, vuelvo a preguntarte: ¿estás realmente decidida a participar del sabotaje? ¿Podemos confiar en que llegarás a Compostela y harás el trabajo?

—Sí.

—Bien, confío en ti —dijo sonriendo y, mirándola a los ojos, añadió—: Ese día trabajarás junto con personas que dominan tus mismas habilidades tecnológicas.

—Me agrada la idea de no estar sola. ¿Cómo me contactaré con los demás y cómo sabré a dónde dirigirme?

—Cuando llegues a Santiago de Compostela, buscarás este hotel —dijo y le entregó una tarjeta con los datos del lugar—. Allí recibirás

instrucciones.

Eme la tomó entre sus manos y leyó el nombre, que sobresalía sobre el resto de información: «La Luna de Santiago», leyó y lo repitió un par de veces. «Muy fácil de memorizar», pensó con miedo a perderla. También había memorizado y tenía muy presente la fecha límite para llegar a destino que le había indicado Hache.

—¿Sólo es eso? —preguntó mientras la guardaba en uno de sus bolsillos.

—Bueno, tampoco creas que te será tan fácil. Prepárate para estar impasible. Necesitarás nervios de acero. Te lo digo por experiencia.

Sintiéndose en confianza, Eme se atrevió a preguntar.

—¿Has hecho trabajos como este?

—Labores tecnológicas, no, porque no es mi campo de conocimiento, pero sí de sabotaje. Con Pepi participamos de El Sol desde muy jóvenes —respondió él.

—Me contó —dijo ella.

—En El Sol encontramos el propósito de nuestras vidas. No tuvimos hijos que cuidar, pero tratamos de proteger a la humanidad, al ser humano y también a la naturaleza. Porque el hombre no puede subsistir fuera de un ecosistema.

—El camino me ha dotado de una conciencia similar. ¿Sabes, Tomás…? Yo era una de esas personas dependientes del chip. No podía vivir sin él.

—¡Oh, Eme, cuánto me alegro de que te hayas recuperado! Porque realmente lo considero una enfermedad. ¿Llegaste a borrarte recuerdos?

—No, pero estuve a punto varias veces —confesó y la imagen de Orión la golpeó.

—¡Qué bueno que jamás permitiste que tocaran tu cerebro! Soy un convencido de que lo malo que nos pasó en nuestra vida, eso que nos dolió tanto, está allí, guardado en nuestra mente, junto con

lo bueno, para hacernos notar cuán hermosos son los tiempos felices. Si no fuera así, tal vez, no reconoceríamos la felicidad. Incluso, niña, me temo que terminaríamos quitándonos más y más recuerdos hasta quedarnos sin memoria.

—Conozco gente que se ha hecho quitar hasta el recuerdo de una caída en la calle que le resultó vergonzosa.

—Es lo que te digo: así la mente y el corazón quedarían vacíos al punto de perder nuestra humanidad, que es lo más maravilloso y mágico que tenemos.

Eme asintió con la cabeza más para ella que para su interlocutor. Las palabras del hombre la inducían a meditar.

Tomás suspiró fuerte y ambos permanecieron en silencio durante unos instantes, procesando lo que habían conversado. El aroma a jazmín inundaba sus sentidos, la tibieza del sol calentaba sus piernas, que era donde se posaban sus tibios rayos. Eme no sólo absorbía la luz y el perfume, sino también la sabiduría de ese hombre, quien, a pesar de su buen humor y energía, llevaba marcado en las arrugas del rostro el sufrimiento que alguna vez había soportado.

Llevaban un rato inmóviles, sin hablar, cuando Tomás se puso de pie para marcharse y Lhi se les acercó con la intención de despedirse; regresaba al pueblo.

—Me esperan las obligaciones: el bar, las mascotas y mi hermana —relató sucintamente.

Tomás la despidió con cariño y las chicas se dieron un cálido abrazo. Eme, mientras recibía el afecto, pensaba: «Una persona más que el camino me regala». Cada ser que conocía, que se cruzaba en la travesía, iba dejando una experiencia en su existencia. No imaginaba que la vida las volvería a reunir de manera inesperada.

Finalmente, Lhi se marchó y Eme, de regreso a la casa, se quitó el collar. No quería arriesgarse a que lo vincularan con sus ideas; mejor lo llevaría dentro de la mochila y no en su cuello. Ella jamás lo

identificaría con El Movimiento. El sol de las joyas se ligaba con su padre, con su abuelo y con todos los orfebres de la familia italiana. Quiso guardarlo, pero se le cayó al suelo. Se agachó, lo alzó y logró introducirlo en el bolsillo de su pantalón. Si lo perdía, se moriría… Para ella, ese dije contenía un gran valor sentimental. Se apuró; quería dar una vuelta por el predio antes de entrar a la casa y ponerse a pelar las verduras para el cocido que almorzarían al mediodía.

* * *

A unos kilómetros de allí, en Triacastela, Orión se preparaba para partir y continuar el viaje; sus dos reuniones se habían transformado en una sola porque con una llamada larga habían solucionado la otra, lo cual le había permitido ganar tiempo y podría salir un día antes de lo planeado.

Se dio la consabida ducha diaria —sin ella no funcionaba— y luego organizó su partida. Metió sus escasas pertenencias en la mochila.

Como no deseaba demorarse más, el café lo tomaría por el camino. Si no había salido más temprano, se lo debía al vino de la noche anterior, que lo había mantenido dormido hasta las diez de la mañana.

A punto de partir, desde la puerta dio una mirada rápida al cuarto para comprobar que no se olvidaba de nada. Durante el recorrido, sus ojos se depositaron sobre la cama. Entonces recordó que en ese lecho había hecho el amor con Eme. Una punzada en su interior le provocó dolor. Partir de allí significaba despedirse del lugar donde había estado con ella, un sitio familiar para ambos. Abandonar el albergue era recordarle que no tenía certeza de que volvería a verla.

Se angustió, pero trató de calmarse diciéndose que existía la posibilidad de intentar encontrarla en el camino, o en Mercadoiro.

Salió a la calle decidido a no pensar más en Eme. Lo lastimaba, lo llenaba de melancolía; tal vez, incluso, sería mejor olvidarse de lo que habían vivido juntos. Y si no lo lograba, siempre existía la posibilidad de quitarse el recuerdo, como lo había hecho en el pasado con algunos momentos dolorosos relacionados con la enfermedad de su padre. Y si no se había borrado los vinculados con la desaparición de sus dos padres era porque así, pese al dolor, aún podía sentirlos cerca. Avanzó y, como quien se deja llevar por la inercia, sus pies lo alejaron de la bella y antigua Triacastela y ya pisaban los campos del Camino de Santiago.

Tras un buen rato de marcha firme, al pasar por el monasterio de San Julián, se detuvo para apreciar la arquitectura del viejo edificio benedictino. En otra oportunidad había hecho la visita guiada, pero bien valía la pena detenerse, aunque fuera un instante; la vista de la construcción era maravillosa. Se quedó veinte minutos allí, apoyado en la baranda que rodeaba el lugar, entre el verde y la magnífica obra, hasta que decidió bajar por la calle principal, hacia la zona de los bares, para tomar un café. No buscó mucho; se metió en el primero que vio, El Gran Bocata, un sitio que ya conocía.

Se sentó en una de las mesas de la terraza desde donde lograba divisar las cúpulas del monasterio. Una muchacha le tomó su pedido y, un rato después, otra, una de cabello enrulado y moño rojo que acababa de llegar, le cobró la cuenta.

Orión se quedó pensativo: «¿Eme habrá pasado por aquí?». Barajó la idea de consultar a las muchachas, pero terminó desistiendo. Por su trabajo, debía pasar lo más inadvertido posible y una pregunta semejante levantaría sospechas.

«Lo mejor será sacarme de la cabeza a Eme», se dijo y siguió su camino.

* * *

Los últimos rayos de sol de la tarde caían sobre la casona de los Orozco y Eme regresaba de dar una larga caminata por el predio que había disfrutado mucho. La Arboleda se le revelaba como un oasis cada vez más hermoso, un jardín encantado nacido de la armoniosa unión entre hombre y natura. Porque, guiada con respeto por la mano sabia, la naturaleza desarrollaba su máximo potencial gracias al aprecio mutuo.

Ingresó a la vivienda y, con la idea de guardar el collar en la mochila, tanteó el bolsillo. Pronto descubrió que había perdido la cadenita, no así el sol. «¡Por suerte!», respiró aliviada al tocarlo. O se le había caído en el parque, o la culpa la tenía el bolsillo de su pantalón, que estaba descosido. Una pena. O una señal para que no vuelva a usarlo. Lo guardó y fue en busca de los dueños de casa.

* * *

Un rato después, en la sala, Eme observaba la enorme cantidad de fotografías que había en la pared. Cuando bajó y encontró el lugar vacío y tranquilo, aprovechó para echarle un vistazo. Y ahora, con detenimiento, descubría a una muy joven pareja dueña de casa; en algunas, aparecía un niño rubio, el hijo que habían perdido; en otras, se los veía con personas que, evidentemente, habían visitado la casa en distintas épocas. En varias imágenes el predio ejercía como protagonista, con los árboles pequeños y la casona sin las viviendas más chicas alrededor. El conjunto de fotografías funcionaba como la cronología de La Arboleda y de sus vidas. Se notaba que la pareja había sido muy atractiva; de hecho, Pepi y Tomás aún seguían siéndolo a su manera y a sus años.

Eme se preguntaba si podría llegar así, llena de energía, a esa edad cuando, en uno de los extremos de la sala, localizó una mesita con objetos que parecían desconectados entre sí; varios lucían extraños, sin valor aparente: un cuadradito de papel azul con flores rosas enmarcado en un portarretrato, una vela de cumpleaños, varias plumas de pájaros, un puñado de piedras bonitas, la réplica a escala de un viejo modelo de automóvil, una llave oxidada, una flor de metal y un frasquito de vidrio de hermosa forma, pero vacío, entre otras chucherías. Todo estaba primorosamente dispuesto sobre un mantel blanco junto a dos jarrones; uno con jazmines y otro con ramas de higuera.

Eme intentaba establecer la relación entre los objetos, trataba de encontrar qué tenían en común o qué significaban, porque, a pesar de su pobre apariencia, por cómo estaban exhibidos y ordenados, advertía que los dueños de casa les atribuían una gran importancia.

Le llamó la atención el autito, la minúscula carrocería despintada y maltrecha de un Hot Wheels, la marca de juguetes de otra época, pero no acertaba con el modelo. Perla se lo hubiera dicho de inmediato.

La voz de Pepi la sacó de su ensimismamiento.

—Ese juguete es uno de los recuerdos más importantes de mi altar.

—Perdón, no fue mi intención husmear, sólo que me llamó la atención todo lo que exhibes.

—Oh, no te preocupes. Esa mesita es el altar de mi vida, allí puedes ver lo más importante de mi existencia.

—¿El altar? —preguntó Eme después de escuchar que Pepi utilizaba ese nombre por segunda vez.

—Le digo así porque pongo todos los objetos queridos que marcaron de una u otra manera mi vida y no quiero olvidarlos. Por eso te decía que ese autito es importante. Perteneció a mi hijo y, mientras vivió, lo tuvo muchas veces en sus manitos, lo hacía feliz.

—¿Cómo se llamaba el pequeño?

—Tomás, igual que su padre, pero le decíamos Tomasito para diferenciarlos… Era un sol.

—Cuántos recuerdos… —dijo Eme pasando la mano por los otros objetos. No sabía si ahondar en el tema del niño.

—La flor de metal me la regaló Tomás el día que decidimos, después de tanto dolor, perdonarnos nuestros errores, e intentamos empezar de nuevo.

—Es linda… —dijo Eme, y se apresuró a tomarla entre sus manos. Después de la explicación, cobraba otro valor.

—El portarretrato con el papel azul es un pedacito del empapelado que tenía la pieza donde tú duermes, ese era mi cuarto cuando fui niña.

—Es una buena idea guardar trocitos de momentos felices.

—En realidad, pongo cosas que marcaron mi vida y que no quiero olvidar. Casi todas son buenas y felices… Y si conservo alguna triste es porque me sirvió para aprender una lección.

Eme miraba las ramas de higuera que sobresalían del florero pequeño.

—¿Quieres saber la historia? Ven, sígueme —le propuso Pepi y la invitó a salir de la casa.

Con la última luz que le quedaba al día, ambas se dirigieron al arroyo.

—Nos apuraremos para que no se nos haga de noche.

Llegaron al río y lo bordearon unos metros.

—Mira —dijo Pepi, señalando una añosa higuera—. La planté yo hace cuarenta años, fue la primera que cuidé. La tomé como una mascota, le puse nombre, la visitaba y le hablaba, y, cuando creció, aprendí a abrazarla. ¿Alguna vez has abrazado un árbol?

—Creo que no —dijo Eme, sonriendo.

Pudo imaginarse en el centro de París abrazando los árboles del bulevar de su edificio y a sus vecinos, horrorizados, tachándola de

loca.

—¿Sabes que, cuando pegas tu cuerpo al tronco, el árbol, con sus electrones limpios, neutraliza tus radicales libres igual que sucede cuando caminas descalza sobre la tierra o arena? Ven.

Las dos se acercaron a la higuera y, extendiendo sus brazos, la rodearon durante unos momentos.

Riendo, Pepi le dijo:

—No hace falta que estés tan seria, se supone que hacer esto es lindo y divertido y tiene que sentirse como si abrazaras a una amiga.

—Ten paciencia, es la primera vez que tengo amores con un árbol.

Ambas se largaron a reír.

—Ahora, sigamos —dijo Pepi y la llevó un poco más allá, donde había varias decenas de higueras.

—¡Oh, tienes muchas!

—Pero este bosque no lo planté yo. La que te mostré es hija de una de ellas. Cuando mis padres compraron la propiedad, esta parte del campo ya tenía higueras. Algunas van muriendo y otras, naciendo; cada una dura cerca de cincuenta años y les gusta esta zona. Dicen que los fenicios las introdujeron en Europa hace miles de años.

—Así que quién sabe desde cuándo están aquí.

—Pero siempre nos han acompañado dándonos frutos. Yo he pasado maravillosos veranos comiendo higos a toda hora.

—¿Por eso están en el altar de tu vida?

—Para recordar que la naturaleza siempre nos acompaña, ya sea como diversión, alimento o sanación. ¿Sabes para qué sirve este árbol?

—No —respondió Eme, a quien jamás se le hubiera ocurrido nada que no fuera comerse el fruto.

—Es buena para los sistemas cardiovascular e inmunológico. Es antioxidante, cura infecciones de la garganta, verrugas y hasta sirve

para prevenir el cáncer. Si aprendes a usar las plantas, no necesitarás remedios.

—Me gustaría saber tanto como tú. Eres sabia, Pepi.

—Lo serás. Pero para ello, tendrás que envejecer, así que no sé si te conviene —dijo lanzando una risita. Luego, tomó una hoja y explicó—: Esta planta nos enseña muchas cosas. Ves: es rugosa pero buena. A veces, así son las situaciones que pasamos en esta vida: ásperas, pero sirven para algo bueno.

Eme, que venía buscando una respuesta a lo que estaba viviendo con Orión, exclamó:

—¡Esta vez has dado en el blanco!

—¿Estás pasando por una experiencia rugosa y áspera?

—Sí, pero te aviso que no tiene solución —dijo Eme, que, además, no estaba dispuesta a contar lo sucedido. Pepi, sin dudas, consideraría imprudente y peligroso haberle confesado a Orión que pertenecía a El Movimiento.

—No todas las situaciones necesitan ser solucionadas; a veces, sólo se trata de aceptarlas.

—Pero esta, en verdad, es imposible de aceptar.

—Hay una solución para todos los problemas que parecen no tenerla: el amor.

—No es fácil cuando las cosas salen mal desde el principio.

—Primero, niña, no te quejes, porque esa situación la has creado tú con tu vida, ese escenario está inmerso dentro de tu propia existencia. Si no existieras, esa situación tampoco estaría, así que eres parte de su creación y la queja contra algo que hemos generado nosotros pone peor las cosas. No sé si te has dado cuenta de que el universo, el creador, o como quieras llamarlo, crea y nunca se queja.

—Tal vez tengas razón —concedió Eme, que no terminaba de entender del todo la respuesta.

—Y, por otro lado, no te autocritiques. Con lo que te tocó vivir obraste como pudiste. No sabías hacer otra cosa que la que hiciste.

—En eso, sí, te doy toda la razón. Pero tal vez hubiera sido mejor que no sucediera.

—Lo que sucede conviene. Acepta y aprende. El tiempo te mostrará que lo mejor es no resistirse, aceptar lo que pasó sin quejarse, ni autocriticarse.

—Lo intentaré —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Pepi la abrazó, ella se dejó abrazar. El momento le supo a aquellos que solía tener con su madre cuando aún estaba viva.

* * *

Unos minutos después, ambas dejaron atrás el bosque de higueras mientras conversaban animadamente acerca de lo útiles que podían ser las plantas para combatir las enfermedades. El ser humano había abusado demasiado de los medicamentos, las empresas farmacéuticas sólo buscaban que los hombres se volvieran dependientes de los fármacos para seguir ganando dinero con las enfermedades. Pepi le explicó que el cuerpo se reparaba a sí mismo y que no eran los remedios los que sanaban, que pocas veces realmente se los necesitaba y que antes de entregarse a la rueda de la industria química sería mejor probar con algo natural, como una planta. Eme escuchaba con atención, aprendía otra nueva lección. La mujer le prometió regalarle un libro sobre el poder curativo de las plantas.

* * *

Eme, esa noche, después de leer durante un rato el libro que Pepi le regaló, bajó a la cocina para disfrutar del cocido que finalmente había sido pospuesto para la cena y que, como siempre, había preparado Tomás.

Además de los Orozco, en la mesa estaban presentes las dos parejas que vivían en las casitas del predio y que no tenían niños. La velada, más íntima que la anterior, permitió una charla interesante y espontánea. El grupo hablaba acerca de la necesidad del ser humano de socializar y de cómo la tecnología había afectado la interacción de tal modo hasta convertirla en inexistente; se preguntaban, en consecuencia, cómo serían las nuevas generaciones de niños que venían creciendo sin pasar tiempo con personas sino sólo con máquinas. La empresa más grande de tecnología en el mundo había acuñado una frase que se oía por todos lados: «La inteligencia artificial: el mejor amigo del hombre porque nunca le falla. No vivas sin ella».

Eme también opinaba y contaba cómo se transitaba esa situación en París. Los demás la oían con atención, les permitía saber de primera mano cómo se estaban viviendo los cambios en una capital antaño cosmopolita pero que, con las prohibiciones de viajar, se había cerrado. Con las limitaciones, las poblaciones se habían aislado dentro de cada ciudad y eso imposibilitaba entrar en contacto con otras realidades, observar en vivo y en directo otros lugares y modos de vida. Para estar al tanto de lo que ocurría en el mundo sólo se contaba con la voz de Perla y las demás redes. Pero ninguno de los comensales se fiaba de las tradicionales vías de información.

Eme, por momentos, se limitaba a escuchar y, mientras los observaba, pensaba en lo formidable que había sido su breve estancia entre ellos, a quienes en sólo dos días había sentido como su familia. Agradecía haberlos conocido, los extrañaría.

Eme aún no sabía la gran influencia que los Orozco tendrían en su existencia, como tampoco que volvería a verlos. El tejido del tapiz

de la vida los había unido y la fuerza creadora que diseñaba sus dibujos nunca se equivocaba. Afuera, los frutales y las higueras del arroyo abrazaban la casa, dándole la razón al bosquejo que conformaban todos juntos. La armonía se hacía presente y se extendía.

CAPÍTULO 13

EL PÁJARO AZOR

La Hispania, año 31 a. C.

Mientras camino, recuerdo las comidas que preparábamos en el fogón de la casa de Caleyano, mi padre, y se me llena la boca de saliva. A mi mente vienen las carnes bien asadas, las crujientes verduras de la huerta, la leche de cabra y el suave queso; cierro los ojos y puedo sentir sus aromas. Tengo mucha hambre. Hace tres días que no cómo. Pensaba toparme con algún poblado, pero no lo he hallado. Hay higueras, pero aún no es tiempo de frutos. Han pasado varias jornadas y ni siquiera me he cruzado con un solo ser humano.

En esta triste mañana se me juntan la soledad, el hambre y el dolor de no ver a mi niño. Porque ese padecimiento nunca se me olvida, nunca.

Camino y veo un cordero asado bien sazonado. Avanzo dos pasos más y se me aparece el sabroso guiso de poroto blanco con verduras y conejo. Marcho y un trozo de queso salado y fuerte se posa ante mis ojos y danza para mí. Tengo mucha hambre.

Hambre, hambre.

Me detengo, como un yuyo verde, lo devoro; como otro, mi estómago se queja. No me alcanza.

Me siento en una piedra grande bajo el sol y lloro. Este viaje me sabe a hiel, quiero a mi hijo conmigo y no lo tengo, necesito comida y no hay.

Un azor se me acerca, bate sus alas grises, es un ave grande, pero no le tengo miedo; los he visto por docenas en la aldea y jamás atacan a las personas. Levanta vuelo y su pecho jaspeado se ve imponente, aterriza a unos pocos metros de donde estoy. Luego regresa y se posa a mi lado. En sus garras trae una perdiz; comienza a fraccionarla y se la come mientras me mira. Parece que yo le doy pena. Cierro los ojos, el cansancio me vence y el azor ya no me interesa. Me dormito y en ese rato el ave come y se va. Cuando abro los ojos, el pajarraco vuelve otra vez con una presa idéntica. La deja delante de mí y se marcha. Miro el botín sin saber qué hacer; entonces mi instinto me guía y busco mi navaja. Haré fuego, la cocinaré y me la comeré. ¡Tengo comida! Me río, me alegro, pero mi hambre es tan grande que quiero comerla cruda. Tengo miedo de que la paciencia no me alcance para cocinarla. Por suerte, recapacito: si he podido esperar varios días para ver a mi hijo, puedo aguardar para saborear la perdiz asada.

Un rato después, mientras el fuego hace su trabajo, no dejo de maravillarme y me pregunto cómo supo el azor que yo tenía hambre. ¿Lo presintió? ¿Lo descubrió en mi rostro? No tengo respuestas, no lo sé, pero lo supo. De alguna manera, el pájaro se comunicó conmigo. ¿Por qué los azores de la aldea nunca lo hacen? ¿O soy yo, que suelo estar distraída? Pienso en los azores del patio de mi casa…

Recuerdos

Esa mañana, en la montaña verde, todos aún dormían. La primera claridad se hacía esperar, el día nublado no ayudaba. En el patio de

la casa de Caleyano, aferrados a las ramas de los árboles, unos azores aguardaban el comienzo del día. Deseosos, cuando se les presentase una oportunidad, batirían sus alas hasta descender de golpe y atraparían la presa que abandonó su madriguera. Los habían visto cazar conejos, liebres y perdices.

Cazue se levantó, pero necesitó un esfuerzo extra porque la panza le pesaba más que nunca. A pesar de ello, se sentía contenta y con fuerza; su juventud le proporcionaba la energía y la esperanza necesarias para realizar lo que se había propuesto.

Había elegido ese día para presentarse en la casa grande del campamento porque, cuando el sol estuviera en el cenit, su padre regresaría de la mina. Caleyano se encontraría con los niños, pero ella ya no estaría en el hogar.

Preparó un pequeño atado con lo indispensable. Como no quería despertarlos, se acercó al lecho de sus hermanos con mucho cuidado y besó a los dos pequeños en la frente. Luego, se dirigió hacia donde dormía su querido Leto, su preferido. Aunque nunca lo reconocía, lo era. Le tocó la cabeza y le dijo:

—Hermano, despierta.

El chico, somnoliento, abrió los ojos.

—¿Qué sucede?

—Me voy.

Leto se sentó en el lecho y le dijo:

—¿A dónde?

—A trabajar a la casa grande.

Las ideas se acomodaron en la cabeza del muchachito: «Todo es culpa del estúpido hombre de pelo rojo».

—¡No puedes, Cazue! ¿Qué dirá nuestro padre?

—Lo entenderá. Es la oportunidad de que mi hijo se críe con el suyo o sólo tendrá una madre.

—Pues, si nosotros nos hemos criado sin madre —razonó—, tu hijo puede criarse sin padre. Además, está Caleyano.

Los pensamientos se enmarañaban en la cabeza de Leto, necesitaba convencer a su hermana, buscar argumentos para que se quede.

Cazue esbozó una triste sonrisa y abrazó a su hermano. Ante la partida inminente, el chico le tendió los brazos con fuerza. Era la despedida. Ambos lloraban.

—No te vayas.

—Debo irme. Dile a nuestro padre que lo amo. Como también te amo a ti y a nuestros hermanos.

—¿Nos veremos?

—Claro que sí, en un tiempo. Ya sabes que serás el «encargado» de mi pequeño —dijo Cazue.

Según la costumbre astur, como los tíos maternos mantenían una relación especial que duraba toda la vida, Leto ejercería de tutor de la criatura y la acompañaría en los actos importantes.

—¿Pero cómo lo seré, si te marchas? —le reprochó.

—Ya llegará el momento de conocer a mi pequeño y podrás alzarlo en brazos como su «encargado».

Leto asintió, necesitaba asirse a una esperanza. Porque si su Cazue se marchaba, con ella también se iba un pedazo de él.

Se liberó lentamente del abrazo y caminó rumbo a la puerta. Si se daba la vuelta, no podría irse. Pero, como el río que busca su cauce, algo muy fuerte la empujaba. Entonces, recordó aquello que decían las mujeres de la aldea. Ese sentimiento era imparable.

* * *

A Cazue se le abría un mundo nuevo. Acompañada por Publio, ya se encontraba alojada en la casa romana.

El cuarto donde la habían instalado, ubicado en la planta alta, era casi tan grande como su hogar en la aldea. Tenía, para su asombro,

una elegante abertura redonda que daba a la calle y por donde podía ver el movimiento del campamento. Disponía de un lecho alto, no en el piso, y la paja había sido reemplazada por telas. Todo en la vivienda estaba limpio, nuevo, brillante y prolijo.

Cazue reconoció la belleza de la romana, quien se movía con delicadeza y olía a ricos perfumes. La mujer había ordenado que la ubicaran en cualquiera de los cuartos grandes de la planta alta donde dormían los esclavos y sirvientes. La casa era tan espaciosa, que su dueña ni siquiera conocía todas las habitaciones. Como jamás subía a esa zona, cuando Cazue bajó, la romana le explicó que su tarea consistiría en lustrar a diario las vasijas, copas y adornos de metal. La labor, sencilla y liviana, podría llevarla a cabo sentada en una poltrona.

Más tarde, luego de darle las instrucciones, le dijo que le pagaría un salario y que, además, cuidaría de ella y del niño, cuando naciera. La trataba de manera amable, pero algo despertaba su desconfianza. Al cabo de un tiempo, Cazue descubrió que nunca la miraba de frente, como si no fijara la vista en su rostro y, cuando le hablaba, parecía dirigirse al aire.

La mañana en que Publio la llevó, permaneció muy poco tiempo en la casa. Se ocupó de presentar a las mujeres y de inmediato se marchó. Anunció que volvería, pero sólo miró a la romana; a ella, la ignoró.

Al reparar en el interior de la vivienda, Cazue comenzaba a comprender que ella y Publio pertenecían a mundos muy diferentes, mucho más distintos de lo que había creído al principio. Porque no era lo mismo encontrarse con él en el bosque, rodeados de verde, donde los dos parecían ser iguales, que verse allí, en una casa romana, en la cual Publio parecía entender al dedillo cómo funcionaba todo. Cada detalle de la vivienda le recordaba cuán distintos eran los dos. Y cuánto más le dolía saber que la señora a la que servía tenía mucho más en común con Publio que ella. Por

suerte, y para frenar esos celos extraños que la atacaban, había escuchado que pronto llegaría el marido.

* * *

A algunas millas de Las Médulas, Ovidio Fabio y su grupo se dedicaban a incinerar el cuerpo de dos de sus hombres. Una peste los había atacado por el camino y había causado las bajas. Los demás, incluidos Claudio Sexto y él mismo, a pesar de que habían estado enfermos durante unos días, lograron reponerse. «Ver la muerte de cerca acomoda las prioridades y muestra qué es lo importante», decían los ancianos. «¡Cuánta razón tienen!», pensó Ovidio Fabio mientras encendía el fuego de la pira con los cuerpos de los soldados muertos. Los días que pasó convaleciente le habían servido para meditar y ordenar sus prioridades. Primero, se divorciaría de Junia; luego, se instalaría en la mina de plata con el centurión; por último, se haría traer de Roma una joven mujer para desposarla y tener un hijo. Allá, en el noroeste de la Hispania, le sería más fácil llevar la doble vida a la que pensaba entregarse. No se resignaba a abandonar los fuertes sentimientos que tenía por ese hombre con quien había compartido los últimos meses, ni tampoco a la idea de concebir un descendiente.

Lamentaba que el contratiempo los hubiera demorado, pero también sabía cuántas decisiones lo esperaban en Las Médulas. Además, debería extremar los cuidados si quería verse con Claudio Sexto. Por esa razón, no se desesperaba por llegar al campamento, donde no serían libres de disfrutar como lo habían hecho todo este tiempo. Tenía claro que la única manera de volver a gozar de esa libertad sería regresando a la nueva mina. Y aunque él podía mudarse ya mismo, porque había recibido la propuesta formal para

trabajar allí, tenía que hablarlo con Claudio Sexto. Sería mejor serenarse e ir paso a paso.

Vio cómo ardían los cuerpos y pensó cuán corta era la vida. Pronto debía engendrar el hijo que continuara su apellido.

* * *

Junia daba vueltas alrededor de Cazue, quien ya llevaba dos días instalada en la casa. No encontraba el momento para abordarla y decirle que estaba dispuesta a darle una suma de dinero por el niño; tampoco sabía cómo. Sí entendía que la conversación debía salir bien desde el principio porque, si la aldeana se negaba, ya no tendría otra posibilidad de solucionar el problema antes de la llegada de Ovidio Fabio. O sí, la había, pero robárselo o quitárselo por la fuerza era demasiado problemático y arriesgado. Además, si se asustaba, perdería su confianza y, tal vez, querría marcharse de la casa y ya no podría hacer nada.

Junia, que se sabía en una encrucijada, decidió entrar al atrio para elevar sus oraciones. Luego de encomendarse a sus dioses, iría a hablar con la aldeana. Una vez frente al altar, prendió una lumbre a Juno, la diosa romana del matrimonio, la fertilidad y la familia. La divinidad tenía que ayudarla en sus propósitos. Si no le había concedido un hijo de manera natural, tenía que otorgárselo de otra forma. Fortalecida por los ruegos, se dirigió a la cocina, donde la chica astur realizaba su tarea de limpieza.

Allí, las manos ágiles de Cazue lustraban las copas de plata mientras su cabeza se encontraba en su casa, preguntándose qué habría pasado durante su ausencia, cómo habría tomado Caleyano su partida. Al imaginarlo, le caían las lágrimas. Deseando haber hecho lo correcto, abrigaba esperanzas, aunque Publio aún no había regresado a la casa.

Junia entró a la cocina y tosió para que la chica notara que estaba allí. Pese a que llevaba unos instantes de pie, a su lado, no se había percatado de su presencia.

Cuando Cazue la oyó, de inmediato se puso de pie y le hizo una reverencia.

—Oh, no es necesario. Ya estás cerca del nacimiento y la criatura debe pesarte bastante.

—Un poco… —dijo y, en un acto reflejo, se tocó el vientre.

—¿Es tu primer hijo?

—Sí.

Junia la observó con envidia.

—¿Qué se siente llevar un niño adentro?

Cazue sonrió enternecida.

Sirviente y señora, una de fina túnica color escarlata, la otra de rústico vestido claro, ambas de pie, conversaban en la cocina. No era una situación corriente, pero las unía el interés por criar al niño. Aunque Cazue no lo sabía.

—Dime qué se siente…

Casi sonó a súplica.

—Cuesta caminar, pero es lindo, nunca más se está sola.

El corazón de Junia se encogió con la respuesta. Ella, que sufría de soledad, no creía que alguna vez pudiera engendrar un hijo.

—¿El padre sabe que viene en camino?

Se trataba de una pregunta importante. Ese hombre podría ser un impedimento para sus planes, si reclamaba por la criatura.

—Sí, lo sabe.

—¿Y no le molesta que estés aquí?

—Oh, no, es Publio, el que me trajo —dijo sonriendo, orgullosa.

Junia escuchó la respuesta y se quedó helada. Ahora entendía muchos detalles. Entre tantos, uno saltó a su vista: Publio, mientras le decía que la amaba, se había estado acostando con la aldeana.

Tendría más cuidado con creerle. Tras un largo suspiro, prosiguió su indagación.

—¿Tienes hermanos?

—Sí, señora.

—¿Más grandes o más chicos? —preguntó, calculadora. Los grandes, si la defendían, también podían volverse una fuente de problemas.

—Son pequeños. A ellos les vendrá bien el dinero que ganaré aquí.

«Al fin mencionó el dinero», pensó Junia. La chica había sacado el tema, no ella.

—Te daré un salario, pero puedes ganar mucho más —aseveró.

Cazue la miró sin entender. Si ella estaba allí, era por Publio. Y si le pagaban por la tarea de pulir, bienvenido sea, pero tampoco tenía interés en llenar muchas vasijas con monedas. Le dijo:

—No entiendo…

—Yo no puedo tener hijos —explicó—. Por eso, si quisieras entregármelo, yo podría recompensarte.

«¡Ya está, lo he dicho!», pensó Junia.

Cazue se movió incómoda, nerviosa; metió la mano en los bolsillos y se clavó las uñas en sus dedos con tanta fuerza que se hizo daño, pero ni cuenta se dio.

—¿Dárselo a usted?

—Sí, para criarlo.

Cazue respiró ruidosamente.

—No creo que yo… Amo al pequeño; y él, a mí.

Junia entrevió cómo se complicaba la posibilidad que venía acariciando. Decidió ser fría y civilizada; insistiría, pero no rogaría.

—Te entiendo. Es sólo una idea, piénsala. Tal vez te parezca más acertada cuando nazca.

—No creo.

—Al niño no le faltaría nada, aquí lo criaríamos como a un hijo.

—No creo… —negó nuevamente; esta vez, con voz casi inaudible.

—Cuando nazca el niño, las esclavas te ayudarán. Hay una que tiene experiencia en esos menesteres.

—Está bien —respondió con un hilo de voz.

—Ve a verla, habla con ella —propuso Junia con suavidad. Buscaba sonar benevolente, deseaba que la chica entendiera que, como buena señora, pretendía ayudarle a resolver el problema.

Cazue, por su parte, comenzaba a cambiar de idea con respecto a la propuesta de Publio. Las dudas la acechaban y ya no estaba segura de haber hecho lo correcto al instalarse en la casa porque, si la romana seguía insistiendo con eso, ¿hasta cuándo podría negarse a su voluntad? Como moradora de la montaña verde había visto muchas situaciones y sabía bien cómo terminaban: los aldeanos no podían resistir demasiado a los antojos de los romanos. Si ellos querían algo, simplemente lo tomaban, por las buenas o por las malas. Decidió que, de ahora en más, andaría con cuidado y los ojos bien abiertos. Además, si Publio no demostraba el interés que esperaba, lo mejor sería marcharse de la casa romana. El nacimiento sería la prueba de fuego. Hablaría con la esclava que la ayudaría en el parto, sabía que el momento se acercaba, pues ciertos dolores extraños se lo anticipaban.

Junia se retiró con la convicción de que debía convencer a la aldeana; no se daría por vencida. Esa noche volvería a insistir, debía apurarse, el tiempo se le acababa. Y debía proceder con extremo cuidado porque, indudablemente, la chica estaba enamorada de Publio, detalle que podía traerles problemas si descubría el verdadero interés del romano.

* * *

Esa noche, en la sala de la casa grande, las esclavas acomodaban el triclinio. Su ama recibiría al invitado de siempre. Publio, el proveedor, llegaría en cualquier momento.

Junia entró a ese lugar que era su orgullo y, al observar los preparativos, su interior le avisó que podía desatarse una complicación que impidiera el cumplimiento de sus planes. Había una realidad: contaba con muy poco tiempo para conseguir que la chica astur le diera al niño, y no quería, por ningún motivo, poner en riesgo su aceptación. Repasó los acontecimientos y consideró que podía prescindir de las visitas de Publio. Los encuentros con él habían sido fundamentales mientras deseó engendrar un hijo, pero ahora debía concentrarse en lograr cierta afinidad y confianza con la aldeana. De hecho, la relación con la chica se situaba en el pináculo de sus prioridades. Claro que debería ser cuidadosa, porque tampoco le serviría un Publio enojado. El proveedor la había traído y, además, gozaba de un gran poder sobre la aldeana.

Dio la orden a sus esclavas de que quitaran las bandejas con comida de la mesa y desarmaran el triclinio. Cuando las mujeres ponían manos a la obra para empezar a ejecutarla, Junia escuchó que su esclavo vigía abría la puerta principal. Su invitado ya estaba allí. Publio había llegado.

—¡Por Júpiter! Se me acabó el tiempo.

Por temor a que se ofendiera, no podía enviarlo por donde había venido. También debía evitar que Cazue los viera juntos. Pero el niño que Publio y la chica habían concebido tenía que ser de ella sin importar el precio.

EL ACEBO

El acebo es un arbusto de hojas onduladas, espinosas y pequeñas bayas rojas y, a veces, amarillas.

PROPIEDADES: se dice que sus hojas son un excelente diurético que ayuda en la eliminación de toxinas en el cuerpo. Pero, por otra parte, las bayas del acebo contienen sustancias tóxicas que pueden ser perjudiciales si se consumen en grandes cantidades.

Simboliza la vida y la renovación. Desde la antigüedad se lo considera un arbusto protector con propiedades místicas, capaz de proteger contra energías negativas.

CAPÍTULO 14

EL ACEBO

Sarria, año 2055

Esa mañana de domingo, Eme se vistió con sus pantalones color bordó de tela inteligente y una de las dos remeras blancas de algodón que había llevado al viaje, se calzó las sandalias Columbia con medias y estuvo lista. Su lema en esta travesía se había vuelto «Menos es más», porque había aprendido que podía vivir sólo con lo que le entraba en una mochila, no necesitaba ninguno de la cuarentena de cosméticos, cremas y acondicionadores para pelo que había dejado en su departamento; un peine y un champú en pastilla eran sus únicos elementos de belleza y arreglo, pero descubría que esa austeridad la hacía feliz, la venía ayudando a encontrar el verdadero sentido de los objetos. Su conclusión era que los humanos tenían tendencia a acumularlos.

Tras el café, aún era temprano cuando partió de la casa de Pepi y Tomás.

Su estadía allí había llegado al fin; ellos la acompañaron hasta el alambrado, el mismo lugar por donde había ingresado con Lhi. La despedida entre los tres fue con besos, abrazos y buenos deseos para el camino y para la tarea que la esperaba en Compostela.

Llevaba un buen rato de marcha bajo el sol tenue de la mañana cuando, internándose en la parte verde del camino, comenzó a

disfrutarlo. Sin pendientes pronunciadas ni duras subidas, podía apreciar el paisaje. Los senderos, por momentos, zigzagueaban campos verdes y, por otros, transitaban en medio de pequeños caseríos medievales con viviendas construidas en piedras gris, habitadas por españoles que se asomaban a las ventanas y saludaban a los peregrinos con la mano; también los gatos de algunas moradas salían a la puerta y los perseguían maullando durante unos metros. Eme se encariñó con uno de color amarillo que la siguió durante un buen trecho. Como continuaba a su lado, lo alzó en brazos un par de veces y lo invitó a que la acompañara en su travesía, pero el gato se distrajo con unos pájaros y se perdió en el patio de una casa muy bonita con unas tenebrosas gárgolas, detalle muy presente en la arquitectura de los pórticos de ingreso, así como los escudos que identificaban a las familias.

En un par de ocasiones, Eme se reencontró con personas con las que había compartido un descanso, un tentempié o una breve charla. Durante su marcha se cruzó con las tres mujeres chinas y la madre e hija de Argentina que había conocido en O Cebreiro. Le resultó agradable verlas, saber que avanzaban y le dio cierta tranquilidad reconocer a otros peregrinos. Claro que sus ojos siempre buscaban entre las figuras masculinas y altas con cabellos claros; sabía que existía la posibilidad de encontrar a Orión, y su mirada no se resignaba.

Cuando atravesó una parte del camino repleto de árboles añosos de gran porte no pudo evitar acercarse a ellos y, asegurándose de que nadie la viera, los saludó cariñosamente con voz audible; luego, abrazó a uno durante unos segundos. Por supuesto, el abrazo no pudo ser completo, pues el tronco era enorme y hubiera necesitado otro par de brazos para rodearlo. Un poco más allá, su vista se deleitó con la imagen de varios acebos. Eran muchos, sus frutos rojos refulgían. Le recordaron la Navidad. Faltaban dos meses para

las fiestas. «¿Quién sabe dónde estaré?», pensó. Acarició los acebos y les lanzó un sincero deseo: «Quiero una linda Navidad».

Continuó su camino envuelta por las más diversas tonalidades de verde y, hacia la tarde, cuando las calles se volvieron de asfalto y las señales le indicaban que estaba ingresando a la ciudad de Sarria, supo que, de Orión, ¡ni noticia! Por más que lo había buscado durante todo el recorrido, no lo había visto por ningún lado. «¡Quién sabe por dónde andará!», se lamentó. «Tal vez, vaya retrasado. Porque más adelante no estaba», concluyó.

Sarria era grande, tenía negocios, hoteles, albergues y restaurantes, pero el clima de domingo a la tarde, con los locales cerrados, la ensombrecía. Aun así, el ruido de metrópoli con autos a Eme no le agradó; su oído se había acostumbrado al canto de los pájaros y los sonidos del campo.

Entró a un bar y comió una ensalada de mariscos. El primer alimento ingerido desde el café tomado en la casona de Pepi y Tomás la sació antes de terminarla. Su estómago se había vuelto más pequeño y exigente. Le pedía poca comida, pero sana y nutritiva. Galletas, gaseosas y caramelos se habían marchado de su vida y no los añoraba en absoluto. Cuando pagó, le pidió a la camarera que le recomendara un hospedaje. La chica no dudó y le dio la dirección del albergue El Peregrino Cansado. Convencida de que sería fácil recordarlo, le agradeció con una sonrisa y se marchó. Al pisar la calle, se llenó de melancolía. Extrañaba a los Orozco, su casa y el parque; también a sus padres y, sobre todo, a Orión. Los domingos, aunque se estuviera recorriendo el Camino de Santiago, transmitían nostalgia.

Enseguida llegó al albergue recomendado, un lugar moderno y de fría decoración. Se bañó y, tendida en la cama, se quedó dormida. Del exterior, provenía el griterío de los ingleses ruidosos que ya conocía; subían por las escaleras, llegaban para hospedarse. Pero Eme no los oyó, estaba extenuada. Así era esta travesía:

caminar, pensar, comer y dormir. No había espacio para nada más; en particular, para ella. Antes de entregarse al sueño profundo, su último pensamiento fue: «¡Al fin se acaba este triste domingo!».

* * *

Por la mañana, luego del buen desayuno que le sirvieron en el albergue El Peregrino Cansado, Eme se fue de Sarria; la ciudad había pasado por su vida sin pena ni gloria; desganada, no había conocido nada de la metrópoli. Quería, urgente, volver al campo y a caminar sin cesar; esa actividad metódica y diaria se le había vuelto un vicio, tal como había leído que les sucedía a quienes tomaban la decisión de lanzarse, como le ocurrió al protagonista de aquella vieja película. El cuerpo, el alma y la mente le pedían poner un pie delante del otro y cubrir la distancia hasta su próximo destino. Sabía que los veinte kilómetros le demandarían unas cuatro horas, bastante menos que los recorridos diarios a los que se había acostumbrado. Pero ese no era cualquier sitio, sino el punto de reunión convenido con Orión antes de la discusión.

Esa mañana, Eme avanzaba por el campo a paso vivo; era temprano, llegaría en un buen horario, pero estaba nerviosa, no estaba segura acerca de qué haría cuando alcanzara Mercadoiro. Deseaba ver a Orión, pero el encuentro le generaba cierto temor; y más ahora que estaba fuertemente comprometida con la causa. Recordaba muy bien la descripción del albergue, aunque no el número de la reserva. Además, quién le garantizaría que lo encontraría fácilmente.

Todo el camino su pensamiento divagó entre dos extremos: ir o no al albergue Mercadoiro.

Tras pasar un caserío, cuando aún el camino era de tierra, en una encrucijada apareció una regia propiedad de madera y piedras con

un cartel que rezaba «GRAN ALBERGUE MERCADOIRO».

La mente de Eme hizo sonar la alarma de peligro y la trató de convencer de que siguiera de largo, pero sus pies no le respondieron, sino que se dejaron mandar por el corazón y se dirigieron directamente al portal del hospedaje. Dio unos pasos y divisó un sitio muy pintoresco de dos pisos, con un estilo entre moderno y antiguo que le permitió inferir que el castillito medieval había sido restaurado y convertido en hotel.

Cuando ingresó en el luminoso *lobby* de cortinas vaporosas y macetas con plantas, se encontró con varias personas que aguardaban la atención del atareado recepcionista, un hombre joven que lucía sobrepasado por el trabajo; evidentemente, era un lugar muy requerido por los peregrinos. Mientras esperaba su turno, Eme ensayaba qué decirle al muchacho porque no tendría cargado su nombre en el sistema, ni recordaba el número de la reserva. A veces, tanta tecnología les jugaba en contra, pero nada ni nadie, por esos tiempos, podía prescindir de su servicio.

Durante los minutos que llevaba de espera había ingresado una pareja; por suerte, adelante sólo tenía dos personas que aguardaban ser ubicadas por el recepcionista. Inquieta, cuando su mente divagaba sobre los posibles problemas que podían presentarse con el simple trámite, el recuerdo del sabotaje le jugó una mala pasada y le provocó un nudo en el estómago. Los nervios le dieron náuseas. Un rapto de lucidez pareció atravesarla y su mente explotó: «¡Mierda! ¿Qué hago acá? ¿En qué estoy pensando? Tal vez, Orión ni siquiera venga a este lugar. ¡Me marcharé ya mismo!». Tras el último pensamiento coherente, giró sobre sus pasos y, enojada consigo misma, caminó rumbo a la puerta. Puso la mano en el picaporte y, a punto de salir, oyó que le hablaban.

—¿Te has esforzado en venir hasta aquí y ahora te marchas así, sin más?

Era la voz de Orión, estaba segura. Se petrificó.

Él la había reconocido, su corte carré de pelo rojo y sus pantalones bordó eran inconfundibles.

—¿Tampoco piensas mirarme?

Eme, al fin, logró que sus piernas le respondieran. Se dio la vuelta.

—Orión… ¿qué haces acá?

—Lo mismo que tú.

Evidentemente, algo más fuerte que ellos los había convocado en ese lugar, casi sin su permiso.

Eme captó el mensaje de Orión y, sincera, le respondió:

—Pero estaba pensando que será mejor que me vaya.

—No es una buena idea.

—Sí, lo es.

A Orión, al barajar la posibilidad de que Eme se marchara ahora que habían logrado encontrarse después de dos días sin verse, se le estrujó el corazón.

—¿Y si te pidiera, por favor, que te quedes?

Ella, apoyada en la puerta principal, dudaba. Él insistió con una explicación coherente.

—Eme, ya tenemos claro que estamos en bandos opuestos, pero también que no nos haremos daño. Yo jamás te denunciaría, no te hostigaría… ni siquiera te molestaría. Imagino que tú tampoco lo harías conmigo.

—¡Claro que no! Aunque, por cómo están las cosas en el mundo actual, yo no podría perjudicarte, pero tú a mí, sí. ¡Y vaya que sí!

—Míralo como quieras… Pero en este momento, los gobiernos y las leyes se pueden ir al carajo, porque lo único que quiero es llevarte al hermoso cuarto donde estoy instalado para poder comerte a besos.

Para Eme, las palabras fueron un cimbronazo, le surtieron un efecto que no pudo dominar y su cuerpo le exigió con vehemencia que se quedara. Porque en ese preciso momento, a ella tampoco le

importaban las leyes, los gobiernos, ni la GM. Sólo quería los besos de Orión.

Él descubrió que estaba a punto de convencerla y fue por más.

—Quiero que subas para poder hacerte el amor ya mismo, una y otra vez. ¿Te queda claro?

Orión, que se supo ganador de la pulseada, la tomó de la mano mientras ella se dejó guiar y la condujo hacia las escaleras.

—Pero no hice el *check in*.

—No importa. Lo haremos luego. Para ese pobre recepcionista será un alivio que nos marchemos del recibidor, aunque no creo que se dé cuenta —comentó Orión mientras le daba una última mirada al hombre que ni se percató de los movimientos de la pareja.

Subieron los peldaños y, al llegar a la puerta de la habitación, antes de abrirla, Orión le dijo:

—Te propongo que dejemos afuera de este lugar todo lo que nos separa. No quiero pelear contigo, sólo quiero amarte.

—Por mí, está bien… —aceptó Eme y se unieron en un beso interminable.

Eran piel, reencuentro y pasión cuando las manos de Orión bajaron por la cintura femenina y se depositaron en el trasero de ella.

Eme le pidió:

—Entremos, por favor.

El cuarto era bellísimo, tal como Orión le había contado el día que hizo la reserva, aunque, cuando ingresó, Eme no tuvo en cuenta ningún detalle, ni siquiera uno que hubiera disfrutado mucho: desde la ventana se observaba el hermoso parque con las montañas de fondo y el sol cayendo entre ellas. El atardecer mostraba su esplendor.

Pero los movimientos triviales de abrir la puerta con la huella de Orión, avanzar dos pasos e ingresar al cuarto cortaron el hechizo. Un

fantasma conocido quiso reaparecer y se hizo presente en la voz de Eme.

—Orión, tengo miedo...

Él volvió a tomarle la mano con ternura y le dijo al oído, muy suave:

—No temas, todo estará bien.

Cuando Orión decía esa frase, Eme se relajaba, sentía paz. Si hubieran estado en medio de un bombardeo, le hubiera creído. ¿Cómo no hacerlo, si moría de ganas de que le hiciera el amor?

Las manos de Eme acariciaron el cabello corto del color del bronce. Y otra vez los besos, y la piel que exigía, que no daba tregua, que rogaba por la guerra, que no aceptaba intervalos, que lo quería todo y ya mismo.

—Te deseo, Eme —dijo Orión con sinceridad. Su cuerpo de hombre pedía por ella. Desde que la había visto en la recepción que sentía la urgencia por tenerla.

—Yo también te deseo —respondió Eme, narcotizada por el perfume que emanaba del cuello de Orión; quería perderse en esa piel que olía a lavandas y entregarse a todo lo que él deseara hacer con su cuerpo de mujer. Estaba lista.

Sin dejar de besarla, él le quitó la blusa, y con esta también se fue al suelo, sin querer, el reloj del chip. La figura pecosa se pegó a la bronceada y una tibieza mutua los inundó. Mientras tanto, empujando con sus pies, ella logró quitarse las sandalias Columbia; luego, se desprendió el pantalón hasta que la prenda suelta cayó sola al piso. Pero Eme no se percataba de ninguno de esos pormenores porque todos sus sentidos estaban puestos en esa boca de hombre que la investigaba por completo, pues la lengua de Orión indagaba la suya, bajaba por su cuello y llegaba hasta sus senos.

Dos movimientos certeros de Orión para quitarse la ropa y ambos se tendieron en la cama de la frazada celeste completamente desnudos. En el horizonte, el sol se había puesto rojo y los rayos que

entraban por la ventana pintaron del mismo color el cuarto; la luz le brindaba al momento un toque mágico extra. Se miraron a los ojos y, sin soltarse las pupilas, él se trepó sobre ella. Un instante, y Eme lo sintió adentro suyo. Y la sensación de plenitud que habían vivido la última vez que estuvieron juntos volvió a aparecer; un alivio los recorrió enteros a los dos: todo estaba donde debía estar. Piel con piel y ellos, juntos.

A Eme, que se hallaba perdida en el ardor y en la idea de que le sería muy difícil volver a vivir sin la cercanía de ese hombre, la voz de Orión la tomó por sorpresa.

—No creo que pueda acostumbrarme a vivir sin esto, no quiero —habló sin filtro, más para él que para ella.

Eme lo entendió, pero no le respondió, estaba completamente inmersa en la espera de una nueva arremetida a su interior femenino. Orión se movió dentro de ella, y esta vez los vaivenes suaves y repetidos hicieron temblar la cama, las pieles y hasta sus propias existencias porque sus cuerpos hacían un pacto y lo sellaban intercambiando ADN.

La vida empujaba y ellos avanzaban. Eme amaba la naturaleza, a Orión no le parecía tan importante; ella había nacido en Francia y él, en España; ambos tenían traumas y dolores que los habían llevado a adoptar las posiciones antagónicas que ahora los separaban. Pero allí estaban juntos, y otra vez el diseño creador tejía el tapiz de la vida y no se equivocaba en el dibujo.

Los gemidos de Eme y las palabras ardientes que Orión le decía al oído certificaban que Pepi no se había equivocado en su apreciación sobre que el amor era la solución a todos los problemas que parecían no tenerla. Sólo que ellos aún no sabían que ese era el sentimiento que los unía. Como tampoco cuántos dilemas tendrían que solucionar si querían disfrutarlo.

La tarde daba paso al anochecer y ellos terminaban el encuentro de sus cuerpos, pero pronto volvían a empezar, no se saciaban. Se

les hacía patente cuánto se habían extrañado.

Esa noche no saldrían del cuarto, no habría cena; ellos sólo comerían unas modernas barritas energéticas que Orión llevaba en su mochila. Eran dulces, con sabor a frutas, pero, para su sorpresa, Eme no les hallaba gracia. Algo en sus gustos había cambiado para siempre; también, en sus ideas. Porque ya no tenía dudas de que había tomado la decisión correcta al aceptar la propuesta de Hache. La travesía que venía realizando en medio de la montaña más los días que había pasado en la casona de los Orozco la habían terminado de convencer de que esa era la vida verdadera, de que no se había equivocado en elegirla, aun cuando se estuviera enamorando de un agente de la Guardia Mundial.

* * *

Por la mañana, luego del copioso desayuno que brindaban en el albergue, Eme y Orión se tendieron en las reposeras del parque y, así, vestidos, se quedaron dormitando un rato. Los encuentros de la velada anterior no les habían permitido dormir las horas suficientes. Como ambos sabían que tenían pagada otra noche, estaban tranquilos, contentos, disfrutando del tiempo en ese acogedor y bonito sitio de la geografía gallega, enclavado en el campo y alejado de la ciudad. La gastronomía del hotel era famosa por lo buena, pero ellos recién la conocerían a la noche; el completo desayuno aún los mantenía satisfechos. Además, cenarían temprano, pues al día siguiente retomarían el camino. Claro que ninguno de los dos hablaba sobre cómo harían el resto del trayecto. ¿Seguirían juntos hasta Compostela o cada uno recorrería el trayecto por su lado? No tenían la respuesta; lo resolverían según resultara el día. Por lo pronto, lo vivido había sido maravilloso.

Orión y Eme, que seguían al aire libre, tendidos en las poltronas, sintieron en su rostro cómo el sol tenue de la mañana había dado paso al del mediodía.

—Deberíamos salir de aquí o nos hará mal —señaló él.

—Tienes razón, demos un paseo —propuso ella.

Enseguida, ambos se internaban en el verde, rodeados de grandes árboles añosos. Eme divisó un enorme castaño e, instintivamente, se acercó y lo abrazó.

—¿Qué haces? —preguntó Orión mientras la miraba entre sorprendido y divertido.

—Lo abrazo para descargar la energía eléctrica que acumula mi cuerpo. Él quiere darme sus beneficios… —Y explicó—: Si estuviera enferma, él puede ayudarme a sanar mi dolencia.

—Tú no estás enferma, déjate de tonteras. Vamos, allá se ve un arroyo —propuso, señalando una bajada donde se vislumbraba lo que parecía ser un remanso.

Eme se preguntó cuánto costaría que él viera la vida como ella, pero, entusiasmada con llegar a la orilla, lo siguió. Caminaron unos metros y alcanzaron un arroyo cristalino en el que podían ver pececitos en el fondo del agua. Mientras lo bordeaban, apreciaron la grama verde brillante y muy suave que crecía en las márgenes.

Ella se sentó en un claro de ese pasto, se quitó las sandalias Columbia que esta vez llevaba sin medias y lo invitó:

—Ven, quítate los zapatos y hagamos *grounding*. ¿Sabes de qué se trata?

—No creo en esas cosas.

—No se trata de algo esotérico sino empírico. Los seres humanos somos seres eléctricos y, por ello, somos una especie de antena que emitimos y recibimos energía. La tierra nos da la que necesitamos para limpiarnos.

—No me interesa —dijo cortante.

Eme, que aún tenía el sabor amargo del rechazo a la propuesta de abrazar el árbol, insistió:

—Pues deberías hacerlo, te haría bien, tienes todo el tiempo el chip metido en la cabeza llenando tu cuerpo de dañinas vibraciones electromagnéticas. Te das cuenta de que antes teníamos el rúter en los cuartos de las casas y, ahora, en el cerebro.

Él se rio fuerte y exclamó:

—¡Ay, Eme, que tú entres menos en línea que yo, no significa que no tengas uno! Además, es el precio de la modernidad.

Eme decidió callarse, huyó de dar explicaciones acerca de su percepción al respecto, pero acababa de comprobar —con esta situación y con la del árbol— las diferencias abismales que los separaban a la hora de abordar ciertos temas trascendentales. Sería difícil y hasta un milagro que él cambiara; no creía que fuera posible.

Un extraño silencio se instaló entre ellos y, luego de un rato, emprendieron el regreso al hotel.

Pero cuando volvieron al cuarto, los desacuerdos vieron su fin y desaparecieron en la cama. Hacer el amor calmaba todo malestar o, al menos, los que se habían presentado hasta ese momento.

Después del sexo, las charlas sobre otros temas aparecían y se olvidaban de la grieta que los separaba; algo los empujaba a buscar coincidencias y ellos las encontraban.

* * *

El sol de la tarde caía e ingresaba por la ventana, el cuarto se había puesto rojo como la tarde anterior, mientras ellos se vestían con el único conjunto limpio, pues así era la vida del peregrino: lavar un día para tener ropa limpia al siguiente. Un equipo se llevaba puesto; el otro, en la mochila. No había más. Así que, por más que el restaurante tuviera velas, manteles finos y los platos fueran

exquisitos, Eme se sentaría a la mesa con su pantalón bordó y Orión, con el negro, los que tocaba, debido a que los usados estaban colgados en el borde de la ventana, buscando que se secaran para el día siguiente.

Bajaron al salón y, para su tranquilidad, Eme descubrió que, por más elegante y esnob que fuera el restaurante del albergue, todos los comensales vestían como ellos, simplemente, porque eran peregrinos. Llevaban ropas cómodas, sencillas y de telas inteligentes; en los pies, nada de tacones ni charol, calzaban zapatillas de *trekking* o las nunca tan bien ponderadas —aunque horribles— ¡sandalias con medias!

Sentados, él la observó con detenimiento.

—No llevas puesto el collar…

—Perdí la cadena, pero por suerte no el dije del sol. Igual, me apena.

—Te conseguiré una —dijo Orión en un intento de reparar las palabras que había dicho en la pelea de Triacastela.

Ella asintió con una sonrisa; sabía que esa respuesta significaba que le creía que había sido un regalo de su padre.

Buscando olvidarse de lo que los separaba, se centraron en el momento que vivían.

—Si estás de acuerdo, hoy comeremos pulpo a la gallega… Estamos en el mejor lugar para que lo pruebes. Quiero invitarte…

Eme, ansiosa por saborearlo, aceptó gustosa porque recordó, además, que Pepi y su marido le habían hecho mucha propaganda a ese plato típico de la gastronomía local.

Para acompañar el menú, pidieron dos copas de vino blanco. Y, otra vez, se enredaron en las charlas de las coincidencias y de las antinomias, donde disfrutaban conocerse. Mientras hablaban, él se dedicaba a crear una figura con la servilleta de papel.

—¿Sabes cocinar, Orión?

—Claro, ningún español puede obviar esa obligación. Y ten por muy bueno o excelente el pulpo a la gallega que suelo preparar en mi casa.

—Pues, un día tienes que cocinarlo para mí —propuso Eme.

—Prometido.

Enseguida sobrevino el silencio. Ambos tenían el mismo interrogante: ¿acaso llegaría ese día?

Para no entristecerse, la charla huyó con urgencias hacia otros rumbos. Él le contó lo buen cocinero que había sido su padre y que él había heredado el don. Ella le relató lo sano que siempre habían comido sus padres, pero le advirtió que era la oveja negra: toda la vida le había gustado la comida chatarra y era inútil en la cocina. Odiaba prepararse de comer.

—No sé, realmente, qué sucederá cuando regrese a París ahora que he descubierto el gusto por la comida casera —dijo Eme y, otra vez, escaparon del tema que incluía la palabra «despedida».

Cuando llegaron los platos, Orión le entregó la flor de papel que había hecho con una servilleta. Para ese entonces, Eme había descubierto que a él le gustaba entretenerse doblando papel hasta encontrar una figura. La guardó con la otra que ya tenía.

A Eme le encantó la comida; tanto que, poco a poco, terminó su plato y, a continuación, no dudó en aceptar compartir otro menú igual junto con dos copas del mismo vino.

Media hora después, y tras el gran banquete, Eme comentó:

—Estuvo delicioso, pero he comido demasiado. No te conviene invitarme… salgo muuuy cara.

—Pues, no te preocupes… no te salvarás de pagar la segunda copa de vino. Ya no me queda crédito para el alcohol.

—Oh, esas malditas reglas, las odio —exclamó Eme y vino a su mente el recuerdo de que, gracias a esa disposición que a ella y sus amigos los tomó por sorpresa, había conocido a Hache.

—Sólo es una norma de tantas que tenemos —minimizó Orión encogiendo sus hombros.

—Es lo que me desagrada, continuamente nos limitan las elecciones.

—Será porque las personas hacen cosas peligrosas y se busca protegerlas.

—No estamos realizando ninguna actividad oscura ni perturbadora del orden.

Otra vez ingresaban en arenas movedizas. En esta oportunidad, sin embargo, Eme anticipaba un problema de otras dimensiones: ante el pedido de Orión, acababa de percatarse de que desde el día anterior no se había vuelto a colocar el reloj del chip, que había quedado sobre la mesa de luz.

—Tampoco yo tengo crédito para alcohol —dijo, muy oronda, tratando de justificarse.

—Sólo son dos copas…

—No tengo.

—Pero si tú…

Orión no terminó la frase porque una idea explosiva vino a su mente: ¿acaso Eme no tenía chip? No podía ser, él la había visto pagar su comida y los albergues. Supuso que, como muchos sediciosos, no lo llevaba insertado en el cuerpo, sino dentro de algún objeto. «¡El reloj!», recordó, y le miró la muñeca. Esa noche no lo tenía puesto. Casi tuvo la certeza.

Eme, que siguió su mirada, intuyó la conclusión y, sintiéndose descubierta, explotó:

—¡Sí, Orión, lo que estás pensando!

Al fin y al cabo, nadie podía acusarla de nada; tampoco constituía un crimen no tener chip; por lo menos, no todavía. Orión no era, precisamente, un extraño, venían haciendo el amor desde hacía varios días, así que bien podía decirle la verdad.

—¿No llevas chip en tu cuerpo?

—Me lo hice sacar hace unas semanas, y bien contenta que estoy con mi decisión —avisó, desafiante.

—Tenemos que pagar o tendremos problemas.

—Yo lo haré. Si me disculpas, iré por mi reloj.

Eme se puso de pie y se dirigió al cuarto mientras él permaneció pensativo. ¿Cuántos secretos más tendría ella?

Enseguida, Eme volvió y, cuando en el mostrador quiso pagar toda la cuenta, el camarero le avisó que sólo quedaban pendientes dos copas de vino, que lo demás ya había sido pagado por el caballero que la acompañaba.

Desde la mesa, Orión observaba sus movimientos mientras pensaba: «¿Qué más me ocultas, francesita? Sólo espero que tu secreto no te lastime, porque las leyes se endurecen cada vez más con los rebeldes como tú».

Más tarde, acostados en la cama, él le dijo en la oscuridad del cuarto:

—Eme, no me preocupa que no lleves chip, tampoco tus ideas de abrazar árboles o andar descalza, lo que no quisiera es que te metas en problemas o que te pongas el peligro.

—Sé lo que hago, sigo a mi corazón.

Esa respuesta no lo tranquilizó. Y menos, después de la conversación que había mantenido con Iñaki. Pero ¿qué hacer? Esa mujer se le había metido en el corazón y la veía segura de no desistir de sus ideas. Sólo esperaba que no estuviera inmiscuida en ninguno de los actos rebeldes que la GM intentaba prevenir en Compostela. La voz de Orión se escuchó en la penumbra:

—Ven aquí, junto a mí —dijo, y buscó abrazarla.

Ella se le pegó y así se quedaron muy cerca el uno con el otro hasta que las respiraciones de ambos mostraron que se habían dormido. Sus pensamientos, antes de sumergirse en el sueño, habían sido similares: lo mejor sería que cada uno continuara el camino por separado. Por más que los sentimientos fueran cada vez

más reales y fuertes, ambos ocupaban posiciones extremas imposibles de conciliar. Era claro que ninguno cambiaría lo que pensaba, no resignarían sus ideales y, si seguían juntos, se harían daño.

* * *

A la mañana siguiente, se despertaron temprano. La primera luz del día apareció tímidamente por la misma ventana que, por las tardes, enrojecía el cuarto con la puesta del sol. Entre ellos se instaló la tristeza de esa despedida pactada de manera tácita porque en ningún momento evaluaron la posibilidad de continuar juntos la travesía. Y ambos dieron por descontado que sería la última vez que estarían juntos.

La última vez. Y las manos de Orión buscaron el cuerpo de Eme; quería hacerle el amor porque ya no habría otro encuentro, quería dejar su huella en ella para que nunca se olvidara de él. Eme, enseguida, le respondió con deseo; quería lo mismo. El egoísmo del amor principiante hacía su aparición en los dos. La última vez. Y en la camita del cuarto se abrazaron desnudos en cuerpo y alma. Les cubría la piel la cobija muy suave de color celeste y les abrigaba el corazón el sentimiento nuevo y feroz que surgía, recién nacido, esa mañana.

Orión pegó su pecho a la espalda de Eme. Desde atrás le besaba el cuello cuando la penetró con impaciencia y tenacidad, una emoción dolorosa lo empujaba: quería que ella fuera sólo suya, pero sabía que eso no sería posible. La última vez, y eso significaba que habría otros hombres para ella. Esa mañana tenía gusto a final. Y así, apretándola con fuerza entre sus brazos, le dijo al oído las palabras que a Eme le sonaron a música:

—Te quiero.

Ella le respondió con la misma nota musical:

—Yo también te quiero.

Esa mañana, en el albergue de Mercadoiro, el deseo y la ternura se entrelazaban con la fuerza de la tempestad en una trenza interminable que los llevaba por lugares desconocidos; porque sus corazones parecían dispuestos a todo, como así también sus cuerpos. Pero… la última vez. Ambos iban por lugares nuevos y emocionantes. Se buscaban y se encontraban, se entretejían, se ligaban. Era la última vez. Se descubrían, se disfrutaban.

Cuando terminaron, el escenario de un día hecho y derecho que entraba por la ventana en forma de intensos rayos de sol, los golpeó. La realidad les recordaba: la última vez.

Eme se hallaba pensando en los «te quiero» que habían pronunciado y recordaba que, con Bur, jamás se habían dicho esas palabras; en realidad, ella nunca había usado esa frase con ningún hombre, como tampoco la había escuchado de parte de sus amantes. No era algo que emplearan las parejas de esa época; comunicar un sentimiento resultaba anticuado, demodé, una práctica casi retrógrada, propia de las personas elementales; al menos, eso se le había inculcado desde las redes, las publicidades, la psicología moderna y todo lo que ella había ido absorbiendo durante muchos años. Tal vez, y justamente porque sabían el poder que tenían los sentimientos, habían pretendido anularlos; sin ellos, sólo quedaba el abrigo de las máquinas. Pero, ahora que lo había vivido en carne propia, ¡qué bien sabía!, ¡qué bello se sentía! Un «te quiero» y todo lo que conllevaba era dulce, inquietante, esperanzador, pero… la última vez.

Oyó que él le preguntaba:

—¿Vas a desayunar?

—Sólo un café —le respondió con la mirada perdida.

—Yo, también.

La última vez. No podían olvidarlo ni por un momento.

—¿Te parece que lo tomemos juntos y que luego empieces a caminar tú primero? Yo aprovecharé y me quedaré enviando unos mensajes —propuso Orión.

—Como quieras, me da igual…

Se vistieron, bajaron y tomaron el café en silencio. Orión sabía que, como Eme no tenía puesto el chip y tampoco tenía una línea, no se podrían comunicar. Por lo tanto… La última vez.

—¿Quieres comer algo?

—No —dijo Eme. No le hubiera sido posible pasar algo por la garganta en ese momento, tenía un nudo y las ganas de llorar le atravesaban todo el cuerpo.

Las tazas quedaron vacías y ambos se pusieron de pie. Eme cargó la mochila y se dirigió a la puerta de salida del albergue, mientras Orión la seguía de cerca.

En el exterior, el aire fresco les acarició la cara y les brindó algo de sosiego. Se miraron. Orión se acercó y le estampó el beso más sentido de su vida. Iba cargado con deseo y preguntas: «¿Por qué te vas? ¿Por qué carajo tenías que ser de El Movimiento? ¿Por qué mierda vives en París? Te quiero. ¿Y si te quedas? Quédate, quédate, quédate…».

Pero no hubo palabras, sólo un beso. Uno largo, con un final de varias pequeñas etapas de besos. Hasta que no hubo más. Hasta que se acabó.

Se acabó.

Se acabó.

Eme miró el camino, vio los árboles; ellos la esperaban junto con los arbustos verdes que parecían agitar sus hojas, llamándola; también contaría con la compañía del cielo, el sol y, claro, sus pensamientos. Empezó a caminar, un paso, diez. Se dio la vuelta y miró a Orión por última vez. Ya no se imaginaba el final; realmente había llegado. Él la seguía con la mirada.

Mientras avanzaba, Eme se llenó de deseos de regresar corriendo y abrazarlo, de decirle que, por él, estaba dispuesta a dejarlo todo, hasta se convertiría en agente de la mismísima GM. Pero no regresó ni se dio vuelta; ella era una entidad con gustos, deseos e ideales propios; él, otra con planes y pensamientos diferentes. Dos seres y cada uno elegía algo distinto. ¡Ay, pero qué dolor!

Un llanto suave y silencioso comenzó a salir por su garganta.

Ella no sabía, pero a Orión también se le habían llenado los ojos de lágrimas.

«La última vez», pensó, mientras veía cómo se alejaba por el camino la figura femenina de remera blanca y pantalón azul.

Él ingresó al hotel. Su antigua fría vida y sin amor lo esperaba. Debía enviar mensajes, sí, trabajar un poco, pero también había preferido que Eme fuera adelante por si necesitaba ayuda en el camino.

Intentaría mantenerse cerca, a prudente distancia, por si se presentaba un percance de otro tenor. Estaba casi seguro de que ella participaría de los varios eventos de sabotaje que la GM intentaba prevenir en la zona. Por más que esta ingenua mujer fuera una rebelde, por nada del mundo quería que le pasara algo malo.

Pero habría que esperar para ver cómo se desarrollarían las situaciones y qué rumbo tomaría el futuro. Por el momento, se auspiciaba complicado.

CAPÍTULO 15

EL HELECHO REAL

La Hispania, año 31 a. C.

Soy Cazue, moradora de la montaña verde, y, tal como lo demuestra el nombre de mi pueblo, me he criado entre bosques y plantas, pero juro por los dioses que nunca jamás he visto un verde fulgurante como el que hoy observo en esta parte de mi camino.

Me encuentro sumergida en lo denso de un bosque tan exuberante que los árboles y las plantas casi no dejan pasar la luz del sol. Aquí, en este lugar, siempre se siente que es el final de la tarde. A mi alrededor, las matas verdes crecen descontroladas sobre sí mismas, se enredan entre ellas, quieren ganarse el espacio unas a otras; todas y cada una mandan sobre la corteza de la tierra, la dominan, la avasallan y la someten. Los hongos y los helechos lo invaden todo, y es su verde vivo el que más me impresiona. Impacta mi mirada y, de tan intenso, se convierte en un descanso que entra por mis ojos y, de allí, pasa a mi alma.

Camino, avanzo, pienso en mi niño y, cuando comienzo a angustiarme, el verde de los helechos por donde transito me abraza. Y lo digo de veras: el verde me acariña, me alienta, me calma. Los helechos me hablan, me dicen que todo estará bien; que, si están aquí y ahora, es sólo para mí, para consolarme en este momento triste que estoy atravesando; que, si crecieron, lo hicieron para hoy

deleitarme porque esa es su única misión. El sentimiento que me transmite uno de ellos es tan vívido que me detengo por unos instantes y, mirando al helecho real, que es el único que conozco por su nombre, me emociono y lloro. Digo sólo una palabra, pero la repito muchas veces:

—Gracias, gracias, gracias…

Recuerdos

En la vivienda del ingeniero Ovidio Fabio, los macetones con el verde fulgurante del helecho real adornaban la sala. El invitado que acababa de llegar le hizo una reverencia a la dueña de casa, quien respondió el saludo de igual manera. Conforme al hábito que habían creado, Publio esperaba cenar y pasar la noche con Junia. Pero ella no tenía deseos de comer ni de practicar artes amatorias, pues su prioridad estaba puesta en persuadir a la muchacha que dormía en la planta alta; tenía que lograr que le entregara al niño. Tampoco le agradaba la idea de que la aldeana se enterara de que Publio había venido a visitarla, pues temía que, de saberlo, la considerara su enemiga y pusiera en riesgo su principal propósito.

—Veo que, fiel a tu estilo, la sala que has preparado es una prolongación de Roma —dijo Publio mirando a su alrededor.

Las plantas especialmente elegidas engalanaban el ambiente, los aromas dulces se esparcían por doquier, las telas de las cortinas acompañaban dando calidez y el triclinio, con todos sus detalles, se exhibía deslumbrante entre los muros de colores vistosos.

Entrar en el sofisticado mundo romano que ella creaba en su casa era una de las cosas que él más disfrutaba.

—Así es —dijo como única respuesta.

—La mesa está exquisita —valoró él observando los detalles.

—Mira, Publio, en vez de cenar, preferiría hablar con la muchacha.

La propuesta le cayó como agua fría. Después de todo lo que había hecho por ella, se merecía, al menos, disfrutar de un buen momento.

—¿Aún no has hablado con la aldeana?

—Sí, pero no logro convencerla —reconoció Junia, que dudaba entre ventilar o no que sabía acerca de paternidad de la criatura.

—Disfrutemos de la cena… Puedes hablar mañana —sugirió.

El carácter directo de Junia no alcanzó para sutilezas.

—Sé que eres el padre de la criatura —dijo al fin—, y si ella te ve aquí, cenando conmigo y no visitándola, temo que se moleste y no quiera darme al niño.

Él se sorprendió al escuchar el planteo.

—¿Cómo sabes que soy el padre?

—Ella misma me lo dijo.

Sin escapatoria, Publio consideró que la situación merecía una explicación que lo exculpara.

—Me acostaba con ella hasta que apareciste tú.

—Eso no es lo importante, aquí lo decisivo es que me entregue al niño.

Publio suspiró aliviado. Asimismo, sintió que debía compensar a Junia por la verdad que le había ocultado.

—Si quieres, hablaré con ella para que te dé al niño.

—Me parece bien.

—Ahora, comamos; y luego, si no me quieres en tu dormitorio, me marcharé.

Le costó otorgarle esta nueva concesión. Quería cenar en un buen ambiente, pero, y sobre todo, se había presentado porque quería intimar con ella. De todos modos, Junia tenía razón: debían arreglar el entuerto del niño antes de que regresara Ovidio Fabio; de lo contrario, tantas idas y venidas no habrían servido para nada.

Tendidos en los divanes del triclinio, Publio degustó las carnes que ella había hecho preparar. Pero esa noche Junia casi no abrió la boca, ni para comer ni para pronunciar palabra. Desentendida de la conversación, permanecía ensimismada en sus pensamientos tratando de resolver su plan. El poco tiempo que quedaba hasta que llegara Ovidio Fabio, la atormentaba. Además, quería que Publio se fuera cuanto antes. ¡Y claro que esa noche no pasaría a sus aposentos! Pero, paso a paso, tampoco quería provocar su enojo.

* * *

En la planta alta de la casa, tras una larga jornada, algunos sirvientes ya descansaban en sus lechos; pero Cazue, en la oscuridad y la soledad de su pieza, daba vueltas y vueltas en el suyo. El calor iba en aumento y la panza la incomodaba; extrañaba, además, la paja de su cama de la aldea y, más aún, la compañía de sus hermanos, que siempre habían dormido a su alrededor. Esa noche ya no sabía qué posición tomar, el bebé parecía no entrar en su vientre; se movía, pateaba fuerte, y a ella le dolía. Esa mañana había cruzado algunas palabras con la esclava que la ayudaría durante el nacimiento; y si bien la mujer le había transmitido confianza, se lamentaba por no tener cerca a la matrona de la aldea. Quería ver a Publio, pero él no venía, aunque mantenía la esperanza de que al día siguiente llegara a la casa.

Cansada, sin encontrar sosiego, se puso de pie y, a tientas, avanzó hasta la ventana redonda ubicada frente a su lecho y su vista se perdió en la noche. Miró en dirección a la aldea, aunque no logró divisarla; luego, fijó sus ojos en el campamento cercano. En extremos opuestos, cada sitio albergaba a sus seres queridos: en uno, su padre y sus hermanos; en el otro, Publio, el padre de su hijo. ¡Cuánto deseaba verlo!

Iba a llorar, pero la imagen de dos soldados que pasaban frente a la vivienda la distrajo. Los uniformados conversaban y la luz de las antorchas de la puerta mostró el brillo de sus cascos; sus uniformes amedrentaban. Pero a Cazue ya no la intimidaban, porque ese ejército que antes pertenecía a un mundo lejano ahora estaba instalado a sólo dos pasos de su nueva morada; y ella, de alguna manera, también formaba parte de ese universo. Pensó dolorida que ya no se hallaba en la pacífica aldea de la montaña verde. Extrañaba. Se volvió a acostar.

* * *

En la sala, cuando los dos comensales terminaron la cena, Publio intentó pasar al dormitorio. Inicialmente, acatando el planteo de Junia, había desistido, pero su deseo era más fuerte que su decisión. Ella, inflexible, se negó. Con cuidado y con la voz suave, le dijo:

—Vete, Publio, hoy no están dadas las condiciones.

—Me iré, pero no es lo que deseo. Me retiro por amor a ti.

—Ven mañana y ayúdame a hablar con la muchacha.

—Sí, estaré aquí temprano —dijo Publio.

—Vete ya —ordenó Junia al ver que no se movía de la sala y, guiándolo de la mano, lo acompañó hasta la puerta. Él la abrazó y la besó al abrigo del recibidor, y ella se lo permitió; no amaba a ese hombre, pero, al fin y al cabo, era la única persona que estaba allí para ayudarla a salvarse del destino de volver a Roma repudiada por infertilidad.

Él puso un pie en la calle y comenzó a caminar; ella se quedó mirando cómo la figura apuesta y varonil se alejaba. Tras unos pasos, Publio se dio la vuelta. Al notar que Junia lo observaba, se volvió y le dijo al oído:

—Te prometo que alguna vez tú también me querrás como yo te quiero a ti.

Ella le sonrió. La frase no la había tomado de improviso: Publio era un tonto romántico.

Él pronunció las palabras y se alejó nuevamente. Avanzó unos pasos, giró y repitió:

—Te lo prometo.

Junia, esta vez, le regaló una gran sonrisa. Él, al descubrirla, entonó un cantito:

—Te-lo-pro-me-to.

Cazue deseaba tanto estar con Publio que creyó oír su voz. Se lo atribuyó a su imaginación, pero el sonido proveniente del exterior le sonó tan parecido que se levantó con apuro para asegurarse de que no estaba desvariando. Se acercó al redondel y miró hacia la calle. Entonces, la luz de las antorchas le confirmó que no se había equivocado, que ahí abajo estaba Publio. Alcanzó a ver su figura y parte de su rostro. ¡Era él! Publio, su Publio. Aguzó el oído y pudo escuchar lo que decía.

—Te lo prometo.

Después, se marchó.

«¿Qué hace Publio allí, en la noche y diciendo esa frase?», se preguntó Cazue mientras se ponía en puntas de pie para ver mejor hacia abajo. «¿Quién está en la puerta?» Apenas vislumbró parte de una túnica, pero le bastó para reconocer el color. Era escarlata, el mismo que le había visto a Junia durante la mañana. Podía haber dudado del color, pero la tela vaporosa que se movía con el viento le confirmaba que se trataba de esa vestimenta. Volvió la vista hacia Publio. Su imagen se perdía en la noche, pero el borde del vestido seguía allí. Cazue quiso distinguir el rostro de quien lo portaba y, esforzándose aún más, sacó la cabeza por la abertura hasta que al fin logró identificarlo. Sí, era Junia, la dueña de casa. Y sonreía.

A pesar de la incómoda posición, Cazue no podía dejar de escrutarle el rostro a la mujer, se lo estudiaba buscando encontrar alguna emoción. «¿Acaso la romana mira con amor a Publio?» No lo creía, más bien apreciaba hartazgo. «Pero ¿por qué Publio dijo "Te lo prometo"?» «¿Qué los une?» «¿Publio ha venido a la casa para visitarla a ella?» Los porqués invadían su mente. En puntas de pie, con la panza apretada contra la pared y la cabeza afuera, cerró los ojos con intensidad. ¿Por qué Publio, por qué su padre, por qué sus hermanos, por qué el campamento tan lejos de la aldea, por qué Las Médulas y hasta por qué la muerte de su madre? ¿Por qué la vida era injusta y difícil? ¿Por qué? Un dolor del alma quebró su interior y todas sus fuerzas se concentraron en esos interrogantes. Mientras seguía contra la pared, apretó aún más fuerte los ojos y también sus puños.

Creyó que su cerebro explotaría y soltó con ímpetu el aire que contenía desde hacía unos instantes. Así, logró serenar sus manos; luego, abrió los ojos, entró la cabeza por la abertura, separó el vientre de la pared y, ya en el cuarto, apoyó la espalda contra el muro.

Entonces, volviendo a la realidad de su pequeña habitación, notó que la parte inferior de sus vestidos estaba mojada. Se miró la ropa, la tocó. El líquido había salido de su interior mientras hacía fuerza en la ventana. ¡El niño estaba por nacer! Tenía que ser eso.

Se preparó para bajar las escaleras cuando un fuerte dolor la obligó a doblarse hacia delante. Un grito le salió de la garganta sin su permiso. Caminó unos pasos hasta la puerta, la abrió y, cuando puso un pie en el primer peldaño, la visión se le nubló, se le volvió oscura de tanto dolor. Aún en medio de los ramalazos, pensó: «Publio, ¿viniste por mí o por Junia?». Recordó que le había sonsacado una promesa, que vendría a verla. «¿Acaso sus palabras tienen relación con aquel juramento?», pensó, y fue acometida por una sucesión de ráfagas de dolor que le impidieron volver en sí con

coherencia, salvo para enfrentar lo que le tocaba vivir en ese momento.

Las luces de la parte alta de la casa se prendieron y dieron inicio a un gran movimiento que incluyó ollas con agua caliente que subían y lienzos que se apilaban unos sobre otros junto a su lecho, donde finalmente terminó tendida.

Acostada, notó a su lado la presencia de la mujer que durante la mañana le había asegurado que la ayudaría, y se tranquilizó. También reconoció el borde de la túnica escarlata y a su dueña, dando órdenes.

Pero luego ya no vio nada más porque los dolores ocuparon todo el espacio, el tiempo y su esfuerzo.

Y sólo quedó fuerza, sudor, lágrimas y valentía. Porque gritos, no hubo. Cazue, que actuaba conforme a las costumbres astures, no gritaba en el parto, sino que soportaba con bravura los embates del dolor. Aun en ese campamento romano, sus costumbres la guiaban.

El escenario siguió sin variaciones hasta que, al fin, cuando ya parecía que las fuerzas se le agotaban, un llanto claro, vital, tierno y precioso borró los dolores de un plumazo. La vida se hacía paso y allí estaba con forma de varón y cabello rojo.

La madre lloraba, el niño era de ella. A Junia también le caían las lágrimas, el niño tenía que ser de ella. Estar en su nacimiento y vivir ese momento mágico le permitía sentir que también le pertenecía.

Cazue no era dueña de nada, pero sí del bebé. La señora de la casa lo tenía todo, pero no era dueña del niño. Y allí estaban ambas, buscando que el recién nacido estuviera bien y que no le faltara nada. Junia había hecho traer una camita de madera para meter al niño. Cazue no la quería aceptar, pero el cansancio no le permitía oponerse.

Con el discurrir del tiempo, la noche se fue calmando y el ánimo de los involucrados en el milagro, también. Junia se quedó sentada en una poltrona, junto a la camita, sin dejar de mirar al niño. No

deseaba marcharse de la pieza a la que había entrado por primera vez en su vida durante esa noche. Un cuerpito de dos pies de largo tenía atrapada su vista, sus deseos, sus manos.

Las sirvientas se fueron retirando y las dos mujeres dormitaron por unos instantes, pero cuando parecía que Junia estaba por entrar en un sueño profundo, una esclava apareció y, tocándole el brazo, la despertó.

—*Domina*, avisan que el amo se encuentra a pocas millas.

Ella volvió en sí.

—¿Quién avisó?

—Un mensajero del ejército, un soldado.

—¿Qué dijo exactamente?

—Que la caravana está cerca y que llegará pronto. ¿Qué hago?

A pesar del cansancio, la mente de Junia funcionó con rapidez.

—Prepara abundante comida porque vendrá con hambre y llénname la terma.

A Junia, aún emocionada por lo vivido durante el parto, se le sumaba la llegada de Ovidio Fabio, el marido ausente por varios meses. Miró a Cazue con la intención de preguntarle si le daba al niño; ya no podía seguir esperando, no quería. En el momento en que la muchacha lo tomó en brazos para prenderlo a su pecho, pensó: «Me dirá que no». Entonces, se contuvo. Volvería en un rato y se lo propondría nuevamente.

* * *

Aún era de noche cuando Junia, que ya había pasado por la cocina para controlar los alimentos que le serviría a su marido, se presentó ante Cazue. La dueña de casa, después del baño, lucía impecable, perfumada y en ropa de dormir.

Junia entró al cuarto y observó la escena: la criatura dormía plácidamente en la camita y, a su lado, en el lecho, la madre descansaba del largo trajín. Deseaba hablar con ella, pero el niño captó su atención y se olvidó de todo. La cabecita roja atrajo su mano y se la tocó; era muy suave al tacto. Le miró la carita; luego, muy despacio, lo alzó. Entre sus brazos, mientras seguía durmiendo, lo observaba con adoración. Lo meció, lo acurrucó contra su pecho. Lo metió entre las telas de su camisón, lo pegó contra su piel, lo unió a sus senos. Se engañó pensando que le pertenecía; aunque el niño no buscara sus pezones, ella jugó a que sí. Cuando estaba punto de depositarlo nuevamente en la camita y despertar a la madre para enumerarle los beneficios de su oferta, oyó el ruido del portón principal. Aún con el bebé en brazos, se asomó a la puerta del cuarto. No alcanzaba a ver quién llegaba, pero los pasos le confirmaron que se trataba de Ovidio Fabio, conocía muy bien sus pisadas. Bajaría con el niño, se lo mostraría y le diría que podían adoptarlo ya mismo, que podían darle su apellido, que era varón, que estaba sano, que…

Descendió por la escalera y apareció ante Ovidio Fabio con el pequeño.

La imagen lo tomó por sorpresa.

Su esposa llevaba el camisón abierto y el niño acurrucado contra la piel de sus senos.

—¡Junia!

—¡Ovidio! ¡Al fin has regresado! Mira… —dijo, y separó al niño de su regazo para que pudiera apreciarle la carita.

Era el momento de hablar, de contarle cómo podían transformarse sus vidas con esa criatura, de convencerlo.

—¿Y ese niño? —pronunció expectante.

No se le había ocurrido una respuesta, pero la vio clara en su rostro. Le adivinó la alegría, la interrogación atenta, las ganas, el deseo, la súplica. Sus ojos hablaban: «¿Es mío? ¿Es nuestro? ¡Dime

que sí! ¡Por Júpiter, que sea nuestro!». Al fin y al cabo, bien podía serlo porque ellos dos algo de intimidad habían tenido, aunque poca, pero habían tenido. Trataba de convencerse. Las lunas coincidían con su ausencia. Al fin, él se atrevió a deslizar una posibilidad.

—Es...

Ella lo miró. No podía romperle la ilusión y decirle que era de una aldeana. Además, lo decidió en ese momento: ese bebé sería suyo por las buenas o por las malas. Ovidio Fabio terminó la frase que había empezado un instante atrás:

—¿Es nuestro?

—Sí.

Él lanzó al suelo los rollos que traía en las manos. Se abalanzó sobre ella y el niño, y los abrazó.

—Un hijo… —Se escuchó decir en la sala a la emocionada voz de hombre.

* * *

Con la aurora, aparecían las primeras claridades de la mañana y la criatura dormía en la camita junto a su verdadera madre. Cuando llorisqueaba, ella se despertaba y otra vez le daba la leche de sus pechos. El cansancio no le había permitido enterarse de que, por un breve lapso, el pequeño había paseado por la sala en otros brazos.

En la cocina, Ovidio Fabio devoraba una copiosa comida propia de una cena; urgido por saciar el hambre, ni siquiera permitió que armaran el triclinio. Su esposa, a su lado, escuchaba con atención su relato.

—Es un lugar muy bonito, pequeño y tranquilo. En el nuevo campamento tendría menos trabajo. La plata no es lo mismo que el oro.

Junia hubiera querido preguntar si el centurión también se instalaría; pero no era el momento. Ella y su marido estaban viviendo algo parecido a la felicidad.

—¿Estás decidido a mudarte? —preguntó Junia.

—Me agradaría, sí, pero si tú también lo quieres.

Ahora, con un hijo, la mujer quedaba incorporada a sus planes y a sus deseos.

Junia no lo pensó más, la idea le venía de maravillas. Tenían que marcharse de allí cuanto antes y llevarse al niño a un lugar alejado de la madre.

Ella habló:

—Si tú así lo quieres, esposo, lo acepto gustosa. Pero vámonos ya mismo.

No podría seguir adelante con la mentira por mucho tiempo.

—¡Qué dices! Recién llego, dame un respiro.

—Vámonos pronto, empecemos una nueva vida con nuestro hijo.

Ovidio Fabio recordó al pequeño y se entregó sin condiciones.

—Está bien. Cuando tengas todo listo, partiremos. Allá me esperan, me necesitan.

EL PRUNUS CERASIFERA

El prunus cerasifera, también llamado ciruelo rojo, es conocido especialmente por su fruto, la ciruela; también por sus pequeñas flores rosas y sus hojas rojas.

PROPIEDADES: es antioxidante. Se dice que también aumenta las defensas y ayuda a mantener saludable nuestro sistema nervioso. La fibra de sus frutos previene el estreñimiento.

Simboliza la fuerza imparable de la vida. En la cultura asiática simboliza la esperanza, porque nace en el duro invierno y espera paciente a que la primavera llegue.

CAPÍTULO 16

EL PRUNUS CERASIFERA

Puertomarín y Palas de Rey, año 2055

Eme se miró en el espejo grande del albergue de Puertomarín y le costó reconocer su cuerpo. Estaba delgado y hasta musculoso. Si consideraba que su alimentación había cambiado y que pasaba buena parte del día en una caminata intensa, era lo normal. Eso sí: nunca se achicaría su cadera, pero tampoco le interesaba. Cada cosa, en su vida, había tomado la importancia que merecía.

Su existencia entera se había transformado porque su modo de mirar la vida, de aceptar los sentimientos y de acomodar sus prioridades era diferente. Tenía que reconocer que, salvo la despedida forzosa de Orión, lo demás venía siendo revelador y bello. «¡Ojalá me hubiera cruzado con Orión en la casa de los Orozco! Eso hubiera significado que compartíamos las mismas ideas y, así, hubiéramos congeniado en todo.» Pero, como había descubierto poco tiempo atrás, la vida era imperfecta. Y la única solución radicaba en aprender a ser feliz con lo que ofrecía a diario. Aceptar, valorar y disfrutar lo bueno; desechar e ignorar lo malo. Porque, si se centraba en lo que se le negaba, no podía disfrutar de todo lo demás que estaba viviendo. Y todo era muy bello.

Suspiró largo y comenzó a vestirse. Una vez instalada en Puertomarín y, a pesar del cansancio, decidió que saldría a recorrer

el municipio. Deseaba llegar al final del día lo más cansada posible para no extrañar tanto a Orión. Temía que la noche la encontrara llorando y sin poder dormir.

Aunque la habitación se destacaba por ser espaciosa y cómoda —contaba con bañera, cafetera para calentar agua y heladera para guardar alimentos—, ella deseaba marcharse ya mismo para el pueblo.

Salió apurada de su cuarto creyendo que la actividad frenética la salvaría de sus pensamientos y de las dolorosas ausencias. Para bajar a la calle, tomó el ascensor del enorme y moderno albergue. Cuando la puerta se abrió y caminó hacia la salida, se encontró con un incesante movimiento de gente que buscaba la cocina. Se acercó unos pasos y pudo apreciar la belleza del ambiente atestado de peregrinos preparando sus comidas. En breve, estaría allí, haciendo lo mismo, porque de ninguna manera quería sentarse sola en un restaurante. No lo soportaría, estaba segura de que extrañaría aún más la compañía de Orión.

Afuera, caminó a paso vivo por el bellísimo casco histórico de un típico pueblo gallego con calles empedradas y casas bajas. La hermosa forma de la iglesia de San Juan la impactó. Su fachada románica de piedra gris, el rosetón con los vitrales en círculos y las ventanas en arco de medio punto la transportaron a otras épocas. Ella, que siempre había amado París y la Patagonia, ahora sumaba un nuevo lugar a su lista: Galicia.

Fue y volvió por la calle principal observando las bonitas construcciones antiguas y la larga fila de prunus cerasifera que habían plantado como adorno; pudo imaginar cómo lucirían florecidos en primavera, con su maravilloso colorido. Pero ahora, en el otoño, se mostraban tristes, tal como si se prepararan para soportar el frío invierno. Los miró y sintió pena; pudo comprenderlos: ese día, ella se sentía como los prunus.

Se acercó a un expendedor de medicamentos atendido por un ser de la IA y compró unos Kleenex. La imagen andrógina la despidió amablemente cuando la noche caía y las luces del pueblo se iban encendiendo. El espectáculo le resultaba tan agradable que quiso repetir su ingreso a Puertomarín y pasar nuevamente por el largo e imponente puente que cruzaba el río Miño. Apoyada en la baranda, disfrutó de la majestuosidad del río y de la parte de la ciudad que, ahora iluminada, lucía diferente. Cinco minutos transcurridos allí, diez y ¡listo!, ya había terminado el recorrido por el pueblo. ¿Y ahora, qué hacer? La respuesta era simple: volver al albergue.

Se quedó un último ratito intentando demorarse para no tener que regresar a donde la soledad se le haría patente. Con una mano, se agarró con fuerza del farol de hierro y apoyó la cadera para sostenerse. No quería dejarse vencer por la tristeza que comenzaba a oprimirla. Se había embarcado en ese recorrido enardecido pensando que estaría mejor, pero el resultado había sido paupérrimo. Apreció los matices que le ofrecía el pueblo y contempló las nubes del cielo que, para variar, anunciaban una llovizna.

Soltó el farol y se calzó la capucha de su abrigo. Las manos se le habían congelado; las metió en los bolsillos y tanteó algo… Papel. La flor que Orión le había regalado en el restaurante. Sintió la forma entre sus dedos y, entonces, ya no pudo contenerse, porque lo que había intentado frenar con su arrebatado paseo, al fin, seguía allí y ahora la atropellaba. Sí, lo reconoció: no sabía cómo vivir sin ese español que apenas un mes atrás no conocía. Tampoco tenía idea de que los sentimientos pudieran adquirir semejante fuerza. ¿Qué hilos invisibles la habían amarrado a él? Lo extrañaba de forma horrible y dolorosa.

Y, estando sola en el puente, preguntó en voz alta, casi en un grito:

—¿Dónde estás, Orión?

Las palabras se mezclaron con el viento y con su llanto. Una lluvia fina comenzaba a caer.

* * *

Muy cerca de allí, en el mismo Puertomarín, en un albergue pequeño y silencioso, se hallaba instalado Orión, quien acababa de llegar. Sentado en el borde de la cama, intentaba comer un típico sándwich de jamón serrano mientras oía la información que Iñaki le pasaba sobre los acontecimientos que se avecinaban.

—Te aviso para que estés al tanto de que, en el camino, se han agregado nuevos guardias que, como tú, van de incógnito.

—¿Los conozco?

—Creo que sí, son mujeres. ¿Te acuerdas de las dos muchachas que ayudaron en el atentado que hizo El Movimiento contra los pesticidas?

—La rubia y la morena —respondió seguro Orión.

Las recordaba perfectamente; sobre todo, a la morena, con la que había terminado acostándose una noche, meses atrás, cuando bebieron demasiado en un social de trabajo; no había vuelto a verla, pero la tenía presente. Ella había intentado contactarse, pero él no le había respondido el llamado.

—Sí, esas —respondió Iñaki—. Andan cerca de tu zona.

—¿Sabes dónde exactamente?

—No, Orión, ¿cómo voy a saberlo, si ellas se están moviendo por el camino igual que tú? Pero creo que no van juntas, sino cada una por su lado.

—¿Y qué más tienes para decirme que deba saber?

—Los allanamientos a los predios de los Orozco y de la otra comunidad ya han sido aprobados y se realizarán en breve. Eso

desencadenará movimientos extraños en el camino —advirtió el hombre.

—¿Por qué lo dices?

—Si los Orozco realmente esconden algo y se enteran de que serán allanados, querrán sacarlo antes de que lleguemos —aclaró Iñaki.

—Y andarán con las cosas por el camino —cerró Orión.

—Exacto —confirmó Iñaki y luego se dedicó a explicarle qué se esperaba de él tras su llegada a Compostela.

Cuando cortaron, Orión se conectó con Perla para ver su mapa y se dedicó a cotejar la información que Iñaki le había facilitado. Intentó repasar el itinerario y los pueblos que atravesaría durante el camino, pero no lograba concentrarse en el trabajo. Eme ocupaba gran parte de sus pensamientos; tanto porque la extrañaba como porque crecía su preocupación respecto al grado de involucramiento con los objetivos de El Movimiento. ¿Qué postura tomaría él? Su deber y su trabajo colisionaban con el fuerte sentimiento que ella le despertaba. Se preocupó y abandonó su sándwich. Entonces le dio rienda suelta a la pasión que lo abrasaba por dentro: Eme, Eme, Eme.

* * *

Cuando Eme regresó al albergue se hallaba un poco más tranquila, pero sus ojos estaban rojos y creía haberse resfriado. Había llorado en el puente bajo la llovizna al menos media hora; si bien el desahogo le permitió sentirse liviana, ahora le parecía estar enferma. Necesitaba tomar algo caliente y comer la tortilla de papa que se había comprado mientras regresaba al albergue.

Fue directo a la cocina. Cenaría y luego se encerraría en su cuarto para no salir más. Comenzó a calentar el agua para

prepararse el té de jengibre que había encontrado en una caja repleta de saquitos dispuesta sobre la mesa. Había hurgado en su contenido y se detuvo en etiquetas, marcas y procedencia de la increíble variedad de tisanas. Usó uno y se guardó otro en el bolsillo, porque cada minuto que pasaba le mostraba que ese resfrío había llegado para quedarse y quería beber otro en el cuarto, antes de acostarse.

Tras el primer sorbo, se detuvo en los ocasionales huéspedes y descubrió varios rostros familiares; miró mejor y reconoció a la madre argentina y a su hija, quienes cenaban en la punta de la larga mesa. Ambas levantaron la mano a modo de saludo; ella lo devolvió con una sonrisa. Un poco más allá vio a las chinas y, en el otro extremo, ¡a la chica mexicana que había conocido al comienzo del viaje! Parecían estar todos, sólo faltaba Orión. ¿Y si él también estaba allí? No, claro que no, él había salido más tarde y eso lo obligaría a pernoctar en otro pueblo, pensó equivocada. Centró la vista en la mexicana y, pese al esfuerzo, no logró recordar su nombre.

La mexicana, que conversaba con otra chica de cabeza rapada y aro en la nariz, levantó la mirada y, al reconocerla, la saludó y, con una seña, de inmediato la invitó a sumarse. Eme no tuvo otra opción que integrarse. Por suerte, cuando la tuvo enfrente, lo recordó: ¡se llamaba Bee!

La otra muchacha se presentó como Carmen.

—¿Carmen? —preguntó Eme, incrédula.

Las mujeres que usaban esa clase de nombres eran muy mayores y ya casi no quedaban. Durante la implementación de la identificación mundial todos aprovecharon para hacer el cambio; sobre todo, los jóvenes, conformando la nueva generación que sociológicamente llamaban los AZ.

—Pues, para que sepas: a los españoles nos agradan los nombres verdaderos.

Eme se llamó al silencio, Carmen parecía de pocas pulgas.

Charlaron un rato y Bee les contó que el camino venía siendo una hermosa y gran experiencia. Lo había disfrutado por completo, sin contratiempos, salvo por las ampollas en los pies, que la demoraron un par de días.

Eme y Carmen coincidieron con la solución a ese problema: se habían comprado sandalias.

—Qué buena idea tuvieron, a mí nadie me lo recomendó. Pero no me vino mal pasar dos días en Sarria… ¡descansé de maravilla! —exclamó Bee.

—Los españoles, que algo sabemos del camino, tenemos claro que esa es la mejor solución si quieres seguir avanzando cuando tus pies ya no dan más —señaló Carmen.

—¿De qué parte de España eres? —preguntó Eme. La manera de hablar la había llevado a Orión.

—Soy de Galicia.

—¿Cómo has conseguido el permiso? —preguntó Bee y, al ver la cara de pocos amigos de Carmen, agregó—: Te lo consulto porque es la pregunta obligada entre peregrinos. Cada permiso es una historia en sí misma.

—Contactos… No se olviden de que soy de aquí —dijo Carmen.

Bee y Eme ya no se atrevieron a profundizar sobre el tema.

Eme estornudó varias veces seguidas.

—¿Estás enferma? —se interesó la española.

—Creo que me resfrié.

La muchacha sacó de su bolsillo una píldora, parecía ibuprofeno.

—Tómate una y te sentirás mejor.

—No, gracias, creo que con este té de jengibre y limón estaré bien.

—¿Eres de las que no usan remedios? —preguntó Carmen con una sonrisa inquisitiva.

Eme se encogió de hombros mientras pensaba acerca de qué clase de pregunta era esa. Usaba los medicamentos que necesitaba, ni más ni menos; en París, recurría a ellos siempre que los precisaba. Sin embargo, después de la clase de Pepi, la medicina alopática quedaba sujeta a revisión.

—Aunque tu ropa no es de algodón —comentó la española, tocándole el borde al pantalón bordó—. Veo que usas telas inteligentes.

La mente de Eme asoció los comentarios y captó lo que Carmen insinuaba. La gente que estaba en contra del sistema no tomaba remedios porque sostenía que los dueños de las farmacéuticas eran los mismos que dominaban la industria alimenticia y enfermaban a la gente para luego venderle los remedios. Las personas que, como Eme, estaban en contra del sistema sólo usaban ropa de telas nobles y no sintéticas. Pero muchas de esas ideas eran nuevas para ella.

Eme decidió callarse, miró a Bee buscando ayuda, pero la chica permanecía ajena, muda. Supuso que estaba en su mundo; en línea, tal vez, porque había cerrado los ojos un par de veces durante la charla. A Eme, que la consideraba una ávida conversadora, le pareció raro que no metiera algún bocadillo. Pero, atosigada con sus malestares físicos y tristezas, Eme terminó de comer su tortilla y de tomar su té, dijo un par de frases de ocasión y se marchó a dormir. Habían acordado caminar las tres juntas al día siguiente, pero ni loca se sumaría. Lo único que necesitaba era estar sola para pensar y forjar el temple ante su inminente participación en Compostela. Ninguna de las chicas parecía buena compañía para su estado de ánimo.

En muy pocos minutos se quedó dormida. El cansancio y las emociones fuertes la habían fulminado.

Pero el resfrío le jugó una mala pasada y a las tres de la mañana el dolor de garganta y la nariz tapada la despertaron. «¡Carajo! ¿Por

qué seré tan cabeza dura y no acepté la pastilla de ibuprofeno?», se lamentó.

Se levantó y, como pudo, calentó agua en la cafetera para prepararse el té que se había traído de la cocina. Cuando lo tuvo listo, lo tomó despacio, sentada en la única silla, junto a la ventana. Por momentos, la abrumaba el temor de seguir enferma: «¿Si no sano rápido y no puedo llegar a tiempo a Compostela? ¿Qué sucederá en tal caso? ¿Pensarán que soy una traidora? ¿Me traerá problemas?

Pensó en los Orozco y recordó que Tomás le había dicho muy claramente que un incumplimiento de su parte pondría en juego el sistema de vida de La Arboleda y de todos los miembros de la organización. No podía defraudarlos, no quería. A las tres de la mañana, la negrura propia de los problemas adquiría un tono más oscuro y dramático. Con todo su corazón, deseaba escuchar de la boca de Orión la frase que solía repetirle: «No temas. Todo estará bien».

Orión. Orión…

Aunque se sintiera enferma, si él estuviera allí, no sería tan grave. Estaba sola en ese cuarto, sola en España. Sola en la vida.

Entonces, por primera vez en mucho tiempo, extrañó a Perla. Si no iba a estar con Orión, al menos, quería a Perla. La voz amigable le hubiera hecho compañía, la hubiera calmado hasta lograr que se durmiera. Se levantó y caminó un par de pasos por la habitación tal como si fuera una drogodependiente. Pero, recobrando la lucidez, comprendió de qué terrible manera se le había metido la tecnología en el cuerpo y hasta en el corazón. No podía añorar a Orión, un ser real de carne y hueso, y pretender reemplazarlo por una máquina, un ser hecho de impulsos algorítmicos que no podía abrazarla, ni mirarla a los ojos, uno que existía por obra y arte de la inteligencia artificial. Ella, que se había creído ya libre del azote virtual, otra vez era atacada por ese viejo vicio. Aún le quedaban por librar varias

batallas contra su dependencia tecnológica. Descubría que esa ciencia o sus dueños querían apropiarse de su tiempo, de sus ganas, de sus sueños y hasta de los deseos de amor que tenían los seres humanos.

* * *

A la mañana siguiente, Eme no pudo partir tan temprano a Palas de Rey como hubiera querido. Atacada por un fuerte resfrío y mal dormida, le resultaba imposible apurarse; su cuerpo estaba a media máquina. «Acá estoy, al menos he salido», se dijo a sí misma cuando emprendió la marcha. Antes de partir, comprobó que no hubiera nadie en la recepción ni en la cocina del albergue, señal de que los peregrinos seguían descansando a pata suelta o se habían largado al camino. Eme supuso que la española y Bee le llevaban un par de horas de ventaja, cosa que agradeció porque no estaba de humor para hablar ni caminar con nadie. El trecho hasta Palas de Rey era largo. «Veinticuatro kilómetros… ¡Se dice fácil!» Pero si le agregaba una parada para comer un tentempié, tendría seis o siete horas de caminata. Necesitaría concentración para lograrlo. La nariz le goteaba y se sentía decaída.

A las afueras de Puertomarín, pasó de caminar por calles de asfalto a las de tierra y, de estas, a un sendero angosto, muy empinado. Acometió la cuesta con ímpetu, pero, tras unos metros, exhausta, buscando darse un respiro, se detuvo y, al darse la vuelta, ante sus ojos apareció la vista más majestuosa desde que había comenzado el viaje. Los picos de las montañas asomaban tornasolados, la densa bruma aún cubría las tierras bajas del valle y el río Miño, enorme y pacífico, cruzaba bajo el imponente puente en el que había llorado la noche anterior. Por efecto de la luz, el agua parecía un espejo plateado. El cielo azul, coronado con algunas

nubes blancas, completaba la bella imagen que penetraba a través de sus ojos.

La magnificencia a la que se asomaba era tal que se emocionó profundamente y, a pesar de su malestar, se llenó de gratitud por estar allí. Bajó la vista y descubrió que sus pies se encontraban sobre una hermosa hiedra silvestre atestada de flores amarillas, una planta típica del lugar. Ese detalle fue el toque final que coronó la postal en la que estaba inmersa. Cortó un ramillete y lo guardó con cuidado en un pañuelo descartable dentro de su mochila para recordar siempre ese momento. Prendada por el cuadro, prolongó cinco minutos más su descanso, pero decidió continuar porque temió quedarse allí el resto del día. Antes, se sonó la nariz; decididamente, su resfrío se estaba transformando en una gripe.

* * *

Orión divisó que Carmen ingresaba al bar donde la esperaba desde hacía cinco minutos y se puso de pie para saludarla. Por poco no la reconoce, estaba muy cambiada. No parecía la chica con la que tiempo atrás se había acostado. No quería demorarse, estaba apurado por iniciar la marcha rumbo a Palas de Rey y mantenerse a prudente distancia de Eme.

Se saludaron con un beso rápido.

—Por poco no te reconozco… has cambiado de *look* —le dijo, sincero y sorprendido.

—Sí, es más cómodo, y me ayuda en mi tarea, me mimetizo más fácil con los sediciosos —dijo Carmen, entre risas, mientras se tocaba la cabeza.

—¿Te ayuda? ¿A qué te refieres?

—Ya sabes, este tipo de peinado lo llevan mucho los que tienen ideas insurrectas.

Orión levantó las cejas. Eme profesaba esas ideas y tenía el pelo un poco más largo. Muchos se rapaban la cabeza, pero no todos podían clasificarse como sediciosos o como miembros de El Movimiento. Las ideas se le complicaron y decidió no hablar más de peinados e ideología.

—¿Quieres un café?

—Sí, por favor.

Orión le hizo una seña al camarero y dejó que ella expusiera el motivo del encuentro.

—Como coincidimos en el mismo pueblo, pensé que podíamos conversar personalmente —se justificó.

—¿Has recibido algunas instrucciones en particular?

—Sí.

—¿Sabes que estaremos juntos en Compostela y, tal vez, también en Arzúa?

—Hablé con Iñaki, pero no me comentó nada al respecto.

—Entonces, aún no sabes todo… —dijo Carmen, y comenzó a ponerlo al tanto de las últimas noticias que esa mañana había recibido por escrito en su chip.

Orión le prestó la atención justa y necesaria. Si bien lo laboral le interesaba, en este momento le importaba Eme y estaba ansioso por partir. Creía que Carmen lo había citado bajo el pretexto de conversar sobre las noticias, que de verdad eran bien interesantes, pero le adivinó otras intenciones. Lo que ella pretendiera a él no lo retendría muchos minutos más.

* * *

Eme llevaba andando varias horas. Se había detenido para tomar y comer algo liviano y luego había proseguido. Durante la travesía, había cruzado campos con animales, largas calles rodeadas por

miles de ramilletes de hortensias lilas y celestes, caseríos de pueblos antiguos, viviendas con hermosos jardines muy bien cuidados y viejos hórreos en los frentes de las moradas. Y ahora, que eran las cinco de la tarde y el cartel azul con los rayos amarillos le indicaba que ingresaba en el tramo final, sentía la felicidad de saber que se aproximaba a su destino. Sin embargo, le costaba avanzar. Le dolía la garganta y los síntomas de una fiebre en aumento iban aletargando su paso.

Se animó un poco más cuando pisó el asfalto de Palas de Rey. Cansada y enferma, se metió en el primer albergue que encontró. Sencillo y familiar, era regenteado por su propia dueña, una gallega algo elemental, pero de buen corazón que, en cuanto notó el estado de su joven huésped, le ofreció llevarle al cuarto un plato de comida junto con un medicamento para la fiebre. Alrededor de la mujer revoloteaban sus hijos, varios niños pequeños a los que cuidaba mientras atendía el mostrador del albergue. Muy cerca de esa improvisada recepción había cuatro mesitas que funcionaban como precario restaurante donde la gente podía sentarse a comer los platos que ella misma preparaba y traía directamente desde su cocina.

Con la última lucidez que le quedaba, Eme oyó la historia de la mujer. Como no tenía un hombre que la ayudara, había convertido su casa en albergue de peregrinos para mantener a sus hijos. Así, mareada de explicaciones y charla, Eme se metió en el cuarto y suspiró agradecida de haber encontrado rápido dónde pasar la noche.

Media hora después, Eme recibía tres pastillas de ibuprofeno y un plato de tallarines con salsa de mariscos. Ingirió ambas cosas sentada en la sencilla cama, pues en el cuarto no había sillas. Terminó la comida y, sin siquiera bañarse, se tapó con las frazadas y se quedó profundamente dormida.

Desde afuera se oía la llegada de nuevos peregrinos; entre ellos, las argentinas, la chica de cabeza rapada y el revoltoso grupo de ingleses. Pero ella ni se enteró. Su cuerpo molido la había llevado a un estado de inconsciencia en que, en sueños, protagonizaba una discusión con Orión.

* * *

Por la mañana, Eme se despertó, constató que se sentía mejor y decidió levantarse. El descanso de varias horas le había sentado bien, aunque, otra vez, sería la última en salir. No le importó la distancia hasta Melide, el próximo pueblo, que representaba la mitad del trayecto que había realizado el día anterior. Se tomó otra pastilla de ibuprofeno y enseguida se sintió mejor aún; el optimismo que le infundió la droga le hizo pensar que, incluso, podría recorrer los kilómetros hasta Arzúa, el pueblo que le seguía a Melide.

Extendió el mapa y estudió la distancia entre los dos pueblos. Por un momento, se tentó de avanzar al siguiente, pues sabía que, si se atrevía, ganaría tiempo, evitaría correr riesgos innecesarios y, sobre todo, aseguraría la llegada un día antes de la fecha pactada. La indecisión crecía cuanto más lo analizaba. El problema residía en que Melide estaba demasiado cerca, pero Arzúa, demasiado lejos, y no sabía si su cuerpo aguantaría el viaje.

Bajó a desayunar y, tal como lo había imaginado, ya no quedaba nadie en las mesitas, salvo los ingleses, que habían trasnochado. Acostarse temprano y levantarse antes de las seis era un consejo extendido entre los caminantes. En los albergues públicos, incluso, un cartel se hacía eco del refrán: «El peregrino que se acuesta después de las diez de la noche se pierde de conocer el pueblo que le toca al día siguiente». Pero los ingleses, evidentemente, iban a su

aire, más interesados en conocer la fiesta nocturna que la geografía española.

Cuando los muchachos la vieron aparecer, la recibieron con silbidos y frases subidas de tono. Malhumorada por ser nuevamente objeto de una insolencia, exclamó:

—*Vous, les Anglais, etês sacrément impoli!*

Para enrostrarles su malestar, sacó a relucir la vieja rivalidad entre las dos nacionalidades: «Vosotros, los ingleses, sois unos malditos maleducados».

—¡Olalá, París…, güi, güi…! —explotaron en burlas y carcajadas.

La dueña del albergue hizo aparecer su lado feminista y de inmediato les dio un sermón en un gallego cerrado que los intimidó. Por supuesto, los muchachos no entendieron nada, pero dejaron de molestar a Eme, aunque siguieron fastidiándose entre ellos.

Debido al altercado, Eme desayunó inquieta y molesta. Apuró su café y, en poco tiempo, juntó sus petates para partir. En la puerta del albergue, miró el mapa una vez más, controló los kilómetros y los nombres de los caseríos que atravesaría y se decidió por el camino corto: iría hasta Melide. Le pareció acorde a su estado de salud. Luego, guardó el mapa en el bolsillo, balanceó su mochila en la espalda y buscó la salida de Palas de Rey.

En el camino, Eme se sumergió en sus pensamientos atiborrados de dudas e interrogantes: «¿En qué parte del camino irá Orión? ¿Estará cerca? ¿Nos volveremos a ver? ¿Me extrañará?». También se dejó asaltar por preguntas existenciales: «¿Cómo deseo que sea mi vida en el futuro? ¿Quiero seguir viviendo como una citadina parisina, o prefiero instalarme en un sitio tranquilo y cerca de la naturaleza?». Recordó que Hache le había comentado que podían conseguirle el permiso para residir en la zona, si deseaba cambiar de vida. «Ah, pero… ¿y por qué no la Patagonia», se preguntó al recordar que alguna vez había fantaseado con vivir en el sur de la Argentina. Árboles, cielo abierto, aguas cristalinas, montañas,

noches estrelladas, aire puro, tierra inagotable. Oh, qué bien sabían esos pequeños placeres. «¿Podré vivir sin abrazar troncos añosos, sin pisar el verde?» Creía que ya no podría volver a respirar el *smog* de París. Qué lejos se sentía de su antigua vida en Francia… ¡Y eso que no había transcurrido ni siquiera un mes desde su partida! ¿Qué pensarían sus amistades al no recibir noticias de sus movimientos? ¿Se interesarían por saber qué había sido de ella durante la travesía? Por estas épocas, la vorágine citadina era tan abrumadora, fría y centrada en la tecnología que, probablemente, tardarían bastante en darse cuenta de que no estaba en su casa. ¿Y Uve, su amiga, la extrañaría? Y la pregunta más importante: ¿podría, mientras recorría el camino, tomar las decisiones transcendentales que su vida exigía?

La conversación que llevaba adelante consigo alcanzaba una intensidad inusitada y sólo cesaba cuando se detenía para sonarse la nariz o porque se quedaba sin aliento, ya que la garganta le ardía. A pesar de que el camino no era sinuoso ni escarpado, ella se agitaba y le costaba mantener un buen ritmo. Se había engripado y, aunque había tomado el medicamento en la mañana, el dolor le recorría todo el cuerpo, desde la piel hasta los huesos.

Los interrogantes la bombardeaban mientras Eme se esforzaba por encontrar las respuestas sin imaginar que, en pocas horas, no tendrían ningún sentido porque, entretenida en sus disquisiciones, había errado el camino a Melide. Tanto marcar en el mapa no había servido de nada; tampoco haber evaluado a conciencia que no le convenía extender el recorrido porque, al final, distraída, había tomado el largo, el que llevaba a Arzúa. Ese que a una persona sana y sin detenerse para comer ni descansar podía demandarle siete horas de caminata intensa.

Horas negras se avecinaban a pesar de lo radiante del día.

CAPÍTULO 17

EL TRUEQUE BAJO EL ROBLE

La Hispania, año 31 a. C.

Camino y nada me detiene, voy en busca de mi hijo. Avanzo por distintos lugares. Algunos son bellos; otros, feos y duros, pero siempre abrazada por la tenaz soledad de los bosques. Por eso, esta vez miro y me sorprendo, no lo puedo creer.

Veo aldeanos de una región lejana que están cumpliendo un ritual como el que realizamos en mi aldea. Un grupo de personas se encuentra reunido bajo la sombra de un enorme roble para intercambiar sus productos. Junto a esos árboles crecen castaños, pero ellos nunca los eligen para cobijarse. No los quieren, es una especie que han traído los romanos desde sus tierras. Cuando me descubren, me miran con sorpresa. Ellos se conocen entre sí, aquí la extraña soy yo. Veo la comida sobre las piedras, meto mi mano entre las telas de mi vestido y toco el collar. Creo que ha llegado el momento de transformarlo en alimentos. Aún me quedan las pepitas y el brazalete, aunque de este último no quisiera desprenderme. Me recuerda a mi padre y a este viaje en el que he aprendido tanto. Me acerco, sigilosa, porque no sé cómo reaccionarán, pero las ancianas me sonríen. Me tranquilizo, me siento en casa. Ellas quieren hablar, pero yo me callo.

Al cabo de un rato, ya lejos del roble e internada en el monte, me siento junto a una piedra y la uso de mesa. Con mi navaja, corto el queso que cambié por una joya y lo como. Me sabe delicioso, me alimenta. Medito que el momento bajo el roble fue bueno, aunque el recuerdo de su madera me lleva a otros no tan agradables…

Recuerdos

A la mañana siguiente del nacimiento de Aguí, nombre que su madre le dio a la criatura, Junia, vestida de fina túnica, subía por las escaleras al cuarto de Cazue. Detrás iban dos esclavos morenos y fuertes; ambos cargaban un pesado baúl de roble. Su marido dormía profundamente en el cuarto matrimonial. Estaba segura de que seguiría tumbado gran parte del día debido al cansancio del viaje, lo que le daba tiempo de pergeñar sus planes.

Seguida por los dos hombres, Junia ingresó al cuarto de Cazue.

—Dejen el baúl junto a la puerta y retírense —les ordenó su ama.

Cazue, al ver tanto movimiento, se sentó en el lecho y, mientras miraba al bebé, preguntó:

—¿Sucede algo?

Junia fue directo al punto.

—¿Ves ese baúl?

—Sí.

—Está repleto de monedas de oro que serán tuyas, si me das al niño. Son muchas, más de lo que puedes soñar.

Cazue suspiró fuerte. Aún se hallaba débil y la romana venía otra vez con su ofrecimiento. Comenzaba a tenerle temor. Le respondió con sinceridad y firmeza, con palabras ingenuas.

—No puedo entregárselo. Aguí no quiere ir con nadie y yo tampoco deseo que vaya con otros.

La voz de Cazue sonó desesperada; quería marcharse ya mismo de esa casa.

Junia escuchó la frase y no pudo evitar que su rostro trasluciera contrariedad. Pero, en un esfuerzo por mantenerse fría, siguió adelante con civilidad. Hubiera querido contarle que, más temprano, al niño le había agradado estar pegado a su pecho, relatarle cómo se dejó abrazar por el que sería su padre y explicarle lo feliz que estaría con ella y con Ovidio Fabio como protectores, pero se calló, no deseaba asustarla.

—No te preocupes. Ya encontraré otra criatura. Quizá —suspiró— logre tener uno mío. Sólo quería proponértelo por última vez.

—Lo lamento —dijo Cazue, que divagaba entre la pena y el temor.

—¿Quieres algo? ¿Necesitas que te traiga alguna cosa? —preguntó Junia, amablemente.

—No, estoy bien.

—¿Estás segura? —Trató de sonar agradable.

Cazue dudó un momento y luego comunicó algo que deseaba.

—Si pudiera, me gustaría que le avisara a Publio. Tal vez, él podría venir, quiero cumplir con algunos rituales de mi pueblo, si no le molesta.

La petición tomó a Junia por sorpresa. No era mala idea; Publio, quizá, podría convencerla.

—No me molesta, siempre que no sean actos extraños.

Junia, como buena romana, juzgaba que los pueblos de la Hispania eran unos bárbaros.

—Oh, no, es muy simple, pero necesito que el padre esté presente.

—Me ocuparé de hacerlo llamar para que venga ahora mismo.

Ella se retiró y, ya en la sala, escribió una nota en un papiro para que su esclava se lo llevara a Publio. Además de pedirle que se presentara a la brevedad, le avisó que Ovidio Fabio se encontraba en

la casa. Estaba segura de que ese mensaje lo traería de inmediato. Ciertamente, él temería por su vida.

* * *

Tal como Junia lo había sospechado, Publio no se hizo esperar.

—Vine porque me preocupé. ¿Está todo en orden con Ovidio Fabio?

—Sí, duerme como un lirón, despertará recién a la tarde.

—Me inquieté —comentó y de inmediato agregó—: Tenemos que organizar cómo haremos para vernos... Estuve pensando… —dudaba — que en mi tienda no habría problema… O tal vez podemos…

—Ya nos ocuparemos de ese asunto. Ahora tengo otro problema más grave: la madre aún no me da el niño y pidió por ti.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Que hables con ella. Entra al cuarto, persuádela…

—Yo traje a la muchacha, te tocaba a ti convencerla.

—Por favor, ayúdame —le pidió Junia tomándolo de la mano y mirándolo a los ojos.

Él no se pudo negar. Si Junia le pedía que se tirara a un pozo, lo haría.

Subió las escaleras con sigilo para no despertar a Ovidio Fabio. Había venido con premura porque temió que Junia hubiera sufrido una contrariedad tras la llegada de su marido. De todos modos, aunque comprobó que estaba a salvo, deberían extremar los cuidados. Se moriría si a ella le pasaba algo.

Cuando Publio abrió la puerta a Cazue se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Había venido! ¡Ella se lo había pedido y él se había presentado tan pronto!

Orgullosa, enseguida le mostró la criatura. Pero él no dijo nada, no se le ocurría qué. Ese ser arrugado de su mismo color de pelo lo

perturbaba. La unión de su sangre romana con el linaje de una mujer bárbara lo incomodaba. La situación entera lo avergonzaba.

—¿Lo quieres? ¿Te agrada? —preguntó Cazue ingenuamente.

—Sí. Pero lo mejor, tal vez, sea entregárselo a la dueña de casa.

—No voy a dárselo. Si tú no nos quieres, deseo regresar a mi aldea. No sé si fue una buena idea instalarme aquí. Yo creía que tú…

Publio concluyó que ella no debía irse. Eso no podía pasar de ninguna manera, porque, entonces, también sobrevendría la partida de Junia.

La tranquilizó:

—Está bien. Si no quieres, no hace falta que le entregues al niño. Pero… ¿qué esperas de mí?

Algo se rompía dentro de Cazue, por primera vez desconfiaba de Publio, tal como si el nacimiento le hubiera cambiado la óptica de los acontecimientos.

—Demuéstranos que nos quieres, sólo eso. Si es así, me quedaré a trabajar en esta casa, aunque sólo sea para verte algunos días en el arroyo. Si no, me iré.

Publio consideró que la situación se estaba complicando. ¿Qué hacer? Se le ocurrió que, si tocaba al niño, enternecería a la madre. Eso lo ayudaría.

Pasó su mano por la cabeza del pequeño sin dejar de mirar la reacción de Cazue. Era lo máximo que podía hacer para cambiar la suerte. Su manaza intentó una caricia.

—No alcanza —dijo ella.

—¿Qué más quieres que haga?

—Hay una costumbre entre los de mi pueblo...

Ella lo puso como mojón, como prueba. Si él aceptaba, se quedaría; de lo contrario, se volvería a la aldea. Publio, que pareció adivinar sus intenciones, la oyó con solicitud.

Cazue le explicó, en pocas palabras, la antiquísima costumbre de los astures: el padre debía pasar una noche con el recién nacido.

Ambos acostados, abrazados, y con poca ropa. Se trataba de la tradicional *covada*, donde la madre le cedía la criatura al hombre para estrechar lazos entre ellos.

Publio, que la escuchó atentamente, hubiera querido decirle que estaba loca, que él nunca haría eso, ni con ese niño ni con ninguno, ni siquiera con uno que tuviera con Junia, pero se calló y, buscando una salida rápida, respondió:

—Está bien, pasaré un tiempo con él. Ya te diré cuándo, ahora debo volver al trabajo.

La situación se complicaba aún más; tendría que hablar con Junia. Creía que no volvería a ver a Cazue. Quería huir ya mismo de allí y no volver más.

* * *

Cuando Publio bajó, Junia lo condujo al cuarto de lavado para que hablaran tranquilos. Cuidadosa en extremo por la presencia de su marido, se preocupó por cerrar la puerta con llave. Conversaron sin tapujos, con sinceridad.

—No quiere darte el niño. Por los dioses que lo intenté, pero es muy terca —explicó Publio.

—¡Maldición!

Con el rostro desdibujado, Junia se mordió el nudillo del dedo índice con fuerza hasta lastimárselo.

Había una verdad: si Publio no lograba persuadirla, nadie lo lograría. Él prosiguió:

—Además, ahora pide otras cosas —agregó, y luego se dedicó a contarle en detalle el rito astur.

Ella lo escuchaba con atención. Y lo que en principio parecía absurdo viró a una buena idea.

Publio terminó la explicación con una última y decidida frase:

—Yo no llevaré a cabo ninguna de esas ridículas y salvajes costumbres, te lo advierto.

Pero Junia, que estaba dispuesta a todo, respondió:

—No te preocupes: cuando te dé al niño, me lo traerás a mí. Así tú no tendrás que hacerte cargo. Lo haré yo.

—Pero no te lo dará —porfió—. Despídela, será mejor que vuelva a su aldea. Si no lo haces, habrá problemas. Estoy seguro de que podremos conseguir otro niño.

Publio no imaginaba que Ovidio Fabio ya lo había conocido y estaba convencido de que era propio.

—Sé que tú conseguirás otro. Pero igual ven al caer el sol a recibirlo… —dijo con ojos suplicantes, y agregó—: Es mi oportunidad de sentirme madre al menos durante una noche.

Publio la miró rendido. Ella podía lograr de él lo que fuera, aunque la situación comenzaba a cansarlo. Junia se dio cuenta.

—Hazlo por mí —le pidió y se acercó aún más.

Él aprovechó que estaban solos y la besó. Un beso trajo otro beso y dieron paso a las caricias. Terminaron teniendo sexo, de pie; ella, con el pecho apoyado en las bateas y él, afirmado en su espalda. Sin sonidos, rápido, de manera apasionada. No había sucedido por casualidad: ella cedió porque se lo debía. Él la había ayudado mucho, y lo que los unía llegaba a su fin. Porque Junia ya tenía la partida organizada en su cabeza: la noche que Cazue le diera el niño a Publio, ella lo tomaría e, inmediatamente, saldrían con su marido en una pequeña caravana rumbo al campamento de la mina de plata. La partida sería silenciosa para que la chica recién se diera cuenta al otro día, cuando a Publio le tocara devolver el niño. A él no le contaría su plan; su amor tenaz casi rozaba la obsesión por ella. Lo mejor sería marcharse de Las Médulas en silencio y, cuanto antes, empezar una nueva vida con su esposo y la criatura.

* * *

Antes de que Publio pusiera un pie en el campamento, Junia ya había hablado con las dos esclavas de confianza. Les contó del viaje, les dio órdenes sobre qué bártulos preparar y, sobre todo, les pidió reserva. Nadie debía enterarse de su partida, ni siquiera los demás sirvientes.

Respecto a la mentira, bien podía mantenerla para su esposo. Él seguiría creyendo que el bebé les pertenecía.

* * *

Ovidio Fabio se despertó por la tarde. Se dio un baño en la terma y se marchó para organizar el nuevo viaje. Pasaría por las tiendas del campamento, pues necesitaba contarle a su centurión los sucesos inesperados y los cambios de planes que afectarían la vida de ambos.

Cuando volvió y pidió ver al niño, Junia se lo trajo y lo acostó entre ellos, en la cama, durante un breve lapso. El suficiente para soñar con una nueva vida, el necesario para que la madre verdadera no enloqueciera por culpa de la ausencia del niño, y el exacto para que Ovidio Fabio se sintiera un hombre diferente. Porque luego de devolver al pequeño, los esposos intentaron un acercamiento íntimo, y lo lograron. Con esfuerzo, alcanzaron la victoria que llegó sin pena ni gloria, pero llegó, que ya era mucho.

Ella se sentía dichosa. Después del acto sexual, acariciaba el comienzo de una nueva etapa.

Él se sentía infeliz. Temía que comenzara una época de peticiones íntimas. Consideraba ocasional el encuentro de esa noche.

EL ALISO

El aliso es un árbol que puede alcanzar entre veinte y treinta metros de altura. Sus hojas son generalmente ovaladas con flores pequeñas y amarillas. Sus frutos son de color rojo oscuro y maduran en otoño.

PROPIEDADES: en la medicina tradicional, sus hojas, corteza y frutos se han utilizado como digestivos, antioxidantes, diuréticos, antiinflamatorios y antimicrobianos.

Simboliza la resurrección. En la antigüedad, se pensaba que era un árbol mágico, ya que su madera, una vez cortada, cambiaba de color, pasando de un marrón claro a un rojizo.

CAPÍTULO 18

EL ALISO

Melide, año 2055

El sol de la tarde alumbraba el camino a Santiago de Compostela. Eme llevaba varias horas avanzando, pero, centrada en aguantar, ocupada en sonarse la nariz y en tomarse un descanso cada tanto, había perdido de vista los carteles. Según sus cálculos, ya debía estar cerca de Melide; sin embargo, las calles más anchas o los indicios de civilización no aparecían. Sus pies sólo pisaban pequeños senderos y sus ojos únicamente contemplaban paisajes espectaculares, lo que le daba mala espina porque significaba que no había ciudad a la vista.

Se sentía muy enferma. Los efectos del último ibuprofeno ya formaban parte del pasado, le dolía todo el cuerpo y estaba segura de que tenía fiebre alta. Y, lo peor de todo: llevaba mucho tiempo sin cruzarse con personas en el camino. ¿Acaso se habría equivocado? Se horrorizó ante la posibilidad y trató de desechar esa idea. Pero tenía que reconocer que, entre sus pensamientos y su malestar, había avanzado muy distraída. En realidad, había perdido el miedo de los primeros trayectos y se había confiado en que siempre llegaba bien a destino.

Se detuvo en seco y se sentó en una piedra, necesitaba pensar: tal vez se había equivocado y estaba yendo rumbo a Arzúa, y no a

Melide, que era el pueblo cercano. Pero los últimos carteles que indicaban que transitaba el Camino de Santiago los había visto una hora atrás. Se preocupó, quizá ni siquiera iba rumbo a ninguno de los dos pueblos. De ser así, deberían haber aparecido más anuncios. Evidentemente, se había equivocado y desconocía dónde estaba. Esta vez sí que necesitaba a Perla. Pero de inmediato se autocriticó por el pensamiento recurrente que la impulsaba a buscar ayuda en ese ser tecnológico y dijo en voz alta:

—Bah, Perla no hubiera podido hacer nada aquí. En este campo remoto ni siquiera debe llegar la señal del satélite.

Se puso de pie y, con la fuerza que da la adrenalina del miedo, siguió caminando mientras buscaba carteles que indicaran que, al menos, iba bien para Arzúa, el pueblo más alejado, porque le resultaba claro que rumbo a Melide no había ido nunca. Por un momento, creyó que se le habían borrado todos los dolores y hasta la fiebre. Decidió volverse sobre sus pasos; tal vez, aún estuviera a tiempo de llegar a Melide.

Caminó y caminó.

Y caminó.

Después de dos horas de marcha frenética, notó que el sol de la tarde comenzaba a perder su fuerza. El cuerpo le dolía de nuevo, no había visto ningún cartel y no había vuelto a cruzarse con personas, lo que, decididamente, significaba que había errado el camino; de lo contrario, hubiera visto peregrinos. ¿Qué haría? No quería desesperarse, trató de calmarse. No podía seguir avanzando porque se hacía de noche y se sentía mal, pero echarse ahí, al abrigo de un árbol, sin bolsa de dormir, sería terrible. Resolvió descansar unos minutos; se sentó y apoyó la espalda contra una gran cerca de piedras ubicada a la vera del camino. La fiebre le hacía arder el rostro y perder un poco el sentido. La realidad se unió a los sueños y, por unos pocos momentos, sin decidirlo, dormitó. Cuando volvió en sí, la incipiente noche la rodeaba. Decidió seguir caminando y,

luego de avanzar un poco, el sendero se transformó en una calle ancha. «Buena señal», se contentó, esperanzada de que ese camino la llevara a algún lugar, aunque no fuera Melide ni Arzúa, pero donde hubiera una cama… un hotel, un albergue. O cualquier parador donde pudiera tumbarse. Porque eso era lo único que deseaba.

Con las últimas claridades, el camino le trajo voces. Se apuró, eran gritos de diversión, de fiesta; siguió caminando guiada por los sonidos. Hablaban en inglés, no se oían voces de mujeres... «¡Carajo, los ingleses!», temió. ¿Por qué tenía que toparse con ellos y no con otros peregrinos? Como fuera, mejor encontrarse a esos muchachos que a nadie. Tenía que pedirles ayuda.

Se fue acercando despacio hasta que estuvo a unos metros y vio a los cinco riendo y tomando whisky directamente de la botella… ¡alrededor de un improvisado fogón! ¡Hacer fuego estaba completamente prohibido! Pero como ella no había venido para corregirlos, puso su mejor cara, acomodó la voz y, como si las llamas no existieran, dio unos pasos mientras intentaba explicarles, en inglés, que estaba perdida y necesitaba ayuda.

La primera reacción fue de absoluta sorpresa, como si un espectro se les hubiera aparecido en la noche. Repuestos del susto, el rubio grandote, tambaleándose, intentó ponerse de pie haciendo gestos de falsa cortesía. Ante la risa generalizada del resto, dijo un par de incoherencias que Eme captó a medias pero encendieron la señal de alarma: «¡Olalá, llegó la Bella!», «¡Qué bueno que estés aquí, *mon amour*! Únete a nuestros juegos», «Necesitábamos chicas para divertirnos», «Ven, bebe un trago de whisky».

El estado de ebriedad no les permitía comprender que se trataba de un verdadero pedido de auxilio o, al menos, eso quería pensar Eme. Decidió ser más clara.

—No me uniré a ningún juego, sólo necesito que me ayuden.

—Lo que precisas, francesita, es un hombre como yo —dijo el rubio grandote.

Otro más se puso de pie y se le aproximó. Olía a alcohol.

—Ven con nosotros, Bella, que aquí te cuidaremos —dijo, y extendió el brazo en un intento por tocar a Eme.

—No te acerques —dijo para mantener la distancia, aunque estaba asustada.

«¿Cómo puede ser tan salvaje el ser humano?», pensó Eme en una milésima de segundo porque, a partir de ese momento, la prioridad de su mente fue huir de esa manada. Entendió que el grupo inglés no sólo no le brindaría ayuda, sino que se había transformado en un nuevo y potencial peligro más inquietante que el camino, el hambre o la noche. No podía arriesgarse a seguir explicándoles, en vano, su situación.

Eme se alejó lentamente, retrocediendo a un paso normal que no denotara su miedo. Temía que su pavor despertara aún más los bajos instintos del grupo; si la descubrían asustada, tal vez, fuera peor.

Pero la banda percibió el miedo. El rubio grandote, el que se empecinó en darle la botella de whisky, fue tras Eme. Cuando lo vio venir, giró y corrió. Dolorida, enferma, huyó. Otro intentó frenarla, pero Eme se escabulló entre los alisos.

—¡*Oui, oui*, francesita! Vete y búscate un nido, así jugamos a las escondidas. El que te encuentre primero, te dará el premio.

Uno de los que seguían junto al fuego y vestía camisa a cuadros, pidió:

—¡Basta, déjenla! No la molesten más.

Pero los otros lo abuchearon. Y, como si estuvieran en un partido de fútbol, alentaban a los hostigadores para que convirtieran el gol.

Asustada, Eme corrió, corrió, corrió con las fuerzas que le quedaban en las piernas y se alejó del sitio. Se detuvo cuando estuvo segura de que ya no oía sus voces. Para perderlos, se internó en el bosquecillo de alisos, pero se apartó del camino ancho que tanto le había costado encontrar.

Permaneció muy quieta, al reparo de la densa vegetación. No pensaba moverse de allí, no quería delatarse con sus ruidos y que la descubrieran, pero tampoco quería irse más lejos, pues temía volver a perder el camino grande. No podía extraviarse en el bosque ni tampoco arriesgarse a encontrarse de nuevo con los ingleses. La solución, evaluó, implicaba quedarse allí, así fuera que tuviera que pasar la noche entera de pie en ese escondite. «¡Qué mundo equivocado! ¡Estamos en el 2055 y una mujer todavía debe soportar estos terrores!», reflexionó, mientras temblaba por el frío, el miedo y la fiebre.

Llevaba un buen rato inmóvil cuando, vencida por el cansancio, se atrevió a dejarse resbalar suavemente y, sin hacer ruido, permaneció sentada sobre el moho seco del piso. Luego, apoyó la cabeza en el tronco de un árbol y cerró los ojos. Se quedó en una inquieta duermevela parecida al sueño.

* * *

Esa mañana, tras finalizar su reunión con Carmen, Orión salió inmediatamente. El trayecto hasta Melide lo había recorrido con rapidez; aun así, no había alcanzado a Eme. No le llamó la atención porque había partido demasiado tarde. De todas maneras, se inquietó: por segundo día consecutivo sus caminos no se cruzaban, aunque iban hacia el mismo destino. Para calmarse, se decía: «Es normal, puede pasar. Basta con que lleve un ritmo regular para que mantenga la distancia y siempre llegue antes». Aunque algo en su interior lo alertaba.

Apenas caída la tarde, Orión llegó a Melide y se metió en el primer albergue que encontró en la entrada del pueblo. Se encerró en el cuarto y se quedó dormido.

Cuando abrió los ojos, pasadas las diez de la noche, lo atacó un hambre atroz. Decidió bajar y comer algo. En la recepción le dieron instrucciones acerca de dónde encontrar el único lugar abierto en el que, a esa hora, le servirían comida y no un sándwich. Quedaba muy cerca, a una calle.

Cuando llegó, le avisaron que estaban a punto de cerrar la cocina, pero hizo uso de su simpatía y logró que lo atendieran.

Al cabo de un rato, justo en el momento en que le llevaban el plato a la mesa, un grupo de muchachos entró al bar. Ellos también habían sido informados acerca de cuál era el único lugar donde podrían conseguir comida a esa hora. El encargado, esta vez, se puso firme, alegó que era muy tarde y los mandó a mudar. Orión comió el primer bocado de carne asada mientras los oía rogar para que les sirvieran lo que fuera, sin embargo, no lo lograron; el gallego se negó a atender a esos ingleses pendencieros.

De salida, dos de ellos se echaron la culpa del retraso. A la pelotera, le siguió «la culpa es tuya», «tu lentitud», «el whisky», «la francesa, *mon amour*». Las últimas palabras pusieron a Orión en alerta, que aguzó su oído tratando de reunir más información, pero el grupo abrió la puerta y salió a la calle.

Orión presentía que esos retazos de conversación se emparentaban con Eme. Sin pensarlo, se puso de pie y salió a la calle, donde el grupo aún discutía acaloradamente. El de camisa a cuadros le daba al grandote rubio una perorata que incluía las palabras «en el bosque», «la francesa», «perseguirla». No logró captar todo el sentido de las acusaciones, pero lo poco que oyó no le gustó.

Inquieto, se acercó a los muchachos; la situación tenía una cuota de alarma. Decidió ser cortés y evitó, especialmente, intimidarlos presentándose como agente de la GM. Si se asustaban, tal vez, enmudecerían y no soltarían prenda. De manera despreocupada y con mucho oficio les preguntó:

—*Ey, boys*, ¿saben algo de la francesa?

Asombrados, detuvieron la discusión y se dieron la vuelta para conocer a quien los interrogaba.

—Me refiero a… —les hizo un guiño divertido— si saben algo de la colorada.

El más borracho, con los ojitos achispados por alcohol, respondió:

—Que es linda.

Orión le siguió el juego, ese parecía ser el que hablaría.

—Eso ya lo sé, a mí también me gusta. Por eso quiero saber si ella ya llegó a Melide —dijo sonriendo, aunque por dentro se moría de ganas por zamarrearlos para que contaran de una buena vez qué había pasado con la francesa que habían mencionado; aunque ya no tenía dudas de que se trataba de Eme.

El de camisa a cuadros, el único sobrio del grupo, se apuró a responder antes de que uno de sus amigos ebrios abriera la boca y diera la terrible y verdadera versión de lo ocurrido.

—A la colorada, sí, la cruzamos… Nos comentó que se había perdido.

—¿La ayudaron? —preguntó Orión, conteniéndose.

—No, ella se metió en el bosque y… —dijo el inglés.

—¡Carajo! ¿Y dónde pasó eso? —insistió Orión a punto de explotar.

—En la entrada, donde el camino se ensancha, a unos pocos kilómetros del cartel de ingreso a Melide —informó el más cuerdo, el que se había opuesto a que la acosaran.

—¿Vieron un muro?

El muchacho no entendió.

—¿En el camino se cruzaron con una cerca de piedra gris? —reformuló su interrogante.

—El color, bueno, no lo sé. Ya había caído la noche… Además, por aquí todas las piedras son grises. Pero, sí, había una valla de

piedras. Y a la colorada la vimos después de eso.

Orión enseguida se hizo el mapa mental del lugar; lo conocía bien. A veces, algunos peregrinos distraídos tenían un traspié y se perdían en esa encrucijada. Le preguntó:

—Dime la verdad, *boy*: ¿crees que ella ya llegó a Melide?

Culposo por el indigno suceso, apiadándose de Eme, respondió con sinceridad:

—No, la hubiéramos cruzado.

Se sentía mal por no haberla ayudado, por el comportamiento tan poco caballeroso, nada *gentleman*. Era de noche y, tal vez, esa joven seguía perdida en el bosque por culpa de sus amigos. Si él no avisaba, nadie lo haría y la francesa podía correr peligro.

El muchacho, que a estas alturas percibía claramente la preocupación de Orión, se justificó:

—Queríamos ayudarla, pero ella no aceptó.

—Sí, se fue corriendo entre los árboles —completó el otro.

Indignado, Orión tomó de la camisa al inglés que había hablado, lo levantó del suelo y lo atrajo hacia sí. Los rostros quedaron a centímetros. Podría haberlo zamarreado, haberle partido la cabeza con un frentazo, pero se comportó y apenas dijo:

—Ya me imagino la clase de ayuda que le habrán ofrecido para que salga corriendo… —Lo soltó y amenazó a los cinco con una sentencia—: Más vale que la encuentre bien porque, si le pasó algo malo, les juro que acabarán presos.

El rubio grandote estuvo a punto de burlarse de la advertencia, pero Orión salió corriendo. Ni siquiera volvió a buscar su abrigo al bar; mucho menos, a pagar. Lo haría luego.

Alejado de los ingleses, cerró los ojos con fuerza y entró en línea mientras imploraba: «Vamos, Iñaki, atiende. Atiende». Finalmente, una voz un tanto adormecida le respondió. Entonces, los hombres mantuvieron la conversación mental.

—Necesito un auto de la policía.

—¿Qué sucedió? Mira la hora que es.

—Un peregrino se perdió en el bosque.

—¿Qué dices, Orión? Ese no es nuestro trabajo. Estás allí para cumplir otra labor.

—Es una chica francesa. Y sólo yo podré encontrarla porque sé dónde desapareció.

—Avisa a la policía del pueblo.

—Tardarán. Es urgente. Dame un auto.

Orión sabía bien que la GM mandaba sobre la policía local; si solicitaban un vehículo, se lo darían de inmediato.

Del otro lado de la línea Iñaki hizo silencio, hasta que, al fin, respondió quejumbroso:

—Pues, haz como quieras. Busca un vehículo y ve a salvar a tu francesa… Y digo «tu» porque me imagino que esa mujer es especial para ti. Sólo te pido algo: no vuelvas a hablarme a estas horas.

—¿Avisarás que pasaré a buscarlo?

—Sí, avisaré. Adiós.

Orión sabía que había ido hasta el límite con Iñaki. Y también sabía que había accedido a su petición porque nunca actuaba de esa manera. Su responsabilidad le impedía pedir cosas absurdas o que rozaran la incorrección; pero esta vez la situación lo ameritaba.

En el destacamento de policía local, luego de escanearle el iris para corroborar su identidad, le entregaron el coche, uno pequeño, manejado por satélite. Era la única clase de vehículo que contaba con autorización para ingresar al camino —y sólo para atender emergencias—, pues sólo se podía transitar a pie.

Cuando partió, renegó del modelo automático teledirigido. En primer lugar, porque necesitaba acelerar en lugar de viajar a una velocidad crucero mínima y desesperante que no entendía de urgencias; en segundo lugar, porque no sabía qué dirección introducir como destino para guiar al satélite. Estos vehículos

formaban parte de los tentáculos de La Firma, que se había obsesionado con controlar absolutamente todo: velocidad, conducción, destino, ocupantes… Nadie se salvaba de la vigilancia que ejercía La Firma a través de la tecnología; tampoco un agente de la GM.

Hacia las once de la noche, Orión patrullaba la zona del camino donde el inglesito le había indicado que habían visto a Eme. Al llegar a la cerca de piedras, pensó en bajarse y rastrearla entre la tupida vegetación que bordeaba el camino; tal vez la encontrara refugiada bajo los árboles. A punto de hacerlo, el vehículo accionó los frenos automáticos porque detectó un obstáculo en la calle de tierra. Más adelante, había un bulto tendido en el suelo. El censor lo había descubierto unos metros antes que sus ojos. «¡Una persona! ¿Eme, acaso es Eme?», se preguntó mientras se bajaba apurado. Dio unos pasos y alcanzó a vislumbrar que se trataba de una mujer. Al llegar a su lado, comprendió que había encontrado lo que buscaba. Se arrodilló; la voz le salió en un hilo:

—Eme, por Dios, qué sucedió… ¿Me escuchas?

Orión estaba en *shock*, había esperado encontrarla perdida entre los árboles, llorando, en una crisis de nervios, asustada… pero no tendida en la tierra, bajo el relente de la noche. Por un instante, temió por la vida de Eme. Pero respiró aliviado al ver que ella abría los ojos y —aunque débil— le respondía:

—Orión… —dijo, como si le costara comprender su presencia. Luego, vagamente recuperada del sueño, agregó—: Me sentí mal y tuve que acostarme…

—¡Pero estás en medio del camino! ¿Qué tienes? ¿Alguien te hizo daño? —preguntó sin poder olvidarse de los ingleses.

—No, sólo estoy con fiebre, pero no creo que pueda caminar.

—Estoy en coche, te llevaré. Vamos, no hables más.

Ella hubiera querido preguntarle: «¿Por qué viajas en un auto? ¿Cómo supiste dónde encontrarme?».

Él también tenía preguntas y más que ella: «¿Qué pasó con los ingleses? ¿Te hicieron daño? ¿Cuánto hace que estás enferma? ¿Cómo fue que te perdiste?». Pero no había tiempo para esas trivialidades, lo importante era ponerla a resguardo. La tomó en sus brazos y, así, la llevó al vehículo. En instantes, solicitó que el satélite condujera a la máxima velocidad permitida hacia el albergue de Melide.

Mientras el auto avanzaba suavemente hacia el pueblo, el silencio en el habitáculo era absoluto, aunque el interior de Orión bullía. Envuelto en reflexiones, comprendió que, sin Eme, ya no tendría paz nunca más en su vida. Había descubierto que necesitaba estar al tanto de todo lo que le sucedía a esa mujer, que su vida se había ligado para siempre a la de la parisina pelirroja. Pero ellos, como pareja, no tenían un futuro fácil; era imposible pensar en uno juntos.

Ella, apoyada en el hombro de Orión, sedada por el suave andar del vehículo teledirigido, entraba en una ensoñación propia de la fiebre.

* * *

Eran las dos de la madrugada cuando Eme, al fin, dormía de verdad, y en una cama. Orión cuidaba su sueño en el albergue de Melide. Ya la había visto un doctor y le habían recetado una tracalada de remedios y reposo. «Para un peregrino, mi última recomendación parece difícil de cumplir, pero resulta imprescindible si está en juego la salud», había razonado el médico ante Orión.

* * *

A la mañana siguiente, Eme continuaba durmiendo, pero Orión, despierto desde temprano, no paraba de analizar la situación. Él sólo podría permanecer en Melide esa jornada porque estaba obligado a continuar su camino; en tres días lo aguardaban en Compostela. Pero Eme tendría que quedarse en cama.

Cuando se despertó, le hizo traer un desayuno desde el mismo bar donde temprano había ido a recuperar su abrigo y a pagar la cuenta pendiente de la cena.

Durante el café, ambos se formularon las preguntas que la noche anterior no pudieron. Al escuchar el relato, Orión le sugirió interponer una denuncia policial contra los ingleses. Eme se negó, aseguró que deseaba olvidarse de lo sucedido y pasar a página nueva, pero, por sobre todo, sabía que no debía llamar la atención. Le contó, también, la concatenación de errores que la llevaron a tomar rumbo a Arzúa y, que más tarde, consciente del extravío, prefirió volver sobre sus pasos y regresar a Melide porque estaba más cerca. Y así, atormentada por la fiebre, se había terminado perdiendo. Luego, se ocuparon de contarse los detalles de los días que caminaron separados.

Eme le agradeció muchas veces su preocupación y todas las atenciones que había recibido. Parecía un buen momento, pero no tardaron en aparecer las diferencias que los separaban.

—¿Qué dijo el doctor cuando notó que yo no estoy chipeada?

—Le llamó la atención y me hizo llenar unos papeles adicionales.

—¿Puede ser peligroso para mí?

—No, porque soy de la GM y yo los firmé. Lo peligroso es que quieras hacer algo que no debes, reñido con las leyes. Entonces, no sólo tú estarás en riesgo, sino que yo mismo terminaré afectado.

—Eso no sucederá —aseguró Eme, que consideraba que todo se iba complicando a causa de un simple resfrío.

—Te advierto que hoy me quedaré contigo para acompañarte en tu convalecencia, pero mañana debo marcharme, me lo exige mi

trabajo.

Las instrucciones que Iñaki le había dado en la última reunión habían sido claras: se lo precisaba en Compostela el lunes.

—Yo también me iré mañana. Seguiré viaje.

—Claro que no, ya escuchaste al médico.

Eme decidió callarse, no pensaba discutir. Ella también tenía que marcharse. Debía participar del sabotaje, se había comprometido y no podía fallar a la cita. Según Hache, los peregrinos de El Movimiento se reunirían en una sala colmada de potentes computadoras. Por un lado, al acercarse la fecha, se inquietaba por la envergadura y las consecuencias que podría depararle la operación rebelde; pero, por otro, le parecía interesante que, al fin, se encontraría con personas que pensaban y creían en sus mismos ideales; podría conocerlos y charlar con ellos. Se imaginó tomando café y conversando mientras ponían al servicio de la causa sus conocimientos tecnológicos. Y le agradó la idea. Lo reconoció: no sólo quería ver y estar con esas personas, sino, también, manipular una máquina, como había hecho hasta unas pocas semanas atrás; ese era su trabajo y le agradaba, más allá de que no quería volver a ser una esclava de la tecnología. Ella deseaba dar su vida en pos de la protección de la naturaleza, de las semillas y de los seres humanos.

Cada uno mantenía ciertos pensamientos en privado; había muchos imposibles de compartir. A pesar de las diferencias, algo fuerte los unía. Orión la había buscado, encontrado desfalleciente y, prácticamente, había terminado salvándole la vida. Eso le bastaba para tener la certeza de que este español agente de la GM, en verdad, la quería.

Durante toda esa mañana y esa tarde Orión se dedicó a cuidarla. Hacia última hora del día, ella había mejorado notablemente. Si bien al caer el sol, la fiebre había vuelto a subir, sólo fueron unas pocas

décimas. Lo peor parecía haber pasado; siempre y cuando, claro, no volviera a excederse.

La habitación estaba completamente a oscuras cuando Eme le pidió ir a cenar.

—Iremos a comer por aquí cerca, pero no significa que mañana podrás volver al camino. Tienes que quedarte al menos una noche más en Melide, descansando —insistió con la frase que le había repetido todo el día.

—Vamos a cenar, que tengo hambre. Y deja ya de regañarme, españolito gruñón —dijo Eme. Sentirse bien la ponía de buen humor.

Ocuparon una mesa en el bar donde Orión se había cruzado con los ingleses la noche anterior; esta vez, brillaban por la ausencia. Le habían informado que los jóvenes se habían marchado temprano del pueblo; evidentemente, temían que lo sucedido tuviera alguna repercusión sobre sus personas. «Ojalá el susto les sirva para portarse mejor y dejar de acosar mujeres», pensó Orión con rabia.

La cena no tuvo la extrema tensión sexual de otras veladas, ni los nervios, ni el flirteo de las primeras ocasiones; entre ellos, ya existía una confianza profunda. Él la había visto con la nariz chorreando por el resfrío y había escuchado el nada glamoroso sonido al sonarse los mocos; la noche anterior, cuando estaba tan mal, incluso debió ayudarla en el baño. Ella, por su parte, le había conocido el verdadero mal humor y las caídas en la tristeza. El precio de la nueva intimidad se había pagado al interesarse el uno en el otro, más allá de un encuentro físico, y ahora les permitía entrar en un mundo de disfrute más profundo, el que involucraba la mano de uno sobre la del otro mientras llevaban la mirada perdida, los silencios, la tranquilidad de saber que Eme estaba mejor, y el deleite que les producía un pequeño e incipiente plan de Orión: quería viajar a París. Lo había comentado al pasar, pero a ella le había encantado la idea porque sabía cuánto significaba; quería decir que, tal vez, la despedida no fuera definitiva. ¿Cómo harían para

congeniar sus distintas posturas y concepciones ideológicas? Ya se vería. Lo importante era esa pequeña luz al final del túnel que se había prendido y les avisaba que ambos querían algo más que el encuentro ocasional que les había brindado el camino. Viajar a Francia no era poca cosa; más aún en estos tiempos. Sólo habría que encontrar el modo de conseguirlo. «Si el permiso no lo obtiene un agente de la GM, ¿quién, entonces?», razonó Eme, buscando una esperanza a la que aferrarse.

Durante la sobremesa, después de cenar, Orión la veía reír feliz y se contagiaba. Pasado el susto de hallarla tendida en el camino, ahora se sentía agradecido. Cuando sus miradas se cruzaron, ella le sonrió y él la encontró hermosa. Entonces le pidió:

—Vamos, Eme, volvamos al albergue. Tienes que descansar.

«A quién quiero engañar», se dijo a sí mismo porque su verdadera intención era hacerle el amor. La miraba y la deseaba como loco, no podía evitarlo. La quería con él y no lo detendría ni siquiera saber que atravesaba una fuerte convalecencia.

—Vamos… —dijo ella, que también quería lo mismo.

Las fuerzas volvían al cuerpo de Eme para pedirle, con urgencia, la piel de Orión. Lo demás podía esperar.

Ambos se marcharon de la mano por las callecitas de Melide. El amor, sin importar la época ni el lugar, tenía la fuerza de la tempestad.

CAPÍTULO 19

EL SOL

La Hispania, año 31 a. C.

—¡Aguí, hijo mío! —grito, y mi propia y desesperada voz me despierta.

De inmediato, abro los ojos y compruebo que estoy tendida entre las hojas secas del suelo, rodeada por un bosquecillo de alisos. Miro hacia arriba y descubro las copas más altas de los árboles mezcladas con un cielo azul oscuro; aún no termina de despuntar el alba y la claridad no es completa. Entonces, viendo mi entorno, lo recuerdo: estoy aquí, sola, cansada, sin techo y mi hijo no está conmigo. La realidad me abruma, no la soporto, al punto de que cierro nuevamente los ojos, los aprieto y ya no quiero volver a abrirlos. Me coloco en posición fetal y me quedo allí, acurrucada, quieta, muy quieta, apenas si respiro. Me pregunto: «¿Y si no me levanto más y permanezco aquí para siempre? ¿Si me dejo morir? ¿Si no sigo con mi viaje, me quedo y me abandono a mi suerte?». Tal vez podría terminar como alimento de alguna bestia, o mi respiración se detendría, o podría desaparecer, o…

Me quedo inmóvil, mi respiración es casi imperceptible, mi cuerpo se hace uno con el bosque. Cuando parece que me ha ganado el cansancio y el miedo de no volver a ver a mi hijo, cuando creo que me quedaré tendida por siempre jamás, un primer rayo de sol

asoma esa mañana. Su tibieza me pega en la frente, se deposita entre mis cejas, ilumina con fuerza mi rostro. Es cálido, amoroso, me alumbra, me enciende y parece decirme: «Levántate, aquí estoy para acompañarte». No sé si realmente está indicándomelo o sólo me lo imagino, pero, como sea, me da la fuerza para poder incorporarme. Me siento, me refriego la cara, el día ha comenzado y yo caminaré. El sol me ha convencido.

* * *

La noche que Publio llegó al palacete a cumplir con lo que Cazue le había pedido, Junia había organizado los detalles para que el trámite fuera rápido. Su marido, en la cama desde que el sol se había puesto, intentaba descansar porque pronto emprendería el viaje. Aunque el trecho no era tan largo —en especial para los romanos, que estaban acostumbrados a cubrir grandes distancias—, algunos trayectos podían tornarse difíciles y hasta peligrosos. Pero Ovidio Fabio, que había recorrido el camino apenas unos días atrás, tenía muy claro dónde pisar firme y seguro.

Esa noche, Junia le abrió personalmente la puerta al hombre de los cabellos rojos, ese que siempre la ayudaba. El vigía le había dado aviso de su llegada y ella salió apurada para evitar cualquier error.

Tras su llegada, Publio pasó directamente al cuarto de Cazue, donde la joven madre le entregó a Aguí con un dolor tan profundo que le había traspasado el alma. Sin embargo, al saber que era el precio que pagaba para que el padre amara al niño, sintió cierta calma. Además, si las costumbres astures decían que se trataba de un buen ritual, así debía ser. Y ella, con el cumplimiento de ese rito, pensaba lograr el cometido que perseguía. Padre e hijo juntos durante una noche, solos, piel con piel, tenía que producir el milagro; por lo menos, eso esperaba.

—Me lo llevo, entonces… —dijo Publio con el niño en brazos.

—¿Lo cuidarás?

—Sí.

—¿No hay peligros en el campamento, verdad?

—No.

—¿Lo llevo? —preguntó nuevamente. Buscaba asegurarse de que no hubiera escándalos.

A él, que huía de los problemas y gustaba de los momentos distendidos, esta situación no le agradaba en lo más mínimo. Además, debía ser cauteloso, Ovidio Fabio se hallaba en la casa.

—Vete antes de que me arrepienta —dijo Cazue con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando Publio salió por la puerta, escuchó que ella le gritaba:

—Regresa temprano en la mañana, no te demores.

Cazue se lo pidió expresamente porque pudo imaginar la angustia que sentiría al despertar. A pesar de la inquietud que le producía separarse de su hijo, estaba agradecida con Publio; que hubiera aceptado cumplir el rito ya era un milagro. Significaba que algo de amor les debía tener porque, a pesar de que lo había amamantado, estaba convencida de que no le sería fácil cuidarlo. La dueña de casa había estado benevolente y la había apoyado porque hasta le había conseguido un artefacto que usaban los niños romanos para tomar la leche de cabra cuando las madres no podían o no querían darle la materna. «En Roma, algunas mujeres no quieren arruinarse los pechos», le había dicho. Por primera vez Cazue oyó esa explicación; estaba convencida de que en la aldea no opinaban lo mismo.

Ella los vio partir y se le estrujó el alma. Encomendó la vida del niño a sus dioses. Cruzó las manos sobre su corazón e hizo una oración. La suerte estaba echada. Si esto salía bien, ella seguiría adelante con el trabajo en esa casa, pero si Publio regresaba enojado, molesto o indiferente, ella se marcharía para siempre,

abandonaría a la romana, volvería a la aldea. Estaba segura de que Caleyano la aceptaría.

Se calmó pensando que se trataba de una noche, sólo una. ¿Qué malo podía pasarle a Aguí, si el que se lo llevaba era su padre?

Pero abajo, Publio le entregó el niño a Junia. Tomando en brazos al pequeño, despidió al romano con una larga mirada de agradecimiento. Aunque él no lo supiese, ella creía que no volverían a verse; sus caminos, de ahora en más, se separaban.

Él se marchó y ella, de inmediato, despertó a Ovidio Fabio para empezar la marcha.

—¡Mujer, te has adelantado! Debías prolongar el sueño, estás demasiado inquieta.

—Será —dijo como única respuesta, porque cómo decirle que quería salir al camino ya mismo por miedo a que algo saliera mal con la aldeana.

—Pues, como no podré volver a dormirme, partamos de una vez.

Al contar con la venia de su marido, con sigilo, Junia hizo cargar en el carro las últimas cosas.

Arriba, Cazue no oía nada. Si bien algunos ruidos se colaban en su cuarto, ella sólo escuchaba el sonido de su propio llanto. Por un momento, unas voces apagadas y el crujido de un carro llamaron su atención. Pero ¿qué podían importarle a ella, si Publio acababa de llevarse a su niño a las tiendas del campamento? Además, había aprendido que en Las Médulas jamás cesaba la actividad; ese lugar no se parecía en nada a su aldea, donde, una vez que anochecía, los moradores permanecían dentro de sus viviendas. Añoraba el caserío tranquilo de la montaña verde y los eternos silencios entre los árboles, extrañaba a su hijo y a su familia, también a Publio.

Se acordó de él y, sin pensarlo, dijo en voz alta:

—Publio, cuida de nuestro hijo, porque si no, te prometo por mis dioses que te mataré con mis propias manos.

Se oyó y se horrorizó. Su condición de madre le revelaba facetas impensadas.

Su mente se colmaba de pensamientos acerca de cómo había cambiado su ser desde el nacimiento de su hijo, mientras afuera los dos carros partían con Junia, Ovidio Fabio y un puñado de sirvientes. Iniciaban la marcha rumbo al noroeste. En un par de días alcanzarían la mina de plata.

* * *

Esa mañana aún no habían aparecido las claridades cuando Cazue ya esperaba a Publio. No había pegado un ojo en toda la noche. Un dolor profundo la abrazaba y no la dejaba respirar. Se prometía a sí misma que nunca más se desprendería de su hijo, ni siquiera para lograr que Publio lo quiera.

El primer rayo de sol ingresó por la abertura redonda. El día comenzaba en la casa y ella respiró aliviada; faltaba menos para reencontrarse con su niño. Admitió que la espera se le haría más corta si bajaba y se ponía a trabajar. Lustraría las copas. Sentía su cuerpo fuerte y sano, salvo por sus pechos que, llenos de leche, le dolían.

Se puso de pie y, tras enfundarse en el vestido de faena que no usaba desde el nacimiento, bajó las escaleras.

Pero ni bien pisó la sala sintió que la casa estaba extraña, silenciosa. Lo único que se escuchaba era el murmullo de algunas esclavas que, en lugar de limpiar, se dedicaban a cotorrear sentadas en la fuente del patio. La escena le llamó la atención porque ese no era lugar para dar rienda suelta a las habladurías. Durante su breve estancia en la casa, había descubierto que esas charlas se desataban en el piso de arriba, cuando se iban a descansar, donde nadie las retaría por conversar.

Otra vez buscó a Junia en la sala, quería que le diera instrucciones. Como no la encontró, decidió preguntar por ella al moreno esclavo vigía, el hombre que, como en toda casa romana, era consultado para recabar información acerca de los movimientos diarios. Él debía saber si había salido; caso contrario, estaría encerrada en sus espaciosos aposentos.

—¿La señora salió? —preguntó Cazue.

—Ella y el amo partieron durante la noche. Tienen un largo viaje.

La respuesta la sorprendió, pero bien podían hacerlo y no necesitaban darle explicaciones a ella ni a nadie.

«Mejor, que no esté», pensó. A Junia le daba miedo, tenía cierta frialdad en la mirada que no terminaba de descifrar.

Dio una vuelta por la sala y eligió los adornos que lustraría. Pero la mañana pasaba, Publio no venía y el movimiento extraño de la casa le daba mala espina. Buscaría las copas y, si hasta ese momento Publio no se presentaba en la vivienda, ella misma iría al campamento a buscar a su hijo. Si su presencia lo molestaba, pues que se enojara. Ella le había advertido que no se demorara.

Entró a la cocina y encontró a los esclavos sentados en las poltronas, muy orondos, comiendo pan y bebiendo leche. La casa parecía otra, muy diferente a la que solía ser temprano por la mañana. Hasta el joven vigía, que nunca dejaba su lugar, acababa de entrar plácidamente a reunirse con los demás.

—Ey, muchacho, toma un poco de leche —le ofreció la esclava más vieja, y agregó—: Salieron tan apurados que las dos vasijas grandes con leche de cabra quedaron olvidadas sobre el mesón de la cocina.

—No me explico cómo se las arreglarán, el viaje es largo y el niño la necesitará —dijo otra de las sirvientas echando un ojo a Cazue.

Las mujeres, uniendo los trozos de información, habían descubierto los sucesos. Cazue no quedaba bien parada. Para ellas,

la aldeana había regalado a su hijo. O peor, vendido.

El esclavo vigía tomó una vasija con leche y Cazue se quedó mirando cómo ingería dos tragos mientras las últimas frases entraban en su torturado cerebro. Al fin, con voz hueca y vacía, preguntó:

—¿Se llevaron un niño?

Casi no había podido pronunciar las palabras, le faltaba el aire.

El vigía de color asintió con la cabeza.

—Sí.

—¿Al mío? —Otra vez habló la voz muerta.

—Supongo. Era un bebé de telas —dijo el hombre nombrándolo como se les decía a los que, por pequeños, aún iban envueltos. Asombrado por la reacción de la muchacha, comenzó a sospechar que no lo había entregado, sino que se lo habían robado.

Ella unió las frases: «bebé de telas», «partida en la noche», «largo viaje», «leche de cabra para el camino». Y con ellas armó una historia. Y la historia se volvió un monstruo que quiso devorarla.

Y la devoró.

Porque Cazue cayó de rodillas y de su boca salió un alarido largo, doloroso, con gusto a muerte. Porque un pedazo de ella acababa de morir y únicamente volvería a la vida si encontraba a su hijo.

* * *

En la casa, todos murmuraban. El matrimonio romano se había quedado con el niño aldeano y nadie, jamás, podría exigirle que lo devolviera. El problema no tenía solución. Lo mejor sería olvidarse del asunto, pero Cazue, que pensaba diferente, se puso de pie. Y emprendió una carrera desbocada rumbo al campamento, más precisamente, a la proveeduría.

Cuando llegó y Publio se encontró con el rostro desencajado de la muchacha, supo en su interior qué estaba sucediendo. Aunque Cazue se atropellaba con las palabras y lo explicaba en su idioma, entremezclándolo con el de Publio, aunque relataba los hechos de atrás para delante, él igual la comprendió porque lo había adivinado desde que la había visto llegar desaforada. Además, había percibido una conducta extraña en Junia, a la que ahora le encontraba sentido. En cierta manera, ambos estaban metidos en un mismo engaño. Ovidio Fabio y su esposa se habían marchado con el pequeño. Junia había usado a la joven madre, pero también lo había utilizado a él para cumplir, fría y astutamente, su propósito.

Publio escuchaba a Cazue y se sentía en la obligación de inventar una historia, como que esa noche había vuelto a la casa y había dejado el niño en brazos de Junia, quien había prometido subirlo a su cuarto… Pero, atormentado por el engaño del que los dos habían sido víctimas, la mentira no le salía bien.

Al fin, cuando concibió una explicación coherente y logró decirla, a la muchacha no le interesó escucharla. Porque la única verdad era que su hijo no estaba y se lo habían llevado lejos.

Una lucidez propia de una madre a la que le han arrebatado a su niño le sobrevino, le quitó de su mente todos los detalles innecesarios para dejarle lo único determinante de ese momento y hacerla decir:

—No me importa nada tu palabrería, sólo te pido que indagues a dónde se fueron porque yo no tengo cómo saberlo. Ese dato es lo único que necesito.

—Lo averiguaré.

—Hazlo pronto, que yo iré a buscarlo así sea en el confín de la Hispania.

Lo miró suplicante, pero sin ninguna otra emoción, porque no había rabia ni tampoco amor. El último trozo de ese bello sentimiento que había tenido por él acababa de secarse, y para

siempre. Estaba segura de que, por negligencia o por lo que fuera, él estaba involucrado con la desaparición de su hijo, sin importar las excusas que inventara. Ya no habría más amor por él, aunque sí por el niño. Entonces, en su persona se hizo realidad una gran verdad: el amor por un hombre puede desaparecer, pero hacia un hijo perdurará toda la vida. Cazue comprendió que podría vivir sin Publio, pero no sin su pequeño. Lo sublime de ese sentimiento no se comparaba con el otro.

Publio partió de inmediato para consultar al romano que sabría decirle a qué lugar se dirigían. Caminó rumbo a la tienda del alto mando del ejército donde se instalaban los centuriones. Quería que el niño volviera a las manos de Cazue, no porque le importara la justa restitución —aunque en cierta manera se lo debía—, sino porque estaba enojado con Junia, quien lo había engañado de la manera más vil, lo había usado de la forma más infame. ¡Precisamente a él, que la adoraba! Dio por descontado que todos habían sufrido sus tretas, hasta su esposo. Pero el hombre se lo merecía; él, no.

Cazue permaneció sentada bajo el árbol grande donde tantas veces había conversado con Publio. Allí, con los ojos perdidos en las malezas, aguardó la llegada de una noticia que le diera esperanza.

Un rato después, Publio regresó al mismo lugar donde la había dejado. En su mente aún resonaban las palabras del centurión: «Cuando Ovidio Fabio se enteró de que su esposa le dio un hijo, decidió cumplirle el deseo de instalarse en el nuevo campamento». Más las repetía, más se enojaba.

Pero a Cazue sólo le dijo lo importante: el nombre de algunos sitios del noroeste. Le habló de una mina de plata, de una montaña con arroyos y de un llano junto a un río grande. También le nombró el caserío ubicado en la aldea del bosque negro.

Le explicó que llegar caminando era difícil pero no imposible, que en carro sería más sencillo. Ella lo escuchó con atención y fijó cada

dato en su cabeza. Ese sitio quedaba lejos, muy lejos. Aunque no sabía cómo dimensionarlo, supo que debía prepararse para un viaje largo. Se puso de pie y comenzó a caminar bajo el atento escrutinio de Publio, que no la perdió de vista ni por un segundo. Pero ella no se dio la vuelta para mirarlo, su mente sólo tenía una idea: la aldea de la montaña verde, su casa.

Su casa, la aldea.

Necesitaba retornar a su morada para juntar fuerzas y luego salir a buscar al pequeño. En la casa de Junia habían quedado unas pocas pertenencias de Cazue, pero no volvería a buscarlas, no pisaría nunca más ese lugar.

Se internó en el sendero que la conducía a la montaña verde y avanzó a paso vivo. Precisaba reencontrarse con los suyos.

El dolor la empujaba, la obligaba a caminar rápido, quería llegar para salir a buscar a Aguí, pero ese mismo sufrimiento también la frenaba y, cada tanto, le exigía detenerse. Porque, al revisar lo sucedido, Cazue se tendía en el suelo de tierra negra y hojas secas y, allí, llorando, quería quedarse para siempre, hasta morir. Pero los árboles, meciéndose con el viento, la abrazaban con sus copas, bajaban hasta su cuerpo y la alentaban a ponerse de pie y continuar su marcha.

Daba unos pasos y, otra vez, lo mismo: caía de rodillas, abatida por la angustia de lo acontecido. Pero en esta oportunidad los que le daban la fuerza eran los arbustos que, estirando sus ramas, le tocaban la piel y la animaban a seguir. También la tierra realizaba su parte cuando la desesperación la hacía tropezar y, envuelta en un llanto interminable, pegaba la frente contra el piso, pues el polvo que componía la corteza terrestre la tranquilizaba con sus partículas, entraba por sus poros y, traspasando su físico, le limpiaba el agotamiento. Se caía de nuevo, y esta vez le tocaba el turno al majestuoso astro sol que, metiéndose por cada gota de su piel, mandaba su energía nadando por la sangre de Cazue y alcanzaba

sus partículas más profundas, las de sus ancestros, su ADN, y, desde allí, le infundía ánimo, porque la relajaba y le ayudaba a seguir, le acomodaba los latidos de su corazón, los acompasaba y les permitía recobrar la armonía que el desconsuelo le robaba.

Sol, plantas, árboles, tierra obraban para sostenerla.

Sol, plantas, árboles, tierra y humanos, mucho más unidos de lo que alguien podía creer o imaginar.

Cuando Cazue llegó a la aldea, tenía la convicción de que la enseñanza de los ancianos astures era verdad: el mundo verde mantenía una profunda comunicación con los humanos. Acababa de experimentarlo en carne propia.

Sus pies se arrastraban, las fuerzas le flaqueaban. Pero, mirando la aldea de la montaña verde que comenzaba a asomar a lo lejos, no dudó: por su hijo estaba dispuesta a todo.

* * *

A unas millas de allí, la caravana de Ovidio Fabio y su esposa avanzaba lentamente, se adentraba en los bosques espesos. El niño, que se había despertado, lloraba a viva voz y sin cesar.

Junia se dedicó a buscar la leche para darle al pequeño, pero, después de revisar los bártulos, se dio cuenta de que la habían dejado en la casa. Obligados por el olvido, tendrían que hacer una parada urgente en el primer caserío que cruzaran. Era peligroso que el niño llorara de hambre, eso lo sabía cualquiera, hasta la madre más neófita como ella; lo que Junia no sabía era limpiarle la colita cada vez que se hacía «las asquerosas necesidades», como las llamaba. Para no morir de asco en el intento por asearlo, se dejó ayudar por una esclava. Al principio, tratando de cumplir a rajatabla su papel de madre, lo había intentado, pero terminó sufriendo arcadas.

El viaje recién empezaba y, entre el llanto, el percance de la leche y los olores de las heces dentro del carromato, Ovidio Fabio ya no estaba seguro de que fuera tan maravilloso tener un hijo.

EL CASTAÑO

El castaño es un árbol de gran longevidad. Puede alcanzar fácilmente los veinte metros de altura. Tiene hojas alargadas con bordes aserrados y sus frutos, las castañas, están envueltos por una cápsula espinosa llamada erizo.

PROPIEDADES: se dice que sus hojas astringentes son útiles en casos de diarrea y afecciones en la garganta. Por su parte, está probado que las castañas, como alimento energético, poseen múltiples vitaminas y minerales. Se pueden comer crudas, cocidas, asadas o secas.

Simboliza la protección. Antiguamente se empleaban las castañas para protegerse contra

las malas energías, colocándoselas bajo la almohada durante la noche.

CAPÍTULO 20

EL CASTAÑO

Arzúa, año 2055

Aún era de noche en el albergue de Melide cuando Orión se levantó y, como siempre, se fue a duchar. El agua caliente lo ayudaba a empezar la jornada con energía. Quería salir para Arzúa con la primera luz del día. Se trataba del penúltimo pueblo antes de alcanzar, al fin, la ciudad de Santiago de Compostela. Eme descansaría un día más en esa encantadora localidad gallega de casas de piedra e imponentes pazos.

Luego del baño rápido, cuando salió para cambiarse, se encontró a Eme vestida, con la mochila preparada, lista para salir. No iba a darse por vencida; lo había pensado mientras él se duchaba: ¡llegaría a Compostela como fuera! Estaban en juego cosas demasiado importantes para ella. Habló decidida:

—Hagamos el *check out* ahora, desayunemos en el barcito y salgamos directamente, así no perdemos tiempo regresando al albergue.

Con el cabello mojado y la toalla amarrada a la cintura, Orión la miró preocupado.

—Esa no era la idea.

—La mía, sí —dijo Eme, rebelde.

—Casi te has muerto, ¿y ya quieres salir a caminar kilómetros?

—Estoy mucho mejor. No te preocupes.

—Me parece insensato que reanudes la caminata.

Eme dejó la mochila en el piso y buscó su medicamento. Mientras lo bajaba con un trago de agua, expuso:

—Mira, Orión, estoy haciendo todo bien. Además, ¿qué prefieres, ir solo, adelante, y que yo vaya por detrás? Porque… o salgo contigo o salgo una hora después y realizo la travesía sola hasta Arzúa.

Él se sentó al borde de la cama y, resignado, dijo:

—Ay, Eme…, ¿qué haré contigo?

Ella le sonrió dulcemente y, acercándose, lo sujetó por detrás, le rodeó el cuello con los brazos y, apoyando sus labios en el pelo claro y corto, se lo besó varias veces con ternura.

Orión se dio la vuelta, la miró a los ojos y lo reconoció: Eme le había ganado la pulseada. Y de ahora en más le ganaría cualquier discusión, si lo miraba de esa manera. Además, si ella no se quedaba en Melide, prefería que fuera con él y no sola. Aun así, serio y decidido, le dijo:

—Sólo pondré una condición: si te sientes mal, nos detenemos y te instalas en un albergue, así sea una casa particular a la orilla del camino.

En ciertos momentos de la extensa caminata diaria, los peregrinos atravesaban pequeños caseríos de cinco o seis viviendas y una, al menos, tenía colgado el cartel de «ALBERGUE». Para un peregrino que llevaba varias horas de marcha, esa palabra se volvía tentadora por más sencilla que fuera la morada. No todos los alojamientos eran grandes y equipados como hoteles, los había rudimentarios y pequeños, muchos brindaban un plato de comida casera servido en la misma mesa en la que comía la familia. A veces, como medio de vida o como una forma de brindar ayuda y compartir lo poco que se tenía, el dueño de la casa ponía a disposición del peregrino una habitación y un baño compartido. La gente que vivía sobre el camino sabía que, en cualquier momento del día, un

peregrino podía llamar a su puerta para pedir información, agua o albergue.

—¡Está bien, lo prometo! ¡Si me faltan las fuerzas, me quedaré a dormir en una cueva! —exclamó Eme con carita compungida.

Expeditivos, agilizaron la salida del alojamiento y enseguida se sentaron en la mesa del bar para tomar un nutritivo y especial desayuno. El dueño les había preparado hasta unos huevos *pochés* con tocino y empanada gallega. «Para que no olvides tu tierra mientras estés en la mía», le dijo a Eme, contento de verla repuesta. Sabía bien por las que había pasado aquella noche y así le demostraba su cariño.

La despedida llegó con abrazos y palabras bonitas: «Adiós, francesita, buen camino». Si bien no quería llamar la atención, Eme le retribuía el afecto. ¿Qué actitud podía adoptar, si para eso estaba allí, para dar y recibir sentimientos buenos?

El gallego les dio el último apretón y Eme, apurada, tomó su mochila. Quería partir pronto, no por la hora, sino porque ya no deseaba que nadie más supiera de su existencia. Bastante popularidad había tomado gracias al rescate de Orión.

* * *

Esa mañana avanzaron por el camino a paso lento y esa calma les permitió disfrutar de muchos detalles: iglesias pintorescas, suaves valles y ondulaciones, preciosos bosques de alisos y hasta un pequeño río con un improvisado puente que los obligó a hacer equilibrio para cruzarlo. Con la mochila bien calzada, primero pasó Eme; pero a su turno, Orión casi se cae al agua, y sus movimientos para no terminar mojado fueron tan graciosos que a Eme le duró un trecho largo la risa.

Los castaños ubicados a ambos lados de la calle eran tan imponentes y altos que sus copas se unían densamente e impedían ver el cielo, como si formaran un túnel vegetal. La zona, tan endiabladamente húmeda, hacía que el agua brotara al pisar el pasto. El moho crecía sobre los troncos de los altos pinos con la misma tenacidad que las enredaderas y ambas especies competían por el mismo espacio. Por tal razón, la corteza de los árboles no era color marrón sino verde, igual que las ramas. Todo lo que los rodeaba tenía ese color vibrante y vivo. Allí, la naturaleza parecía ser irrefrenable, nadie podía hacerle frente; ella avanzaba y ganaba.

A la vera del camino, con los troncos agrietados y pocas ramas, se veían algunos viejos y otrora robustos cipreses caídos que habían sido invadidos por un musgo fluorescente. Mientras avanzaban, se divertían haciendo crujir los miles de hojas secas que tapizaban el camino, aunque buenos chascos se llevaban cuando debajo había charcos de agua y el barro les ensuciaba el calzado. Pero nada empañaba el trayecto; marchaban por un mundo húmedo y maravillosamente exuberante.

Arzúa estaba cerca, allí dormirían. Al día siguiente, descansarían en Pedrouzo, la última parada antes de la ciudad de Santiago. A medida que se acercaban a la meta, mayor era la cantidad de peregrinos que cruzaban en el camino.

Un cartel entre los árboles, justo en el tramo donde los castaños se mezclaban con robles, llamó la atención de Eme y quiso detenerse para leerlo completo. Explicaba que, en la antigüedad, cuando España aún era conocida como la Hispania, en esa zona se reunían las tribus para intercambiar los productos que cada una producía. Los aldeanos se congregaban bajo los robles para trocar vestimentas, comidas, joyas y vasijas.

—Tal vez, este roble sea el hijo de uno de los árboles que fue testigo de aquella época —dijo Eme tocando uno de los ejemplares.

Orión le sonrió. Tenía que reconocer que, entre ella y los árboles, había una conexión especial, tal como si hubiera un interés mutuo.

Eme no lo sabía, pero había acertado en su suposición: ese ejemplar era descendiente de uno que alguna vez había cobijado las reuniones que mencionaba el cartel. Porque muchos siglos atrás, una mujer enamorada de un hombre de cabellos rojos idénticos a los de Eme había pasado por allí buscando a su hijo. Eme y esa aldeana compartían el ADN, aunque jamás lo sabrían. Sólo el cabello color rojo intenso era la prueba y les hacía un guiño a través de los siglos.

* * *

En Arzúa se dedicaron a descansar y a comer verdaderos manjares. La gastronomía del pueblo era excelente y Eme necesitaba reponer fuerzas. El trayecto no había sido largo, pero Orión quería que ella reposara. La veía agotada y sabía que al día siguiente les tocaría una caminata aún más extensa. Si sumaban alguna parada, llegar hasta Pedrouzo les demandaría, por lo menos, cinco o seis horas.

Aprovecharon que el albergue contaba con un buen bar y se sentaron a probar el típico queso gallego blanco y cremoso junto con un delicioso pan casero recién sacado del horno; luego, irían al cuarto a descansar. Ambos hablaban de futuro, decían sus planes e ideas en voz alta, a modo de mojones, para no perderse, dibujaban marcas para poder volver sin extraviarse. Los días venideros, tal vez, fueran confusos y, si no dejaban la señal ahora, ya no habría un después juntos.

Eme fue la que habló, quería decirlo, deseaba asegurarse de que lo volvería a ver luego de afrontar los sucesos que se avecinaban, necesitaba ponerlo en palabras.

—Orión…

—¿Qué sucede?

—¿Sigues pensando que vendrás a París?

—Sí, ¿pero por qué lo preguntas? ¿No deseas que viaje?

—Oh, no, no, al contrario, quiero que vengas. Pero pensé que tú podías haber desistido.

Él le sonrió y añadió:

—No desistiré, te lo prometo. Pero, aun así, me gustaría verte antes de que regreses a Francia.

El fantasma de que algo saliera mal y no volvieran a verse siempre estaba latente. Él no sabía exactamente qué haría Eme en Compostela; ella tampoco sabía qué haría Orión en la capital de Galicia. No tocaban ese tema; lo que significaba que ambos participarían de distintas actividades apoyadas por diferentes y poderosas fuerzas.

—Yo también quisiera que nos viéramos antes de mi regreso —pidió Eme—. ¿Por qué no vamos juntos a Las Médulas?

—¿Hasta allá? —exclamó Orión.

—He pensado que antes de irme me gustaría conocer ese lugar. Desde que lo nombraste algo me empuja a ese sitio.

—Tendrías que haber aprovechado cuando estuviste en Ponferrada. ¡Estabas a un paso!

—¡Yo ni siquiera sabía que existía! Tú fuiste quien me contó.

—Sí, lo sé —reconoció Orión.

—¿Será difícil conseguir autorización?

—No se necesita. Está dentro de la zona del Camino de Santiago —informó Orión.

Le daba igual. Para verla, le bastaba cualquier sitio; sólo quería compartir con ella un tiempo tranquilo, sin obligaciones laborales.

Eme no respondió y se quedó pensativa. Aunque no precisara una autorización distinta, ¿quién podría anticiparle qué sucedería después del Camino de Santiago de Compostela?

* * *

Al día siguiente, después de la última caminata, llegaron a Pedrouzo, un caserío pequeño. El albergue tranquilo que encontraron estaba dirigido por el viejo dueño de casa; ofrecía un cuarto limpio y con una cama de hierro forjado. El jardín tenía césped, plantas, silloneras, unos simpáticos enanitos y un ténder para orear la ropa recién lavada. Ellos, que habían arribado temprano, tras ducharse y lavar sus conjuntos, los colgaron para que les diera el último sol de la tarde. Luego, se sentaron en los antiguos sillones de hierro que debían ser de la época de Matusalén, repintados, capa sobre capa, con una laca blanca que comenzaba a descascararse, seguramente, por enésima vez.

Bebieron una taza de té mirando la puesta del sol en compañía de los enanitos, que le ponían color a la grama. El recorrido llegaba a su fin, el ocaso les mostraba que era la última tarde que pasarían en el Camino de Santiago. Ambos sentían que el viaje había sido especial, cada uno guardaba sus motivos. Se tomaron de la mano y, así, se quedaron hasta que la noche los envolvió.

Entraron cuando el ambiente refrescó. En el cuarto cenarían un poco de queso, pan de centeno, dos paltas y una caja de frutos secos, únicas provisiones sanas que encontraron en el expendedor de alimentos que tenía el pueblito. Las empresas de La Firma se encargaban de que jamás faltaran sus procesados. Eme le hizo notar que hasta ese pueblito perdido estaba inundado por los atractivos paquetes multicolores.

Sentados en el borde de la cama, usando por mantel la toalla limpia, la mesa se hallaba recién servida. Todas las provisiones, distribuidas en platos descartables, los esperaban. Pero, mirándose frente a frente, comprendieron que también esta sería la última noche compartida.

—Ay, me da pena que esto se acabe —dijo Eme con tristeza.

—Te voy a extrañar —se sinceró él.

—Yo, también…

Temían perderse, su situación era complicada, no querían separarse, pero no había solución.

Él la tomó de la mano y se observaron en profundidad durante unos instantes. Había mucho por revisar, pero no tenía sentido seguir dándole vueltas al asunto, todo ya había sido hablado.

Los ojos de Eme lograron el efecto de siempre. La lujuria chispeó en la mirada masculina. Esa piel pecosa…

Pero Eme lo miraba, él empezaba, ella siempre lo seguía.

Un minuto y el improvisado mantel bajaba al suelo con platos y todo; y en la cama, los cuerpos comenzaban a tejer el placer, lo construían. Lo deshacían y lo volvían a construir.

Porque Orión, luego de un mar de caricias, se trepó sobre Eme y acomodó su cuerpo de hombre a la forma de mujer. Luego, subiendo las manos de ella hasta el respaldo de hierro de la cama, se las aprisionó con fuerza y sus dedos se entrelazaron.

Mano con mano. Un instante. Beso con beso. Otro instante más vibrante aún. Centímetro de piel pecosa pegada a centímetro de piel de hombre. Entonces, evaporándose el tiempo, él, sin dejar de mirarla a los ojos, la penetró. Una vez, otra.

—Te amo —se escuchó decir a Orión.

—Yo también te amo.

Era la primera vez en su vida que pronunciaban esas palabras. Y habían salido suave, fácil, necesarias.

Los cuerpos pidieron más y las urgencias se adueñaron de ambos. Entonces, sin soltarle las manos, Orión fue por más.

CAPÍTULO 21

LA TIERRA

La Hispania, año 31 a. C.

Llevo varios días caminando en el bosque y ya comienzo a sentir que estoy cerca de mi hijo, mi corazón me lo dice. He marchado mucho, largo, duro, he cruzado los arroyos que debía atravesar, he franqueado la montaña grande y también algunos poblados; sólo me falta el río caudaloso y el caserío de la aldea del bosque negro. Pienso en ese nombre y me doy cuenta de que no quiero pronunciarlo, no me agrada. Desde que Publio me lo dijo, no me gustó, me da un mal presentimiento.

Miro hacia arriba y el cielo me anuncia que la noche está por caer, debo detenerme, ya es tiempo. Me cobijo bajo un árbol grande y añoso, y comienzo a prender el fuego; me he vuelto una experta en hacer aparecer las llamas, lo logro con facilidad.

Como las frutas y algunas provisiones más de las que conseguí en el poblado y, para liberar mis pies, me quito las sandalias, las observo y les habló como a las fieles compañeras que han sido:

—Tienen que aguantar, ya falta poco.

La corteza de alcornoque que agregué está a punto de colapsar y, cuando eso suceda, volveré a caminar sobre la débil suela que permitió que me lastimaran las piedras. Pero miro mis extremidades

y me tranquilizo, las lastimaduras han cicatrizado y en su lugar han aparecido grandes durezas.

Apoyo los pies desnudos sobre la tierra negra. Entonces, siento que algo fuerte que viene desde la misma corteza terrestre traspasa mis plantares y por allí se mete dentro de mi cuerpo, llegando así a cada rincón de mi sangre. Se trata de una pequeña vibración agradable, benigna, tranquilizadora. Nunca antes la había sentido de esta forma, aunque sospecho que siempre ha estado allí, pero, entre mis apuros, mis entretenimientos y, claro está, mi calzado, nunca me había permitido percibirla como esta vez, con tanta fuerza. Siento que esa oscilación ha actuado en mí, me percibo vigorosa, calma y amada. Ha acomodado algo de mi interior que se hallaba desordenado, tal como si hubiera armonizado un desajuste que había llegado como fruto de mis preocupaciones.

Reconozco que acabo de disfrutar de una magia entre mis pies y la tierra. Me prometo que haré caminar descalzo a mi niño más veces; el contacto con la tierra nos sana, estoy segura. Sonrío, hoy es una buena noche, una de esas en que siento que todo irá bien. De nuevo presiento la cercanía de mi niño. ¿Será verdad? ¿O es que la tierra me ha sanado los miedos? Como sea, hoy y en este rato, tengo paz.

Rememoro la tierra húmeda de mi casa en la aldea. Puedo verla y olerla…

Recuerdos

Luego de que Publio averiguara a través del centurión el paradero de su hijo, Cazue abandonó el campamento y partió, con un resto de fuerzas, rumbo a su casa de la aldea de la montaña verde.

Extenuada, supo que, si había llegado hasta el final del sendero que la llevaba hasta su familia, se lo debía al bosque, que la había

ayudado. De otra manera, sus fuerzas no le habrían alcanzado.

Cuando divisó su casa, se tendió en el suelo con la cara contra la tierra húmeda y llamó a su familia a los gritos. Algo en su interior se conmocionaba.

—¡¡Padreeee!!

—¡¡Letooo!!

—¡¡Niñooosss!!

En esos gritos desesperados iban los dolores, el extrañar, la desgracia que había sufrido.

Su familia, que la escuchó, pareció entender su padecimiento porque de inmediato corrieron a su lado para abrazarla y, tendidos en la tierra, lloraron juntos. Aún no lograban comprender qué había sucedido, pero era claro que Cazue los necesitaba; como así también que el niño ya no estaba en su vientre. La voluminosa barriga había desaparecido y ahora los vestidos le iban sueltos.

En el interior de la casa, pasada la exaltación del reencuentro, mantuvieron una conversación llana y sincera. Cazue, en pocas palabras y mucho llanto, les contó la desgracia sucedida. Caleyano se moría por decirle «Eso pasa por desobedecer», pero hacía un esfuerzo y callaba; su hija estaba demasiado deshecha para recibir una reprimenda. Desde que usaba el hacha, Leto se consideraba mayor y, por ende, conocedor de diversos temas de la vida, incluidos los referidos a los romanos. Por eso, no se privó de expresar sus conclusiones y enseñanzas. Su voz, que ahora sonaba gruesa, retumbó en la pequeña cocina.

—Los romanos son capaces de las peores traiciones. Si se matan entre ellos, pues qué trato podemos esperar hacia nosotros.

Su padre, más cauto y un tanto temeroso de las ideas con las que —suponía— había regresado Cazue, expresó su opinión al respecto:

—Creo que los dioses se encargarán de cuidar al niño y que...

—Pero, padre, tengo que buscarlo… —dijo desesperada y sin paciencia.

—Cazue, tú perteneces a la aldea verde y ese niño, tal vez, pertenece al mundo romano, al lugar de su padre. Creo que él estará bien donde lo llevaron.

—¡Tiene que estar conmigo! —protestó.

—La vida presenta caminos que a veces nos parecen errados, pero con el tiempo descubrimos que son correctos.

Ella no quiso seguir hablando, ya no podría convencer a los hombres de su familia; en especial, no deseaba batallar con su padre.

Caleyano no entendería que el instinto materno de Cazue jamás le permitiría darse por vencida. No importaba lo que él dijera, ella no podría olvidarse del pequeño que había pasado nueve meses en su interior y al que le había dado su leche, había olido y besado. Nunca abandonaría la idea de tenerlo con ella. Cazue no sabía que las células de la criatura, mientras se desarrollaba en su interior, habían quedado combinadas con las suyas para siempre y ya no podría dejar de interesarse en el destino de Aguí, aunque creciera y fuera un hombre.

Ella, sin conocer los complejos mecanismos de la maternidad y guiada sólo por el cariño, decidió lanzarse al camino que la llevaría a su encuentro. Comprendió la triste realidad: no contaría con su familia para recuperar a su hijo. Si emprendía el largo viaje, tendría que hacerlo sola.

Esa noche, Caleyano puso carne y pan sobre la mesa.

Como sabía que debía alimentarse para recuperar fuerzas, Cazue tomó un pedazo de pan y se lo metió en la boca. Le costó pasarlo por la garganta. Luego, al límite del vómito, tragó también la carne. Necesitaba comer para estar fuerte. Dentro de una luna partiría hacia el noroeste.

* * *

Cuando terminaron de comer, cada uno se dedicó a sus tareas diarias. Pero ella, que ya no tenía ninguna asignada en la familia, sintiéndose ahogada, salió de la casa. Afuera, entre los árboles, había algo que le daba un respiro; en la naturaleza encontraba consuelo.

En el patio, se apoyó contra una de las grandes piedras grises sobre las que su padre llevaba meses tallando el sol característico de sus joyas. Y allí se encomendó a sus dioses para soportar las millas del largo camino que tenía por delante.

Cazue no sabía, pero estaba a punto de recorrer esa ruta que, con los años, se llamaría el Camino de Santiago, en honor a la travesía del apóstol, esa travesía que también realizarían algunos de sus descendientes.

* * *

En ese mismo camino, Ovidio Fabio, su mujer y los sirvientes avanzaban rumbo a la mina de plata. Habían conseguido leche para el niño, quien logró calmarse una vez que dejó de sentir hambre. Todavía dormía; el bamboleo del vehículo parecía agradarle. Cargado en sus brazos, ella le miraba la carita relajada y la boca entreabierta, y se enternecía; su marido también lo observaba con detenimiento, y sonreía. A pesar del cansancio del viaje, el matrimonio disfrutaba de un momento de paz que le permitía reparar en pequeñeces.

—Qué color de cabello tiene el niño…

—De mis antepasados… Me agrada, igual que sus ojitos —dijo Junia, que intentó salir del tema escabroso. Sabía que los problemas podían llegarle por ese lado.

—Creo que el padre de mi madre también tenía un color parecido, aunque no tan rojo.

Ovidio Fabio algo había oído al respecto, aunque el hombre había fallecido antes de que él naciera; eran pocos los privilegiados que llegaban a conocer a sus abuelos porque, con suerte, los romanos apenas si alcanzaban los cincuenta años.

Junia suspiró aliviada y cerró los ojos, quería dormir un rato. Y si no lo lograba, al menos esquivaría esa conversación engorrosa.

* * *

En el campamento de Las Médulas, inquieto, Publio caminaba por la proveeduría de una punta a la otra. Al principio, cuando se enteró de la partida de Junia con el niño a cuestas, la sorpresa lo había dejado inerme; sobre todo, porque en ese mismo momento debió enfrentar a Cazue, que le exigía respuestas acerca de por qué Junia tenía la criatura, si ella se la había entregado a él. La situación había sido difícil y recién ahora estaba cayendo en la cuenta de la magnitud del engaño que había sufrido. Calculó que, para marcharse de esa manera, sin dudas había premeditado cada paso, cada detalle. Estaba extremadamente furioso; tanto que deseaba vengarse de esa mujer a la que le había dado todo y que tan mal le había pagado. Si bien sentía algo de pena por Cazue, más la sentía por él mismo. Aunque no pretendía justicia, en su interior latía el deseo de que el niño regresara a los brazos de la madre. Esperaba ver a Junia desesperada, dolida y llorando por haber perdido lo que tanto había querido. Se merecía que Ovidio Fabio la despachara a Roma con el escrito de divorcio; más aún, acompañado con la carta de repudio por engaño. No tenía dudas: si su marido se enteraba de que ella le había mentido y que ese hijo no había nacido de él, padecería el escarnio público.

Un esclavo se acercó a Publio para pedirle instrucciones y él lo despidió de malas maneras. Estaba indignado, la cabeza le hervía y una idea comenzaba a corroerlo: él mismo se haría cargo de exponer las maldades de Junia; quería que el marido se enterara de qué clase de mujer era. Para eso, debía abandonar la comodidad del campamento, viajar, organizar la venganza, pero su espíritu no era proclive a realizar esos movimientos odiosos y trabajosos; ni siquiera sabía si lo autorizarían. Aun con todos esos escollos, enojado, creía que en esta oportunidad valía la pena actuar. Pero ¿cómo hacerlo? Caminó por el almacén de punta a punta mientras pergeñaba un plan. Llevaba un rato en ese estado de deliberación hasta que, al fin, encontró la punta al ovillo: hablaría con el centurión, quien en breve viajaría a la mina de plata, para que lo incorporara a la caravana. Además, si mencionaba que la criatura le pertenecía, el hombre seguramente se transformaría en su aliado para desenmascarar a Junia.

Salió tan apurado para hablar con Claudio Sexto que se llevó por delante una pila de vasijas que aguardaban ser lavadas. La torre se desmoronó y el barro se hizo añicos, pero no le importó. La rabia, el rencor y la sed de venganza se le habían metido en la sangre. ¡Él no se merecía que Junia lo hubiera usado y engañado de esa forma! ¡Él, que la había tratado como a la reina de Egipto!

* * *

Tras el breve encuentro entre el centurión y Publio, en el campamento se había concertado un plan. Según el ojo del observador, se había resuelto atacar a Junia o salvar a Ovidio Fabio, porque el objetivo variaba de acuerdo a la mirada de los aliados. El centurión y Publio, uniendo los fragmentos de la información que cada uno conocía, habían logrado desentrañar el verdadero motivo

de la furtiva partida del ingeniero y su esposa. Con el cuadro completo, ahora podía organizarse y actuar en consecuencia.

En breve, un grupo de soldados comandado por Claudio Sexto partiría hacia la mina de plata. Publio se sumaría con el pretexto de organizar el nuevo almacén y de formar a una persona que cumpliera la función de proveedor. Los superiores de inmediato le dieron curso a la autorización sin problema, pues conocían la verdadera necesidad. Mientras tanto, dejaría organizada su labor en Las Médulas por el tiempo que estaría ausente, que no sería mucho. El viaje en carro por la calzada romana recién construida sería rápido. En el nuevo campamento sólo necesitaría permanecer un día; para desenmascarar a Junia le bastaba una jornada. Imaginaba la cara que pondría cuando lo viera, y se deleitaba.

* * *

La caravana que viajaba rumbo a la mina de plata se detuvo. El guía había encontrado un buen lugar para pasar la noche. Ovidio Fabio, cansado del encierro, había recorrido varias millas sentado en el exterior del vehículo, junto con el auriga. Allí se había dedicado a meditar sobre la criatura que había llegado a su vida para cambiar, abruptamente, de un soplo, su destino.

Mientras pensaba, miró a su alrededor y consideró aceptable el lugar elegido, ayudó a los hombres a armar la tienda donde los tres —el niño, Junia y él— pasarían la noche.

—Pronto estará lista —le avisó a su esposa— y podrás guarecerte junto con Fabio Segundo.

—No te preocupes, no hace frío —dijo Junia con una sonrisa.

No la ponía contenta la tienda, sino ver a su esposo entusiasmado con el niño. Además, acababa de bautizarlo bajo su linaje. Al oír por primera vez el nombre, Junia acababa de enterarse

de su elección. «Los hombres mandan y las mujeres hacemos lo que podemos para conformarlos», se resignó mientras consideraba que, dada la felicidad de su marido, se encontraba en un buen momento para hablar sobre el centurión. No dejaría pasar esa noche sin pedir lo que quería.

Un rato después, el fuego se extinguía y en su lugar sólo quedaba una pequeñísima hoguera que mantendría prendida el soldado a cargo de la guardia. Todos habían comido pan, queso y carne. La familia se metió en la tienda principal, mientras que los soldados y los esclavos dormirían a la intemperie. Las noches comenzaban a ser cálidas.

La claridad de las últimas llamas iluminaban los rostros de los tres. Ovidio Fabio le dio una última mirada a su hijo y, al descubrirlo enternecido, Junia decidió que era la señal para hablar.

Echado sobre un lado, estaba listo para descansar de la travesía. Pero ella se le acercó por la espalda y le dijo al oído:

—Necesito saber algo.

—Dime, esposa —concedió.

—¿El centurión vendrá a vivir a esta mina?

—Sí, ese fue el plan del ejército desde el principio.

—No me agrada la idea, no quisiera que nuestro hijo se críe… con él alrededor.

Era una manera diplomática de decirle que le molestaba.

La frase transportó a Ovidio Fabio a otra vida, a una muy diferente de la que había imaginado que llevaría en el nuevo campamento. A la de una familia, porque ellos criarían un hijo en ese lugar. Y tuvo que reconocer que sería más difícil hacer coincidir la del clan que conformarían los tres con la otra, la que incluía a Claudio Sexto. Aun pensándolo de esa manera, no se sentía preparado para resignarse a no verlo más. Pero, tal vez, Junia tenía razón. Lo ideal sería que su amante se quedara en Las Médulas y visitarlo cuando regresara al campamento.

—No te prometo nada, ya que no depende de mí. Él pertenece al ejército y son los superiores quienes toman las decisiones.

Ella se movió inquieta y él pudo sentirlo. Se dio la vuelta y le dijo:

—Lo intentaré, le escribiré una nota.

Junia se quedó tranquila; al menos, lo intentaría; eso significaba que había perdido el interés por el centurión.

Aún disfrutaba de su pequeña victoria cuando el niño comenzó a llorar. Ya sabía ella que debería zangolotearlo durante un rato allá afuera, porque era la única manera de calmarlo. Le agradaba más estar a la intemperie que en el calor de la tienda.

Lo levantó en brazos y salió al exterior de mala gana. Mientras lo mecía, las copas de los robles se movían al son de una brisa suave. La criatura se calmó.

Ella jamás se hubiera imaginado que los mismos árboles que veían llorar a Cazue por su hijo formaban una cadena que llegaba hasta allí, donde se hallaba el niño, para anunciarle que su madre iba en camino. Por esa razón, envuelto en esa suave brisa, el bosque lograba sedarlo.

* * *

En la montaña verde, dentro de la casa de Caleyano, todos dormían, pero Cazue, preocupada por su nueva partida, no podía conciliar el sueño. La estancia junto a su padre y sus hermanos sería breve porque en su interior algo la empujaba. Aguí la necesitaba, sus pechos llenos de leche se lo confirmaban. En el patio, bajo los árboles, mirando la luna, dijo:

—Aguí, pequeño mío, espérame, que voy por ti, te lo prometo.

Quería que se hiciera el alba para marcharse de una vez.

EL EUCALIPTO

El eucalipto es un árbol que puede llegar hasta casi cien metros de altura, tiene un tronco recto y robusto con hojas color azulado. En Argentina fue introducido por Domingo Faustino Sarmiento. Sus ejemplares gozan de una vida media de cuatrocientos años.

PROPIEDADES: se dice que sus hojas son anticatarrales, expectorantes y antisépticas. Reduce los niveles de azúcar en sangre.

Simboliza la prosperidad en el hogar.

CAPÍTULO 22

EL EUCALIPTO

Santiago de Compostela, año 2055

Ese lunes, para Eme y Orión, los últimos kilómetros recorridos antes de llegar a la ciudad de Santiago de Compostela fueron emocionantes e introspectivos; los realizaron en silencio y tomados de la mano. Había una cierta vibración con muchas aristas, las personales y las que compartían. Para él, si bien no era la primera vez que llegaba a la meta, en esta oportunidad el camino se había planteado y desarrollado de manera diferente: había conocido a Eme. Y no sólo estaba terriblemente enamorado de la francesa, sino que, además, había descubierto que también la quería. Eme, más allá de sentirse movilizada por idénticos sentimientos hacia él, sentía que esta travesía le había cambiado la vida, terminaba el recorrido enamorada, segura de sus ideales, agradecida de todas las experiencias vividas; algunas, incluso, hasta podía considerarlas sobrenaturales. Y para ambos, saber que se les acababa la travesía los llenaba de tristeza; de hecho, si no se controlaban, la desesperación los embargaba; entender que debían separarse de la persona amada era demasiado doloroso por más que le encontraran los justificativos más reales y se asieran a la esperanza de volver a verse. Las sensaciones tormentosas se unían a la preocupación personal ante los acontecimientos que pronto protagonizarían en esa

ciudad. Caminaban taciturnos y sus manos apretadas decían lo que sus bocas callaban.

A su lado, los peregrinos que también se acercaban al destino vivían el clima festivo propio de los últimos kilómetros.

Caminaron hasta que los caseríos se volvieron ciudad, la que los recibió con sus avenidas repletas de autos inteligentes teleconducidos por satélite. Al llegar al casco histórico, observaron que la fila para ingresar a la iglesia y ver el sepulcro del santo daba la vuelta manzana; por ahora, no irían; coronarían el camino en otro momento. Avanzaron una calle más y Orión le avisó:

—Aquí me quedo —dijo señalando un edificio de apartamentos muy modernos con vidrios negros. Luego, buscando descontracturar el momento, le guiñó un ojo y agregó—: Nos veremos el jueves.

Eme lo oyó y se le hizo un nudo en el estómago, pero lo disimuló. Debían atenerse al plan acordado. A pesar de que trató de consolarse pensando que faltaban pocos días para verse de nuevo, no lo logró. Sabía que tenía que ser fuerte y pasar el mal trago, seguir adelante. Entonces le respondió:

—Sí, claro, tal como quedamos: pasaré por aquí el jueves por la mañana, temprano.

—Ahora, ve y descansa, que aún debes reponerte por completo —le sugirió.

—Eso haré —dijo para tranquilizarlo.

Ella no sabía bien qué le esperaba cuando llegara al hotel ni tampoco cuándo la contactaría la gente de El Sol.

Orión, en cambio, pronto mantendría una reunión en la que le darían las correspondientes instrucciones. Su arribo a la ciudad se había demorado y había llegado sobre la hora. En su afán por no apurar a Eme, que recién salía de su convalecencia, respetó sus tiempos y marchó a su lado, con paso cansino.

Allí, frente a la puerta del edificio, se dieron un beso rápido en la boca.

«Adiós.» «Te amo.» «No me vayas a dejar.» «No te olvides de mí.» «Iré a París.» «Son pocos días.» «Caminar contigo ha sido maravilloso.» «No quiero que te vayas.»

Esas frases no fueron dichas, pero estuvieron presentes en los labios de ambos mientras se besaban.

Fue ella quien detuvo el beso y, separándose, poco a poco, empezó a caminar. Llevaba un par de pasos cuando se dio la vuelta para observar por última vez a Orión. Entonces, al verla girar, le habló haciendo el movimiento con sus labios y, aunque Eme no le escuchó la voz, le adivinó la frase y afirmó dulcemente con su cabeza. Él le había dicho «Te espero, no me vayas a fallar» y ella, con su gesto, le había respondido «No lo haré, aquí estaré».

Eme caminó las quince calles que la separaban de la dirección escrita en la tarjeta que le había entregado Tomás. Cuando llegó al lugar se sintió aliviada al saber que se hospedaría en un gran hotel, muy lujoso y con mucha actividad. Se había imaginado que su alojamiento sería un sitio oscuro en los bajos fondos de la ciudad atestado de marginales, con gente dedicada a provocar atentados o realizar actos delictivos como el sabotaje que tramaba El Movimiento. Le costaba aceptar que un sedicioso pudiera hospedarse en este tipo de hotel.

A punto de ingresar, cinco coches último modelo que salían del estacionamiento subterráneo le llamaron la atención. Esos vehículos, extremadamente lujosos, que gozaban del permiso de las autoridades para ser conducidos por personas no se veían en cualquier sitio; además, había poquísimos en el mundo. Los usaban exclusivamente presidentes y magnates para moverse a su antojo y sin ningún control satelital.

Lo que vio le dio la certeza de que en el lugar gozaría de los mejores servicios.

Eme ingresó y quedó impactada al ver el gran salón recibidor. Ciertos detalles, como la iluminación y las fuentes de agua

danzantes, contrastaban con el camino austero que había realizado durante tantos días, pero le bastaron para suponer que se encontraba en el hotel más lujoso de Compostela. Era modernísimo, con una recepción atendida por, al menos, quince empleadas. Además de las personas de verdad, la labor del *lobby* la realizaban androides con un aspecto humano hiperrealista. Por su trabajo, Eme había aprendido a diferenciarlos, pero este nuevo y carísimo modelo de *cyborg* confundiría hasta al más versado en la historia de las máquinas.

Las mujeres recepcionistas vestían prolijos trajes grises; llevaban el pelo largo y recogido en una coleta.

El *hall* era luminoso y repleto de plantas con grandes hojas verdes que trepaban hasta el techo; parecían reales, aunque Eme dudaba porque las verdaderas daban demasiado trabajo en comparación con las copias fieles, casi perfectas. En la actualidad, la tendencia marcaba que la ornamentación vegetal se realizaba con artificiales, pues las reales sólo se encontraban en sus hábitats naturales.

Se dirigió al mostrador y se ubicó en la fila de una recepcionista humana; aún se rebelaba a tratar con esos nuevos seres que habían metido en el mercado los mismos dueños de las farmacéuticas y de las fábricas de productos alimenticios, esas que también elaboraban carne vacuna en grandes tanques repletos de aminoácidos. Estaba segura de que nada que saliera de las empresas de esas personas codiciosas podía ser bueno; por dinero esos tipejos estaban dispuestos a poner en riesgo todas las bellas facetas de la vida existente en el planeta.

Cuando le llegó el turno, Eme le facilitó el número de reserva escrito en la tarjeta y la prolija muchacha le respondió:

—La estábamos esperando, señorita Eme. Sígame —le pidió y la guio hacia un área privada, donde de inmediato registró la huella en un escáner—: Este procedimiento es interno, para nuestro control, y

no quedará en los archivos. Por eso la puerta de su cuarto tendrá que abrirla con llave, a la vieja usanza —dijo y le entregó una tarjeta digital.

En un hotel de esa magnitud, el acceso a las habitaciones se facilitaba vía lectura de la huella dactilar o del iris del ojo.

Eme ya casi se marchaba cuando la chica la retuvo.

—Espere un momento, por favor, tengo algo para usted —dijo y, tras un rápido movimiento, sacó de un armario una gran caja de color azul y se la entregó.

Eme tomó el paquete entre sus manos, pero no dijo nada, le pareció prudente quedarse callada porque desconocía el contenido, aunque podía imaginar el remitente. Además, sabía que, de ahora en más, su vida podía tomar rumbos impensados. Al pisar Compostela, su suerte estaba echada. Las fuerzas que planeaban el sabotaje ya estaban trabajando, igual que las contrarias.

—La acompañaré a la habitación.

—Oh, no es necesario —dijo Eme, sorprendida. Aunque a la mochila se le había sumado la caja, bien podía sola.

—Claro que sí —insistió—, y no dude en pedirme lo que necesite —dijo. Mientras caminaban rumbo a la escalera, se acercó a Eme y, sin decir ni una palabra, se levantó la manga de la camisa para mostrarle el tatuaje que llevaba en el antebrazo.

Eme captó el mensaje y le devolvió una leve sonrisa, pero tampoco abrió su boca cuando reconoció la letra eme y, a su lado, la figura del sol con el centro de espiral, el mismo que ella llevaba en el bolsillo de su abrigo labrado en oro por su padre. Ya nada le llamaba la atención. El mundo se había dividido claramente en dos: por un lado, los ambiciosos que, por dinero, estaban dispuestos a arruinar la vida de este planeta; y, por otro, los idealistas que lucharían contra los más viles intereses. Este último universo del cual ella era parte por elección, el de los rebeldes, daría lucha porque no querían que el planeta, tal como se lo conocía desde hacía millones de años,

se perdiera. Eme integraba ese grupo de personas que defenderían las semillas, la libertad de elección, la naturaleza como patrimonio de la humanidad y la vida real para la que habían sido creados los hombres. No se olvidaba, ni por un minuto, de que esas premisas la habían llevado hasta Compostela. Necesitaba recordarlo; si no, se volvería loca. Ella, que antes vivía en París, ahora estaba de paso por España para perpetrar un sabotaje; ella, que no estaba chipeada desde hacía varias semanas; ella, que se había enamorado perdidamente de un agente de la GM… Ella, sí, ella se volvería loca si no recordaba con claridad de qué lado estaba.

La muchacha la acompañó hasta la puerta del cuarto ubicado en el piso doce. A punto de entrar, la chica observó en detalle la figura de Eme y, tocando con su dedo índice la caja azul, le dijo:

—Creo que acerté con su talle.

Eme quedó pasmada. ¿De qué estaba hablando la recepcionista?

—No entiendo… —dijo, confusa.

—Abra la caja… —siguió tratándola de usted—. Y ya sabe: estoy a su disposición. Búsqueme en recepción, soy Jota —recalcó y se marchó.

Eme se encerró en el cuarto y, desconcertada por la situación y deseosa por develar el misterio, abrió la caja. Bellamente envueltos, aparecieron un vestido de fiesta de color negro con brillos y sin breteles, unos zapatos elegantes de tacos muy altos y una cartera pequeña y plateada.

«¿Qué diablos es esto? ¿Para qué quiero esta ropa? ¿Cuándo debo vestirme así?», se preguntaba, sin dejar de mirar el conjunto con detenimiento para entender qué se esperaba de ella vestida de gala.

La muchacha, en verdad, se había tomado el trabajo de buscar su talle, pero casi no hubiera sido necesario porque ambas prendas, de tejido inteligente, se amoldarían naturalmente a su figura.

Siguió hurgando en la caja y encontró una más pequeña. La abrió y extrajo una máquina minúscula —del tamaño de su mano—, de esas que habían venido a reemplazar los procesadores más grandes y antiguos. También había un collar de plata del que colgaba una hermosa y extraña piedra. Y, abajo, en el fondo de la caja, descubrió un sobre con una nota. Lo rasgó con apuro, necesitaba, urgente, una explicación. Las letras saltaron a su vista:

Señora Eme, es un gusto para nosotros recibirla en la ciudad de Santiago de Compostela.

Bienvenida y gracias por haber aceptado el trabajo, desafío que realizaremos juntos.

En la caja que recibió incluimos todo lo que necesitará para asistir a la reunión del día miércoles, jornada durante la cual usted llevará a cabo su tarea. Le sugerimos que se familiarice con la máquina que recibió. La noche del acto deberá emplearla junto con la incrustada en la piedra del collar; sincronícelas para que ambas funcionen en red.

También adjuntamos su agenda. Le rogamos puntualidad y precaución en cada movimiento. El éxito de nuestra misión depende del estricto cumplimiento de esos dos requisitos.

~ AGENDA ~

Hoy, lunes: *día libre.*

Martes: *día libre. Sugerencia: dedique gran parte del tiempo para descansar y afianzar el dominio de las máquinas. Resaltamos la importancia de que se familiarice con la*

tecnología incorporada. Todo su trabajo estará concentrado en estos objetos.

Miércoles: *a las 9 de la mañana deberá presentarse en el salón Oval del hotel. Durante el desayuno se llevará a cabo la reunión de presentación de todos los colaboradores.*
A las 7 de la tarde pasaremos a buscarla por el lobby. Preséntese vestida con la ropa que recibió. Será llevada a la sala donde hará su labor junto con sus compañeros. Terminado el trabajo, regresará a la habitación para descansar. Será su última noche en el hotel.

Jueves: *a las 8 de la noche realizará el check out en recepción. Luego, un coche pasará a buscarla y la llevará a la estación de trenes de Compostela. Vía Madrid, partirá a su destino final, París. Los horarios de los viajes están concatenados. Todos los pasajes ya han sido emitidos a su nombre, al igual que las autorizaciones para realizar los desplazamientos.*

Muchas gracias.

PD: *no contará con servicio de limpieza. Nadie ingresará al cuarto a fin de que usted disponga de la máxima privacidad. Contará con* service room*; póngase en contacto con la recepcionista que la atendió. Ella estará disponible para usted las veinticuatro horas durante toda su estadía en La Luna de Santiago.*

Eme leyó la carta una y otra vez, deseaba absorber toda la información. Le llamaba la atención el nivel de organización y los

detalles que habían tenido en cuenta, lo que, por un lado, le daba tranquilidad porque quería decir que había mucha gente involucrada para que la misión resulte exitosa; pero, por otro, mostraba cuán seria era la organización y cuánto estaba en juego. El dinero de los artífices y promotores del sabotaje se hallaba comprometido y atado a la suerte de la misión; también el destino de personas como los Orozco.

La agenda entrañaba un grave problema: había acordado encontrarse con Orión durante la mañana del jueves y disponer de ese día y de algunos más para ellos. Incluso, habían soñado con viajar a Las Médulas. Pero, de acuerdo a sus compromisos, se volvía un plan inviable, realmente ridículo, porque a las ocho de la noche partiría su tren a Madrid. Es decir, si tenían suerte, ese día compartirían sólo unas pocas horas. El plan de estar juntos se había desbaratado y debía postergarse hasta que Orión viajara a Francia. Halló consuelo al saber que el jueves estarían juntos desde temprano y hasta su partida.

Abandonó la carta para concentrarse en su trabajo y se dedicó a mirar la máquina.

—¡Guau! —exclamó cuando apreció los detalles. Realmente era de ultimísima generación.

Ella, que se especializaba en el desarrollo de tecnología, nunca había visto nada parecido. Conocía de su existencia, sí, pero por primera vez tenía en sus manos un artefacto tan sofisticado. Igual que la cámara y el nanochip incrustados en la piedra del collar. Se sintió superpoderosa. Con esos dos minúsculos instrumentos podía hacer lo que fuera: desde teledirigir una bomba al lugar más recóndito del planeta, grabar una película, procesar información en milésimas de segundos, operar cientos de máquinas, comunicarse con millones de personas en simultáneo y anular con su potencia la transmisión de redes, incluso, dejar inactiva a la mismísima Perla. Su pequeño equipo de trabajo contaba con un gran alcance, una

potencia demencial y suficiente capacidad de reacción como para afrontar airosa cualquier misión.

Entusiasmada y sin paciencia, se puso a programarlas en red. No creía que fuese tan complicado, pero dudó. «¿Y si no logro conectarlas, a quién recurriré?» Puso toda su atención y conocimiento al servicio de la tarea.

Una hora más tarde, después de pasar muchos nervios, finalmente lo había conseguido. Satisfecha, se tendió en la cama y lanzó un fuerte suspiro. Débil aún por la convalecencia, más el esfuerzo que le demandó el tramo final para alcanzar Compostela, la despedida de Orión y el recibimiento que había tenido en el hotel con caja y carta incluida… más la tensión y los nervios que implicó dominar esa máquina hipermoderna… tenía suficientes razones para estar exhausta y con un fuerte dolor de cabeza. Todavía le faltaba una toma del medicamento; lo buscó y lo ingirió. Mientras lo hacía, espió el contenido de la bandeja que había sobre la mesita: panecillos, queso, frutas y otros alimentos. Picoteó un poco de cada cosa y luego se dedicó a inspeccionar el cuarto, que era tan grande como su departamento en París.

En un extremo de la habitación, junto al ventanal, había un enorme sillón verde rodeado de cuatro olivos. Se sentó y permaneció envuelta por el verde grisáceo de sus hojas. Le agradó la sensación, pero… ¿eran verdaderos? Esa pregunta se le había vuelto una obsesión. Después de haber pasado los últimos veinte días caminando entre árboles reales le parecía que se ahogaba si no había naturaleza cerca. Los tocó y hasta los olió para salir de la duda: sí, eran verdaderos. Se sintió afortunada. Lo era, y mucho. La cercanía y la vista de los cuatro ejemplares le habían transmitido calma.

Luego de un rato de paz y descanso prosiguió con su investigación de la *suite*. En el tocador del antebaño descubrió un baúl del tamaño de una caja grande de zapatos; estaba repleto de

maquillajes distribuidos en tres estantes, tal como los había visto en las publicidades. Otra, al lado, le llamó la atención: estaba colmada con varias miniaturas de los perfumes más conocidos. Eme sonrió, hacía semanas que no usaba ni un gramo de maquillaje y que sólo se ponía desodorante. La cantidad de potes le resultó abrumadora. El camino la había ayudado a descubrir que se podía vivir sin cosméticos; le bastaba con un poco de champú y desodorante.

Pero todas las enseñanzas relativas al sacrificio y la austeridad aprendidas durante la travesía bien podían quedar en suspenso por una hora porque no podía negarse a ese enorme, blanco y pulcro *jacuzzi* que prometía relajarla. Desnuda, se introdujo en el agua tibia y se dejó abrazar por las burbujas hasta que se dormitó. Llevaba un buen rato en estado semiinconsciente cuando se despertó sobresaltada. «¿Orión? ¿Es la voz de Orión?» El reloj le confirmó que había pasado mucho tiempo en la tina.

Cuando salió, se cubrió con la bata blanca que llevaba bordadas las iniciales del hotel. Repasó el contenido de la caja azul y releyó la carta hasta saber de memoria el contenido.

Al fin, tomó los zapatos y, buscando distraerse, se los probó. Nunca había tenido un costoso par de Manolo Blahnik; menos ese modelo inteligente que se adaptaba al pie. Se los calzó y, a pesar de que eran uno o dos talles más grandes, casi no tuvo tiempo porque de inmediato el cuero se encogió y tomó la forma de su pie. Eme sonrió satisfecha y en voz alta dijo:

—No importa el gran acto mundial que esté por hacer, al fin y al cabo, soy una mujer y este detalle me ha hecho feliz.

Contenta, se rio de nuevo, pero esta vez con una carcajada. Si moría durante el acto sedicioso, al menos habría probado uno de esos increíbles zapatos inteligentes.

Observó el vestido: era distinguido y suficientemente sobrio para no llamar la atención; la talla le quedaría perfecta. Pero a estas alturas la duda la carcomía: «Soy de Francia, sí, pero con ropa

cómoda haría mejor mi trabajo. ¿A qué viene tanta elegancia? ¿Acaso los de El Movimiento son unos esnobs? ¿Estaré frente a alguien importante ese día? ¿O el sabotaje será en medio de una fiesta?». Descartó esas y otras ideas que se le ocurrieron. No tenía más certezas que saber que actuaría en línea y que debía vestir esa ropa. Su idea primigenia de que la tarea la realizaría junto con nueve bohemios tecnológicos mientras tomaban café y debatían sobre la naturaleza y las semillas se desmoronó.

Se puso su viejo remerón verde de dormir y, para no perder la costumbre, lavó a mano el conjunto de ropa usado ese día; luego lo colocó debajo de las rejillas de donde salía aire caliente.

Se metió en la cama dispuesta a descansar, pero se movió inquieta entre las sábanas durante un buen rato; conciliar el sueño le estaba costando, lo que vivía era en extremo excitante y le provocaba miedo. Pensó en Orión y, por un momento, esas dos ideas se unieron y tuvo ganas de echarse atrás, de no participar del sabotaje, de huir ya mismo de allí y buscarlo. Sabía dónde se alojaba. Tras unos instantes de lucha en su interior, ganó su valentía. No podía abandonar los ideales en los que creía, ni siquiera por amor. Si no concretaba su participación, sencillamente, dejaría de ser Eme. En poco tiempo había aprendido a amar a Orión, pero ella tenía su propia singularidad y debía ser fiel a sus principios, porque respetarlos la convertía en una persona feliz. Si esas ideas se habían instalado en su mente, si la naturaleza le había hablado durante su travesía por el camino, sin dudas tenía que haber una razón. Recordó su miserable y tecnológica vida en París, sus crisis, su tristeza, la nostalgia que solía embargarla y otra vez sintió que estaba en lo correcto. Algo bueno saldría de la acción de El Movimiento. A su mente vino la frase que Pepi le había dicho aquella última tarde que pasaron juntas: «Lo que sucede conviene». Entonces, asiéndose de esas palabras, logró dormirse. Eran las diez

de la noche del lunes. Su primer día en la ciudad de Santiago de Compostela había acabado.

* * *

Muy cerca de allí, en una de las oficinas que la GM tenía en la ciudad, un grupo de agentes escuchaba atentamente la explicación sobre los sucesos que —según preveían los mandos superiores— tendrían lugar el miércoles por la tarde. Sentados en sillas, frente a una *touch screen*, estaban Orión, Carmen y otros jóvenes; también Iñaki, sus jefes y la plana mayor de la división encargada de mantener el orden público y desactivar el posible crimen. Cada miembro de las fuerzas del orden resultaba imprescindible.

Durante la charla, uno de los superiores solicitaba especial atención y ojos bien abiertos para captar actitudes y movimientos sospechosos; tanto el día martes como la noche del miércoles serían jornadas trascendentales. Los detalles podían ser decisivos y adquirir un nuevo y vital significado para prevenir actos vandálicos.

Mientras escuchaba las órdenes, Orión no podía dejar de pensar en Eme. Realmente deseaba con todo su corazón que su visita a Compostela no tuviera nada que ver con los eventos del miércoles. Al mismo tiempo, se preguntaba hasta dónde estaría dispuesto a llegar por amor. ¿Estaría dispuesto a correr riesgos, o preparado para mandar al carajo su trabajo, si se presentaba la ocasión de liberarla del peligro?

* * *

A la mañana, Eme se despertó y se calzó el conjunto que había secado durante la noche. Así, vestida con su pantalón bordó, bajó a

desayunar. En el enorme salón había, por lo menos, doscientas personas tomando café y comiendo opíparamente los más variados alimentos, desde salmón ahumado a toda clase de quesos, pasando por panecillos, verduras y frutas tropicales, hasta llegar a comidas calientes como fabada asturiana.

Ella, que se había desacostumbrado a ingerir tanta comida, optó por la frugalidad peregrina y sólo probó unos panecillos y tomó café para luego marcharse a la calle. Si bien la agenda marcaba descanso, prefirió salir, no quedarse en el hotel porque, encerrada en el cuarto, pensando una y otra vez en el sabotaje, manipulando los artefactos, se volvería loca. Deseaba dar una vuelta por el casco histórico y entrar a la catedral y, de regreso al hotel, conocer el parque de La Alameda. Al menos, hasta que se cumpliera el pronóstico y se desatara la lluvia. En ese caso, se quedaría encerrada el resto del día en su enorme cuarto, donde, para su tranquilidad, no ingresarían los androides de la limpieza.

Tras una corta caminata, enseguida se integró a la fila de personas que deseaban ingresar a la catedral para visitar la cripta del apóstol Santiago, abrazar su estatua o depositar una ofrenda a sus pies. Estaba convencida de que algo fuerte iba a latir dentro suyo cuando estrechara al santo después de concretar el largo camino, de andar por esos senderos que —se suponía, aunque muchos descreídos aún lo pusieran en duda— él también había recorrido.

Entrar a la iglesia y ver cara a cara a Santiago formaba parte del ritual que cada peregrino hacía con devoción.

Pero cuando la fila multitudinaria avanzó y llegó su turno, al subir los escalones e ingresar por el delgado pasillo, Eme no vio el rostro, sino la espalda del muñeco grande de yeso que —aseguraban— era el apóstol. Y no sintió nada en absoluto.

Un guardia aligeraba el paso de las personas para que no se quedasen demasiado tiempo abrazando la estatua. Claro que, entre

cada indicación «Apuren, apuren», el hombre se daba tiempo para cerrar los ojos y entrar en línea; tal vez hablara con alguien o, simplemente, se distrajera mirando fotos. Para Eme, sin dudas, estaba en línea y conformaba un cuadro bizarro muy tecnoseudoespiritual.

La larga fila avanzaba poco a poco. A su turno, cuando cada persona estaba junto al apóstol, le abrazaba la espalda porque el rostro miraba hacia el santuario y no se lo podía apreciar completo. El ropaje era esplendoroso, con oro, perlas y brillantes.

—Apure, señorita, siga… —le pidió el guardia a Eme.

—Aún no lo abracé —se justificó.

—Hágalo de una vez —solicitó—, las demás personas esperan.

Eme abrazó la espalda de Santiago y sintió el frío contacto de los materiales lujosos. Sin darse por vencida, cerró fuerte los ojos y, por unos segundos, buscó algo que no encontró. Se sintió tonta, pero insistió. Las personas que tenía detrás y deseaban disfrutar de la misma experiencia, le presionaban la espalda para que continuara. A Eme no le quedó otra opción que desprenderse de ese Santiago de cuerpo helado y seguir caminando rumbo a la salida. Se sintió triste y vacía.

Había esperado tener una gran experiencia espiritual, pero, en realidad, le recordó su paso por Eurodisney.

Se fue decepcionada, pensando en qué diría el verdadero apóstol Santiago si supiera qué habían hecho de él en la catedral.

Entonces, como contraste, rememoró las maravillosas experiencias que había atesorado durante el recorrido hasta Compostela. Asustada por el inminente desafío y, ahora, también, vacía y triste, decidió buscar un espacio tranquilo para lograr la paz sobrenatural que tan fácilmente había encontrado otras veces en la naturaleza. Caminó los siete minutos que la separaban del parque de La Alameda, en las inmediaciones del hotel, con la urgencia de

entrar en contacto con el mundo verde para el cual los seres humanos habían sido creados.

Llegó.

Y allí, ante la majestuosidad de los enormes y añosos eucaliptos, sintió que se encontraba con un ser creador al que le podía pedir protección y asistencia para cumplir con éxito su cometido. Miró los árboles. Ellos siempre sabían qué hacer —y lo hacían bien—, a diferencia de los seres humanos, que podían volverse destructores.

Paseó por las sendas del pulmón verde de la ciudad, un verdadero oasis, hasta que se sentó muy cerca de una fuente. Desde el banco, mientras se compenetraba con la tranquilidad que reinaba en el ambiente, oía el rumor del agua y el piar de los pájaros que se bañaban en el estanque. Al otro lado, podía observar los eucaliptos; entre ellos, descubrió un tronco mocho, el muñón que vaya a saber por qué razón había sido podado. Tal vez, supuso, fue sacrificado porque se asfixiaba con otro o se había enfermado. Eme desconocía el motivo, pero recordó una explicación que había leído en el libro de Pepi: los árboles podados al límite, como ese, seguían siendo alimentados de manera subterránea, y durante años, por las raíces de sus compañeros circundantes. Se emocionó al pensar que los ejemplares próximos estaban nutriéndolo para que no muriera totalmente; los vecinos cercanos apoyaban a ese que había tenido la mala suerte de terminar podado. Le pareció una lección maravillosa que enseguida aplicó en su vida. Ella estaba involucrada en un acto que, si bien llevaba el triste y cruel título de «sabotaje», en realidad, buscaba que las personas podadas volvieran a vivir. Muchos seres humanos casi no llevaban una vida real, sino una mera existencia híbrida donde coexistía su ser con una máquina que, bajo la forma de un chip, habitaba su cuerpo. Ella y otras personas que en su interior aún tenían savia —como los eucaliptos vivos— debían ayudar a los adormecidos, a los que llevaban una vida miserable que pendía de un débil hilo.

Ese acto de sabotaje, en realidad, formaba parte del salvataje de la humanidad. Confiaba en que esas personas, quizás, un día despertaran del mismo modo que en un tronco mocho y podado volvía a nacer una hojita verde en el tallo.

En esta oportunidad, los eucaliptos le habían dado una lección, pero descubrió que, a lo largo del Camino de Santiago, una planta o un árbol se había cruzado para brindarle una enseñanza. Le pareció maravilloso.

Se puso de pie y se sentó en el pasto. Se descalzó y apoyó su espalda en uno de los árboles. El sol le daba en la cara. Se sentía plena. Pero le faltaba un detalle para sentirse completa: Orión, su persona favorita en este mundo.

Lo extrañó, lo deseó. Lo añoró tanto que un viento fuerte generó un remolino con las hojas que soltaron los eucaliptos. Recordó los detalles del rostro de Orión, la boca grande y bonita, el cabello claro, las cejas gruesas, su risa, su carácter tranquilo y medido. También la frase que repetía y que tanto bien le hacía. Le pareció oír en su voz «No temas. Todo estará bien». Trató de consolarse: «Ya falta menos para verlo. Es martes y el jueves estaremos juntos».

Imaginó su encuentro una y mil veces. Mil veces y una.

Sus pensamientos se asieron de las hojas que habían caído y el viento las empujó con fuerza unas pocas calles más allá, más precisamente, hasta donde estaba él en ese momento.

Eme decidió regresar al hotel. El tiempo que había pasado en el parque la había calmado, se sentía lista para enfrentar lo que fuera que le trajera la vida. Y así sería, porque los movimientos extraños que lentamente se adueñaban de la ciudad iban formando las olas que la terminarían alcanzando en pocos minutos. Algo impensado venía a su encuentro.

Se calzó, se despidió de los eucaliptos y emprendió el regreso.

* * *

En las escalinatas de ingreso al hotel La Luna de Santiago, el remolino de viento tomó de improviso a Orión, que por poco tropieza con las hojas de eucalipto que se enredaron en sus pies.

—¡Maldito viento! ¡Traerá lluvia! —exclamó él.

—¡Para variar! Pero si te hospedas en este hotel, poco importa el clima o si caen chuzos de punta —dijo Carmen, que iba a su lado, mirando el lujoso ingreso.

—Pero ese no es nuestro caso, así que apurémonos para no mojarnos —señaló Iñaki, que los acompañaba, y empujó con fuerza la puerta giratoria de vidrio.

En el interior, los tres agentes de la GM intentaron cumplir con la tarea de realizar una inspección ocular de las instalaciones, pero pronto comprendieron que sería imposible y debieron presentar sus credenciales para acceder al plano del hotel. Iñaki expuso la situación ante un encargado, quien de inmediato se comunicó con el responsable de mantenimiento de La Luna de Santiago y los invitó a esperarlo en el *lobby*.

—Pues, entonces nos sacrificaremos en nombre del trabajo y nos tomaremos un café sentados aquí —anunció Iñaki y pidieron tres expresos.

Luego de unos minutos, una de las recepcionistas les comunicó que el arquitecto los esperaba en la oficina ubicada junto a la biblioteca.

—Iré yo. Ya regreso —dijo Iñaki y, dando el último trago a su pocillo, se puso de pie y desapareció.

Mientras Orión y Carmen terminaban su café, Eme entró por la puerta principal. Su mirada se fijó en una figura que le resultó conocida.

¡Orión! ¡Era Orión!

Sus pupilas le enviaron un cimbronazo a todo su ser.

Era él. ¿Qué hacía allí? ¡Estaba tomando café con una chica! Miró mejor. ¡La muchacha de cabeza rapada y aro en la nariz que se había cruzado en Puertomarín!

Pasado el primer impacto, Eme decidió apurar el paso para que no descubrieran que se hospedaba en ese hotel. Si Carmen lo acompañaba, entonces, también pertenecía a la GM. Se preocupó. ¿O estaba de sociales con la chica, o algo más? ¡Qué pronto la había olvidado!

Caminó rogando volverse invisible y pareció lograrlo porque, mientras subía al ascensor, Orión siguió charlando con Carmen.

Eme entró a su cuarto torturada por la visión que acababa de tener; y allí se dedicó a dar vueltas como león enjaulado durante un largo rato.

Llevaba casi una hora conjeturando acerca de la razón de la visita de Orión a su hotel cuando, al fin, alumbró la primera idea benigna: ¿y si Orión había venido a buscarla por alguna buena razón? ¿Y si había pasado por allí porque no se aguantaba hasta el jueves y quería verla, decirle algo importante? Sabía que, para eso, primero tendría que haber averiguado dónde se hospedaba, aunque, como agente de la GM, no le resultaría difícil acceder a esa clase de información. Esa idea entrañaba, también, un problema: ¿por qué había venido con Carmen?

Asimismo, bajó nuevamente al *lobby* dispuesta a enfrentarlo. El ascensor se abrió justo cuando el trío de la GM salía por la puerta rumbo a la calle con los planos en las manos. Ella no alcanzó a verlos.

Eme los buscó en el *lobby* y, como no estaban en el bar, se dirigió a Jota, la recepcionista superdiligente.

La chica le sonrió y se puso a su disposición.

—Dígame, señorita Eme, qué necesita…

—Quería saber si alguien vino a verme o me dejó algún mensaje.

Jota cerró los ojos y entró en línea. Se quedó allí unos instantes y, al fin, respondió:

—No, nadie. ¿Está todo en orden?

—Supongo que sí. Sólo tenía esa duda.

Eme subió de nuevo a su cuarto, pero ya no hubo manera de que volviera a encontrar paz. Recién la halló dos horas después cuando, luego de mirar y estudiar por enésima vez las máquinas de la caja azul, llenó el *jacuzzi* para darse un baño relajante. Sumergida, con la espuma hasta el cuello, pensó: «Lo que sucede conviene». Y decidió dejar que los acontecimientos fluyeran. Lo que iba a pasar, nadie podría frenarlo; la partida comenzaba, el juego estaba en marcha. Ella procedía de buen corazón en pos de un fin noble, el universo tendría que ayudarla, el entorno se acomodaría, estaba segura.

Esa noche, Eme se durmió temprano. La tranquilidad de su conciencia le había dado la calma que necesitaba y, liberada de las preocupaciones, se entregó por completo al descanso. En su cuarto se respiraba paz y silencio, aunque la actividad bullía en los salones del hotel. La Luna de Santiago se preparaba para afrontar un día importante y sus empleados se disponían para dar lo mejor de sí.

Afuera, en la ciudad, cientos de personas de ambos bandos se preparaban; algunos, para defender sus ideales; otros, por ambición económica. Los últimos, guiados por el vil metal, serían capaces de arruinar sus vidas. Lo harían sólo para que no se detenga el flujo de dinero que incrementaba sus patrimonios.

CAPÍTULO 23

EL AIRE

La Hispania, año 31 a. C.

—Aguí, pequeño mío, espérame, que voy por ti, te lo prometo.

Lo repito como un mantra para no olvidarme cuál es la razón por la que estoy en este paraje lejano, y también para que mi hijo me escuche con los oídos del corazón.

—Llevo muchas lunas caminando por ti —relató para Aguí—, pensando en todos los días que han transcurrido desde que salí de la casa de Caleyano, mi padre.

Sé que ya estoy cerca del río grande, porque escucho voces y me llegan bocanadas de humo procedentes de las varias aldeas que están cerca. Si hay agua en cantidad, hay tribus alrededor, y no faltan los rituales de humo y fuego, esos que casi siempre se practican cerca de un gran afluente de agua para evitar los incendios. Porque el fuego se venera y se teme por igual. Trae tibieza y vida, pero también puede acarrear muerte porque nada queda en pie ante su paso.

Es la tarde y avanzo entre los matorrales. El bosque que hoy camino deja filtrar la luz del sol entre los árboles, no es denso, sino aireado, y el suelo está tapizado de florecillas amarillas y rojas. Avanzo y respiro profundo, pero las bocanadas de humo que empezaron leves, ahora son cada vez más densas. Escucho cánticos,

los aldeanos no deben hallarse lejos, me ilusiono, porque, si la corriente de agua está cerca, significa que me aproximo a mi destino.

Camino y me cuesta respirar entre los robles; el humo gris se compacta, viene de lejos, se mete entre las plantas y se pasea en medio del bosque verde. Comienzo a asfixiarme, pero resisto y, con esfuerzo, apuro el paso, quiero salir de esta zona. Necesito la pureza del aire para seguir avanzando, para no enfermarme. En la aldea de la montaña verde, y en cualquier otra, todos lo saben: el aire fresco que entra al cuerpo cuando respiramos es un regalo de los dioses y sólo podemos ensuciarlo para celebrar un ritual, y en fechas especiales. Un último vaho de humo espeso me envuelve y preciso taparme el rostro con mis vestidos para respirar. Me asusto, sin aire moriré. Es necesario que salga ya mismo de esta zona del bosque, aunque para ello deba desviarme de mi camino. Me cuesta respirar, las fuerzas me fallan. Desesperada, marcho en dirección opuesta al humo, me alejo del sendero. No me importa.

Entonces, avanzo unos pasos y lo logro, me escapo de la humareda y, para mi alegría, descubro que el desvío fue menor, porque ante mí aparece un enorme río.

Me tiendo en el suelo, muy cerca de unos pequeños brazos de agua que salen del curso grande, preciso descansar. Aún escucho las voces que guían los rituales, pero ya son más suaves y distantes. La niebla gris y asfixiante ha quedado encerrada entre los árboles.

Miro el cielo, respiro y agradezco por ese aire puro que me llena de fuerza para seguir adelante. Recuerdo la enseñanza de mi padre cuando, en la cocina de la casa, encendí el fuego del caldero por primera vez. Me parece escuchar su voz: «Si ensucias el aire, morirás. Rápido o lento, pero morirás». Me lo dijo señalando la nada, indicando dónde vive el aire. Pienso en el humo del ritual que ha quedado encerrado en el bosque y compruebo cuánta razón tenía. Respiro profundamente largas bocanadas de oxígeno, una tras

otra, hasta marearme, hasta ver el rostro de mi padre como en un sueño, porque en esa imagen yo soy pequeña y él me enseña acerca de los peligros mientras aprendo.

Recuerdos

A varias millas de allí, a pesar de las angustias, Caleyano intentaba seguir viviendo, y trabajaba para ser el sostén de la familia que tenía a su cargo. La nueva partida de Cazue, quien había decidido ir tras su hijo, lo había dejado herido de muerte; y nunca mejor dicho, porque, aunque no lo sabía, él estaba enfermo; su estómago comenzaba a sufrir una dolencia grave. Si bien seguía los consejos de la mujer que sanaba con plantas, las infusiones parecían no surtir efecto.

Aun así, tenía tareas por llevar adelante, obligaciones que cumplir; como esa mañana que los romanos esperaban que entregara las piedras talladas que le habían encargado; y él, gustoso, se las quería dar. Terminar ese trabajo le había llevado numerosas lunas, pero ahora obtendría muchas monedas de oro, esas que escondía en distintas vasijas por si su salud flaqueaba. Tenía varias colmadas con el preciado metal romano.

Complacido, miró su obra: dos monolitos de piedra gris de seis pies por lado en los que, con paciencia, había tallado la figura que caracterizaba sus joyas. En el centro de cada roca, con golpes precisos, había cincelado minuciosamente un sol en espiral con los rayos ondeados. Después de pulir las piedras para resaltar el relieve, quedó conforme con el resultado final. «¿Ese artesano hará lo mismo?», se preguntó. Poco tiempo atrás le habían ido con el cuento de que estaban copiando su trabajo, que un orfebre de la aldea grande hacía dibujos idénticos. Estaba seguro de que, con el tiempo, ya nadie sabría que él había creado esa figura. Sin embargo,

no le importaba; sabía bien que había sido el primero. Por algo los romanos le habían encargado el trabajo.

Según le habían anticipado, ubicarían la primera piedra en la entrada de Las Médulas y, a varias millas, la otra, en la que había tallado junto al sol una flecha para indicar la dirección que conducía a la mina. «Algo muy propio de los romanos eso de dejar marcas en cada lugar por donde andan», pensó Caleyano. Usaban señalizaciones para saber hacia dónde debían dirigirse, como también para dejar su impronta allí donde fueran. Justamente, por esa razón, se extrañaba que no le hubieran pedido que tallara el águila del ejército u otro de sus símbolos. Había descubierto que los romanos eran jactanciosos de lo suyo, pero el sol que había diseñado tenía que haberles gustado mucho para elegirlo, pensaba, orgulloso.

Caleyano se encontraba admirando los soles de las dos enormes piedras cuando, a lo lejos, divisó los carros romanos que se acercaban a su casa. Eran varios, igual que los soldados. Con sus poleas, sogas y fuerza se encargarían de acarrearlas hasta la ubicación exacta.

Una vez que los tuvo cerca, observó con detenimiento a los recién llegados, esos hombres morenos y de narices rectas a quienes consideraba unos extraños, y se impresionó al saber que su sangre se había unido para siempre con la de ellos. Su nieto era mitad astur y mitad romano. Meditó sobre cómo los mundos pequeños de los hombres se unían para conformar uno solo y grande, situación que se multiplicaría con el paso del tiempo. Pensó, también, que pronto dejarían de ser enemigos para aliarse con el fin de ganar más dinero, única razón que parecía prevalecer. Lo demás, poco a poco, iría cambiando, pero esa ambición común seguiría adelante. Estaba seguro de que ese sería el punto de unión, pero también de perdición. Caleyano, sin imaginarlo, acertaba en sus apreciaciones.

* * *

Tras un arduo trabajo, los soldados del ejército partieron con sus dos obras. Les había costado montar el andamiaje capaz de moverlas, pero finalmente lo lograron. «Para los romanos nada parece imposible», pensó Caleyano, quien, dando la vuelta, dejó de mirar cómo los carros se perdían en el camino y se dirigió a su casa. Mientras avanzaba rumbo al hogar, la imagen de Cazue se coló en su retina sin permiso; entonces, una mezcla de cariño y de preocupación se le metió en el cuerpo y le produjo un espasmo fuerte en el estómago. Se agachó dolorido, pero, aun así, no pensó en él, sino en su hija: «Que mi niña esté bien». Lo deseó cumpliendo la vieja e inequívoca norma: para los padres, primero están los hijos; luego, ellos. Esa misma norma que, a muchas millas de allí, Cazue también cumplía a rajatabla, y más que nadie. En la vida, las situaciones no siempre tendían al blanco o el negro, sino que en muchas oportunidades predominaban los grises; se producía el bien por un lado, pero se causaba dolor por otro, porque Caleyano era un buen padre y Cazue, una buena madre. Pero ella, siguiendo su instinto, protegía a su hijo y lastimaba a quien le había dado la vida.

* * *

Durante ese atardecer, en el pequeño campamento romano ubicado junto a la mina de plata, Junia todavía luchaba por instalarse. Tras su llegada, no lograba que sus sirvientes acomodaran lo mínimo y necesario como para dormir cómodos la primera noche. Su marido estaba desaparecido; en cuanto se bajó de la carruca, había partido hacia la mina y aún no había vuelto; probablemente ya no estaba allí, sino haciendo sociales en algún sector del campamento, pero

ella no se enteraría, pues la vida de las mujeres era una y la de los hombres, otra muy distinta.

Junia, de pie frente a la tienda donde pasarían la noche, trataba de darles instrucciones a sus esclavas y, al mismo tiempo, de hacer dormir al niño, que había resultado ser un pequeño llorón, como a ella le gustaba llamarlo. Pensaba armarle una cunita a cielo abierto, junto a la tienda, para que durmiera las siestas al sol. Así, al menos, ella podría descansar un momento, porque él sólo quería estar al aire libre y no dentro de la tienda.

Pese al cansancio del largo viaje, otra vez tendrían que dormir en una tienda porque, como bien se lo había anticipado Ovidio Fabio, casa no habría hasta la llegada del frío, tiempo que demandaría levantar una vivienda sencilla como la que les habían prometido. Junia tenía claro que no sería ni la sombra de la morada que había dejado en Las Médulas.

El modo de vida que llevaría allí tenía algunos menoscabos, como el de la casa —lo sabía—, pero era tozuda y estaba convencida de que los arreglaría o, al menos, los compensaría con otros beneficios. Pensaba que, si su marido iba a estar todo el día trabajando en la mina, como sucedía en Las Médulas, entonces aprovecharía para exigir y obtener beneficios en su favor. Entre los principales, se ocuparía de librarse del centurión. Para eso, tendría que pedirle a su esposo que intercediera ante el gobierno romano para que el soldado no fuera trasladado a la mina de plata. Si su marido se lo exigía a Octavio, estaba segura de que obtendría la concesión sin más. Renombrado ingeniero, respetado por su capacidad de trabajo y fidelidad a Roma, el emperador no podría negarse a cumplir con el deseo de Ovidio Fabio.

Extenuada por el viaje y las maquinaciones, le entregó el pequeño a una de las esclavas después de darse por vencida. Aunque Fabio Segundo siguiera llorando, ella ya no lucharía para calmarlo. Necesitaba descansar; al menos, hasta que regresara su

esposo. Antes del crepúsculo nocturno, ingresó a la tienda y se tendió en el camastro que los soldados habían montado para ella y su esposo. Pensó en cerrar los ojos, pero el cansancio la venció y terminó durmiéndose con las primeras oscuridades. En la penumbra, mientras dormitaba, sintió un cosquilleo en la pierna, debajo de la túnica. Tenía que ser Ovidio Fabio.

—Esposo, regresaste…

Nadie le respondió, pero notó que la mano seguía subiendo hasta alcanzar su entrepierna. Sonriendo, quiso tocarla con la suya y extendió su brazo.

Un toque y las yemas de sus dedos que buscaban a Ovidio Fabio sintieron… ¿pelos? ¡Pelos!

—¡¡Ayyy! ¡¡Nooo!! ¡Aaahhh! ¡Auxilio!

Se sentó de golpe y, en la huida, se enredó en los vestidos y cayó al suelo.

Sus gritos atrajeron a las esclavas, que llegaron de inmediato con lámparas de aceite y mostraron la escena: Junia, tendida en el piso, y dos roedores grandes y nerviosos moviéndose en el camastro.

—¡Por Saturno! ¡Qué me espera! —Escucharon decir las mujeres a su ama.

Los ratones sobre el jergón le vaticinaron una pésima señal.

* * *

Esa noche, cuando su marido llegó, lo atosigó con el episodio de las ratas y una exigencia:

—Escribe la carta al emperador para solicitarle que Claudio Sexto no sea designado en la mina.

Ovidio Fabio se quedó pensativo, tardó en responder. Trataba de dilucidar cómo era que su mujer sabía el nombre del centurión, el hombre al que quería.

—¿Me escuchas?

—Sí, lo haré.

—Pues, ¡hazlo ahora! —lo intimó Junia—. Si no, me iré ya mismo de esta pocilga llena de ratas. Y me llevaré al niño.

Terminó la frase y temió haber ido demasiado lejos. El tema de los roedores la había trastornado. Ni la gente de Suburra, el barrio más pobre de Roma, tenía que soportar condiciones semejantes. Lo recordó y la piel se le espeluznó.

—No sabes lo que fue sentir esa alimaña… —dijo, casi al borde de las lágrimas.

—Si quieres, manda llamar al escribiente —propuso Ovidio Fabio, harto de su esposa. Redactaría la carta en ese mismo instante.

* * *

A media noche, el emisario salió con la misiva para el emperador. El pedido urgente obligaría al hombre a cambiar de caballo varias veces hasta que la posta pasara al siguiente cartero. Pero los romanos estaban acostumbrados. Para satisfacer las ambiciones que los movían, sus sistemas de comunicación eran veloces, prácticos y, muchas veces, crueles.

EL OLIVO

El olivo es un árbol longevo de tronco grueso y hojas verde grisáceo; su fruto es la aceituna. Los españoles lo trajeron al Nuevo Mundo. Uno de los olivos más viejos del planeta se encuentra en la isla de Creta, en Grecia. Se calcula que tiene, como mínimo, 3000 años, porque en el 900 a. C. ya se hallaba plantado.

PROPIEDADES: se dice que sus hojas son útiles para la hipertensión, para equilibrar el azúcar, además de poseer propiedades antimicrobianas y antioxidantes.

Simboliza la paz y la prosperidad.

CAPÍTULO 24

EL OLIVO

Santiago de Compostela, año 2055

Eme se levantó de la cama y empezó a vestirse. Miércoles, el día esperado había llegado. Largo había sido el derrotero hasta Santiago de Compostela desde aquella noche que se había topado con Hache. Según su agenda, en breve asistiría al desayuno que se serviría en el salón Oval, donde conocería a los compañeros de tareas y, al fin, le explicarían su labor. Una serie de sentimientos encontrados se enseñoreaban de ella; por un lado, sentía cierto temor y nervios, pero, por otro, la embargaban la emoción, el orgullo y un entusiasmo inconmensurable. Participaría en una actividad que traería consecuencias importantes que torcerían el rumbo del mundo y lo guiarían hacia su verdadera razón de ser, hacia su esencia, a su real humanidad.

Miró su ropa; sólo disponía de los dos tristes conjuntos con los que había viajado, esos que intercambiaba cada día y cada noche lavaba. Tal vez, el día anterior tendría que haber comprado una prenda casual, pero elegante, acorde a ese desayuno. Se resignó, ya era tarde. Se presentaría con su uniforme de peregrina: pantalón bordó y remera blanca. Por las dudas, llevaría el buzo rosa. Le vendría bien tener a mano un abrigo por si el aire acondicionado del hotel no estaba a su gusto; además, afuera el tiempo había

cambiado, como si de repente el otoño hubiera llegado a su fin y el invierno hiciera sus primeras apariciones.

En el baño se tentó con el baúl de los cosméticos y hurgó hasta que dio con un color de labial que le gustó y resaltó suavemente la forma de su boca. Su cabello rojo había crecido mucho y necesitó domarlo con peine; no le bastaban las manos para desenredarlo.

En el ascensor, la pantalla no le ofrecía la opción deseada y se demoró buscándola entre el salón de eventos, el restaurante y la piscina. «¿Dónde carajo está el salón Oval?», se preguntó, nerviosa. No quería llegar tarde. Pulsó la opción del *lobby* para preguntarle a Jota.

Ansiosa, sin consideración por los huéspedes que aguardaban ser atendidos, se dirigió directamente a la recepcionista y le explicó el problema. Todos desaprobaron la conducta de Eme, pero la impecable y prolija Jota le sonrió con su eterna amabilidad y le dijo:

—Yo la llevaré, señorita Eme. Lo sé, no es fácil llegar al salón Oval.

Eme siguió a la muchacha que, con su huella, abrió una puerta y luego habilitó un ascensor pequeño que las condujo hacia ese salón exclusivo y reservado para ciertos huéspedes.

Ambas avanzaron por un ancho pasillo de mullidas alfombras con dibujos de arabescos hasta que Jota se detuvo ante una puerta y anunció:

—Es aquí. Como verás, es un salón privado. Yo estaré en esta puerta cuando salgas para que puedas regresar al *lobby* o a tu cuarto.

Eme asintió con la cabeza y, dándole un rápido «Gracias», avanzó.

Estaba ansiosa. No veía el momento de entrar a ese lugar y ver y oír todo lo que necesitaba. Apoyó la mano en el picaporte y entró.

En el salón Oval se escuchó:

—Bienvenida, Eme, soy Ana Morgan.

La que habló fue una mujer de unos cincuenta años vestida de traje ejecutivo de algodón blanco y zapatillas en los pies; terminó la frase y le extendió la mano.

Eme alargó la suya, se saludaron con un apretón y la mujer agregó:

—Soy quien les explicará la actividad. Él es George Stevenson, me estará ayudando.

Eme saludó de igual forma al hombretón de cabello cobrizo que Ana señaló.

Él, en un español trabado, le dijo:

—Un gusto conocerte, siéntate, por favor.

Eme se acercó a la mesa y, antes de ocupara su lugar, saludó a tres jóvenes de aproximadamente su edad. Ana los presentó como «tus compañeros».

Los muchachos eran de distintos países: España, Reino Unido y Bélgica. Él último, el más joven, era rubio, muy alto y delgado; los otros dos, de cabello castaño.

Aún se estaban saludando cuando la puerta se abrió y entró otra de las recepcionistas acompañando a una joven. Eme se concentró y le pareció reconocerla. ¿Acaso era la mexicana? Sí, era la chica que había conocido en el camino y que compartía su pasión por la tecnología, como ella, la que… ¡era Bee!

Otra vez hubo saludos, pero ni Eme ni la chica dieron muestras de que se conocían. Mejor no decir nada; ambas pensaron lo mismo.

Sobre la mesa había un austero servicio de desayuno con la vajilla necesaria para servir bebidas calientes y algunos bocadillos dulces y salados. Pero esa mañana a nadie parecía interesarle la comida y, como Eme, sólo unos pocos tomaron café. Había mucho por escuchar, interiorizarse y observar. Por momentos, se mezclaban los idiomas, usaban inglés y español, pero prevalecía el último.

Eme, que miraba su entorno, descubrió que los muchachos permanecían callados, casi en *shock*; que Ana, de cabello cortísimo

color miel, era de hablar rápido, igual que sus movimientos. Ella fue quien abrió formalmente la reunión y dijo:

—Se estarán preguntando dónde están los demás. Supongo que todos ustedes sabían que esta tarea estaba programada para que la realicen ocho personas y sólo son cinco.

El grupo asintió con la cabeza y la mujer prosiguió:

—Pues no nos acompañarán porque han tenido problemas durante el camino. La GM puso en duda las autorizaciones y fueron retenidos por averiguación de antecedentes bajo la presunción de que podían ser sediciosos.

—¿Ellos están bien? —se atrevió a preguntar la mexicana. Ella jamás iba a quedarse callada.

—Sí, perfectamente. Ya se encuentran en sus respectivos hogares porque los soltaron. No pudieron comprobarles nada, pero comprenderán que sería un riesgo incluirlos en esta delicada fase de la acción. Su presencia llamaría la atención de las autoridades. Así que sólo quedan ustedes. ¿Algo más que deseen saber? Quiero que pregunten abiertamente y me interrumpan cuando lo crean necesario.

El muchacho belga, interesado por hablar sobre su verdadera preocupación, dijo:

—Perdón, pero no he podido configurar la máquina que me enviaron en la caja azul. Lo intenté, pero no pude… Los nervios, quizá, no sé. No sabía a quién consultar este tema. La tengo en el bolsillo.

Eme lanzó un suspiro de alivio y orgullo.

George fue quien respondió:

—No te preocupes. Te ayudaré al final de la reunión.

Luego, y durante unos minutos, Ana pronunció una serie de párrafos muy profundos y emotivos sobre ideales, el impacto de la tecnología en la vida diaria, el bienestar común, la necesidad de luchar unidos por un futuro natural y humano.

Eme la escuchaba y se sentía tranquila. Esa mujer exponía con claridad la percepción del mundo que ambas compartían.

Ana dijo con gran pasión unas últimas frases que lo resumieron todo.

—Primero, nos implantaron el chip y, cuando ya se aseguraron de que no distinguíamos entre nuestros pensamientos y los de Perla, a través de ella nos metieron sus ideas para que creamos que eran las nuestras. Luego, nos quitaron la comida saludable, nos vendieron la que ellos fabrican y nos enfermamos. En ese estado, nos llenaron de los remedios que también ellos elaboran y venden. Sin embargo, aún nos quedaba la posibilidad de cultivar nuestras propias verduras, pero ahora, con la ley de las semillas, esta libertad también se perderá. Esto, sin contar las legislaciones que promueven la digitalización de todas nuestras operaciones comerciales y prohíben el uso del dinero físico, y tantas otras. ¿Qué más tenemos que esperar para actuar?

—Se anticipa que sancionarán nuevas leyes con más prohibiciones. ¿Saben de qué tratarán? —inquirió la mexicana.

Era la oportunidad para preguntar, Ana contaría con información sensible que ellos desconocían.

—Sabemos de buenas fuentes que analizan medidas con impactos terribles para la humanidad —dijo George. Luego presentó detalles acerca de la inminente obligatoriedad del chip. Nadie podría negarse a implantarse el dispositivo.

Finalmente, Ana retomó su exposición.

—A continuación, les contaré sobre el boicot a la fiesta de gala de La Firma.

—¿Fiesta? ¿Por eso nos enviaron esa ropa? —preguntó la mexicana que, entre lo conversadora que era y lo ansiosa que se hallaba, no podía quedarse callada.

—Así es. El trabajo de sabotaje será durante la fiesta que La Firma realizará en este hotel. La velada reunirá a las veinte personas

más poderosas del planeta. Cuando supimos que la nueva edición se celebraría en Santiago de Compostela, nos pareció perfecto. Todos los convocados llegaron a España camuflados como peregrinos sin levantar demasiadas sospechas.

—¿Cómo pasaremos desapercibidos? —preguntó el belga.

—Ustedes ingresarán como parte del equipo que yo dirijo, que se encargará de brindar apoyo tecnológico al evento. Durante la velada no sólo estarán presentes los veinte de La Firma, sino también los miembros de la seguridad personal de los magnates, que irán de incógnito, más algunos invitados —dijo George.

—¿Y las cámaras de seguridad no serán un problema? Todo lo que hagamos quedará registrado —preguntó el español.

—Las haremos fallar. Es parte del trabajo que ustedes realizarán —respondió George.

Ana prosiguió:

—Por lo que sabemos, es la primera vez que todos los integrantes de La Firma estarán presentes. No faltará nadie a la cita. Durante el discurso, el presidente del directorio expondrá los logros. Contará con la ayuda de un holograma que le facilitará los datos difíciles de memorizar y una pantalla táctil. Hablarán sin tapujos ni disimulos ni engaños, pues sólo estarán ellos y se sentirán en un ambiente de confianza y camaradería. A modo de balance, se mencionarán los resultados logrados.

—Todavía no alcanzo a entender cuál es nuestro rol —deslizó Eme, que al fin hablaba por primera vez. Había tratado de ser discreta y había priorizado la escucha atenta, pero ya no aguantaba más.

—Simple. Transmitiremos en vivo la asamblea y el mundo entero oirá los resultados pasados y los planes futuros de La Firma. Entonces ya no podrán justificarse —le respondió Ana llena de satisfacción—. Además, exhibiremos sus rostros que con tanto esfuerzo se han ocupado de ocultarle a la población.

Cada uno de estos magnates, miembros de La Firma, prefería mantenerse a resguardo, a la sombra, ser un hombre anónimo alejado de la exposición pública. El planeta estaba demasiado dividido para mostrarse y despertar el odio en el bando contrario.

El silencio recorrió la sala durante unos segundos. Resultaba electrizante proyectar y anticipar los sucesos. La mexicana cortó el encantamiento.

—Pero si ellos están conectados, enseguida se escucharán a sí mismos y se darán cuenta de lo que está pasando y suspenderán la reunión. Dos, tres minutos de transmisión, como máximo; no creo que logremos concientizar al mundo en tan poco tiempo.

—Nada de eso. Allí comenzará la labor de los especialistas reunidos aquí esta mañana. Para eso fueron convocados. Deberán encargarse de colgar una red paralela, que no será la verdadera, obviamente, aunque los presentes y sus colaboradores crean que sí. Nadie sospechará la intrusión porque durante quince minutos recibirán la transmisión interna.

—¿Funcionarán dos redes, la verdadera y la falsa?

—Sí, será un verdadero hackeo. Porque en la real colgaremos el discurso del expositor de La Firma y, en la otra, *fake news*, es decir, noticias inexistentes. Para eso, algunos de ustedes filmarán y también transmitirán, mientras otros se encargarán de mantener funcionando las dos redes. Los que filmen deberán apoyar con sus máquinas para que alcance la potencia.

Ana empezó a explicar los detalles de cómo lo llevarían a cabo, la falsa señal de satélite que recibiría el hotel, las cámaras encargadas de transmitir en línea la filmación, el ingreso de los cinco al evento como asistentes de tecnología y etcétera, etcétera. Cada paso había sido perfectamente planeado. Les explicó que el hermetismo fue necesario para preservar la seguridad de los involucrados y de la operación, que por esa razón ahora les ofrecía los pormenores de la acción. Por supuesto, recalcó que confiaban ciegamente en la

expertise tecnológica de cada uno y dio por descontado que estarían a la altura de la labor encomendada. Los diez elegidos habían sido investigados de manera exhaustiva, al igual que se había estudiado su fidelidad.

—Cada uno de ustedes tiene en su país dos personas que han salido de garantes por vuestra lealtad. Ellos han dado fe de que podemos confiar en ustedes.

Los cinco oían con atención. Había mucho más dinero, poder e individuos involucrados en la planificación de la operación de lo que habían creído. La red era inmensa. Eme llegaba a la conclusión de que Hache y Equis debían ser sus garantes. No había otros. Lo pensó, y sintió un peso en su espalda. Ella era demasiado nueva en El Movimiento y no la conocía nadie; tenían que ser ellos.

El silencio se cortó con la pregunta del más joven.

—Perdón, pero… ¿no creen que somos pocos para realizar con éxito esta tarea? Con cinco no basta.

—Lo ideal hubieran sido ocho expertos informáticos, como estaba previsto, pero lo haremos con los que tenemos. Nos ha llevado más de seis meses planificar este acto. Así que lo intentaremos.

Eme tradujo «lo intentaremos» como «peligro» y le lanzó una pregunta:

—¿Qué pasa si nos descubren?

—Todos tendremos serios problemas —respondió George.

—Pero ¿a qué nos exponemos? —insistió Eme.

—Eso mismo quiero saber yo, porque ni siquiera estamos en nuestros países —dijo la mexicana.

—Para el caso da lo mismo dónde estén. Las leyes antisediciosas rigen en todo el planeta; por lo tanto, no aplica la jurisdicción local. Ya saben que estamos a las puertas de un gobierno mundial dirigido por La Firma y estas reglas son el germen del nuevo orden.

—¿Pueden meternos presos? —preguntó el joven belga con una candidez que asustaba.

—Seré completamente sincera. Todavía no están aprobadas las penas más duras. Por lo tanto, si los detienen, los tribunales mundiales pueden condenarlos con penas que oscilan entre un par de meses y los cuatro años de prisión.

—¡Dios mío! ¡Cuatro años! —exclamó la mexicana.

—Siempre se puede apelar —Ana intentó calmar los ánimos—. Pero, por favor, tranquilos, porque les aseguro que no los descubrirán, cada detalle se ha planificado para que eso no suceda. Los resguardaremos en todo momento. Y si fallamos, no los dejaremos solos, les brindaremos asistencia legal. Además, sus escapes están organizados.

—¿Qué pasará al día siguiente, cuando todos comenten los sucesos y se investigue a cada persona que estuvo en la fiesta? Todavía seguiremos alojados en el hotel y para los investigadores seríamos tan sospechosos como cualquier huésped.

Ana tomó la palabra.

—Primero: cada uno de ustedes fue registrado con un número diferente al de su verdadera identificación. Y respecto a sus nombres, como bien saben, ya no valen como dato de identidad para la gente de su edad, por lo que ni siquiera están presentes.

Luego, para dejarlos más tranquilos al respecto, les explicó que, como no tenían implantado el chip, en el hotel no quedaba prueba alguna de que hubieran pasado unos días como huéspedes. Por esa misma razón, los recepcionistas se habían ocupado de entregarles una llave digital a la vieja usanza. Aprovechó, además, para avisarles que estaría presente en la fiesta y que, ante un imprevisto, daría las órdenes adicionales.

—¿En dónde será la fiesta?

—Será en el salón Cero, un lugar exclusivo, de acceso restringido, inexistente para la mayoría. Forma parte de los servicios que ofrece el hotel, pero está destinado a un núcleo selecto porque funciona como zona liberada. Si alguien pregunta, en La Luna de

Santiago negarán su existencia. Pero les asombraría saber cuán buscado es y cuántas fiestas extrañas y oscuras se celebran en el subsuelo.

—¿Cómo logran mantenerlo escondido? —preguntó Bee.

—Aunque está en el subsuelo, no se trata de tenerlo escondido; simplemente, no se lo promociona —aclaró Ana—. Sólo se conoce en ciertos círculos; especialmente entre los poderosos magnates del planeta.

—He oído que los de Hollywood hacen fiestas satánicas en salones así —acotó el británico.

—Por favor, centrémonos en lo que hoy nos toca —pidió Ana, que notó que los cinco jóvenes pronto se volcarían a comentar cuestiones triviales y perderían de vista el asunto que los convocaba: el gran sabotaje contra La Firma.

—¿Cómo entraremos al salón Cero? —preguntó el español.

—Las recepcionistas personales se encargarán de conducirlos al salón —explicó Ana e hizo un espacio de silencio. Luego añadió—: ¿Queda alguna duda?

El silencio continuó. Cada uno de los jóvenes se hallaba asimilando los datos que acababan de escuchar.

Ana volvió al ataque con la información:

—Ahora debo anticiparles un detalle que, por seguridad, sólo sabremos ustedes cinco, George y yo. No se marcharán mañana, sino esta misma noche, inmediatamente después del evento.

La charla era una sorpresa tras otra. A Eme, de inmediato, se le vino a la mente ¡Orión! ¿Cuándo lo vería, entonces? Se quedaría esperándola, en vano. En un segundo pensó que, tal vez, podría avisarle, pero en el instante siguiente comprendió la falla de la idea: no podía contarle a él ni a nadie ninguno de sus movimientos. Empezaba a preocuparse, había quedado atrapada por sus propias decisiones.

—Ahora, quiero que presten atención —dijo Ana e hizo una pausa teatral—. Voy a hacerles una pregunta decisiva y quiero que analicen bien la respuesta porque la necesito ya mismo: ¿alguno de ustedes desea retirarse y desistir de la misión? Deben decírmelo ahora.

—Si deciden bajarse, no habrá represalias —aseguró George mirando uno a uno el rostro de los cinco.

—Nos traería una complicación —agregó Ana—, pero no podemos negarles esa posibilidad. Además, sería peor que alguien se levante de aquí, tome su mochila y se marche. Insisto… ¿alguno desea retirarse ya mismo y no participar del sabotaje?

Todos seguían callados, sumidos en sus propios pensamientos.

La cabeza de Eme sólo pensaba en Orión. No, claro que no iba a echarse atrás, pero quería avisarle que ella se marcharía esa misma noche. Por un momento, hasta pensó en pedirle ayuda a la propia Ana, parecía accesible, sensible, humana. No obstante, consideró que se saldría del libreto; esa mujer no estaba sola, tenía un George muy serio a su lado y a todo un grupo que trabajaba a la par; jamás pondrían en peligro una operación tan importante porque necesitaba mandar un mensaje. Eme se resignó, su problema no tenía solución. Decidió dejar en manos del universo la comunicación con Orión. No podía pensar en tantas cosas.

La voz de Ana la sacó de sus cavilaciones:

—Bueno, veo que todos siguen firmes, me alegro. Ahora, quiero agradecerles en nombre de la inmensa cantidad de personas que están contribuyendo en la difícil tarea de restaurar nuestro planeta.

George completó:

—Y lo más importante: que el ser humano deje de ser comandado por la tecnología.

Hablaron un rato, pero de manera informal; luego, el ambiente se distendió por completo cuando ingresó un camarero con unos

sabrosos sándwiches para el almuerzo. El tiempo había pasado y era el mediodía.

Media hora más tarde, después de conversar bastante con la mexicana, que estaba instalada en el primer piso y reconocía sentirse muy nerviosa, Eme se despidió y buscó la puerta para que Jota la condujera a su cuarto. Pero antes de salir, Eme notó que Ana la llamaba.

—Espera un minuto, Eme, quiero decirte algo.

—¿Sí…? —titubeó. Tenía la sensación de que conocía a esa mujer desde hacía tiempo. Se asombraba de la rápida intimidad que se alcanzaba cuando se compartían las mismas ideas.

—Necesito pedirte un favor —dijo Ana, acercándose a Eme.

—¿Qué será? —preguntó intrigada.

—Se trata de algo personal, espero que no te moleste.

A estas alturas, ¿qué podía molestarle, si por poco estaba dando la vida? ¿Qué más quería pedirle?

—¿Qué sucede?

—Se trata de tu pelo. Deberías cambiar el color.

—¿Cambiarlo? ¿Por qué? ¿Cuándo?

—Ahora, antes de la fiesta. Es muy llamativo. No sería bueno oír en las investigaciones «Yo recuerdo que había una pelirroja…».

—Ay, no pensé que… —La petición la sorprendió.

—¿Entiendes que es por tu seguridad?

—Sí... pero ¿cómo haré?

—Tu recepcionista te llevará una caja de Tintura Fácil del color castaño más común que exista. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —aceptó. ¿Qué otra cosa podría decir?

—¿Puedes colocártelo sola?

—Sí, claro.

—Lo lamento —dijo Ana, realmente consternada.

—Oh, no es problema, si eso ayuda.

—Claro que sí, gracias.

Eme meditaba que cambiarse el color de pelo no era nada comparado con todo lo que iba a dar: su seguridad y sus conocimientos; además, hasta pondría en juego la relación con el propio Orión. Pensó en él y… ¿y si lo intentaba?

—Sabes, Ana, hay una persona que…

Desde el fondo se escuchó decir a George:

—Me parece que la máquina de Lyam realmente tiene problemas…

El rostro de Ana se contrajo.

—¿Me esperas un minuto, Eme?

—Oh, sí, es sólo una tontera —minimizó, pero acabó por arrepentirse.

—Espérame, si quieres…

La mujer se marchó, pero Eme también lo hizo. Salió al pasillo.

Minutos después, la máquina funcionaba. Las manos diestras de George y la ayuda de Ana habían logrado programarla.

A solas, una vez que Lyam se retiró, Ana y George intercambiaron algunas impresiones.

—¿Hablaste con la chica acerca de su pelo?

—Sí, y me fue bien.

—Me alegro. Los detalles hacen la diferencia y traen el éxito.

Ana meditaba que había sido una suerte que la muchacha aceptara la sugerencia porque no sólo se trataba del cabello, era una francesa muy llamativa. La conjunción de ese cuerpo lleno de curvas con ese cabello y vestida de fiesta sin dudas llamaría la atención de cualquiera. Y no querían nada de eso.

A Eme jamás se le hubiera ocurrido que su figura podía ser llamativa; en su mente todavía tenía su vieja imagen, previa a iniciar la travesía. Esa mujer gris ya no existía; tampoco la muchacha dependiente de Perla, del chip y de las redes. El mes de cambios la había transformado, tal como si el contacto diario, largo y constante con la naturaleza la hubiera hecho florecer.

Ya en su cuarto, Eme asimilaba el cúmulo de información que había recibido esa mañana. En pocas horas estaría grabando lo que ocurriría en el evento de esa horrible gente. Para cerciorarse, apreció detenidamente la piedra del collar y comprobó el funcionamiento de la cámara. Mientras se familiarizaba con el nanodispositivo, golpearon la puerta. Jota le entregó la tintura y, al mismo tiempo, le brindó detalles sobre cómo accedería al salón Cero.

* * *

En la oficina central de la GM, en Compostela, Orión escuchaba atentamente la explicación que daba su superior sobre la existencia del salón Cero en La Luna de Santiago. Era la primera vez que él oía del sitio oculto en las entrañas de la ciudad donde se darían cita los principales personajes de La Firma. Aunque el encuentro se mantenía en el más estricto secreto, la policía y la GM temían por un posible ataque. No descartaban ninguna posibilidad.

—La ofensiva puede ser física o cibernética —describió el jefe—. Por el *modus operandi* de El Movimiento, señores, damos por descontado que tendrá características de escrache.

Orión y varios de sus compañeros habían sido designados para estar presentes durante la velada. Para él, era una excelente manera de conocer de primera mano el discurso del director de La Firma. Su pertenencia al cuerpo de la GM se sostenía en su absoluta creencia en los principios que perseguía el nuevo orden mundial. Si el sistema que se pregonaba se hubiera instaurado antes, su familia no hubiera perdido la casa y su padre no hubiera muerto, porque, en verdad, una desgracia había traído a la otra. Recordó esas tristezas en las que solía meditar y se dio cuenta de que desde que había conocido a Eme no había vuelto a meterse en esas profundidades oscuras, ya sea porque su vida se había tornado más emocionante o porque la

francesa cubría sus dolores. Hacía tiempo que no se enredaba en las telarañas del dolor. Imaginó el rostro de Eme y la extrañó. Tenía ganas de verla. Por suerte, ya faltaba poco para que se reencontraran. Al día siguiente, por la mañana, ella lo buscaría temprano, en el edificio de los vidrios negros. Y él, quizá, hasta podría sorprenderla con el viaje a Las Médulas.

De acuerdo al panorama expuesto por el jefe del operativo de seguridad, Eme no cuajaba en la actividad de El Movimiento y descartó su participación en el ataque que, por sus características, parecía propio de una banda extremadamente bien organizada y no de un grupete de novatos. La Firma actuaba a lo grande, y sólo podrían desestabilizarla verdaderos especialistas y no gente simple como Eme, que andaba abrazando árboles por el camino. La imaginó y se enterneció. Tanto se conmovió con esa idea que se dijo que, por amor y con tal de darle el gusto, un día sería capaz de abrazar un árbol.

«¿Por qué no probar?», se preguntó.

A Orión jamás podría pasarle por la mente en qué crueles y terribles circunstancias lo terminaría probando alguna vez.

* * *

Eme abrió la puerta de su habitación de La Luna de Santiago y recibió toallas limpias. Si bien no ingresaban mucamas, el personal se encargaba de que no le faltara nada. Sólo la cama quedaba sin tender, cosa que no le molestaba; sobre todo, después de haber dormido en decenas de lugares diferentes —algunos, muy rústicos— durante las últimas semanas.

Colocó las toallas junto al *jacuzzi* y luego se dedicó a preparar el atuendo para la noche. Sobre el sillón alistó el vestido negro, el sofisticado calzado Manolo Blahnik, el collar, la pequeña máquina y

hasta el perfume elegido. Apreció el contraste entre ese vestuario y la mochila con sus cosillas del camino. Pero así era ahora su vida: una extraña y fuerte mezcla donde Orión constituía una parte importante. Pensó en él y lo añoró. «¡Dios! ¡Tengo que encontrar el modo de avisarle que me marcho esta noche!», se planteó.

Estresada y deshecha por no hallar solución a sus problemas, se tendió en el sillón verde y quedó rodeada por los olivos. Fijó la vista en el árbol más voluminoso y su respiración se fue calmando, nuevas esperanzas la alentaban. Tras la quietud del momento, asumió que todo saldría bien.

Pero, pasados unos minutos, la caja que le había llevado Jota le recordó que debía ¡teñirse el pelo! La tarea le demandaría un buen rato y la hora de presentarse en el salón Cero se aproximaba. Se movió ansiosa; el estrés había regresado y la lucidez no era la misma que había alcanzado unos momentos atrás, durante el descanso. Comenzó a leer las instrucciones sin saber que el tiempo que se había tendido entre los olivos la había ayudado a relajar su mente y a acomodar su desordenado ADN, propio de quien estaba pasando nervios.

Si hubiera podido observar el dibujo de su sangre bajo un microscopio, hubiera descubierto —como ocurrió cuando estuvo entre los olivos— que su código genético se había vuelto simétrico, ordenado y armonioso y que, ahora, sumergida en el estresante mundo de los humanos, otra vez estaba desordenado, asimétrico y disonante. Así lo tendría gran parte de la noche y por distintas razones.

Eme se colocó el tinte en el pelo y se produjo con esmero para el evento. A varias calles del hotel, Orión también comenzaba a vestirse. Debía llegar al salón Cero antes que los invitados.

CAPÍTULO 25

EL HOMBRE BUENO

La Hispania, año 31 a. C.

Camino y sigo avanzando, ya nada me duele, nada me detiene, sólo siento emoción; el saber que estoy muy cerca de abrazar de nuevo a mi hijo me da la fuerza, porque, una vez que lo encuentre, no habrá nada que me impida llevármelo. Lo sacaré de esos brazos extraños y, por las buenas o por las malas, me lo llevaré. Cueste lo que cueste, estoy decidida. Me aproximo a la aldea del bosque negro. Hay barro en el suelo por los movimientos de personas que van y vienen; sospecho que el asentamiento debe ser enorme. La humedad de la zona me moja el rostro y los vestidos. Es como si lloviera sin lluvia.

* * *

Cazue pasó del pequeño sendero a la calle ancha que lucía barrosa y se secó la humedad del rostro. Desde allí pudo ver el extremo de la aldea que llevaba el nombre que no le gustaba; había llegado al bosque negro. Le llamó la atención el tamaño del poblado y las muchas casuchas diseminadas y aldeanos que iban y venían, al parecer, sumamente ocupados. Nunca había estado en un

asentamiento tan grande; y si bien se trataba de una aldea, por el tamaño y lo cosmopolita, le recordaba al campamento. Desde que había salido de su casa y a medida que más se alejaba, a su paso aparecían nuevas aldeas con diferentes costumbres y características. Junto a la del bosque negro se levantaban las tiendas de otro campamento romano, lo que para Cazue producía un efecto extraño por la diversidad de actividades desconocidas.

A medida que caminaba por la calle ancha, una vivienda llamó su atención porque parecía abierta a todos los que pasaban por su puerta. Ella se acercó con la esperanza de que allí le dieran comida a cambio de las pepitas de oro que le quedaban. Al asomar su cabeza, desde la abertura vio algo absolutamente novedoso: en el interior, sentados o de pie, unos soldados romanos se llevaban a la boca unos alimentos apetecibles que pagaban con… ¡monedas! Durante el lapso en que sus ojos tardaron en ajustarse a la nueva realidad, Cazue también descubrió que había ciertos productos apoyados sobre una tabla de madera que las personas que habían entrado al sitio se llevaban a cambio de… ¡monedas! Allí todo se podía adquirir con metálico romano, no había trueque de mercaderías ni trapicheo. Y esto estaba permitido tanto para los romanos como para los lugareños. Experimentó una sensación extraña al pisar ese sitio: no parecía su tierra, tampoco un dominio romano. Sintió como si allí se hubieran mezclado los dos mundos sin ser ya ninguno.

Desde la puerta, al reparar en el nutrido grupo de hombres desconocidos, se amedrentó, le dio miedo entrar. Pero al descubrir que desde el fondo dos aldeanas hacían aparecer las comidas, se animó e ingresó.

Una de las primeras fondas de la Hispania había nacido como consecuencia del cansancio que los romanos experimentaban por los guisos y potingues que servían en el campamento. Entonces, deseosos de saciar su voraz apetito, bajaban al pueblo para probar

la comida hecha por los habitantes de esa tierra. Y, a cambio, les pagaban con… ¡monedas!

Cazue no contaba con el metálico romano, pero sí con sus pepitas de oro. Sus ojos identificaron al hombre indicado con quien podría trocarlas por comida, se acercó y, sacándolas de entre sus ropas, consiguió que el reluciente metal lograra el efecto esperado: de inmediato recibió algunas provisiones como carne encurtida, frutos secos y una vasija colmada de un potaje a base de carne y verduras listo para comer. Hacía semanas que no probaba una comida sustanciosa y caliente como esa. Y aislada durante el trayecto, llevaba el mismo tiempo sin cruzarse con la avaricia de los hombres. Ese mediodía se había manifestado vilmente ante ella, pero no la había visto, porque sus ojos iban de fiesta puestos en el plato.

Dos aldeanos —uno joven de pelo largo y otro más viejo y andrajoso— que comían cerca de Cazue llegaron a la conclusión de que, si la forastera había entregado unas pepitas de oro por los alimentos, seguramente escondería más entre sus ropas para conseguir comida. «La seguiremos y nos quedaremos con el oro» acordaron con dos miradas y una seña. Acostumbrados a robar en los caminos, no necesitaban más que eso para marcar la presa.

Pero Cazue, muerta de hambre, se tragó su guiso en un abrir y cerrar de ojos y se fue volando de la fonda. Los hombres, que aún tenían la mitad de su plato lleno de potaje, maldijeron cuando la vieron partir porque no estaban dispuestos a abandonar la comida por perseguirla.

Por última vez, antes de adentrarse en el bosque negro, Cazue miró el poblado donde había conocido algo realmente nuevo y diferente. Ella no lo sabía, pero allí anidaba el germen de la civilización tal como se la conocería en los años venideros, una mezcla de personas y costumbres, y con locales de venta de comidas.

A punto de internarse en el sendero que la llevaría al bosque, se cruzó con un anciano que intentaba atravesar el barro de la calle ancha. Las constantes lluvias de la zona —esa que en el futuro llamarían Galicia— impregnaban el entorno con una humedad irremediable. Los árboles goteaban, la tierra vivía barrosa, el moho verde cubría cada espacio que no se ocupaba, incluidos los troncos de los árboles.

El anciano cruzó la calzada con éxito, pero las provisiones que llevaba en brazos se le cayeron durante el movimiento. Frutas y algunos comestibles más quedaron en el suelo. Pese a la prisa que la empujaba a continuar su camino, Cazue no pudo evitar acercarse para ayudarlo. Recogió los alimentos y se los entregó en la mano.

—Mi corazón te agradece —dijo e inclinó su cabeza blanca ante la joven que se había acercado.

Cazue le devolvió una sonrisa.

—¿Eres de aquí? —preguntó el viejo.

—Soy de la aldea de la montaña verde —explicó Cazue.

—No la conozco.

—Es lejos —agregó ella.

—¿Y a dónde te diriges?

—Voy en busca de mi hijo.

El anciano la miró como si no entendiera.

—Me lo han robado —le aclaró.

Hubo unos instantes de silencio hasta que sentenció:

—Hombres malvados…

Habló con seguridad como si pudiera imaginar toda la situación.

De inmediato y sin pensarlo, el anciano puso en los brazos de Cazue la mitad de sus provisiones.

—Son para ti. Has sido amable conmigo —le dijo.

—¡Oh, no es necesario! —respondió Cazue, intentando devolvérselas.

—Sí, lo es, y te serán útiles —dijo el aldeano y, poniendo la palma de su mano entre ambos, frenó a Cazue para que no se las restituyera. Luego agregó —: Además, hay una razón importante por la cual deseo dártelas... ¿Quieres saberla?

—Sí —dijo, y asintió con la cabeza.

—Porque eres joven, y ya te has topado con los malvados, los hombres malos. Te las regalo para que entiendas que, por cada hombre malo, habrá diez buenos que te ayudarán.

Cazue lo escuchaba sin saber qué responder. Él prosiguió:

—Ahora, toma los alimentos y vete tranquila, te darán fuerza durante el camino… Y recuerda lo que aquí te dije.

Los recibió agradecida y con la convicción de que no tendría que cambiar el brazalete del sol por alimentos. Pepitas ya no le quedaban, pero no quería desprenderse de esa pieza.

Se despidió amablemente. El hombre bueno le recordaba a su padre. Caleyano y el anciano pertenecían a la misma clase de personas. Como tan bien acababa de explicarle, ellos formaban parte de esas diez almas compasivas.

* * *

Por la tarde, en el campamento de Las Médulas, dentro del gran almacén, Publio concluyó los inventarios de las mercaderías que usarían en el próximo mes.

Finalizada la tarea, le dio instrucciones al *adiutor*, quien lo reemplazaría en el cargo durante su breve ausencia. El viaje que emprendería hacia el noroeste junto con el grupo de soldados contaba con la debida autorización de Roma y Publio se marcharía oficialmente con la misión de organizar el funcionamiento de la proveeduría de la nueva mina.

Con la primera claridad de la mañana partiría el grupo de quince hombres encabezado, claro, por el centurión.

Publio terminó la charla con el funcionario y se retiró a su tienda; necesitaba prepararse para el viaje. Recordó a Junia y la extrañó, pero ese sentimiento duró sólo un instante, porque lo ahuyentó con la rabia y el rencor que le provocaba revivir su perfidia.

Publio viajaría a la mina de plata para cumplir su cometido laboral, pero, y por sobre todo, para concluir aquello que le imponía su honorabilidad de hombre engañado y despechado.

Luego, a su regreso, por un largo tiempo se dedicaría únicamente a las comidas, porque había llegado a la conclusión de que las mujeres le traían demasiados problemas y muchos dolores. Si hasta un hijo de su simiente daba vueltas por el mundo por culpa de las mujeres. Se acordó de Cazue y pensó que, seguramente, ella andaría vagando por los bosques. O, peor aún, que habría sido devorada por una bestia salvaje. Dudaba acerca de que lograra alcanzar la mina de plata. Había intentado transmitirle las instrucciones y todas las señas que le había dado el centurión, pero para una mujer sola, de a pie, sería imposible completar el viaje.

EL FRESNO

El fresno es un árbol que alcanza los quince o veinte metros de altura, su tronco es recto y de estructura piramidal. Es originario de Europa y no resiste la sequía.

PROPIEDADES: se dice que sus hojas son diuréticas, antiinflamatorias, analgésicas, cicatrizantes, antirreumáticas y venotónicas. Contiene flavonoides, polifenoles, manitol y taninos.

Simboliza la justicia. En la antigua Grecia se consideraba emblema de la justicia divina.

CAPÍTULO 26

EL FRESNO

Santiago de Compostela, año 2055

En el hotel La Luna de Santiago faltaban pocos minutos para que a Eme la pasaran a buscar por el cuarto. Frente al espejo, le costó reconocerse. No parecía ella por varios motivos, aunque el principal radicaba en su cabeza: el color castaño de su pelo le aportaba un aspecto renovado, muy distinto. Le agradó el efecto del tinte, pero el cambio le resultó tan impactante que, sintiéndose rara, decidió recogérselo en una coleta con dos pequeños mechones a cada lado del rostro. Durante el último mes había crecido lo suficiente como para ese peinado.

Frente al espejo, vio su elegancia y se admiró. El vestido negro con brillos y sin breteles le sentaba de maravillas y los zapatos altos la estilizaban.

Después de tanto tiempo sin arreglarse, se había tentado con la batería de productos cosméticos del baúl y se había dedicado con esmero a maquillarse. Llevaba los labios rojos y los ojos pintados de forma exótica, con una larga línea negra sobre el párpado superior. Remató el *look* con el collar. Pero una vez en su pecho, le pareció un exceso y, con dos vueltas a la cadena, lo transformó en una gargantilla más discreta y elegante. Así, además, filmaría con mayor comodidad.

Rogó que la cámara funcionara y que esa noche saliera todo bien. Hacía varias semanas que se venía preparando para este día y, hoy más que nunca, se sentía lista para enfrentar el momento crucial; realmente creía en la acción que estaba por ejecutar. Tomó el pequeño aparato y lo metió en su carterita plateada.

Nerviosa, se colocó el mechón detrás de la oreja cuando escuchó que llamaban a la puerta. Abrió, era Jota. Eme le pidió que le diera un instante y, de nuevo en el interior, cerró los ojos y les rogó a sus padres, al Creador y al universo mismo que la protegieran. Luego encendió la cámara incrustada en la piedra del collar y el aparato que había guardado. De ese modo, tal como le había explicado Ana, sus dispositivos se conectaban entre sí y funcionaban en red junto con los de sus compañeros. La cuenta regresiva se había puesto en marcha.

Caminaba junto a Jota con el corazón latiéndole con fuerza como pocas veces en su vida. La chica colocaba su huella y, a su paso, las puertas se abrían de inmediato. En uno de los pasillos, al flanquear la tercera, se encontraron con otra de las recepcionistas, que llevaba a Bee a la carrera.

—Pensamos que era tarde porque me demoré en alistarme —dijo Bee.

Al oír el acento mexicano, Eme se tranquilizó. Al fin y al cabo, la chica era su compañera de misión; a su lado, se sentiría menos sola a la hora de enfrentar lo que les deparara esa noche.

—Quédate tranquila, llegaremos a tiempo. Pero ya veo por qué te has demorado… —respondió Eme al notar el asombroso cambio de Bee.

—¡Chica, si yo te veo en otro lado, pues, no te reconozco! ¡Qué vestido! ¡Y ese pelo nuevo!

—Yo tampoco te reconocería, y eso que tú no has tenido que cambiarte de color de cabello.

—¿Te obligaron? —preguntó Bee.

—¡Claro que no!

La mexicana se encogió de hombros y siguieron avanzando junto a sus acompañantes.

Cuando bajaron los pisos que finalmente necesitaban para llegar al último nivel del subsuelo, abandonaron el ascensor y se ubicaron ante una puerta imponente y hermética, que se abrió por obra y arte de las huellas de sus acompañantes y dejó al descubierto un mundo nuevo para ellas.

Si bien Ana les había advertido acerca del alto nivel de la fiesta, ninguna de las dos jamás lo hubiera imaginado así ni en sueños. Eme y Bee despidieron a las recepcionistas y, luego de dar un rápido vistazo, se miraron atónitas. Bee no pudo contenerse y exclamó:

—¡Mierda! ¡Esto sí que es nivel!

—Bee, ten cuidado con lo que dices —le advirtió Eme en un susurro; alrededor había gente que podía oírlas y conjeturar que eran dos extrañas.

—Tienes razón, tienes razón. Ya está, fue un exabrupto. Debo actuar como millonaria, debo actuar como millonaria… —dijo. Y mientras repetía la frase en voz baja, adoptó una posición glamorosa: cabeza erguida, hombros hacia atrás y mirada altiva.

Eme explotó:

—¿Por qué quieres aparentar ser millonaria? Se supone que ante los demás nosotras dos sólo vinimos a brindar apoyo tecnológico a la organización de la fiesta.

—Pues, si estos veinte poderosos me contrataron, ten por seguro que al menos vivo en una buena casa en Las Lomas, en Ciudad de México. ¿Sabes? Es un lugar que siempre ha sido para los ricos y yo tendría una propiedad con…

—Bee, ya deja de hablar tanto —la interrumpió Eme.

¿A quién podía importarle ahora imaginarse una casa en el barrio lindo de la capital azteca?

—¿Por qué quieres que me calle?

—Necesitamos concentrarnos en nuestra tarea.

—Tienes razón. Adiós —dijo, y se marchó apurada, taconeando ruidosamente con sus zapatos altos.

Eme percibió que Bee estaba tan nerviosa como ella y, fiel a su estilo, no podía parar de conversar, ni de moverse. Sólo esperaba que no metiera la pata.

Por lo pronto, decidió estudiar el ambiente. Miró a su alrededor con detenimiento y quedó impactada. Los brillos de las ropas de las mujeres, las joyas auténticas que cada una lucía eran, sencillamente, espectaculares. En tanto, casi todos los hombres vestían esmoquin de telas inteligentes. Pero a Eme le impresionaron, sobre todo, los rostros atemporales, personas sin edad, porque allí nadie parecía tener menos de cuarenta años ni más de sesenta. Ninguno era extremadamente joven ni muy viejo; evidentemente, habían logrado detener el tiempo con tratamientos. Cuando aparecieron los modernos procedimientos relacionados con la sangre, esos que frenaban el paso del tiempo, ellos habían logrado detenerlo a la edad que comenzaron las terapias regenerativas; por ende, sus aspectos habían quedado congelados física y gestualmente. Eme calculó que todos debían tener veinte años más de lo que aparentaban; con seguridad, los que representaban cuarenta, tendrían sesenta; y los que se veían de sesenta, transitarían los ochenta.

Todos, además, eran extrañamente parecidos y se asemejaban a los rostros de las publicidades que ofrecían ese tipo de tratamientos: caras sin arrugas, piel firme, pero ojos cansados. Los cuerpos, si bien eran esbeltos, tenían un dejo extraño al caminar, como si, al verlos de lejos, no se terminara de saber si se trataba de una persona joven o mayor.

Eme amplió su visión, quería ubicar dónde estaba el frontis del escenario, la pantalla táctil y el robot asistente; también intentó identificar al orador. Realizó un rápido paneo visual y notó que Bee

realizaba el mismo movimiento. Ambas observaban los detalles en una vuelta de trescientos sesenta grados, pero, mientras la mexicana terminaba su vistazo, Eme, no, porque en un grupo de personas jóvenes ubicadas al fondo, uno al lado del otro, contra el muro final, ella encontraba un rostro conocido, una cara querida… ¡Era Orión! ¡Orión!

Él estaba allí y, con seguridad, sus acompañantes pertenecerían a la GM. Lo dedujo porque el grupo vestía de una manera más sencilla respecto de los invitados, aunque no poco elegante. Como todos, tanto hombres como mujeres, Orión llevaba traje de pantalón y saco azul.

Unos pocos y selectos camareros se encargaban del servicio; además de obtener un pago abultado por desempeñar su labor con altísima solvencia y garantizar una experiencia *premium* a los invitados, recibían un plus por saber guardar absoluta discreción acerca de lo que ocurría dentro del salón. Las copas de champagne y vinos exclusivos iban y venían, las bandejas y las mesas mostraban platitos con caviar, jamón ibérico de bellota, ceviche de salmón y otras delicatesen que ella no había alcanzado a identificar porque nunca antes las había visto. «¡Esta comida es la que eligen comer las veinte personas más poderosas del planeta!», concluyó Eme, sin imaginar que los vasitos de cristal con forma de círculos transparentes y texturas gelatinosas que le habían ofrecido contenían la comida de moda: ojos de cabrito y pescado.

Siguió observando y algo le llamó la atención. Lo había descubierto por casualidad y por tanto perseguir imágenes para su cámara: todos los contratados, tanto guardias como camareros, eran personas especialmente bellas, que podían ser modelos de publicidad. Resultaba muy claro que habían sido seleccionados teniendo en cuenta su apariencia. Qué terribles eran los de La Firma; en verdad, se trataba de personas horribles en todos los aspectos. Querían que sus ojos sólo vieran gente perfecta, como si

únicamente el exterior fuese lo que contara. Eme pensó que, de allí a ponerles restricciones y trabas a las personas que no cumplían con los cánones de perfección que ellos perseguían, había sólo un paso. Una razón más para sentir que estaba en el lugar correcto haciendo lo correcto. Lo pensó, y una fuerza interior se apoderó de ella y estuvo dispuesta para cumplir lo que fuera.

Caminó y recordó que captaría, en fotos o video, todo lo que enfocara a su paso. En la zona de su escote, entre su cuello y muy cerca de sus senos, de una voluptuosidad llamativa por efecto del vestido ceñido, llevaba la cámara. Primero, sacaría fotos; luego, cuando empezara, grabaría el discurso.

Miró a su alrededor y descubrió a sus tres compañeros. A unos metros, estaban el español y el belga; y, más lejos, el británico. A ellos les costaría más hacer su tarea porque no disponían de la ventaja femenina; Eme y Bee llevaban sus minicomputadoras en las carteras plateadas. De todas formas, las prendas de los varones contaban con bolsillos especiales y ella había escuchado las instrucciones de Ana para que pudieran operar sin torpezas, pues ningún detalle había sido dejado al azar.

Eme caminó hacia el frente y se dio cuenta de que, ansiosa como estaba, no se había percatado de que en la pantalla táctil de adelante ya había frases escritas. Se acercó disimuladamente y enfocó la pizarra para una foto de los datos, alcanzó a leer rápido y tomó las que le parecieron más relevantes:

VENTAJAS OBTENIDAS CON LA LEY DE SEMILLAS

- MEJOR CONTROL DE LOS MOVIMIENTOS DE LA POBLACIÓN

• AUMENTO DE LAS VENTAS DE LOS PRODUCTOS ALIMENTICIOS PROCESADOS Y ELABORADOS POR NUESTRAS EMPRESAS

• AUMENTO DE PRESTACIONES FARMACOLÓGICAS

Clic y clic. Lo había captado.

VENTAJAS OBTENIDAS CON LA LEY DE CONTROL DE USO DE DINERO EN EFECTIVO

• CONTROL TOTAL DE LOS MOVIMIENTOS ECONÓMICOS REALIZADOS POR PARTICULARES

• CONTROL TOTAL DE LA RECAUDACIÓN ECONÓMICA

• DUPLICACIÓN DE LAS GANANCIAS OBTENIDAS POR NUESTROS BANCOS

Clic y clic. También captado.

VENTAJAS OBTENIDAS CON LA LEY DE DESCANSO

• CONTROL DE LA POBLACIÓN MUNDIAL

• PREPARACIÓN PARA UN GOBIERNO MUNDIAL

Ella prosiguió hacia otro lado, quería obtener imágenes del rostro de los presentes. Sabía de la importancia del registro, pues luego servirían para identificarlos públicamente, porque no había secreto mejor guardado que las caras de los integrantes de La Firma. Ellos, para actuar, tenían representantes, como el director de la Guardia Mundial, o abogados corruptos y otras personas situadas en lugares clave de los organigramas estatales y corporativos, que hacían realidad las órdenes que impartían. Para sus intereses, manipulaban a su antojo presidentes de diferentes naciones. Incluso, los mandatarios solían enzarzarse en guerras que, por conveniencia, promovía y financiaba La Firma; así como se abstenían de realizar acciones bélicas si perjudicaban la comercialización de sus productos.

Eme y Bee, con el pretexto de perseguir una copa o una bandeja, fueron moviéndose por el salón hasta colocarse frente a casi todos los rostros; se esmeraban en captar, sobre todo, a los de aspecto más encumbrado. A pesar de la sutileza con la que se desplazaba por el salón, Eme evitaba, a toda costa, el muro del fondo y el flanco derecho, donde estaban apostados los guardias vestidos de civil; entre ellos, Orión. Y no podía permitirse el lujo de que él la viera; si eso sucedía, podía suscitarse un gran problema. Hubiera dado cualquier cosa por acercarse y avisarle que partiría esa noche y que lo esperaba en París, pero se contenía y huía de esa zona. Ella estaba allí para cumplir con un deber, un compromiso. Ana había acertado en pedirle que se cambiara el color de pelo; por suerte, había aceptado la sugerencia.

Durante su recorrido, Eme se fue acercando lentamente hacia una mujer que no había captado hasta el momento. Cuando la tuvo en el ángulo ideal para enfocarla con la piedra de su collar, descubrió que se trataba de una absolutamente desconocida Ana. Si bien les había informado durante la mañana que estaría presente en calidad de encargada de la tecnología del evento, esperaba encontrarla con

su ropa profesional y su peinado; sin embargo, estaba perfectamente maquillada, peinada y vestida de dorado. Su *look*, tan increíble y acorde al evento, le daba el aspecto de otra persona. Ana, que la descubrió, la miró sin demostrar emoción alguna y siguió conversando con quien estaba. Eme se retiró.

De acuerdo a una sucesión de movimientos, Eme conjeturó que pronto debería filmar y cesó con el registro fotográfico. A punto de pasar el dispositivo de su cuello a cámara filmadora, una voz de hombre la sobresaltó:

—Perdona, tal vez me puedas ayudar.

Ella se dio la vuelta y notó que la requería uno de los invitados. El esmoquin y la cabeza casi calva lo delataba; en la oreja llevaba un aro que refulgía como lo que era: un costoso diamante.

—Sí, dígame —respondió Eme, tratando de que su voz sonara despreocupada, aunque la proximidad la había perturbado.

—No logro entrar en línea… Y como me pareció que tú tienes que ver con la tecnología del evento...

«¡Carajo, carajo, carajo! ¿Cómo se ha dado cuenta?», pensó Eme, y de inmediato se respondió a sí misma: «No parezco una guardia; en tal caso, hubiera estado vestida de traje. Y tampoco parezco miembro de La Firma; mi juventud lo hace imposible». Ana le había enviado el vestido negro, justamente, para que se camuflara con el grupo de tecnología. Desde el principio, esa había sido la idea: que los invitados la identificaran y, a la vez, que fuera la coartada que justificara su presencia en la fiesta. Trató de tranquilizarse.

El calvo prosiguió:

—¿Sabes? Tengo un sistema de seguridad en mi chip y parece estar bloqueado desde que he ingresado al salón.

El corazón de Eme dio un brinco. Complicaciones. Supuso que la línea dual presentaría una falla. ¿Qué hacer? ¿Qué indicarle? Decidió

responderle de manera amable y sensual; eso siempre podía distraer a un hombre.

—Ay, problemas, problemas… No siempre logro solucionarlos, aunque siempre lo intento —respondió Eme sonriendo de manera seductora y buscando sonar ambigua mientras trataba de dar dos pasos. Debía escapar ya mismo de allí. Si le decía que formaba parte del grupo de soporte tecnológico, él querría que le resolviera su inconveniente; si le indicaba que no, se preguntaría quién diablos era ella. Eme se le acercó un poco y agregó—: Claro que puedo intentar lo que sea para solucionar sus complicaciones. Todas las que tenga… —enfatizó sus palabras para que transmitieran un doble sentido y que su voz sonara dulce y dispuesta. Necesitaba distraerlo hasta que alguno del grupo viniera a rescatarla o ella pudiera escapar.

De inmediato logró el efecto que buscaba: la mirada masculina se posó en el escote de Eme y recorrió la parte de los senos que estaban al descubierto. Pensó que la chica guapa acababa de insinuársele.

—¡Qué propuesta…! Intentar lo que sea para solucionarlos, ¡no es poca cosa! —exclamó el hombre.

—Así es —dijo ella mirando a lo lejos, tratando de encontrar a Bee o Ana. Quizá debiera ir a su encuentro y salir airosa del apriete.

—No desecho su ofrecimiento, señorita —respondió él y se acercó a Eme hasta que ella tuvo el diamante a escasos centímetros.

Luego, mientras le sonreía, él deslizó el dedo índice por la piel del escote y bajó hasta bordear la curva de sus pechos.

Eme, ante el toque, se conmocionó y tuvo que contenerse para no empujarlo; esto iba mal.

El calvo era parte importante en esta fiesta. Y para él no había límites, podía tocar lo que fuera y hacerlo suyo. Pero, por suerte para Eme, él tenía una prioridad y añadió:

—Antes debo realizar una llamada al presidente de Turquía, que está aguardándome. ¿Me ayudas con esto y luego nos dedicamos a tu propuesta?

Ella comenzaba a desesperarse. Tenía que huir ya mismo de allí. Dio un paso, pero él hizo lo mismo. A unos metros, Ana, que había visto algo extraño, apuró sus pies y se les aproximó justo cuando el hombre preguntaba:

—¿Pero eres o no del área de tecnología? Porque si quieres, cuando esto termine, te veré en mi cuarto. Pero antes debo solucionar…

—Señor Morrison… ¿Sucede algo? ¿Necesita que mis chicos lo ayuden?

Ana también había hablado de manera ambigua, no le había aclarado si Eme era o no parte de su grupo.

—Señora…

Morrison puso cara compungida al no recordar el nombre de ella. Ambos pertenecían a la camada de personas que aún usaban sus nombres completos; y más aún cuando lo llevaban con orgullo.

—Señora Morgan —Ana completó su nombre al tiempo que le hacía una seña a Eme para que se fuera.

—¡Sí, cierto, Morgan! Perdón. Claro que como encargada de tecnología va a poder ayudarme. Tengo en juego una llamada importante. Mi chip dispone de un maldito sistema de seguridad y me ha bloqueado la línea…

—Sígame… —dijo Ana y, tomándolo del brazo, lo condujo hacia el frontis del salón, donde estaba por comenzar el discurso. Creyó que eso lo entretendría.

Mientras lo acompañaba, le explicó que esos sistemas tan sofisticados como el suyo, a veces, de tan seguros, se tildaban. Morrison la escuchaba y le creía, pues, si la mujer que más sabía del tema no solucionaba el inconveniente, era evidente que esa noche no podría comunicarse con el turco. Tampoco podría gozar, por

ahora, de la compañía de la bonita morena de los pechos grandes. Ana, a su lado, pensaba: «¡Ya sabía yo que la francesa nos traería problemas!». Por suerte y por el momento, había podido frenar el entusiasmo de Morrison. Esperaba que no se hubiera obsesionado con la chica y que desistiera de volver a toparse con ella.

Cuando se vio liberada, Eme comenzó a caminar con rapidez en sentido contrario de Ana y el viejo. Al fin se había escapado, quería alejarse para no volver a cruzárselo durante el resto de la noche. Por su culpa, estuvieron a poco de que se desatara un problema mayúsculo que lo habría arruinado todo. Cavilaba en las consecuencias cuando se dio cuenta de que estaba a cinco pasos de los guardias del fondo y, por lo tanto, también de Orión.

Lo tenía cerca, no pudo evitar que su mirada lo buscara. Lo encontró y los ojos de Orión parecieron sentirla porque también fijó su mirada en ella. Primero, de manera calma; pero, luego, con destemplanza y asombro.

Había pasado de observar una bonita chica morena enfundada en un vestido negro apretado a descubrir a Eme con el color del pelo cambiado y vestida de gala.

¡Eme! Era ella.

Las ideas se le confundieron. Si hasta le había parecido notar que ella estaba con uno de La Firma; la había visto entendiéndose con ese hombre, pero no les había prestado demasiada atención. «¡Carajo! ¿Qué hacía Eme, así vestida, e intimando con ese viejo baboso?»

Los antiguos fantasmas volvieron a atacarlo y renovaron su sospecha acerca de la participación de Eme en un acto indebido. También trajeron a otros de la mano: «¿Está dispuesta a acostarse con uno de La Firma para sacarle información?». Y otros más: «¿Ella pertenece a La Firma y me mintió descaradamente? ¿Me engañó todo el tiempo?». No, no podía ser. Él la había visto caminar

descalza por la tierra, abrazar árboles y criticar las leyes de La Firma. «¡Mierda! ¿Qué está pasando?»

Eme se detuvo frente a Orión; estaba petrificada. No sabía si desaparecer de allí sin dar ninguna explicación o acercarse y ofrecerle una justificación. Pero ¿cuál?

Orión le ahorró el trabajo porque avanzó los cinco pasos que los separaban y expresó, en una especie de grito contenido que lanzó en voz muy baja, cerca del oído:

—¡Carajo, Eme! ¿Qué diablos haces aquí? ¿Quién eres? ¿Por qué vas vestida de esta forma?

—Porque estoy en una fiesta.

—Sí, claro no me digas. ¿Y tu pelo?

—Lo cambié.

—¿Y el viejo de esmoquin que recién tenías encima? Deja ya de engañarme y dime la verdad de por qué estás acá.

—Ahora no puedo, pero te diré algo importante: esta noche regreso a París —avisó. ¡Listo, lo había dicho! No podía dejarlo plantado, aunque fuera un riesgo contárselo. Lo asumiría por Orión y por lo que los unía.

—¿Qué carajo…?

—Te espero en Francia.

Orión frunció el ceño; esto era demasiado. Parecía que las palabras no entraban en su mente. Ella insistió:

—Sí, te espero allá. Te quiero ver.

—¡Pero antes tendrás que decirme qué haces ahora aquí!

—Ya te dije…

—¿Crees que es tan simple? ¿Qué puedes aparecer de la nada en este lugar y decirme que ya no te veré más y que me esperas en París sin darme ninguna explicación?

Eme estaba atrapada. Él prosiguió:

—Realmente soy un tonto ridículo. Vine festejando porque mañana te daría la buena noticia de que podía pedir días para ir a

Las Médulas.

Esas palabras enternecieron a Eme, que decidió ser sincera.

—Orión, estoy aquí haciendo algo en lo que creo. Defendiendo mis ideales. Espero que me comprendas y que no me denuncies.

Se miraron a los ojos. Era el momento decisivo. ¿Hasta dónde llegaba el amor que se tenían?

—Mierda, Eme… —alcanzó a decir Orión porque las luces se atenuaron para dar paso al discurso.

Eme sintió un latigazo. Debía dejar esta discusión con Orión y empezar a filmar ya mismo; esa era su función.

—Tengo que irme —dijo con pena. Y luego, medianamente repuesta, añadió—: Pero te repito: te espero en París. Yo… yo te amo.

Enseguida dio la media vuelta y se marchó.

Orión, que había quedado estupefacto, fue sacado de ese estado por la indicación de uno de sus compañeros que se acercó para avisarle que debían apostarse al fondo y permanecer atentos durante el discurso.

Recordó que él y su equipo también tenían una labor que cumplir en ese salón. Su misión era la antítesis de lo que defendía la mujer que amaba. Sin embargo, lo reconoció: él amaba a Eme, quien pondría en riesgo lo que él debía cuidar.

A Eme le temblaban las piernas cuando se alejó de allí, en dirección al frente. Por el camino, con la poca lucidez que le quedaba, encendió la máquina que guardaba en la cartera. Luego, activó la cámara del dispositivo de su cuello y empezó a filmar. Con la esperanza de estar haciéndolo bien, intentó localizar a Bee para verificar que estuviera transmitiendo. Sin embargo, debido al nerviosismo provocado por el encuentro con Orión, no logró ubicarla por ningún lado. Carcomida por la incertidumbre, esperaba que todo estuviera saliendo conforme a lo planeado.

Enfocó el escenario, en dirección al hombre de cabello blanco y cara tirante, vestido de esmoquin negro, que se ubicó en el centro y, tal como estaba previsto, dio inicio a su discurso.

Pero a Eme algo en la imagen del escenario no le cerró y, entonces, mirando con detenimiento, lo comprendió: el hombre era el alter ego del director, como se le decía al avatar de las personas. Es decir, era él, pero en su cuerpo digital. Eme vio sentado al verdadero director, un ser humano de carne y hueso de idéntico aspecto al orador; el analógico, ubicado en su silla, se miraba a sí mismo en su versión avatar. Él saludaba, pero lo hacía mentalmente; o bien transmitía lo que quería que el avatar dijera, porque en su rostro no había movimiento alguno; sin embargo, el ser tecnológico explicaba a la perfección las ideas que él generaba en su mente de humano. Ambos, la persona verdadera y el ser creado con inteligencia artificial actuaban en perfecta sincronía, sólo que uno pensaba lo que otro ejecutaba. O, tal vez, ya había programado su exposición con antelación. Todo era posible.

Ella nunca había visto uno de esos modelos; era perfecto. No había diferencia entre uno y otro, y si se dio cuenta fue porque el real, que estaba sentado, era igual al otro, cual si fueran hermanos mellizos.

Recordó cuántas veces había leído en las noticias que se les preguntaba a las empresas si ya existían estos robots, y si los presidentes, actores famosos y la realeza los usaban para su vida pública, y siempre respondían que no. ¡Por supuesto que todos debían tener su avatar! Y bien costosos que serían estos modelos; por eso no estaban a la venta para la gente común. Ante su descubrimiento, Eme concluyó que sólo los pobres seguirían desgastando sus cuerpos, porque los poderosos y los ricos sólo usarían el propio como fuente de placer; el resto, lo haría su avatar. ¿Pero esto era bueno? ¿Acaso no era lindo vivir cada situación que la vida presentaba? ¿Sólo valía la pena vivir los momentos agradables?

¿No era mejor vivir intensamente? Eme se hallaba enredada en estos pensamientos cuando, al tener claro que el discurso comenzaba, resolvió actuar. Se movió para un lado y para el otro, y su cámara filmó a ambos seres. Luego se detuvo sobre el avatar y se concentró en el discurso; cruzó los dedos rogando por que todo se captara bien. No sólo dependía de su filmación, sino también de lo que registrara Bee, y del trabajo de los muchachos, a cargo de transmitir en simultáneo las dos líneas, la del internet real y la del falso, ese que ya estaba programado de antemano con la voz de Perla. Sus compañeros, junto con Ana, ya deberían haberlo conectado; era el momento justo.

El hombre cano comenzó hablando de los grandes logros alcanzados a nivel global en materia económica y tecnológica e hizo hincapié en que el camino estaba allanado hacia la constitución de un gobierno mundial. Hablaba en un tono informal, despreocupado, se sabía entre amigos. Esa no era una reunión de negocios con extraños, sino un festejo entre los que se hacían favores y movían los hilos del mundo. Eme rogaba por que fuera directo en sus apreciaciones, deseaba que quedara registrada una frase que dejara al descubierto sus intenciones, pero no tuvo que rogar demasiado porque el hombre, completamente satisfecho con los resultados obtenidos en los últimos meses, exclamó:

—Podemos decir con gran satisfacción que, gracias al trabajo conjunto de nuestro grupo, nos hemos convertido en la organización más fuerte del planeta. Decidimos todo o prácticamente todo, porque nuestro poder es omnipresente e influye en las decisiones de los mandatarios de todos los países, incluidos los más poderosos del mundo. Sin el apoyo de La Firma, estos líderes difícilmente podrían gobernar o llevar a cabo sus funciones. Y esta dependencia, por supuesto, se intensifica entre la gente común, que depende día a día de los productos y servicios que ofrecen nuestros bancos, farmacéuticas y empresas alimenticias.

—¡Bravo! —exclamó una mujer desde el fondo.

Él sonrió y prosiguió:

—Pero para nosotros, la gente común es muy importante, esas personas son esenciales en el éxito de nuestras empresas. Son nuestros grandes consumidores y quienes nos permiten obtener las sustanciales ganancias que generan nuestros emprendimientos.

Esta vez, el aplauso fue total. Se detuvo un instante y continuó:

—Puedo decir con total orgullo que ya no existe competencia porque La Firma, al fin, tiene el monopolio alimenticio y farmacéutico de este planeta. Y a partir de la sanción de la ley de las semillas, nadie tendrá comida si no se la vendemos nosotros. Por lo tanto, se acerca una etapa de grandes ventas.

Hubo más aplausos. El orador siguió con su exposición apoyado en datos estadísticos. Luego, una nueva frase rotunda salió de su boca:

—Estamos muy cerca de instaurar el gobierno mundial que venimos soñando, ese donde nosotros podamos dirigir el planeta a través de la inteligencia artificial con avatares como el mío. ¿Han visto lo lindo que es, bah…, lo lindo que soy?

Muchos se rieron del chiste.

Eme filmaba satisfecha, emocionada. La exposición del hombre era reveladora; muy cerca de ella, Bee había captado lo mismo, pero desde otro ángulo. «Ojalá que los muchachos tengan bajo control lo suyo», volvió a desear. Porque el director había sido cruelmente transparente al repasar el camino pasado y proyectar el futuro; su discurso podía comprenderse como una suerte de autoincriminación que, además, lo dejaba muy mal parado ante la sociedad. La gente común podría entender qué estaba pasando y cómo planificaban su vida. ¡Era hora de que despertaran de una vez!

Cada párrafo contenía un potencial recorte demoledor. Cada frase sería replicada y esclarecería a la comunidad.

El tiempo avanzaba y ella, como todos los integrantes de El Sol, disponían de quince minutos para filmar. Luego debían apagar las cámaras y marcharse, salvo que Ana o George dieran una contraorden.

Cerca de alcanzar el tiempo límite de filmación, Eme vio ingresar por la puerta principal al hombre calvo que le había tocado los senos. Estaba fuera de sí y gritaba. Rápidamente, Ana se acercó a él y, por unos instantes, pareció calmarlo, pero luego, enfurecido, volvió a la gritería. George se acercó hasta ellos dos.

El tiempo de filmación terminó en simultáneo con lo más importante del discurso. Los aplausos y los agradecimientos no quedaron registrados.

Pero Eme y Bee ya no le prestaban atención al avatar, sino que miraban a George, que, anoticiado del problema del magnate, ahora se acercaba a pasos rápidos hacia ellas, que apagaron las cámaras de sus collares.

—*Let's go*, chicas! Afuera ya mismo. Síganme. Parece que Morrison salió a la calle para hacer un llamado y usó una red distinta a la del hotel. Está enloquecido, captó algo de lo que está pasando.

Con disimulo, ellas lo siguieron.

—¡Pero es una buena noticia! —exclamó Bee mientras iba a la carrera.

—¡Significa que el plan funcionó! —agregó Eme, emocionada.

—Exactamente, pero ahora tendremos que apurarnos. Quiero que las dos esperen en un dormitorio para hacer más rápida la partida. Pasaremos a buscarlas por allí y las llevaremos juntas a la estación ya mismo. No queremos correr riesgos.

Unos metros más allá, el hombre del aro insistía en que acababan de colgar en línea lo que estaba pasando en el salón Cero. Gritaba.

—¡Mierda, se suponía que se trataba de un lugar de máxima discreción! ¡Por eso los elegimos!

Ana le repetía que eso era imposible. Pero el alboroto llamó la atención y concitó el interés de quienes estaban alrededor y atrajo a varios guardias de seguridad.

—¿Y los muchachos del grupo? —preguntó Eme a George.

Desde su ubicación sólo podía ver al español.

—Les avisaré que deben retirarse. Sospecho que incomunicarán el salón, como esperábamos, aunque no tan pronto. Todo va demasiado rápido —dijo George que, al habilitarles la salida del salón, se despidió—: Adiós, chicas, y buena suerte.

Cerró. Ellas quedaron del otro lado. Se miraron aliviadas, habían logrado salir del caos.

Adentro, George se acercó al español, que era el que tenía más cerca. Ana ya no podía contener la situación. El jefe de la guardia pedía que cerraran las puertas. La fiesta se descontrolaba. Nadie entendía bien qué pasaba, pero no parecía ser nada bueno. Orión, que seguía ubicado en un extremo, había visto que ella acababa de irse. Nunca le había sacado los ojos de encima y ahora comprendía qué estaba pasando.

Eme y Bee fueron llevadas por los pasillos y ascensores con la ayuda de las recepcionistas que habían estado esperando todo el tiempo del otro lado de la puerta del salón.

Mientras las cuatro subían por el ascensor, Bee abrió la conversación:

—El ambiente en el salón no se veía bien. —Permaneció un rato pensativa y agregó—: Creo que nuestra misión fue un éxito, captamos lo esencial del discurso. Ahora habrá que ver qué sucede con nosotros.

Eme, que la vio muy preocupada, le respondió:

—Quédate tranquila, Bee, todo saldrá bien.

Pero dijo la frase e instintivamente pensó en Orión, y no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

La voz de Jota vino a sacarla de la angustia.

—Nosotras las ayudaremos —dijo la muchacha.

Eme asintió agradecida. La otra recepcionista agregó:

—Cuando lleguemos al cuarto nos darán el vestido. Nos ocuparemos de llevarnos todas las pruebas de que estuvieron en la fiesta —dijo señalando, también, los collares y las carteras.

—Bien pensado —dijo Bee.

—George pidió que nos quedáramos en un solo cuarto. Deberíamos esperar en el tuyo, que está más cerca de la salida —propuso Eme.

—Tienes razón.

—Me cambiaré de ropa e iré al tuyo —explicó Eme.

—¿Cómo sabrán que estamos en esa habitación? —preguntó Bee.

—Yo me ocuparé de avisar —dijo Jota, y añadió—: ¡Usen escaleras! Son más seguras que el ascensor.

Diez minutos después, Eme se hallaba bajando los doce pisos por la escalera. Llevaba puesto su viejo pantalón bordó que la había acompañado durante el Camino de Santiago, y en la espalda, la mochila. Los vestidos de fiesta, los collares con la cámara incrustada, las carteras con la máquina, cada objeto había sido llevado por las recepcionistas para hacerlos desaparecer del hotel. Cuanto antes se eliminaran las pruebas, mejor. Bajaba los escalones y la conversación que había tenido con Orión venía a su cabeza una y otra vez. «¿Nunca más nos veremos?», se preguntó. No podía aceptar esa idea.

Cuando llegó al pasillo del primer piso otra vez tenía lágrimas en los ojos. Se los refregó. A punto de golpear la puerta del cuarto de Bee, escuchó voces provenientes del interior. Dio un paso hacia atrás para cerciorarse de que se hallaba frente al número correcto. Miró bien. Sí, era la habitación de Bee. Se acercó a la puerta hasta pegar su oído y pudo escuchar frases sueltas que no le sonaban a nada, hasta que, al fin, captó el tonito mexicano:

—Yo nunca salí del cuarto…

Y luego el español:

—Aunque usted insista con que estuvo aquí las últimas horas, tendrá que acompañarnos…

Eme se separó de la puerta como si quemara. Bee había recibido la visita de la policía o de la GM. ¡Debía irse de allí ya mismo! Pero ¿a dónde? ¿Volver a su cuarto? Tarde o temprano, intentarían interrogarla. Precisaba pensar rápido en una solución. Lo mejor sería bajar a la recepción y hablar con Jota. El ambiente del hotel se hallaba enrarecido.

Llegó a la recepción en apenas unos segundos, pero no podía acercarse. Jota y tres muchachas conversaban con las guardias que habían aparecido en el salón. Clavó la mirada en Jota y le pareció entender, a modo de indicación, que negaba con la cabeza. La guardia que hablaba con ella se dio la vuelta y a Eme se le erizó la piel al sentir esos ojos sobre ella. Apuró los pasos, pero ¿qué hacer? ¿A dónde ir? No había lugar seguro; por lo menos, no dentro del hotel. Tenía que tomar una decisión, y ya mismo. La mujer aún la observaba. Lo mejor sería salir de allí e irse a la calle en ese mismo momento. Si se quedaba, la atraparían, como le había ocurrido a Bee. Ella no quería pasar cuatro años en la cárcel, ni uno, ni siquiera un mes. No se merecía esa terrible experiencia. Caminó dos pasos hasta la lujosa puerta de salida. Había hecho su trabajo, debía marcharse.

Diez pasos y estaba en la calle. Comenzó a caminar. Se alejó del hotel sin rumbo fijo mientras miraba las sandalias Columbia con medias que llevaba puestas. ¡Lucían tan fuera de contexto en las veredas de la ciudad! Tal vez tendría que haberse calzado las zapatillas. ¿O no? Sus pensamientos no parecían ser muy coherentes, porque ¿a quién podía importarle qué llevaba puesto en los pies?

Sus ideas iban y venían; se hallaba en *shock.* Su vida había perdido toda seguridad, no llevaba puesto chip, no tenía más a Orión; Ana y George se habían perdido en la nebulosa del peligro y hasta la propia Bee estaba en manos de la policía o, peor, a disposición de la GM.

Su mundo se rompía en mil pedazos, se sentía sola, con miedo y no sabía a dónde ir. En pocas horas había pasado por las más variadas emociones; hasta había tenido que soportar que un extraño le tocara los senos. Y ahora estaba deshecha. Pensó en todas sus opciones: al hotel no podía volver, a la estación de Madrid no podía viajar porque no disponía de pasaje ni de autorización para moverse. Sólo tenía el permiso de tránsito que le había tramitado El Sol, aunque no sabía si aún serviría. Tampoco podía recurrir a Orión; se conformaba con que él no la delatara. «¡Dios, qué hago!» Se hallaba desesperada.

Entonces, sus pies comenzaron a hacer lo que habían hecho los últimos días y se dirigieron a lo que conocían, al sitio donde sabían que Eme había sido feliz.

En poco rato ella se hallaba a la salida de la ciudad, en el lugar exacto donde comenzaba el Camino de Santiago. Los grandes árboles le advirtieron hasta dónde había llegado. Apoyó su espalda en un fresno de tronco grande y, allí, al abrigo de su sabiduría, lo decidió: iría a pie hasta la casa de Pepi y Tomás Orozco. No tenía otra opción. Ellos eran lo único conocido en este mundo español desconocido. París estaba muy lejos, y alguien debía ayudarla. El futuro se había vuelto un verdadero misterio y no sabía qué le depararía.

Esa medianoche, a pesar de la hora, los pasillos del hotel La Luna de Santiago eran un hervidero, con la policía local y la GM rastreando cada rincón. Unas pocas horas atrás, La Firma había sufrido un sabotaje y sus miembros estaban indignados; justamente, habían elegido esa ciudad y ese hotel por la seguridad que les

garantizaba, y les había ido mal, muy mal. Los rostros de varios de sus selectos integrantes habían abandonado el anonimato y ahora cualquiera podía encontrarlos en línea, lo que significaba que ya no podrían salir a la calle tranquilos; de ahora en más tendrían que cuidarse al máximo en los lugares públicos. En las ciudades de todo el planeta la gente hablaba acerca de que la idea de un gobierno mundial no había nacido de una necesidad sino de un grupo de elite que así lo había planificado para beneficiarse. Por lo menos, eso decían los viejos ricachones de La Firma en los videos colgados en línea. Habían intentado frenar la noticia de lo sucedido moviendo cielo y tierra para evitar que el video siguiera dando vueltas, y lo habían logrado, aunque sólo en los sitios oficiales porque había una red negra ingobernable.

Los trabajadores de La Luna de Santiago, aun los que ocupaban los puestos más encumbrados —personal de la alta gerencia y de las áreas de seguridad y tecnología— se encontraban bajo sospecha; algunos, incluso, detenidos. Los renombrados especialistas, Ana Morgan y George Stevenson, no habían quedado fuera de la investigación; tampoco los empleados rasos como los recepcionistas humanos. Hasta el momento, nadie parecía saber qué había sucedido, pues no había ningún susurro indiscreto que a los investigadores les aportara luz, ni indicios de que se tratara de una traición. Nadie, al parecer, estaba dispuesto a abrir la boca por dinero ni con amenazas de largos años de prisión. Por lo tanto, aún era un misterio cómo habían logrado transmitir prácticamente en vivo la reunión del salón Cero.

Esa noche, en la oficina de la GM, Orión y sus compañeros soportaban una encendida perorata de sus jefes. Les recriminaban que no hubieran visto nada sospechoso. Como parte del accionar delictivo, las cámaras de seguridad ubicadas dentro del salón habían fallado y, por ende, como no había quedado ningún registro fílmico de los asistentes, no podían establecer conexiones entre ellos o

comprender la dinámica de los acontecimientos. Ahora debían guiarse por lo que cada uno recordara de la velada.

Orión escuchó dos preguntas concretas de su jefe y entonces sus fibras íntimas se destemplaron.

—¿En el salón vieron alguna persona sospechosa? ¿O identificaron a los individuos de las fotos del archivo?

Se refería al directorio de la GM con la imagen de los activistas más conocidos de El Movimiento; muchos estaban acusados y eran perseguidos. Acababan de revisarlo.

En la sala, el silencio era total, pero para Orión resultaba estridente y le sonaba a bullicio. En su cabeza, la culpa le gritaba, el desliz lo acusaba, la omisión lo atormentaba, sus sentimientos lo aturdían. ¿Se podía amar tanto a una persona que hacía sólo un mes atrás no conocía? ¿Tanto que no le permitiera cumplir con su deber?

CAPÍTULO 27

EL HOMBRE MALO

La Hispania, año 31 a. C.

Yo, Cazue, moradora de la montaña verde, me despido del hombre bueno. Me he demorado demasiado en la aldea grande y ahora debo seguir.

Avanzo unos pasos, la calzada se transforma en sendero y me adentro en el bosque negro. Lo hago con temor, reverencia y recelo. Tengo aprensión de ingresar a esa espesura umbría, pero sé que debo atravesar sus árboles porque del otro lado está mi hijo. Es el principio del final de mi viaje. Comienzo mi caminata por el lugar.

* * *

Cazue ingresó al bosque negro y comprendió el porqué del nombre. Los árboles eran frondosos y muy oscuros; la vegetación, densa, pesada, húmeda. La negrura reemplazaba al verde. Sus pies habían recorrido un largo trecho cuando comprendió que no podría avanzar con las provisiones que cargaba. Le pesaban y demoraban su marcha. Además de las que había cambiado por las pepitas, también llevaba las que el hombre bueno le había dado en agradecimiento por su ayuda. Para aliviarse, con la tela de su enagua hizo un atado

en el que guardó una parte de las provisiones. Luego, cerró el trapo con dos nudos fuertes y lo depositó en la copa de un árbol. Por último, observó el entorno con detenimiento, quería memorizarlo. No le resultó difícil, el escondite estaba cerca de la entrada del bosque, junto a dos árboles grandes parecidos a los que había en Las Médulas.

Cuando sintió que su mente había grabado los detalles, siguió su travesía. Tal vez, si la suerte la acompañaba durante su regreso, encontraría el atado tal como lo había dejado. Estaba segura de que pasaría desapercibido para cualquier caminante, no así para las hormigas, las ardillas y otros animalillos del bosque.

La temperatura agradable, y más cálida con el transcurso de las jornadas, facilitaba sus avances diarios.

Estimó que saldría del bosque cerrado antes de que cayera la noche; sin embargo, la luz del día se extinguía y el sendero, sin fin, parecía que nunca se acababa. Decidió detenerse. Como no vislumbraba la próxima aldea ni aparecía un llano, se resignó a dormir allí, al abrigo de un árbol, acostada sobre la parva de hojas secas que muchas noches atrás ya habían hecho de cama para ella. Si penetraba en la oscuridad, temía salirse del sendero y terminar perdida. Aún distinguía el camino, era el momento justo para detenerse y encontrar un refugio.

No le resultó fácil encender el fuego. La humedad reinante le complicó la maniobra, pero, sin prisa, insistió hasta que la yesca y las piedras le permitieron sentarse frente al fulgor de llamas amarillas. Relajada, probó el queso que había adquirido esa mañana. Llevaba un rato de tranquilidad cuando un movimiento entre las ramas la puso en alerta. La noche caía oscurísima y la lumbre del fuego apenas le permitía ver unos pasos más allá.

Su cuerpo se tensó y permaneció expectante mientras miraba los arbustos sin siquiera pestañear. Pero nada sucedió ni escuchó sonido alguno, salvo los chillidos de los insectos que continuaban

cantándole a la cálida noche. «¿Y si me ataca un lobo o un oso?», se preguntó asustada. Un viajero solitario podía enfrentarse a víboras, pero también a animales de gran porte, como osos y jabalíes. Se tranquilizó pensando en la enseñanza de su padre: «No los molestes, no te atacarán». «¿Y si se trata de un hombre o de un monstruo de los que hablan las leyendas astures?» Humanos, alrededor, no se veían y las criaturas horripilantes como la güasera o la cucufera, según Caleyano, no existían. Trataría de dormir. Atizó el fuego una última vez y, de nuevo, las ramas de los arbustos se movieron.

—¿¡Hay alguien allí!? —gritó poniéndose de pie y levantando un palo para defenderse.

Nadie le respondió. Los insectos continuaron con sus chirridos, pero las ramas volvieron a moverse. En alerta, se acercó despacio hasta rozarlas con el palo. Tenía que hacerlo, no podía pasar toda la noche temiendo que algo apareciera de repente entre los matorrales verdes. Entonces, al indagar con el palo una, dos veces en medio de los tallos, asomaron unos ojos amarillos.

—¡¡Ahhh!! —exclamó temblando.

Pero el susto le duró sólo instantes porque enseguida reconoció la silueta de un búho. El animal, asustado, le contestó con un chillido.

—¿Así que eras tú…? —dijo Cazue y, dejándolo en paz, volvió a sentarse junto al fuego.

El bicho chilló y a su lado apareció otro igual; pero Cazue ya no pudo verlos en detalle porque enseguida ambos desaparecieron en las negras oscuridades.

Ella agregó algunas ramas al fuego y, a punto de tenderse para dormir, de nuevo escuchó ruidos y notó movimientos entre las plantas.

—Así que otra vez quieren asustarme… —les habló a los búhos en forma cariñosa.

Pero la voz de hombre la espeluznó.

—Claro que no queremos asustarte.

Cazue se puso de pie de un salto y tomó el palo.

—No tengas miedo. Sólo queremos pedirte algo de comida —intentó calmarla un joven de pelo largo.

Eran dos. Un viejo andrajoso apareció por detrás. No se trataba de romanos, sino de aldeanos. Sin bajar la guardia, Cazue permaneció de pie, observándolos, midiendo sus movimientos.

—No tengas miedo, no te haremos daño. Sólo danos algo de comida y nos iremos.

Cazue, que consideró que lo mejor sería darles algo para que se marcharan, tomó el resto de queso y lo lanzó al aire.

—¡Ey, no somos perros salvajes! ¡No te lastimaremos! Danos pan y nos marcharemos.

Ella no estaba segura acerca de cómo actuar. Con precaución, sin soltar el palo, se agachó, recogió el pan con la otra mano y la extendió para entregárselo.

El joven estiró el brazo para tomarlo, pero en un movimiento ladino tomó todo: la hogaza y la extremidad de Cazue. Y atrayéndola hacia él, le redujo el otro brazo. Luego, con un golpe, le quitó fácilmente el palo.

—¡Suélteme! —pidió e intentó liberarse con fuerza.

Pero el viejo se acercó y entre los dos la sujetaron con violencia. Uno la tomaba de la cintura, mientras que el otro le aprisionaba los dos brazos por la espalda.

—¡Danos el oro! —reclamó el joven.

—No tengo —respondió sin saber que los atracadores habían visto cómo entregaba las pepitas a cambio de comida.

—Claro que sí, te vimos pagando en la aldea.

Cazue, que intentaba soltarse, se movía con violencia. En su afán, los empujaba y les lanzaba patadas.

—¡Pero qué mala es la niña! —protestó uno mientras hurgaba en las telas de su vestido en busca del oro.

Entre los manotazos, le tocó los senos y, aprovechando el caos, dejó sus manazas sobre la piel.

—¡Y qué tetas grandes tiene!

Cazue aún tenía los pechos cargados de leche.

Asustada, forcejeó hasta que el mayor cayó al suelo. Y ella se fue con él.

—¡Maldita niña!

Cazue usó la oportunidad para recuperar el palo y asestarle un garrotazo en las piernas al joven que estaba de pie. El golpe lo hizo trastabillar. Cuando el mayor parecía recompuesto, unos chillidos agudos y ensordecedores estallaron cerca de los oídos de los tres.

Todos se distrajeron un instante, pero Cazue enseguida identificó que eran las dos lechuzas, que gritaban sobre ellos en un vuelo rasante. Aprovechó la ventaja y de inmediato se escabulló gateando entre las plantas. Se internó en un laberinto boscoso y se alejó corriendo.

La oscuridad que tanto había detestado ahora era su protectora. Porque los ladrones intentaron seguir sus pasos, encontrarla, pero no lo lograron. El hombre malo había aparecido de nuevo; por eso Cazue esperaba que surgieran los diez buenos. Los necesitaría, precisaría su ayuda para encontrar a Aguí.

Recordó al pequeño y agradeció que fuera varón, pues no tendría que pasar por el terror que ella, como mujer, acababa de sufrir. Un interrogante emergió de su corazón que aún latía con violencia a causa del susto: «¿Por qué las mujeres tenemos que pasar por esto?». Y este porqué se unió a los miles iguales de porqués que se habían pronunciado y a los millones que se dirían a lo largo de los años.

En un rincón del bosque, permaneció muy quieta durante toda la noche. Con la claridad del alba continuó su marcha, aunque con

sigilo, pues el miedo le duraba. Hacia el mediodía, cuando el sol ocupaba el cenit, al fin pudo emerger en el llano. Su larga travesía había terminado. Acababa de llegar a la mina, el lugar donde estaba su hijo.

* * *

Al atardecer, la pequeña caravana de soldados del ejército comandada por Claudio Sexto se detuvo tras cruzar el río grande, puerta de acceso a una de las zonas más húmedas de la Hispania.

Publio formaba parte del grupo. El viaje, contrariamente a lo que había imaginado, le resultaba agradable y rápido. Las calzadas de piedra que Roma construía a lo largo del imperio facilitaban el tránsito de sus hombres y de su ejército. Eran rutas maravillosas que abreviaban las distancias y las comunicaciones, aunque en algunos tramos los viajeros debían atravesar los bosques.

Mientras unos se ocupaban de montar el campamento, tres hombres salieron con la meta de conseguir un animal grande para asar o, en su defecto, varias liebres; la suerte dispondría el menú. Tenían que apurarse, pronto anochecería.

La idea se la debían a Publio, porque el ejército siempre llevaba provisiones, y en cantidades, pero él les había propuesto que consiguieran un animal para prepararles una suculenta y exquisita comida en el camino. Claudio Sexto lo había autorizado.

Publio encendió el fuego alentado por la idea de cocinar al aire libre. Imaginó qué condimentos usaría para resaltar el sabor de las presas, pero, como no llevaban muchos, se amargó. Preparó la olla, pero rezongó por la falta de utensilios. Ante la contrariedad, recordó por qué había emprendido la travesía junto con esos hombres. Junia se posó en su mente y se endureció; en breve ejecutaría su venganza. Desechó los pensamientos que la involucraban, corría el

riesgo de arruinar la cena. Muy enojado aún, se centró en la importante tarea que debía realizar y, al encontrar el cucharón adecuado, se sintió contento. Esa actividad le daba verdadero placer. Siguió adelante con los preparativos, pero, aunque se esforzara en evitarlo, el rostro de Junia volvía a aparecer. La imagen recurrente de su rostro, de su cuerpo llegó a enternecerlo. ¡Malditas mujeres! Esperaba no flaquear cuando llegara el momento de vengarse.

EL MANDARINO

Es un árbol frutal, nativo del sudeste asiático, particularmente de Vietnam y China. Mide de dos a seis metros, generalmente, con porte torcido.

PROPIEDADES de su fruto: es rico en vitamina C, carotenos, cítricos y tiene más vitamina B que la naranja. Contiene potasio y ácido fólico. Fortalece el sistema inmunológico. Su noventa por ciento está compuesto por agua.

Simboliza la riqueza, la prosperidad y la buena suerte.

CAPÍTULO 28

EL MANDARINO

Santiago de Compostela, año 2055

Esa mañana, Orión se encontraba en su trabajo cuando recibió la noticia de que la investigación del acto de sabotaje en La Luna de Santiago, al fin, bajaría su intensidad. Cerró los ojos, leyó el comunicado y se alegró por muchos motivos. Desde el incidente, ocurrido casi una semana atrás, los agentes de la GM se reunían desde muy temprano para investigar la escasa evidencia disponible. Las pistas fragmentarias y la información limitada no los llevaban a ningún lado. Su unidad de trabajo dedicaba más de doce horas cada jornada sin obtener resultados alentadores.

Tanto la policía como la GM sospechaban que el sabotaje había sido perpetrado por un grupo de niñatos que esa noche habían brindado asistencia y apoyo al área de tecnología. Algunos habían sido detenidos e interrogados y, si bien el proceso judicial daba sus primeros pasos, ya tenían encima a las organizaciones ecologistas pidiendo por su libertad, incluida la propia Ana Morgan, que daba por segura la inocencia de sus chicos, ya que pertenecían a su empresa.

La presión de cada sector de la sociedad había logrado un efecto en el caso, porque ahora la investigación pasaba a segundo plano tanto para la policía local, por decisión de las autoridades españolas,

como para la Guardia Mundial, por resolución de La Firma. Aunque sus miembros estaban verdaderamente indignados, optaron por bajarle el tono al conflicto para evitar una escalada en el malestar de la sociedad. Si bien deberían postergar su plan por culpa de la filtración de esas imágenes, tarde o temprano lograrían instaurar un nuevo gobierno mundial. La Firma creía que lo más inteligente en este momento de crisis era aquietar las aguas. Si bien el caso en la GM no se cerraría, la presión había bajado y podrían enfocarse en otros temas, como la desaparición de una importante cantidad de semillas ocurrida recientemente en España. Y como ese caso no se lo habían asignado a Orión, al fin tendría un respiro.

En realidad, no necesitaba descansar, sino detenerse para meditar sobre lo sucedido con Eme y tomar una decisión al respecto; de ella no había sabido más nada. Estaba seguro de que, tras el sabotaje, los férreos controles aéreos y terrestres le habían impedido regresar a Francia. Por consiguiente, estaría escondida en algún lugar de España. Quería verla; tal vez, ayudarla, si lo necesitaba. Ya no soñaba con seguir una relación con ella; era evidente que se trataba de un imposible. Eme integraba el grupo de personas que arruinaron la reunión que él debió proteger.

Releyó las últimas hojas redactadas por el jefe de los agentes de la GM sobre la investigación. Se centró en el fragmento que tanto interés le despertaba y que tantas veces había leído.

—Al fin de cuentas, es el único dato que tengo —dijo al terminar la lectura.

Según la declaración, una guardia que cumplía funciones en el *lobby* durante la noche del sabotaje aseguraba haber visto a un joven rubio, alto y delgado hacer movimientos extraños en el salón, y que, minutos después del acto sedicioso, una muchacha de cabello moreno y pantalón bordó había tenido una actitud sospechosa. Según constaba en el acta, había hecho contacto visual con la recepcionista para luego marcharse por la puerta principal.

—Tengo sólo eso y todo eso —agregó Orión a su anterior comentario.

* * *

Habían transcurrido cinco días desde el hackeo al evento de La Firma, y Eme continuaba alejándose del epicentro policial en el que se había convertido la ciudad de Santiago. Avanzaba por el camino, en medio de la naturaleza. El verde circundante la ayudaba a sobrellevar el trance que le tocaba vivir; estar gran parte del día al aire libre le permitía sentirse un poco mejor. Durante los últimos días se limitaba a caminar, comer y buscar un lugar donde pernoctar; se había vuelto una experta en estas tres actividades. Su estado físico la ayudaba a avanzar sin dilaciones; pedir comidas nutritivas le permitía contar con más energía; apenas entraba a un pueblo, sabía elegir un buen lugar donde dormir. Por día, caminaba el doble de kilómetros con respecto a la ida y no le había salido ni una sola ampolla. Claro que no había vuelto a calzarse las zapatillas; se había limitado a avanzar con sandalias y medias, como una verdadera peregrina. Sus aprendizajes le permitían caminar mucho más, aunque también la empujaba el apuro por llegar a la casa de Pepi y Tomás. Su cabello había vuelto a ser pelirrojo, los lavados le iban quitando el tinte marrón y alejándola de la sospechosa muchacha morena. Respecto a su pase para el camino, no se lo habían vuelto a pedir, así que no sabía si aún estaba funcionando; y sólo se enteraría en el momento que un agente de la GM se lo pidiera durante el recorrido. Por lo pronto, seguía adelante mientras ansiaba llegar sana, salva.

Esa tarde, cuando las fuerzas se le agotaron, se detuvo en el primer caserío. En un bar, tomó un café y comió un trozo de queso con dulce. Recobró fuerza, pagó y partió. Estaba apurada; sabía que

se acercaba a su meta. Agradecía que la cuenta bancaria de su reloj siguiera funcionando para solventar su vida diaria; además, estaba segura de que Hache y el grupo de París seguían su itinerario a través de sus gastos, que les darían una ubicación aproximada.

Una hora después, cuando divisó la cúpula del monasterio de San Julián y se supo a pasos de El Gran Bocata, la embargó una gran emoción. Y le hizo ilusión imaginar que se reencontraría con Lhi, la chica que la había guiado a la casa de los Orozco. Tal vez, podría acompañarla en esta oportunidad. Avanzó por la calle de asfalto que la conducía al negocio, pero, cuando llegó a la puerta, por poco se larga a llorar. El lugar estaba cerrado con una faja que indicaba «CLAUSURADO». La situación le dio mala espina, no podía tratarse de nada bueno. Igual, ningún obstáculo podría interrumpir su marcha. Venía dando el máximo esfuerzo físico desde hacía cinco días y nada la detendría. Como que se llamaba Eme que ese día llegaría al predio de los Orozco. Necesitaba hacerlo, en La Arboleda estaba su última oportunidad.

Avanzó por las calles comerciales y de asfalto hasta que ingresó a los caminos anchos de tierra que daban a senderos pequeños. Y no se equivocó: en minutos atravesaba el bosque húmedo, con una vegetación densa y exuberante; otra vez caminaba por el estrecho pasadizo verde donde las paredes y el techo estaban formados por ramas y copas de árboles. Suspiró aliviada, estaba en la senda correcta.

Finalmente, ante sus ojos, apareció el alambrado al que había llegado con Lhi y buscó la abertura. Agachada, inclinándose levemente, lo traspasó y siguió marchando hasta llegar a la extensión de tierra despejada, con pasto y sin árboles. Sus ojos descubrieron la huerta y los frutales. Entonces, se largó a llorar. Había llegado, estaba a salvo. O, al menos, eso creía.

Enseguida se irguió y apareció ante sus ojos la imponente casa de piedra con madera y, alrededor, las cinco viviendas más

pequeñas. Le llamó la atención que no hubiera nadie trabajando la tierra. Frente a la puerta de doble hoja, golpeó. Unos segundos y apareció la figura amable de Tomás.

—*Aupa, neska!* ¡Eme! ¿Qué haces aquí? —dijo sorprendido y con una sonrisa.

Por detrás, apareció Pepi, que, como siempre, vestía jean y larga camisola blanca. Se acercaba con los brazos en alto, feliz, porque había escuchado la voz de la muchacha.

—¡Oh, oh…, pequeña Eme, qué hermosa sorpresa verte! Pero ¿cómo es que estás aquí? —preguntó y la estrechó en un abrazo.

—Ah, es una larga historia… vengo caminando desde Santiago de Compostela —dijo Eme respondiendo al abrazo.

—¡Desde allí! ¿Por qué? —Pepi no salía de su asombro.

—Pasa, niña, por favor, que te prepararé algo para reponer fuerzas —dijo Tomás y abrió la puerta de par en par para que ingresara.

Se sentaron en la mesa de la cocina y se pusieron al día con los acontecimientos de las últimas semanas. Tomás le sirvió un vaso de jugo de naranja y un platito con nueces. Pero Eme, conmocionada, sólo tomó unos tragos. Los relatos acapararon por completo la atención de los tres.

—Por las noticias, sabemos que todo salió bien. O casi todo. Nos enteramos de que detuvieron a algunos miembros del grupo —comentó Pepi.

—¡Oh, no lo sabía! ¿A quiénes? —preguntó Eme, inquieta.

—El chico belga y la muchacha mexicana —respondió al unísono la pareja. Los Orozco seguían de cerca el caso.

—¡Oh, pobre Bee! —exclamó angustiada, al recordarla. Juntas habían compartido momentos muy importantes.

—La opinión pública está en contra de las detenciones, pero La Firma quiere llevarlos a juicio —sentenció Tomás.

Eme rompió en llanto. Lo contenido durante días estallaba ahora; desde la noche del atentado ella se mantenía fuerte, pero, al sentirse entre gente querida, parecía haberse desplomado.

Pepi se puso de pie, se acercó y la abrazó.

—Oh, querida Eme, no te preocupes, ya sabes que El Sol nunca deja sola a su gente. Los ayudarán, sin dudas. Ha sido bueno que no te atraparan. Además, alégrate, por favor, dieron un golpe certero al corazón de La Firma.

Eme lloró durante unos instantes hasta que Pepi, al notar su desahogo, le consultó:

—Dime, niña…, ¿tienes problemas para volver a Francia? ¿Por qué regresaste aquí?

Eme explotó:

—Mi situación no está nada bien… Vine aquí porque ustedes son los únicos conocidos confiables que tengo en este país —respondió atacada por un nuevo desconsuelo.

Pero en esta ocasión se secó de inmediato las lágrimas y se dedicó a contarles detalles del porqué de su llegada a La Arboleda: los sucesos durante el evento, el descontrol posterior, Bee, su huida del hotel y la inmediata nulidad de los salvoconductos para salir de Compostela.

—Sin saber qué hacer empecé a caminar, y ya en la ruta decidí venir a verlos.

—Realmente debe haber sido apremiante la situación, salir del hotel sin saber a dónde ir…

—Lo fue, sí.

—¿Y ahora qué plan tienes?

—He pensado que podría quedarme con ustedes hasta que El Movimiento se ponga en contacto nuevamente conmigo para habilitarme el pasaje de regreso. ¿Ustedes podrían avisarles?

Pepi y Tomás se miraron.

—Tú no la pasaste nada bien en el hotel, pero aquí las cosas estuvieron bien marrones, por no decir negras.

—¿Qué sucedió? —preguntó sorprendida.

Hasta ese momento sólo habían hablado del sabotaje en La Luna de Santiago y de sus repercusiones, pero evidentemente en La Arboleda también habían ocurrido sucesos importantes.

—Por razones de seguridad, Eme, en este momento estamos incomunicados con la gente de El Sol.

—¡Oh! —exclamó preocupada.

—¡Hay tanto por contar! ¡Han sido tiempos en que las viejas placas de poder se han movido! Todos hemos sufrido, pero hemos logrado muchos avances significativos —dijo Pepi, satisfecha.

Tomás empezó el relato:

—Pudimos repartir las semillas a tiempo. El granero ahora está vacío.

—¡Oh, no lo puedo creer, qué buena noticia!

—Sí, fue un trabajo de relojería, muy bien coordinado, y estamos agradecidos de que todos los sacos llegaran a sus correspondientes destinos. Pero al día siguiente, vinieron agentes de la policía y de la GM —contó Pepi.

—En síntesis, niña, terminaron llevándose detenidos a cuatro habitantes de La Arboleda —agregó Tomás.

—¿Y los demás? ¿Y los niños?

—Aunque no tenían pruebas, se había desatado una persecución contra ellos, así que, en cuanto pudieron, se marcharon. La policía venía todos los días para interrogarlos. Pero no era un procedimiento normal ni ajustado a derecho. Los molestaban, los hostigaban, fue un calvario. Temían decir algo imprudente y que los llevaran presos.

—El matrimonio italiano que fue detenido tenía antecedentes por sedición, así que se los llevaron junto con Al, su hija. La pequeña quedó en guarda en una institución hasta que se dictamine qué se hará con los padres.

—¡Qué terrible! —exclamó Eme, impresionada por tanta noticia adversa.

—Aún siguen viniendo. La policía se presenta todos los días. Esta mañana pasaron por acá y, como siempre revisaron las casas y el granero. Y nos dejaron una amenaza encubierta —explicó Tomás.

—Es una tortura saber que cada día entrarán en la casa y husmearán entre nuestras cosas, aunque supongo que, por nuestra edad, presos no nos llevarán; lo cual es mucho —expresó Pepi con la mirada perdida.

Era claro que el matrimonio no la estaba pasando bien, sufría por las detenciones de sus compañeros y el hostigamiento diario.

—Entonces… —exhaló Eme apesadumbrada. Acababa de comprender que La Arboleda también se había vuelto un lugar inseguro.

Un nuevo abismo se abría ante ella. Parecía una pesadilla, había llegado buscando refugio y ahora…

—Así es, Eme querida, siento mucho que nuestro hogar sea peligroso para ti —Pepi completó la frase inconclusa de Eme.

—Quisiéramos ayudarte, pero vendrán mañana y pasado y la casa se convertiría en un sitio inseguro —razonó Tomás.

A Eme, el mundo se le desplomó.

—¡Debo irme ya mismo…! —dijo, y se incorporó de golpe, en estado de *shock.*

—¡Oh, no! Puedes quedarte a pasar la noche. Hoy ya no volverán —aseguró Pepi y, con dulzura, la tomó del brazo para guiarla nuevamente a su asiento. Luego, afirmó encantada—: Será hermoso mimarte aunque sea un poco.

—¿De veras puedo quedarme? ¿No les traeré problemas? —dijo Eme.

Tomás, al ver el estado de desasosiego de Eme, agregó con voz calma:

—Mira, pequeña, olvídate de todo y sólo piensa en el buen baño que te darás en la tina y en la rica empanada gallega que me pondré a cocinarte en este mismo momento. Habrá un buen vino en la mesa y luego tendrás una noche en paz en el cuarto de arriba.

Las palabras le dieron la tranquilidad que precisaba; por delante tenía varias horas para olvidarse de la pesadilla que estaba atravesando. Esa tarde y esa noche estaría al cobijo de Tomás y Pepi, de su casa. Pero ¿y mañana? Mañana sería otro día.

—Gracias… —dijo. Y fue la sentida y única palabra que salió de su boca. Otra vez tenía los ojos con lágrimas.

—¡Vamos, muchacha, alégrate, que aquí estamos otra vez juntos! —exclamó Pepi para aplacar la congoja de Eme.

—Y por comer algo rico que les haré yo —sumó Tomás con una carcajada.

Pepi y Tomás también tenían sus propios monstruos que buscaban alcanzarlos. Pero, aun así, Eme los veía reír; ellos no perdían la alegría ni la paz. Entonces, se dijo para sí: «Paso a paso». Y decidió hacer lo mismo que ellos y aceptar el baño de inmersión que le habían propuesto.

En pocos minutos, sumergida en el agua, pensaba en su vida y en la serie de cambios y acontecimientos que venían suscitándose. Y allí, en medio de la tranquilidad, volvió a amigarse con su entretenida existencia. Sí, tenía que reconocerlo: por momentos, sentía miedo, pero actuaba de acuerdo a su elección. Ya llegaría el tiempo de volver a París, de ver a Orión, de… ya llegaría.

Cuando terminó, repitió el rito de lavar las prendas que había usado durante la jornada de caminata, y se puso las que había lavado la noche anterior. Las costumbres del camino se habían adherido a su ser. Pero su ropa empezaba a ponerse vieja, deslucida.

Luego, bajó a la cocina.

Pepi la vio entrar y le propuso:

—Hice una infusión de menta para las dos. ¿Quieres que la tomemos sentadas en la galería? Así le dejamos la cocina a Tomás, que ya sabes el lío que monta cuando cocina.

Eme sonrió. Claro que lo sabía; había visto la tracalada de ollas y sartenes sucias que dejaba en el fregadero y cómo, en medio de ese caos, hacía aparecer una exquisita comida.

—Es el precio que debemos pagar por sus delicias —dijo Pepi riendo.

Salieron tomadas del brazo y caminando lento.

Bebieron el té en silencio, disfrutando del atardecer, de la preciosa vista que les regalaban los frutales. Los naranjos y mandarinos lucían cargados de frutas.

Pepi notaba triste y preocupada a Eme. Descorazonada.

—Tienes que quedarte tranquila. Es cuestión de tiempo. En breve contarás con los pasajes y las autorizaciones. El Movimiento no te dejará sola, ya verás que se contactarán contigo. Hallarán la forma de respaldarte, de ponerte a salvo rumbo a París.

—Lo sé. La demora, imagino, obedece a cuestiones de seguridad. La persecución obliga a tomar más recaudos. El ambiente es peligroso.

—Exactamente, pequeña.

Pero Pepi veía algo más en el rostro de Eme, otra clase de preocupación y tristeza.

—¿Te sientes bien físicamente? ¿Sucede otra cosa?

—Oh, sí, estoy muy bien. Sólo que a veces reniego de algunas situaciones. Hubiera querido que ciertos hechos se den de manera diferente.

—Lo que sucede conviene. ¿Recuerdas el dicho?

—Te juro que la mayoría de las veces lo aplico, pero, en una situación concreta de mi vida, te aseguro, hubiera sido mejor que saliera diferente. Porque lo que sucedió, realmente, no conviene.

—Hum, ¿acaso hay sentimientos de por medio? —indagó Pepi, que percibía en Eme la melancolía y la desazón propias de los amores contrariados.

—Sí… —reconoció Eme con un suspiro.

—¿Se trata de un hombre? ¿Quedó en París?

A Eme se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Es español, lo conocí aquí… Nos enamoramos.

—Estos españoles rompecorazones… —dijo sonriendo al pensar en su esposo. Luego, poniéndose seria, añadió—: Quédate tranquila, porque no importa los kilómetros que los separen, los verdaderos sentimientos siempre buscan su cauce y, como los ríos, son imparables.

—Pero… —rebatió Eme— en este caso… tal vez lo mejor será que nunca encuentre el curso.

—¡No digas eso! Hablar así es lo que te pone triste.

—¡Pero él es agente de la GM! —largó Eme con pesar—. Y no toma su tarea como un simple trabajo, sino que cree en los ideales de ese sistema perverso.

Pepi quedó estupefacta por unos instantes. Pasado el impacto del primer momento, se animó a preguntar:

—¿Cómo se supone que lo conociste y te enamoraste?

—En el Camino de Santiago. Ninguno sabía qué ideas tenía el otro y cuán comprometido estaba cada uno. Cuando lo supimos, era demasiado tarde.

Pepi levantó las cejas y se quedó en silencio. Tenía que pensar muy bien qué decirle. Esperó un momento de inspiración, no deseaba hablar por hablar, necesitaba un buen consejo y ella aún no lo tenía. En silencio, y cada una absorta en sus propios pensamientos, miraban el mismo horizonte y los ojos de ambas se detuvieron en los naranjales.

Eme, queriendo huir de los pensamientos sobre Orión, que no tenían solución, se centró en las naranjas y dijo:

—Están repletos…

Mirarlas le daba cierto placer.

—Sí, es una pena que no haya nadie en La Arboleda para cosechar las frutas. Antes, niña, éramos tantos que no nos sobraba nada, porque, tú sabés, las consumíamos al pie del árbol o preparábamos conservas para el resto del año.

—Tú y Tomás, ¿cómo llevan la vida solos? ¿Extrañan mucho a los demás?

—Oh, sí. Todavía no nos acostumbramos. Yo solía ir con los niños a cosechar las naranjas y las mandarinas. Ahora nos hemos quedado solos… A veces me recuerda a la época en que murió nuestro hijo.

Eme, al notar cómo crecía su tristeza, le propuso:

—Vamos juntas y nos comemos una.

—Buena idea —aceptó Pepi y se puso de pie. El plan le había gustado.

Debajo del árbol, cortaron una mandarina para cada una y la comieron con ganas. Luego otra y otra. Terminaron jugando a arrojarse trocitos de cáscaras mientras sonreían.

—¡Están muy dulces!

—Siempre lo son.

Era un momento agradable. Rodeadas de naturaleza, el sol les regalaba sus últimos rayos de la tarde volviendo dorado el entorno. La camisola de Pepi refulgía, como la remera de Eme.

Pepi le dijo:

—¿Te has dado cuenta de cómo este árbol siempre sabe lo que debe hacer? Toma agua y nutrientes de la tierra, pone su empeño y fuerza para darnos mandarinas. Él nunca se equivoca, ni se olvida de tomar agua, no se desgana, siempre pone lo mejor de sí y el fruto aparece… La naturaleza es así. Hace lo que debe.

—Ojalá los seres humanos supiéramos hacerlo tan bien —dijo Eme, pensativa.

—Si las personas tuvieran el sentido de perpetuidad que tienen los árboles, se equivocarían menos.

—Explícame mejor a qué te refieres con «perpetuidad» —pidió Eme.

—Si dejáramos de creer que nuestra existencia acaba cuando morimos… si entendiéramos que el alma nunca desaparecerá… si comprendiéramos que somos seres perpetuos que nunca dejaremos de existir. Entonces, Eme, haríamos realmente lo que debemos.

—¿Qué crees que haríamos si entendiéramos que somos eternos?

—Dos cosas muy claras. La primera: iríamos tras lo que nos hace felices, porque lo único que nos acompañará por siempre serán los recuerdos de esos momentos, y dejaríamos de perseguir banalidades. Y la segunda: una vez que entendiéramos que somos eternos y que nos vamos a tener a nosotros mismos como eterna compañía, nuestra prioridad sería ser mejores personas.

—Entiendo… nadie quiere por compañía a una mala persona. No se debe vivir bien. Si vamos a acompañarnos a nosotros mismos por la eternidad, más vale no acumular culpas y maldades —dijo Eme.

—¡Lo has entendido! Y esto lleva a una idea más grande aún: si cada uno entendiera que nunca morirá, sino que sólo cambiará de plano, te aseguro que, al preocuparse de ser mejor persona, el mundo entero sería un lugar más disfrutable —expresó Pepi, contenta, al descubrir que Eme lo había captado.

—Si los seres humanos comprendiéramos que somos inmortales, el mundo se transformaría radicalmente. Aspiraríamos a ser mejores personas, ya que seremos nuestra propia compañía por toda la eternidad. Así, el mundo sería más armonioso, sería un mundo mejor… —Eme redondeó la idea para demostrarle a la mujer que había comprendido.

—Es una idea que te cambiará la perspectiva que tienes de la vida. Ojalá todos lo entendieran… Pero si al menos tú lo has

comprendido, hoy hemos dado un gran paso.

Eme sonrió. Entonces, Pepi consideró que era el momento justo para abordar el tema de su amor contrariado con el hombre de la GM. Más lo pensaba y más le costaba imaginar cómo se había dado semejante atracción entre dos seres tan opuestos.

—Mira, Eme, tú no has nacido para hacerte cargo de aquello que los demás deciden creer y hacer durante su existencia. Tú has nacido para dirigir sólo la tuya. La elección de vida es personal, de cada uno. Tú explicas, tratas de dar luz, pero si el resultado esperado no aparece, no debes preocuparte porque la verdadera responsabilidad sólo la tienes contigo. Tú debes sacar adelante tu vida, ser mejor, entender.

—¿Me lo dices por Orión?

—¿Así se llama el hombre de quien te has enamorado?

—Sí.

—Lo digo por Orión. Si él no quiere cambiar, no cambiará; y tú no naciste para convencerlo. Claro que estará en ti aceptarlo o no. Pero te diré algo: el amor encuentra caminos impensados para acomodar lo que parece estar patas para arriba; ten paciencia, Eme, lo digo pensando en mi propia historia.

Eme asintió con la cabeza. La charla había sido fructífera.

—¿Una mandarina más? —preguntó Pepi.

—Sí, siempre que prometas no lanzarme cáscaras —aceptó Eme sonriendo.

—Te lo prometo. ¡Pero la última, eh! Si no, cuando no comamos la empanada gallega por culpa de las frutas, Tomás nos matará.

Las dos empezaron a reír. Eme pensaba que la tarde había sido productiva. Aunque al día siguiente tuviera que marcharse, había valido la pena la larga travesía hasta La Arboleda. El Camino de Santiago era así: ponía, ante las personas que lo transitaban, lo que estaban necesitando. Eso decía la leyenda, que, en el caso de Eme, se cumplía con creces. Porque, tanto la primera como la segunda

vez que lo recorrió, el universo abría la mano y le daba lo que ella precisaba.

* * *

El pequeño grupo de tres reunido en la cocina de La Arboleda comía la deliciosa empanada gallega. Pepi había puesto música en un viejo equipo del año 2020.

—Este aparato pertenece a la época de la primera pandemia… Y aquí está, firme y funcionando como nosotros.

A Eme le divertía escuchar en esa reliquia las mismas canciones que ella había encontrado en el viejo teléfono que compró en París, en la casa de antigüedades. Esa noche, en la cocina, sonaba «Dernière danse». Para asombro de Eme, Pepi había elegido ese tema especialmente para ella porque lo interpretaba una francesita que bailaba y volaba por París. Había elecciones que unían puntos que no tenían una explicación racional; aunque sí la había en el mundo invisible.

La charla fluía amena, cordial; la pareja buscaba el modo de ayudarla.

—Creo —dijo Tomás, que le ofrecía su consejo— que lo mejor será que mañana partas rumbo a Triacastela, que es una ciudad grande. Allí o en el pueblo siguiente, Eme, seguramente te contactarán para darte indicaciones con respecto a tu pasaje.

—De todas formas, yo intentaré comunicarme sin llamar la atención para avisarles que andas por la zona —señaló Pepi.

—Ellos deben saberlo porque estoy gastando dinero de la cuenta y las compras muestran por dónde me muevo.

La velada avanzaba y el plan de Eme se iba perfilando; deseaba no alejarse de la zona, pero, a veces, el destino acomodaba a su antojo los detalles. Porque… lo que sucede conviene.

Esa noche, el trío que conformaban la pareja mayor y la joven francesa terminó de comer la empanada gallega. Las mujeres empezaron a sonreír al ver que Tomás hacía aparecer una segunda comida. Sobre una fuente asomaba una gran tortilla de papa, que también había preparado mientras las dos caminaban por el parque. Después de tanta fruta, no les cabía ni un solo trocito; le ofrecieron sus disculpas por el desaire al cocinero; pero en medio de sus justificaciones explotaban en risas, y le tenían que contar la verdad. Tomás refunfuñaba, pero sólo por unos instantes, porque los tres deseaban pasar un buen momento. Y por unas horas lo lograban, se olvidaban de que, afuera, La Firma buscaba que se perdiera esa escena feliz y muchas otras de esa misma naturaleza. Era el precio que sus inescrupulosos integrantes deseaban que la gente pagara para ellos poder dominar el planeta, con el único objetivo de aumentar sus ganancias. Querían que su comida ultraprocesada y la tecnología vinieran a reemplazar los alimentos reales y la comunión entre las personas porque ese cambio les convenía económicamente.

Claro que La Firma no contaba con que, a veces, esos minutos felices entre la gente de buen corazón tenían la fuerza de la tempestad y eran capaces de cambiar situaciones en el futuro. Porque las piezas del puzle se movían y se acomodaban de manera diferente. El tapiz de la vida unía los hilos formando nuevos dibujos; algunos, impensados.

CAPÍTULO 29

LA LECHE

La Hispania, año 31 a. C.

En el campamento de la mina de plata, Junia se buscaba actividades para evitar atender al pequeño Fabio Segundo. El niño no se dormía fácilmente, y lloraba bastante. La situación la extenuaba; al principio, había intentado tratarlo bien, mecerlo y hasta besarlo, pero, como sus acciones no daban resultados, decidió cederles la responsabilidad a las esclavas, quienes a menudo se disputaban al niño para tenerlo en brazos. El sosiego y el sueño llegaban cuando lo acostaban en la camita instalada a la intemperie, pero sólo servía por las tardes, durante las siestas.

Aunque llevaban bastante tiempo instalados en el campamento, la casa prometida ni siquiera se había empezado a construir y seguían durmiendo en la tienda que, muy a menudo, recibía la visita de roedores. Como no eran bienvenidos, Junia gritaba de espanto.

Pero no todo era malo allí. Esa mañana, temprano, cuando todavía estaban en la tienda, llegó la respuesta a la carta que su esposo había enviado al emperador.

Como principal interesada, Junia se puso en alerta. Su marido la leyó y en dos palabras le contó que Octavio lo autorizaba a deshacerse de quien quisiera bajo la condición de que los resultados económicos fueran tan buenos como en Las Médulas.

—¿Cómo quiere que consigamos los mismos resultados, si esta es una mina de plata y no de oro? —rezongó Ovidio Fabio, molesto.

En realidad, estaba contrariado porque el emperador había aceptado así, sin más, una petición a la que bien podría haberse negado. Sin pretexto para contradecirla, Junia le exigiría deshacerse del centurión.

—No te preocupes, esposo, él sabe que es de plata. Sólo quiere sacar el máximo provecho, y tú lo lograrás —aseguró Junia, satisfecha, y buscó abrazarlo. Si habían logrado tener sexo en Las Médulas antes de salir, bien podían lograrlo de nuevo.

En esta oportunidad, sin embargo, su esposo no estaba de humor. Esquivó el abrazo y, alejándose de Junia, se marchó alegando que lo esperaban en la mina.

Junia se quedó pensando en actos de seducción que le permitieran repetir el encuentro sexual que habían tenido en Las Médulas. Una idea llevó a la otra y entonces se dio cuenta de que, entre tanto viaje y mudanza, por primera vez en la vida su período no le había llegado.

Completamente asombrada, meditó sobre los síntomas que estaba advirtiendo en su cuerpo y tuvo ganas de llorar de alegría. ¿Acaso, al fin, se había consumado su embarazo? De inmediato asumió que sería un hijo de Ovidio Fabio. Aunque luego recordó que antes de escaparse con el niño, por pena hacia Publio, había cedido, le había dado con el gusto y habían terminado teniendo sexo en el cuarto de lavado. La duda sobre la paternidad se instaló en su cabeza. Como fuera, si sus cálculos estaban en lo cierto, había recibido la más maravillosa revelación, aunque no diría nada hasta estar completamente segura.

* * *

A poca distancia de allí, cerca del campamento, Cazue se cruzó con un soldado romano y le preguntó por la mina de plata. Ya no temía a los hombres del ejército, a los aldeanos, a nadie ni a nada. Después de todo lo que había enfrentado durante el viaje, en ella había surgido una nueva valentía.

Escuchó las indicaciones que el uniformado le dio y, ansiosa, se dirigió al lugar donde estaba su hijo.

Sorprendida por la extensión del campamento, no supo por dónde empezar, pero decidió recorrerlo. Llevaba un rato cuando divisó las tiendas. Escondida entre los matorrales, fue acercándose; asomó la cabeza y, a lo lejos, vio una cunita; el corazón le dio un vuelco. Inmóvil, conteniendo la respiración, observó durante un largo rato la escena. De repente, oyó el llanto de una criatura y tuvo que morderse la mano hasta hacerla sangrar para evitar que sus pies no se fueran directo al lugar de donde provenía. Ella le conocía la voz. Era él, lo había encontrado, su pequeño estaba allí. Su lloro era música para sus oídos. «Aguí, bebito mío, sólo un poquito más y te tomaré en brazos y consolaré tu llanto.»

Cayó de rodillas y, al abrigo de las plantas, lloró amargamente, pero con lágrimas dulces porque lo había perdido y ahora lo había encontrado.

Quería ir a buscarlo en ese mismo momento, pero no podía. Primero, debería descansar lo suficiente; y luego, armar un plan infalible porque si Junia o sus esclavas la reconocían, las autoridades del campamento podrían impedirle la entrada o, peor aún, apresarla. Ya sabía ella cómo podían ser los romanos con los de su pueblo. Por eso, entendió que, después de tanto sacrificio, no podía perder la única oportunidad de recuperarlo. Sus pies cansados regresaron al bosque, aunque esta vez no penetraron hasta las arboledas profundas, sino que permanecieron bajo las primeras copas verdes. «Última noche sin ti, hijito mío. Mañana dormiremos abrazados, entre los árboles, pero abrazados», se aferró a ese pensamiento

antes de quedarse dormida con la paz de los que cumplen sus promesas, con la calma de haber llegado hasta el pequeño.

* * *

Muy temprano en la mañana, la caravana compuesta por soldados del ejército romano al mando de Claudio Sexto se detuvo en el campamento del noroeste. Los quince hombres habían llegado a la mina de plata.

Cazue, que espiaba las tiendas desde la primera claridad, esperaba que se le presentara una oportunidad para llevarse a su hijo. Durante su inspección incesante, entre varias figuras, divisó una de cabellos rojos. Miró mejor y no pudo creerlo. ¡Publio! ¿Qué hacía Publio allí? ¿Cuándo había llegado? Asumió que, tal vez, podría ayudarla, pero enseguida desechó la idea porque de ese romano nunca provenía nada bueno; no para ella. No se fiaría de ese hombre de cabellos rojos que tanto sufrimiento le había causado.

Los soldados que acababan de llegar intentaban acomodarse en el campamento. Su arribo no pasaba desapercibido entre las tiendas; y menos en la del ingeniero y su esposa, quienes, al escuchar comentarios sobre la visita de Claudio Sexto y sus hombres, se alborotaron en gran manera. Él se agitaba porque la proximidad con ese hombre movía los cimientos de su vida entera; ella, porque deseaba que su marido actuara rápidamente conforme a la carta del emperador.

Ovidio Fabio se vistió apurado y salió de la tienda, pero no pudo ir muy lejos porque Claudio Sexto ya estaba en la entrada, aguardándolo.

El centurión le había pedido a Publio que le permitiera hablar primero.

En el interior, Junia escuchaba con atención.

—Has vuelto demasiado rápido. Debías esperar órdenes —le señaló Ovidio Fabio.

—Cuento con la correspondiente instrucción, por eso vine. No necesito que me digan qué debo hacer, lo sé muy bien —contestó el centurión contrariado por el tono que acababa de oír. No era precisamente el de una bienvenida.

—Pero hay nuevas órdenes —insistió el ingeniero.

—¿Nuevas?

—Así es, no podrás quedarte. Lo establece el emperador Octavio.

—No te creo —dijo, tajante, Claudio Sexto.

Ovidio Fabio pensaba que lo mejor sería que el centurión se fuera de la mina. Luego, él podría viajar a Las Médulas y allí, como venía planeando, retomarían la relación con tranquilidad. Por ahora, con su mujer y el niño a pocos pasos no podía hacer otra cosa que seguir con este teatro.

—Recibí una carta del emperador, llegó ayer.

—Dudo de que tengas esa carta —señaló Claudio Sexto, que estaba dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias. La relación se definía hoy y ahora.

Junia, que oía la conversación, decidió salir de la tienda y, para causar más apremio, lo hizo con el niño en brazos y con la carta en la mano.

—Aquí está —dijo ella mientras se la extendía a su esposo.

Aunque a Ovidio Fabio no le gustó la aparición de su mujer en esta escena, no le quedó otra cosa que aceptarla y tomar la misiva entre sus manos; pero se cuidó de no entregársela a Claudio Sexto, que le preguntó:

—¿Por qué no me la muestras? ¿Acaso Octavio ha dejado la decisión en tus manos y por eso no quieres que la lea?

Ovidio Fabio se sintió descubierto. Claudio Sexto se acercó y le extendió la mano, pidiéndosela. Él no pudo negársela, no iban a forcejear. Se la dio.

El hombre la leyó; era corta y clara. Cuando la terminó, levantó la vista y expresó:

—¿Entonces has decidido que me vaya? Porque veo que la última palabra la tienes tú.

—No seas tan intolerante —se defendió el esposo de Junia.

Pero él se había olvidado de que, más allá de la relación que los unía, Claudio Sexto era un soldado al que no le agradaba este tipo de retraídas imprevistas con aroma a traición. Estalló:

—¡Decide de una vez, ingeniero! ¡¿Has resuelto que me vaya?! —lo increpó de manera distante. Luego agregó—: Porque si me dices que sí, me iré a Las Médulas. ¿Qué digo? Me iré a Roma y no me verás más. ¡Te oigo!

Pronunció la última frase con un grito tan fuerte que la criatura que Junia mecía en los brazos se sobresaltó y comenzó a llorar, tal su costumbre.

—Molestas al niño, ya vete —dijo Junia, que seguía atenta a la conversación.

Pero ella parecía no existir para los hombres, porque, aunque no pronunciaban palabra, no dejaban de mirarse. Ambos tenían claro que se estaba decidiendo su futuro.

A Ovidio Fabio, el llanto del niño le resultaba ensordecedor.

Ella lo depositó en la camita de madera que estaba en la puerta de la tienda, donde siempre se calmaba. En este momento decisivo no podía prestarle atención al niño; su mirada se concentraba en la inmovilidad de su marido y el militar, pero la quietud se le hacía eterna.

Al fin, ante la inacción de su amante, Claudio Sexto exclamó:

—Me marcho.

La frase sorprendió a Ovidio Fabio, que buscó asirse de lo que fuera para que la relación no concluyera abruptamente.

—No puedes partir de inmediato, recién llegas y necesitas reposar al menos un día —argumentó convencido de que, si se

tomaba un tiempo para reponerse, podrían hablar e, incluso, programar un viaje a Las Médulas, cuando fuera sin Junia.

—No pienso descansar, me iré ahora mismo.

Claudio Sexto empezó a caminar hacia la caballeriza; elegiría un animal fresco y se marcharía.

Se había alejado varios pasos cuando, atacado por la rabia, se dio la vuelta y le espetó en un grito:

—¿Estás seguro de que ese niño es hijo tuyo?

El ambiente se tiñó de tensión.

—¿Cómo te atreves? —gritó Junia de inmediato.

Ovidio Fabio la miró molesto y le dijo:

—Calla, mujer, se supone que soy yo quien debe defenderte.

—¡Pero no lo haces!

—¡Porque antes hablaste tú!

—¡Lo hice porque te quedaste callado!

Mientras el matrimonio discutía, Claudio Sexto se alejaba y Publio se aproximaba.

La imagen de cabello rojo espantó a Junia, que calló de inmediato. «¿Qué hace aquí, en la mina de plata?», pensó.

Publio se acercó a la pareja. No se había presentado antes porque le había dado prioridad a Claudio Sexto, pero ya iba siendo tiempo de arreglar cuentas con esa mujer que tan mal le había pagado. Para eso se había tomado la molestia de realizar el viaje, aunque tenía que reconocer que tan mal no la había pasado, le había agradado cocinar al aire libre, charlar con los hombres y, por la noche, entonar canciones frente al fuego. Pero ahora el rencor y el despecho lo consumían. Frente a la mujer sorprendida, exclamó:

—Sí, Junia, soy yo y vengo por mi hijo.

—Ese no es tu hijo —dijo ella.

—¿Cómo que no? Basta con mirar nuestros cabellos, son idénticos.

Publio se dedicó a darle un par de detalles más mientras Junia le exigía que se marchara.

La conversación que el proveedor de Las Médulas mantenía con su esposa rompía en mil pedazos el mundo que Ovidio Fabio había creado en ese nuevo paraje, junto a un hijo. Ese universo por el que tan alto precio acababa de pagar se hacía añicos como las piedras de sus minas. Creyó volverse loco, explotó:

—¿Acaso el niño les pertenece?

—¡Claro que no! ¡Me acosté con él, pero no tuvimos un hijo! —exclamó Junia, y enseguida se dio cuenta del grave error que había cometido.

Publio no se detuvo y continuó echándole en cara cada uno de sus engaños: apareció el nombre «Cazue», la palabra «aldeana», la frase «Te entregué al niño». Ella se defendía.

Pero a Ovidio Fabio nada de lo que esos dos se reprochaban le interesaba, y ya no quiso escuchar más. Si no le había interesado antes, cuando todavía creía en el mundo de fantasía que ella le había vendido, menos ahora, que oía las explicaciones certeras del proveedor. Y mucho menos aún, cuando divisaba que la imagen de Claudio Sexto desaparecía de su horizonte.

Ovidio Fabio empezó a correr en dirección a la caballeriza, donde creía que el centurión aún se hallaba ensillando un caballo.

Su matrimonio era una farsa; su paternidad, también. Lo único real que tenía se estaba yendo del campamento, se le escurría como agua entre los dedos y, como le había advertido, probablemente terminara en Roma y no lo vería nunca más. ¡No podía dejar escapar la posibilidad de vivir una existencia de verdad!

Publio y Junia seguían la discusión. Ella trataba de dejar bien parada su figura ante los oídos de su marido hasta que se percató de que su esposo corría y salió detrás. Necesitaba contarle que había descubierto que estaba embarazada. Lo alcanzó y se lo dijo,

pero él apenas detuvo su marcha y luego prosiguió como si nada. No le había creído. Junia era una experta mentirosa.

Cazue, que desde su escondite seguía con interés todos los movimientos, intuyó que al fin se le había presentado la oportunidad que estaba esperando desde su llegada. Enceguecida, inició su marcha en dirección a Aguí convencida de que tenía que llegar hasta él antes de que Junia regresara. Por el momento, perseguía a su esposo.

Con Junia lejos, Publio reparó en el niño. Aunque ya no lloraba, sí hipaba con fuerza a causa del prolongado llanto. Lo tomó en brazos y lo arrulló con dulzura.

Cazue, que iba hacia ellos, se detuvo en seco cuando vio esa imagen. Había algo tremendamente tierno en esa escena; se trataba de un momento dulce con el que siempre había soñado, pero ahora que al fin lo tenía enfrente, ya no le interesaba. Era tarde.

Siguió avanzando, pero esta vez ella comenzó a correr. Publio arrullaba y mecía delicadamente a su hijo, lo que a ella le provocaba alegría, pero también envidia. Mientras adelantaba, un temor vino a sumarse a los sentimientos que ya tenían a maltraer a su corazón. Una idea terrible la abrumó: «¿Y si vino para llevarse al niño?». El último tramo se le hizo eterno, pero logró llegar hasta Publio. Cazue sabía que, para que todo saliera bien, debía moverse con rapidez, no podía perder tiempo. Pero desconocía cómo reaccionaría él ante su presencia, o si apoyaría su decisión.

Se contemplaron por un instante y sus miradas dijeron cientos de palabras.

Él: «¡Cazue está aquí, llegó! ¡Hizo el largo viaje y lo logró!».

Ella: «¿Publio, que haces aquí? ¿Me das al niño?».

—¡Entrégamelo!

—Tranquila, te lo daré —aceptó, ofreciéndole la respuesta a la pregunta que había leído en los ojos marrones.

Ella se aproximó aún más y él se lo entregó.

Cazue no le agradeció, ni siquiera emitió sonido, pero le sostuvo la vista. Fue una mirada extraña que Publio no pudo descifrar, una que lo perseguiría durante muchos años y que recordaría de viejo. Porque él, que era el hombre malo, en esa mirada se había convertido en el hombre bueno. Por unos momentos había pasado de ser uno para transformarse en otro, pero sólo por esos instantes. Publio buscaría durante toda su vida miradas como esa, pero nunca volvería a encontrarlas. Sólo corazones como el de Cazue tenían el poder de brindarlas.

—¡Vete, llévatelo! ¡Vete!

Cazue lo tomó en sus brazos y tuvo la sensación de que le devolvían una parte de su corazón, ese que ahora volvía a latir al unísono con el del niño. Y juntos, se hacían uno en un abrazo.

Quería llorar, gritar, reír, bailar.

Pero no pudo hacer nada de eso. Porque sabía que debía llevárselo y huir muy lejos de allí.

Ella, mirando a Publio, sólo asintió y, con el niño en brazos, emprendió la carrera. Como no conocía el campamento, no sabía bien hacia dónde dirigirse para alejarse lo más rápido posible sin toparse con Junia. En su marcha torpe se cruzó con una de las esclavas, y temió que la delatara con gritos de alerta. En cambio, al reconocerla de Las Médulas, con un gesto de aprobación le indicó por dónde podría salir sin peligro. El hombre bueno, esta vez con rostro de mujer, se había vuelto a cruzar en su camino. Ella corrió con su tesoro en brazos. Corrió, corrió y corrió.

Y corrió.

Recién se detuvo cuando las fuerzas le fallaron. Para ese entonces, estaba muy lejos del campamento. Cobijada por el bosque negro, se sentó bajo un árbol y acomodó a su hijo en el regazo. Le miró los ojos, se abrió el vestido y lo prendió a su pecho. El pequeño dudó. Ella se desesperó, pero sólo fue por un instante porque enseguida él hizo lo que debía y madre e hijo cumplieron con el

primer ritual de los seres humanos. Cazue le daba su leche y Aguí la tomaba. Un tiempo sin tiempo los envolvió.

¿Había mucho por enfrentar? Sí, tenía un largo viaje por delante, pero este momento era sublime. Además, ella conocía el camino.

Deseaba llegar cuanto antes a la casa de Caleyano, a la morada de la montaña verde, el sitio del que nunca tendría que haberse ido. Si hubiera permanecido allí, jamás habría conocido el dolor como lo hizo. Pero el precio era haber tenido ese hijo, así que lo pagaba gustosa.

EL CEREZO

El cerezo es un árbol vigoroso que puede llegar a los quince metros de altura. Tiene muchos brotes cortos, donde crecen las flores y los frutos. Es resistente al frío invernal y vive cerca de cien años.

PROPIEDADES: se dice que los pedúnculos de las cerezas tienen gran poder antirreumático y son buenos para el tratamiento de várices.

Simboliza la vida y la muerte, la belleza y la violencia. Recuerda que la vida es fugaz. En Japón, simboliza el amor y el romance.

CAPÍTULO 30

EL CEREZO

Samos, año 2055

Esa tarde, cuando Orión se despidió de su superior de área, lo hizo satisfecho. Acababa de solicitarle una semana de descanso —de las adeudadas— y se la había concedido. Su jefe, Iñaki, le había dicho: «Insiste, que te dirán que sí. Claro, cómo no hacerlo si le debían meses acumulados por su extremo apego al trabajo. En esta ocasión, no necesitaba vacaciones, requería tiempo para averiguar sobre Eme y su paradero. Consideraba la posibilidad de que hubiera usado algún salvoconducto gestionado por el grupo rebelde para escapar de las autoridades y ya estuviese en París. Pero, si aún permanecía en España, quería encontrarla para brindarle ayuda y protección. Tenía la certeza de que ya no estaba en Compostela porque, tras el sabotaje, tanto la policía local como la GM habían rastrillado sin cesar la ciudad, exigiendo identificación a través de los chips. Y Eme no constaba entre los veinte detenidos que no lo llevaban implantado. Cada día se volvía inevitable portar un chip para identificarse. Las autoridades presionaban para hacer extensivo y obligatorio su uso con un argumento simplista: muchos delitos se endilgaban a inocentes sin chip, personas que intentaban mantenerse fuera del sistema pero que, a la postre, acababan enjuiciados como los principales sospechosos.

Orión caminó hasta su departamento mientras el sol de la tarde le daba en la cara. Pero el estrés no le permitía disfrutarlo, ni siquiera se percataba de que estaba allí, brindándole su tibieza. Necesitaba decidir por dónde empezar la búsqueda de Eme. Por su cargo, tenía acceso a la información que considerara pertinente, pero para ello resultaba imprescindible contar con una punta del ovillo.

En su casa, durante una breve pausa, razonó: si Eme hubiera huido, ¿hacia dónde se hubiese dirigido? A Madrid, imposible; era un hervidero de controles. Entonces una idea vino clara a su mente: tenía que haberse refugiado en lugares ya conocidos durante su estadía en España, regresar a lo que le resultaba familiar. Y desandar el Camino de Santiago parecía una posibilidad cierta para una persona que podía camuflarse perfectamente con el paisaje; además, contaba con permiso legal para transitar como peregrina. O había logrado volver a Francia, u otra vez estaba en el camino.

Pero el trayecto era larguísimo. Y él no iba a salir a tontas y a locas, ni siquiera tenía sentido recorrerlo en auto. Le pareció buena idea ver las filmaciones de las cámaras ubicadas en los principales pueblos del camino, aquellos por donde ellos habían andado. Decidió hablar con Iñaki para que lo autorizaran y le facilitaran la clave de acceso al material de videovigilancia. Cerró los ojos y entró en línea. La conversación con su jefe, en esta ocasión, fue auditiva y no mental.

Al principio, cuando se implementó el uso del nuevo sistema, a Orión le había sido difícil conversar de manera mental, pero, a fuerza de práctica y costumbre, sentía que era más incómodo hablar. Todavía se decía «hablar por teléfono», pero era una frase heredada de otros tiempos, porque, en realidad, todo pasaba por la mente. Tuvo que reconocer que, en algunos temas, Eme tenía razón: cada día los humanos se volvían más encerrados en sí mismos y en ese

aislamiento sólo compartían tiempo con Perla o algún otro ser tecnológico de su predilección.

En dos palabras le explicó a Iñaki que necesitaba acceso a las imágenes de seguridad. Su jefe, divertido, le dijo: «¡Eres incorregible! ¡Estás de vacaciones y sigues trabajando!». Que creyera lo que quisiera, él no pensaba revelarle qué buscaba en esas filmaciones.

En pocos minutos, con los ojos cerrados y la mente alerta, Orión escudriñaba las calles de Arzúa, Melide, Puertomarín y otros. Recordó la escena de la despedida en el albergue de Triacastela. Se había negado a esperarlo porque se había comprometido a visitar el lugar donde vivían unos conocidos de sus amistades francesas. Se concentró en esa zona y, en particular, en las calles de los bares y sitios donde pudiera descansar y reponer energía. Además, si Eme había vuelto al camino, ya contaba con la experiencia de su primera travesía y, a estas alturas, entonces, habría descubierto que lo mejor era pernoctar en albergues ubicados en la entrada de los pueblos para asegurarse un lugar y, de no conseguirlo, continuar golpeando puertas en los siguientes poblados. Su pesquisa fue prolongada.

Miró el reloj, la hora había pasado, la ventana mostraba que la noche había caído en la ciudad de Compostela y él seguía buscando su aguja en el pajar. Tal vez, lo mejor fuera retomarla al día siguiente.

* * *

Esa mañana, Eme partió de La Arboleda cuando aún reinaba la oscuridad, pero estaba contenta. Tal como le había anunciado Tomás, ella se había olvidado de toda preocupación dedicándose a disfrutar de los pequeños placeres que ese lugar le ofrecía: una tina de agua tibia, una cena rica y caliente, buen descanso y excelente

compañía entre personas que se habían vuelto su familia. Había salido de noche por precaución y para no toparse con la policía. En el apuro ni siquiera había aceptado desayunar. Esa mañana, una vez que salió de la casa, después de despedirse lacrimógenamente de los Orozco, se dirigió al mismo bar donde la tarde anterior había tomado el café acompañado con queso y dulce. Pero, mientras se dirigía al sitio, grande fue su sorpresa cuando descubrió abierto El Gran Bocata. Se asomó; Lhi y su hermana acomodaban las mesas para empezar el día, pues dos parroquianos esperaban sus desayunos. Ellas, sonrientes, trabajaban apuradas; al fin su negocio volvía a abrir y, a pesar de la hora, ya tenían clientes. Lhi miró hacia la puerta y exclamó:

—¡Eme! ¿Qué haces aquí?

Se dieron un beso y ella le respondió:

—Es una larga historia, que ya te contaré. Pero… qué alegría ver el bar abierto. Ayer pasé y estaba cerrado —dijo Eme, que evitó mencionar la palabra «clausurado».

Lo mejor era no hablar mucho de lo que estaba pasando, nunca se sabía quién podía estar cerca.

—También es una larga historia —respondió Lhi, y añadió—: Pero, sí: estamos abriendo de nuevo. ¿Quieres que te sirva un buen desayuno? Dime que sí, y paga la casa.

Eme concedió con una sonrisa y luego se sentó en una de las mesitas de la terraza, sobre la acera y bajo las copas de los cerezos plantados en los canteros. Esperaba su pedido de café acompañado de tostadas con tomate y aceite de oliva. Mientras tanto, las dos hermanas atendían a la clientela que, poco a poco, iba llenando el bar. Si se daba la oportunidad, le preguntaría a Lhi cómo estaba viviendo los últimos días, pues notaba que desde el sabotaje más personas despertaban a la realidad y protestaban contra el poder de ciertos personajes, pero también, con La Firma como promotora,

operando en las sombras, había más persecuciones y represalias con leyes y reglas más duras.

Todavía no le habían servido su café cuando una furgoneta de color gris se estacionó junto al cordón de la calle, bajo los árboles, muy cerca de donde estaba sentada.

Eme se puso en alerta, todo movimiento extraño la inquietaba. Pero, en cuanto vio que la hermana de Lhi hablaba amigablemente con el conductor, ella se relajó. Sobre todo, cuando la chica les alcanzó varias bandejas llenas de bocatas; seguramente distribuirían un gran pedido.

Lhi le trajo a Eme el café con pantumaca y le dijo:

—Quédate tranquila. Los muchachos de la furgoneta son buena gente, pertenecen a los nuestros. —Luego, haciéndole un guiño, agregó—: Les doy los postres y regreso a hablar contigo.

—Me encantará que conversemos —aceptó Eme.

—Es un minutín. Los atenderé rápido, están apurados porque tienen que llegar antes del mediodía a Las Médulas.

—Oh, Las Médulas —dijo Eme.

Qué lejano estaba el plan de conocer el lugar. ¡Pensar que había imaginado visitarlo junto con Orión! ¡Y cómo la seguían atrayendo esas ruinas!

Lhi se marchó y Eme se entregó a las tostadas con tomate y no pudo evitar pensar en Orión y en el día que las había probado con él. Por más que trataba de olvidarlo, su imagen la perseguía, todo en el Camino de Santiago se lo recordaba: el pantumaca, Las Médulas que no pudo conocer. «¡Ay, Orión, quién sabe si alguna vez te volveré a ver!» Todo se unía en su interior y le hacía doler. Tomó un trago de café y reconoció que algunas situaciones no estaban en su poder de decisión. Pero, al meditarlo, se dio cuenta de que otras, sí. Entonces, se planteó si debía aprovechar la oportunidad de preguntarle a Lhi si los repartidores podían alcanzarla hasta Las Médulas. Frente a su situación, daba igual que se quedara en

Triacastela o que fuera a Las Médulas, en el área del camino. En auto, estaban a una hora del lugar. Pero le llevaría cuatro días a pie. La Eme audaz luchaba en su interior contra la cobarde, pero la primera tenía cierta ayuda sobrenatural, porque algo la llamaba de manera insólita a dirigirse hacia Las Médulas.

Se puso de pie y fue hasta donde Lhi se hallaba entregando las ultimas bandeja a los dos conductores.

—Lhi, escucha, ¿puedo hablar contigo?

—Dame un segundo, por favor. Despido a los muchachos y estaré para ti.

—Me gustaría que sea antes. ¿Puede ser?

Lhi la miró sin entender, pero, disculpándose con los conductores, la siguió unos metros.

A solas, Eme preguntó:

—Perdona, pero ¿en verdad, ellos dos son de confianza?

—Son de los nuestros, sí. ¿Qué necesitas?

—Dijiste que van a Las Médulas...

—Sí, son los organizadores de un evento académico en el municipio. Como saben que estamos reabriendo —dijo con tono sarcástico para referirse a la clausura—, decidieron ayudarnos y nos encargaron la comida.

—¿Podrán llevarme a Las Médulas?

A Lhi le costó entender el pedido, pero luego de unos instantes, al comprender, le respondió:

—Por supuesto, no creo que tengan problemas. Tienen autorización para moverse. Ya mismo les pregunto.

La muchacha caminó unos pasos, habló dos palabras con el repartidor principal y le hizo una seña con la mano a Eme. Ella se acercó expectante. Lo que estaba por hacer la llenaba de emoción. No entendía bien por qué, pero algo la empujaba. La posibilidad se había presentado y ella la había tomado. ¿Cómo se volvería de Las Médulas? No lo sabía; tampoco le importaba. Algo la guiaba en todo

lo que venía haciendo en este viaje, la llevaba a donde debía ir. Por algo esos dos españoles estaban allí, con su furgoneta en marcha.

—Podemos llevarte, pero nos vamos ya mismo. ¿Te animas a viajar entre la comida? ¿Subes?

—Oh, sí, gracias, muchas gracias —dijo Eme.

Luego, dándose la vuelta, se abrazó con Lhi bajo los cerezos, agradeció el desayuno y la oportunidad de poder ir a Las Médulas.

Lhi se atrevió a preguntar:

—¿Para qué vas a Las Médulas?

—Es una larga historia.

Es lo único que pudo responderle porque ni ella misma sabía a qué iba, sólo tenía claro que debía ir.

En pocos minutos, Eme viajaba en la furgoneta, sentada entre las bandejas con bocata.

El vehículo olía a jamón y peperoni; seguramente, ella también, pero iba feliz.

Una vez en la ruta y, al enterarse de que ella era francesa, quisieron conocer cosas sobre París, pero la charla no avanzó porque pronto hicieron aparecer un mazo de cartas. Y a partir ese momento se dedicaron a jugar al mus.

El auto serpenteaba la carretera de asfalto conducido por el satélite y Eme se dirigía a Las Médulas, tal como si la hubieran mandado a llamar y hasta le hubieran enviado un chofer. Eme se reía y se decía para sí: «Podrían haber enviado una limusina y no una furgoneta llena de comida». Porque en la falda llevaba bandejas repletas de bocatas y, apoyadas en su espalda, decenas de porciones de queso gallego y dulce.

* * *

Esa mañana, apenas se despertó, Orión siguió su pesquisa. Sus días de descanso los estaba consumiendo con la seguridad de saber que algo encontraría.

Ni siquiera había desayunado y, con los ojos cerrados, sentado en el sillón de su departamento, se dedicaba a escudriñar filmaciones a alta velocidad de reproducción. Estaba menos cansado y, por lo tanto, más lúcido. Rápidamente descubrió a una muchacha de cabellos rojos entrando a un albergue de Puertomarín. Pero dudaba. La noche del sabotaje Eme iba morena. Intentó acercar la imagen, pero la visión se desdibujaba. La miró una y otra vez y, entonces, el modo de caminar y el color bordó de sus pantalones le dieron la certeza. Era ella.

Se puso de pie y con el brazo en alto, igual que cuando hacía un gol el Celta de Vigo, dio un grito de júbilo:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Joder! ¡Es ella!

Era Eme, «su» Eme. Aún seguía en España y no tan lejos de él. Su olfato de agente le había dado la razón: había vuelto al Camino de Santiago. De nuevo llevaba su color de pelo. Rastrearía a la pelirroja de mochila con sandalias que alternaba remeras blancas y pantalones bordó y azul.

La búsqueda no se prolongó demasiado. Recorrió los bares de los pueblos cercanos y no tardó en centrarse en El Gran Bocata no sólo porque intuyó que Eme podía haber pasado por allí, sino también por propio gusto, ya que se trataba de uno de sus sitios preferidos para tomar un tentempié durante su patrullaje del camino. Y allí vio clarísimo los pantalones bordó, el cabello rojo y a Eme tomando su consabido café; pero la cámara la captó sólo por unos instantes porque enseguida se subía a una furgoneta gris.

Orión acercó la imagen y tomó el número de identificación del vehículo.

Luego, lanzando un gran suspiro, se sirvió un café y, mientras lo tomaba, entró en línea para comunicarse con Perla Policial —más

conocida como Pepa, entre los colegas de la GM— para que le informara sobre los dueños y la ubicación del vehículo.

La voz de Perla no se hizo esperar:

—Atención, le informo que la furgoneta WWEXC298 de color gris pertenece al señor 23NV72697/9 de treinta y seis años. Está domiciliado en Santiago de Compostela y no presenta antecedentes policiales ni de sedición. El vehículo cuenta con autorización para el transporte de alimentos. Adeuda las patentes de los meses…

—No me interesa —la interrumpió Orión.

Perla continuó:

—El propietario es de cabello castaño; pero, por imágenes recientes, compruebo que se está quedando calvo. No está casado, tiene un hijo de cinco años. La última salida de la ciudad de Santiago de Compostela fue...

—¡Cállate, Perla! —exclamó mientras pensaba «¿Por qué carajo Eme se subió a ese auto?».

La voz de Perla volvió al ataque, pero esta vez sonó melodiosa y tierna, como mujer ofendida:

—No tienes por qué ser maleducado conmigo. Ya sabes que estoy aquí para ayudarte, siempre a tu lado, siempre.

—No seas tan susceptible, Perlita. Háblame del vehículo.

—Es un utilitario mediano que lanzó la marca italiana de…

—¡No me interesa!

Muchas personas estaban convencidas de que, cuando se la trataba mal, Perla se vengaba brindando datos insípidos que no tenían relación con la búsqueda original. Esta nueva idea acerca de que los seres de la inteligencia artificial copiaban los sentimientos humanos había empezado a comentarse en la calle.

—Dime de una vez lo que necesito: ¿dónde está?

—Está bien, Orión, cálmate. La furgoneta WWEXC298 transita la ruta N-120 y está a punto de ingresar a Las Médulas.

—¡Carajo! ¡Eme se fue a Las Médulas! Es una temeraria —se dijo a sí mismo en voz alta, sin poder contenerse.

Perla le propuso:

—¿Necesitas que le ordene al satélite que detenga la furgoneta?

—No, Perla, no es necesario.

—*Gracias* —dijo Perla con tono peyorativo. Reclamaba educación.

—Perdón, gracias, Perla —se disculpó Orión.

Perla obligaba a los humanos a interactuar con ella como si fuera un ser de carne y hueso.

Orión apagó a Perla y abrió los ojos.

—Hora de irse. Ya mismo.

Tomó un abrigo y llamó a Iñaki para solicitarle un coche.

—¿En qué andas, hijo de mala madre? —preguntó su jefe.

—Investigando.

—Si otro agente me dijera eso, ten por seguro que no me lo creería… Pero tratándose de ti, Orión, no tengo dudas de que sigues trabajando.

Se despidieron.

Orión debió solicitar la autorización para moverse en coche porque no podía fiarse del transporte público, cada vez más afectado por las restricciones. Los autobuses operaban con menos frecuencias y escasas conexiones entre las ciudades. Así, el Estado se ahorraba mucho dinero y controlaba fácilmente a los ciudadanos, condenados a permanecer su mismo terruño.

Tomó un abrigo, una mochila y, a punto de traspasar la puerta, se volvió para buscar la cadena de oro que había sido de su madre. La guardó en el bolsillo de su pantalón y salió. Luego se dirigió al estacionamiento oficial.

Media hora después, partía hacia Las Médulas. El coche se conducía solo mientras él se dedicaba a pensar en los acontecimientos de los últimos días y en cómo su vida había cambiado a causa de una francesa.

* * *

Cuando llegó a Las Médulas y se bajó de la furgoneta, Eme pisó esa tierra y, de inmediato, sintió que algo extraño le sucedía. Su mente lo percibía, también su cuerpo y su alma.

Buscó un albergue bien cercano a la entrada de lo que alguna vez había sido una mina y lo suficientemente discreto para evitar que un guardia le exigiera su permiso de turismo. Ya no tenía miedo de que la reconocieran, aunque seguiría tomando precauciones hasta que la gente de El Movimiento la contactara.

El complejo funcionaba sin recepción. La contratación y los procesos de entrada y salida se realizaban a través de una pantalla ubicada en el ingreso. Era pequeño y sólo constaba de unas pocas cabañas cercanas al sitio donde los romanos alguna vez habían realizado sus explosiones. Ingresó a la unidad asignada y se detuvo un segundo para contemplar el espacio: una mesita, dos sillas, una cocina, una cama grande junto a un ventanal y el piso de madera. Le pareció perfecto, justo lo que buscaba. No había lujos, pero sí un ambiente calmo.

Abandonó la mochila y se acercó a la gran ventana. A través del vidrio observó los añosos árboles que rodeaban el complejo, especies plantadas allí desde tiempos inmemoriales, y disfrutó de esa extraña mezcla de pasado y presente que transmitía el lugar. Había algo allí que constreñía su interior, no sabía qué, pero algo sentía. Esas montañas semiderruidas que veía a lo lejos impactaban su alma. Con la tranquilidad de saber que tenía dónde pasar la noche, decidió ponerse en movimiento. Hipnotizada por ese paisaje, dejó las cortinas abiertas y se marchó para recorrer Las Médulas.

Rumbo a la garita donde debía pagar la entrada, pasó por el salón del ayuntamiento. La arquitectura vidriada le permitió ver que la gente reunida comía sándwiches. ¡Se trataba de los bocatas del

bar de Lhi! Sonrió. Se acercó para conocer qué tema se exponía en la conferencia; probablemente se relacionara con Las Médulas. Al asomarse, recibió un impacto fortísimo. El afiche de la actividad tenía un sol idéntico al que utilizaba El Movimiento, el mismo que habían usado los joyeros de su familia. El cartel encendió su interés. Rezaba: «La alfarería y la orfebrería en la Hispania».

Aunque no la hubieran invitado, ni perteneciera a ese grupo, ni hubiera pagado por la charla, ella debía escuchar esa conferencia. Rogaría, si fuera necesario. Entró decidida.

Pero sólo le exigieron el permiso de turismo. ¿Seguiría vigente el que Hache le había cargado en el chip? Se acercó al escáner temblando. Si algo salía mal, su vida podía complicarse aún más. Pero la luz verde se encendió y accedió sin problemas. Lanzó un suspiro de alivio.

Bastó una segunda pasada por el mismo aparato para quedar autorizada, por una módica y única suma, a escuchar la conferencia e ingresar a Las Médulas.

Enseguida Eme se sentó en las sillas del salón junto a las otras personas que, a medida que terminaban su sándwich, se iban acomodando dispuestas a oír la segunda parte de la charla. La primera había sido acerca de las tribus que habitaron la zona. En la segunda hablarían de las características de la alfarería y de las joyas.

Luego de un largo rato de exponer sobre las vasijas, el conferencista relató la historia de la relación de los aldeanos con el oro y cómo, hasta la llegada de los romanos, juntaban el metal bateando en el río. El oro no era de nadie, sino del que lo recogía en el cauce de agua para trabajarlo artesanalmente. Les contó, también, que en los castros prerromanos la labor de transformar el metal se realizaba en las viviendas familiares; tarea, incluso, limitada a un sector de la población, los que, con el paso del tiempo, se llamarían «orfebres». Estos artesanos creaban joyas y las cambiaban por otros productos útiles para la subsistencia. Cincelaban toda clase

de dibujos, pero, sobre todo, predominaban las figuras que veían en la naturaleza. El orador apoyaba su exposición en una sucesión de imágenes proyectadas en la pantalla táctil. Y, entre tantas fotos, apareció el famoso sol que se repetía en las joyas de su familia.

Asombrada ante lo que veía y escuchaba, Eme comenzaba a entender la increíble conexión que experimentaba cuando pisaba esa tierra.

* * *

Orión, tras su llegada a Las Médulas, rastreaba el paradero de Eme. El sitio no era tan grande como para no encontrarla, pero no la veía por ninguna parte; no se le ocurría dónde podría haberse metido. Jamás habría imaginado que se encontraba absorbiendo cada dato de una conferencia ofrecida en el municipio. Porque allí se hallaba, sentada en ese lugar, entre extraños, pero pisando esa tierra en la que —cada vez estaba más segura— se encontraba la historia de sus ancestros.

Decidió visitar los cuatro hospedajes para buscar a Eme. Quería encontrarla antes de que anocheciera. Sin embargo, una duda crecía en su interior: ¿y si se había ido de la misma manera que había llegado? La furgoneta ya no estaba por ninguna parte. ¿Y si la chica que había visto en las imágenes no era Eme, sino otra? ¿Y si él, obsesionado por encontrarla, se había confundido?

* * *

Eme llevaba un buen rato escuchando absorta la historia de la orfebrería prerromana cuando el expositor dio por terminada su disertación y el grupo, poco a poco, se disgregó. Ella se acercó al

organizador y le contó cuánto le interesaba el tema, porque era evidente, pese a su desconocimiento, que había una íntima relación con las joyas que había realizado su familia durante décadas o más. Conversaron un rato y él prometió enviarle unos viejos folletos que —descontaba— le gustarían. Se ocuparía personalmente de reunirlos y le solicitó que los recogiera al día siguiente en el ayuntamiento. Agradecida por el gesto, salió con intención de visitar Las Médulas antes de que cerraran. Era tarde.

Caminó apurada hasta la garita de ingreso, donde una joven ofrecía, para los visitantes reunidos, una breve introducción sobre el monumento natural. Eme se sumó al último grupo que realizaría la visita guiada.

Avanzaron unos metros y la chica les explicó que el paisaje no era natural, sino el resultado de la más grande y antigua explotación minera a cielo abierto que hubo en el planeta. Los romanos habían extraído el oro, literalmente, reventando las montañas. Les relató que, aprovechando el terreno frágil y arcilloso, los mineros las perforaban cavándoles túneles sin salida en los que introducían agua para empapar el terreno hasta ablandarlo. Luego, para conseguir la explosión final, los llenaban con una enorme y torrencial cantidad de agua. Mediante esa maniobra, se comprimía el aire interior con tal fuerza que, como no tenía por dónde salir, desencadenaba la explosión de la montaña, que dejaba un manto de tierra rebosante de oro reluciente bajo el sol, listo para ser extraído.

Avanzaron y dieron con una gran piedra gris que llevaba tallado el mismo dibujo del sol con centro de espiral y rayos ondeados. Eme no podía creerlo. La guía decía que había sido enclavado por los romanos, pero realizado por los orfebres nativos. Otra vez, se asombraba ante el dibujo.

¿Cómo había llegado hasta su padre el dibujo del sol? Él siempre decía que había sido a través de su padre, y el padre de su padre. ¿Acaso eran aquellos antiguos orfebres sus ancestros? La nebulosa

del paso del tiempo no permitía tener certezas, aunque sí imaginarlas; y Eme las imaginaba y se maravillaba. Que ella pudiera estar allí, contemplando la piedra, descifrando el pasado y uniendo las piezas del puzle… la emocionaba.

Desde el primer día, este viaje a Santiago de Compostela le había cambiado su perspectiva de la vida. ¿O acaso no había sido ella quien lo había planeado, sino el mismo universo?

No lo sabía, pero se maravillaba por cada mojón que había encontrado en el camino. Y eso que sólo había alcanzado a captar algunas diminutas partículas del destino, de la vida, de las uniones, de las casualidades que, más bien, eran causalidades.

Porque Eme no podía imaginar nada más que la mitad de lo sucedido; el resto estaba escondido en otra época, en otra vida, en una astur de nombre Cazue. Igual que el aire que, atrapado en las entrañas de Las Médulas, pugnaba por salir hasta que lo lograba, así era la historia de esa mujer.

CAPÍTULO 31

EL DIENTE DE LEÓN

La Hispania, año 31 a. C.

Cazue llevaba varios días recorriendo el camino de regreso a su casa de la aldea con su hijo a cuestas. El pequeño tomaba la leche que su cuerpo había vuelto a producir. Durante varias jornadas, ella comió los alimentos que había dejado envueltos en su enagua. De regreso por el mismo trayecto, le había resultado fácil hallarlos en el bosque. El botín del hombre bueno la había salvado del hambre y, tal vez, hasta de la muerte. Pero esas provisiones se habían agotado y debía conseguir otras. El camino la había llevado por nuevos senderos, había avanzado entre árboles y arbustos, y no daba con ninguna aldea. Pero, según su recuerdo, en dos lunas más hallaría un poblado.

* * *

Habían transcurrido varias jornadas en el campamento del noroeste, cuando Publio y Junia se cruzaron en el almacén, pero ni siquiera se saludaron, sino que se miraron a los ojos con rabia. Si bien la discusión había terminado, la rencilla seguía en pie. Él había logrado

su cometido: exhibir sus mentiras, lo que desencadenó que Ovidio Fabio se marchara.

Y si ahora tenían la mala suerte de que sus caminos se encontraran, se debía a la tarea de Publio, quien tenía que organizar la proveeduría de la mina de plata. Ella, en tanto, debía presentarse personalmente a buscar provisiones, pues su marido no sólo se había ocupado de redactar la carta de divorcio y repudio por infiel, sino que también se había llevado a todos los esclavos. Apenas le había dejado una, la más inútil de las sirvientas. Como la mujercilla no era de fiar y nunca le llevaba lo que necesitaba, había decidido apersonarse. No es que Junia fuera exigente, no. Tampoco que quisiera encontrarse al horrible de Publio. Pero debía enfrentarse al problema de elegir los alimentos que le hicieran bien, porque las náuseas y los vómitos la tenían a maltraer.

Los terribles padecimientos y el sueño que a diario la vencía le daban la certeza de que estaba embarazada, aunque no sabía de quién, porque bien podía ser de Publio o de Ovidio Fabio. Por fin tendría el niño que siempre quiso, pero el pobre nacería sin padre. «¡Quién sabe de qué viviremos!», había exclamado en la puerta de la tienda el día de la partida del ingeniero. Dadas las circunstancias, asumió que allí seguiría instalada durante varios meses. Al menos, se quedaría en el campamento hasta que el niño naciera. Luego, cuando las habladurías se hubieran aplacado, volvería a Roma con su hijo en brazos y su única esclava.

Esa mañana, en el almacén, Publio aprovechó que Junia no lo veía y la observó con detenimiento. Notó su delgadez y sus ojeras. «Por malvada», pensó, y enseguida se arrepintió porque, en el fondo, ella le daba pena. La vida que la pobre llevaba en la mina no se comparaba con la que había disfrutado en Las Médulas.

Luego de guardar en su canasta algunas frutas, Junia se dio la vuelta y descubrió los ojos de Publio. Al saberse examinada, preguntó:

—¿Se puede saber qué miras?

Entre ellos, la discusión siempre parecía a punto de estallar.

—Estás muy delgada.

—¡Cómo no voy a estar así! ¡Si esa esclava no sirve para nada! —exclamó. No la verían llorando por los rincones ni dando lástima, la verían enojada y dando lucha.

Pero Publio, que conocía su orgullo, sintió lástima. Ella estaba privada de los buenos alimentos que había conocido en su vida pasada; y, para alguien como él, comer mal era el peor castigo. Sin pensarla, una frase compasiva salió de su boca.

—Esta noche manda a tu esclava a la cocina del campamento. Le daré la comida que haré cocinar para los hombres.

Junia hizo un gesto como si la frase que acababa de escuchar no le interesara. Y luego se marchó. Su altanería permanecía intacta. Publio continuó mirando la estela que dejaba a su paso. Esa mujer que aún exudaba belleza siempre sería su debilidad.

Ella aún no lo sabía, pero esa noche, cuando el hambre la hincara, mandaría a su sirvienta con una olla. La enviaría esa noche y la siguiente. Y varias más. Hasta que, pasadas muchas lunas, él se presentaría con un plato de comida que disfrutarían en la puerta de la tienda, en un precario triclinio, al calor del incipiente verano. Porque a Junia podían faltarle muchas cosas, pero no la sofisticación y, mucho menos, un triclinio.

Ese momento y algunos más los llevarían al comienzo de una relación a la que no sabían bien qué forma le darían, porque Publio era así, cabeza hueca y elemental, pero la adoraba. Y Junia, a pesar de su frivolidad, y después de sufrir tantos rechazos de su marido, comenzaba a ver a Publio con otros ojos. Él siempre estaba allí para ella. Respecto al embarazo, ya habría tiempo de contarle, pensaba Junia, quien, habiéndolo deseado mucho, ahora que no tenía esposo, ya no lo quería tanto.

* * *

En un lugar ubicado entre la mina de plata y la de oro, en medio del bosque, dos hombres rodeados de pinos tomaban decisiones trascendentales. Ovidio Fabio y Claudio Sexto, sentados sobre las flores amarillas de los dientes de león, frente al fuego, hablaban acerca de volver a Roma para empezar una nueva vida. Era una ciudad grande, pero llena de oportunidades.

Durante ese atardecer asaban un jabalí que casi no comerían porque hambre no tenían; lo importante y emocionante de la conversación les quitaba el apetito por completo. Para salvar la relación, ambos se atreverían a introducir cambios importantes en sus trabajos, y lo hablaban seriamente, convencidos del paso trascendental que estaban dispuestos a dar.

Pero en el bosque, cerca de esos hombres, aunque ninguna de las dos partes lo supiera, una joven madre con su bebé luchaba por conseguir comida. Si ella sólo hubiera avanzado unos pasos hacia la derecha, allí se los habría encontrado.

Ya no había aldeas en la zona y a Cazue se le hacía difícil conseguir alimentos. Aún conservaba el brazalete de oro en el ruedo de su vestido, pero en el bosque no le servía de nada. Para alimentarse, cortaba algunas hierbas que —sabía— eran comestibles, aunque las fuerzas comenzaban a faltarle. Sólo la sostenía el niño, que la miraba con amor. Tomaba agua del río en cantidades por temor a que, entre la falta de alimento y el cansancio, los pechos se le secaran, cuestión que le preocupaba. Nunca pensaba en ella, sino en el pequeño.

Los días habían transcurrido y el hambre la aguijoneaba, la incitaba a caminar rápido con el firme deseo de llegar a la casa de la montaña verde, pero esa misma necesidad de comida también la frenaba y, cada tanto, la obligaba a detenerse. Porque para seguir

adelante, Cazue necesitaba descansar. Entonces, se tendía en el suelo de tierra negra y allí, acariciando a su bebé, lloraba. Lloraba amargamente. Agotada, sin fuerzas, quería quedarse así, abrazada a él para siempre.

Y cuando parecía que desfallecía y no podría seguir, algo la empujaba. Ella no sabía que los árboles la abrazaban con sus copas y la alentaban, la protegían y la guiaban, tal como alguna vez lo habían hecho en el camino hacia la mina. Porque las hojas se mecían con el viento, bajaban hasta su cuerpo y le brindaban el vigor necesario para ponerse de pie.

Avanzaba unas millas más y, otra vez, caía lánguida por el hambre, descorazonada por el miedo de no poder lograrlo. Pero esta vez fueron los matorrales frondosos que, ensanchando sus ramas, le acariciaron la piel y la impulsaron a seguir.

Si Cazue hubiera mirado con detenimiento, habría podido ver cómo las plantas de diente de león y tréboles realizaban un esfuerzo sobrenatural para hacer crecer sus hojas en pocas horas y, así, espigadas, llegaban hasta el brazo de Cazue para que, tendida en el suelo, alargara la mano, las cortara y se las comiera y, entonces, poder continuar. Porque las plantas que la rodeaban le habían dado la energía justa para no desfallecer.

También la corteza terrestre cumplía de nuevo con su parte. Cuando la joven madre, debilitada de cansancio, caía apoyando su espalda en la tierra con el niño sobre su pecho, el polvo del suelo se le pegaba y, como aquella primera vez, entraba por sus poros y limpiaba el agotamiento de su cuerpo.

Cada habitante natural del camino le brindaba su ayuda para evitar que se desmoronara. Bebía agua y el líquido la energizaba.

Asimismo, el sol, gran compañero de su camino, hacía su parte metiéndose en la piel de sus brazos desnudos para imprimirle su energía, la que era enviada a cada una de sus células, infundiéndole bravura y esperanza desde adentro. Porque los rayos aflojaban sus

tensiones y le permitían avanzar, ordenaban los latidos de su angustiado corazón, los ajustaban hasta permitirles recobrar el compás necesario para seguir viviendo.

Y así, con su niño en brazos, Cazue continuaba el recorrido; lo hacía por trechos, de a paso, de a caricias y abrazos, entre ella y el niño, y de la naturaleza con ellos.

Y otra vez: sol, plantas, árboles, tierra y agua haciendo lo que debían.

Y de nuevo: sol, plantas, árboles, tierra, agua y humanos unidos más de lo que se podía creer o imaginar.

Si Cazue había logrado caminar tantas millas con el niño a cuesta, sin dudas se lo debía a la ayuda de cada uno de esos elementos que le habían transmitido su fuerza con cariño. Y ella lo sabía.

Por eso, el día que reconoció los pinos de la aldea de la montaña verde, cayó de rodillas con su pequeño en brazos, y lloró. Lo había logrado, estaba en casa, el niño y ella seguían vivos. Volvía con la sabiduría de las decenas de lecciones que había aprendido durante el camino, pero, por sobre todo, había una que —sabía bien— debería transmitir a su hijo para que, a su vez, la transmitiera a los suyos: el mundo verde se comunicaba de muchas formas con los seres humanos, tal como decían los ancianos sabios de la aldea. Lo hacía siempre, sólo que, a veces, los hombres estaban demasiado ocupados en sus cosas o, simplemente, no les interesaba recibir aquello que tenía para ofrecerles. El mundo verde debía cuidarse, era de todos; y nadie podía adueñarse de él.

Existía una verdad: cuando la necesitaban, la naturaleza se vinculaba con las personas. Porque cada elemento de ese universo natural que los ojos humanos veían como salvaje y ajeno era capaz de abrazar a todos los mortales por igual. Algunos, quienes lo veían con claridad, expresaban su gratitud; otros lo sentían, pero allí se

quedaban; mientras que también estaban aquellos que lo ignoraban. Pero ese universo natural abrazaba con amor a todos por igual.

Cazue prometió allí mismo, con los pinos de testigo, transmitir esta gran verdad a otros. Presentía que los seres humanos necesitarían recordarla; tal vez, fuera en algunos años, cuando su hijo se hiciera grande, pensó, sin imaginar que faltaba mucho más y que el futuro traería extrañas, terribles e inimaginables costumbres. Algo le anunciaba que, para no extinguirse y seguir viviendo con honorabilidad y salud, los hombres precisarían recordar la lección que ella acababa de aprender. Por eso se comprometía a divulgarla.

* * *

Cazue fue recibida en su casa con felicidad. La comida y el cariño que le brindaron su padre y sus hermanos la ayudaron a recuperarse rápidamente. Al fin, volvían a estar todos juntos. Sin embargo, como la vida nunca era perfecta, debía aprender a ser feliz con una triste realidad: Caleyano estaba enfermo.

El día de su llegada sus hermanos la abrazaron y Leto alzó en brazos a su sobrino. La rueda de la vida continuaba y daba la vuelta. La misma rueda que se extendería infinitamente en otras personas que llevarían la verdad de ese movimiento: Cazue, Aguí, sus hijos y los hijos de los hijos de Aguí, hasta llegar al futuro, hasta aterrizar en el hoy. Porque todo cambiaba, pero el interior del ser humano seguía siendo el mismo, al igual que la naturaleza que, pese a los embates, continuaba siendo genuina, bondadosa, sabia y muy necesaria para el hombre. Siempre habría hombres malos que, por avaricia, pondrían en juego hasta lo más sublime. Pero los buenos ejercerían el contrapeso indispensable para lograr el equilibrio.

EL GINKGO BILOBA

El ginkgo biloba es un árbol de porte mediano que puede alcanzar los treinta y cinco metros. Es una de las especies más antiguas del mundo. Se lo considera un fósil viviente debido a que lo encontramos en los fósiles de hace 290 millones de años. Un año después de la bomba atómica lanzada en Hiroshima, a un kilómetro de distancia del lugar de la explosión, un ginkgo destruido volvió a brotar. Tiene la particularidad de que no muere de viejo, su eterna juventud está en su ADN y en lo profundo de sus raíces.

PROPIEDADES: se cree que el secreto está en los flavonoides, que mejoran la circulación dilatando los vasos sanguíneos y reduciendo la viscosidad de las plaquetas.

Simboliza la resistencia y la fortaleza.

CAPÍTULO 32

EL GINKGO BILOBA

Las Médulas, año 2055

Comenzaba a anochecer y Eme aún se hallaba profundamente conmovida por la experiencia que le había regalado Las Médulas. No había comido nada desde su llegada. Decidió salir y probar los platos del único restaurante donde servían comida. Se sentó frente a la ventana, muy cerca de dos señoras que hablaban de la conferencia de la tarde. Les sonrió y ellas le devolvieron el saludo.

Desde su ubicación, a través del vidrio, aún se alcanzaba a ver las copas del bosquecito de ginkgo bilobas; en el fondo, el cielo era color rosa, el sol ya se iba, la noche caería en breve.

Una vez elegido el menú de la carta, mientras aguardaba que el camarero le tomara el pedido, sintió que le tocaban el hombro y decían su nombre.

—Eme.

Se conmocionó.

Esa voz... se dio la vuelta lentamente, casi con miedo.

La imagen que vio la sobrecogió: el cabello claro, la sonrisa perfecta, la piel bronceada.

—Orión, ¿qué… qué haces aquí?

Ella no pudo decir nada más porque todo su cuerpo había empezado a temblar.

—Vine a buscarte...

—¿Cómo me encontraste?

—Te encontraría así te fueras al confín del planeta; te hallaría entre miles —dijo con el corazón en la mano. Pero al fin logró plasmar en palabras la parafernalia que había puesto en marcha para llegar hasta ella—: Y por ti vería durante horas las imágenes registradas por las cámaras de videovigilancia de todos los pueblos del Camino de Santiago. Porque es lo que hice, y así te encontré.

—¿Por qué viniste?

—Por ti, por supuesto. ¿Y tú qué haces acá?

—Recuerdas que te comenté que quería conocer Las Médulas. No sabía de su existencia hasta que tú me contaste y me interesó.

—¿Estabas por comer?

—Sí —dijo en un hilo de voz.

A Eme le costaba encontrar la coherencia para conversar. La inesperada presencia de Orión la dejaba en *shock* y su cercanía sacudía su cuerpo de mujer. Aun así, no se olvidaba de la última vez que se habían visto, en la fiesta de La Firma, cumpliendo roles antagónicos: él como agente, ella como saboteadora.

Al parecer, aquellos sucesos no tenían nada que ver con las razones que lo habían conducido a Las Médulas. Orión se lo confirmó con la frase que pronunció:

—Pues, cenaremos juntos entonces.

—¿No me denunciarás?

Orión hizo mala cara.

—Esa pregunta me ofende. Si estoy aquí, Eme, es para ayudarte. Porque si hubiese querido detenerte, la fiesta hubiera sido el mejor momento.

—¿No te parece mal lo que hice?

—El amor que te tengo va más allá de lo que hagas, más allá de tus ideas y de las mías.

El camarero se acercó, pero a Eme ya no le interesaba el menú que había elegido con ganas apenas un momento atrás. A Orión le pasaba lo mismo. Repentinamente, ambos se habían desentendido de la carta. Y terminaron pidiendo lo que el hombre quería que pidieran: croquetas, pulpo y un vino.

—Mira lo que te traje —dijo él y, mostrándole la cadenita, añadió —: Es para que puedas usar tu sol. Pertenecía a mi madre.

A Eme los ojos se le llenaron de lágrimas. Él no sabía, no tenía cómo saberlo, pero después de escuchar la conferencia y visitar Las Médulas era lo que más quería.

Ella sacó de su bolsillo el sol, le pidió:

—Pónmelo.

Él se levantó y se lo colocó con delicadeza. De espaldas a ella, antes de volver al asiento, le acarició el cuello y, con una leve inclinación, se lo besó y le dijo casi al oído:

—Cuánto he extrañado esto…

La piel de Eme se desquició. Él volvió a su asiento e intentaron conversar como los viejos conocidos que no eran. Ella le contó sobre lo que había escuchado en la conferencia.

—Con razón que no te encontraba por ninguna parte. Jamás se me hubiera ocurrido que estarías allí.

—Es que me interesó tanto... No sabes, creo que este lugar tiene que ver con mis ancestros —dijo y le explicó, durante un buen rato, todas sus conjeturas.

Orión sonrió. Eme siempre tenía una vida interior conectada a lo invisible, a profundidades que él casi no podía percibir. Para Orión, la existencia se centraba en lo que podía tocar, ver y escuchar, como le pasaba en ese momento con esa voz encantadora que le relataba sus hallazgos. Porque si bien no prestaba mucha atención a las explicaciones, sí tenía oídos para la voz melodiosa de Eme, que esa noche estaba más dulce y sensual que nunca. Ella sacó un folleto con un mapa de la zona e, inclinándose sobre la mesa, se lo mostró,

le contó de la orfebrería desarrollada por los antiguos habitantes de Las Médulas. Pero Orión sólo tenía ojos para el escote y los senos de Eme, a los que encontraba más deliciosos que nunca; su atención se perdía en la curva de esos labios femeninos que, en cada palabra que pronunciaban, parecían llamarlo, en el aroma que su cabello rojo esparcía en el aire, en el movimiento de esas manos delicadas que podía imaginar haciendo piruetas en su cuerpo de hombre.

En medio de las explicaciones, Orión ya no pudo más: atrapó una mano entre las suyas y, con los dedos de la otra, le acarició los senos.

Eme detuvo su relato y expuso lo que le venía quemando el alma desde que lo había visto aparecer:

—Orión, ¿qué haremos? No podemos estar juntos.

—¿Cómo qué haremos? Ya estamos juntos.

—Pero, ¿y mañana?

—Mañana no existe, sólo está el hoy.

Para cuando llegaron las croquetas y el pulpo, Eme y Orión ya se habían besado en la boca varias veces con besos interminables que escandalizaron a las dos señoras sentadas en una mesa cercana. Probaron una croqueta, unos pedacitos de pulpo, bebieron un trago de vino, pero nada más; esa noche la comida no les interesaba. Se marcharon rápido bajo la mirada atenta de las mujeres que se preguntaban cómo se podía desperdiciar el vino de esa manera.

—¡Ridículo! Pedirlo para nada —comentaron entre ellas.

Las señoras no sabían que entre esos dos que caminaban abrazados había una sed que sólo se saciaría cuando estuvieran solos y, al fin, pudieran beberse el uno al otro. Habían atravesado muchas vicisitudes para alcanzar este momento, y disfrutarlo; habían tenido que aceptar las ideas del otro, realizar cambios de paradigmas, soportar duras caminatas y hasta búsquedas frenéticas en grabaciones de un día. No, no se quedarían allí por una copa más de vino o dos croquetas.

Marchaban abrazados por la calle y luego por los senderos que los llevaban al complejo donde Eme se había instalado.

—Se me hace eterno este camino —le dijo Orión al oído con la voz ronca de deseo.

—A mí, también. Te quiero adentro mío ya mismo.

Llegaron agradecidos de que el lugar no tuviera *lobby* y les permitiera pasar directamente a la cabaña que daba al parque, junto a Las Médulas, porque pisaron el camino de piedras que los llevaba al cuarto entre el verde, muy seguros de que no querían ver a nadie más hasta el otro día, hasta que saliera el sol, hasta que estuvieran completamente saciados. Esa noche era de ellos y necesitaban beberse el uno al otro de una y mil formas, porque la sed arreciaba.

Por esa mujer Orión había estado dispuesto a todo, incluso, hasta claudicar en su deber, ese que él mismo se había impuesto porque creía en lo que hacía.

Ingresaron al cuarto y ni siquiera prendieron la luz. La claridad que entraba por el ventanal, con las cortinas corridas, les bastó; no querían perder ni un minuto de los que tendrían juntos en nimiedades.

Otra vez el pantalón bordó y el reloj del chip quedaron en el piso de madera. Y entonces, el concierto lo dirigió una magia con forma de manos de mujer y piel masculina. Y otra con perfil de sonrisa bonita y boca de hombre, con color de pezón, textura de piel y gusto a saliva.

Se besaron con desesperación, se desnudaron a tropezones.

Se acariciaron con ternura y con torpeza, con ansiedad y con calma. Porque a ellos, esa noche, el amor que se tenían les daba la serenidad y, al mismo tiempo, la locura. Y así sería por horas: amarse con apuro para luego hacerlo con calma; llenarse de ternura y después de salvajismo, llegando con sus cuerpos hasta el dolor punzante. Porque en la camita de Las Médulas se esparcía un amor sublime y también un sexo feroz, casi corrupto.

Palabras profundas, vocablos soeces. Los opuestos se hacían fuertes en el cuarto, porque ellos mismos lo eran, como sus ideas, pensamientos y formas. Pero en esa pertenencia íntima, en ese compartir, sus pieles se transmitían lo que ellos no podían de otra forma, eso que habitaba en el fondo de sus almas. Y entonces sus pareceres ya no estaban tan lejos, aunque ellos aún no se dieran cuenta.

Esa noche no durmieron, sino que sólo tuvieron algunos esporádicos momentos de sueño; y, entre temblores, proximidades y ternezas los encontró la mañana, con los cuerpos extenuados y satisfechos de tanto amor y placer.

La luz que entraba por la ventana les mostraba que no era temprano, pero qué importaba, nada los apuraba. Orión pisó el suelo.

—¡Ah…! —exclamó con placer.

—Ya sé, te gusta la madera porque odias pisar el suelo frío —dijo Eme sonriendo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he dormido contigo muchas veces y en distintos cuartos. Me acuerdo la primera vez, en O Cebreiro, cuando pisaste el suelo helado y te pusiste de mal humor.

Comenzaban a tener una verdadera historia juntos. Pero el fantasma de siempre los perseguía.

—¿Sabes cuándo te marchas? —preguntó Orión.

—Aún no tengo fecha de regreso.

—¿Entonces podemos quedarnos aquí seis días?

—¡¿Seis?! —exclamó Eme.

—Bueno, son los días que pedí en el trabajo.

Eme abrió grande los ojos. No podía creerlo, jamás hubiera pensado semejante regalo de la vida. ¡Seis días en ese lugar y con Orión! Tendrían tiempo para estar juntos, para pasear, para saber más sobre Las Médulas, para organizar su visita a París...

—Sí, sí, sí —dijo Eme empezando a saltar por el cuarto.

Él se puso de pie, la buscó y la abrazó. Se besaron y, a punto de empezar de nuevo lo que en la noche habían consumado, se detuvieron.

—Vamos a tomar un café, lo necesito —dijo Eme.

—Sí, eso mismo te iba a proponer —respondió riendo.

Se marcharon al único lugar que en Las Médulas expedía desayunos al mediodía, el mismo donde habían dejado la cena por la mitad.

Café, tostadas, queso, miel, risas y planes. El momento fue exultante y feliz, eran dueños de varios días juntos.

Cuando volvieron, de pasada, Orión quiso hacer algunas compras en un lugarcito que vendía alimentos; lo justo y necesario para cocinar esa noche en la cabaña; ya no quería volver a salir. En el alojamiento que había elegido Eme tenían todo lo necesario para estar bien.

Durmieron la siesta que de nuevo terminó en amor, pero, cuando Orión comenzó a hacer la salsa para los fideos que comerían más tarde, ambos se pusieron serios y hablaron por primera vez de la noche en que se llevó a cabo la fiesta de La Firma, de Orión y Carmen en la recepción, del papel de Eme en El Sol, de cómo había llegado hasta esa gente, de las crisis existenciales que ella había atravesado antes de unirse a la organización. Orión le contaba que él también, cada tanto, las padecía, que eran dolorosas, pero jamás se le hubiera pasado por la cabeza volverse un sedicioso. También le explicaba el estado de la investigación en la GM sobre el atentado y por qué nunca la había nombrado ni despertado sospechas acerca de su participación. Todo estaba dicho entre los dos, ya no había secretos, ni más preguntas por hacer. Orión jamás la denunciaría, sino que la protegería. Las cosas estaban claras, seguían en diferentes bandos y amándose.

En el mundo, cada vez se acentuaban más las dos posiciones antagónicas, y ellos habían quedado en distintos bandos. Eme nunca abandonaría sus ideales. Él lo analizaba, pero no encontraba suficiente asidero, porque, si bien existía una mínima posibilidad de dejar la GM, jamás integraría El Sol.

Se durmieron abrazados, esperando la solución que ellos no hallaban. Descansaron tranquilos y en paz, asidos a la esperanza que tienen los que se aman de verdad y piensan que el futuro los encontrará juntos.

* * *

A la mañana siguiente, después de tomar un café en la cabaña, partieron de nuevo a la zona arqueológica de Las Médulas. Eme quería mostrarle a Orión la piedra gris. Ella pasó por el escáner y pagó las entradas argumentando que él se había encargado de los gastos de la compra de los fideos del día anterior.

Y allí, entre el paisaje verde, el sol radiante y las impresionantes montañas rotas dieron con la piedra del sol tallado; ante la imagen, ella repitió las explicaciones de la guía. Orión la apreció en detalle, y también se impresionó al oír las suposiciones expuestas y coincidió con Eme: los actos de los seres humanos siempre estaban concatenados unos con otros. Nada más real, ni más cierto, porque, en ese mismo momento, el dato registrado en el escáner cuando Eme pagó, ahora llegaba muy lejos, hasta otras máquinas, y avisaba —a quien debía actuar cuando recibiera esa información— que Eme se encontraba en Las Médulas. Cuatro pagos en el mismo lugar demostraban que ya no se movía por distintos pueblos y que se había instalado en esa localidad. Los engranajes se pusieron en marcha.

* * *

Ese mediodía, Orión terminó de preparar la comida. Otra vez le había tocado a él y había cocinado su famosa empanada gallega, esa enorme tarta rellena de pescado y verduras. Ya quedaba claro quién era el chef en la pareja. Él hacía bromas, se lamentaba, jocoso, de que había perdido la oportunidad de salir corriendo el día que Eme le confesó que odiaba cocinar. Ambos reían.

Pero Orión comenzaba a conocerla, porque, así como la cocina no entraba entre sus intereses, cuando algo captaba su atención, ella se lanzaba de lleno. Como sucedía con esto de seguir averiguando sobre la orfebrería antigua; el tema la tenía entusiasmada y quería más información.

—¿Ahora vas a ir? Tengo casi lista la comida —protestó Orión, que controlaba el horno.

—Sólo me demoraré unos minutos. Me olvidé de pasar antes por el ayuntamiento para recoger la folletería que me prometió el disertante… Y me apena que crea que no me interesan.

—Está bien. Cuando regreses, almorzamos.

—Y luego vamos al mirador de Orellán —propuso con una sonrisa.

Orión asintió contento.

La guía había recomendado la visita porque las vistas panorámicas permitían apreciar la grandiosidad de las explotaciones auríferas, con sus canales de agua, lagos y montículos de tierra rojiza. Sólo tenían que caminar unos minutos. Un paseo, un plan. La vida era buena y aún quedaban muchos días juntos.

Eme partió apurada, sabía que el ayuntamiento cerraba en el horario del almuerzo. Llegó justo antes de que se fuera la mujer mayor que trabajaba en el edificio y recibió de su mano los folletos que el conferencista le había dejado.

Eme no se pudo aguantar y les echó una mirada. En la calle, apoyada contra la pared del municipio, un dato saltó entre líneas. Concentrada en la lectura, se asustó cuando le tocaron el hombro. Giró con violencia.

—Eme…

Ella no respondió. ¿Quién era esa muchacha morena que le hacía acordar a Uve y que le tocaba el hombro? ¿Por qué sabía su nombre?

—¿Eres Eme, verdad? —repitió la chica.

—¿Qué sucede?

No le quiso decir que sí, ni que no. Su situación era delicada y, aunque esa morena no tenía aspecto de agente de la GM, nunca se sabía.

—Mi nombre es Ope y debo entregarte algo.

Eme seguía sin decir nada.

—Entiendo que tomes tus recaudos. Pero estoy aquí para ayudarte. Porque supongo que estás ansiosa por volver a Francia. Toma… —dijo la chica y, sacando del bolsillo un reloj igual al que Eme portaba, se lo extendió.

—¿Qué es?

—Un chip nuevo con tus pasajes a París… —Le imprimió alegría a su tono—. Para que regreses a tu casa del bulevar Les Capucines.

Eme ya no lo dudó más: esa muchacha sabía hasta el nombre de la calle de su edificio. Aguardaba ese contacto desde hacía días, sólo que la felicidad embriagadora que estaba viviendo con Orión le había hecho olvidar de todo lo demás. Extendió su mano y tomó el reloj que le ofrecía.

—Nos costó encontrarte. Te moviste por muchos pueblos en los últimos días, recién pudimos ubicarte cuando te instalaste aquí.

—¿Todo está bien? —preguntó Eme con inquietud. Quería saber si su identidad estaba en el radar de las autoridades, si la GM la buscaba o si debía tomar nuevas precauciones.

—Por ahora, Eme, no hay problemas a la vista. Pero desecha el reloj que tienes y colócate este. Todas las autorizaciones y pasajes están dentro del nuevo chip.

—¿Cuándo salgo? —preguntó Eme.

—En treinta minutos, desde allí —dijo señalando en dirección a la plaza.

La respuesta fue un balde de agua fría, se le hicieron trizas las ilusiones, los planes, las ganas. Los folletos se le cayeron de las manos. Ope la ayudó a recogerlos.

—Lamento la premura, pero la situación es urgente. Como están las cosas, no es fácil conseguir los permisos y que continúen vigentes por muchas horas. Por eso es importante que salgas ya mismo.

—Lo entiendo.

—¿Tienes equipaje?

—Sí, iré por él.

—¿Estás hospedada cerca, verdad?

—Sí, en las cabañas.

—Me lo supuse. Me quedaré a esperarte, quiero estar cuando llegue el auto inteligente que te llevará hasta la estación de Ponferrada. De allí, irás a Madrid y, luego, directo a París.

El itinerario de regreso a Francia era idéntico al de su llegada a España.

—Eme… —dijo la muchacha con un dejo de admiración.

—Sí, dime…

—Felicitaciones. La operación en el hotel La Luna de Santiago fue un éxito.

—Gracias —respondió Eme, aunque a ella, en ese momento, no le importaban las felicitaciones, ni el éxito, ni siquiera su regreso a casa. En su mente sólo había lugar para una imagen, la de Orión.

En instantes, Eme se largó a correr. De ahora en más, toda milésima de segundo tenía que ser para Orión. Lo pensó y se sintió

ridícula: ¡se iba en media hora! Aun así, no dejó de correr.

Cuando llegó a la cabaña y abrió la puerta, Orión enseguida supo que algo iba mal. Ella le explicó la situación y él se derrumbó; no había pensado que fuera para tanto. Se sentó en la silla, frente a la mesita, y se tomó la cabeza con las manos. No había tiempo para nada.

Eme juntó sus cosas y las metió en la mochila. Cuando terminó, él parecía repuesto. Lo estaba, pero sólo por fuera, porque su interior se rompía en mil pedazos.

«Te veo en París», le repitió seis veces en esos pocos minutos. «Mira que te espero», le respondió ella en seis oportunidades.

Los ojos de él se posaron largamente sobre la mochila y luego sobre la figura de Eme, que se movía apurada, y explotó:

—Te amo, Eme… ¿Qué voy a hacer sin ti?

—Yo también te amo. Y pienso lo mismo…

Los dos se quebraban.

—Y si no te vas… —propuso Orión conmovido por la desesperación.

—Pero… —Ella también dudó.

Un instante, una decisión que podía dividir las aguas para siempre, pero que también marcaba todos los ideales que Eme perseguía.

—No me hagas caso —pidió él.

—Nos vemos en París —repitió ella el mantra salvador.

Un último beso en la boca, salado, con gusto a final, con sabor a quebranto, a dolores viejos, a que perdimos la casa de Vigo y papá se enfermó. A que me muero si te vas, a que me pierdo sin ti.

Todos los antiguos dolores se unían en uno, el actual. Una última mirada de tsunami y Eme abrió la puerta. El sol de Las Médulas se la llevó.

Se había marchado y con ella se llevaba de España todas las risas, el sexo, las ganas nuevas.

Cuando Orión perdió de vista la figura de Eme, ingresó a la cabaña y cerró la puerta.

Él también tenía que irse ya mismo de allí; necesitaba organizar el modo. Un apuro extraño con tinte a naufragio se apoderó de él y comenzó a juntar con rapidez sus pocas cuatro cosas locas. Con la mochila cargada, descubrió la empanada gallega. «¿Qué hago con esto?» La había preparado con todo el amor del mundo. Al observarla, cayó en la cuenta de que ya no habría más comidas con Eme. Entonces, deshecho, comenzó a llorar como un niño. Sollozaba sin consuelo mientras en su mente pasaban las imágenes de los momentos que había soñado cuando creyó que la comerían juntos, sentados en la mesa, mirando el parque. El dolor de la ausencia era indescriptible; se trataba de un agujero negro que se tragaba todo. Y nada quedaba en pie.

* * *

Eme subió al coche negro haciendo uso de la misma fortaleza que venía utilizando desde que Ope le comunicó que se marchaba; sentía que tenía puesto un disfraz y se escondía en este.

Se acomodó en el asiento junto a su mochila y el vehículo arrancó. Dio la vuelta y, a través del vidrio trasero, saludó con la mano a Ope, que miraba cómo se marchaba, segura, hacia su destino. Atrás quedaban Las Médulas, el Camino de Santiago y España. Giró otra vez y su vista enfocó hacia adelante, el asfalto, la ruta, el horizonte, el futuro y se dio cuenta de que nuevamente el porvenir la hallaba sola, porque Orión no estaba. Volvió a mirar atrás y vio cómo las montañas rotas desaparecían, aunque Orión seguiría allá. Lo imaginó solo, en la cabaña en la que apenas un rato antes compartían la vida, y la entereza se le perdió. Quería llorar, deseaba estar en Las Médulas, quería a Orión a su lado. Lágrimas

comenzaron a caer por sus mejillas. ¿Quién podría adivinar cuándo volverían a verse? No sólo los separaban muchos kilómetros y decenas de prohibiciones para viajar, sino también sus mundos de ideas opuestas.

* * *

Orión salió de la cabaña y se subió al coche. Le costaba respirar; tal vez, los ataques de pánico que padeció cuando su padre murió habían regresado. Colocó el destino en el GPS para que lo llevara a Santiago de Compostela, pero, a poco de avanzar, tuvo que detenerse. Le faltaba el aire y no quería volver a su departamento. No podía, necesitaba pensar. Pero tampoco podía quedarse en ese hospedaje de Las Médulas donde había vivido con Eme. Su ausencia lo mataría, no sabía qué hacer. Su vida estaba en descontrol. Se quedó un rato mirando el horizonte. Se ahogaba, le costaba respirar. La vida le dolía. Estaba en una crisis grande.

¿Qué hacer? Lo pensó, lo analizó y lo decidió: reprogramó el GPS del coche para Santiago de Compostela. Pero esta vez se bajó del vehículo con su pequeña mochila al hombro. Regresaría a pie, necesitaba la soledad que sólo el camino daba. Los días que había pensado disfrutar con Eme, los usaría para caminar y meditar en los hechos que habían movido los cimientos de su existencia.

Cerró la puerta del vehículo y enseguida vio cómo se alejaba y él quedaba en medio de la nada. No le importó. Estaba muerto en vida. Comenzó a caminar.

CAPÍTULO 33

EL MOVIMIENTO

La Hispania, aldea de la montaña verde, año 30 a. C.

Es el atardecer y la arboleda que rodea la casa de Caleyano está más verde que nunca. Cazue, tendida en la hierba, contempla cómo sus hermanos juegan con Aguí. El pequeño los observa con admiración y copia todo lo que hacen ellos. Un poco más lejos, Leto corta leña.

Ella no le pierde pisada a su hijo, pues se ha transformado en un verdadero terremoto, como lo llaman en la familia.

—¡Hijo, ven aquí ya mismo! —le exige con un grito a la criatura desde donde está.

Aguí no le hace caso, pero, por suerte, sus tíos lo traen en andas mientras los tres se ríen a carcajadas. Porque el niño encuentra la corrida cuesta bajo por el pasto por demás emocionante y divertida.

Ella les hace señas para que se acerquen, los quiere a todos juntos sentados y tranquilos; es una tarde preciosa, y la ha elegido para hablar del tema que le pide su corazón desde hace un tiempo. Antes era más fácil tener estos espacios de ocio, pero ahora que su padre ya no está en este mundo, sino en el de más allá, todos ellos ocupan gran parte del tiempo trabajando. En la casa se hacen panes para vender, se cultivan las verduras de la huerta y ella crea joyas en el taller. Aun así, no es fácil conseguir la comida y la ropa para la

tracalada de personas que son; y más ahora, que el trueque se ha vuelto casi inexistente, y son las monedas romanas las que valen. Todos en la aldea se adaptan a la novedad.

—¿Por qué tenemos que sentarnos? Aún no terminé con la leña —se queja Leto, que sabe bien que, como hombre de su clan, debe velar por ellos, lo que incluye disponer siempre de leña.

—¿Vamos a plantar otro taxus? —pregunta su hermano más pequeño mientras trata de sacarse de encima a Aguí, que, muerto de risa, se le tira encima una y otra vez.

La última tarde que su hermana los sentó de esa forma fue antes de plantar ese árbol y les contó de la importancia de esa especie.

—No vamos a plantar ni ese ni otro, pero quiero hablarles acerca de lo que crece en el bosque.

El hermano del medio, que está pronto a convertirse en un muchachito, es quien habla:

—Ya lo explicaste: dijiste que los ancianos de la aldea creen que los taxus son sagrados porque pueden ayudar a los hombres a pasar al otro mundo.

—¡Escucha a Cazue y cállate! —exige Leto con la autoridad que se ha ganado en los últimos meses.

El chico le hace caso, y ella comienza desde el principio:

—Cuando fui a buscar a Aguí y durante el tiempo que lo tuve en mis brazos, el bosque me ayudó. Si no fuera por los árboles y la naturaleza, no podría estar hoy aquí…

—Pero los árboles no se mueven de lugar, no tienen brazos y tampoco hablan. ¿Por qué dices que te ayudaron?

Cazue sonríe y comienza a relatarles lo que —sabe— es su misión en esta vida: contarles a todos los que pueda cuán unidos están los hombres con el mundo natural, cómo sus elementos sanan el cuerpo y el alma y ayudan en lo que sea que el hombre necesite.

Aguí, que al fin se ha calmado y se halla sentado en el regazo femenino con los ojos cerrados, le da a su madre la oportunidad de

contarle al grupo pormenores que sólo ella conoce por haber pasado tanto tiempo y en estado de necesidad en el bosque, por haber vivido semanas en medio de millones de hojas, ramas, troncos y brotes; entre cientos de flores de distintos colores, en compañía de plantas alimenticias y animalillos, como el azor y la lechuza, que también la ayudaron; escoltada por el sol que nunca la abandonó y acompañada por el agua que la sustentó y hasta la hizo renacer cuando lo necesitó.

Ella comienza un largo relato de detalles, de aventuras, de percepciones vividas en ese maravilloso mundo natural. Pero no sólo quiere contarles para que aprendan a percibir ese universo y lo disfruten, sino que también desea inculcarles que una vez que lo experimenten deben transmitirlo a otros que aún no lo han descubierto. Algo en su corazón le dice que las personas alguna vez pueden sentirse omnipotentes y abandonar ese mundo natural, maltratarlo y, entonces, terminar muriendo en vida por ignorarlo.

—Se trata de una misión que todos tenemos. Una vez que lo comprendes, debes contárselo a otros —dice Cazue mientras les mira el rostro y descubre que Leto es el único que parece entender algo de sus palabras.

Los demás necesitarán repetición y mucha paciencia de su parte. No todos están preparados, no todos lo entienden. Pero este es el primer paso.

Les muestra el brazalete del sol y, tratando de ser didáctica, les dice:

—Siempre que vean este sol que hizo Caleyano, recuerden que sus rayos cada mañana alumbran por igual el mundo verde y el de los humanos. Él los une y se preocupa por ambos de igual manera.

—Los ancianos de la aldea dicen que el sol no está quieto, sino que hace un movimiento todos los días —señala Leto.

—Así es, realiza el movimiento que debe, del mismo modo que nosotros tenemos que hacerlo para unir los dos mundos.

—Es el movimiento de proteger —dice Leto risueño, que todavía se olvida de que es adulto y juguetea con palabras o con sus hermanos.

—Exactamente, miren el sol y recuerden que cada día deben hacer el movimiento de proteger el mundo verde, de unirlo con el de los hombres.

Cazue, sin saberlo, en esa tarde está comenzando algo que con el paso de los años va a tomar más y más fuerza, y que llegará hasta el futuro; justamente, al momento en que más se lo necesite.

Doce años después

Cazue, en el taller de orfebrería ubicado junto a su casa, extiende su mano y toma el anillo de oro con forma del símbolo awen que le entrega su hijo; él lo acaba de realizar y espera el visto bueno de su madre.

—Está hermoso, te felicito —dice mirando a Aguí. Se trata de un signo que, como el espiral, se repite desde hace mucho tiempo entre su pueblo.

Está orgullosa del trabajo: él es sólo un muchachito, pero ya se nota que tiene el mismo don que ella y Caleyano.

Cada día, madre e hijo comparten buenos tiempos en el taller; sobre todo, ahora, que Leto ya no vive con ellos, pues ha formado su propio clan con una joven de la aldea. Cazue sabe que también sus otros hermanos formarán su propia familia. La vida pasa, el entorno cambia y se consuela pensando que tiene a Aguí. Pero no todo es maravilloso cuando los hijos crecen, porque ellos comienzan a pensar por sí solos, a preguntar, a investigar; y por esos días Cazue ha tenido que responder preguntas como «¿Quién es mi padre?», «¿Por qué no formaste un clan con él?», «¿Él me quería?», «¿Puedo ir a verlo?».

Entonces ella ha tenido que hablar de temas que jamás hubiera querido volver a recordar, mucho menos nombrar.

La explicación ha sido breve, concisa, sincera y ha incluido las palabras «Era un romano que yo amé»; y estas han traído a la boca de su hijo una frase que a ella le ha desgarrado el corazón, porque Aguí ha dicho: «Algún día iré a Roma a conocerlo y también a vender mis joyas en esa ciudad».

Al oírlo, la mente de Cazue se ha llenado de ideas devastadoras: «¿Ir a Roma, que es el antro de la perdición? ¿A Roma, que es la cuna del enemigo? ¿A Roma, que está lejísimo?». Pero sólo lo ha pensado, porque no le ha querido responder con la esperanza de que, si no le lleva la contraria, tal vez él se olvide de esa idea.

El sol cae en el taller y ambos, acomodando las herramientas, dan por terminado el día de trabajo.

Aguí le dice:

—Mañana comenzaré a hacer un brazalete con varios espirales. ¿Qué opinas?

—Me parece excelente, podrías venderlos en la aldea grande. Ya sabes que allí les gustan esa clase de dibujos —dice ella, que desde que hablaron de Roma siempre quiere atarlo a estas tierras; y ruega por que el nombre de esa metrópoli no vuelva surgir.

—Haré un juego: pulsera y collar. Ganaremos buenas monedas.

Ella asiente y le acaricia el cabello rojo que ha heredado de su padre. Aguí pronto será un hombre y eso, sumado a que es un buen muchacho, la hace sentir orgullosa. Porque no sólo trabaja el oro con perfección y ayuda en la huerta, sino que también recuerda y practica la lección que ella le dio sobre unir el mundo verde con el del hombre, de cuidar el universo natural. Cazue lo ha visto cobijarse bajo los pinos cuando necesita tranquilidad, o precisa tomar alguna decisión. Lo ha visto regañar a los que maltratan las plantas o los animales; lo ha observado caminar descalzo para absorber lo que la tierra tiene para darle. Ella está segura de que aquí o en Roma será

un buen hombre y tendrá una vida hermosa. Sólo que, si se va, a ella se le romperá el corazón.

Esa ha sido la razón por la que ha aceptado que Ayan Ablana —que se ha vuelto un soltero codiciado— le corte la leña que su cocina estaba necesitando y que él tantas veces se ha ofrecido a suministrarle. Ha hachado para ella en una oportunidad, pero en esta segunda, para agradecerle, lo invitará a comer el potaje que ha preparado. «Tal vez, en algún momento, cuando Aguí se marche y me sienta sola, yo podría...» Pero Cazue frena esos pensamientos, porque aún la turban demasiado y sólo se queda con que lo invitará a comer como premio por la leña. La idea de que la vida es corta y se acaba pronto la toma por sorpresa, nunca antes lo había visto de esa manera. «¿Será que me pongo vieja?», piensa mientras el atardecer alumbra el parque y ella, junto a su hijo, camina rumbo a la casa.

—Aguí, un poco más y tendré la misma cantidad de lunas que tenía Caleyano cuando se fue.

—Te falta una enormidad… —señala el muchacho que, por su edad, percibe el tiempo de distinta forma.

—Quiero darte el brazalete del sol a ti.

—¿No es de mujer?

—Claro que no, es una joya delicada. Además, cuando tengas una hija, puedes dársela.

El chico se encoge de hombros. Es un bonito recuerdo y, como esa tarde su madre tiene nostalgia, él no le dirá que no a nada que ella quiera. Cazue toma la pulsera entre sus manos y se la coloca al chico. No sabe que alguna vez, en una tarde como esa, él se la entregará a una de las tres niñas que tendrá, las que nacerán en Roma con el mismo cabello rojo y que también gozarán de sus idénticas habilidades e ideas sobre la naturaleza. La rueda de la vida, que le dicen, esa que continúa y que nunca para. Que hace que las ideas del hoy sean empujadas al futuro, que los cabellos

rojos vuelvan a aparecer en las generaciones venideras, esa que hace que los dones de orfebrería no se pierdan, sino que continúen más y más allá, igual que las ideas de El Movimiento del Sol, como Leto lo bautizó.

EL SAUCE

El sauce llorón es un árbol que puede llegar a alcanzar los veinte metros de altura, su follaje es poco denso y de color verde intenso. Crece cerca de los ríos y necesita medio litro de agua cada día. No vive más de cincuenta años. Se lo llama «llorón» por sus ramas caídas.

PROPIEDADES: se cuenta que, desde la antigüedad, se lo ha usado para el dolor y la inflamación de contusiones y torceduras. También para bajar la fiebre.

Simboliza la tristeza y la flexibilidad para aceptar los momentos tristes sin quebrarse.

CAPÍTULO 34

EL SAUCE

Las Médulas, año 2055

Orión llevaba varias horas de marcha y ya se había internado en el Camino de Santiago. Se lo confirmaban el verde intenso de los árboles y la exuberancia de las plantas; pero él no les prestaba atención y tampoco las disfrutaba; el dolor y el enojo lo mantenían alterado y avanzando a ritmo rápido. ¿Por qué la vida era tan complicada? ¿Por qué? Extrañaba demasiado a Eme.

Al menos, se sentía conforme con la decisión que había tomado de caminar, así no estaría encerrado en su departamento como león enjaulado, volviéndose loco.

Miró el sol y descubrió que la tarde ya caía; necesitaba un lugar para dormir. Absorto, no se había precavido de buscar refugio. Lo consultó con Perla y ella no sólo le indicó que tenía el más próximo a muchos kilómetros, sino que lo regañó: «Has actuado irresponsablemente, tendrías que haber buscado uno antes, tenlo en cuenta para la próxima. Consúltame más seguido, me apagaste durante una hora».

Con el ánimo alterado, los comentarios de Perla le molestaron y volvió a apagarla. No soportaba nada ni a nadie; menos, a Perla.

Siguió caminando con la esperanza de que apareciera un poblado y allí encontrara algún casero dispuesto a hospedarlo por un

pequeño pago.

Pero la travesía siguió entre calles y senderos rodeados de árboles durante un largo rato. Entonces, lo decidió: se detendría a comer un trozo de la empanada y, luego, aunque fuera de noche, seguiría caminando. Nada le importaba ya, mucho menos caminar bajo las estrellas.

Se detuvo junto a un enorme sauce y se sentó bajo su sombra. Apenas lo alumbraba la tenue luz de la luna plateada. Aunque la noche aún conservaba el calor del día, una brisa fresa comenzó a insinuarse, por lo que agradeció haber cargado su abrigo de tela inteligente, que mantendría la temperatura de su cuerpo. Comió un bocado de la empanada con la idea de seguir adelante, pero la angustia lo quebró y derramó algunas lágrimas. Y, sumado al cansancio de la extensa jornada, el agobio lo venció. Y sin pensarlo, se terminó deslizando sobre las hojas secas del suelo, quedándose dormido bajo el abrazo sanador del sauce, que esa noche cumplió con la misión para la que había sido puesto en el planeta.

Más tarde, después de varias horas tendido en la hierba, abrió los ojos. Aún no era el alba, pero pronto despuntaría. Se puso de pie como autómata, asumiendo que tendría un duro día por delante a causa del tiempo transcurrido en la intemperie. Pero, contrariamente a lo que había creído, se sintió energizado. Empezó a caminar y, cuando salió el sol, percibió una pizca de optimismo; la primera desde la despedida en la cabaña. La acompañó una nueva y salvadora idea que se reveló en su mente: sólo se trataba de hallar la solución al problema porque Eme y él se amaban. Tenía que encontrarla.

Los rayos de sol ya alumbraban con fuerza cuando, al ingresar al primer poblado, divisó un bar abierto. Se detuvo, tomó un café con leche de almendras, como Eme le había enseñado, y enseguida siguió su marcha. Por momentos, el dolor de saber a Eme tan lejos se le hacía insoportable, pero, por otros, el miedo era quien lo

perseguía. Tenía temor a no verla más, a haberse equivocado, a que su vida fuera un fraude, una farsa. A no recuperarse de esta estocada mortal, a que volvieran los ataques de pánico, a…

Había descubierto que el agobio mermaba cuando se tendía en el piso y miraba el cielo durante un rato. Él no sabía, pero la tierra hacía su parte y lo ayudaba liberando su atormentado ADN.

Esa tarde, volvió a comer la empanada gallega y, esta vez, fue él quien decidió dormir de nuevo en la intemperie. Todo atisbo de civilización lo contracturaba, lo ponía a la defensiva, lo hacía sentir derrotado y lo lastimaba por no estar a la altura de las expectativas de los demás; porque sabía que había incumplido su trabajo. Allí, rodeado de verde, nadie esperaba nada de él, y era libre para pensar y sentir lo que deseaba, sin presiones.

Sentado en un claro del bosque no sólo devoró la comida, sino que también se comió algunas hojas de un tierno diente de león que crecía cerca de su pie. Al masticarlas, se sintió primitivo, elemental, pero le hizo bien. Simplemente, se las había llevado a la boca e ingerido porque su cuerpo se las pedía, y él había prestado atención a esa demanda interior. Se durmió con lágrimas, como la primera noche.

Por la mañana, después de muchas horas de desconexión, encendió a Perla. Y la voz suave, sensual y persuasiva le insistió.

—Ay, muchacho querido, no puedes apagarme durante tanto tiempo.

Por primera vez, le prestó atención al tipo de palabras y el tono que usaba para entablar el diálogo y pensó que él no era el muchacho querido de Perla. La IA se equivocaba.

Perla intuyó que Orión se desconectaría y, con amabilidad y mucho tacto, intentó retenerlo.

—Hablemos… ¿qué te pasa? Déjame ayudarte...

Entonces, a punto de responderle y contarle sus penas, se abstuvo, porque se dio cuenta de que ese ser virtual no podía

auxiliarlo. Él sabía bien lo que quería y su deseo no estaba dentro del ámbito tecnológico. Nadie más lejos que Perla para cumplírselo.

La apagó. Silencio.

Porque una cosa era escuchar a Perla en un día normal y otra, muy distinta, cuando se estaba sumido en un agobio. Oírla en el mundo de cemento parecía tener sentido, pero sumergido en este universo natural, rodeado de verde y en un entorno magnífico, ella sonaba vacía, hueca, lejana. Y sí: él mismo, interactuando con Perla, oyendo sus peroratas, lucía patético. La verdad comenzaba a revelársele claramente.

* * *

Cuando Eme llegó a su departamento parisino, cayó exhausta en cuerpo y alma. Pero, al ingresar en su hogar, no halló consuelo alguno, porque fue encontrarse con un universo conocido que ya no sentía propio. Lo único que deseaba era volver al camino, quería caminar, disfrutar de los distintos tonos de verde de los árboles y estar junto a Orión.

Se bañó, se tomó un café y, acuciada por la ansiedad, comió algunas galletas que había dejado antes de marcharse. Terminó el paquete y luego siguió con los caramelos que halló en el cajón de la mesa de luz. Un rato más tarde siguió con las gaseosas dulces. Entonces, recapacitó: si se quedaba, en breve volvería a ser la misma chica vacía y desolada que se había ido a Santiago de Compostela, la misma que —lo temía— caminaría por París pero con un nuevo chip implantado dirigiéndole la vida. Tenía que tomar alguna decisión, pero no estaba segura de cuál. Volver a España le hubiera gustado, pero en ese país aún corría cierto peligro; se había salvado por un pelillo y no iría a meterse otra vez en la boca del lobo. Aún tenía unos días para pensarlo, hasta que Orión lograra

viajar a París, si realmente venía. Tenía claro que, si él deseaba encontrarla, lo haría, porque un agente de la GM podría rastrear fácilmente su dirección.

A punto de abrir un nuevo paquete de galletas, decidió buscar el viejo aparato de telefonía que había comprado en la tienda de antigüedades. Se pondría en contacto con Uve y con alguna de sus otras pocas amigas. Estaba segura de que Uve tenía que haberla extrañado. Marcó el número en el teclado, tal como se hacía antaño, sonó una vez, dos, tres. Pero la chica no respondió. Derrotada, no pudo negarse a comer las galletas y, mientras las devoraba, percibió una sensación que crecía, algo parecido a extrañar a Perla. Se asustó, no la quería más en su vida.

Tendida en el sillón, apática y sin saber qué hacer, el ruido fuerte del timbre antiguo la sobresaltó. Tras un instante de desconcierto, comprendió que le sonaba el celular. Fue corriendo hasta el aparato y tuvo que atender con voz audible, y no con la mente, como estuvo a punto de hacerlo desde la comodidad del asiento.

Del otro lado de la línea escuchó a Uve y se alegró.

—Hola…

—Soy yo… —dijo Eme.

—¡Dios mío, Eme! ¿Dónde has estado? ¡Me dejaste en el restaurante y desapareciste por semanas! ¿Acaso has aceptado el SXH y te has quedado encerrada consumiendo línea y redes sin comunicarte con humanos?

Según los especialistas en comportamiento humano, quienes aceptaban el salario por humanidad vivían, durante el primer mes, absolutamente desconectados de la realidad, inmersos en actividades en línea que el trabajo cotidiano les impedía disfrutar. Luego, poco a poco, salían del encierro.

—Tuve la oportunidad de viajar, conseguí un pase de turismo y lo utilicé —dijo Eme, justificándose con una excusa normal.

—Ay, amiga, ¿y por dónde has estado?

—Viajé a España.

—¡Carajo! ¡Y yo, aquí, encerrada en mi casa todo este tiempo mientras tú paseabas en la tierra del sol! Cuéntame, por favor.

—¿Quieres que nos veamos? —preguntó Eme.

—No puedo, he quedado con una vecina para ver en línea una de esas series sensoriales. Cada una en su casa, pero ambas sintiendo lo mismo, desde el temblor de un terremoto hasta el beso que el bombón del protagonista le da a la chica. Imagina lo cachondas que terminaremos… porque… ¡es como tenerlo a mi lado! —exclamó con un chillido muy sugestivo.

—¿Estás bien, Uve? —Eme apuntó a una cuestión más personal.

—Sí, muy bien, aunque desde que no trabajo y recibo el SXH me la paso encerrada viviendo esas emocionantes historias de las series.

—¿Te mudaste?

—Sí, y ahora que tienes chip, chica, podrás ayudarme a elegir cortinas. Supongo que, si me llamas, es porque tienes uno puesto. Lo que me parece perfecto, sobre todo ahora, que pueden llevarte presa si no lo llevas implantado.

—¿Qué dices?

—¿No lo has escuchado en las noticias? Todo París está revolucionado. Los disidentes convocaron a una gran movilización en el Arco del Triunfo.

—¿Se aprobó la ley?

—Claro, ¿en qué mundo vives?

Evidentemente, había sucedido entre ese día y el anterior.

Las amigas hablaron dos o tres palabras más, acordaron verse al día siguiente y se despidieron.

Dejó el celular sobre la mesa y dio unos pasos hasta la ventana. Desde allí, vio cómo las luces de la ciudad comenzaban a encenderse. En París caía la noche. Reflexiva, comprendió que una parte del mundo se cerraba de manera definitiva, que el planeta se dividía inexorablemente y no había vuelta atrás. Ella quedaba de un

lado; en el medio ya no se podría estar seguro. Sin chip sería imposible trabajar, y sin sueldo no tendría de qué vivir. Salvo que cobrara el SXH, como Uve; y para eso necesitaba implantarse el chip. Se trataba de un círculo vicioso, un laberinto cuyos caminos siempre llevaban al chip. Su libertad estaba en peligro. Pronto empezarían los controles en la calle y, en su condición, podrían detenerla.

Eme apoyó su frente en la ventana y su aliento humedeció el vidrio. Los minutos transcurrían lentamente mientras su cabeza iba a mil revoluciones. Hasta que, dio un paso atrás, desempañó el cristal y logró verlo con claridad: esperaría a Orión durante un mes y, si no daba señales, se iría de París. Tenía que hacerlo para salvar su vida. Si se quedaba, volvería a la misma monotonía, a ser la Eme de antes, la que estaba muerta en vida. Meditó, y completó el plan en voz alta para tomar impulso y afirmarse en su decisión:

—Orión, tienes que venir en cuatro semanas porque, si no, me iré a la Patagonia.

Comprendió que ese mes sería duro; pero era el tiempo máximo que podría subsistir sin chip en París.

En Argentina, un país lleno de problemas económicos, la implementación de ciertos avances tecnológicos y la implantación del chip para controlar las actividades de la población llegarían con lentitud. Por lo que sabía, la GM no funcionaba a pleno en las latitudes del sur.

Claro que, si Orión llegaba a París, ella podía cambiar de planes y, juntos, tomar una decisión distinta. Estaba dispuesta a considerar un plan alternativo.

* * *

Durante la mañana del tercer día, Orión caminaba contrariado, extrañaba a Eme, temía que se hubiera olvidado de la incipiente pero fortísima relación que los había unido en el Camino de Santiago; peor aún, que quisiera volver con ese estúpido francés de nombre Bur. Desanimado por sus maquinaciones, lo decidió: esa noche dormiría en un albergue, y no porque extrañara una cama, sino porque deseaba una ducha. Pensaba que, tal vez, el agua le sentaría bien.

Colmado por la amargura, cada paso era un suplicio. Hasta que el sol de la siesta le hizo un regalo inesperado: ante sus ojos, un arroyo transparente y tranquilo le tendía la mano y lo invitaba a sumergirse en un remanso. Había patrullado el camino una decena de veces y jamás le había llamado la atención, pero nunca lo había visto con estos ojos.

Sin dudarlo, se desnudó y se sumergió por un buen rato. La belleza del agua helada le devolvió la alegría; su cuerpo de hombre chapoteó como si fuera un niño. Algo en su interior renacía y lo transportaba a una experiencia similar vivida muchos años atrás, cuando era pequeño y sus padres lo habían llevado al campo junto con su hermano. Pensó en el muchacho, en cuánto hacía que no lo veía y se prometió visitarlo pronto; era lo único que le quedaba de su familia y reunirse con él le devolvería una porción de lo que había sido y le quitaría esa sensación de soledad. Ya no quería vivir egoístamente. Tampoco sin disfrutar del agua de un arroyo. Y se prometió que, una vez al mes, al menos, tomaría un baño en un río cercano.

Lentamente, las prioridades de su vida se acomodaban. Esa tarde de sol, cargó las botellas en el río y se atrevió a beber esa agua. Pasadas unas horas, al caer la tarde, cuando comprobó que no le había hecho mal, sonrió. ¡La primera sonrisa en días! Poco a poco, empezaba a sanar; el agua, como cada elemento de la naturaleza, hacía su parte. Para eso estaba allí, para hidratar, pero también para

consolar, alegrar, dar un respiro y hasta un nuevo renacer a quien lo necesitara.

Cuando se tendió debajo de un árbol para comer el último trozo de empanada, notó, por primera vez desde que había salido de Las Médulas, que se hallaba calmado, casi feliz. No sabía la razón porque, en realidad, todos sus problemas seguían igual. El que estaba diferente para soportarlos era él.

* * *

Orión llevaba varios días avanzando por el camino y el dolor todavía lo aguijoneaba malamente. Cuando sucedía, caminaba rápido, acicateado, para olvidarlo; sin embargo, a veces, la angustia lo obligaba a frenarse y caía al suelo, de rodillas, derrotado, porque pensaba que todo había salido mal en su vida y ya no quería levantarse. No obstante, cuando parecía que no podía seguir, algo lo empujaba. Ignoraba que los árboles lo abrazaban con sus copas cuando el viento mecía sus ramas y bajaban hasta su cuerpo para insuflarle fuerzas, como siempre habían hecho con los peregrinos del camino.

En esas horas malas avanzaba unos kilómetros y, de nuevo, caía descorazonado. Entonces, quienes le daban impulso para seguir adelante eran los arbustos espesos que, ensanchando sus ramas, le rozaban las piernas a su paso.

Cada día, el sol se presentaba a la cita y lo acompañaba metiéndose en su piel, aflojando sus tensiones, ordenando los latidos de su corazón, infundiéndoles energía a sus células y animando su interior. Parecía querer revelarle una gran verdad: en la vida de los hombres todo tiene solución, menos la muerte. Porque, mientras él iluminara el horizonte cada mañana, había esperanza para todos.

Santiago de Compostela

Orión llegó a Santiago de Compostela siete días después. Sólo una noche había dormido en un albergue; las demás, entre los árboles. Había descubierto qué maravilloso era dormir bajo las estrellas y al abrigo del bosque; tenía un efecto sanador que permitía olvidarse de todos los males. La experiencia le resultó sublime y más reparadora que una cama, ideal para sortear su crisis. Al comienzo, apagaba a Perla por unos minutos; pero, con el correr de los días, a medida que se conectaba con la naturaleza, el silencio se prolongaba más tiempo. Y ahora llevaba ¡treinta horas! sin encenderla. Durante su travesía había comido poco y nada, la empanada gallega, algunas frutas silvestres, unos pocos cafés con tostadas. Sentado en la acogedora terraza o en la bulliciosa barra de un barcito, bebía su café en el más absoluto silencio, centrado en sus propios pensamientos. Había caminado como un peregrino, no como un agente de la GM o entrenándose para una competición de nado. Esta vez, su actitud había sido diferente y, ahora, el resultado estaba a la vista: volvía renovado, se sentía otra persona. Las prioridades habían encontrado su lugar en el podio de su vida, y, ahora, cada una estaba donde debía estar. Y se preguntaba cómo había sido posible que, en tan poco tiempo, la naturaleza hubiera logrado introducir cambios profundos en su cuerpo, mente, alma. Había aprendido, además, que por un amor no se moría, sino que se vivía; de lo contrario, no era amor. No quería estar con Eme porque se sintiera desfallecer sin ella, la deseaba cerca para poder vivir intensamente. Y si no podían estar juntos —por la razón que fuera —, tampoco sería la muerte de su existencia. La vida era demasiado linda más allá de los amores contrariados. La soledad absoluta en este mundo era una mentira, porque nunca se estaba solo. Un universo natural, verde, benigno y amoroso acompañaba siempre a los seres humanos y era capaz de dar aliento y sanar a través de las

plantas, los animales, el sol y el agua. Un creador lo había pensado así, como regalo para la humanidad. ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo podía estar seguro? Lo estaba, sí. Era como el viento: se lo percibía, aunque no se lo viera. Él estaba.

Orión caminó hasta su departamento con el último esfuerzo. En la puerta del edificio, se cruzó con uno de sus vecinos, que lo miró como a un verdadero extraño. Su aspecto había cambiado con la crecida barba rubia.

Luego de un largo baño, salió de la ducha y comió algo; inmediatamente llamó a su hermano; hablaron entrecortado, con silencios, pero acordaron reunirse al día siguiente; para qué perder más tiempo. Si se estaba seguro de hacer algo, había que realizarlo, ¡y listo! Eso también lo había aprendido en el camino.

Cortó con el chico y se dedicó a dar vueltas por la cocina. Venía pensando en sacarse el chip, pero no sabía cómo organizarlo. Aún era agente de la GM y tendría que dar explicaciones convincentes. Pero ya no deseaba a Perla en su vida, metida en la suya como si fuera la propia, hablándole a su mente, confundiendo sus pensamientos con los ajenos. No quería repetir esa duda que lo asaltaba al desconocer si el que pensaba era él o Perla.

Se sentó en el sillón. Y por primera vez lo barajó. «¿Y si dejo mi labor, dejo la GM?» Un nuevo sentimiento lo inundaba: no tenía deseo de investigar la vida de nadie. Sólo quería vivir plena e intensamente. Lo que no sucedería mientras él continuara controlando a los demás. ¿Y si finalmente no se promulgaban las leyes que él aguardaba para hacer justicia en casos como el de su padre? Esas por las que tanto había luchado. Él mismo se respondió: «Las injusticias que sufrió mi padre no se repararán». Sus padres ya no estaban en este mundo. Lo único que seguía allí, firme, era su propia existencia, que pedía ser vivida de la mejor manera y con plenitud.

Se puso de pie y caminó de nuevo por la pequeña salita. Tampoco quería seguir viviendo en ese cubículo sin plantas ni árboles.

Entonces, si ya no quería su departamento ni amaba su trabajo, si ya no soportaba a Perla y realmente estaba dispuesto a vivir sin las comodidades que ese ser brindaba, significaba que ya estaba listo, preparado para una nueva vida que incluía a Eme. Porque sabía cuál era la puerta para que juntos ingresaran a una nueva etapa. La amaba, pero los cambios que él había experimentado iban más allá. Los días pasados en el camino le habían mostrado muchas cosas, había podido ver su vida del derecho y del revés, observarla tal cual era; y mucho no le había gustado.

Bebiendo un café, sentado en su cocina, se decidió: haría un cambio profundo. No sería de un día para el otro, pero trataría de que le llevara el menor tiempo posible porque Eme lo esperaba. Cerró los ojos y llamó a Iñaki. Tenía suficiente confianza con su jefe como para ir adelantándole algo sobre este tema.

Además, aún pensaba hacer uso de los beneficios que le daba el hecho de pertenecer a la GM; necesitaba averiguar con precisión dónde vivía Eme. Sólo tenía el dato de su calle —Les Capucines— porque ella siempre nombraba el bulevar de su edificio; pero el número exacto de su departamento no lo sabía a causa de los apuros de la despedida inesperada; claro que ambos daban por descontado que él, como agente, siempre tendría acceso a las informaciones del planeta entero.

Eme y Orión no podrían comunicarse por llamada porque ella carecía de chip y usar un viejo teléfono entrañaba serios riesgos para ambos, porque todas las llamadas quedaban grabadas en los oscuros espacios de la línea. Y, conforme a los planes que se le ocurrían, creía que lo mejor sería que no los identificaran como dos personas que mantenían una relación afectiva. Tendría que ser a la vieja usanza, como explicaban sus abuelos que era antaño: «Si una

persona te interesaba, ibas por ella. La buscabas en su casa, en la escuela o en la universidad, el trabajo o donde estuviera». «Tanta modernidad para, al final, comprobar que lo antiguo es lo mejor», remató.

París, dos meses después

Orión salió del sucucho oscuro de la *rue* Cambon y sonrió. Era el típico lugar que, hasta no hacía tanto, y por su trabajo, él controlaba. Allí siempre pasaban cosas extrañas y sospechosas para los parámetros de la guardia. Justamente, como la que acababa de suceder: se había quitado el chip, no lo había reemplazado y tampoco había declarado sus datos verdaderos. Tanto él como el hombre tatuado que se lo quitó tenían claro que esos papeles estaban de adorno porque no era un prestador autorizado. Y lo que allí se hacía era ilegal; sobre todo, después de que había sido aprobada la ley de la obligatoriedad del chip. Así que debería moverse según las antiguas prácticas; es decir, intentaría llegar a la casa de Eme sin ayuda tecnológica. A Perla no la extrañaría; los dos últimos meses la prendía únicamente para resolver cuestiones vinculadas con el trabajo.

Se metió las manos en los bolsillos. En París corría un viento helado; caminó las cuadras que tenía hasta llegar al bulevar Les Capucines; esperaba encontrar a Eme en su casa. Desde la despedida a los apurones, en Las Médulas, no habían podido comunicarse. Y si había viajado hasta allí, lo había hecho sólo guiado por la certeza de que sería bienvenido en honor, al menos, a los días compartidos en España. Se hallaba nervioso. ¿Qué diría ella cuando lo viera? ¿Qué opinaría de su nueva barba rubia? La había dejado crecer durante el camino y desde entonces no se la había rasurado porque le resultaba práctica y cómoda; además, creía que condecía

con sus nuevos pensamientos de libertad. Mientras caminaba, los interrogantes siguieron acribillándolo: «¿Y si ya no me quiere? ¿Y si los sentimientos de Eme fueron momentáneos?». Había contemplado esas y otras posibilidades. Pero si lo rechazaba, él ya no moriría, como había creído cuando se despidieron; sufriría, sí, por supuesto, pero el nuevo concepto de vida era más amplio y más completo, y trascendía un amor. Se trataba de tener una vida plena y feliz más allá de lo que le tocara vivir.

Con estas ideas burbujeando en su cabeza, Orión llegó a la puerta del edificio. Pero al tocar el portero eléctrico, todos los conceptos se le desmoronaron cuando escuchó la voz de Eme, que lo invitó a pasar.

Un instante después, ella le abría la puerta de su casa de par en par.

Eme estaba allí; vestía un conjunto blanco de polera y pantalón, y le sonreía. Hubiera querido abrazarla, pero se contuvo, la halló un poco distante. Se fijó bien. A través de la puerta, detrás de ella, alcanzaba a ver dos maletas grandes y un bolso chico, sin contar la mochila que colgaba en su espalda.

—¡Orión!

—Sí, soy yo, el del camino —dijo sonriendo.

Él ingresó a una casa semivacía, destemplada, con unos pocos muebles y no mucho más. ¿Acaso ella se estaba yendo?

—No lo puedo creer. ¡Tienes barba!

Otra vez sonreía, pero seguía extraña. Él le devolvió una sonrisa y preguntó:

—¿Te estás yendo?

—Sí, me mudo.

—¿Ahora?

—Me voy a la Patagonia. Tengo un vuelo en tres horas.

No había tiempo para explicárselo con anestesia.

—¡La Patagonia! —Orión lanzó un silbido.

Era un lugar muy lejano. ¿Por qué irse allí?

—Tengo parientes y en Argentina aún no hay GM. Ya sabes, los problemas económicos los tienen demasiado entretenidos y La Firma aún no ha logrado los acuerdos necesarios para su pleno funcionamiento.

Pero esas explicaciones a él no le importaban y, sin contemplación, le retrucó:

—No me esperaste… te dije que vendría.

—Sí, te esperé. Pero la obligatoriedad del chip…

—No me esperaste…

—Ay, Orión… dos meses es mucho tiempo.

Cómo explicarle todo lo que había pasado por su mente mientras lo aguardaba.

—No te preocupes, Eme, yo sólo pasaba por aquí, quería saludarte, verte un rato —mintió, otorgándole una salida honorable.

—Ah… sí, sí, entiendo.

Ambos sabían que no era así.

Dos o tres palabras más acerca de cuándo había llegado y ella, asomándose por la ventana, vio que el taxi inteligente ya estaba en la puerta. Se lo explicó. Él comprendía, claro que comprendía. Entendía absolutamente todo.

Bajaron.

—Orión, ¿tú viniste por mí?

El viento helado de Les Capucines los envolvía.

—No, Eme, no te preocupes, realmente quería conocer París. Lo menos que podía hacer después de haber pasado tan buenos momentos con una francesa —dijo con una sonrisa triste.

Era difícil.

«Mejor, mejor que me des esa explicación», pensó Eme, que sabía de sobra que no podía estar con un agente de la GM, con alguien con chip. Ella, además, violaba abiertamente la ley al no

portar uno. No tenían posibilidad alguna de estar juntos, pero la vida continuaba.

El miró todas las valijas. Guardaban el triste significado de entender que no lo había esperado, que había resuelto marcharse lejos.

Con la ayuda de Orión, Eme cargó las maletas en el coche. El vehículo hizo sonar una pequeña alarma con sonido de rana croando. Primer aviso. A partir de ese momento, el taxi inteligente esperaría diez minutos; luego, se marcharía con pasajero o sin pasajero, con ella o sin ella, con valijas o sin valijas.

Se miraron con una intensa profundidad. La figura esbelta de Orión, sus manos metidas en los bolsillos del abrigo gris. El viento volaba el flequillo de Eme.

—Ay, Orión… dos meses es mucho tiempo.

Cómo explicarle todo lo que había pasado por su mente mientras lo aguardaba.

—No te…

Se acercó para darle un beso de despedida, pero su boca terminó en la de Orión, que le respondió. Pero fue él quien lo detuvo.

—El auto se irá sin ti —le señaló.

—Lo sé, lo sé. Pero dejarte aquí, se me hace…

—Tranquila, todo estará bien.

Esa frase, esa frase… A Eme se le movían los cimientos del mundo.

—Ven a visitarme a la Patagonia.

—Vine hasta aquí. ¿Acaso es poco?

—No, no —dijo Eme, nerviosa.

—Un día de estos, nos vemos. En la Patagonia o donde sea —sugirió él con tono tranquilizador.

—Está bien —aceptó ella.

Ambos sabían que no era verdad. No podrían comunicarse, ella no usaba chip. Él, tampoco. Pero Eme lo desconocía. No obstante,

ambos seguían el teatro para no desmoronarse. A ella la esperaba un vuelo; a él, seguir adelante, su dignidad se lo exigía. No iba a rogarle.

Otra vez sonaba el croar de la rana. Segundo y último aviso.

Se abrazaron en un intento de abrazo, porque, si se dejaban llevar por lo que sus cuerpos pedían, tendrían problemas.

Eme se subió al coche. Una vez que arrancó, a través del vidrio, ella se quedó mirando esa figura de hombre que se achicaba a medida que se alejaba. Ambos se observaron hasta el último momento en que el vehículo desapareció en la esquina.

Cuando Orión estuvo seguro de que ya no la veía, de que ella no se arrepentiría, de que no detendría el coche, supo que tendría que consultarle a un humano cómo cuernos salir de allí. Ya no tenía a Perla, y no quería llorar. A la primera señora que pasó a su lado le preguntó por la estación, por un hotel, por un bar. Las ideas se le confundían; no sabía bien qué hacer ahora que el plan había fallado. La mujer le indicó cuál era la estación del metro más cercana, pero, al verlo descorazonado, también le explicó con lujo de detalles dónde había un buen hotel y un bar con una simpática terraza para tomar un café. Temiendo que no hubiera entendido, le repitió las instrucciones un poco en francés y otro poco en español.

Eme dio la vuelta en la esquina y, con voz clara y audible, le pidió al taxi que regresara. Había algo que le exigía que volviera. El coche obedeció y se aparcó casi al lado de Orión, pero a sus espaldas. Eme, sin decidirse del todo a bajar, observaba la escena. Orión hablaba con Rose, su vecina, a quien le había regalado la maceta con la triste dama de noche. La mujer mezclaba los idiomas en un afanoso intento por explicarle cómo llegar a varios lugares.

Y Eme, allí, dentro del taxi, indecisa entre continuar su viaje hacia el aeropuerto o seguir sus instintos, lo descubrió: ¡Orión no tenía chip! Si estuviera chipeado, no estaría hablando con Rose, sino escuchando las instrucciones de Perla.

Se bajó del coche. El portazo llamó la atención de Orión, que giró en el acto y descubrió que Eme bajaba las maletas.

«Croac, croac», primer aviso. El taxi le recordaba que había consumido una espera. En el próximo, se iría.

—Te amo, Orión… Vayamos juntos a la Patagonia.

La apuesta iba al todo o nada.

—¿Qué dices...?

La imagen de Eme bajando las maletas lo había dejado en *shock*, pero la frase lo mató.

Ella fue clara:

—Que si no vienes, me quedo aquí, contigo, pero no creo que quieras vivir sin chip en París.

Él sonrió, ella lo había adivinado.

—Vamos, te gustará, seremos felices —insistió Eme.

—¿De veras me amas? —preguntó él.

—Claro que te amo.

Ella dudaba en acercarse y abrazarlo porque entendía que él debía tomar la decisión en libertad.

—No puedo comprar un pasaje sin chip —señaló Orión.

—Lo arreglaremos. Mi gente sabe cómo hacerlo —dijo Eme.

Estaba segura de que para Hache y Equis ese no sería un problema.

«Croac. Croac», último aviso.

Otra vez se miraban. O subían al coche juntos, o… la nada misma.

EL CARPE

El carpe es un árbol que alcanza una altura de veinticinco a treinta metros. Ama la sombra y desarrolla un denso follaje. Hay importantes bosques de esta especie en Londres y Suecia.

PROPIEDADES: se dice que tiene efecto astringente, expectorante y antitusivo. Su madera blanca es muy valorada por su extrema dureza; se usa para la fabricación de pianos y tacos de billar.

Simbología: transmite la idea de que los frutos deben recogerse cuando están maduros, en su punto justo, y jamás esperar.

CAPÍTULO 35

EL CARPE

Patagonia, año 2058

El sol hace su aparición en esa mañana de diciembre y con sus rayos ilumina el verde brillante de los carpes que rodean la casa de madera y piedra que protegen con sus ramas. Esos árboles y sus propietarios son una dupla invencible, se cuidan unos a otros: de un lado, con riego y abono; y del otro, entregando oxígeno y vibraciones benignas. Se trata de un lugar donde los ojos encuentran consuelo. Ese es el nombre que sus dueños le han puesto a la casa y al predio.

Es temprano y el clima ya está precioso. Al fin ha llegado el calorcito. Los inviernos del lugar son duros, pero el color vibrante de las plantas nunca merma. Menos ahora, que es verano y la Patagonia parece de fiesta. A pesar de ello, Eme y Orión, por momentos, extrañan la nieve. Después de tres años de vivir allí se han empezado a acostumbrar a ver esa blancura que torna silenciosa y pacífica la vida en su paraje, ese que está muy cerca de un pueblito pequeño de nombre Villa Lago Meliquina.

Ese ha sido el lugar elegido por muchas razones; entre otras, porque sus ahorros les permitieron comprar un terreno y construirse una casa con materiales nobles. La zona aún no tiene red eléctrica y, para autoabastecer las necesidades diarias, emplean energía solar y

eólica. Pero ellos encuentran delicioso a Donde los Ojos Encuentran Consuelo.

La pareja baja poco al pueblo, sólo lo justo y necesario, para conseguir con sus trabajos el sustento que les permite seguir viviendo. «Una vez a la semana, alcanza y sobra», dice Eme, y se niega a ir con más frecuencia. Salvo, una vez al mes, cuando se van lejos, a San Martín de los Andes o a Bariloche, donde ambos dan una conferencia en la casa de un matrimonio que presta su morada para encuentros que reúnen a un selecto grupo de personas de confianza, invitadas con cuidado, para evitar denuncias. En ese espacio, Eme habla en nombre de El Sol, o de El Movimiento, que son los dos alias que sigue llevando esa resistencia de ideas que luchan contra los que arruinan el mundo.

Ella habla desde su corazón, como si lo trajera en la sangre, bien arraigado, desde siempre. Él lo cuenta desde su experiencia, esa que tuvo en el Camino de Santiago. Eme, al inicio de la charla, lo primero que hace para captar la atención de los presentes, entre los que siempre hay nuevos, es mostrar el brazalete del sol que le hizo su padre y que ella —está segura— se entrelaza con una historia ancestral de orfebres antiguos que descubrieron que debían cuidar la naturaleza. Orión no muestra nada, pero las palabras salen de su boca con magia y logran el mismo efecto que las de la pelirroja, esa que no lleva más el pelo al hombro, sino largo casi hasta la cintura, hasta donde le crece, porque, según le ha dicho a Orión, no piensa volver a cortárselo, aun cuando le salgan canas.

De eso se tratan las pocas y ocasionales salidas de la pareja, porque el resto del tiempo lo pasan en Donde los Ojos Encuentran Consuelo. Al lado del quincho de la casa, ella ha instalado un taller de orfebrería donde diseña joyas que luego realiza en oro y plata para venderlas en una elegante joyería de Bariloche, que envía el dinero a una cuenta bancaria que funciona desde un reloj. Igual que sucede con lo que gana Orión con sus viandas de comida, las que

entrega en varios lugares de la ruta y que llevan por nombre Comida Saludable.

Ambos disfrutan de la parte buena que encuentran de vivir en un país subdesarrollado donde la vida es más pobre pero también más humana. Porque la tecnología es costosa e ingresa lenta y a cuentagotas. No todos pueden pagar los últimos inventos; por eso, cuando esos avances llegan al pueblito, en otros lugares los consideran obsoletos. Aquí, hablar de un avatar es ciencia ficción, mientras que en París o en Madrid es una realidad: se cruzan en las calles con los humanos y cuesta distinguir unos de otros. En Villa Lago Meliquina, el pueblo más cercano a la casa, por ahora sólo hay humanos. Eme y Orión creen que es una suerte, aunque eso signifique que todas y cada una de las tareas que realizan en su predio las deben hacer ellos, y no un androide.

Eme ha desechado para siempre trabajar con la tecnología, y ya casi no la usa porque dice que no puede controlarse y abusa de ella. Por eso la ha abandonado, tal como hace una persona con la droga de la cual alguna vez dependió. Sólo de vez en cuando, y por puro gusto, cuando baja al pueblo, usa alguna de esas viejas máquinas que hay disponibles en los bares y se da una panzada leyendo noticias o comunicándose con su gente de París y sus amigos españoles: Tomás Orozco y Pepi, su esposa, esa mujer española que —Orión lo sabe— inspiró a Eme para levantar el altar que ahora muestra la sala de su hogar. Allí, Eme atesora algunos objetos queridos que le han enseñado a vivir mejor, han marcado su vida o, simplemente, son bellos recuerdos. En esa mesita, entre ramitas de pino y otros objetos, están las flores de papel que Orión le hizo durante el viaje a Santiago, el ramillete de flores amarillas que guardó en Puertomarín, también el sol de oro que le regaló su padre cuando aún era una niña y hasta una pluma tornasolada que recogió en el terreno donde viven y tomó como señal de que debían

comprarlo. Y otros tantos, muy insólitos, que Orión ya no sabe qué le recuerdan a su mujer.

Esa mañana, Eme y Orión salen de la casa y se suben a su camioneta. El vehículo no es inteligente y lo tienen que conducir ellos, pero en Villa Lago Meliquina a nadie le llama la atención, pues en la zona los coches tecnológicos son pocos; su precio los vuelve bastante inaccesibles. «Es como vivir en el túnel del tiempo tiempo», dice Orión, y ríe.

A ellos, hoy les tocó bajar a la civilización. Eme debe entregar una colección de piezas de joyería que ha terminado por esos días; uno lleva la forma del sol y las otras, distintos diseños con plantas y estrellas. Orión, por su parte, debe dejar en los locales las cien viandas de comida española que prepara semanalmente. Cada uno carga lo suyo. Ella, en el asiento de atrás; él, en la cúpula. Y cuando están listos para partir, Eme le pregunta:

—¿Llevas todo para la piscina?

—Sí, también mi nuevo traje de baño —acota Orión, mientras sonríe, sabiendo que lo estrenará en natación.

Ella se lo ha regalado ese mes, lo que es un gran acontecimiento, ya que son pocas las cosas que han adquirido en los últimos años; ambos son anticonsumistas y, aun así, intentan reducir al máximo sus compras. No les gusta gastar el dinero en objetos, sino en experiencias que puedan recordar hasta el final de los días. Porque, según Eme aprendió de Pepi Orozco, es lo único que siempre llevará con ella tanto en este mundo como cuando pase al de más allá. Cuando ella se lo contó a Orión, también lo marcó comprender esa verdad: sólo los recuerdos y lo que nutre el alma los acompañarán por siempre.

Orión aprovecha cuando salen y hace natación en un poblado que queda un poco más lejos; en la zona no hay otra pileta. «Es el único vicio citadino que me queda», se justifica cuando le preguntan por qué se toma la molestia de viajar hasta el natatorio.

—Nos vamos de paseo, mi francesita —le dice él. Y ambos se suben sonriendo al vehículo.

Toma el volante con entusiasmo y arranca el motor. Disfruta la libertad de conducir y sentir que él tiene el control, no el satélite.

—¿Te vas a encargar de comprar las verduras para que mañana cocine lo que me pediste? —pregunta él.

—Sí, mi amor —dice ella, dulcemente.

Sabe que Orión le cocina cada día y su corazón se llena de gratitud por este pequeño acto de amor que la salva de la rutina y la llena de bienestar.

—Y también recuerda conseguir los mariscos para la paella —le pide él.

Orión no se olvida de que una vez, en España, le prometió que le cocinaría ese plato de su tierra y, cada tanto, con ese rito culinario, recuerdan cuánto se quieren y cuánto les costó estar juntos. Pero esta vez hay otro motivo de festejo. Tienen visitas.

—¿Tú crees que a Bee le gustará esa comida? —pregunta, inseguro. Él aún no conoce a la chica.

—Seguro que sí. Y si no, le damos pan con queso —dice Eme, muerta de risa.

Para él, es importante lo que comen; para ella, no tanto. Mientras no la pongan a cocinar lo que sea que Orión prepara habitualmente, encontrará exquisito cualquier plato. Pero esta vez viene su amiga mexicana y quiere recibirla como corresponde, así que se encargará de comprar los mariscos. El Movimiento ha tramitado con éxito un permiso de turismo para Bee, aunque la chica viene pensando en la posibilidad de mudarse a la Argentina; si le agrada ese lugar, se quedará. Porque en Ciudad de México cada vez está más difícil la vida para los sediciosos; y más aún para alguien como Bee, que ya tiene antecedentes. La ley promulgada hace tres años sigue plenamente vigente y exige el uso obligatorio del chip, sin excepciones, a rajatabla. Los hospitales ni siquiera pueden

atender a pacientes sin el implante. Algunos sostienen, aunque sin evidencia científica pero con absoluta convicción, que las vacunas contra las tres pandemias contienen metales pesados que, al ingresar al cuerpo, permiten a los gobiernos fichar a las personas con sólo acercarles una máquina. Y esto trae enojos y serias trifulcas, porque muchos se niegan a que les acerquen un escáner. En las ciudades de todo el mundo hay manifestaciones y tumultos con pancartas que exigen la urgente prohibición. Una parte de la población parece haber despertado y La Firma aún no tiene la última palabra.

La camioneta arranca, avanza despacio por el camino de ripio, se aleja de la casa que queda custodiada por los carpes. Va andando mientras Eme deposita su mano en la pierna de Orión, quien, a pesar de que va concentrado en el camino, es muy consciente de esa caricia. Esa mujer es su amor, y su compañera. Ellos dos, siempre juntos; solos de aquí para allá y, tal vez, por siempre, en dúo eterno. Porque, aunque Eme nunca llegó a hacerse el tratamiento en la sangre para no tener hijos, y tampoco se cuidan, el hijo nunca viene. Pero no les importa, son felices igual, porque han aprendido la lección de que la vida es bella, más allá de los «No» que decida dar. Así como alguna vez Orión aprendió que, si ella le decía que no, él seguiría teniendo una gran vida, una existencia plena. Son felices juntos y no necesitan nada más.

La camioneta sale del camino de ripio e ingresa a la ruta de asfalto. Un leve traqueteo mueve la mercadería que va atrás, en la caja, y el sol de plata y oro, que refulge, se mueve. Muchos han comenzado a usarlo como símbolo de rebelión, como emblema de amar la naturaleza y compromiso por cuidarla, como insignia de la unión entre el mundo natural y el del hombre, tal como Cazue lo pensó por primera vez. Tal como se ha ido trasmitiendo desde esa época y por distintos continentes.

Grupo Planeta

¡Seguinos!

Secreto bien guardado (NE)

Rivero, Viviana

9789504988564

400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Puede el amor triunfar sobre el prejuicio? Buenos Aires, 2008. El hallazgo de un manuscrito familiar por parte de una joven recién llegada de España la transportará al pasado y a la historia de un

amor que desafió los paradigmas de la época y se atrevió a soñar lo imposible. Hotel Edén, Córdoba, 1940. En plena Segunda Guerra Mundial, la Argentina elige ampararse detrás de una dudosa neutralidad. Amalia, bella hija de un próspero empresario porteño de origen judío, disfruta de las vacaciones junto con su familia en el mítico hotel cordobés, ícono del lujo. Allí se hospeda también un grupo de diplomáticos alemanes cuya misión es repatriar a los marinos del acorazado Graf Spee, hundido en el Río de la Plata. Entre ellos está el apuesto abogado Marthin Müller, de carrera ascendente en las filas nazis. Amalia y Marthin no podrán refrenar una poderosa atracción que tendrá consecuencias dramáticas e impredecibles para ambos. En Secreto bien guardado, los personajes se debaten en medio de pasiones, equívocos y situaciones límite sin tregua. Con estilo directo y un sólido trasfondo histórico, esta novela vertiginosa y atrapante de Viviana Rivero opone la fuerza liberadora de los sentimientos a la cárcel de las convenciones sociales.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Inodoro Pereyra de oro 2

Fontanarrosa, Roberto
9789504987758
464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Este libro completa las aventuras y desventuras del Renegau. Nace la leyenda. Sabias las palabras prologales del inodorólogo Juan Sasturain: "Si Inodoro Pereyra tuviera que comenzar a publicarse ahora, tendría dificultades graves para encontrar dónde y cómo. La

tontería y la hipocresía son endémicas y no hay vacuna para esas rengueras del espíritu, mucho más graves que el Covid o el dengue". Por fortuna, el dónde y el cómo se consumaron aquí para que el hecho ocurra. Y es por eso que el tero brama su rutina lacerante olvidado de todo, hasta del exacto lugar de su hueverío. Por eso es que los marlos reverberan al ser acariciados por las últimas luces del poniente y el urutaú se abraza aún más a las ramas del yatay para estallar en un lagrimeo coral. Para decirlo todo, la pampa entera se hace cogollo de tristeza. Es que con este volumen 2, continuidad y finitud del Inodoro Pereyra de Oro 1 y el Inodoro Pereyra Inéditos, se completan las aventuras y desventuras del Renegau. Y nace la leyenda.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La felicidad

Rolón, Gabriel
9789504982562
392 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El arte de escuchar el deseo. Como imposible y como quimera, como fin y también como imperativo, la idea de la felicidad nos interpela más que nunca en los tiempos que corren. "¿Cómo ser felices?", esa

sentencia que nos sobrevuela como mandato del mundo moderno se impuso para encandilarnos y hacernos perder de vista aquella que debería ser la pregunta nodal: "¿Qué es la felicidad?". En su nuevo libro, Gabriel Rolón nos propone desandar el camino. Desarticular lugares comunes y preconceptos para poner en evidencia qué se esconde más allá de esa ilusión que se vende como panacea y no es más que una trampa. Entre el Psicoanálisis y el arte, entre la filosofía y la literatura, despliega entonces su hoja de ruta, un mapa de lecturas que van de la mitología clásica a Byung-Chul Han, pasando por Freud, Lacan, Borges, Nietzsche, Schopenhauer, Einstein, Alejandro Dolina, Ana Frank, Bertrand Russell y Comte-Sponville, entre muchas otras. Una vez más, como en sus trabajos anteriores y fiel a ese estilo que lo llevó a ser uno de los autores más leídos de las últimas décadas, Rolón nos invita a pensar a contrapelo de las modas ligeras. Y es ahí, en esa zona incómoda y a la vez anhelante de vida, donde La felicidad se vuelve un ensayo indispensable, lúcido, humano.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El duelo

Rolón, Gabriel
9789504971962
456 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

"El Duelo es un territorio oscuro, misterioso, casi inaccesible. Una conmoción que nos sorprende, nos toma desprevenidos y cambia nuestro entorno en un instante. No importa lo preparados que

creamos estar para enfrentar una pérdida, esa preparación jamás será suficiente. Cuando ocurre, todo se desmorona y por un tiempo nada tiene sentido. Algo se quiebra en nosotros, el mundo se derrumba y nos muestra su aspecto más cruel." Con estas palabras describe Gabriel Rolón cuál será el camino a transitar en su nuevo ensayo: la pérdida. Sí, la muerte, sin rodeos (la propia, y la de los que amamos), pero también la falta imprevista (o no tanto) de todo aquello que nos sostiene anclados a la vida. La pérdida de un trabajo, una pareja, un hogar, el reconocimiento de un otro y hasta la juventud nos empujan al duelo. Y es ahí, en ese soplo en el que el dolor se hace carne y la pena se devora las palabras, que Gabriel Rolón comparte su reflexión aguda, certera, siempre lúcida. Por eso, su nuevo libro se nutre de mitología y de música, de cine y literatura, de casos clínicos y teoría analítica. Porque es una mirada que indaga en el padecimiento y a la vez en los mecanismos que el Psicoanálisis como disciplina, y que el arte como forma de entender el mundo, nos tienden a modo de puentes para superar lo ausente. Y es que el Duelo –y en esto Rolón es tan claro como firme– es una "guerra" íntima. Una prueba, tal vez la más dura, que nos pone cara a cara con lo que perdimos y con lo que podemos crear a partir de lo perdido. Una batalla salvaje que nos transforma de una vez y para siempre. Y que en su impiadosa deriva nos lleva hacia un renacer que nos hace más humanos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El pecador de Oxford

Petryk, Mar
9789504977056
512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Y si la persona que amas fuera un monstruo? ¿Y si la obsesión que siente por ti congregara a otros miles? ¿En quién podrías confiar? ¿Acaso alguna vez te sentirías a salvo? Isabelle cambió su

nombre y renunció a su vida cuando descubrió que su marido no era el apuesto y encantador profesor de Teología que le juró amor hasta el fin de los días, sino un asesino serial a quien la prensa apodó "El pecador de Oxford". Tres años más tarde, un extraño paquete llega a su puerta, así como los fantasmas que había creído dejar atrás. Sabe que solo una persona puede estar operando desde las sombras, y ahora su vida corre peligro. Un enigmático francotirador retirado se pegará a ella como si fuera su segunda piel e intentará protegerla, pero la obsesión es sangre irrefrenable. Entre los peligros que la acechan, Isabelle intentará hacer lugar a la pasión que alguna vez colmó su alma, pero todos son sospechosos y el deseo de poner fin a tanto sufrimiento primará sobre las razones que dicta su corazón. ¿Quiénes son los malos? ¿Quiénes son los buenos? Es imposible saberlo cuando tu vida pende de un hilo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)